EL EMISARIO

JP LORENTE



Primera ley del Guidestone: Mantener a la humanidad debajo de los 500 000 habitantes, en equilibrio perpetuo con la naturaleza. Lorente desarrolla un completo trabajo de investigación para crear un universo completo e impresionante y con un final sorprendente. Parte de un hecho real que es el Georgia Guidestone, un enigmático «monumento» llamado el Stonhege americano que se compone de una serie de enormes placas de granito en cuya superficie están grabadas en 8 idiomas las instrucciones para la reconstrucción de la civilización tras un supuesto apocalipsis.

J. P. Lorente

El emisario

ePub r1.0
Café mañanero 06-08-2022

Título original: *El emisario*
J. P. Lorente, 2018

Editor digital: Café mañanero
Primera edición EPL, 2022
ePub base r2.1


EL EMISARIO

J. P. Lorente

Nota del autor

Como escritor, creo firmemente que un libro es como un árbol. Lo plantas cuando lo imaginas en tu cabeza y poco a poco le vas dando forma desde el inicio de la escritura. El tronco crece y engorda y nuevas ramas aparecen, las cuales a su vez forman ramas más pequeñas con frondosas hojas. Por fin se convierte en algo estable y fuerte, de hermoso aspecto, que alegra el espíritu de los que lo contemplan.

Desde siempre, como lector, me encantaban las historias que, aun teniendo un argumento principal, aportaban personajes y situaciones que bien podrían haber merecido una novela propia. Ese enriquecimiento que estimula la imaginación es tan complejo como necesario en una obra literaria.

Después de un año de trabajo, considero que he conseguido ese objetivo con *El Emisario*, una historia humana, con sus virtudes y miserias, repleta de situaciones y sentimientos que no pretenden influenciar la opinión que se tenga de cada escena ni de cada personaje.

Intenté darle a la narrativa un ritmo cinematográfico y realismo al relato para conseguir que el lector visualice la historia como si de imágenes se tratara y empatice con los personajes. Espero haberlo logrado.

La idea de escribir *El Emisario* me vino al conocer una historia misteriosa acaecida en el condado de Elbert, estado de Georgia, en el año 1979. Un extraño personaje se presentó ante una cantera y encargó la construcción de unos monolitos de granito que, entre otros mensajes, incluían una especie de leyes escritas en ocho idiomas diferentes, para instalarlas en un complejo. Pagó al contado el trabajo así como el terreno donde se iba a construir este complejo y desapareció para siempre. Estas tablas fueron bautizadas como GUIDESTONES.

Pero lo que más me impactó de esta historia fue el contenido de esos mensajes, que a continuación paso a transcribir textualmente:

1. Mantener a la humanidad debajo de los 500 000 000 de habitantes, en equilibrio perpetuo con la naturaleza.

2. Guiar sabiamente la reproducción, mejorando la idoneidad y la diversidad.
3. Unir a la humanidad con una nueva lengua viva.
4. Regir la pasión, la fe, la tradición y todas las cosas con una razón templada.
5. Proteger a los pueblos y a las naciones con leyes limpias y cortes justas.
6. Dejar a todas las naciones gobernarse internamente resolviendo las disputas externas en una corte mundial.
7. Evitar leyes mezquinas y funcionarios inútiles.
8. Equilibrar los derechos personales con los deberes sociales.
9. Valorar la verdad, la belleza, el amor, buscando la armonía con el infinito.
10. No ser un cáncer sobre la tierra, dejar un espacio para la naturaleza.

Es probable que los que encargaron la construcción de los monolitos y los extraños mensajes que contienen fueran un grupo de adinerados masones que querían dejar un mensaje a la posteridad de lo que ellos consideraban que debía ser una civilización equilibrada y justa, pero mi imaginación prefirió ir más allá e inventar la historia que está detrás de este misterio.

Imaginé que los que habían escrito esa especie de mandamientos no lo hacían basándose en un deseo, sino que tenían el convencimiento de que era la única forma de que los humanos pudieran sobrevivir en la Tierra en un futuro no muy lejano, ya que de lo contrario acabaríamos con nuestra propia extinción. Ese convencimiento no podía proceder de nadie que hubiese comprobado previamente que contradecir esas reglas provocaría la desaparición de la especie humana. Ese conocimiento solo podía proceder entonces de una civilización extraterrestre que estuviese al borde del exterminio y que pretendiera renacer en un mundo ya ocupado, la Tierra.

En la ficción de la obra, existe ese grupo de poder con la intención de llevar a cabo el GUIDESTONES y ya ha empezado a dar los pasos necesarios para que se cumpla, pero la carga argumental la llevarán aquellos que intentan impedirlo. La batalla se librará en otros mundos y en infinidad de localizaciones de la Tierra hasta desembocar en un desenlace que se irá desarrollando en el primer libro y que culminará en el segundo libro. Creo que en *El Emisario* está garantizada la montaña rusa de sentimientos, ya que yo los tuve a la hora de escribirlos. Me introduje tanto en la historia que reí, lloré y padecí al lado de los personajes. Estoy convencido de que esa impregnación de parte de mi alma en la narración también la percibirá el lector.

Hay escritores totalmente técnicos, que realizan su obra de una manera meticulosa, sin dejar nada al azar tras planificarla minuciosamente. Luego existen otros, entre los que me cuento, que aun teniendo claro cuál es el inicio, el desarrollo y el final, dejamos que los personajes cobren vida en nuestras cabezas y decidan cuáles serán sus acciones y diálogos. De esta manera, creo yo, nos sorprendemos los autores y garantizamos que también lo hagan los lectores.

Espero que los que se acerquen a esta, mi obra, aprecien el trabajo que ha supuesto y que les transmita la enorme felicidad que he sentido al escribirla.

El árbol ya está plantado, es enorme y da una esplendorosa sombra. Las ramas seguirán creciendo y aparecerán nuevas hojas cada vez que un lector emprenda la aventura de leer *El Emisario*.

El inicio

El mundo se fue despertando con una noticia insólita, tal vez la más importante que hubiera tenido la civilización en toda su historia.

Los habitantes de Asia y Oceanía fueron los primeros en escucharla en los medios de comunicación. Después África, Europa y, más tarde, el continente americano. A medida que amanecía de este a oeste por el planeta Tierra, miles de millones de personas fueron levantando sus miradas hacia el cielo. No se había conocido una expectación igual desde el viaje del Apolo 11 a la Luna.

Todos los canales de televisión habían interrumpido su emisión habitual para dar la noticia.

Un objeto no identificado había aparecido de la nada y se mantenía en órbita geoestacionaria sobre la Tierra a unos 35 000 metros de altura, en la exósfera. Según las informaciones que estaban difundiendo las primeras agencias informativas, la situación era muy confusa todavía y el hecho estaba por verificarse empíricamente. Incluso había medios que ponían en duda el hallazgo.

La primera en difundir la noticia fue la agencia china Xinhua News Agency. De acuerdo con sus fuentes, la Agencia Espacial Nacional había informado que su satélite meteorológico, el Fengyun-2, había enviado la imagen de un objeto enorme, de apariencia indefinida, pero en ningún caso de procedencia natural, que estaba gravitando a unos cientos de metros por debajo de su visor. La imagen era parcial, borrosa, pero parecía evidente que algo había interferido en las cámaras de infrarrojos del satélite durante al menos diez minutos. Esta grabación fue repetida una y mil veces por todas las emisoras de televisión del mundo.

La gente veía en sus pantallas una sombra azulada de la cual sobresalían difusas torres iluminadas parcialmente por el reflejo de los rayos solares, como las vértebras de un fósil de un monstruoso y enorme animal prehistórico.

En la calle, sin llegar a situaciones de pánico, la gente comentaba el evento y se hacían todo tipo de conjeturas. Las grandes religiones del mundo

habían convocado a sus cúpulas para analizar la situación y seguir los acontecimientos, mientras los creyentes esperaban impacientes una explicación que reconfortara sus almas. Lo mismo sucedía en los gobiernos, que se apresuraron a reunirse en gabinetes de crisis para dar una pronta explicación a la población.

Las bolsas del mundo entero abrieron sus puertas y los accionistas se mantuvieron quietos, sin realizar ningún tipo de operación a la espera de las explicaciones de los diferentes líderes mundiales.

La humanidad entera estaba en *shock*, sin saber qué hacer en aquellas primeras horas de la aparición del objeto, dejando patente que nadie esperaba este tipo de evento y menos aún con la rapidez con la que se había producido. De todos modos la vida cotidiana se estaba desarrollando con relativa normalidad. Nadie había asaltado los supermercados, ni huido de las ciudades, pero sí se observó una mayor presencia policial y militar vigilando puntos estratégicos en todas las ciudades del mundo.

Los conflictos armados cesaron en su mayoría y hubo un alto el fuego. Los combatientes también miraron al cielo, conscientes de que algo muy superior a sus intereses geoestratégicos, políticos, económicos o religiosos los podría estar vigilando desde el espacio, no sabían si con fines hostiles.

Los espacios aéreos correspondientes a la órbita del objeto, entre tres mil millas al norte y al sur del paralelo del ecuador, fueron restringidos para los vuelos comerciales. En su lugar volaron aviones militares de todo tipo y procedencia, atentos ante cualquier movimiento o cambio de trayectoria del objeto.

Esta situación generó muchos problemas en los aeropuertos, acumulando largas colas en las puertas de embarque y la anulación temporal de vuelos. Pronto, todo el tráfico aéreo mundial se vio afectado por esta medida, lo que derivó en el aislamiento entre los hemisferios norte y sur del planeta.

Las autoridades de cada país informaron a sus ciudadanos que estas medidas eran provisionales y que seguramente todo volvería a la normalidad en poco tiempo.

Las cadenas de televisión se apresuraron a consultar a especialistas y científicos para que diesen su opinión sobre lo que estaba ocurriendo. En función de la seriedad en el trato de la noticia, se escucharon múltiples conjeturas, opiniones alarmistas, incrédulas y las más generalizadas: «Esperemos acontecimientos».

Quedó al descubierto que los gobiernos no estaban preparados para esta situación, muy lejos de lo que las «teorías de la conspiración» habían estado

afirmando durante las últimas décadas. Prueba de ello era que no habían ocultado el hallazgo en ningún momento. Tampoco hubiesen podido hacerlo, ya que el objeto, dado su enorme tamaño, era fácilmente visible con un simple telescopio de aficionado o con unos buenos prismáticos. En las zonas terrestres que era de noche, también lo podían ver a simple vista como un punto de luz enorme que sobresalía de una manera espectacular de entre todas las estrellas del firmamento.

Evidentemente, las redes sociales en todo el mundo habían batido récords de participación y el *trending topic* era «el Objeto». Empezaron a aparecer en Youtube miles de fotografías y grabaciones de aficionados. Todas ellas de muy mala calidad, pero hechas con mucha voluntad con teleobjetivos y desde telescopios.

El Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas se reunió con carácter de urgencia, para crear una comisión de expertos y asesores que iban nutriendo de información a los responsables políticos, todo ello en la sala donde se había establecido un gabinete de crisis cerrado a cal y canto para evitar posibles fugas de datos y decisiones no públicas. A partir de ese momento se hizo patente que las autoridades empezaron a tomar el control de la situación. Filtraron la información que llegaba a los medios de comunicación y vetaron el acceso libre a las imágenes de satélites por internet, ya que algunos de ellos habían conseguido captar al objeto de una manera bastante clara a tiempo prácticamente real.

Antes del apagón de las redes de acceso público, el canal internacional de la CNN emitió unas imágenes captadas por el satélite ecuatoriano NEE-Ol Pegaso. En ellas se podía ver la frontera blanca de la atmósfera terrestre recortada en la inmensidad del espacio negro e infinito. El recorrido lento de la cámara de izquierda a derecha, a veces interrumpido por las distorsiones de ondas en las señales del satélite, reveló de repente la proa de lo que era sin duda una nave suspendida sobre el azul globo terráqueo. Millones de personas se quedaron sin respiración ante la visión de aquella mole inmensa, negra, inerte en el silencioso espacio, como una ciudad compuesta de cientos de castillos, pletórica de desafiantes torreones, más altos en apariencia que cualquier rascacielos que existiera en la Tierra. A su alrededor se podían ver pantallas enormes, similares a las velas de los barcos, pero tan grandes como un campo de fútbol cada una de ellas. Había cientos, si no miles, en todo el contorno del objeto, también de un color negro rocoso como el carbón de una mina, pero con el pulido de un espejo. No se observaba ninguna luz, actividad o movimiento en el artefacto. Parecía abandonado y desierto, a la deriva,

arrastrado por la fuerza gravitatoria como un satélite fuera de uso a la espera de desintegrarse en el fuego de fricción de la atmósfera terrestre.

El presentador de las noticias de la CNN dio paso a un responsable de comunicación de la NASA por videoconferencia, el cual parecía tranquilo y colaborador.

—Buenos días y gracias por atendernos, señor Lautch. Disculpe por entretenerlo en estos momentos en los que seguramente el personal de la NASA estará muy ocupado —dijo el presentador dirigiéndose a una pantalla gigante que había en un lateral del estudio—. Por eso permítame formularle la pregunta directamente: ¿qué estamos viendo?

El interpelado se acomodó detrás del escritorio de su despacho, entrelazando las manos y avanzando su cuerpo hacia la cámara, para dar más profundidad a su mensaje.

—Verán, se trata de un objeto de unas cinco millas de longitud, realmente grande. Estamos intentando averiguar su composición y procedencia. Los científicos del SETI[1] han hecho un estudio de comunicación y toma de contacto con los posibles ocupantes del artefacto, con resultado negativo. No se ha detectado ni un solo eco de onda en todas las bandas de frecuencias utilizadas. Nuestra tecnología láser ha tenido idéntico resultado. Por ello podemos garantizar a la población que el objeto está deshabitado y toda su tecnología, si la tuviera, desactivada. Es materia inerte que ha quedado perdida en la órbita de nuestro planeta. Incluso estamos barajando la posibilidad de que se trate de un meteorito que ha adquirido su peculiar forma tras millones de siglos vagando por el espacio a merced de impactos de otros meteoritos y la erosión gravitatoria. Todo es posible. De lo único que estamos seguros es de que no representa un peligro para nuestra civilización por sí mismo. No nos están invadiendo los extraterrestres —sonrió con confianza, mirando con seguridad a la cámara—. Ahora bien, estamos estudiando la manera de alejarlo de la atmósfera terrestre, ya que el verdadero peligro consiste en su caída a la Tierra y los posibles daños que pudiera producir. Su enorme tamaño es un factor de riesgo importante que se ha de tener en cuenta, ya que es poco probable que se desintegre del todo antes de impactar contra nosotros. Para tranquilidad de todo el mundo, he de decir que disponemos de los medios adecuados para que eso no ocurra.

—Gracias, señor Lautch, estamos seguros de que su información ha tranquilizado a la población —le dijo el entrevistador mientras volvía a su posición normal delante de las cámaras—. Hemos recibido un comunicado de

la Casa Blanca informando que a las 11 el Presidente de los Estados Unidos de América comparecerá ante la Nación.

El mundo se paralizó. Todas las personas que pudieron estuvieron pegadas al televisor, al ordenador o a la radio. Era el primer líder mundial que hablaba sobre las implicaciones de la aparición del objeto. Todos los canales de televisión se conectaron en directo a la Casa Blanca a la hora señalada.

En contra de lo que se esperaba, la comparecencia del Presidente de los Estados Unidos no se produjo en rueda de prensa, sino que habló directamente sentado detrás de la mesa del Despacho Oval.

Estaba solo, flanqueado por las banderas oficiales de los 50 estados, la de la Casa Blanca y en el frente de la mesa, el escudo presidencial. Vestía un traje azul marino y una corbata también oscura. Su semblante era serio, casi pétreo.

Cuando comenzó la emisión estaba con la mirada baja, releyendo unos documentos que sostenía entre las manos. Miró hacia las cámaras y empezó a hablar:

> *Ciudadanos de los Estados Unidos de América, y del mundo entero. Hace escasos minutos he sido informado de que la nave extraterrestre ha soltado miles de objetos hacia la atmósfera terrestre. He dado instrucciones a los tres ejércitos para que se reúnan en un comité de emergencia, al que me integraré de inmediato para dirigirlo. No sabemos a lo que nos enfrentamos, pero hemos de permanecer unidos y con el espíritu inquebrantable. Es primordial que estén atentos a las instrucciones que desde nuestro gobierno, y desde los gobiernos del resto de los países, vayamos dando.*

Se quedó durante unos instantes mirando fijamente la cámara y recitó de memoria, hablando en forma pausada y dando énfasis a cada frase:

> *Dios es nuestro refugio y fortaleza. Nuestro pronto auxilio en las tribulaciones. Por tanto, no temeremos, aunque la Tierra sea removida y las montañas se hundan en el fondo del mar; aunque rujan las aguas y estén turbulentas. O tiemblen las montañas a causa de su braveza. Hay un río cuyas corrientes alegrarán la ciudad de Dios. El santuario de las moradas del Altísimo. Dios está en medio de ella; no será conmovida. Dios la ayudará al clarear la mañana. Se agitaron las naciones, se tambalearon los reinos; Dios dejó oír su*

voz, y la Tierra se derritió. El Señor de los ejércitos está con nosotros; el Dios de Jacob es nuestro refugio. Vengan, vean las obras del Señor. Que ha hecho desolación en la Tierra. Ha puesto fin a las guerras en todos los confines de la Tierra; quiebra el arco, parte la lanza en dos. El quema los carros en el fuego. «Quédense quietos, reconozcan que yo soy Dios. ¡Yo seré exaltado entre las naciones! ¡Yo seré enaltecido en la Tierra! El Señor Todopoderoso está con nosotros; nuestro refugio es el Dios de Jacob».

Dios salve a los Estados Unidos de América.

La emisión se interrumpió y apareció la bandera norteamericana ondeando al viento.

Los programas de noticias de las televisiones de todo el mundo entraron en una vorágine de información después del anuncio del Presidente de Estados Unidos. Los redactores de las agencias de noticias buscaron explicaciones sobre las fuentes del extraño discurso del Presidente de los Estados Unidos.

Pronto se encontró la respuesta: se trataba del salmo 46.1 de la Biblia. La conclusión de los analistas era que el líder mundial estaba avisando de la venida de tiempos oscuros, aunque existía una esperanza.

Pero ese discurso, tan inquietante, pasó a segundo plano.

Los objetivos de las cámaras se alzaron al cielo. Miles de millones de personas levantaron sus miradas para observar aterradas cómo una infinidad de puntos en llamas surcaban la atmósfera. Era como la lluvia de meteoritos que presagiaba el fin del mundo.

Todos los gobiernos buscaron información en los observatorios astronómicos. Querían saber dónde impactarían los objetos para prevenir a la población y evacuarla si fuera necesario. Se supo que cada objeto medía entre dos y cinco metros de diámetro, y que viajaban a una velocidad aproximada de 12,8 kilómetros por segundo.

Las explosiones sónicas que provocaban los objetos al entrar en la atmósfera se dejaban oír a miles de kilómetros de distancia, causando el pánico en la población.

Los servicios de emergencia, policía, centros hospitalarios, bomberos, ejércitos se pusieron a reforzar sus servicios a un ritmo frenético, a la espera del peor de los escenarios.

En las ciudades y pueblos la gente corría para ponerse a salvo, abandonaba sus coches en calles y autopistas, buscando refugio en donde

podían. Estaciones de metro, estacionamientos subterráneos, sótanos pronto se vieron abarrotados de personas que empujaban, peleaban, luchaban por su vida… El terror se adueñó del mundo entero.

Meteoritos

Julia Massó, investigadora del CAB CSI-INTA[2] de Torrejón de Ardoz[3], caminaba con rapidez por el pasillo central del edificio, haciendo flotar su bata blanca tras de sí. La suela de sus zapatillas deportivas producía un chirrido desagradable sobre el pulido suelo a cada paso que daba, pero a ninguno de los compañeros con los que se iba cruzando parecían importarle demasiado. Todos se dirigían con prisa a sus respectivos departamentos. La noticia de que miles de objetos procedentes del espacio estaban bombardeando la Tierra los había sorprendido a la hora del desayuno. Se había hecho un silencio sepulcral y todos los rostros, desencajados algunos, absortos otros, estaban orientados hacia la televisión de plasma del gran comedor. Las imágenes mostraban líneas de fuego en el cielo. Habían sido tomadas desde diversas partes del mundo. También se podían ver escenas de pánico en las calles de diferentes ciudades, algunas presentaban sus calles prácticamente desiertas. Las cadenas de televisión seguían emitiendo sus informativos, con corresponsales desplegados en diferentes lugares, que estaban corriendo un grave riesgo para su seguridad. Aquello no podía estar sucediendo. Todo el personal del CSIC había sido requerido para que se incorporara a sus respectivos departamentos desde la aparición del Objeto hacía ya unas horas. Había que averiguar lo más rápido posible su procedencia, pero era evidente que los acontecimientos se estaban precipitando de una manera terrorífica.

Julia veía el miedo en el rostro de sus compañeros, y sabía que el suyo tenía que estar reflejando, aun al intentar conservar la calma, el espanto que sentía en aquellos momentos. Solo pensaba en sus hijos, que no habían ido al colegio aquella mañana a la espera de lo que pudiera suceder con el Objeto. Los había dejado en la casa de sus padres, en el pueblo de Loeches, a algo más de diez kilómetros de su casa en Torrejón. Antes de marcharse les había dicho que todos se refugiaran en el sótano de la casa ante cualquier atisbo de peligro. Ahora se alegraba de haber tomado esa decisión. Su marido también había tenido que acudir con urgencia a su Central, en el CNI[4]. No podía

ponerse en contacto con ellos de ninguna manera, ya que las líneas telefónicas estaban saturadas.

Continuó caminando hasta la sala de reuniones del Director del CAB. La habían convocado con urgencia por megafonía.

Juan Márquez, el director, estaba de pie al lado de una gran mesa ovalada, hablando con otras cuatro personas, todas conocidas por ella excepto un hombre alto, vestido de manera sobria con un traje marrón claro, de unos cincuenta años. Cuando Márquez se lo presentó, notó enseguida que se trataba de una persona muy segura de sí misma, con un gran poder encubierto por una retenida cortesía.

—Julia, te presento al señor Smith, de la oficina de Ciencia y Tecnología de la embajada norteamericana de Madrid, ha venido en representación de su gobierno. Me ha llamado el Secretario General de Defensa y nos encomienda que nos pongamos a su servicio, dada la situación en la que nos encontramos.

Smith tomó la mano de Julia y la estrechó con firmeza. Ella pensó de inmediato que era o había sido un militar de alto rango, ya que, bajo su aparente cortesía y afabilidad, se escondían los tics propios de una vida sometida a la disciplina, al obedecer, pero sobre todo a ser obedecido. Lo sabía porque estaba casada con un coronel.

—Doctora Massó —le dijo Smith sin dejar de estrecharle la mano con cálida firmeza—, es un placer para mí conocer a una investigadora tan brillante. He leído con mucho detenimiento sus trabajos sobre la actividad metabólica en el subsuelo de Río Tinto. Estoy convencido de que los resultados de esa investigación serán sumamente valiosos para entender los resultados de la exploración en Marte[5].

—Es usted muy amable. —Julia retiró la mano con suavidad, para no dar la sensación de brusquedad en ese gesto. No era amiga de los halagos. Además se sentía incómoda ante la gente que no era de su círculo de trabajo habitual. Había pasado casi toda su vida entre libros y laboratorios. Las relaciones personales no eran lo suyo, hasta el punto de que a veces pensaba que había sido un auténtico milagro haber conocido a su marido, que no tenía nada que ver con el mundo científico. Al final replicó con cierta timidez—: Ha sido un trabajo de equipo. No sería justo adjudicarme esa investigación.

—Equipo que usted dirige. —Smith hizo un gesto con la mano indicando a los tres hombres que estaban junto al director—. El mismo que ideó el equipo REMS de aparatos meteorológicos que hay instalado en el Curiosity[6].

—Sentémonos, por favor —dijo Márquez—. Tenemos mucho trabajo por delante. El señor Smith nos pondrá al corriente de las novedades en cuanto al impacto de los meteoritos, ya que parece disponer de más información que nosotros en este sentido.

—Bien. —Smith se sentó cómodamente, cruzando las piernas. Dirigió la mirada a los asistentes con el semblante serio y comenzó a hablar—: Según la información de la que dispongo, el Objeto ha lanzado miles de bólidos contra la Tierra. El tamaño de cada uno de ellos es pequeño, alrededor de dos metros de diámetro, y evidentemente su origen no es natural. Las observaciones nos han indicado que tienen forma esférica, de un material por determinar que no se desintegra con la fricción a su entrada en la atmósfera, como sería normal en un meteoro de ese tamaño. Esas fracciones viajan a una velocidad aproximada de 500 metros por segundo, por lo que la gran mayoría de ellos ya ha impactado contra la Tierra —ante la mirada asustada que le dirigieron los demás, se permitió una ligera sonrisa y continuó—: no se preocupen, todos han caído en zonas deshabitadas.

Julia dejó escapar una exclamación de alivio. La tensión que había sufrido desde que la informaron de la aparición del Objeto, la angustia por lo que le pudiera suceder a sus seres queridos, a la civilización entera, a la vida tal como la conocía, desapareció de repente. En el transcurso de las últimas horas había hecho un gran esfuerzo para dar sensación de seguridad, pero en realidad estaba aterrada, al igual que el resto del mundo. Todavía conservaba en la retina la imagen espantosa de la nave extraterrestre gravitando sobre el planeta Tierra. Aquello había sucedido esa misma mañana. Los científicos del CAB CSIC-INTA habían sido convocados al Auditorio, desde donde pudieron observar en directo las imágenes retransmitidas a los centros asociados por diferentes satélites y telescopios del mundo entero, centralizadas por la NASA.

La conmoción en el mundo científico había sido casi traumática, sobre todo en los que habían dedicado su vida a la búsqueda de indicios de vida extraterrestre, bien en forma de microorganismos, frecuencias o ecos producidos en el espacio.

Lo que estaban viendo en las pantallas no era una cosa ni la otra, sino mucho más, la evidencia palpable de que existía una inteligencia extraterrestre muy superior a la humana. La pregunta más apremiante, tal vez por el instinto de supervivencia, no fue la composición física y morfológica de la nave y de sus ocupantes, o de cómo habían llegado a las fronteras de la

Tierra sin que nadie se hubiese percatado de su acercamiento, sino más bien las intenciones que pudieran tener aquellos seres con respecto a la humanidad.

Por desgracia, en aquellos momentos prevalecía la teoría del profesor Stephen Hawking, aunque, cuando la lanzó en el año 2010, los científicos, sobre todo del SETI, la intentaron rebatir de todas las formas posibles:

> *Solo debemos mirarnos a nosotros mismos para ver cómo la vida inteligente puede convertirse en algo que no quisiéramos conocer. Para mi mente matemática, los extraterrestres son algo perfectamente racional. El verdadero desafio es imaginar cómo serán exactamente. Si los extraterrestres nos llegan a visitar, creo que el resultado sería muy parecido a como cuando Cristóbal Colón llegó a América, lo que no terminó muy bien para los indígenas. Imagino que habiendo utilizado todos los recursos en su planeta natal, esas civilizaciones extraterrestres avanzadas se volverían nómadas, buscando conquistar y colonizar cualquier planeta que pudieran alcanzar.*

Esas palabras, pronunciadas por el astrofísico en una entrevista hacía años, parecían cumplirse en la situación actual. El bombardeo de los asteroides desde la nave nodriza así parecía atestiguarlo.

Smith pidió disculpas y se quitó la chaqueta, colgándola en el respaldo de su silla. Después se remangó la camisa y aflojó el nudo de la corbata. Tomó una cartera que había sobre la mesa y sacó unos folios escritos a mano, con esquemas, símbolos y apuntes.

—Bien —dijo mirando al director—, como dice el señor Márquez, vamos a trabajar. Todos los bólidos han ido a caer en zonas deshabitadas y desérticas del planeta —consultó sus notas—. Entre los paralelos 30° norte y el ecuador. La mayoría de ellos han impactado en los desiertos del Gobi, Badain Jaran, Kumtag, Ordos, Tengger, Gunbartunggut, Taklamakán y de Lop, en China; los desiertos del Ryn, Kyzyl Kum, Betpak-Dala en Kazajistán; los desiertos de Kavary y de Lut en Irán, Ran de Kutch en la India y Pakistán, los desiertos de Arabia y Rub-Al-Jalí en los países árabes, Sinaí en Egipto, y por último en el Sahara, afectando los territorios del norte y centro de África. No ha habido víctimas que sepamos y las ondas sísmicas producidas por los impactos apenas han sido recogidas por los sismógrafos. Tampoco tenemos constancia de que haya caído ningún meteorito en el continente americano o en Europa. Todos se han concentrado en Asia y África, pero a miles de kilómetros de cualquier lugar habitado.

—¿Qué sentido tiene un ataque a la Tierra si todos los meteoritos han impactado en zonas deshabitadas? —preguntó un ingeniero aeroespacial del INTA—. Si hubiesen colisionado en las grandes ciudades, la destrucción hubiese sido catastrófica. Teniendo en cuenta la velocidad de caída y las dimensiones de los bólidos, su poder de impacto se podría asimilar, digamos…, a unos 75 kilotones de dinamita, varias veces la bomba atómica de Hiroshima cada uno de ellos.

—Creemos que, en contra de lo que pueda parecer, el ataque ha sido muy selectivo —respondió Smith con seriedad— si pensamos en clave estratégica del enemigo. Han bombardeado en zonas deshabitadas, es cierto, pero el objetivo no es destruir infraestructuras ni el medio ambiente, sino exclusivamente a la especie humana. Verán, un dron enviado por el portaaviones USS George H. W. Bush, actualmente destinado en el Mediterráneo occidental, ha podido captar con sus cámaras a uno de los objetos, caído en el Sahara de Marruecos. Está dentro de un cráter que ha producido por el impacto, de unos veinte metros de diámetro y a unos cinco metros de profundidad. Hemos podido observar que se trata de una esfera de aspecto metálico surcada de cientos de orificios. El dron se ha podido acercar lo suficiente para captar, gracias a su cámara de infrarrojos, que está liberando por esos orificios un gas caliente a la atmósfera. De esto no nos cabe duda, ya que se discierne esta emisión del calor propio de la fricción y la energía propias del impacto.

—¿Un gas caliente? —repitió Julia. Los acontecimientos no daban descanso. Era como una montaña rusa en caída libre. Apenas había sentido el alivio al conocer que los meteoritos no habían afectado a zonas habitadas, cuando esta nueva noticia abría una nueva situación igualmente preocupante.

—Sí, se eleva a gran velocidad hacia la atmósfera y se expande en ella. Teniendo en cuenta la distribución geográfica de estos meteoritos, y que en estos momentos seguramente todos están liberando gases, los vientos dominantes podrían trasladar a corto plazo estos gases a las zonas pobladas de Asia y África. Después al mundo entero. Es prioritario conocer la composición de estas emisiones para saber a qué nos enfrentamos. Por eso estoy aquí. Tenemos que ir a recoger muestras del gas para caracterizarlo. Lógicamente y por razones de seguridad, nadie se puede acercar a ninguno de los objetos, por lo que se han de utilizar elementos robóticos. El director Márquez ya ha recibido instrucciones de la NASA y del Gobierno español para poner en marcha el dispositivo del laboratorio atmosférico del proyecto InSight[7] que se ha construido aquí, en estas instalaciones. Es la opción más

rápida y eficaz para tener acceso a una información de la que podría depender el futuro de la humanidad.

Smith guardó silencio, dando tiempo al resto de asistentes para asimilar toda la información que les acababa de proporcionar, consciente de la gravedad de la situación y de la responsabilidad que les había impuesto.

—El laboratorio, el REMS-2, está terminado y en fase de pruebas. Podríamos decir que está listo para funcionar, solo tendríamos que calibrarlo a las condiciones climáticas y gravitatorias de la Tierra, ya que está ideado para muestrear en Marte —explicó Julia—, pero el InSight está en fase de fabricación por elementos en Alemania, Francia, Suiza y el Reino Unido. Ensamblarlo por completo podría tardar semanas o tal vez meses.

—En efecto, pero la idoneidad de estas instalaciones para esta misión también radica en que dispone de un prototipo de ROVER idéntico al Curiosity. Hay que instalarle el laboratorio del InSight y lanzarlo en el Sahara occidental, el más cercano a nosotros, para que examine el meteorito que detectó el dron. Disponemos de menos de veinticuatro horas para ello.

—Doctora Massó —dijo el director Márquez—, usted y su equipo tendrán que montar el laboratorio REMS-2 del InSight en el ROVER y conectarlo vía satélite para monitorizar los resultados desde el INTA. Por desgracia las explosiones sónicas de los meteoritos han dañado una gran parte del sistema de comunicaciones telefónicas y de internet, por lo que tenemos dificultades para contactar directamente con la NASA. Tendremos que hacer todo el seguimiento y análisis desde nuestro Instituto. Estamos prácticamente aislados desde el punto de vista logístico. Un transporte militar llevará el ROVER al punto previsto del Sahara. El señor Smith la acompañará en todos los preparativos y el seguimiento para prestarle apoyo e informar a sus autoridades a tiempo real. El tiempo es precioso y no podemos desperdiciarlo. En marcha. Los ojos del mundo entero están puestos en nosotros.

La reunión se dio por finalizada y todos excepto Márquez, que se quedó mirando pensativo por los ventanales de la sala, siguieron a Julia.

Sin tiempo que perder, los ingenieros aeronáuticos comenzaron a preparar el ROVER gemelo del MSL Curiosity. Tenían mucho trabajo y poco tiempo. Era primordial comprobar el buen funcionamiento del generador termoeléctrico de radioisótopos, las cámaras, los espectrómetros, los detectores de radiación, y configurar la conexión con el satélite Hispasat lE, en órbita geoestacionaria por la zona del norte de África, que remitiría los datos a tiempo prácticamente real mediante sus 53 transpondedores en banda K_u a un ordenador del INTA, controlado por Julia, que monitorizaría los

resultados que fuese enviando el ROVER. Las partes mecánicas también fueron revisadas al detalle, mientras que se instalaba un dispositivo de electroimanes ideados para sujetar el ROVER en su traslado y posterior descarga en el desierto del Sahara desde un cable de acero. Un enorme helicóptero de doble hélice, el Boeing CH-47, procedente de la base aérea de Cuatro Vientos, aterrizó al lado del hangar del INTA. Los ingenieros recibieron a los tripulantes del helicóptero, el piloto, el copiloto y el ingeniero de vuelo, que se harían cargo del traslado al punto asignado. Los instruyeron en la manipulación del ROVER y los instrumentos de los electroimanes de descarga. A tal fin, se tuvo que adaptar la grúa de carga de la aeronave con los elementos necesarios.

Paralelamente, Julia calibró el REMS-2 a la atmósfera y gravedad terrestre. El resto de sensores ya estaban preparados. También comprobó el buen funcionamiento del *software*, así como las conexiones con el Hispasat para registrar los datos que enviaría el ROVER.

Todo ello ocupó un total de trece horas de trabajo frenético, en el transcurso de las cuales prácticamente nadie descansó ni un momento.

El equipo completo estuvo presente en la carga del ROVER dentro de las tripas del enorme helicóptero. Era como despedir a un hijo a los pies de un ómnibus cuando se va de excursión, siempre con una sombra de temor y el deseo de volver a verlo lo más pronto posible, en esta ocasión posiblemente con nefastas noticias.

Smith facilitó al ingeniero de vuelo las coordenadas del meteorito que se habría de inspeccionar. El ROVER sería depositado a un kilómetro del objetivo. Desde su aterrizaje tendría que hacer el resto del recorrido en forma autónoma.

Julia no había tenido tiempo de pensar en sus temores, pero ante la visión del helicóptero ya con los rotores en marcha, no pudo evitar sentir una gran desazón. ¿Qué datos les mandaría el REMS-2 cuatro horas más adelante? ¿Sería el inicio del fin de la humanidad? Pensó en sus hijos, en su marido, en sus padres. Tenía muy claro que, en cuanto registrase los datos enviados por el ROVER, acudiría al lado de ellos. Ella ya habría cumplido su trabajo y solo pensaba en estar con los suyos para afrontar lo que les deparara el futuro.

El helicóptero se elevó en el aire con un ensordecedor rugido de los rotores. Aun estando lejos de la pista de despegue, todos tuvieron que retroceder ante las ráfagas de aire que producían las hélices. Poco después, las luces rojas parpadeantes de la aeronave desaparecieron en el cielo negro y estrellado. Julia miró su reloj. Eran las cinco de la madrugada. En pocas horas

el mundo entero sabría a qué se enfrentaba. Ahora solo les quedaba esperar. Sintió un escalofrío que no supo identificar si era debido a las bajas temperaturas o a la gran tensión que sentía en su cuerpo.

Julia y Smith fueron convocados por megafonía al despacho del director Márquez, que los esperaba sentado tras el escritorio. A su espalda había colgadas numerosas fotografías de personalidades que habían visitado en alguna ocasión las instalaciones del INTA, así como una toma aérea de todas las instalaciones y los terrenos que las rodeaban.

Julia pensó, mientras se sentaba, que si bien el trabajo que realizaban en el CAB CSIC-INTA era sobradamente conocido en el mundo científico, el ciudadano de a pie apenas sabía de su existencia, al menos hasta ese día. Era muy probable que aquellas instalaciones pasaran a la historia por haber descubierto la sustancia que estaban liberando a la atmósfera los meteoros. Ciertamente estaban realizando una investigación primordial para toda la civilización y esa idea le pesó en los hombros tanto como el cansancio.

—Han hecho un trabajo excelente, doctora Massó. Felicite a su equipo de mi parte —dijo Márquez. Parecía muy cansado—. He estado en contacto continuo con el Director de la NASA y con nuestro Secretario General de Defensa. Las líneas telefónicas han ido volviendo a la normalidad, pero todavía siguen saturadas por los contactos entre particulares. Los servidores de la red de internet aún presentan problemas, por lo que seguimos dependiendo de nosotros mismos para finalizar con éxito esta misión. El Ministerio de Relaciones Exteriores ha informado al Gobierno marroquí de la entrada en su espacio aéreo de nuestro helicóptero con el ROVER. Nos han contestado que prestarán su apoyo para repostar el aparato en una escala antes de llegar al objetivo. También han autorizado la escolta de aviones de combate procedentes del portaaviones USS George H. W Bush y de un dron que transmitirá las maniobras de aterrizaje del ROVER y sus movimientos aprovechando la conexión al satélite Hispasat. Todo ello será dirigido por un grupo desde la sala de control que hemos establecido en el INTA, que estará formado por nuestros ingenieros, científicos y controladores de vuelo del Ejército del Aire. Descansen una hora y después se pondrá en marcha el operativo del seguimiento.

—Si me permite —dijo amablemente Smith. A diferencia del resto del personal, parecía descansado y activo—, es muy importante que el centro de monitorización de muestras esté aislado de la sala de control.

Julia y el director Márquez lo miraron sorprendidos. La terminal de recogida de datos por lógica operativa tenía que estar integrada en la sala de

control, ya que era importante el cruce de información entre las diferentes especialidades para el éxito de la misión.

—Es una petición innegociable que me han hecho mis superiores. Esta orden viene directamente del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas —continuó Smith antes de que sus interlocutores protestaran—. La información que nos envíe el REMS-2 será totalmente confidencial. No sabemos lo que nos podemos encontrar, pero en todo caso se han de evitar filtraciones a la prensa que pudieran generar pánico. Tenemos la gran responsabilidad de combatir una agresión a la humanidad y necesitamos tiempo para contrarrestarla, la histeria colectiva no nos será de ninguna ayuda. Por este motivo, se establecerá una sala anexa e independiente a la sala de control en donde solo podrá estar la doctora Massó, que monitorizará los datos del REMS-2, y yo mismo, que haré de enlace con usted, señor Márquez, y mis superiores. Nadie más, repito, tendrá acceso a los resultados del muestreo. Todos los aquí presentes nos hemos de comprometer a no revelar la información que obtengamos a nadie que no sean nuestros superiores, integrados en los comités de emergencia que se han establecido aquí en España y en Estados Unidos. Ellos ya sabrán qué hacer llegado el momento.

—Así se hará —comentó el director Márquez dando la reunión por terminada—. Nos veremos de aquí a una hora en la sala de control.

Smith y Julia se dirigieron al gran comedor para reponer fuerzas. Lo encontraron prácticamente vacío, ya que la mayoría del personal estaba realizando los preparativos del aterrizaje del REMS-2 en la sala de control que se había instalado en el INTA.

Smith se pidió unos huevos fritos con beicon y salchichas acompañados con una cerveza sin alcohol. Julia, en cambio, solo tomó un café largo. No le entraba nada en el estómago. Se sentaron en una mesa cercana al gran televisor de plasma para ver las últimas noticias del exterior.

«El ataque» de la nave extraterrestre había sido un fracaso, comentaba el presentador de las noticias. Todos los bólidos habían ido a estrellarse en desiertos de Asia y África sin causar daños personales ni materiales. La última noticia era que al norte de México, en el desierto de Chihuahua, también habían caído algunos de estos objetos con idéntico resultado. Después de estar pendientes de las imágenes del ovni facilitadas por la NASA , se había confirmado que este no había vuelto a lanzar ningún objeto más hacia la Tierra desde el primer ataque. Se vieron imágenes desde diferentes grandes ciudades del mundo, donde la multitud había salido a las calles para celebrar el fracaso del ataque. Las autoridades aseguraron que estaban

estudiando la manera de neutralizar el Objeto, pero debido a su situación de lejanía, estaba fuera del alcance de cualquier misil. Se aseguraba que las fuerzas aéreas de todos los países del mundo estaban en estado de alerta y preparadas para neutralizar a los bólidos antes de que impactaran contra la Tierra en el caso de que se produjera otro ataque. Los espacios aéreos comprendidos en el paralelo del ecuador seguían restringidos por motivos de seguridad. También se informaba que se había montado un dispositivo desde España para estudiar la composición de uno de los bólidos que había caído en el desierto del Sahara. No se dijo nada de los gases que estos estaban liberando a la atmósfera —meditó Julia—. Las autoridades querían una vuelta a la normalidad lo antes posible, dentro de las circunstancias tan poco definidas en las que estaba inmersa la civilización en aquellos momentos. Mientras tanto, la población estaba celebrando en las calles que había sobrevivido, ajena al nuevo peligro que la acechaba. El ataque extraterrestre no había sido un fracaso. Miles de objetos esparcidos por zonas estratégicas de la Tierra estaban liberando un gas caliente hacia la atmósfera, en donde se fundirían con los vientos predominantes y se extenderían tarde o temprano por todo el globo terráqueo.

Julia sacó del bolsillo de su pantalón el teléfono móvil, que tenía en modo de silencio, y vio que había infinidad de mensajes de sus padres y de su marido. Todo el personal del CAB CSIC-INTA tenía prohibido el uso del teléfono para llamadas personales. No podía trascender al exterior ninguna información de lo que allí estaba ocurriendo. «Esperamos que estés bien y vuelvas pronto. Te queremos», pudo leer en los mensajes.

Smith, que estaba comiendo un trozo de salchicha, pareció adivinar los pensamientos de Julia.

—Hábleme de su familia, doctora Massó —le pidió con una sonrisa.

Julia, visiblemente emocionada, suspiró y guardó el teléfono móvil.

—Tenemos dos hijos preciosos —dijo al fin—. Andrea, de seis años, quiere ser científica como yo. Es demasiado responsable y madura para su edad. En cambio, Marc, de tres años, es igual que su padre. Inquieto, atrevido y muy impulsivo. Es un niño feliz que se ríe por todo —mantuvo el silencio durante unos instantes—. Mi marido, Martín se llama, es un enorme oso que parece no tomarse nada en serio. Solemos discutir por la educación de los niños, ya que él es de la opinión de que hay que dejarlos crecer con las normas justas y necesarias, sin interferir demasiado para no «ahogarles la personalidad». Ellos son mi vida —añadió con un asomo de lágrimas en los ojos.

—Estoy convencido de que estarán seguros, no se preocupe.

—Sí, los niños están en casa de mis padres, en Loeches, cerca de aquí. En ese sentido no estoy preocupada. Por otro lado mi marido sabe cuidarse solo. Es la típica persona a la que sueltas en una isla desierta del Caribe y acaba construyendo un hotel para turistas.

—Creo que es usted una persona muy afortunada —le comentó sonriendo Smith mientras acababa el último trozo de salchicha y se limpiaba los labios con una servilleta de papel—. Yo, sin embargo, estoy solo. La vida de un diplomático es así. O encuentras a alguien dispuesto a seguirte por todo el mundo o te quedas solo. ¿Nos vamos? La Historia nos espera.

Cuando entraron en la nave anexa a las instalaciones del INTA, observaron que el centro de control ya estaba en pleno funcionamiento. Personas de uniforme controlaban unas mesas con terminales y pantallas con unos cascos inalámbricos de comunicación en la cabeza. Estaban en contacto con el helicóptero que transportaba el ROVER. Otros se comunicaban en inglés con el portaaviones norteamericano y los cazas de la escolta, ya que habían entrado en el espacio aéreo marroquí. Personal del INTA también estaba sentado delante de sus ordenadores para dirigir el aterrizaje del ROVER cuando llegara el momento.

De pie, en el centro de la sala, el director Márquez supervisaba el operativo.

Julia miró un reloj digital numérico de cuenta atrás que habían instalado en una columna de la sala. Quedaban tres horas para que el ROVER aterrizara en el punto previsto. Luego se dirigió hacia un despacho que le habían habilitado en una sala anexa al centro de control. Allí encontró su terminal conectada a dos pantallas, una de seguimiento y otra de monitorización del REMS-2. Conectó todo el equipo y verificó su funcionamiento. Como el dispositivo del ROVER estaba operativo, aprovechó para calibrar una vez más los sensores del REMS-2. Cuando lo tuvo todo listo, volvió a la sala de control y se reunió con Márquez y Smith. Quedaba algo menos de treinta minutos.

Márquez reclamó la atención del todo el personal técnico que había en la sala de control.

—Una vez llegado al punto indicado, el Boeing CH-47 se quedará en suspensión a doscientos metros del suelo —explicó Márquez— y deslizará el ROVER con el motor de descarga unido a cables de acero y a los electroimanes. Una vez que el ROVER toque tierra, el helicóptero liberará los cables y los electroimanes, permaneciendo en espera en el mismo punto hasta

que nuestro vehículo regrese de la misión. El ROVER se desplazará un kilómetro por las dunas del desierto hasta el meteorito, se introducirá en el cráter y tomará medidas de los gases que está liberando a través del REMS-2 durante una hora, tiempo suficiente como para poder monitorizar la composición. Después volverá al punto de aterrizaje para ser recogido por el helicóptero con los electroimanes y llevado en suspensión hasta el portaaviones USS George H. W Bush, donde será depositado en cuarentena hasta saber los resultados del muestreo. La doctora Massó se hará cargo de la monitorización de los datos enviados por el REMS-2. Estos resultados serán conocidos solo por el señor Smith, representante del gobierno norteamericano, y por mí. La sala anexa donde la doctora Massó realizará sus trabajos estará custodiada por dos agentes de seguridad. Está prohibida la entrada de cualquier persona en el transcurso de los trabajos de monitorización. ¿Alguna duda?

Los técnicos, que habían estado prestando atención a las indicaciones de Márquez, permanecieron en silencio y volvieron a sus respectivas responsabilidades. Eran conscientes de lo que había en juego y de la importancia de preservar las informaciones que pudieran obtener en aquella operación.

—Bien, suerte a todos —terminó Márquez.

El tiempo pasó demasiado deprisa para Julia. Antes de que se diese cuenta el ingeniero de vuelo del helicóptero informó que se posicionaban en el punto de aterrizaje del ROVER, que hacían la descarga sin ningún contratiempo y que lo habían liberado en las arenas del desierto. El dron aportado por el portaaviones norteamericano fue retransmitiendo la operación prácticamente en directo. El tiempo parecía apacible y las dunas se mantenían estables, sin movimientos destacables a causa del viento.

El personal del INTA se hizo cargo del control remoto del ROVER, llevándolo a una velocidad de unos quinientos metros por hora, lo que suponía unas dos horas hasta la llegada al punto de muestreo.

En las pantallas del centro de control se podían observar las cámaras del ROVER cabeceando entre las dunas del desierto, y en otra la visión aérea del dron que lo estaba acompañando como un amigo infatigable.

Por fin, la cámara del dron divisó una columna de humo entre dos dunas. El ROVER se fue acercando con lentitud hasta que después de una elevación observó un cráter de arena negra y fundida por el impacto del meteorito. Se fue acercando más hasta entrar en el mismo cráter. Había en su interior una esfera de apariencia metálica, hundida en la arena carbonizada hasta sus tres

cuartas partes, llena de orificios como un queso gruyer. Tanto las cámaras infrarrojas del ROVER como las del dron desde las alturas detectaron una columna de aire caliente que surgía con enorme potencia del objeto hacia la atmósfera.

Había llegado su momento. Julia se dirigió hacia el despacho que le habían asignado. Smith la siguió. Observó que la puerta de acceso estaba flanqueada por dos agentes de seguridad privada del INTA, a los cuales conocía de vista. Solían vigilar la entrada a las instalaciones o la zona de aparcamiento. Los saludó con un gesto de la cabeza y entró en sus dominios. La puerta se cerró a sus espaldas y vio que Smith ponía el pestillo de seguridad.

—Cualquier precaución es poca —le dijo.

En cinco minutos, la pantalla de su terminal empezó a reflejar datos. Sabía que se los estaba mandando el REMS-2 exclusivamente a ella, ya que la señal del laboratorio del ROVER estaba encriptada.

Smith se mantenía de pie, con los brazos cruzados, en silencio, a la espera de información.

Julia empezó a hacer su trabajo. Observó las treinta y dos columnas de datos que se desplegaban por la pantalla, todas ellas correspondientes a parámetros que se tenían que interpretar. Lo había hecho ya a diario con el Curiosity, con los datos que enviaba dos veces al día desde Marte desde el año 2012.

No había nadie en el mundo más preparado que ella para monitorizar ese aluvión de información. Por eso había sido elegida. Era su momento.

Fue cotejando los aparentes algoritmos que salían en la pantalla con su base de datos y traduciendo los resultados que en forma de letras y números aparecían en el monitor. Los anagramas de nueve cifras tenían su correspondencia con la tabla periódica de los elementos químicos. Los tenía que traducir y establecer sinergias.

Trabajó sin descanso, con una velocidad y eficacia que solo la experiencia le podía dar. No desechó el uso de una libreta, donde iba garabateando los datos de interés que observaba. Miraba sus apuntes, la pantalla encriptada de datos y los programas de traducción.

Después de una hora de intenso muestreo, reparó en Smith, que no había variado en lo más mínimo su posición. Seguía de pie, con su elegante traje de color marrón, los brazos cruzados y observándola fijamente con esos ojos grises fríos como el hielo.

—Ya lo tengo —le dijo Julia. Estaba temblando—. Sé lo que está liberando ese objeto.

Smith siguió imperturbable.

—Diga, doctora, ¿a qué nos enfrentamos? —dijo finalmente.

El rostro de Julia, hasta el momento cansado y macilento, se iluminó con una enorme sonrisa. Repasó con avidez sus apuntes del cuaderno, como comprobando algo que le parecía increíble. Parecía otra persona, mucho más joven y vital. Incluso hermosa.

—03.

—¿Perdón?

—03 —le contestó Julia—. Ozono. Ese trasto está liberando ozono. Inocuo para nosotros, revitalizador para nuestra atmósfera. No sé cómo han conseguido licuarlo en un objeto tan pequeño para que produzca una emisión tan intensa. Están regenerando nuestro aire con algo tan importante para la continuidad de nuestra supervivencia como es el ozono. ¿No lo entiende? No nos están atacando. ¡Están salvándonos después de décadas de contaminación!

Julia saltó de su silla y abrazó a Smith, dándole dos besos en la cara. No paraba de reír y llorar a la vez.

Smith apartó a Julia tomándola por los hombros. La miró a los ojos.

—¿Está segura, doctora Massó?

—¿A usted le parece que puedo bromear con este tipo de cosas? —le contestó Julia sin parar de reír—. Estamos salvados. Esos extraterrestres no han venido a exterminarnos, sino a salvarnos. Su gobierno, el mío, todos haríamos bien en ponernos en contacto con ellos y darles las gracias.

—Doctora Massó —le dijo Smith sin soltarle los hombros—, es una noticia maravillosa para el mundo. —Sus ojos seguían sin mostrar ningún tipo de emoción. Julia no se percató de este detalle.

—Tengo que ir con mi familia y darles las buenas noticias —explotó Julia después de innumerables horas de tensión extrema. Estaba eufórica—. Quiero abrazar a mis hijos, a mi marido, a mis padres. Necesito estar con ellos.

—Buen trabajo, doctora —le dijo Smith abrazándola—. Váyase a casa. Yo me encargaré de dar la buena noticia a Márquez. Salga por la puerta de emergencia hacia el estacionamiento, súbase a su coche y vaya a abrazar a sus hijos. Su trabajo ya ha finalizado de una manera brillante. Hoy es un día histórico que la humanidad entera ha de celebrar.

—No puedo hacer eso, irme sin más, quiero decir. Tengo que hablar con mi equipo y felicitarlo. He hablar con el director.

—Le recuerdo, doctora, que se trata de una primera monitorización. Ahora el ROVER será trasladado al portaaviones, donde se examinarán concienzudamente las muestras recogidas. No adelantemos acontecimientos hasta estar del todo seguros. Es más, no es conveniente que hable con el resto del personal de estas instalaciones de su descubrimiento. Es contraproducente levantar falsas expectativas en el caso de que su estudio no pueda ser confirmado. En cuanto a Márquez, entenderá la situación y que usted se haya marchado en busca de su familia. Es necesario mantenerla en cierta manera incomunicada. ¿Entiende? También tenga en cuenta que mis decisiones están respaldadas por el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas —añadió Smith con una sonrisa—. Váyase con los suyos. A ellos les hace más falta su presencia que a nosotros.

Julia volvió a besar a Smith, se separó de él con lágrimas en los ojos y se dirigió hacia la puerta de emergencia, empujó la palanca antipánico y se vio en el exterior del recinto. El sol de la mañana calentó su rostro y se sintió más viva que nunca. Caminó feliz hasta la puerta principal del edificio del Centro de Astrobiología. No encontró a nadie en el trayecto, entró en su despacho, se quitó la bata y tomó su bolso. Se dirigió rápidamente hacia el estacionamiento para buscar su coche.

Cuando salió de las instalaciones del CAB CSIC-INTA, sintió por unos momentos un remordimiento por no haber dado en persona la buena noticia a Márquez. Pero también entendía los argumentos de Smith y tal vez era necesario esperar los resultados definitivos del equipo científico del portaaviones. Aun así estaba segura de que su trabajo había resultado definitivo y que poca cosa más hallaría en sucesivos muestreos. La humanidad estaba a salvo y su prioridad ahora eran sus hijos.

El guardia de seguridad de la entrada la saludó con la mano mientras levantaba la barrera. Julia, salió y enfiló hacia la carretera en dirección a Torrejón para después tomar el desvío hacia Loeches.

Circuló por la carretera desierta bordeada de árboles. Era una preciosa mañana de otoño y el sol resplandecía con nitidez por el este. El azul del cielo tenía un color intenso y vivificador. Bajó la ventanilla y sintió cómo el aire fresco azotaba su rostro haciendo que su espíritu se hinchara de felicidad.

Por fin pudo conectar su teléfono móvil al «manos libres». Ardía de deseos de llamar a sus padres y hablar con sus hijos.

Cuando marcó el número de teléfono, escuchó por los altavoces un sonido áspero y continuo. Acostumbrada a las medidas de seguridad de las

comunicaciones en transmisiones espaciales, lo identificó de inmediato. Alguien estaba empleando un inhibidor de frecuencias.

Miró por el espejo retrovisor y vio un vehículo de color gris que le estaba haciendo luces. Quería que se detuviera.

Julia paró su vehículo en el arcén y esperó. Sabía que se trataba de agentes de seguridad. ¿Quién si no tendría inhibidores de frecuencia? El acompañante del otro coche, que se había detenido detrás de ella, bajó y se dirigió hacia su ventanilla.

—Doctora Massó —le dijo el hombre mostrándole una credencial que no le dio tiempo a verificar—, lo siento, pero requieren su presencia en el INTA. Se ha marchado usted sin autorización. Acompáñenos. —Tras lo cual abrió la puerta del auto e invitó a Julia a salir con un gesto—. Cierre el vehículo y llévese sus objetos de valor. No se preocupe, nosotros nos haremos cargo de todo.

—Tengo la autorización del señor Smith… —protestó Julia—. Él me dijo que hablaría con el director y…

El hombre tomó bruscamente del brazo a Julia y la arrastró hacia el otro vehículo, la empujó hacia la parte trasera y se sentó a su lado. El coche arrancó a gran velocidad en dirección a Loeches. Julia, aterrada, veía la carretera vacía de vehículos. Nadie había sido testigo de lo que le estaba sucediendo.

—Oiga, no creo que usted tenga derecho a tratarme de esta… —Julia no tuvo oportunidad de acabar la frase. El hombre que estaba sentado a su lado la golpeó en la cara con el puño con tanta violencia que su cabeza rebotó contra la puerta del lado contrario, lo que le provocó un inmenso dolor y un destello en el cerebro, como si le hubiese explotado.

Julia notó, casi inconsciente, cómo el vehículo abandonaba la carretera y entraba en un camino sin asfaltar. Sintió los baches del terreno, la reducción de velocidad y el roce de las ramas de los árboles contra la carrocería. Sabía que no la estaban llevando a las instalaciones del INTA.

Cuando el vehículo se detuvo del todo, su acompañante abrió la puerta. Ella sintió un terrible dolor en el cuero cabelludo cuando la tomaron del pelo y la arrastraron hacia el exterior. Su rostro cayó contra el suelo. Olió a barro, a agujas de pino secas, y supo que iba a morir, pero su cuerpo no reaccionó al instinto de supervivencia. Estaba inmovilizada por un gran peso, en el pecho, de unas rodillas que le aplastaban las costillas y le impedían respirar. Unos dedos fuertes como cables de acero le atenazaron la garganta, comprimiendo

sin piedad su tráquea. Mientras sentía cómo la vida la iba abandonando, tuvo un último pensamiento para sus hijos y su marido.

* * *

Smith guardó la libreta de la doctora Massó en su bolsillo, salió de la sala anexa de monitorización y se dirigió hacia el director Márquez. Todo el mundo de la sala de control se quedó mirándolo con expectación, en un silencio absoluto.

—Vayamos a su despacho, director.

—¿Y la doctora Massó? —preguntó Márquez.

—A su debido tiempo, señor director —le contestó Smith—. Vamos a su despacho, por favor.

Los dos hombres se encaminaron en silencio hasta el despacho de Márquez. Una vez que estuvo la puerta cerrada, Smith habló con gesto grave.

—La doctora Massó monitorizó los resultados del REMS-2 y las noticias no son buenas. Perdió el juicio y se marchó por la puerta de emergencia para reunirse con su familia. No pude retenerla, lo siento. En caso contrario, ella misma le hubiese explicado los resultados del muestreo.

Márquez, esperando lo peor, se sentó en su sillón e hizo un gesto con la mano a Smith para que continuase.

—Lo que está liberando a la atmósfera el meteorito del estudio, y por añadidura los otros miles que han impactado contra la Tierra, son gases cargados de elementos patógenos que pueden destruir la vida biológica compleja. Pretenden exterminarnos, señor Márquez. A partir de ahora espero de usted la máxima discreción. Que solo informe a sus autoridades, tal y como habíamos quedado anteriormente. Yo por mi parte haré lo mismo. Aportaré los resultados del trabajo de la doctora Massó a mis superiores para que se tomen medidas urgentes.

Smith abandonó el despacho del director Márquez, dejando a este muy abatido. Buscó un rincón solitario en las instalaciones del INTA y marcó un número en su teléfono móvil. Cuando una voz le contestó, simplemente dijo:

—GUIDESTONES está en marcha. Que Dios nos asista.

Freezer y el planeta de hielo

El coronel Martín Herrero miraba abstraído por la ventana de su despacho, sumido en sus pensamientos. Hacía un día radiante y soleado, pero presentía la tensión en el ambiente. Estaba situado en la cuarta planta del edificio principal I, desde donde tenía unas vistas excepcionales del complejo del CNI . La actividad parecía frenética, no paraban de entrar y salir vehículos de las diferentes zonas, muchos de ellos pertenecientes al Grupo de Operaciones. Todo el personal había sido convocado y los permisos anulados.

Observó pensativo el monumento a los siete agentes del Centro Nacional de Inteligencia muertos en la guerra de Irak, en el año 2003. Un monolito en recuerdo de los caídos en lo que se considera el mayor golpe asestado al servicio secreto español en toda su historia, que en aquellos momentos estaba protegido por las sombras ondulantes de los árboles que lo rodeaban. Un recordatorio triste de lo frágil que puede ser la vida. Sus compañeros se enfrentaron durante media hora en una carretera de Latifiya a una emboscada de insurgentes iraquíes solo con la defensa de sus armas cortas mientras eran ametrallados sin compasión con armas automáticas. Sus cuerpos fueron ultrajados por los asesinos y una multitud encolerizada. El convoy atacado estaba formado por ocho hombres de los cuales uno se salvó, y lo hizo gracias a la compasión o el amor del ser humano hacia sus iguales. Justo cuando iba a ser linchado por la multitud mientras corría en busca de ayuda, un anciano con aspecto de religioso lo apartó del tumulto y le besó en la mejilla. Eso hizo que el resto de la gente dejara de golpearlo y le permitiera marchar.

Era una historia terrible y bella a la vez, en la que surgía lo peor y lo mejor de la especie humana. El odio y la destrucción contra la compasión.

Pensó que la situación en la que estaba inmersa la civilización tenía cierta analogía con esta historia. Tal vez se verían obligados a defenderse contra un ataque externo, el de la nave extraterrestre que gravitaba sobre la Tierra en esos momentos, con escasos recursos, al igual que sus compañeros lo tuvieron que hacer en su momento. Pistolas contra ametralladoras y lanzagranadas. Ojalá que apareciera el anciano bondadoso que les perdonara la vida.

Suspiró y se sentó delante de su escritorio, presidido por una fotografía enmarcada de su mujer, Julia, y sus dos hijos. Todos ellos sonriéndole a él, ya que estuvo detrás de la cámara para inmortalizar la imagen. Había sido el invierno anterior, en el Pirineo de Huesca. Los picos nevados de Cerler se recortaban majestuosos detrás de ellos en un día especialmente frío. Tenían el rostro enrojecido, pero no les había impedido reír felices ante las payasadas que les hacía para tomar la fotografía.

Acarició con el dedo el vidrio del portarretratos y pensó que lo daría todo para protegerlos. Daría su vida.

Estaba relativamente tranquilo, dadas las circunstancias, en cuanto a la seguridad de los suyos. Los pequeños estaban con sus abuelos en Loeches, fuera del caos que se había instaurado en las ciudades. Julia había sido convocada al INTA para hacer el seguimiento e investigación del Objeto. Aunque ella y el resto del personal científico de las instalaciones, excepto el director, no lo supieran, había un destacamento de agentes del CNI protegiéndolos de posibles agresiones del mundo exterior. Su labor científica era de vital importancia en aquellos momentos de crisis mundial.

Pensó en lo extraño que estaba resultando ese día, que sin duda alguna pasaría a la historia. Primero se despertaron con la noticia de que un objeto de grandes dimensiones, una nave extraterrestre, había aparecido en la órbita de la Tierra. A partir de ahí los acontecimientos se precipitaron. Julia y él recibieron llamadas telefónicas para que se dirigieran a sus puestos de responsabilidad. Decidieron inmediatamente poner a salvo a los niños en la casa de los abuelos, en el pueblo. Ellos estuvieron encantados de librarse de ir al colegio. Los llevó Julia en su coche mientras él se dirigía a la Central del CNI en Madrid.

Cuando llegó a la capital por la autopista A-2 desde Torrejón de Ardoz, vio la confusión de la gente en la calle. Muchos miraban al cielo con la esperanza o temor de ver al Objeto, algo imposible en aquellas latitudes.

La vida cotidiana se había truncado. Muchos habían optado por no ir a trabajar y no llevar los niños al colegio a la espera de acontecimientos. Aun así en las calles se seguía viendo mucho movimiento. Sobre todo de vehículos patrulla de policía, que se habían hecho omnipresentes en la ciudad. Era obvio que todos los agentes habían sido convocados a sus respectivas comisarías para reforzar la seguridad.

Ya en las instalaciones del CNI, en Puerta de Hierro, escuchó en la cafetería la breve y sorprendente intervención del Presidente de los Estados Unidos. Acostumbrado como estaba a leer entre líneas, la mención que hizo el

mandatario a un salmo de la Biblia que hablaba del fin del mundo le puso los pelos de punta. Él era analista de información y sabía que esas palabras no habían sido pronunciadas en vano. Además estudió por instinto los gestos y ademanes del Presidente americano. Lo vio nervioso y asustado, pero sobre todo conocedor de algo que no podía transmitir a la población.

Poco después saltó la noticia de que el Objeto había lanzado miles de bólidos o asteroides contra la Tierra. Los acontecimientos se estaban precipitando de una manera espantosa.

Comenzó a llamar desde su despacho a sus contactos, homólogos del MI-6 británico, la NSA americana, la DGSE francesa, el BND alemán y el FSB ruso. Todos ellos le iban diciendo que se sentían tan confusos como él y que estaban realizando una actividad frenética para aportar datos a sus respectivos gobiernos.

Las informaciones siguieron cayendo en cascada. Todos los bólidos habían impactado en zonas desérticas al norte del paralelo del ecuador, Asia, África y América. No habían causado daños en la población. Pero la pesadilla no había acabado.

Martín recibió una llamada de su contacto en la CIA, que le informó que los bólidos estaban lanzando una emisión de gases a la atmósfera y que necesitaban del apoyo del Gobierno español para realizar una operación de toma de muestras desde el INTA, ya que eran los únicos que disponían de los medios técnicos de manera casi inmediata para alcanzar este objetivo en uno de los meteoritos caídos en el norte de África, en el desierto del Sahara.

De una manera extraña, su trabajo se coordinó con el de su mujer. Jamás lo hubiera pensado. Sabía que ella era la responsable del proyecto del laboratorio REMS-2 del InSight de exploración en Marte que pensaban utilizar en el muestreo de los gases emanados del Objeto. Por ese motivo se sentía muy orgulloso e inquieto a la vez por la responsabilidad que había recaído sobre Julia. No podía llamarla para decírselo porque sabía que todo el personal del INTA tenía prohibido hablar con el exterior, incluso él mismo, teniendo un alto cargo del CNI.

Llamó por la línea interna al Secretario de Estado Director, para ponerlo en contacto con el alto directivo de la CIA a fin de atender sus peticiones a través del gobierno, tras resumirle lo que le habían explicado. A partir de ese momento, se puso en marcha la operación para determinar la composición del gas que emitían los meteoritos.

Su trabajo como responsable de la ONS[8] consistía en tratar la información clasificada y formar parte de los grupos de trabajo con otros

servicios de inteligencia internacionales. Sobre todo, informar y asesorar al Secretario de Estado Director, para que este a su vez diera cuenta al gobierno.

El día transcurrió insoportablemente lento a la espera de los resultados que arrojara el REMS-2. De ello dependían un buen número de decisiones posteriores que serían de suma importancia para toda la población.

Llamó a la casa de sus suegros para poder hablar con los niños. Estaban tranquilos y felices bajo el paraguas protector de los abuelos, los cuales, cómo no, les estaban dando todos los gustos. Él no tenía familia, ya que se había criado en un orfanato. Después el Ejército había sido su única casa hasta conocer a Julia. Sentía que los padres de su mujer eran a la vez los suyos.

El grupo operativo del CNI destacado en el INTA le informó que el ROVER había sido cargado en un helicóptero con destino al Sahara occidental, para monitorizar las emisiones del meteorito. Tenía por delante unas horas de espera que decidió aprovechar para buscar información en los archivos clasificados de la ONS, situados en el subsuelo del edificio. Pretendía averiguar si había algún tipo de información referente a contactos extraterrestres para poder identificar a los ocupantes del Objeto que gravitaba encima de sus cabezas. Sabía que había una ingente información sobre avistamientos de ovnis, abducciones, contactos con extraterrestres. Todos estos casos habían sido recopilados durante años gracias a los testimonios de cientos de ciudadanos normales, pero a veces también de pilotos y controladores aéreos militares y civiles, policías e incluso científicos. En su opinión, al menos hasta el mismo momento en que había sido consciente de la existencia de una inteligencia extraterrestre con la aparición del Objeto, todo aquello le habían parecido tonterías sin un verdadero fundamento científico, ya que su vida profesional había transcurrido entre varias guerras en diversas partes del mundo cuyos horrores le pusieron los pies en la tierra sin tiempo de hacer cavilaciones cosmológicas.

Al salir de su despacho vio cómo su secretario, el teniente Torres, estaba delante de su ordenador con los ojos cerrados y la cabeza apoyada por la barbilla con el puño de la mano derecha. Era evidente que se había quedado dormido.

Martín, condescendiente, lo sacudió por el hombro para devolverlo al mundo terrenal.

—Torres —le dijo mientras salía hacia el pasillo—, si alguien pregunta por mí, me voy al archivo. ¡Tómate un café, hombre! Te necesito despierto.

—Sí, mi coronel. No se preocupe. Estaba descansando un poco.

—Ya tendrás tiempo de echar una cabezada si lo necesitas, pero por lo que más quieras, no desatiendas el teléfono. Estamos en una situación crítica.

—¡A la orden, mi coronel!

Martín salió al pasillo y tomó el ascensor hasta la planta baja. Fue a la cafetería y pidió cafés, bocadillos y refrescos para dos. Después volvió a subir al ascensor y pulsó el botón de la planta -2. Para ello tuvo que pasar su tarjeta magnética por un lector que había dentro del habitáculo. Aquella era un área restringida de alta seguridad. Cuando las puertas correderas sisearon para abrirse, sintió el aire fresco del climatizador de la sección de archivos. Siempre a una temperatura de 18 grados centígrados para conservar en las mejores condiciones los manuscritos que allí se guardaban.

Vio a un hombre sentado detrás de su escritorio, el guardián del «calabozo» como a él le gustaba llamarlo, el brigada Juan Costa, a la postre encargado de los archivos confidenciales que se extendían apilados en innumerables pasillos oscuros y estrechos en más de mil metros cuadrados de superficie. Por suerte para él, Costa había hecho un magnífico trabajo al ordenar, clasificar y sobre todo digitalizar todos los documentos allí archivados.

—¡Hola, cabrón, veo que cada vez tienes más cara de topo! —le dijo Martín a modo de saludo.

—Mira a quién tenemos aquí, al «gran Oso». ¿Qué te trae por aquí, coronel?

—Una cena, compañía y muchas dudas por resolver.

Martín apartó el periódico que estaba leyendo el brigada y dispuso la cena sobre la mesa, sentándose delante de su amigo.

Se conocían desde hacía muchos años, cuando ambos realizaban una misión en Afganistán. En agosto del 2010 el vehículo blindado en el que viajaban hacia la base militar española de Herat fue objeto de un ataque talibán con lanzagranadas. El resultado fue que los ocho ocupantes del BMR, seis de ellos del Ejército de Tierra, resultaron heridos de diversa consideración. El peor fue Costa, con quemaduras en el cincuenta por ciento de su cuerpo al incendiarse el vehículo. Martín perdió el bazo. Aquello fue el final para ambos como agentes de operaciones y fueron destinados a la sede del CNI tras un largo período de convalecencia.

En el caso del brigada, este había solicitado el destino en el Departamento de Archivos Clasificados, aunque su estado de salud le hubiese permitido jubilarse sin problemas. Tenía dañada la mayoría de sus órganos internos y era consciente de que posiblemente no llegara a viejo. Solo su tozudez

consiguió que el CNI lo reincorporara al servicio activo. Allí, bajo tierra, se sentía seguro fuera de las miradas de horror de la gente al ver su rostro desfigurado por las quemaduras. Se había convertido prácticamente en un monstruo y a sus treinta y cinco años solo aspiraba a pasar el mayor tiempo posible aislado del mundo, entre sus archivos y ordenadores. De hecho se encontraba cómodo nada más que con Martín, ya que sabía que él lo seguía mirando con los mismos ojos de cuando era un agraciado muchacho rubio de ojos verdes, sin atisbos de lástima o de compasión.

—Cómete el bocadillo rápido, tenemos mucho trabajo —le dijo Martín mientras desenvolvía el suyo.

Costa abrió el cajón de su escritorio y sacó una botella de *whisky* que ya estaba empezada y se echó una buena ración en el café. Ignoró la comida que le había traído Martín.

—¿No quieres?

—No, chaval, necesito tener la mente despejada. Tú tendrías que hacer lo mismo.

—Con una botella de estas en el estómago seguiría teniendo la mente más despejada que la tuya —le contestó Costa encogiéndose de hombros y dando un buen sorbo al vaso—. Además, me calma el dolor.

—Necesito información sobre ovnis. —Martín sabía que no podía hacer nada contra los hábitos autodestructivos de su amigo y decidió entrar en materia—. Los archivos que tengamos y las investigaciones que se hayan realizado en cuanto a avistamientos, abducciones… cualquier cosa sobre este tema.

—Nunca te han interesado ese tipo de cosas. Las veías como una estupidez.

—Antes no tenía una maldita nave extraterrestre lanzando objetos sobre nuestras cabezas. Necesito saber quiénes son, de dónde vienen y qué es lo que pretenden. Los del SETI han intentado ponerse en contacto con ellos sin resultado alguno. Nada, ni un simple eco de ruido.

Al brigada no le hacía falta consultar los archivos. Lo tenía todo en la cabeza. Daba lo mismo la información que le pidieran, grupos terroristas, cárteles de la droga, delitos económicos, lo tenía todo grabado en su mente.

—Espero que no tengas prisa. Hay mucho material recopilado sobre este tema. Pero también es difuso y difícil de entender.

—Tengo por delante toda la noche. No te preocupes.

—Bien. —Costa se retiró de la mesa del escritorio haciendo uso de su silla de ruedas eléctrica. Aunque podía andar, ese ejercicio le producía tal

sufrimiento que finalmente había tenido que acudir a ese artilugio para desplazarse. Se perdió por uno de los pasillos iluminados con luces infrarrojas y al cabo de diez minutos volvió con un voluminoso archivador sobre el regazo. Lo puso encima de la mesa tras apartar los restos de la cena y su bocadillo sin tocar, con sumo cuidado de no volcar su vaso lleno de café con *whisky*—. Esta es una copia de los *dossiers* de investigación que ha hecho el Ejército del Aire desde los años 70. Son los que he clasificado por su mayor relevancia, ya que existen muchísimos más. Hay un total de mil quinientos casos de avistamientos, tomas de contacto con seres de otro planeta y abducciones. Constan de la declaración de múltiples testigos y los informes que hicieron los investigadores en cada caso. Si quieres, te lo resumo.

—Por favor.

—Luces persiguiendo aviones comerciales y militares, luces que aterrizan en sembrados, luces que se ven en el cielo, de noche y de día, luces de las que descienden individuos altos y bajos, cabezones de color gris y gigantes con trajes espaciales, luces que se sumergen en el mar. También objetos en forma de platillo o de cigarrillo gigante, así como de gusano. —Costa había abierto el archivador e iba lanzando expedientes clasificados sobre la mesa—. También abducciones. Gente que ha viajado a otros planetas o a la que le han dado una vuelta en un ovni. Mensajes telepáticos de todo tipo: que se van a destruir si no respetan el medio ambiente y no cesan las guerras, que si lo que nos interesa es estudiar al ser humano, o que la civilización es un experimento extraterrestre.

—¿Qué hay de verdad en todo esto? —preguntó Martín ojeando alguno de los expedientes. Todos ellos estaban redactados según la disposición del Ejército del Aire IG-40-5, es decir, un cuestionario normalizado para que los investigadores tomaran todo tipo de datos en relación con el fenómeno ovni de una manera lo más científica posible. Tenía una parte que incluía la declaración de los testimonios, otra de aportación de pruebas y la última de conclusiones.

—Toda y ninguna —le contestó el brigada mientras se servía otro *whisky* en el vaso de café vacío—. Los testigos, muchos de ellos cualificados, no mentían. Las transmisiones de radio entre la sala de control y los pilotos tampoco, las grabaciones en video y fotografías aportadas no estaban trucadas. Las muestras de la tierra y vegetación tomadas en lugares de posibles aterrizajes demostraban que algo se había posado allí y había desprendido una fuente de calor poco usual. En contra, no se ha conseguido averiguar un patrón de comportamiento en estos avistamientos, de dónde

proceden esas naves, qué es lo que pretenden. Es como un enorme *puzzle* imposible de terminar.

—¿Ya está, así de sencillo?

—No, ni mucho menos. Me habías dicho que te hiciera un resumen de los archivos que tenemos, y es lo que he hecho, pero todavía no he separado «el grano de la paja».

Martín se cruzó de brazos y se puso cómodo, a la espera de respuestas. Sabía que a su amigo le gustaba generar el máximo de expectación posible cuando hacía alarde de conocimientos.

—Según las investigaciones estadísticas de los IG-40-5, podemos concluir que existen, al menos, cuatro tipos diferentes de razas de extraterrestres, pero al mismo tiempo se da casi por seguro que hay muchas más. Todas ellas se han interrelacionado con los humanos de una manera u otra. Están los llamados «grises», que son de pequeña estatura y los causantes de la mayoría de avistamientos. Después tenemos a los «reptilianos», que viajan en naves de forma cilíndrica, y a los de «aspecto nórdico», los más parecidos a nosotros. Luego están las razas que colonizaron la Tierra, como los «Annunakis», unos seres de otros mundos, posiblemente de la rama de los reptilianos, que según se recoge en diferentes tablillas y estelas sumerias, visitaron la Tierra hace milenios para crear la vida.

Martín siguió mirando a su interlocutor sin decir palabra. Si le hubiese contado aquello hacía escasamente veinticuatro horas antes hubiese estallado en carcajadas. En cambio, y dadas las circunstancias actuales, sintió un escalofrío que le recorrió la espina dorsal.

—¿No tenemos algo sustancial, tangible, que nos indique quiénes son y las intenciones de estos… seres? —Martín empezaba a impacientarse. Había demasiado en juego como para perder el tiempo en conjeturas fútiles—. ¿Quiénes son los hijos de puta que tenemos sobre nuestras cabezas y que nos están lanzando su mierda?

—Tenemos el caso «Freezer» —le contestó Costa con una sonrisa enigmática.

—¿El caso Freezer?, ¿qué es eso…?

—No es eso. Es quién. Se trata de una persona.

—¿Un congelador? —exclamó Martín tras traducir mentalmente la palabra del inglés.

—Así se hace llamar.

—¿Quién es? —Si lo que pretendía Costa era captar su atención, lo había conseguido.

—Un extraterrestre que tenemos recluido en el pabellón para dementes en el Hospital Central de la Defensa Gómez Ulla. Lleva allí desde hace cinco años.

—¡No me jodas! —exclamó Martín sin saber si alegrarse o asustarse. Casi automáticamente pensó que él debería haber tenido conocimiento de este hecho, ya que como responsable de la ONS tenía la obligación de saber y de ser informado de los expedientes clasificados y aquel, sin duda, lo era. Filtraba dicha información y daba cuenta de ella al Secretario de Estado Director del CNI. Él no haberlo hecho en un tema tan importante hubiese sido de una incompetencia injustificable por su parte. Así se lo hizo saber al brigada—. No tengo conocimiento de este hecho. Créeme, me acordaría.

—Yo sí lo recuerdo —le contestó el brigada sacando un expediente del archivador y lanzándoselo hacia Martín—. Lee. Se te entregó en su día. Una investigación del Servicio de Inteligencia del Ejército del Aire que finalizó con la detención de un individuo por el bien de la seguridad nacional.

Martín abrió la tapa de cartón del expediente. Al poco de iniciar la lectura se acordó del caso. Se trataba de un individuo que había estado enviando cartas a científicos y medios de comunicación españoles. En ellas aseguraba que era originario de un planeta llamado Blua Suno (en esperanto, Sol Azul). Que él, junto con un grupo de su misma especie, había venido a la Tierra con la misión de salvarla y de avisar de los peligros que corría la civilización debido a unos grupos de poder que planeaban el exterminio. Que llevaban décadas infiltrados entre los humanos porque ellos también lo eran y no levantaban sospechas por su aspecto físico. Habían ocupado puestos en lugares estratégicos en los centros de poder en donde la presunta conspiración se estaba urdiendo. La intención de sus cartas era concienciar a personalidades del mundo científico y de la comunicación del peligro que se estaba cerniendo sobre la humanidad, ya que muchos gobiernos del mundo eran esclavos de la oligarquía reinante y ocultarían dicha información. Apoyaba sus escritos con datos científicos de su procedencia, de la vida y normas sociales del planeta de donde venía, de los medios técnicos que empleaban para viajar en el espacio, de su religión o creencias, en suma, de la ética que gobernaba su civilización.

Según el autor, esos escritos se había difundido por casi todo el mundo, con muy poca o ninguna repercusión, ya que todos lo trataban de loco.

Al parecer el decano de la Facultad de Física de la Universidad Complutense de Madrid le había prestado atención y había contestado algunas de sus cartas dirigidas a un apartado de correos de Robledo de Chávela,

población situada a 67 kilómetros de Madrid entre las sierras de Guadarrama y de Gredos, en donde el INTA y la NASA tienen una base conjunta del Complejo de Comunicaciones con el Espacio Profundo, cuya principal función es el seguimiento de las exploraciones espaciales.

El científico y su extraño interlocutor siguieron carteándose, hasta que el primero se asustó. Lo que en un principio parecía un juego producto de la curiosidad se tornó en espanto cuando el misterioso personaje comenzó a volcar información imposible. Leyes físicas que todavía no habían sido descubiertas, por ejemplo. El decano dio cuenta de la situación al Ministerio de Educación y Ciencia, el cual a su vez informó, dadas las circunstancias, al Estado Mayor del Ejército. En cuestión de poco tiempo los servicios de inteligencia localizaron al anónimo «extraterrestre» y lo interrogaron. Resultó ser que trabajaba como operador de radiotelescopio en el mismísimo observatorio del espacio profundo de Robledo de Chávela de la MDSCC[9]. La información que les facilitó a los propios agentes hizo que estos se sorprendieran, ya que había estado usando coordenadas de frecuencias de comunicación no autorizadas por sus superiores y fuera de cualquier proyecto o protocolo definido. Antes de ser detenido, había borrado las claves de estas señales de comunicación del *software* del servidor, por lo que fue imposible determinar con quién se había estado comunicando y el contenido de sus mensajes. Utilizaba un encriptamiento de señal para no ser detectado por los otros dos observatorios del espacio profundo que existen, el de Goldstone, en California y el de Canberra, en Australia. Explicó que había estado enviando información a su planeta, llamado Sol Azul, para pedir ayuda, ya que un peligro extremo se estaba cerniendo sobre la humanidad.

Finalmente se decidió apartar del mundo al presunto extraterrestre, ingresándolo en la prisión militar de Alcalá Meco, en el área de enfermería, para tratar sus «deficiencias psiquiátricas» sin que transcendiera a la opinión pública. Era la típica situación extrajudicial por el bien de la seguridad nacional. Después se determinó que era un pobre enfermo mental y en aquellos momentos estaba ingresado en el pabellón de enfermedades neurológicas del Hospital Central de la Defensa.

—Sí, ahora me acuerdo del caso —dijo Martín mientras seguía ojeando el expediente—. Pero me sigue pareciendo un fraude. ¿Qué es lo que ha cambiado?

—Que Freezer vaticinó lo que está pasando ahora. Hace cinco años. —Costa tomó el expediente de las manos de Martín y extrajo una gruesa carpeta de su parte trasera, de al menos quinientos folios—. Son las transcripciones

del interrogatorio que se le hizo en su día. Nadie lee lo que ha dicho un loco, excepto yo, ya sabes, muchas horas metido en esta cueva. Me pareció una lectura interesante en su momento, menuda imaginación se gastaba el tipo. Ni el mismísimo Julio Verne se hubiese podido inventar todo lo que contaba. Ahora, los que parecían desvaríos de una mente enferma se han convertido en realidad. Por eso te digo que Freezer es realmente un extraterrestre, no me cabe duda. —El brigada miró desafiante y confiado al asombrado coronel—. Así te lo digo. Lee la transcripción de los interrogatorios si quieres. Son quinientos folios de un galimatías que dan dolor de cabeza. Explica cómo es su planeta, cómo vino al nuestro junto con otros intercalados en el tiempo, hasta llegar al número de seis repartidos por el mundo. Que han conseguido, dadas sus superiores condiciones intelectuales y científicas, infiltrarse en los lugares logísticos que les convienen para sus intereses. Luego, al igual que hizo con el decano de la Complutense, lanza una serie de teorías científicas indescifrables para nuestra ciencia actual, referentes a las leyes de la física sobre todo, pero también a la tecnología aeroespacial y médica. Una «joya», vamos. Estos interrogatorios no los realizó personal de inteligencia, sino psiquiatras militares. Se han incluido en el expediente por si acaso, pero la conclusión pericial de los facultativos es que nuestro amigo Freezer padece de esquizofrenia y que se ha montado en el cerebro un universo que le hace vivir una realidad paralela. Lo extraño del caso es que los de Inteligencia del Estado Mayor investigaron su vida y averiguaron que este señor adquirió su identidad, titulación académica y datos familiares de manera fraudulenta, falsificando toda la documentación para presentarse a las pruebas de ingreso del INTA que lo llevarían a ocupar un puesto en el observatorio de Robledo de Chávela. Antes de eso, nada, no existía. Ni huellas digitales, ADN, moldes dentales, ni archivos de desaparecidos de la policía, incluso tras realizar consultas en la Europol e Interpol. En la actualidad no saben quién es realmente. Según su carnet de identidad se llama Andreas Svensson Tagle, de padre sueco y de madre española, nacido en 1965 en Madrid. Realizadas las investigaciones que lo pudieran relacionar con familiares, estas han dado resultado negativo, parece ser que falsificó un libro de familia[10] y eso le sirvió para empadronarse y después adquirir el documento nacional de identidad. Su apartamento de Robledo de Chávela tampoco dio ninguna pista sobre él. Vivía con extrema austeridad y lo único que llamó la atención a los investigadores era la gran cantidad de libros sobre la historia de la humanidad, ciencia, tratados de psicología y medicina que encontraron en él. Su aspecto físico es el de un nórdico. Es extremadamente alto, casi unos dos metros de

altura, y una constitución muy atlética, rubio y de ojos azules. Ha sido sometido a pruebas médicas exhaustivas y, por si te interesa, su organismo es totalmente normal. En cambio, su coeficiente intelectual es asombroso, de más de 140, pero solo a nivel matemático, científico, de memoria y proceso del lenguaje. Sin embargo, su inteligencia emocional se puede considerar que está por debajo de la media. Aprende la empatia, no es una circunstancia cognitiva de su cerebro desde la infancia, sino que esos conocimientos son recientes y parece ser que le fascinan. Esas son las conclusiones de los médicos que lo han tratado. En el caso que nos ocupa, lo más interesante es la grabación de una sesión con el médico que lleva su caso. —Costa sacó un DVD de un sobre que estaba pegado con cinta en la tapa del expediente. Giró su ordenador portátil hacia Martín—. Míralo, después dime si tengo razón o no. Tenemos en nuestro poder a uno de esos cabrones…

Martín abrió la bandeja del lector e introdujo el DVD que le había tendido Costa, Cuando salió una ventana en la pantalla del ordenador, dirigió el puntero del ratón hacia el *play* y comenzó a ver la grabación:

Una cámara de video fija enfocaba a un hombre sentado en un sillón, que llamaba la atención por su corpulencia y por unos ojos azules transparentes que miraban fijamente a su interlocutor, que estaba fuera de cámara. Tenía el pelo muy corto, de un color rubio casi blanco. Su rostro agraciado, de labios gruesos, nariz recta y frente amplia, era el de una persona bondadosa, acrónica. Era muy difícil determinar su edad a simple vista. Lo mismo podía tener treinta que cincuenta años, ya que su piel era tersa y sin arrugas. Solo unas pequeñas marcas se dibujaban en los extremos de los ojos, posiblemente fruto de una situación de sufrimiento.

De repente se escuchó la voz tranquila y segura de la persona que se encontraba fuera de la imagen:

> 10 de junio, 12:00 horas, consultorio 2 del pabellón de enfermedades neurológicas.
>
> Facultativo capitán Isidro Cabañal, del área de Neuropsiquiatría del Hospital Central de la Defensa Gómez Ulla.
>
> Objeto: Sesión programada con el paciente cuyo nombre supuestamente es Andreas Svensson Tagle, que se hace llamar Freezer. Trasladado desde la prisión militar Alcalá Meco para valoración, ha consentido que se registre en video esta sesión.
>
> FACULTATIVO: Hola, Andreas, ¿cómo te encuentras?

PACIENTE: Bien, doctor, pero estaría mejor si me dejaran salir. Tengo cosas muy importantes que hacer para salvar a su civilización. Agradecería que me llamara Freezer, si no le importa.

FACULTATIVO: Te llamaré Andreas tal y como consta en tu documentación, hasta que me reveles tu nombre verdadero.

PACIENTE: Es su opción si lo desea, pero me encuentro más cómodo si me llaman por el nombre por el que me conocen los míos en la Tierra, es el más parecido al real pero en inglés. No lo uso en castellano porque resultaría ridículo llamarme frigorífico. La gente se reiría.

FACULTATIVO: ¿Te tomas los medicamentos, Andreas?

PACIENTE: Sí, doctor, se preocupan de ello dos carceleros todos los días, pero no me hacen falta, no sufro ninguna disfunción neurológica.

FACULTATIVO: ¿Qué harías si salieras de aquí?

PACIENTE: Tengo que informar a mi gente de lo que se avecina para que, a su vez, informen a nuestros contactos en los diferentes países. Iba a hacerlo yo cuando me detuvieron.

FACULTATIVO: ¿Cuáles son esos contactos a los que tienes que avisar?

PACIENTE: Científicos, periodistas, cualquiera que pueda transmitir nuestras informaciones y que no pertenezca a un gobierno o poder económico, ellos están en todos lados y planean el exterminio de gran parte de población.

FACULTATIVO: ¿Para cuándo ese exterminio, cómo sabes que se va a producir y quiénes serán los autores?

PACIENTE: Mire, doctor, no tenemos tiempo para que le haga una exposición de las intenciones que durante el siglo XX ha tenido un grupo de poder para crear un orden nuevo en su planeta. De sus actuaciones son resultado las guerras que han asolado la Tierra desde entonces, así como de la escalada armamentística nuclear, biológica y tecnológica, con el único fin de imponer una nueva civilización que ellos denominan «la Quinta Era». Uno de mis «hermanos» está infiltrado en una empresa farmacéutica que está

elaborando en el más alto secreto un virus letal y muy contagioso que liberarán en la atmósfera dentro de cinco años. Será el fin para millones de personas. Conseguí pasar los datos de este virus utilizando las frecuencias de onda del espacio profundo del Observatorio. Me contestaron que enviarían una nave nodriza para intentar evitar este holocausto, haciendo visible nuestra existencia a toda la humanidad. La situación es tan grave que no hay más remedio que actuar de esta manera. Los resultados son imprevisibles, pero lo que tenemos claro es que no consentiremos que se destruya al ser humano en este planeta, porque nosotros también pertenecemos a esa especie y nuestro valor supremo es la protección de la vida allí donde esta se desarrolle.

FACULTATIVO: Pero para actuar de la manera que expones, Andreas, también utilizarán la fuerza. ¿No es un contrasentido a lo que estás diciendo?

PACIENTE: En ningún momento he dicho que utilizaremos la violencia. Intentaremos evitar el desastre usando nuestra tecnología y conocimientos, pero sin causar daño a nadie. Le repito que nuestro principal valor es la protección de nuestra propia especie, aunque sea terriblemente hostil como es en su caso. Sin esa ética ineludible que tenemos desde nuestra creación, créame que me costaría sobremanera mantener ese compromiso en estos momentos y dar la situación por perdida, dejándolos a ustedes al albedrío del fatídico futuro que se han labrado entre todos.

FACULTATIVO: ¿Denoto rencor e ira en ti, Andreas? ¡Eso es nuevo, un sentimiento realmente humano para variar!

PACIENTE: Si dejara entrar en mí esos sentimientos negativos, me convertiría en uno de ustedes. Perdería mi esencia. Antes me quitaría la vida, doctor.

FACULTATIVO: La ira es un sentimiento inherente al ser humano, Andreas, no la puedes eliminar de tu conciencia, pero sí gestionarla. El hecho de quitarse la vida es una forma de ira contra uno mismo.

PACIENTE: Hace treinta años que convivo entre ustedes, y es cierto que mi ser puede haber podido ser contaminado de alguna manera por algunos de sus defectos conductuales, pero le aseguro que no siento ira, sino tristeza. El crecimiento personal de la especie

humana solo se completará cuando nadie sienta odio, envidia o ejerza la violencia contra los demás. Es una cuestión de evolución para conseguir la supervivencia. Lo contrario lleva irremediablemente al exterminio.

FACULTATIVO: ¿Tu especie nunca ha usado la violencia, nunca se ha tenido que defender?

Se hizo el silencio. Freezer bajó la mirada y no contestó. FACULTATIVO: No es malo que tengas sentimientos encontrados, es síntoma de que estás tomando conciencia de tu verdadero ser. Andreas le va ganando la partida a Freezer. Es una magnífica noticia.

PACIENTE: Solo en casos de vida o muerte.

FACULTATIVO: ¿Perdona?

PACIENTE: Solo hemos utilizado la violencia en casos de vida o muerte y por una causa justa, nunca por conquistar territorios o por intereses materiales. La única excepción que permite nuestra ley para eliminar es defender la vida. Esto nada más se puede dar cuando no existe otra solución.

FACULTATIVO: Entonces, según lo que tú mismo dices, podrían llegar a utilizar la violencia contra la humanidad para salvarla de sí misma.

PACIENTE: Doctor, he hecho todo lo que está a mi alcance para intentar explicarles lo que sucederá dentro de cinco años. Lo que pase a partir de ahora no está dentro de mis posibilidades. No quiero hablar más. Por favor, dé por terminada esta sesión y devuélvanme a mi celda.

Tras unos segundos de silencio, la grabación se interrumpió y la pantalla del ordenador quedó en negro.

—¿Quién más sabe esto? —preguntó Martín, sacando el DVD del ordenador y volviéndolo a colocar en su sobre del expediente.

—Nadie más. Solo el capitán médico Isidro Cabañal y ahora, tú.

—Pero esta información tendría que haber sido tratada de otra manera. —Martín entrelazó sus enormes y velludos dedos y miró fijamente a Costa—. Intento conservar la cabeza fría, como siempre he hecho, pero esto me supera. ¿Qué garantías tenemos de que este individuo sea quien dice que es? —

razonó más para sí mismo que para el brigada, que se estaba sirviendo otro vaso de *whisky* sin perderlo de vista—. Hace cinco años desde que pasó este asunto. Un tío se infiltra en un observatorio radioespacial y comienza a lanzar mensajes al espacio profundo, no sabemos adonde, a quién ni con qué propósito. Lo detenemos y lo interrogamos. Él nos explica sus propósitos y se cierra el caso, sin más gestiones. Algún imbécil, yo mismo, ha decidido que está loco y lo encerramos en el área psiquiátrica de un hospital militar. Y allí se está pudriendo la persona que en estos momentos nos podría dar la información que estamos buscando. Sus «colegas» son los que nos están bombardeando ahora mismo. ¿Cómo ha podido pasar esto?

Costa alargó su reseca y quemada mano hasta tocar la de Martín. Le sonrió.

—Porque no hemos cumplido nuestra premisa primordial: nada sucede en vano, no existe la casualidad.

—¿Sabes lo que tienes que hacer, verdad? —le preguntó Martín mirándolo directamente a los ojos.

—No sé si tendré fuerzas. Me encuentro débil y muy dolorido. Además, me da miedo el mundo exterior. —Costa apartó la mirada mientras sorbía su vaso.

—¡Maldito hijo de puta! —se enfureció Martín—. Te vi salir de un blindado en llamas. Luchabas por tu vida con dos cojones y aún sigues aquí. ¡No hay nadie en el mundo con más agallas que tú!

—Tú sí que sabes motivar a la gente, coronel. —Costa dio un largo trago a su vaso y chasqueó la lengua—. Está bien, iré al Gómez Ulla e interrogaré a Freezer. Tú solo alláname el terreno.

—Llamaré al hospital y les diré que vas hacia allá. También te facilitaré el transporte. Estaremos en contacto. Y por cierto… ni un trago más.

—¡Cómo no, amigo! Suerte.

—La necesitaremos. También te mandaré a alguien que te sustituya aquí abajo.

—No le digas dónde escondo la botella. Sería una pena que se la bebiera un imbécil descerebrado.

—Son la tres de la madrugada. Vamos contrarreloj, dentro de poco tiempo el Secretario de Estado Director me pedirá que le informe. Pongámonos en marcha.

Martín salió de la sala del archivo hacia el ascensor. Se dio vuelta en el último momento hacia Juan Costa, que lo seguía con una mirada reluciente, no sabía si por el efecto del alcohol o porque había encontrado un reto

interesante en su vida. Fuera por una cosa o la otra, parecía exultante. Confiaba en él como en ninguna otra persona. Cuando ambos formaban parte de Operaciones, lo había visto sacar información a detenidos que nadie había conseguido. Su debilidad física solo había contribuido al crecimiento de su mente. El espíritu de lucha seguía intacto en él, estaba seguro.

Cuando volvió a su Departamento, encontró al teniente Torres despierto.

—Hay que disponer un transporte para el brigada Costa hacia el Hospital Central de la Defensa Gómez Ulla. Que sea un vehículo grande, ya que tendrá que cargar su silla de ruedas. Un conductor y dos escoltas. También disponga un suplente para que ocupe su lugar en los archivos. Póngame en contacto con el responsable de guardia de ese hospital y me pasa la llamada a mi despacho.

—A la orden, mi coronel —le contestó el teniente, contento de ocupar el tiempo en hacer algo de provecho. La espera lo estaba volviendo loco.

Sentado en su despacho, volvió a mirar la fotografía de su familia. «¿Cómo te va, preciosa?», le susurró a la imagen de su mujer. Sonó el teléfono y lo atendió. El teniente Torres le informó que le pasaba al médico de guardia del Gómez Ulla.

—Soy el coronel Martín Herrero, de la Oficina Nacional de Seguridad. Envío a uno de mis hombres, el brigada Juan Costa, para que interrogue a un paciente llamado Andreas Svensson Table, al que tienen ingresado en el pabellón de enfermedades neurológicas. Es un asunto de seguridad nacional, dispónganlo todo para que mi agente pueda realizar su trabajo sin interferencias.

* * *

Juan Costa viajaba en el asiento trasero del Audi. A su lado estaba sentado uno de los escoltas, que no paraba de mirar a través de todas las ventanillas del vehículo en actitud de alerta, su mano derecha metida dentro de la axila dela chaqueta, seguramente aferrando la culata de su arma automática. Delante estaba el otro escolta, en actitud igualmente vigilante, y el conductor, que hacía volar el vehículo por las calles desiertas de Madrid.

El trayecto desde el CNI hasta el Hospital Central de la Defensa era relativamente corto, unos treinta minutos, de los cuales ya habían transcurrido veinte.

Costa necesitaba aire fresco, presionó el botón del apoyabrazos de su puerta y la ventanilla bajó con suavidad. Una ráfaga de viento despeinó su

exiguo cabello, pero se sintió inmediatamente reconfortado. No obstante, el vidrio volvió a subir y la benéfica experiencia duró solo unos instantes.

—Lo siento, mi brigada. Es por motivos de seguridad. El vehículo está blindado, incluso los vidrios de la ventanilla —le dijo el conductor—. Si lo desea, pongo más fuerte el climatizador.

—¿De qué tienen miedo, de que nos ataquen los extraterrestres? —se quejó Costa.

—Usted ha pertenecido a Operaciones igual que nosotros, brigada, y sabe la cantidad de compañeros que hemos perdido por no tomar las debidas precauciones de seguridad —le contestó sin mirar el escolta que iba sentado a su lado.

—Vale, lo entiendo… —contestó Costa—. Una pregunta: ¿no lleva ninguno de ustedes algo de beber? Ya saben, alguna bebida espirituosa.

—Mi brigada, está prohibido beber estando de…

—¡Vete a la mierda! —cortó tajantemente Costa al escolta—. No me extraña que los hayan destinado a proteger a un tullido como yo, son unos cagones.

—Sí, mi brigada. Prefiero aguantar antes sus insultos que una bronca del «Oso». —El escolta siguió mirando en todas direcciones sin hacer caso a Costa.

A partir de ese momento el viaje se desarrolló en completo silencio.

El Audi se detuvo en la garita de la barrera de vigilancia al acceso del Hospital Central de la Defensa.

Un policía militar revisó las credenciales de todos los ocupantes del vehículo y les dio una tarjeta de seguridad para que la llevaran visible en su visita a las instalaciones. Dio instrucciones al conductor para que se dirigiera hasta el pabellón de enfermedades neurológicas. Los estaban esperando.

Un médico militar, con dos estrellas bordadas en su bata, salió al encuentro del vehículo. Una vez que este se detuvo, abrió solícito la puerta al brigada, al cual le hizo gracia la situación al ser él de escalafón inferior. La influencia de Martín no dejaba de sorprenderlo. Sería por la mala leche que solía gastar cuando alguien sin causa justa contravenía sus órdenes.

—Brigada, lo estaba esperando. Soy el teniente médico Altamira, responsable de guardia del centro. —El oficial arrugó la nariz al ver el aspecto de Costa, gesto que a este no le pasó desapercibido.

—Bien, teniente, me alegro, pero si no le importa, hágase a un lado para que me traigan la silla de ruedas que tengo en el maletero y así poder salir de este mortuorio.

Los escoltas ayudaron a Costa a sentarse en su silla de ruedas eléctrica. Una vez en ella, el brigada se sintió autosuficiente y probó los mandos pasando una de las ruedas sobre el pie del teniente médico, eso sí, «por accidente».

Una vez recuperado del percance, el teniente Altamira indicó con un gesto al brigada que lo siguiera. Iba cojeando levemente mientras pasaba su tarjeta magnética de seguridad para abrir la puerta principal del pabellón. Costa hizo un gesto a sus escoltas para que esperaran al lado del vehículo.

—El señor Andreas lleva cinco años incomunicado —le explicó el teniente mientras caminaba por un largo pasillo iluminado solo por las luces anaranjadas de emergencia—. No habla nunca y casi no se alimenta. Cuando lo sacamos al patio, parece estar siempre absorto en sus pensamientos. Es un caso realmente complicado… Si le parece bien, brigada, estaré presente en el interrogatorio, por motivos de seguridad, ya sabe.

Costa detuvo su silla, lo que originó que el teniente también se quedase quieto y lo mirase inquisitivo.

—Escuche una cosa, teniente «Altamierda» o como quiera que se llame. No sé si se ha enterado de que estoy aquí enviado por el CNI. Es un caso de seguridad nacional. Si presencia el interrogatorio, después mis escoltas, tipos duros si los hay, le volarán la tapa de los sesos para que no hable. ¿Lo entiende?

El teniente se quedó mirando a Costa blanco como el mármol, parado en medio del pasillo sin poder reaccionar.

—Es broma, hombre —rio Costa dando una palmada en la pierna del médico—. No se asuste, nosotros no matamos a gente tan simpática como usted. Pero no podrá estar presente en el interrogatorio. ¡Ah, y nada de pegar la oreja detrás de la puerta, que tiene usted cara de cotilla! Venga ya, lléveme hasta el señor Andreas.

El resto del trayecto transcurrió en silencio. Costa sabía por experiencia que no había nada mejor que ser grosero para evitar conversaciones indeseadas. Le importaba un bledo caer simpático o no. Necesitaba todo el tiempo que pudiese para plantear el guion de su encuentro con Freezer. Sentía una sensación en el estómago muy parecida a la que había tenido cuando estaba a punto de iniciar una misión arriesgada. Había leído y visto el video del expediente de Freezer multitud de veces, y en su momento fue el único humano que se dio cuenta de la verdad en todo lo que decía, y el peligro que ello representaba. Había hecho falta que una nave espacial gigantesca hiciera

acto de presencia para que alguien escuchara sus conjeturas. Esperaba sinceramente que no fuese demasiado tarde.

Recorrieron los pasillos de los dormitorios del centro hospitalario. Todo estaba en silencio, solo roto por el leve susurro de las ruedas de la silla eléctrica de Costa al deslizarse por el piso.

El pasillo finalizaba en una puerta metálica con un cartel que rezaba «ZONA DE AISLAMIENTO». El teniente Altamira la abrió con su tarjeta y accedieron a un pequeño pasillo con cuatro celdas. El oficial médico indicó con un gesto una de ellas. Se acercó y le dijo a Costa.

—Esto puede ser peligroso, brigada. Esta persona no es de fiar.

—Yo tampoco, se lo aseguro, teniente. Abra de una vez y cierre al marcharse.

El teniente pasó la tarjeta por el lector y la cerradura hizo un «clic» metálico.

Costa entró en la estancia y cerró tras de sí, dando un portazo en las narices de Altamira.

Se trataba de una habitación pequeña, pero ordenada y limpia. Una pequeña luz en el techo iluminaba la estancia. Había un escritorio repleto de libros y a la derecha otra puerta que debía ser el cuarto de baño. Debajo de una ventana con barrotes por la que se filtraban las luces de las farolas del exterior, estaba la cama y sentado sobre ella, un hombre con la cabeza gacha, vestido con una bata de hospital. Costa pudo apreciar que el color de su cabello era rubio, casi blanco.

—Hola, Freezer.

La cabeza se alzó con lentitud y Costa se sobrecogió al ver aquel rostro. No tenía nada que ver con el que había visto en la grabación del expediente, que tenía cinco años de antigüedad. Lo que antes era un rostro juvenil y atractivo ahora se había convertido en algo parecido a una calavera. La carne sonrosada se había tornado grisácea y se había fundido con los huesos del rostro. Unos ojos azules cristalinos, sumidos en la tristeza y rodeados por marcas violáceas de insomnio, se fijaron con indiferencia en el brigada.

—¿Quién eres?

—Tu puta pesadilla. —Costa adelantó su silla hasta encontrarse a un metro de Freezer—. Tengo algunas preguntas para ti y espero respuestas.

—¡Ah, entiendo! —Freezer miró con curiosidad al brigada—. Otro militar.

—Eso es, y si no quieres pasarte el resto de tu puta vida enseñando el culo —dijo Costa tocando con el dedo la bata del hospital que llevaba puesta

Freezer—, harías bien en colaborar.

—Siempre he colaborado, el problema es que me han tomado por loco. Pero algo me dice que eso ya lo sabe, en caso contrario no estaría aquí.

—Bien, primero convénceme de que no me equivoco, que eres quien dices ser. Si no lo consigues, me voy y te quedarás a vivir en este apartamento tan acogedor el resto de tu puta vida.

Freezer suspiró y entrelazó las piernas encima de la cama. Miró a Costa y dijo:

—Tienes unas feas heridas, estoy seguro de que deben doler mucho. En mi civilización te podríamos curar sin dejarte apenas secuelas.

—¿Qué me estás diciendo, que me enviarías una ambulancia espacial para llevarme a tu planeta? Sí, hombre, para que me coman el cerebro o cosas peores. —Costa rio con ganas—. Chaval, te estás ganando una hostia.

Freezer no contestó, sus ojos se clavaron en los de Costa.

—¿Qué estás mirando, cretino?

—Tienes la mente abierta, no como la mayoría de tus congéneres, por eso estás aquí. Sabes que digo la verdad.

—Demuéstramelo.

—No te asustes —le previno Freezer, pero no hizo ningún movimiento. Siguió mirando a los ojos de Costa.

El brigada observaba entre divertido y curioso el rostro de Freezer cuando de repente notó un resplandor en el cerebro a la vez que una bolsa de aire pareció taponarle los tímpanos. No sintió dolor, pero era una sensación de conciencia interna que jamás antes había sentido.

«No te asustes, me estoy comunicando contigo telepáticamente». Costa escuchó la voz de Freezer en su cerebro mientras observaba cómo este lo seguía mirando desde su cama sin despegar los labios.

—¿Pero qué cojones…? —Costa no salía de su asombro y además, tenía que reconocerlo, estaba asustado.

«Eres el segundo humano con el que puedo usar mi lenguaje natural, porque eres especial, no dejas que los estereotipos, prejuicios y la cultura adquirida nublen tu inteligencia. Tienes la mente abierta al conocimiento, por eso me has encontrado. ¿No querías una prueba?, aquí la tienes, no te haré daño».

De repente Costa vio dentro de su mente a un hombre sentado en una silla de ruedas. Su rostro estaba surcado de horribles cicatrices y unos ojos verdes llenos de terror lo miraban. Entendió, se estaba observando a sí mismo desde el cerebro de Freezer. De repente sintió una enorme desesperanza, tanta que

tuvo que respirar para llenar sus pulmones de aire y no ahogarse. Una enorme tristeza llenó hasta el último rincón de su ser. No podía existir un ser vivo que soportase toda esa carga sin perder el juicio o la vida. Supo que era lo que sentía Freezer en aquellos momentos.

De repente se vio en una habitación blanca sin esquinas. Más bien era una cúpula. Un hombre y una mujer lo estaban mirando. Eran hermosos. Vestían una especie de túnicas hechas con telas vaporosas, casi transparentes, que flotaban en el aire a cada movimiento de sus portadores. La mujer, de una belleza insuperable, le enseñaba una lámina transparente llena de símbolos extraños que se iluminaban cuando ella pasaba el dedo sobre ellos. El hombre acarició su cabeza y le sonrió.

Entendió, él era un niño y aquellos sus padres.

La imagen cambió de inmediato, estaba de pie en lo que parecía el vagón de un metro, pero sin asientos, y todo excepto el suelo era transparente.

Estaba rodeado de niños por todos lados que miraban ansiosos hacia todas las direcciones. Él era uno de ellos. Se fijó en el exterior y vio un paisaje majestuoso de montañas y valles que desfilaban a gran velocidad bajo sus pies. Estaban volando en un aparato silencioso y rápido. El sol cálido y reconfortante los bañaba con su luz azulada. Todos los niños gritaron de felicidad. Se dio cuenta de que ese paisaje verde y espléndido estaba rodeado por todas partes, más allá del horizonte incluso, por enormes bloques de hielo. El cielo también cambiaba, de un azul intenso a otro gris y plomizo. Más allá de los acantilados de hielo se veía el negror más absoluto. Pronto sobrevolaron un monótono mar congelado. La nave se sumergió en un agujero excavado en el hielo y de repente estuvieron dentro del agua. Era curioso cómo los movimientos de la nave no influían en sus ocupantes, que se mantenían de pie sin notar ningún tipo de sacudida. Los rayos solares se filtraban por millares a través de las placas de hielo e iluminaban el océano por dentro. Luego vieron un banco de peces de infinidad de colores. ¿O eran plantas? No se les veían ojos, bocas, agallas, cola o aletas, pero se movían como uno solo en dirección a las profundidades. Justo cuando seguía con la mirada a esos extraños seres, apareció una forma gigantesca desde el abismo. Era de un color blanco azulado intenso, como el del hielo que tenían sobre sus cabezas. Los niños exclamaron entusiasmados ante tal visión. La nave convertida en submarino se dirigió hacia el animal, que crecía y crecía en tamaño según se aproximaban a él. Era gigantesco y, visto de perfil, prácticamente plano. Se movía ondulando todo su contorno. ¡Era tan grande como una cancha de fútbol!

La nave salió del mar por otro agujero del hielo. Los esperaba un cielo plomizo que comenzaba a tornarse negro. Volvían a casa. Todos los niños miraron tristes hacia sus espaldas, en donde se adivinaban los rayos solares.

La imagen volvió a cambiar bruscamente. Estaba tumbado en un confortable colchón de aire, que lo mantenía en suspensión a un metro del suelo. Su cuerpo estaba descansado y totalmente relajado. Ante sus ojos aparecían imágenes del planeta azul. Montañas, lagos, ríos, valles, selvas, personas, animales, objetos iban pasando delante de sus ojos. En cada imagen tenía que decir su significado en un idioma llamado esperanto. Su instructor, que estaba de pie a su lado, lo corregía cuando se equivocaba. Le había dicho que aquel idioma era el que se hablaría con el paso de los años en el planeta azul, y que debía aprenderlo como si fuese el suyo natal, al igual que el del lugar en donde tenía su misión, España. *Planedo tero-planeta Tierra, Monto-montaña, lagos-lagos, bestoj-ríos, valoj-valles, gangaloj-selvas…*

Se hizo el vacío en la mente de Costa. Sin darse cuenta había cerrado los ojos para ver todo lo que le estaba mostrando Freezer.

—¿Te parece suficiente prueba? —La conexión había finalizado.

Costa suspiró. Estaba sudoroso y confuso. Le dolía la cabeza. Se encontró de nuevo sentado en su silla eléctrica, en aquella habitación pequeña y pobremente iluminada.

—Me has enseñado tu planeta, a tus padres…

—No tenemos padres. Nacemos en un laboratorio y después nos entregan a una pareja que nos cuida hasta cumplir la pubertad. Se controla de esta manera la natalidad y además nos crean a cada uno con características propias para una finalidad determinada dentro de nuestra sociedad. Yo soy explorador.

—Tengo un millón de preguntas que hacerte. —Costa estaba temblando de emoción. Aquella era sin duda la situación más sobrecogedora de toda su existencia.

Estuvieron en silencio un rato, durante el cual Costa aprovechó para asimilar la experiencia que acababa de vivir. Tenía que serenarse y mantener la sangre fría, recordar el motivo de su misión. Freezer permanecía delante de él, sentado sobre el colchón de la cama con las piernas cruzadas y las manos sobre las rodillas, en una posición que recordaba mucho a la de meditación hindú. Luchó contra el sentimiento de simpatía que le generaba el alienígena, tenía que ser pragmático y hacer su trabajo.

—Me has enseñado que tu planeta está prácticamente cubierto por el hielo —pudo decir al final Costa—. He tenido la sensación de que es un mundo

condenado a la desaparición, donde apenas queda una pequeña zona habitable que no esté bajo los hielos. ¿Es esa la razón por la que han venido a nuestro planeta, para habitarlo?

—Mi civilización vive bajo el hielo desde hace generaciones, pero es cierto que el planeta ha cambiado el eje de rotación por razones que desconocemos, lo que ha provocado múltiples cataclismos naturales contra los que nos es difícil luchar. Más del noventa por ciento de la superficie está constantemente a oscuras, sin recibir los rayos de nuestro sol.

—La nave que tenemos sobre la Tierra, ¿es de tu planeta?

—Sí, la presiento.

—¿Qué intenciones tienen? ¿Por qué han bombardeado nuestro planeta con esos objetos?

—Hace cinco años les envié varios mensajes desde el observatorio donde trabajaba. Les explicaba que se estaba preparando un exterminio sobre la raza humana. Esta información me la había facilitado mi hermano, así nos llamamos entre nosotros los habitantes de Blua Suno, desde Suiza. La corporación farmacéutica para la que trabajaba estaba preparando cepas en grandes cantidades de un virus letal, una mutación del H5N1, que estaba siendo almacenado en recipientes a presión mezclado con aerosoles.

—Espera, ¿no es ese el virus de la gripe aviar? —preguntó Costa. Lo había dicho más para sí que para Freezer. Uno de los expedientes clasificados que habían caído en sus manos hacía cinco años atrás hablaba de que los científicos del Centro Médico de la Universidad Erasmus en Rotterdam lograron desarrollar una mutación del virus H5N1 con el potencial de contagiar y propagarse entre humanos. Se consideró en aquellos momentos que este virus era el más letal que hubiera existido jamás, motivo por el cual había sido contenido en laboratorio bajo las más estrictas medidas de seguridad. Su salida al exterior podría significar una pandemia sin precedentes en la humanidad, con una mortandad de más del sesenta por ciento de los infectados.

—La nave nodriza de mi planeta ha lanzado una contraofensiva para mitigar los efectos de la emisión de ese virus en la población. No sé qué sistema han utilizado, ya que llevo cinco años aislado aquí, pero ese es el objetivo, no te quepa duda. No se ha tratado de un ataque a los humanos, sino su posible salvación.

—¿Por qué no se han puesto en contacto con las autoridades mundiales para explicarles la situación, el motivo de su presencia y el lanzamiento de los

bólidos? Ex evidente que los métodos que han empleado son los de un ataque en toda regla.

—Porque son algunas de esas autoridades de las que hablas las que planean lanzar el H5N1 a vuestra población.

—Mientes, y en poco tiempo lo sabré. Hay una operación encaminada para monitorizar a uno de esos bólidos que está emitiendo su mierda de gas a la atmósfera. Que tu Dios, si lo tienes, te encuentre confesado, porque te juro que yo mismo te pegaré un tiro en tu telepática cabezota si mientes.

—No te miento. Nosotros no eliminamos humanos, los protegemos. Es nuestra primera ley.

—Pues a mí me parece que su intención es ocupar este planeta porque el suyo se ha convertido en un gigantesco «cubito de hielo». Vi en tu visión cómo sus niños miraban extasiados los rayos de sol. Es algo que anhelan y necesitan para sobrevivir.

—Nosotros no estamos atacando. Los estamos protegiendo.

—No me has contestado, pero como te decía, en breve sabremos la verdad.

* * *

Martín tomó el teléfono de su despacho. El teniente Torres le informó que tenía al otro lado de la línea interna al Secretario de Estado Director del CNI, el general Beltrán Soldevilla.

—Martín —le dijo al otro lado del teléfono—, hoy es un día aciago para la humanidad. Me ha llamado el Director del CSIC-INTA para informar que el muestreo del REMS-2 al meteorito ha dado como resultado que la sustancia que está liberando a la atmósfera es altamente peligrosa. Algunos de sus componentes evidencian que contienen virus. El REMS-2 ha sido trasladado al portaaviones USS George H. W Bush, donde permanecerá en cuarentena hasta que un grupo de científicos recoja las muestras y las analice con más detalle. He llamado a la Vicepresidenta Primera del Gobierno y ya le he informado. Coronel, hemos sido objeto de un ataque en toda regla y ahora nos toca movernos con rapidez para proteger a los ciudadanos. Presiona a los de la NSA americana. Ellos serán los primeros en saber los resultados definitivos y las acciones preventivas y de respuesta que se van a proponer en todos los foros de poder. La Vicepresidenta espera ser informada lo antes posible.

—Sí, general, me pondré inmediatamente a ello —contestó Martín. Omitió el interrogatorio que estaba haciendo Costa a un posible alienígena,

Freezer. No quería informar de ello hasta estar seguro del resultado final.

Llamó por teléfono a Julia, estaba ansioso por poder hablar con ella. Una vez acabada la misión del REMS-2, su trabajo ya habría finalizado.

Nada, seguía con el móvil apagado. Llamó a sus suegros, pero estos tampoco habían recibido noticias de su hija. Aprovechó para hablar un rato con sus hijos y prometerles que pronto irían a su encuentro.

Se pidió paciencia a sí mismo, pronto podría hablar con su mujer y al menos uno de los dos podría estar con los niños. A él le esperaba mucho trabajo.

Descolgó el teléfono y le pidió al teniente Torres que lo pusiera en contacto con el coronel Edwards, de la NSA, en Nueva York.

* * *

El agente Corvalán conducía por la carretera de Torrejón de Ardoz a Loeches. A su lado, el agente Jiménez miraba hacia delante, con el gesto serio. Hacía media hora el vigilante del puesto de control del CSIC-NTA los había llamado, tal y como le habían ordenado previamente. Debía informarles si observaba cualquier movimiento fuera de lo normal. Les había dicho que la doctora Julia Massó había abandonado las instalaciones con su vehículo, un Seat Ibiza de color rojo, y parecía tener prisa. Nadie más había salido de las instalaciones, lo cual era extraño, ya que todo el personal del Centro de Astrobiología continuaba con su trabajo.

Los dos agentes del CNI, de servicio de custodia en el INTA junto con otros cuatro que estaban repartidos en parejas estratégicamente por las instalaciones, decidieron llamar a su jefe de operaciones, el comandante Díaz. Este les dio permiso para hacer el seguimiento a la doctora Massó y les dijo: «Nada sucede en vano, no existe la casualidad. Además, es la mujer del Oso. No nos perdonaría si le pasara algo. Mientras tanto, haré indagaciones a ver si averiguo por qué se ha marchado antes que su equipo».

Jiménez tomó del brazo a su compañero para llamar su atención. En la cuneta de la carretera había un Seat Ibiza de color rojo. Corvalán se detuvo detrás y ambos agentes bajaron para inspeccionar el vehículo. Estaba abierto y su interior revuelto. No observaron ningún objeto de valor, pero sí la documentación en la guantera que atestiguaba que pertenecía a Julia Massó.

Los dos hombres llamaron a su jefe de Operaciones para informar del hecho y continuaron circulando por la carretera hasta llegar a Loeches. El Servicio de Información los llamó al móvil para decirles que la doctora no

había llegado a la casa de sus padres, así como tampoco se tenía constancia de un accidente o cualquier otro hecho en esa carretera.

Los agentes dieron la vuelta y circularon otra vez en dirección a Torrejón. La aguda vista de Jiménez detectó una pequeña pista forestal que nacía en el arcén de la carretera, cuyo asfalto presentaba roderas que habían dejado rastros de barro. Al bajarse del vehículo vio las marcas de unos neumáticos sobre el barro que se adentraban en el bosque y después retornaban en dirección a la carretera.

Circularon unos cien metros por la pista forestal, hasta que esta se estrechó para dar origen a un camino impracticable para el vehículo. Ambos hombres se bajaron y miraron a su alrededor. Esta vez fue Corvalán quien lanzó un grito al divisar restos de ropa escondidos entre un montón de ramas y arbustos. Al acercarse al lugar, encontraron un cuerpo oculto entre la vegetación. Se trataba de una mujer desnuda de la cintura para abajo. Su piel estaba manchada de barro y sangre. Tenía cubierto el rostro por el pelo mojado y restos de hojas. No se movía.

Jiménez retiró con desesperación las ramas y matorrales de encima del cuerpo y tocó el cuello de la mujer. Tenía la piel fría y muy pálida. De repente, notó una débil pulsación en la yema de su dedo.

—¡Sigue con vida, llama a una ambulancia, deprisa!

Iterum

El vehículo con matrícula de la embajada norteamericana volaba por la autopista en dirección al aeropuerto Adolfo Suárez de Madrid. En la parte trasera, Smith contemplaba sin ver el paisaje que pasaba raudo por la ventanilla.

Sonó su teléfono móvil. Se lo llevó al oído y escuchó: «El objetivo ha sido neutralizado».

Colgó sin decir nada. Su equipo había cumplido la misión, la doctora Massó y su «secreto» ya eran historia.

Por un momento tuvo una sensación incómoda, como de remordimiento ante el hecho de ser el responsable de la muerte de una buena persona, honesta e implicada en el avance de la ciencia por el bien de la humanidad. Había conversado con ella, escuchado lo mucho que amaba a su familia, a sus dos hijos y a su marido. Desechó esos pensamientos de su mente, porque sabía que no había tenido una muerte fácil. Sus hombres habrían simulado un robo y posterior violación. La policía científica no encontraría rastros significativos como para averiguar quiénes habían sido los autores, se imputaría el hecho a delincuentes comunes, posiblemente drogodependientes o de Europa del Este, en extremo violentos, y la investigación quedaría archivada por falta de sospechosos.

La única persona conocedora de la verdad había muerto, eso era lo que importaba.

Se concentró en algo mucho más apremiante, llegar lo antes posible a la reunión del Hotel Palais Coburg Residenz, de Viena. Allí lo estaban esperando para ultimar los preparativos de la operación GUIDESTONES. Después de décadas de intenso trabajo, por fin había llegado el momento de poner en marcha lo que sería una nueva era para la humanidad.

Seguía expectante y muy atento al objeto extraterrestre. Había sido un auténtico trauma para la humanidad entera y había estado a punto de desbaratar los planes que justamente ese día se tenían que poner en marcha en todo el mundo. Después del supuesto ataque de los bólidos lanzados contra la

Tierra, se movió rápido para estar en el momento y lugar justo a fin de conseguir la información de qué era lo que contenían esos asteroides. Por capacidad técnica y proximidad de uno de los lugares de impacto, eligió las instalaciones del Centro de Astrobiología de Torrejón de Ardoz. Su organización le proporcionó la tapadera de un representante de la embajada norteamericana en Madrid con plenos poderes de interlocutor entre los científicos españoles y la administración estadounidense. Incluso se movilizó al portaaviones USS George H. W Bush para apoyar la logística de la operación. Con esas credenciales no le fue difícil estar en primera persona en los preparativos, desarrollo y finalización del operativo de la recogida de muestras que realizó el laboratorio REMS-2 en el lugar del impacto de uno de los meteoritos en el desierto del Sahara. Consiguió estar presente a solas con la doctora Julia Massó cuando llevó a cabo la monitorización de los resultados de las muestras, y su mente trabajó rápido cuando esta le dijo que las emisiones de gas estaban compuestas sobre todo por moléculas de ozono. En primer lugar, y aprovechándose de los sentimientos de la científica hacia su familia, la hizo abandonar las instalaciones para que se reuniera con ellos, haciéndole ver que su trabajo ya había finalizado. Una vez que se hubo marchado, tomó su teléfono móvil y ordenó a sus agentes apostados en el exterior que la eliminaran. Era la única testigo de que el supuesto ataque extraterrestre no era tal. Por un azar del destino podía aprovechar esa situación para su provecho. Por eso comunicó al Director del CSIC-INTA que el resultado de la analítica del REMS-2 era que la emisión estaba compuesta por un virus, seguramente creado para el exterminio humano. Esa versión fue y sería la que creería toda la humanidad, ignorante de que el peligro venía de otro lado.

Smith se sintió orgulloso de haber aprovechado una situación que en un principio era contraria a los intereses de su organización para darle la vuelta y crear una coartada perfecta para continuar y aplicar la operación GUIDESTONES. Esta iniciativa le valdría ocupar un puesto de mayor relevancia en el escalafón jerárquico y poder para la toma de decisiones futuras.

* * *

Martín atendió el teléfono de su despacho al primer tono. El teniente Torres le dijo que tenía al otro lado de la línea al coronel Edwards, del NSA.

—¿Qué hay, Viejo Oso? —le dijo Edward en perfecto castellano, a modo de saludo. Lo conocía desde hacía muchos años. Habían colaborado en Bosnia, Haití, Irak y Afganistán. Pero eran demasiado profesionales como para ser amigos, ya que ambos tenían secretos que guardar por el bien de los intereses de sus respectivos países.

—Estoy esperando noticias tuyas.

—El tema está jodido —contestó Edwards—. Los resultados del muestreo del REMS-2 no son buenos. Un grupo de científicos militares lo estaban esperando en el USS George H. W Bush y se han puesto a trabajar de inmediato en analizar las muestras. Y ya tenemos los resultados.

—Dime. —Martín sabía que no le iba a gustar la respuesta.

—Se trata de un virus, el más letal que ha conocido la humanidad en toda su historia. No tengo ni idea de cómo estos cabrones lo han conseguido y lo han lanzado hacia nosotros. Es una mutación del virus H5N1, de la gripe aviar asiática, que se puede transmitir de humano a humano… Estamos hablando de una gran pandemia que provocará cientos de millones de muertes si no ponemos remedio.

Martín permaneció en silencio durante unos instantes. Miró su reloj de pulsera. Eran las tres de la tarde. Habían transcurrido algo más de treinta y seis horas desde que el Objeto apareció gravitando sobre el planeta y ya estaban hablando de exterminio. Por un momento se le pasó por la cabeza que el día de ayer había sido el primero del año cero de una nueva Era, la del fin del Hombre. Se encontraba terriblemente cansado.

—Continúa —dijo. No era momento de entrar en cuestiones filosóficas ni lamentaciones, sino de trabajar contrarreloj.

—Informa a tus superiores que en breve recibirán aviso para realizar una reunión de urgencia en la OTAN. También se convocará al pleno del Consejo de las Naciones Unidas. Nosotros nos mantendremos en contacto para concretar las operaciones de inteligencia necesarias.

—Bien —contestó Martín, se encontraba mareado, pero intentó sobreponerse a la situación. Necesitaba concentrarse al cien por cien, pero su alma estaba aferrada a un sentimiento de pérdida que no podía soportar. Todavía no sabía nada de su mujer y la inquietud lo estaba invadiendo a cada minuto que pasaba.

La voz brusca de Edwards lo sacó de sus pensamientos.

—¿Somos aliados, no es así, gran Oso?

—¿Perdona? —inquirió Martín sorprendido.

—No está bien esconder información a los aliados, y más con los tiempos que corren.

—No sé a qué te refieres.

—Tengo información de que tienen a un prisionero de mucho interés para la seguridad del mundo entero. Te hablo de Freezer.

Martín sintió un escalofrío que le recorrió la espina dorsal. ¿Pero cómo habían podido tener conocimiento de tal información?

—No te equivoques, esta información está pendiente de contrastar. He mandado a un equipo para que averigüe todo lo necesario de este hombre. Podría ser un loco o un farsante. Por el mismo motivo tampoco he informado a mis superiores.

—Martín —la voz de Edwards sonó sibilina al otro lado de la línea telefónica—, no me tomes por idiota. Has mandado a tu amigo el «tullido» a interrogarlo. Si no le dieses importancia, podrías haber enviado a cualquiera de tus agentes de Operaciones.

—No te voy a preguntar de dónde has sacado la información —dijo Martín mientras sentía cómo la cólera crecía en él—, porque no me dirás tus fuentes, pero déjame que te explique algo, arrogante hijo de puta: mando a quien me sale de los cojones a buscar información. El prisionero es nuestro y, si consigo información relevante, no dudes de que informaré a todo el mundo, incluso a un parásito despreciable como tú.

—¡Este es mi chico!, empezaba a pensar que el trabajo de despacho te había reblandecido los cojones. Pero escucha una cosa, Freezer es nuestro. Iremos a buscarlo y quiero que me lo entreguen. Sabes tan bien como yo que la NSA se hará cargo de dirigir la inteligencia de los países socios de la OTAN. No te pongas en nuestro camino. Llama al «tullido» y dile que nos entregue al hijo de puta del «alien». En caso contrario, tu carrera se irá a la mierda. En cuanto a la fuente de información, soy consciente de que la he revelado, pero ¿qué se le va a hacer?, daños colaterales. Sacrifico un peón por la reina.

Martín no tuvo tiempo de responder, Edwards había colgado el teléfono.

Se restregó los ojos con sus grandes dedos velludos y resopló como un búfalo. Oyó la voz dulce de Julia en su mente, al calmarlo cuando tenía un acceso de ira: «Tranquilo, cariño, debes aprender a controlarte». Haber crecido en un orfanato, o centro de protección como lo llamaban ahora, había implantado en lo más hondo de su ser la ira. Ira contra sus padres, a los que nunca había conocido, irá contra todos los niños mayores que él que lo habían golpeado, ira por no haber conocido el amor hasta ser adulto. Ira por las

tremendas injusticias y horrores que había tenido que vivir en su profesión. «Perdona, cariño —se dijo para sí mismo—, pero tengo que hacer una cosa, después me quedaré en calma, te lo prometo».

Acto seguido se levantó de la silla de su despacho como impulsado por un resorte y salió. El teniente Torres lo miró atónito antes de recibir un fuerte puñetazo en la mandíbula que lo hizo volar con silla y todo hacia la pared que tenía tras de sí. En su caída arrastró el teclado del ordenador.

—Solo teníamos la información Costa y yo. —Martín extrajo un cordón de su zapato derecho y comenzó a atar las manos del teniente Torres, que, semiinconsciente, había ido a parar al suelo con la espalda apoyada en la pared. Su rostro empezaba a presentar un impresionante hematoma que crecía por momentos—. Y por supuesto tú también. Estás despedido. Lo que te han pagado esos cabrones del NSA te lo vas a gastar en un dentista.

Martín tomó el teléfono que había sobre la mesa del teniente y marcó una extensión.

—Soy el coronel Herrero, vengan a mi despacho a detener a un agente doble. El teniente Torres.

A los pocos minutos aparecieron en el despacho cuatro agentes de seguridad que miraron perplejos la escena.

—Llévenselo a la prisión militar de Alcalá Meco, que antes lo mire un médico. Se ha dado un feo golpe contra el filo de la mesa cuando intentaba huir tras ser descubierto. Me pondré en contacto con los servicios jurídicos para presentar los cargos contra el teniente Torres.

Debido al estado del oficial, finalmente fue necesaria la asistencia de una ambulancia para trasladarlo, tiempo que Martín aprovechó para llamar a los servicios jurídicos e informarles de la situación. Había tenido un agente doble como secretario durante posiblemente cinco años y la misma NSA lo había incriminado.

Por fin marcó con aire cansado la extensión del Secretario de Estado Director, que atendió el teléfono de inmediato.

—General —dijo Martín mientras miraba con indiferencia por la puerta abierta de su despacho cómo se llevaban a Torres en una camilla con ruedas. Le habían puesto un collarín y el lado izquierdo de su rostro estaba tan amoratado e inflamado que era irreconocible—, me han comunicado del NSA que la analítica de las muestras del REMS-2 ha dado como resultado que se trata de una mutación del virus H5N1. En breve convocarán a una reunión urgente del Consejo General del Atlántico Norte, en Bruselas, así como en la sede de la ONU, en Nueva York.

—Bien, informaré a la Vicepresidenta Primera del Gobierno. Propondré una reunión urgente con el Estado Mayor para empezar a tomar decisiones y hacer el seguimiento de la situación. Ya le iré dando instrucciones, coronel.

—Hay otro asunto, general…

—Dime, Martín. —La voz del Secretario de Estado Director sonaba fatigada.

—Hace cinco años que tenemos recluido a un hombre en el pabellón de enfermedades psiquiátricas del Hospital Gómez Ulla que dice ser un alienígena de la misma especie de los que nos están atacando.

—Martín, no estoy para tonterías.

—General, he enviado al brigada Costa a que lo interrogue. Los del NSA quieren que se lo entreguemos.

—¿Los del NSA? ¿Estás diciendo que esto va en serio? ¿Hemos tenido recluido a un extraterrestre durante cinco años y nadie se había dado cuenta?

—Su aspecto es el de un humano, general. Fue detenido por enviar cartas a científicos explicando su procedencia. Resulta que era operador en el Centro de Investigación del Espacio Profundo de Robledo de Chávela. Según él, envió un mensaje a su planeta informando de un holocausto en la Tierra que se produciría precisamente este año.

—Entréguelo a los norteamericanos. Seguro que tienen más información que nosotros sobre este asunto y disponen de la dirección absoluta de inteligencia de la OTAN. Nosotros ya tenemos suficiente trabajo por delante. Si hay algo de cierto en este asunto, ya nos informarán.

—Sí, general —dijo Martín—. Pero antes debería saber algo. El NSA se enteró de la existencia de esta persona gracias a un agente doble, mi secretario, el teniente Torres. Ya está detenido y camino a la enfermería de la prisión militar de Alcalá Meco.

—Es muy serio lo que me estás diciendo Martín. ¿Tenemos agentes infiltrados del NSA en «La Casa»?

—Sí, general, al menos uno.

El general guardó silencio durante unos segundos. Era evidente que estaba meditando.

—Quiero que trasladen a ese… supuesto alienígena aquí, a nuestras instalaciones. Hazte cargo de ello, Martín. Los del NSA o la CIA tendrán que pasar por el conducto establecido para poder entrevistarse con él. Llamaré personalmente al director del NSA para presentar una queja formal por este hecho. Ni que decir tiene que, dadas las circunstancias, tendremos que informar a nuestros aliados de cualquier dato relevante que podamos tener.

—Sí, general, así se hará. Suerte…

—Suerte, Martín, la vamos a necesitar —respondió el Secretario de Estado Director. Después colgó.

Martín tomó su teléfono móvil y llamó a Costa.

* * *

Costa permanecía en silencio en la habitación, observando con atención a Freezer, que seguía sentado sobre su cama con las piernas cruzadas y la cabeza gacha. No sabía si dormía o estaba meditando. La luz del sol entraba por la ventana enrejada e iluminaba el contorno del preso. Su respiración era tranquila y pausada. Las moléculas de polvo bailaban en los haces de los rayos solares.

No habían comido ni bebido desde su última conversación, ni falta que le hacía, y a Freezer, por lo que se veía, tampoco.

Costa pensó que el momento espiritual que había vivido lo había llenado de plenitud y se sentía tan vivo y lleno de energía como antes de arder dentro del vehículo blindado, cinco años atrás.

Seguía con su lucha interior para asegurarse de que tenía clara cuál era su misión y qué hacía allí en aquellos momentos. Aun así, la desesperanza de Freezer le había dejado una especie de cicatriz en el alma que era difícil de superar. Le había entregado sus recuerdos y sentimientos a través de la mente, creando un vínculo entre ambos difícil de romper. Pero de momento era su enemigo y debía tratarlo como tal.

Sonó su teléfono móvil. Lo tenía en el bolsillo de la chaqueta y al hacer el gesto para atenderlo se dio cuenta de cuán agarrotados tenía los músculos por la falta de movimiento. Le resultó incluso doloroso hacer el sencillo gesto de llevarse el teléfono al oído. Freezer había levantado la cabeza y lo miraba con curiosidad. Sus ojos parecían dos linternas azules como el cielo de verano.

—Sí —dijo Costa disimulando el dolor que le atenazaba hasta la última molécula de su cuerpo.

—Soy yo, Martín. ¿Cómo estás, chaval?

—Aquí estoy, vigilando a nuestro amigo. —Costa miró a Freezer, que le devolvió la mirada con un gesto suplicante.

—¿Qué conclusiones has sacado de nuestro «invitado»?

Costa meditó la respuesta. La experiencia que había vivido no podía ser contada fácilmente.

—Es quien dice ser —afirmó el brigada con sencillez.

Esta vez fue Martín quien guardó silencio durante unos instantes.

—Es nuestro enemigo. Se ha confirmado que los bólidos contenían un virus letal. La intención de estos alienígenas es el exterminio.

—¿Qué hacemos? —Costa fulminó con la mirada a Freezer. Hubiera querido escuchar otra cosa, pero ahora cualquier sentimiento de compasión había desaparecido.

—El Secretario de Estado Director ha ordenado que llevemos a Freezer a «la Casa». Hay que custodiarlo e interrogarlo a fondo. Te envío un helicóptero para hacer el traslado. Los de la NSA lo quieren a cualquier precio.

—¿Los de la NSA? —preguntó Costa sorprendido—. ¿Cómo se han enterado de que tenemos a Freezer?

—Mi amigo Torres trabajaba para ellos.

—¿Torres, tu chupaculos?

—Ese mismo.

—Martín, sepárate un momento del teléfono —dijo Costa.

—¿Qué…?

—Les voy a mandar un mensaje a los de la NSA. Sabes que nos estarán escuchando en estos momentos, ¿verdad?

—No lo dudes, aunque yo estoy protegido por el Faraday.

Costa se llevó el teléfono al trasero y lanzó una enorme ventosidad.

—Espero que se les hayan reventado los tímpanos, hijos de puta —dijo tranquilamente Costa llevándose otra vez el teléfono al oído.

Martín no pareció sorprenderse de la reacción del brigada, estaba acostumbrado a que tuviese ese tipo de actitudes.

—Estate atento a la llegada del helicóptero al helipuerto del hospital. Quiero la máxima seguridad en el traslado hasta aquí. Coordínalo con tus escoltas y prepara al prisionero para el viaje. Suerte, amigo.

—Deséasela al extraterrestre de mierda —contestó Costa—. Va a tener que darnos muchas explicaciones.

* * *

El comandante Díaz, de Operaciones del CNI, miraba con tristeza hacia la cama de la unidad de cuidados intensivos. Sobre ella yacía un cuerpo inanimado conectado a tubos, sondas y cables. La máquina de ventilación mecánica lanzaba un ruido constante que bajaba y subía de frecuencia. El electrocardiograma pitaba rítmicamente a cada débil latido de corazón.

La doctora Julia Massó había llegado al Hospital 12 de Octubre en un helicóptero del SAMUR[11] y su estado era tan débil que pronto entró en paro cardiorrespiratorio. Los médicos habían luchado para reanimarla y al final lo consiguieron con la ayuda de medios mecánicos, sin los cuales la paciente moriría de inmediato. Su estado era extremadamente grave.

La lista de lesiones era extensa, se habían ensañado con ella a conciencia. Tenía rota la mandíbula y el pómulo, con pérdida de piezas dentales del maxilar inferior derecho, traumatismo craneal, seis costillas rotas, una de ellas clavada en el pulmón izquierdo, que había sufrido acumulación de líquidos y hemorragia interna, aplastamiento de la laringe y la tráquea, lesiones en la vagina con desgarros graves, seguramente producidos por una rama de árbol, que le había producido una intensa pérdida de sangre. Era un milagro que siguiera con vida. De hecho sus asaltantes la tuvieron que dar sin dudas por muerta. Permanecía en estado de coma profundo y los médicos no eran optimistas en cuanto a su supervivencia.

Agentes de la policía científica se habían apersonado en el hospital para realizar un reconocimiento forense de Julia, tal y como marca el protocolo de la investigación. Recogieron restos de sus uñas y fotografiaron el cuerpo mientras estaba siendo atendido por los médicos de urgencias. No pudieron recoger más muestras dado el estado de la víctima. Prometieron a Díaz informarle de cualquier hallazgo importante en el transcurso de la investigación. Habían acordonado la zona donde se encontró el cuerpo y recogido muestras de todo tipo y moldes de los neumáticos del vehículo que presuntamente la había trasladado hasta aquel rincón oculto del bosque.

El comandante tuvo que hacer valer su autoridad para que el médico jefe de planta de la UCI lo dejara quedarse en la habitación. También había puesto vigilancia en la puerta de acceso, los agentes Corvalán y Jiménez, los mismos que habían encontrado el cuerpo de la doctora, insistieron en seguir protegiéndola.

Díaz se giró hacia la puerta al notar que entraba alguien. Tras el gorro y la máscara de quirófano reconoció los ojos negros del coronel Martín Herrero. Solo podían entrar en la habitación cubiertos por ropas debidamente esterilizadas.

—Lo siento, Martín —dijo Díaz apoyando su mano sobre el enorme hombro del coronel. Lo había llamado por teléfono en cuanto Julia entró en el hospital. Quería identificarla antes de llamar a su marido. No se hubiese permitido jamás equivocarse de víctima.

—He hablado con el médico —dijo Martín con una tristeza que sobrecogió a Díaz—. No tiene demasiadas esperanzas de que pase de esta noche.

—Pienso —meditó Díaz las palabras— que con lo que ha luchado hasta ahora y las ganas de vivir que ha demostrado, merece recuperarse.

—Gracias, amigo. Déjanos solos, por favor.

Díaz salió de la habitación y Martín se dirigió hacia la cama donde yacía su mujer. Ahogó un sollozo al ver su rostro destrozado por los golpes recibidos. La acarició con dulzura el cabello y la besó en la frente.

—¿Quién te ha hecho esto, cariño, y por qué? —Martín dejó que las lágrimas resbalaran por su mejilla y se secaran en el papel de la mascarilla. Se encontraba muy cansado, llevaba una eternidad sin dormir y ahora también sentía un enorme dolor en lo más hondo de su alma. La primera noticia de que por fin habían encontrado a su mujer con vida fue todo un alivio, ya que había estado muchas horas sin saber nada de ella y con el presentimiento de que algo malo le había pasado. Luego de que Díaz le informó del estado crítico en el que se encontraba, un miedo aterrador sustituyó al inicial optimismo—. He llamado a tus padres y vienen hacia aquí, han dejado a los niños con unos vecinos. No te preocupes, están bien, aunque te echan mucho de menos… Tienes que luchar, cariño. Por ti y por nosotros.

* * *

Smith se bajó del *jet* que lo había trasladado desde Madrid hasta el aeropuerto internacional Wien-Schwechat de Viena. A pie de pista de la zona privada del aeropuerto lo esperaba un lujoso vehículo con conductor. Ocupó la parte trasera mientras el chófer le mantenía la puerta abierta, luego este la cerró con delicadeza una vez que Smith estuvo acomodado en los asientos de piel.

Durante el trayecto hasta la capital austríaca, Smith aprovechó para cerrar los ojos y descansar un poco. Durante el vuelo en avión había estado hablando por teléfono con infinidad de personas, dando instrucciones, recibiendo información, en suma, preparando la reunión que tendría en breve.

La media hora que duró el trayecto en coche se le antojaron cinco minutos.

Cuando se bajó, admiró la espléndida y lujosa fachada del Hotel Palais Coburg Residenz. Iba sin equipaje, pero había dado instrucciones para que le dejaran todo lo necesario en su habitación.

—Buenas tardes, *Mr*. Howards —le dijo el refinado recepcionista en perfecto inglés cuando fue a inscribirse. Como siempre utilizó una identidad falsa—. Aquí está la tarjeta de la habitación 102, la que tiene magníficas vistas a nuestros jardines. Si necesita algo, no tiene nada más que pedirlo al servicio de habitaciones. Que disfrute su estancia aquí.

Smith entró en la lujosa habitación e inspeccionó los armarios, satisfecho de que estuvieran llenos de ropa y complementos. Se dio una ducha con agua fría, tal y como le gustaba. Se afeitó la barba de dos días mientras sus ojos grises y fríos le devolvían la mirada desde el espejo del cuarto de baño. Una vez aseado, se sintió revitalizado y descansado. Eligió un traje de color azul oscuro y una corbata gris. Cuando estuvo preparado, miró el reloj y se alegró de ver que todavía le quedaba un cuarto de hora para la reunión. Su entrada era la primera. Esto le gustaba, así podía valorar al resto de asistentes según iban llegando. Antes hablaría a solas con el líder, *Dux*.

Necesitaba ayuda para que su mente funcionara con brillantez. Extrajo una fina pitillera de plata de su bolsillo y la abrió. Dentro había una bolsita con polvo blanco y un tubito de plata. Preparó una delgada línea y la esnifó con determinación. Ya estaba totalmente listo.

El hotel disponía de una sala de reuniones en la planta baja protegida por una jaula de Faraday, para evitar sistemas de escuchas.

Cuando Smith entró en la sala pasando su tarjeta electromagnética por el lector de la puerta, observó que todo estaba a oscuras, excepto un potente foco en el centro de la estancia que iluminaba un tapiz muy elaborado. Alrededor del haz de luz, formando un círculo, había un total de siete sillones semiocultos por la penumbra. En el techo, en la espalda de los sillones, brillaban unas luces de leds. El efecto lumínico hacía que los interlocutores no se pudieran ver entre sí, solo su silueta.

—Buenas tardes, *Manibus* —dijo una voz desde uno de los sillones. Smith pudo ver la silueta elegante e estilizada de un hombre. El resto de los sillones permanecían vacíos—. Bienvenido. Espero que hayas descansado, tenemos mucho trabajo hoy. Dentro de poco vendrá el resto de los invitados.

—Buenas tardes, *Dux*. —Smith ocupó el sillón a la derecha del hombre, evitando, como era la costumbre, pasar por el haz de luz central para no exponer su fisonomía—. Tengo que reconocer que la emoción de este momento, tan esperado durante largo tiempo, me mantiene totalmente despejado y en plena forma.

—Me alegro de escuchar esto. Por favor, *Manibus*, ponme al día.

—Desconocemos la procedencia del Objeto, aunque el CNI español tiene en su poder a uno de estos alienígenas, que ha estado infiltrado en el observatorio del espacio profundo de Robledo de Chávela, en Madrid, durante muchos años. Lo han trasladado a su Central para interrogarlo. Hemos intentado presionar para que nos lo entregaran, pero ha resultado inútil, tendremos que acudir a la burocracia para poder acceder a él. De todas maneras los españoles nos han garantizado hacernos llegar toda la información que logren extraerle. Conseguiré hacerme con él, no lo dude.

—*Manibus*, tengo que agradecerte tu acertada actuación en el Centro de Astrobiología de Madrid. Sin duda, has conseguido cambiar a nuestro favor el curso de la historia. Todo el mundo pensará que estamos siendo atacados por extraterrestres que desean el exterminio de la raza humana. Esta situación nos abre las puertas para implantar el GUIDESTONES sin oposición alguna. Es un golpe de efecto genial para nuestros propósitos. De no ser por esta providencia, nuestros planes hubiesen sido mucho más difíciles de aplicar. Tenemos que agradecer la colaboración, seguramente involuntaria, que nos han ofrecido estos extraños visitantes. Por cierto, ¿estamos preparados para quitárnoslos de encima?

—No, *Dux*. No disponemos actualmente de la tecnología necesaria como para lanzar un misil, rayo láser o cualquier otra arma que pueda alcanzar el grado de distancia del posicionamiento del Objeto en la exósfera. Se ha puesto en marcha un programa para armar una lanzadera de la NASA con cohetes de ojiva nuclear. Están trabajando contrarreloj, pero es una operación que puede durar semanas, meses diría. Se lo explicará mejor *Accensus* cuando entre en la reunión.

—Bueno, realmente no estamos apurados por eliminar a nuestros amigos. Siempre nos vendrá bien tenerlos como «cabeza de turco» ante posibles imprevistos. De hecho ha quedado demostrado que sus intenciones no son en un principio hostiles. Parece ser que han pretendido contrarrestar nuestros planes de difusión masiva del virus H5N1 por el mundo no occidental. En este sentido nos tendremos que mover deprisa, ya que la emisión de ozono que están liberando a la atmósfera podría neutralizar los efectos del virus. Es evidente que disponían de una información fiable y detallada de nuestros planes. Por cierto, espero que la fuga de información del verdadero contenido de los bólidos que han impactado contra la Tierra haya sido neutralizada.

—Sí, *Dux*, me ocupé personalmente de ello.

—Bien, bien, me parece que viene el segundo invitado.

Alguien había entrado en la estancia y ocupó el sillón de la izquierda de *Dux*. Era *Accensus*.

Smith recordó mentalmente el protocolo de las reuniones de *Coetus Príncipes,* Todos ellos eran anónimos, solo el *Dux* y él mismo, *Manibus,* la Mano Derecha, sabían la identidad real de cada uno de ellos. Así había funcionado durante muchos años y seguramente lo haría mucho tiempo más. No era otra cosa que un gobierno en la sombra. Las personas más influyentes en el mundo, que no eran las más conocidas mediáticamente, se reunían para tomar decisiones con un único objetivo: implantar una nueva Era según quedaba estipulado en las leyes del Nuevo Orden Mundial, el GUIDESTONES.

Estas normas u hoja de ruta habían sido presentadas al mundo en 1980 con la construcción de unos megalitos en el condado de Elbert, Georgia, Estados Unidos, por encargo de un personaje anónimo, miembro de *Iterum*. Eran una guía ideológica escrita en ocho idiomas: inglés, español, swahili, hindi, hebreo, árabe, chino antiguo y ruso. Smith repasó mentalmente los artículos de esa ley que habían dado sentido a su vida:

1. MANTENER A LA HUMANIDAD DEBAJO DE LOS 500 000 000, EN EQUILIBRIO PERPETUO CON LA NATURALEZA.
2. GUIAR SABIAMENTE LA REPRODUCCIÓN, MEJORANDO LA IDONEIDAD Y LA DIVERSIDAD.
3. UNIR A LA HUMANIDAD CON UNA NUEVA LENGUA VIVA.
4. REGIR LA PASIÓN, LA FE, LA TRADICIÓN Y TODAS LAS COSAS CON UNA RAZÓN TEMPLADA.
5. PROTEGER A LOS PUEBLOS Y A LAS NACIONES CON LEYES LIMPIAS Y CORTES JUSTAS.
6. DEJAR A TODAS LAS NACIONES GOBERNARSE INTERNAMENTE RESOLVIENDO LAS DISPUTAS EXTERNAS EN UNA CORTE MUNDIAL.
7. EVITAR LEYES MEZQUINAS Y FUNCIONARIOS INÚTILES.
8. EQUILIBRAR LOS DERECHOS PERSONALES CON LOS DEBERES SOCIALES.
9. VALORAR LA VERDAD, LA BELLEZA, EL AMOR, BUSCANDO LA ARMONÍA CON EL INFINITO.
10. NO SER UN CÁNCER SOBRE LA TIERRA, DEJAR UN ESPACIO PARA LA NATURALEZA.

Esos eran los mandamientos por los que había luchado durante tantos años. Por un mundo mejor y equilibrado con leyes creadas tras estudios filosóficos, políticos, sociales, económicos, científicos y medioambientales. Con la revolución industrial ya se sabía que la humanidad iba encaminada a su propia destrucción por la sobreexplotación de los recursos naturales y un

crecimiento excesivo de la población debido al avance de las mejores condiciones de vida y los avances en medicina. La población mundial había aumentado hasta superar los 7200 millones de habitantes, llegando a unos límites totalmente insostenibles.

Smith contempló la silueta de *Accensus*, el cual se removía en su butaca, visiblemente incómodo. La situación tal vez lo requería, y era en cierta manera comprensible la inquietud del *Príncipes* encargado del aparato militar de la operación. Lo vigilaría muy de cerca. No le gustaban las indecisiones.

La organización *Iterum* había estado gobernando el mundo desde finales del siglo XX. Su estructura era piramidal, pero a la misma vez transversal, con esquemas de poder básicamente feudales. El máximo dirigente era *Dux*, el Líder, en tanto su Mano Derecha o Mano Ejecutora era *Manibus*, en este caso Smith.

Iterum significaba «Nueva Humanidad» en latín, el idioma utilizado en la Orden para designar los puestos de responsabilidad. Sus miembros eran designados por los cargos que ocupaban, nunca por la persona, la cual podía cambiar en forma automática si no resultaba eficaz en las funciones que se le habían asignado. De este modo se repartían las respectivas responsabilidades en las personas más influyentes del mundo en sus respectivas áreas de influencia. Todos ellos se denominaban genéricamente como *Príncipes*.

Accensus, el mariscal, era el máximo cargo militar; *Lorem Ipsum* era el financiero; el *Pigmentarii* dirigía las grandes corporaciones farmacéuticas y tenía gran poder dentro de la OMS; el *Nuntius* manejaba los medios de comunicación y, por último, el *Judex* controlaba el poder legislativo de las organizaciones internacionales, pero sobre todo el Consejo de Seguridad Nacional de la ONU. Todos ellos, al ser captados por *Iterum*, se convertían en la élite mundial. Gozaban de un poder absoluto en su área de especialidad y amasaban incalculables fortunas. Eran respetados y nadie ponía en duda su autoridad. A cambio, debían fidelidad absoluta y sin condiciones a *Iterum*. El cargo de *Príncipes* podía ser vitalicio si su titular realizaba un trabajo exhaustivo de las directrices recibidas. Lo contrario significaba su eliminación física de la cúpula del poder. Rápidamente era sustituido por un nuevo *Príncipes* que firmaba encantado el pacto de vasallaje hacia *Iterum*. Siempre eran personas de excelencia académica, procedentes de las mejores universidades del mundo y que se destacaban en su área laboral, pero era imprescindible que su ego y enorme ambición de poder los llevase a una carencia absoluta de escrúpulos en la toma de decisiones bajo los mandatos indiscutibles del *Dux*.

Smith, *Manibus*, era el miembro más antiguo de la *Coetus Príncipes*, la asamblea de líderes. Había estado bajo las órdenes de un único *Dux* en el transcurso de los treinta años que había servido en *Iterum*.

Había conseguido este nivel de confianza gracias a una dedicación absoluta a su trabajo, por no poner en duda las órdenes recibidas y tener iniciativa para que el resultado fuese mejor incluso que el esperado. Jamás dejaba nada al azar. Él había ideado el protocolo de seguridad de las reuniones de la *Coetus Príncipes*. Ninguno de sus componentes debía conocerse entre sí. Por eso entrarían en la reunión gradualmente con un lapso de cinco minutos entre cada miembro. Se les exigía una puntualidad extrema que bajo ningún concepto se podía incumplir. El juego de luces de la sala protegía su identidad, la cual solo era conocida por el *Dux* y *Manibus*. El resto se conocían entre ellos por el nombre del cargo que ostentaban en *Iterum*. Una vez finalizada la reunión, abandonaban la sala en orden inverso. Es decir, el último salía primero, y el siguiente a los cinco minutos. Un cuerpo de seguridad de más de cien hombres, a las órdenes de Smith, invisibles a los ojos de los clientes y personal del hotel, vigilaba las instalaciones y el exterior del edificio. Todos los vehículos y personas que entraban en él eran monitorizados e investigados sin ser percibidos. Una batería de misiles tierra-aire había sido instalada a un kilómetro de distancia, oculta entre la vegetación, que garantizaría la protección de los líderes ante un ataque aéreo. Todos los asistentes estaban registrados bajo un nombre falso y no hacían ningún movimiento no autorizado por el mismo Smith a través de sus agentes, asignados a la escolta de las personalidades, pero también a su control dentro del hotel y fuera de él, cuya dirección había recibido una escandalosa cifra de dinero por acoger a aquella cumbre sin hacer ningún tipo de preguntas y bajo la más estricta confidencialidad. Los mayores avances tecnológicos impedían escuchas o seguimientos.

Accensus carraspeó ligeramente antes de empezar a hablar.

—*Dux*, está todo preparado según las instrucciones recibidas. El Consejo de Seguridad de la OTAN ha sido convocado para mañana a las 10 a. m. No tendré problemas para convencer a nuestros aliados de poner en práctica nuestro plan. A final de esta semana es muy probable que las franjas de seguridad ya estén establecidas. Dispondremos de una flota de dos mil quinientos aviones de transporte para la distribución del gas en el espacio aéreo de Asia y África. Las baterías logísticas de defensa de misiles ya están operativas en Europa, América y Oceanía. Antes de que me lo preguntes, *Dux*, debo informar que el Pentágono ha encargado a la NASA la preparación

de una lanzadera para aproximarnos al Objeto. Nosotros nos haremos cargo de equiparla con armamento nuclear para su destrucción cuando nos des la orden.

—Mariscal, me complace oír que tienes todo preparado y bajo control. Gracias por tu dedicación.

Permanecieron en silencio hasta que otra sombra hizo acto de presencia en la reunión. Era *Pigmentarii*, que ocupó la butaca al lado de Smith. Su sombra habló.

—*Dux*, el virus H5N1 está encapsulado y listo para transporte. También disponemos de mil millones de vacunas preparadas para ser distribuidas por los países aliados. Ha sido un trabajo complicado que nos ha llevado, como bien sabes, cinco años de gran esfuerzo. Recuperaremos con creces el capital invertido cuando los gobiernos afectados nos compren el antídoto. Cuando la OMS dé la noticia de que se está elaborando el antídoto para proteger a la población, ya estará preparado para su reparto en los diferentes sistemas sanitarios de Occidente. En realidad se informará de que se trata de la vacuna de la gripe A del año 2009. No sorprenderá a nadie la rapidez de la distribución. Si la campaña mediática tiene el resultado previsto, nuestros ciudadanos serán vacunados en su totalidad en unos quince días.

—*Pigmentarii* —dijo *Dux*—, me preocupa la difusión del H5N l. Bajo ningún concepto puede llegar al mundo occidental.

—*Dux*, las moléculas del aerosol transmisoras han sido diseñadas para precipitarse en las zonas elegidas sin que otros factores, como el climático, puedan afectar el desplazamiento de las emisiones. Por otro lado, las franjas de seguridad establecidas por *Accensus* tendrían que ser suficientes para contener a la población «infectada». Es cierto que la intervención de los bólidos lanzados por la nave extraterrestre ha obligado a variar nuestros planes iniciales. El ozono es el mayor desinfectante que existe en la naturaleza. Su emisión a la atmósfera sin duda destruirá gran parte de nuestros virus. Por este motivo hemos variado la altitud de lanzamiento, que será mucho más baja. El poder de propagación, por lo tanto, estará garantizado y limitado a un diez por ciento de lo planificado en un inicio. La propagación dentro de la población seleccionada será de tres días y hemos estimado la mortandad en un sesenta por ciento.

—Magnífico, *Pigmentarii*. Gracias por tu dedicación. —*Dux* guardó silencio y esperó la entrada a la sala del nuevo asistente. Enseguida la puerta de la sala se abrió y una sombra caminó hasta la butaca vacía que había al lado de *Accensus*, acomodándose en ella.

Nuntius, Príncipes de los medios de comunicación, permaneció en silencio esperando que *Dux* le diera paso.

—Bienvenido, *Nuntius,* puedes iniciar tu informe cuando lo desees.

—Bien, la campaña mediática está lista para saltar a las principales agencias de noticias. La cronología de las informaciones estará coordinada milimétricamente por las decisiones políticas que se vayan desarrollando en los ámbitos sanitarios, militares y económicos. El inicio de todo ello será el ataque extraterrestre y las medidas urgentes que se vayan tomando. Se ha tenido que improvisar el planteamiento inicial de nuestra operación debido a esto, pero sin duda constituirá un golpe de efecto que facilita sobremanera nuestros planes. El objetivo principal es generar tal alarma social que los gobiernos no tendrán más remedio que actuar en conjunto sin poner en duda las decisiones que se vayan tomando. El terror colectivo está garantizado, así como la administración de la información que lo regulará para evitar revueltas sociales. Fomentaremos el patriotismo, pero visto como la pertenencia al mundo occidental, así como el sacrificio por el bien de la humanidad. Tenemos un enemigo común y esa es una gran baza. La prensa digital comenzará en breve a informar que las emisiones de los bólidos extraterrestres están compuestas por un virus letal. Los gobiernos del mundo occidental estarán trabajando en eliminar la amenaza. El bombardeo de noticias y acontecimientos será tal, que les puedo asegurar que al final podremos moldear a la opinión pública como si fuera arcilla.

—*Nuntius*, confiamos en tu labor —dijo *Dux*—, pero la campaña mediática debe ser igualmente eficaz en los países no afines. La globalización en la que vivimos en la actualidad es filtrada por muchos gobiernos que moldean a su interés la información o simplemente no la difunden entre su población.

—Más fácil será entonces eliminar la oposición. La información, cuando no fluye en ambos sentidos, es fácil de manipular. Solo se escuchará nuestra voz y podremos demonizar con facilidad la actitud «hostil» de los países que no se adhieran a la cruzada «el mundo entero contra los extraterrestres». No creo que muchos líderes mundiales quieran jugar a esa carta.

—Así sea —sentenció *Dux*. Se hizo el silencio en la sala hasta la aparición de *Lorem Ipsum*, el financiero, que ocupó su lugar al lado de *Nuntius*.

—Buenas tardes, señores —saludó escondido entre las sombras—. Debo reconocer que estoy enormemente emocionado por el momento que estamos viviendo.

—De la misma manera nos sentimos todos los presentes, *Lorem Ipsum* —contestó con tranquilidad *Dux*—. Ahora agradeceríamos que nos informaras.

—Pido disculpas, me he dejado llevar por la emoción del momento. Mañana, cuando abran las bolsas de mundo, las bajas de acciones serán generalizadas y espectaculares, acorde con la crisis que se avecina. Pero no se preocupen, al poco tiempo y gracias a la rápida reacción de las organizaciones mundiales, como el Fondo Monetario Internacional, los bancos centrales, la ONU, la Organización Mundial de la Salud, el Gobierno norteamericano, la Unión Europea, las empresas farmacéuticas, armamentísticas y los bancos, verán subir sus valores. Señores, las actuaciones que llevaremos a término no solo supondrán el mantenimiento del sistema financiero de Occidente, sino que este se verá ostensiblemente reforzado. Los gobiernos deberán endeudarse para adquirir los antídotos necesarios para su población. La acción militar también les supondrá una enorme inversión. El FMI y los principales centros financieros están preparados para dar cobertura financiera a estas necesidades. No habrá ningún gobierno que no se endeude hasta límites insospechados. La toma de decisiones ya no dependerá de sus gobernantes, sino de nosotros. La Nueva Era y su único gobierno pueden ser realidad en muy poco tiempo.

—Gracias, *Lorem Ipsum* —dijo *Dux*—. Debo reconocer que yo también estoy emocionado y esperanzado. Lo que hace tres décadas fue el sueño de unos elegidos ahora por fin se convertirá en realidad.

Esperaron la entrada en la sala del último *Príncipes* participante, *Judex*, el juez.

Una vez que se sentó en la única butaca libre, comenzó a hablar.

—Mi función es dotar de una cobertura legal a toda la operación. Para ello contaremos con la inestimable colaboración de mis contactos en el Congreso de los Estados Unidos, la Corte Internacional de Justicia de la ONU y la Unión Europea. El Tribunal de Estrasburgo dará cobertura a las decisiones, digamos incómodas, en la protección de los derechos humanos, que se irán produciendo en cada fase programada. Esto no será difícil porque pronto entraremos en un estado de guerra mundial. Los grupos antisistema serán neutralizados por el bien del orden y la paz social, así como los partidos de ideología anarquista o comunista. Se los calificará de traidores a los intereses generales y cualquier oposición será reprimida con dureza. Los sistemas judiciales de los países no occidentales o dictatoriales colaborarán en la primera toma de decisiones por la presión social. Finalmente serán eliminados al igual que el resto de poderes del país al que pertenezcan.

La sala se quedó en silencio, pero todos notaban la mirada del *Dux*. La tensión era palpable.

—*Príncipes* —dijo al fin—, soy consciente de que la aventura que vamos a emprender pueda plantear problemas de conciencia en alguno de ustedes, créanme, no seríamos humanos si no fuera así. Pero hay algo mucho más importante que nuestros propios sentimientos, que es salvar a la civilización y ponerla en el camino de la paz y la justicia. Esa es nuestra misión y la cumpliremos sin que nos tiemble la mano. Pero si alguno no se ve capacitado para continuar, lo entenderé. Que se marche ahora y será reemplazado de inmediato por alguien que sí pueda realizar esta difícil tarea.

Nadie se movió de su lugar. Sabían que en *Iterum* se hacía un pacto de por vida. No se planteaba la dimisión. Smith sonrió en su oscuro anonimato. Solo se podía abandonar con la muerte. Los *Príncipes* lo sabían y aceptaron el ofrecimiento del *Dux* como lo que era: una amenaza. Eran un grupo de cobardes y ambiciosos hijos de puta que solo ambicionaban el poder más absoluto. En cambio, él luchaba sinceramente por un mundo mejor.

—No esperaba menos de ustedes. —*Dux* suspiró complacido—. Continuemos, pues, con la reunión. Como bien saben todos, nuestros planes iniciales eran comenzar la emisión del H5N1 mañana mismo, utilizando para ello aviones de transporte con vuelos regulares por Asia y África. La emisión de los aerosoles con el virus se podría confundir fácilmente con las estelas de condensación de los reactores. La población de las zonas afectadas comenzaría a notar los efectos de la enfermedad a los cinco u ocho días desde la infección. Tenemos bien presente que el subtipo del virus de la gripe aviar, nuestro amigo el A, ya ha afectado a numerosas personas en Asia, con una mortandad aproximada de seiscientas personas desde el año 2003, pero no se ha probado el contagio de persona a persona hasta el momento, sino que se producía sobre todo con el contacto con aves de granja. En cambio, nuestro virus H5N1 ha sido modificado en laboratorio, seguramente *Pigmentarii* lo explicaría mejor, para realizar una mutación y que dicho contagio sea fácilmente extendido de persona a persona. Al mismo tiempo, estos laboratorios también han fabricado un total de mil millones de antídotos, los cuales serán repartidos por la población de los países occidentales. En este sentido la intoxicación mediática es de suma importancia, ya que se explicará a la opinión pública que dichas vacunas estaban almacenadas desde la pandemia de la gripe A del año 2009 y que son igualmente eficaces contra el H5N1. De este modo, tenemos garantizados los trámites de la licencia de la nueva vacuna, ya que esta existe desde hace años. Los antídotos que sean

vendidos a los países no afines serán en realidad esa vacuna, totalmente inoperativa para la enfermedad, en contra de la que se repartirá entre los aliados. La pandemia será rápida y abarcará la población de las zonas elegidas. Nos permitirá cerrar fronteras, cerrar las comunicaciones, aislar a los indeseados por el miedo al contagio y usar la fuerza de la OTAN si es necesario, que lo será. Hace un año se instaló en Occidente el escudo antimisiles con la excusa de la amenaza de Irán, Corea del Norte, China y Rusia. Ahora le daremos buen uso. Resumiendo, en cuestión de un año existirán dos mundos. Uno aniquilado y otro nuevo, con los valores que reza nuestro GUIDESTONES. Habrá cientos de millones de muertos, como nunca se ha visto en la historia de la humanidad, pero el Ave Fénix resurgirá de sus cenizas y el hombre vivirá su edad de oro para siempre, será su Quinta Era[12].

—¿Y los extraterrestres? —preguntó *Lorem Ipsum*—. Los mercados de valores se pueden ver muy influenciados ante su continua amenaza.

—A todos nos ha sorprendido la aparición de esa nave alienígena —contestó *Dux*—. Incluso a mí, que pensaba que nada me podía sobresaltar —todos rieron de la ocurrencia del líder—. Pero, aun desconociendo sus verdaderas intenciones, todo parece indicar que no pretenden hacer daño a la humanidad, sino más bien al contrario, protegerla de nuestros planes. Pero este dato solo lo conocemos nosotros. Gracias a nuestro guardián *Manibus*, mi mano derecha, el mundo entero cree que hemos sido objeto de un ataque bacteriológico extraterrestre. De esta manera nos será mucho más fácil propagar el H5N1, haciendo creer que en realidad estamos repartiendo el antídoto. Es una jugada maestra y de momento nos conviene contar con nuestros extravagantes amigos y su involuntaria ayuda. Pero *Lorem Ipsum*, no dudes de que llegado el momento los destruiremos. Mientras tanto, *Manibus* tiene el encargo de averiguar quiénes son y cuáles son sus planes hacia nosotros. Estoy seguro de que pronto tendremos resultados de sus pesquisas. ¿No es así, *Manibus*?

—Sí, *Dux* —contestó Smith con firmeza.

—Bien, *Príncipes*, bienvenidos a la Quinta Era. Pongámonos a trabajar. —De esta manera finalizó *Dux* la reunión que supondría el fin del mundo conocido.

* * *

Unos ojos azules y brillantes, transparentes como el cielo, observaban el planeta azul salpicado de telas blancas, algunas de ellas formando formidables espirales. También había extensas zonas que emergían del mar de colores verdes, marrones y grises. La estrella sol iluminaba la mitad de la esfera, mientras que la otra permanecía oculta en la oscuridad. Le recordaba a las imágenes que había visto de su propio planeta antes de que quedara cubierto por el hielo.

El silencio era absoluto dentro del control de mando, cuyas paredes metálicas habían desaparecido. Se podía ver sin impedimento a través de ellas toda la inmensidad del espacio y en medio de este, el planeta llamado Tierra, o Domo (Casa), como lo habían bautizado en Blua Suno (Estrella Azul).

Se preguntó si no habían llegado demasiado tarde. La última comunicación que recibieron en Blua Suno del *Emissari* (emisario) había sido de cuatro pliegues del espacio de la galaxia muerta. Doscientos despertares de Blua Suno les había costado llegar hasta allí.

El planeta que se deslizaba bajo su mirada era hostil, según informaciones del *Emissari*, pero a la vez era el único de todo el universo habitado por humanos igual que ellos y totalmente compatible para ser ocupado con garantías de supervivencia para su especie. Un lugar donde iniciar una nueva existencia. Blua Suno había muerto y ya era prácticamente inhabitable después de mucho tiempo de agonía. Su núcleo se había apagado.

Habían lanzado las cápsulas de desinfección en el tiempo y lugares que les había indicado el *Emissari*. De no haber sido así, seguramente Domo sufriría una aniquilación de su población. La primera ley de Blua Suno era salvaguardar a la especie humana, que, por una razón que no comprendían, también se encontraba en otro planeta que no era el suyo. Aunque estos humanos intentaran exterminarse entre ellos, su obligación era protegerlos, a pesar de que hubiese resultado mucho más fácil realizar la colonización de Domo con su población esquilmada por las guerras.

Como hacía mucho tiempo que no tenían noticias del *Emissari*, era de suponer que este había muerto al ser descubierto. De todos los exploradores que habían sido infiltrados en Domo, era el único que disponía de medios para ponerse en contacto con ellos. Sin él estaban ciegos y no sabían a qué se enfrentaban. Solo les quedaba seguir los acontecimientos con la máxima cautela.

Desde su llegada a la órbita de Domo, habían estado escuchando por los sistemas de comunicación continuos mensajes en distintas frecuencias procedentes del planeta. Querían saber quiénes eran y qué intenciones tenían.

El *Emissari* les había advertido que los gobernantes de Domo querrían destruirlos, ya que podrían dificultar sus planes de exterminio. Por eso no contestaban y no lo harían hasta tener un interlocutor fiable con el que negociar su entrada y posicionamiento en Domo. Se habían estado preparando durante muchas décadas para este momento.

Primero una sonda descubrió Domo y a partir de ahí todos los esfuerzos de Blua Suno estuvieron encaminados en establecerse en este planeta. Enviaron generaciones de exploradores para que informaran de las características y condiciones de habitabilidad. Primero fueron naves tripuladas, que establecieron las bases científicas responsables de recoger muestras de la atmósfera, del clima, del agua, de la vegetación, de los minerales, de las distintas energías, de la vida animal hasta el sorprendente hallazgo de una civilización humana desarrollada y compleja. El siguiente paso fue la captura de humanos de Domo para entender su fisonomía, que resultó ser exactamente igual que la de ellos, así como su capacidad intelectual y cognitiva. De cómo funcionaban sus sociedades y sistemas productivos. Fue extraño averiguar que los humanos de Domo hablaban en una infinidad de lenguas diferentes, que tenían creencias distintas y que luchaban continuamente entre sí para hacer prevalecer sus intereses. Siempre estaban en guerra y eliminándose los unos a los otros. Parecían violentos y sanguinarios. Destruían su entorno, sin ningún tipo de escrúpulos, para su exclusivo provecho. Había humanos que gozaban de un desarrollo tecnológico sorprendente, mientras que otros morían de hambre. Era un mundo muy complejo y difícil de entender. Averiguaron que, por otro lado, los humanos tenían la capacidad de crear arte, algo que para Blua Suno era incomprensible, ya que ellos no tenían esa característica. Comprobaron que eran capaces de dibujar, cantar, hacer música, bailar, y que todo ello los trasladaba a un estado llamado bienestar o felicidad que les enriquecía el «espíritu», otra definición incomprensible. Esa complejidad única de cada individuo les hizo saber que dentro de ellos existían el bien y el mal. Eran capaces de dar amor incondicional, pero también de desarrollar un odio totalmente destructivo. A los humanos cautivos se les daba la libertad tras estudiarlos. A algunos se les borró el recuerdo de la experiencia vivida. A otros, sin embargo, se los captó dado su interés por colaborar en la llegada de los habitantes de Blua Suno a la Tierra, como ellos la llamaban. Allanarían el terreno para la filtración de los exploradores en la sociedad de Domo. El objetivo final era ponerse en contacto con los dirigentes y preparar la *Granda Alveno* (Gran Llegada). Para proteger el anonimato de los exploradores, se

consideró oportuno que estos se comportaran de igual manera que el resto de los humanos. Estudiaron, trabajaron y los colaboradores los recibieron en sus viviendas, facilitándoles una identidad en Domo. Averiguaron infinidad de datos sobre la historia, la ciencia, las normas de convivencia, el arte y la lengua de comunicación. Esto último fue un problema, ya que existían tantas que era difícil aprenderlas todas. Finalmente se decidió adoptar el esperanto, un lenguaje que si bien no era hablado comúnmente, sí se había hecho con la intención de globalizar todas las lenguas del mundo y en un futuro serla única empleada para la comunicación entre humanos. Por ese motivo, en Blua Suno se empezó a instruir en esta lengua a todos los habitantes, que se transformó de uso obligatorio entre ellos para habituarse. De esta manera la integración con los humanos de Domo sería mucho más sencilla llegado el momento. Pasado el tiempo, más generaciones de exploradores desembarcaron en la Tierra, pero los contactos informativos con las naves de Blua Suno se tuvieron que suspender, ya que eran demasiado visibles y estaban generando alarma entre los habitantes de las zonas de encuentro.

Uno de los exploradores, denominado por ellos el *Emissari*, conocido en la Tierra como Freezer, había conseguido trabajar en un observatorio del espacio profundo. Gracias a esta tecnología, pudo informarles casi a diario de las noticias que le llegaban del resto de los exploradores repartidos por todo el mundo, con los cuales se mantenía en contacto permanente. De esta manera tuvieron conocimiento de que los gobernantes de Domo no eran fiables para entablar un diálogo con ellos, por lo que se tendría que idear otra forma de contacto, todavía por definir. También por este medio tuvieron conocimiento del grave peligro de exterminio que se cernía sobre gran parte de la población de Domo. Freezer les informó de estos planes y del virus que se tenía planeado emplear. Los *scienciaj* (científicos) de Blua Suno elaboraron lo que consideraron sería el mejor sistema para neutralizar las trazas del virus según la información aportada por Freezer. Por desgracia al poco tiempo perdieron el contacto con el *Emissari*. El día anterior a la difusión del virus, la nave nodriza interestelar Unoa (la Primera) lanzaría las cápsulas en el meridiano de Domo, en lugares deshabitados para no producir daños en su caída.

Ahora solo cabía esperar acontecimientos y que alguno de los exploradores se pudiera poner en contacto con ellos para informarles de la situación.

Shora, la *Majoro* (comandante) de Unoa, se volvió para mirar a su tripulación. Todos observaban maravillados el espectáculo que ofrecía Domo delante de ellos. Era realmente un planeta precioso, un paraíso para los que

procedían de un mundo yermo. Shora estaba segura de que los miles de hermanos que viajaban en las plantas inferiores de la nave nodriza, avanzada de la flota que esperaba noticias suyas, estarían contemplando el maravilloso espectáculo y tendrían puestas todas sus esperanzas de supervivencia en aquel astro azul y brillante como la joya más preciosa del universo.

Pandemia

Javier Figueroa entró en su cafetería preferida de la Plaza Mayor de Madrid. Al momento lo invadió el intenso aroma de buen café venezolano mezclado con el de la bollería que cada mañana elaboraban en el mismo establecimiento. A las seis de la mañana el local ya estaba lleno. Observó a una pareja de policías municipales, a un barrendero y a varios comerciantes de la zona desayunando antes de empezar su jornada laboral.

Encontró un taburete libre delante de la barra y se apresuró a ocuparlo. Siempre empezaba el día allí. Le encantaba ver el despertar de la ciudad condensado en apenas cien metros cuadrados. Se sentía con vigor para comenzar su día de intenso trabajo.

—¿Lo de siempre, don Javier? —le preguntó el camarero.

—Sí, lo de siempre, y que no falte con los tiempos que corren.

El camarero cargó con maestría el café en su cápsula en la máquina mientras vaporizaba una jarra metálica de leche para calentarla. Enseguida puso un cremoso café con leche delante de Javier, acompañado por un delicioso *croissant* recién hecho bañado por una fina capa de miel que desprendía un aroma intenso y apetitoso.

Mientras atacaba uno de los cuernos del *croissant*, leyó los titulares del diario que descansaba sobre la barra. Se sacudió unas migajas que habían caído sobre su chaqueta:

LA ONU CONFIRMA QUE LOS BÓLIDOS LANZADOS POR LA NAVE EXTRATERRESTRE CONTIENEN UN VIRUS PELIGROSO PARA LA HUMANIDAD

—Don Javier —interrumpió el camarero su lectura—, el asunto parece feo, ¿verdad? Yo todavía estoy alucinando con lo que ha pasado en tan poco tiempo. Es como si estuviésemos viviendo una película de ciencia ficción. Estoy cagado de miedo, y por lo que veo en los clientes, no soy el único.

—Bueno —respondió Javier—, tenemos que ser pacientes y conservar la calma. La situación es grave, pero todavía nos queda mucha información que recibir. Al menos nosotros estamos muy lejos de las zonas donde han caído esos bólidos, dudo mucho que nos puedan afectar de alguna manera.

—Me tranquiliza, don Javier, supongo que un periodista como usted sabrá de esto mucho más que yo —dijo el camarero antes de irse a atender a un cliente que acababa de entrar.

Javier pensó para sus adentros que ojalá fuera así. Él no lo tenía tan claro. En cuestión de dos días había aparecido una gigantesca nave extraterrestre que estaba gravitando sobre la Tierra, noticia más que sobresaliente como para hacer arder las descargas de los diarios digitales y las rotativas de los periódicos. Evidentemente todas las editoriales y contenidos versaban sobre el mismo tema.

Artículos, opiniones de expertos, informes científicos completaban en su totalidad el contenido de los diarios centrados única y exclusivamente en este tema. Con una rapidez asombrosa, surgió la nueva noticia, el Objeto había lanzado miles de cápsulas contra la Tierra, las cuales fueron impactando en zonas desérticas al norte del meridiano del ecuador. Todos los diarios nacionales e internacionales se hicieron eco y se tuvo conocimiento de que el Centro de Astrobiología de Torrejón de Ardoz se haría cargo de una misión orientada a monitorizar uno de los bólidos caldos en el Sahara utilizando al gemelo del ROVER Curiosity, equipado con un laboratorio espacial de nueva generación. La última noticia era la que tenía delante de sus ojos. Las cápsulas estaban emitiendo a la atmósfera terrestre un virus extremadamente peligroso para la humanidad. Era una situación terrorífica, pero como podía comprobar a su alrededor, la gente seguía desayunando como cada día y continuando su rutina. Aunque se respiraba la tensión en el ambiente, las zonas afectadas por los impactos quedaban muy lejos de la Plaza Mayor de Madrid.

Se limpió con una servilleta los pegajosos restos del *croissant* y sacó su IPhone del bolsillo de la chaqueta. Leyó los mensajes de WhatsApp que iba recibiendo de las agencias de noticias. Había decenas de ellos y le confirmaban la atroz velocidad en la que se estaban sucediendo las noticias. En sus cuarenta años como periodista, jamás había vivido una situación como aquella, ni siquiera durante la crisis de los misiles cubanos o el intento de golpe de Estado del 23-F. La información iba tan deprisa que resultaba muy difícil dosificarla y procesarla. Aquel sin duda sería un día infernal de duro trabajo.

La noche anterior se había creado un gabinete de crisis en el gobierno para hacer el seguimiento de la situación y tomar las decisiones necesarias. A las once de la mañana estaba prevista la comparecencia del Presidente ante los medios de comunicación. Antes, a las diez de la mañana, estaba convocada en Bruselas, en la sede de la OTAN, una reunión urgente de secretarios generales del Consejo del Atlántico Norte. A las doce estaba prevista la reunión preparatoria de la Organización Mundial de la Salud. Sus ocho secretarios generales tomarían decisiones para afrontar la crisis sanitaria que plantearían delante de la Asamblea General de la ONU, a las catorce. ¡Menudo día le esperaba! Tenía que reconocer la excitación que sentía ante el momento histórico que le había tocado contar. Se sentía tan joven y entusiasmado como cuando empezó su carrera de periodista.

Estaba repasando los mensajes de su teléfono moviéndolos a través de la pantalla con el dedo corazón de su mano derecha, mientras que la izquierda sujetaba los restos del *croissant* prestos a entrar en su boca, cuando sonó el tono de llamada. Soltó el *croissant* en su diminuto plato y descolgó.

—¿Sí? —contestó mientras se chupaba los dedos.

—¿Señor Figueroa? —preguntó una voz al otro lado del teléfono.

—El mismo. ¿Con quién hablo?

—Soy Sergio, el recepcionista de urgencias del Hospital 12 de Octubre. No sé si se acuerda de mí, pero hace un año aproximadamente me dejó una tarjeta para que lo llamara si teníamos alguna entrada interesante. Me comentó que me recompensaría por la información.

Javier pensó que había repartido por medio mundo sus tarjetas, pero tenía muy buena memoria. Había dado su número de teléfono al recepcionista del hospital hacía mucho tiempo, cuando fue a visitar a un amigo. Sabía que la base de una información exclusiva nacía en unos buenos contactos. De todos modos, dudó de que cualquier noticia que le pudieran dar tuviese cabida en su diario, dadas las circunstancias.

—Sí, me acuerdo —dijo al fin intentando mostrar interés—. Dime, Sergio.

—Acabo de entrar en el turno de mañana y me he enterado de que en la planta de cuidados intensivos hay ingresada una mujer que ha sido violada y asaltada. La abandonaron en mitad del bosque o algo así. Está muy grave.

—Mira, Sergio, agradezco tu ayuda, pero no creo que esa información sea de mi interés ahora mismo, te habrás enterado de…

—No, escuche —le interrumpió el sanitario—, lo sorprendente del caso es que han puesto a dos tíos vigilando su habitación. Según me han dicho las

enfermeras de planta, son de los servicios secretos. Esta «tipa» tiene que ser alguien importante.

Javier sintió curiosidad.

—¿Cómo se llama la paciente?

—Un momento, enseguida se lo digo… —Se escucharon las teclas del ordenador—. Julia Massó, se llama Julia Mássó.

Javier reconoció de inmediato ese nombre. Tenía una magnífica memoria y sin duda esa persona era muy conocida, al menos en el entorno científico. Estuvo nominada al Príncipe de Asturias de la Ciencia del año 2012 por sus investigaciones. Estas habían dado como resultado la fabricación del laboratorio espacial REMS-2 que se había instalado en el Curiosity para la exploración de Marte. La doctora Massó trabajaba en el Centro de Astrobiología CSIC-INTA de Torrejón de Ardoz, según tenía entendido. Sus estudios eran un referente mundial.

—¿Está ahí todavía? —La voz del recepcionista lo sacó de sus pensamientos.

—Escucha, quiero que me vayas informando de las visitas que recibe la doctora Massó o de cualquier otra cosa que te enteres sobre ella.

—Bueno, de momento ha recibido la visita de su marido, un tío muy grande con cara de pocos amigos. Yo diría que también es de los servicios secretos, va trajeado y tiene una mirada que da miedo. Está con ella en la UCI desde ayer por la noche, según me han dicho y no se mueve de su lado.

—Gracias, Sergio, no dudes de que recompensaré con creces tu colaboración, ahora te tengo que dejar. —Javier cortó la comunicación y reflexionó durante unos instantes. Su mente comenzó a trabajar rápido para procesar toda la información que acababa de recibir. Seguramente la doctora Massó estaba detrás de la operación que se había realizado para analizar el bólido extraterrestre que había caído en el desierto del Sahara. Por todos era sabido que el *Centro* de Astrobiología CSIC-INTA había liderado las recogidas de muestras de la emisión a la atmósfera de esos artefactos mediante el REMS-2, invención de Massó. Luego esta había sido encontrada en medio de un bosque, violada y en estado muy grave. Sin duda era una noticia que tendría cabida en la edición digital de su diario. En otras circunstancias, con más tiempo, habría contrastado la información, pero en el momento actual no tenía tiempo para ello. También era muy llamativa la presencia de vigilancia en la puerta de su habitación de la UCI, y más todavía si se trataba de agentes del servicio secreto, seguramente del CNI. Aquel asunto era muy extraño y no le cabía duda de que guardaba una estrecha

relación con la cadena de hechos que se estaban precipitando desde la aparición de la nave extraterrestre.

Buscó un nombre en la agenda de contactos de su teléfono móvil y al poco le respondió la voz de Luis Suárez, el redactor jefe del diario digital independiente *Axioma*.

—Dime, Javier.

—Te paso una noticia de última hora, toma nota:

> *Ingresada en la UCI del Hospital 12 de Octubre de Madrid la doctora Julia Massó, responsable del operativo del REMS-2 que analizó la sustancia que emitían las cápsulas extraterrestres. Según las fuentes de dicha información, fue encontrada en el día de ayer en un bosque con signos de haber sido violada. Su estado actual es de suma gravedad y se teme por su vida.*

—¡Tío, no sé cómo haces para enterarte antes que nadie de este tipo de cosas!

—Contactos, chaval, contactos. Ponte a trabajar. De aquí a media hora estoy en la redacción. ¡Mueve el culo, vamos a hacer historia!

Javier cortó la comunicación y miró con tristeza los restos del *croissant* frío. Se bebió de un trago el café con leche, que estaba templado, y notó cómo su estómago se quejaba. El café con leche no le sentaba bien, lo sabía, seguramente sería alérgico a la lactosa o algo parecido, pero el placer en boca era más poderoso que las quejas de sus intestinos.

Pagó la consumición y dejó una buena propina, como era su costumbre. Abandonó el local y salió a la Plaza Mayor de Madrid. Notó el fresco de la madrugada todavía sin sol, y el olor húmedo del agua que había regado el pavimento instantes antes. Sin duda era su momento preferido de cada día.

*** * ***

El brigada Juan Costa estaba sentado a la mesa en la cafetería del edificio central del CNI. Miraba con aprensión el plato combinado que tenía adelante. No tenía nada de apetito y le resultaba casi nauseabundo el olor del beicon, las papas y los huevos fritos que se estaba metiendo en sus fosas nasales. Sabía que necesitaba comer para llenar su estómago de algo que no fuera *whisky*. Debía recuperar fuerzas para afrontar los retos que tenía por delante.

Había dormido solo unas horas desde que llegó al CNI en helicóptero acompañando al prisionero, Freezer. Lo había instalado en una habitación de la academia de aspirantes contigua a la suya, dejando la puerta cerrada con llave y con custodia permanente en el pasillo. Aunque la ventana de la habitación no tenía rejas, estaba en una cuarta planta. Freezer no tenía alas. Había decidido recluirlo allí aun sabiendo que no era el lugar más adecuado, pero prefería tenerlo cerca para interrogarlo el mayor tiempo posible, si era necesario, las veinticuatro horas del día. Después de desayunar, si conseguía comer algo de aquella apestosa comida, iría al edificio de la academia del CNI, se metería en la habitación de Freezer para no salir hasta vaciar su cabeza de información. Costa era el único agente que vivía dentro de las instalaciones del Servicio de Inteligencia. Tenía familia, padres y hermanos, pero había perdido el contacto con ellos tras estar meses ingresado en un hospital. Se había vuelto arisco y no quería saber nada de ellos, aunque con frecuencia los echaba de menos. Sabía que cada día que pasaba sin verlos los alejaba más de sí mismo. No quería ser una carga para nadie y estaba decidido a pasar el resto de su vida profesional dentro de los edificios del CNI, donde se encontraba seguro, al menos hasta jubilarse o morirse de dolor. Por eso vivía en una habitación de la academia de aspirantes a agentes, donde nadie lo molestaba y podía hacer su vida con tranquilidad, aunque la mayor parte de su tiempo de los últimos cinco años los había pasado en los archivos de expedientes clasificados.

El coronel Martín Herrero, antes de marcharse apresuradamente al Hospital 12 de Octubre para ver a su mujer, le había encargado el interrogatorio de Freezer teniendo en cuenta la extraña confianza que parecía tener este en Costa, y con más razón todavía al conocer que se había comunicado telepáticamente con él.

A Costa le preocupaba el estado anímico de Martín, llevaba mucho tiempo sin descansar y era evidente que las preocupaciones estaban haciendo mella en él. Ahora además lo de su mujer, Julia. En cierta ocasión Martín había conseguido convencerlo para que fuese a comer a su casa, en Torrejón de Ardoz. Fue una jornada que no olvidaría en su vida. Julia y los niños lo trataron con tanta afabilidad y cariño que lo hicieron sentirse una persona normal durante unas cuantas horas. Sonrió al recordar la mirada curiosa de Andrea, la niña de seis años, la primera vez que lo vio.

—¿Te duele? —le preguntó mientras él observaba, sentado en el jardín con una botella de cerveza en la mano, cómo Martín luchaba para que no se quemara la carne en la barbacoa.

—A veces —le contestó esquivo y un poco incómodo.

—Una vez mi hermano tiró mi muñeca a la chimenea y cuando mi madre consiguió sacarla de allí, se le había quedado la cara parecida a la tuya, supongo que a ella debió de dolerle bastante.

Costa rio con ganas por la ocurrencia de la niña.

—Sí, a mí me pasó algo parecido, entiendo a tu muñeca.

—¿Sabes que tienes los ojos muy bonitos cuando te ríes? —le preguntó la niña—. Cuando sea mayor me casaré con alguien que tenga los ojos como tú. Eres simpático, no me extraña que seas amigo de mi padre…

Costa salió de sus pensamientos cuando alguien se sentó delante de él.

—Se te va a enfriar la comida —dijo el comandante Díaz a modo de saludo. Tenía los ojos hinchados de haberse acabado de levantar tras dormir unas pocas horas.

—No tengo hambre.

—Permiso. —Díaz tomó el plato sin tocar de Costa y lo atrajo hacia sí. Comenzó a comer con avidez—. Llevo algo así como veinticuatro horas sin probar bocado.

Costa contempló a Díaz mientras comía. Tras la ausencia de Martín lo habían nombrado provisionalmente jefe de la Oficina Nacional de Seguridad (ONS), cargo que compaginaba con el de responsable de Operaciones.

—¿Cómo está el Oso?

—No se separa de la cama de su mujer ni un instante. Parece dispuesto a dejarse morir al lado de ella.

—¿Quién le habrá hecho esto a Julia? —se lamentó Costa con amargura —. Es un asunto que huele mal. No le encuentro la lógica. Nada pasa…

—… Por casualidad —terminó la frase Díaz—. Es nuestro lema, ¿verdad? Por eso me he puesto en contacto con el director del Centro de Astrobiología, Márquez se llama, para intentar reconstruir qué es lo que pasó para que Julia se marchara tan precipitadamente de esas instalaciones en plena operación de recuperación de las muestras del REMS-2.

—¿Y bien…? —quiso saber Costa.

—Durante la monitorización que realizó el REMS-2 a los gases que salían de la cápsula estuvo a solas con alguien. Después se marchó presa del pánico, según informó al director esta persona.

—Ya, te estás haciendo el misterioso. —Costa echó para atrás su silla de ruedas y se cruzó de brazos, esperando que Díaz continuara—. ¿Y quién era ese personaje que estuvo a solas con Julia?

—El señor Smith, enviado por la embajada norteamericana en representación de su gobierno y de la NASA, con plenos poderes de actuación otorgados por nuestro propio gobierno. Según Márquez y aludiendo a motivos de seguridad, insistió en estar presente cuando la doctora Massó realizara la monitorización de los análisis de los gases. Como tenía plenos poderes, el director no puso ninguna objeción. Después, cuando ya obtuvo los resultados, fue el mismo Smith el que se los proporcionó, informándole al mismo tiempo que Julia había tenido un ataque de pánico al descubrirlos y que había huido precipitadamente para reunirse con su familia. Debido a la gravedad de los hechos, Márquez casi vio lógica la reacción de la doctora, más que nada porque había estado trabajando sin descanso muchas horas y seguramente al final los nervios la habían traicionado. Pero he de reconocer que este Márquez se ha quedado de «piedra» cuando le he informado que Julia fue asaltada y violada camino de la casa de sus padres. Esta noticia lo ha dejado totalmente hundido.

—Al grano, Díaz, ¿quién es Smith? —dijo impaciente Costa.

—Sin duda un «pez gordo» de los servicios de inteligencia norteamericanos. No te quepa duda. Su nivel de seguridad es tan alto que nadie de los que he consultado, y mira que conozco muchas puertas que tocar, me han podido o querido decir quién es realidad este tipo. Con la misma rapidez que apareció, desapareció en la nada. No sé dónde ha ido ni quién cojones es. Ni siquiera si se llama realmente Smith, apellido por cierto muy común en el mundo anglosajón. Lo que sí sé es que tenía privilegios de decisión tales como ordenar a un portaaviones que colaborara con la misión del REMS-2.

Costa permaneció en silencio durante unos instantes.

—No se puede saber que Julia sigue con vida —dijo al fin.

—¿Perdón?

—Está claro que quién la agredió la dio por muerta. Se empleó a fondo para que así fuera. Si trasciende que sigue viva, volverán para acabar el trabajo. No quieren que hable. Es la única persona que nos puede explicar lo que está pasando. No lo dudes.

—Todo apunta a que fue obra de delincuentes comunes, con el único propósito de robarle y, por desgracia, violarla.

—Díaz, Díaz —le contestó Costa—, pareces un tonto del culo. Con los años que llevas trabajando en el «oficio» y te crees esa patraña. Sabes tan bien como yo que esto huele a la eliminación de un testigo indeseado.

—No me creo nada. —Díaz no parecía ofendido—. Pero de todas maneras he puesto vigilancia en la UCI donde está ingresada Julia.

—Está ingresada en un hospital público. Cualquiera puede filtrar la noticia a los medios de comunicación de que sigue viva. El personal sanitario, la mujer de la limpieza o incluso el tío que la llevó en helicóptero hasta allí. Has puesto vigilancia para hacer la «pelota» al coronel Herrero, no porque creas que sea necesaria.

—Partimos de la base de que los agresores son delincuentes comunes, incluso la policía así lo cree. —Ahora Díaz sí que se puso a la defensiva—. Creo que ves conspiraciones por todos lados, Costa. Demasiado tiempo metido entre archivos clasificados.

—Yo reforzaría la vigilancia, por si acaso. El «Oso» te lo agradecerá. Incluso te podría dejar que le besaras su velludo culo.

Díaz encajó las mandíbulas durante unos segundos y fulminó con la mirada a Costa, que lo miraba con expresión irónica. Poco a poco fue relajando sus facciones y acabó sonriendo.

—Si no te conociera, te daría una buena hostia en tu cara de pergamino arrugado, pero sé que detrás de lo borde y estúpido que eres se esconde una gran intuición e inteligencia —Díaz suspiró—. Creo que lo tengo merecido. Tienes razón, reforzaré la custodia de Julia y miraré que no se filtre la noticia de que sigue con vida. Por si acaso. ¿Te vale, maldito cabrón?

—Por el momento, sí. Pero harías bien en averiguar quién es el tal Smith en vez de mirarte al espejo para ver lo bien que te sienta tu nuevo traje provisional de director de la ONS.

—Ves cómo eres un cabrón estúpido e irritante. ¡Vete a interrogar a tu extraterrestre de una puta vez!

* * *

Todos los medios de comunicación televisivos, digitales y radiofónicos se habían enfocado en el discurso del Secretario General de la ONU. Tal como estaba previsto, la sesión plenaria del más alto Consejo de las Naciones Unidas había comenzado a las catorce y prácticamente todo el mundo estaba pegado a los televisores. Javier Figueroa era uno de ellos. Desde la redacción de su diario digital *Axioma*, él y sus cuatro colaboradores miraban con atención la pantalla del pequeño televisor de su despacho. Habían aprovechado la espera hasta entonces comiendo unos grasientos pero apetitosos bocadillos de calamares, gentileza del bar que había debajo de la

sede del diario. Todas las ruedas de prensa anteriores, la del Presidente del Gobierno español y la del Secretario General de la OTAN, habían resultado decepcionantes, ya que se limitaban a informar que estaban trabajando contrarreloj y lanzaban un mensaje de calma a la población. Debido a la globalización del problema, trasladaban a la rueda de prensa del Secretario General de la ONU una información más detallada y las medidas que se iban a tomar para contrarrestar la amenaza extraterrestre.

Esta reunión de la Asamblea General de la ONU tenía la característica de ser convocada como una Sesión de Emergencia. Previamente los grupos de trabajo[13] y el Consejo General de Seguridad habían informado al Secretario General, el cual propondría las resoluciones a adoptar a la Asamblea.

—Secretario General, cuando guste, puede empezar su intervención.

—Gracias, Presidente. —El Secretario General parecía nervioso. Estaba ordenando una gran cantidad de folios sobre el atril de la tribuna de oradores —. Representantes, ciudadanos del mundo —dijo al fin levantando la mirada —, esta es sin duda la mayor crisis contra la seguridad colectiva que ha vivido la humanidad en toda su historia. La amenaza a la que nos vemos enfrentados no conoce de fronteras ni Estados y nos atañe a todos por igual —hizo una pausa para beber del vaso de agua que tenía a su derecha. «Lo está pasando fatal —pensó Javier viendo las imágenes del televisor—, seguro que ahora mismo le gustaría estar en otro lugar». El mayor dirigente de la ONU carraspeó ligeramente y continuó hablando a un auditorio que se mantenía en un silencio frío y espeso—. Es por eso que se han de tomar sin demora medidas urgentes por el bien de los ciudadanos de nuestro planeta. En primer lugar he de informarles que tengo en mi poder informes de la Organización Mundial de la Salud, del Consejo General del Atlántico Norte, cuyo Secretario General ha mantenido una conversación telefónica conmigo, y de los seis grupos de trabajo de la ONU. Estos informes han sido sometidos a valoración del Consejo General de Seguridad, que por mayoría suficiente han aprobado la redacción del documento, con valor de Resolución[14] que leeré a continuación en esta sesión plenaria de emergencia. Con el fin de agilizar mi intervención, obviaré los antecedentes del hecho, ya que son por todos conocidos. La Resolución consta de los siguientes puntos:

PRIMERO: Como medida inmediata se realizará la difusión de la vacuna o antídoto del virus H5N1 por toda la población mundial. Las

reservas farmacéuticas actuales se estiman en mil millones de dosis, ya que los laboratorios han determinado que esta enfermedad se puede combatir con los mismos medicamentos que se utilizaron contra la pandemia de la gripe A, H1N1, llamada también porcina, en el año 2009. Por suerte los certificados y pruebas de dicha vacuna están contrastados y las empresas farmacéuticas las pueden entregar en los países que todavía no disponen de un reservorio de las mismas para que realicen su fabricación en serie. Ahora bien, los acontecimientos nos apremian. Los meteoritos o cápsulas que contenían el virus han caído en zonas muy concretas de nuestro planeta. Es obvio que existe un mayor peligro de afectación en estos países cercanos a las emisiones de las esferas a los que difícilmente les dará tiempo para proporcionar a sus poblaciones el antídoto necesario. Es por eso que se ha planificado, de manera excepcional, la emisión pulverizada a la atmósfera de esta vacuna desde aviones equipados al efecto sobre las ciudades y núcleos de mayor población. Dichos países son los comprendidos en los continentes africano, asiático y América Central. Este sistema de protección puede ser muy eficaz, según la OMS, ya que puede prevenir hasta en un ochenta por ciento el contagio al neutralizar el H5N1 antes de que llegue a los humanos.

Un murmullo de confusión se elevó en toda la sala.

SEGUNDO: Se establecerá una franja de seguridad entre los países que corren un riesgo inmediato de infección y la del resto. Dicha franja de seguridad estará totalmente restringida al transporte marítimo, ferroviario, aéreo, por carretera o cualquier otra vía de circulación, excepto para los servicios de ayuda o colaboración, dirigidos por la OTAN, en los países de la Alianza bajo mandato de la ONU. Los ejércitos y fuerzas de seguridad de los países en cuarentena deberán velar para que la zona de exclusión se cumpla escrupulosamente. En las franjas de seguridad, calculadas en cien kilómetros de extensión, convertidas por excepción en «tierra de nadie», no podrá haber ninguna persona, motivo por el cual se tendrá que evacuar a toda la población, que será acogida por sus respectivos países con las debidas garantías para el cumplimiento de los derechos humanos y de la infancia. Por supuesto esta medida es

provisional y en cuanto se controle el riesgo de pandemia quedará en suspenso, y se podrá volver a la normalidad. Se irán abriendo las fronteras cuando la OMS catalogue las zonas libres de infección.

Los murmullos y los gritos de indignación ya eran un clamor en la sala.

El Secretario General tuvo que callar ante los gritos que provenían de algunos de los representantes. El Presidente de la Asamblea pidió silencio en repetidas ocasiones. Al cabo de un tiempo las voces fueron disminuyendo en intensidad y el Secretario General pudo continuar:

TERCERO: Se abrirán créditos blandos para compensar las pérdidas económicas que puedan sufrir los países durante esta crisis, tanto en la adquisición de las vacunas como en su economía en general. Las carencias de suministros por la interrupción del libre mercado mundial tendrán que ser absorbidas por los propios países afectados hasta la finalización de la crisis. El Banco de Alimentos garantizará la falta de recursos en las poblaciones más desfavorecidas…

CUARTO: Se decreta el estado de guerra universal contra los alienígenas. Los Estados Miembros de esta Asamblea quedan comprometidos a no continuar con conflictos locales o interfronterizos, así como no apoyar o favorecer a los contendientes con ayuda política, financiera o armamentística donde los haya. Todos los esfuerzos deberán ser encauzados a defender nuestro planeta de la amenaza exterior. Las compañías armamentísticas deberán trabajar en estrecha colaboración con las diferentes agencias espaciales para planificar la destrucción de la nave extraterrestre. Se reforzarán los sistemas de interceptación de misiles de cada país con el objetivo de destruir, si procede, un nuevo ataque mediante objetos procedentes de esta nave que pueda amenazar las grandes poblaciones.

QUINTO: El incumplimiento de esta Resolución implicará fuertes medidas disuasorias para el país miembro que las incumpla, incluidas las del uso de la fuerza. La OTAN, como organización que aglutina a los países occidentales libres de momento de la posible pandemia, queda facultada por esta Asamblea para realizar las

medidas coercitivas que garanticen el orden mundial y el cumplimiento de la presente Resolución.

El resultado de la votación de los miembros del Consejo de Seguridad para aprobar esta Resolución ha sido el siguiente:

De los países miembros del Consejo Permanente:

—China: Abstención
—Francia: Sí
—Federación de Rusia: Abstención
—Estados Unidos de América: Sí
—Reino Unido e Irlanda del Norte: Sí

Por lo tanto no se ha ejercido el derecho a veto y se ha continuado la votación con los países miembros del Consejo No Permanente:

—Argentina: Sí
—Australia: Sí
—Chad: Sí
—Chile: Sí
—Jordania: Sí
—Lituania: Abstención
—Luxemburgo: Sí
—Nigeria: Sí
—República de Corea: Sí
—Ruanda: Sí

Así pues la votación total del Consejo de Seguridad en cuanto a la aprobación de la presente Resolución ha sido de 12 votos afirmativos y 3 abstenciones. Como bien sabrán, con 9 votos afirmativos las Resoluciones son aprobadas y, por lo tanto, de obligado cumplimiento por los Estados Miembros. Quisiera agradecer a los países con poder de veto, China y la Federación Rusa, que no lo hayan ejercido en un claro ejemplo de responsabilidad hacia sus ciudadanos y al resto de la humanidad. Debido a la urgencia de las medidas a tomar, estas se aplicarán de inmediato. Nada más, gracias.

El Secretario General recogió su documentación del atril y bajó las escaleras de la tarima para perderse apresuradamente por una de las puertas laterales del hemiciclo.

Era tal el estruendo que se escuchaba en el hemiciclo que se hizo imposible que el Presidente del Consejo impusiera el orden.

Javier miraba la televisión con la boca abierta. No podía creer lo que acababa de oír. Era tal la información que había dado el Secretario General de las Naciones Unidas que costaba asimilarla y, aún más, entender las consecuencias de la aplicación de la Resolución que había aprobado el Consejo de Seguridad.

—¡Me cago en la puta! ¿Han escuchado eso? —les preguntó a sus colaboradores—. En todos los años de profesión, jamás había oído nada parecido. La situación debe de ser muy grave para que la ONU ponga los «cojones encima de la mesa» de esta manera. A trabajar, chavales, tenemos que averiguar las consecuencias de todo esto. Tenemos la obligación de informar a los ciudadanos. Seremos los primeros si nos espabilamos, para eso tenemos un diario digital. No quiero cortes y pega de lo que ha dicho el Secretario General de la ONU. Quiero explicar las consecuencias a todos los niveles de la Resolución que se ha aprobado, pero sobre todo en lo que afectará a los ciudadanos de a pie. Joder, me tiemblan los dedos, están deseosos de usar el teclado del ordenador…

* * *

Smith saboreaba el momento histórico que se acababa de vivir en el hemiciclo de plenos de la Asamblea de las Naciones Unidas, acomodado en una silla del palco norte, en la segunda planta. Observaba divertido desde su posición la conmoción que había producido en los representantes la lectura que había hecho el Secretario General de la Resolución. Estaba convencido de que el *Dux* también estaba contemplando el espectáculo en directo en algún lugar, oculto entre el gran número de personalidades de todos los ámbitos que habían acudido a escuchar las decisiones del Consejo de Seguridad de la ONU. Sin duda todo había salido según lo previsto y eso lo hacía sentirse tremendamente poderoso. Había valido la pena el apresurado viaje desde Viena hasta Nueva York.

Escuchó vibrar su IPhone en el bolsillo de la chaqueta. Lo tomó y miró el mensaje que le había enviado uno de sus agentes desde España. Abrió el documento adjunto y leyó una nota de prensa de un diario digital en castellano:

Ingresada en la UCI del Hospital 12 de Octubre de Madrid la doctora Julia Massó, responsable del operativo del Centro de Astrobiología de Torrejón de Ardoz que analizó la sustancia que emitían las cápsulas extraterrestres. Según las puentes de dicha información, fue encontrada en el día de ayer en un bosque con signos de haber sido violada. Su estado actual es de suma gravedad y se teme por su vida.

Smith volvió a leer el mensaje y su cuerpo comenzó a temblar de ira. Salió apresuradamente del palco, empujando a las personas que se encontraban en su camino, y se dirigió a la salida del edificio de la sede de la ONU.

Cuando se encontró en la Primera Avenida de Turtle Bay, tomó el teléfono móvil y buscó un número de contacto. Le costaba respirar. Si se enteraba el *Dux* del error que habían cometido los «sicarios», tendría problemas. *Iterum* no perdonaba fácilmente los errores. Pero todavía podía enmendar la situación.

—Henry —dijo cuando alguien descolgó al otro lado—, es un tema de seguridad nacional. ¿Tienes a alguna unidad del SOG[15] operativa en Europa?

—Sí, en Ucrania.

—Necesito que la traslades a Madrid con urgencia.

—Sí, almirante. ¿Cuál es el objetivo?

—La doctora Julia Massó está ingresada en la Unidad de Cuidados Intensivos del Hospital 12 de Octubre de Madrid. Debe de ser neutralizada. Tiene información que podría comprometer la seguridad en todo el mundo. Es peligrosa. Debe parecer la actuación de delincuentes comunes.

—Como siempre. No se preocupe, almirante, así será.

—Cuándo.

—Doce horas, veinte a lo sumo.

—Quiero un buen trabajo, Henry, ya fallaron una vez.

—¿Quién?

—Sicarios de Nicolai Lavrov. ¿Lo conoces?

—Sí, un mafioso ruso establecido en España. Lo busca medio mundo.

—Acudí a él para hacer un trabajo urgente, eliminar a la doctora. Me debe unos cuantos favores y no tenía tiempo de acudir a nuestros hombres.

—¿Quiere borrar huellas, almirante?

—Es primordial. ¿Sabrás encontrarlo?

—De hecho, señor, usted no es el único que hace servir al bueno de Nicolai. Primero él y sus sicarios. Después la doctora.

—Gracias, Henry.

Smith cortó la comunicación y se quedó mirando hacia el inmenso East River, cuyas aguas refulgían bajo el sol de mediodía. Estaba seguro de que los «chicos» de Henry solucionarían el problema. A fin de cuentas se dedicaban a eso y eran los mejores.

—Bonitas vistas —dijo una voz a su espalda.

Smith se giró rápidamente. Vio a un hombre alto, muy bien vestido, con el pelo corto y rubio. Llevaba puestas unas gafas de sol con montura de oro. Con las manos en los bolsillos, sonreía mientras veía pasar un *ferry* por el río.

—¿Estás nervioso, *Manibus*? —le dijo sin dejar de mirar hacia el barco que se deslizaba por las aguas grises.

—*¿Dux?* —preguntó Smith sorprendido. Lo reconoció por su educada pero a la vez potente voz. Estaba perplejo, era la primera vez que se presentaba a él en un espacio público.

* * *

Con la bandeja de comida depositada sobre sus piernas, Costa se detuvo con su silla de ruedas ante la puerta de la habitación donde estaba recluido Freezer. El agente de operaciones, que estaba leyendo una revista sentado en una silla del pasillo, lo vio llegar y se levantó al verlo para recibirlo.

—Brigada, este tío es un encanto. No grita ni habla y lo mejor es que no pide nada.

—No te pide nada por la cara de gilipollas que tienes —le contestó Costa con acritud. No estaba de humor e hizo gala de su legendaria grosería. Acababa de ver la intervención del Secretario General de la ONU por la televisión de la cafetería y la cosa pintaba muy mal. Además llevaba muchas horas sin beber nada de alcohol para mantener la cabeza despierta y eso le provocaba dolor y, por añadidura, mal humor, ya que los medicamentos por sí solos no conseguían calmarlo del todo—. Ábreme la puerta, hombre, espabila.

El guarda sacó una llave de su bolsillo y abrió la cerradura, giró el pomo y sostuvo la puerta, aguantándola para que pasara Costa con su silla de ruedas.

Costa accedió al habitáculo y lo primero que vio fue a Freezer sentado sobre la cama con las piernas cruzadas. Pensó que daba igual dónde estuviese recluido, él siempre se acomodaba en la misma posición.

—Tú, imbécil —le dijo mientras depositaba la bandeja de comida sobre la mesa del escritorio—, estás aquí de prestado. No te puedes pasar el día sentado en el colchón de esa manera, dejarás las marcas del culo para siempre y resultará incómodo para el próximo que se acueste en él.

Freezer no contestó. Se limitó a mirarlo con sus limpios ojos azules y se mantuvo en silencio.

—Te he traído algo de comer. Beicon, huevos fritos y algo de fruta. No sé de qué se alimenta un puto alienígena, pero te quiero fuerte porque tienes muchas cosas que contarme.

Sin contestar, Freezer giró la cabeza hacia la ventana, por donde se veía un cielo azul, sin una sola nube. Su aspecto parecía empeorar por momentos. Se veía frágil y desvalido. Pero aun así, transmitía una fuerza interior inquebrantable, como la de alguien dispuesto a cumplir con sus creencias hasta el final.

Costa lo observó durante unos instantes. No pudo evitar una corriente de simpatía y de piedad hacia él. Pronto borró esas sensaciones de su cabeza por el bien del trabajo que tenía que realizar. Había demasiado en juego. A lo largo de su carrera, antes del «accidente», había dirigido innumerables interrogatorios, casi siempre a insurgentes iraquíes, yihadistas, miembros de Al Qaeda, en Afganistán. Su instinto y el conocimiento del espíritu humano, fuera cristiano o musulmán, siempre lo habían ayudado a obtener buenos resultados.

Probó otra táctica.

—O hablas conmigo o pronto vendrán los chicos malos del NSA, y esos no tienen tanta paciencia como yo, te lo puedo asegurar. No está la situación como para perder mucho tiempo.

—Se ha cumplido lo que te dije, ¿verdad? —le preguntó Freezer sin dejar de mirar hacia la ventana—. Ha empezado ya. El exterminio. Lo presiento. En poco tiempo intentarán eliminar también a mis hermanos.

—No lo dudes, han atacado primero.

—No ha sido un ataque. Hemos intentado salvarlos.

—Yo, cuando intento salvar a mi vecina de abajo, le tiro un tiesto a la cabeza. ¡No me jodas!

—Están a punto de exterminarse entre ustedes. ¿No lo entiendes? Hay alguien interesado en que esto sea así, y estos son nuestros verdaderos enemigos. Los tuyos y los míos. Mis hermanos de Blua Suno también se extinguirán finalmente si no pueden ser recibidos aquí.

Costa sonrió satisfecho. Por fin veía la hebra del hilo del cual tirar.

—Así pues, tu especie pretende ocupar la Tierra. Por eso han lanzado su mierda de virus.

Freezer se volvió a mirar hacia Costa. En su rostro había tanto sufrimiento que el brigada no pudo evitar sobrecogerse.

—No —contestó—. No me cansaré de decírtelo. No estamos aquí para destruirlos. Eso va en contra de nuestra primera ley.

Costa se mantuvo en silencio durante unos instantes mientras meditaba una nueva estrategia.

—¿Por qué me elegiste a mí para que te interrogara? —le preguntó de repente.

La situación se dio cuando bajaron del helicóptero procedente del hospital militar donde habían tenido recluido a Freezer. El coronel Martín Herrero los había recibido a pie de pista, situada en la azotea del edificio principal del CNI. Había mirado fugazmente al alienígena y se había dirigido a Costa, diciéndole:

—Juan, me tengo que ir al Hospital 12 de Octubre, han encontrado a Julia. Ocúpate de meter a este pájaro en una jaula segura y sacarle toda la información posible. Búscame a alguien de Inteligencia para los interrogatorios.

Freezer, demostrando un excelente oído, ya que se encontraba en aquel momento apartado de los dos hombres y con el ambiente invadido por el atronador ruido de los rotores del helicóptero, dijo señalando a Costa:

—Lo quiero a él. No hablaré con nadie más.

Freezer sonrió con amargura.

—Eres el único que me cree y escucha —y añadió—: y puedes ver… Costa recordó cuando Freezer le transmitió sus pensamientos por telepatía, «puedo ver», esa era la solución.

—Freezer, enséñame cómo son sus naves.

—No puedo —contestó poniéndose rígido—. Utilizarías esa información para destruirlas.

—Vale, lo entiendo. Enséñame a tus compañeros, los que aterrizaron contigo en la Tierra hace años.

—Solo mantenía contacto con uno. Del resto no sé nada, es posible que ya estuviesen muertos cuando me encerraron hace cinco años.

—Háblame de tu hermano, del que trabajaba en una multinacional farmacéutica. El que te previno de la fabricación del virus H5N1. Cuéntamelo, Freezer, y convénceme.

—Te lo mostraré.

Costa sabía lo que iba a pasar, pero aun esperándolo se volvió a sorprender al notar cómo su cerebro se llenaba de una presión extraña.

Pero la magia se rompió como un cristal cuando llamaron a la puerta.

—Siento interrumpir —dijo el guardián temeroso de la reacción de Costa —. Pero hay aquí un representante del NSA, el coronel Edwards, con autorización expresa del Secretario de Estado Director para estar presente en el interrogatorio. Insiste en entrar ahora mismo.

Costa miró furioso hacia la puerta, donde apareció un hombre moreno y ancho de hombros, con el traje arrugado. Tenía las mandíbulas sobresalientes como un perro bulldog y una barba de dos días. Sus ojos fríos se fijaron primero en el brigada y después en Freezer, que seguía en su postura de meditación sobre la cama.

—¿Qué es esto, una *suite*? —preguntó bruscamente el recién llegado—. Este individuo tendría que estar ahora mismo en Guantánamo. No tenemos tiempo para tonterías.

Costa giró su silla hacia el coronel del NSA y lo repasó con la mirada de arriba a abajo sin ningún tipo de pudor.

—¿Te has infectado ya con el virus de los extraterrestres? Hueles a mierda.

Se hizo un silencio espeso dentro de la estancia.

—Escucha, tullido —le contestó Edwards fulminándolo con la mirada. Era consciente de su mala imagen y falta de higiene, normal en alguien que había tenido que tomar un avión desde Nueva York hacía escasamente doce horas para llegar a la sede del CNI lo más rápido posible y hacerse cargo de la situación—. Pasaré sobre ti y por encima del imbécil de tu jefe, Martín Herrero, como una apisonadora, tan rápido que ni se darán cuenta. No sé a qué están jugando, pero en breve nos haremos cargo del prisionero y si te pones en medio, estaré encantado de darte una patada en esa cara de monstruo que tienes. Es cuestión de horas, no lo dudes.

—Vale, mierdoso, cuando llegue el momento veremos, pero ahora sigo dirigiendo el interrogatorio yo —contestó Costa—. Si quieres, ve a darte una ducha y te afeitas de paso. ¡Ah!, y que te planchen el traje, pareces un pordiosero. —Costa se giró hacia Freezer—. No hagas caso de este memo. Prepárate, vamos a dar un paseo.

Freezer, que seguía teniendo como único ropaje la bata del hospital, se quedó mirando sorprendido a Costa, al igual que Edwards, que ante la situación pareció quedarse totalmente fuera de lugar. Era evidente que intentaba pensar algo y rápido.

—Vístete, en el armario tienes mi ropa, la que yo utilizaba antes. Ya nunca me la pongo porque he menguado desde que estoy en esta puta silla de ruedas. Demos un paseo.

Costa miró al todavía sorprendido Edwards y le dijo con desdén:

—Son técnicas del servicio de inteligencia español, no te asustes. Es mejor hacerte colega de tu enemigo y convertirlo en amigo, que no convertir a un amigo en enemigo… Por supuesto nos puedes acompañar llevándonos las frutas que hay en esa bandeja, por si tenemos hambre durante la excursión. No te la querrás perder, ¿verdad? —después gritó—: ¡Guardia!, prepárame una escolta para dar una vuelta por el recinto con nuestro buen amigo Freezer. Está muy pálido y le vendrá bien un poco de sol.

Freezer dirigió una rápida mirada con un fugaz brillo de complicidad hacia Costa. Se levantó de la cama y abrió el armario de la habitación. Edwards dio un paso atrás impresionado por la altura y delgadez del cuerpo del alienígena, el cual eligió una prenda de lana y unos pantalones que le quedaban cortos. Se calzó unos mocasines de piel marrón claro que se ajustaron apretadamente a sus pies. Una vez vestido, parecía un turista nórdico con ropa prestada. Alargó la mano y tomó una manzana de la bandeja de encima del escritorio, devorándola con ansiedad en unos pocos mordiscos.

—Lo siento por mi mala educación —dijo al darse cuenta de la mirada perpleja y de incertidumbre de Edwards ante una situación que se le escapaba de las manos—. Pero es que tengo hambre.

La mirada divertida de Costa se dirigió hacia la puerta cuando aparecieron seis agentes de seguridad y el guardián.

—La escolta está preparada, brigada, cuando guste, nos vamos.

—Bien, bien. Freezer, ¿podrías empujar mi silla?, es que me parece que voy flojo de batería.

Edwards se sonrojó hasta tal punto que parecía que su cabeza de bulldog iba a estallar.

—¡Cretino! —le gritó a Costa—. ¿En serio vas a sacar a pasear al prisionero? Es un enemigo para la humanidad. El único que tenemos en nuestro poder para poder conseguir algo de información del peligro que nos acecha y cómo combatirlo. Te juro que acabaré contigo en cuanto tenga oportunidad, tullido hijo de puta. Estás jodiendo al mundo entero y te aseguro que lo pagarás.

—Venga, tampoco es para tanto —le contestó Costa sonriendo—. Un poco de aire fresco nos vendrá bien a todos. Sobre todo a ti, a ver si te quita el hedor que desprendes, cerdo.

Edwards lo miró con tanta frialdad que hubiese helado el alma de cualquiera. Al parecer no la de Costa.

—O tienes muchos cojones o estás loco. No sabes con quién estás hablando.

—De momento pienso que eres un arrogante que está fuera de su territorio. Este es el mío y no voy a permitir que un tipo con pinta de guarro me pisotee, aunque fuese el mismísimo presidente de los cerdos como tú. Cuando respetes a los demás, tal vez te respete yo a ti. —Costa demostró a Edwards que él también sabía mirar con frialdad, tanta que al final el coronel de la NSA bajó la mirada durante unos instantes. Por fin el brigada consiguió dominar su ira y se dirigió a los escoltas—. Vámonos, chicos, nos espera un cielo precioso que no podemos desperdiciar.

Freezer se colocó detrás de la silla de ruedas de Costa y empezó a empujarla hacia la salida de la habitación.

—¿Pero es que no le van a poner unos grilletes tan siquiera? —Edwards no salía de su asombro.

—Tío listo —le contestó Costa—, ¿cómo me va a empujar la silla si va con las manos atadas, eh? Venga, vámonos.

Freezer comenzó a empujar la silla de ruedas hacia el pasillo. Tomaron el ascensor ellos dos solos, ya que Costa interpuso su silla de ruedas para que no pudiera entrar nadie más. Lo último que vieron antes de que se cerrara la puerta deslizante fue la cara de Edwards roja de ira.

—Cuando salgamos fuera, hazme ver, Freezer. No podíamos estar en la habitación con el tipo del NSA mientras entrabas en mi cabeza, hubiese notado algo extraño —comentó Costa.

—No te preocupes, elegiré el momento adecuado.

La puerta del ascensor se abrió en la planta baja y allí estaban ya los escoltas y Edwards jadeando tras bajar cuatro plantas corriendo por las escaleras.

Cuando salieron al vestíbulo del edificio de la academia de aspirantes, muchos de estos se volvieron curiosos para mirar la extraña comitiva.

Una vez en el exterior, los seis escoltas se desplegaron alrededor de Costa y Freezer, en tanto Edwards se colocó al lado de la silla de ruedas dispuesto a no perderlos de vista ni un segundo.

Al instante aparecieron cinco hombres trajeados que miraron interrogativos a Edwards.

—*Follow us and stay alert*. (Sígannos y estén atentos) —les dijo en inglés.

Los agentes de uno y otro país se miraron con desconfianza, era evidente que existía una gran rivalidad entre sus respectivos jefes y eso les ponía en alerta.

Edwards miró alrededor mientras caminaban por un sendero asfaltado entre la zona ajardinada delante del edificio principal del complejo del CNI. Quería asegurarse de que los escoltas y sus hombres estuviesen lo suficientemente lejos como para no escucharlo.

—¿No empiezas el interrogatorio? —le preguntó a Costa.

—Primero quiero disfrutar del sol y el aire fresco. Mantente en silencio, quiero concentrarme en mis pensamientos.

Edwards resopló furioso, pero no dijo nada más.

Al cabo de pocos segundos, llegó el momento que Costa estaba esperando. Se hizo como una cámara de vacío dentro de su cabeza y los oídos parecieron taponarse.

Estaba sentado en una silla, delante de un escritorio, en lo que parecía un diminuto apartamento en penumbras. Delante de él había infinidad de libros apilados en estanterías y un ordenador portátil con la pantalla abierta que mostraba una sesión del Messenger versión antigua, el Windows Live 2010. Estaba abierta la ventana de videoconferencia, en una ventana más pequeña, en el margen inferior izquierdo de la pantalla se veía el rostro de Freezer, más saludable que el actual, captado por la *webcam* de su ordenador.

En el recuadro apareció el busto de un hombre rubio y con los ojos azules. Tenía una cuidada barba y el pelo recogido en una cola. Costa entendió, se encontraba en el apartamento de Freezer cinco años atrás.

—*Saluton, Emissari*.

—*Saluton, Storm* —contestó Freezer.

—Desde nuestra última conversación ha habido muchos y terribles acontecimientos. Por seguridad te estoy hablando desde un cibercafé de Basilea. Perdona si bajo la voz.

—Te escucho perfectamente, Storm.

—Intentaré ser lo más conciso posible, Freezer, pero tienes que prestar mucha atención y recoger los datos que te daré para que los transmitas a Blua Suno.

—Adelante.

—En el centro médico de la Universidad Erasmus de Rotterdam lograron desarrollar una mutación del virus H5N1 para que pudiera ser contagioso también de humano a humano, no solo de ave a humano como había sucedido hasta el momento. El objetivo era estudiar las metamorfosis que pueden

producirse en el virus y su alcance en la salud humana. El resultado fue la creación de una enfermedad nueva, altamente contagiosa y con un índice de mortalidad muy alto. Los científicos informaron a la OMS del peligro de su descubrimiento. La Organización Mundial de la Salud determinó que los laboratorios de una universidad no eran el sitio adecuado para contener y asegurar este nuevo virus, por lo que realizó un contrato con la empresa multinacional farmacéutica para la que trabajo, con la finalidad de hacerse cargo de las «cepas» y poner todos los medios para que jamás pudieran propagarse. La contención fue encargada al equipo de laboratorio donde presto mis servicios. Nos trasladaron a unas nuevas instalaciones, mucho más grandes y con más personal. El objetivo era reproducir el H5N1 y encapsularlo en pequeños recipientes de vidrio, los cuales a su vez eran ordenados en depósitos cargados a presión con aerosol. El objetivo no dejaba lugar a dudas, Freezer, pretenden soltarlo en la atmósfera para liberar el virus en grandes extensiones de terreno. El aerosol también contiene moléculas licuadas de gas propano, para conseguir que el H5N1 quede atrapado y se precipite con mayor precisión en los lugares elegidos para el lanzamiento. Paralelamente otro equipo del laboratorio descubrió el antídoto para el virus H5N1, el cual se está produciendo a gran escala. También he descubierto que se está almacenando gran cantidad de medicamentos y vacunas contra el H1N1, para el tratamiento de la gripe A.

El llamado Storm hablaba con tanta rapidez que a Costa le resultaba difícil seguirlo. Su rostro estaba desencajado y sudoroso. Con frecuencia miraba por encima del hombro por si había alguien cerca de él.

—El director de nuestro laboratorio tiene la mente abierta. Pude entrar en él y ver las reuniones que había tenido con la comisión directiva de la empresa y personas que seguramente eran militares o de un gran poder. Averigüé que están planeando la emisión del virus H5N1 en diferentes zonas de Domo para el día 15 de noviembre, dentro de 5 años, recuento cronológico de aquí. Las zonas elegidas, toma nota, Freezer, son Asia y África en su totalidad, excepto algunos países como Japón, Corea del Sur, Israel y los Emiratos Árabes. Ellos llaman a este genocidio la Quinta Era. Traduce las coordenadas para que las puedan asimilar en Blua Suno. En estos puntos es donde tendrán que realizar alguna acción de salvaguarda a la población. La *Granda Alveno* está en peligro si no logramos detener el exterminio. Los países que se verán afectados no disponen de un sistema sanitario eficaz en la respuesta a una pandemia. No hay casi investigadores y la dependencia farmacológica es total con las empresas occidentales. Se verán desvalidos y

carentes de recursos ante el contagio. La enfermedad se extenderá como la pólvora y habrá millones de muertos.

Freezer permanecía en silencio, valorando la terrible noticia que acababa de conocer.

—Informaré a Blua Suno, *Fratoj* (hermano) —dijo al fin—. Nos pondremos en contacto dentro de cinco días a esta misma hora.

—*Sorto* (suerte), *Emissari*.

—*Sorto, Storm*.

La imagen de la pantalla del ordenador se fue difuminando en la mente de Costa, pero Freezer no había salido todavía.

«Me tienes que llevar al observatorio de Robledo de Chávela, tengo que hablar con mis hermanos sin pérdida de tiempo. Tienes la mente abierta, Juan, y puedo ver lo que tú has visto y pensado. Sé lo que está pasando y tenemos que impedirlo de alguna manera, por el bien nuestro, pero sobre todo por el de ustedes, créeme. Lo que has visto sucedió dos días antes de que me apresaran. Nunca más pude hablar con Storm y tuve el tiempo justo de comunicar su información a Blua Suno. Llévame al observatorio e intentaré salvar también a la mujer de tu amigo Martín. Ella se encuentra en grave peligro. Es la única testigo de nuestras verdaderas intenciones y querrán matarla. He leído en ti que piensas lo mismo que yo, pero tienes miedo de que nadie te escuche. Eres el único que puede parar esto, Juan, créeme».

Costa notó que la presión abandonaba de pronto su cabeza. Se vio sentado en su silla de ruedas empujado por Freezer y con Edwards caminando a su lado. Sintió el sol en su cara y el aire fresco. Levantó una mano, sin poder hablar todavía por la impresión que le había generado la visión. Freezer detuvo al instante la silla de ruedas.

—¿Qué te pasa ahora, tullido? —casi gritó Edwards, indignado—. Llevas cinco minutos sin abrir la boca. ¿Estás loco o qué? No sé qué planeas, pero te aseguro que te saldrá mal.

Costa no le hizo el menor caso. Observó que toda la comitiva se había detenido a su orden y eso lo sorprendió. Hasta hacía escasamente cuarenta y ocho horas solo tenía poder sobre sus archivos. Tomó el teléfono del bolsillo de su chaqueta y buscó un nombre en la agenda.

—¿Díaz? —preguntó cuando descolgaron la línea telefónica.

—Dime, Costa, ¿hay alguna novedad con Freezer?

—Sí —contestó el brigada—. Una novedad muy importante. Está dispuesto a colaborar.

—¿De qué manera?

—Nos va a poner en contacto con la nave extraterrestre, con los suyos. —Costa cambió el tono de voz para dar solemnidad a sus palabras—. Para iniciar el diálogo con ellos. Una vez establecido, podrán pactar con ellos una paz mundial. ¿Quién sabe? Y lo más importante, tú serás el jefe de la operación. Te allanaré el terreno y, cuando establezcamos la conexión con estos seres, te informaré personalmente para que se lo comuniques al Secretario de Estado Director.

Se hizo el silencio al otro lado del teléfono. Era evidente que Díaz estaba meditando la propuesta. Costa sabía que había despertado la ambición y el ego del actual jefe del Servicio de Información y de Operaciones.

—¿Están contigo los del NSA? No quisiera que se vieran marginados en esta operación. Aun así, les debe de quedar claro que la dirección la sigo llevando yo.

Costa miró de reojo a Edwards, que seguía a su lado con ojos de asesino.

—Sí, lo tengo a mi lado y seguro que lo entiende.

—¿Me puedes garantizar el contacto? —preguntó Díaz. Costa supo entonces que había caído en sus redes por el temblor de impaciencia que detectó en su voz.

—Por supuesto, pero necesitaré algo de ayuda.

—Dime, ¿qué necesitas?

—Un intérprete de esperanto. Es necesario porque por alguna extraña razón estos alienígenas han adoptado este idioma para comunicarse. Ya nos enteraremos del porqué. También necesito un transporte. Una furgoneta o monovolumen, de siete plazas, para trasladarnos a Freezer y a mí junto con cinco escoltas.

—Bien, elige a los que quieras. Pero ¿hacia dónde irán?

—Es la última petición. Tendrías que realizar la cobertura de entrada en las instalaciones del observatorio espacial de Robledo de Chávela. Freezer tiene que tener acceso libre para operar en su antiguo puesto de trabajo, en el radiotelescopio del espacio profundo para poder conectarse con la nave extraterrestre.

—¿Confías en él, Costa? —le preguntó Díaz—. Nos jugamos mucho.

—Por ese motivo te pido un intérprete de esperanto. Ambos estaremos presentes en la comunicación y yo personalmente la guiaré. Controlaré todo lo que se diga allí y abriré las puertas para el diálogo para que tú dispongas cómo aprovecharlo.

—Te agradezco tu esfuerzo, Costa, y ahora comprendo por qué Martín te dejó a cargo de los interrogatorios. ¡Buen trabajo, chaval! —El brigada tuvo

claro que el «pescado» estaba en sus redes y no le sorprendió lo fácil que era manipular a las personas ansiosas de poder y de reconocimiento.

—Gracias, comandante. No te defraudaré. Estaremos esperando en el aparcamiento principal. —Costa dejó pasar un tiempo prudencial antes de realizar la pregunta que más le interesaba en aquellos momentos—. Otra cosa más, comandante, ¿se ha reforzado la vigilancia de Julia Massó?

—No, brigada. He recibido órdenes para concentrar todos los recursos en el cumplimiento del mandato de las Naciones Unidas. Todo apunta que a nosotros nos han encargado la vigilancia de la zona de exclusión africana junto con Francia e Italia. He tenido que destinar todos los agentes disponibles para reforzar nuestros servicios en el Magreb. Aun así he dejado un grupo de cuatro agentes para la custodia de la doctora. No te preocupes, no le pasará nada.

Costa ahogó su enojo y prefirió seguir con su estrategia de buen colaborador, al menos hasta conseguir de Díaz su colaboración inmediata. «Este tío no vería arder un cohete en su propio culo», pensó.

—Bien, comandante, lo que ordenes.

—Los de Recursos Humanos no tardarán en enviarte a un traductor de esperanto del departamento de Criptología, tengo entendido que allí tenemos algunos que nos podrían servir. Haré que no tengan problemas en el acceso al observatorio de Robledo de Chávela y daré instrucciones para que se les facilite el transporte tal y como has pedido. Mantenme informado al minuto, brigada. Y por favor, Costa, colabora con el coronel Edwards del NSA. Recuerda que son nuestros aliados. No le montes una película de las tuyas.

—No te preocupes, comandante, Edwards y yo estamos colaborando al cien por cien. De hecho creo que nos hemos hecho amigos. —Miró de reojo al coronel del NSA y el gesto de su rostro indicaba sin duda lo contrario. Costa cortó la comunicación y le hizo un gesto con la mano a Freezer—. Vamos al estacionamiento. Es al final de esta calle a la derecha. Si has encontrado nuestro planeta entre millones de ellos, no te costará demasiado llegar a un simple estacionamiento. Andando.

—¿Qué planeas ahora, tullido? —le dijo Edwards acercándose al oído de Costa—. No te he oído cambiar una sola palabra con el extraterrestre y ahora nos vamos a un observatorio. ¿Qué me he perdido?

—Una buena ducha, sin duda. ¿Cuánto hace que no te limpias las ceras de los oídos? —contestó Costa sin dejarse impresionar por la actitud desafiante de Edwards—. Nos vamos al observatorio de Robledo de Chávela para

intentar ponernos en contacto con la nave alienígena. ¿En serio los del NSA han mandado a su tío más listo?

—Tullido, no me despegaré de ti. Estaré presente cuando eso ocurra, no lo dudes.

—No lo dudo —contestó Costa con un evidente falso convencimiento, manteniendo la mirada a Edwards y diciéndole con ella algo muy contrario a sus palabras: «No lo dudo: no estarás».

Cuando llegaron al gran estacionamiento principal de la sede del CNI, se detuvieron en una explanada de césped a la espera del transporte. Los agentes del NSA, siguiendo instrucciones de Edwards, fueron a buscar sus vehículos para estar preparados para la marcha. Al poco aparecieron dos Daewoo de color gris claro de alquiler. Costa pensó que, debido a la premura de la operación, el NSA no había tenido tiempo de adquirir otro tipo de vehículos para sus agentes, por lo que tuvieron que alquilarlos en el mismo aeropuerto.

—¡Qué coches tan chulos se gastan los del NSA, Edwards! —exclamó Costa observando los dos vehículos Daewoo Lanos—. ¿Cuál es el tuyo, puedo verlo?

—El primero, tullido. No pienso perderte de vista.

Costa sonrió inocentemente a Edwards y se acercó con su silla de ruedas al primer vehículo, que estaba con la ventanilla bajada y el chófer sentado al volante mirándolo con desprecio.

—Es el tipo de coche que quiero para cuando me jubile —dijo el brigada mientras sacaba una petaca metálica del bolsillo de su chaqueta. Abrió el tapón y dio un largo trago al recipiente. De pronto escupió todo el contenido de su boca en la cara del conductor y al interior del vehículo, como una cascada pulverizada de miles de partículas que lo impregnaron todo.

—¡Joder, qué malo está este *whisky*!

—*Damn son of a bitch!* (¡Maldito hijo de puta!) —masculló el chófer limpiándose con las manos su rostro impregnado en alcohol.

—Lo siento, de verdad. Ahora tendrán que devolver su precioso coche con olor a borracho. ¡Y eso que yo no he llegado a entrar!

Costa se retiró con su silla de ruedas con la cabeza gacha, como un niño al que acabaran de regañar, y se situó junto a Freezer, que tenía un esbozo de sonrisa en los labios.

Ambos esperaron un tiempo que les pareció una eternidad mientras soportaban la mirada hosca de los americanos. Una furgoneta Mercedes Vito de color negro con los vidrios oscuros se detuvo delante del grupo. Se bajó por el lado del acompañante un hombre delgado y con gafas de montura

redonda. Tenía el cabello rizado y largo de color castaño claro, muy alborotado. No tendría más de treinta años. Llevaba un jersey de lana de cuello de cisne y unos vaqueros descoloridos.

—Brigada Costa, soy Simón Gutiérrez, su intérprete de esperanto —dijo dirigiéndose a Costa—. Tengo que decir que admiro sus trabajos de síntesis en los documentos de archivo. Seguro que no me conoce, pero yo sí a usted.

—Tienes razón, no te conozco —le contestó Costa—. Quiero que hables con mi amigo, a ver si te entiende —añadió señalando a Freezer.

Simón miró a Freezer con gesto aturdido.

—Hola, soy Simón Gutiérrez, ¿cómo te llamas tú?

—En esperanto —le dijo Costa con paciencia—, para hablarle en castellano ya estoy yo.

—¡Ah, vale, perdón! —Simón estaba turbado y no entendía la situación—. *Saluton, estas Simón Gutiérrez, kiel vi diras vin vi?*

—*Saluton, Simón, mi diras min Freezer kaj estas ravita koni vin* —contestó Freezer estrechando la mano de Simón.

—Traduce —ordenó el brigada a Simón.

—Vale, «hola, Simón, me llamo Freezer y estoy encantado de conocerte».

—Contratado, sube a la furgoneta, a la parte trasera conmigo y con Freezer —dijo Costa. Después se volvió a los escoltas y fue señalando a cada uno de ellos hasta llegar a cuatro—. Ustedes también nos acompañan.

El brigada se levantó con dificultad de la silla de ruedas para subir en la parte trasera del vehículo, en la tercera fila de asientos, mientras que uno de los escoltas cargaba la silla en el maletero.

Pronto el vehículo se puso en marcha y detrás lo siguieron los dos Daewoo con los agentes de la NSA.

—Has de ir por la M-505 hasta enlazar con la M-512, y de allí directo a Robledo de Chávela —le dijo Costa al conductor—. Es el trayecto más corto, aproximadamente una hora. Circula con normalidad, no queremos perder a nuestros amigos norteamericanos, ¿verdad?

El recorrido se fue desarrollando en un silencio absoluto, solo roto por el sonido de la rosca del tapón de la petaca de Costa cuando este daba un trago al recipiente y después se lo volvía a guardar en el bolsillo de la chaqueta.

Llevarían más de treinta minutos de marcha por la autovía cuando se vio una señal informativa indicando que faltaban diez kilómetros para llegar a la población del Escorial.

—Simón —rompió Costa el silencio del habitáculo con su voz ronca—, pregúntale a Freezer si los extraterrestres tienen pene. Es una duda que tengo

desde que lo conocí. Vamos, no pongas esa cara y pregúntale.

Simón tragó saliva.

—*La eksterteranoj havas juna kokinon, Freezer?*

—Sí, Simón, tenemos aparato reproductor —contestó en castellano Freezer mirando con curiosidad a Costa.

—Simón, con la pinta de tío serio que tienes, no sé cómo te animas a preguntar esas intimidades. ¡Qué poca vergüenza! —le reprochó Costa.

—Pero usted me ha dicho… —Simón estaba totalmente sonrojado.

—¡Silencio!, tengo que hacer una llamada —le cortó Costa. Sacó de su bolsillo un teléfono móvil muy simple, que no era el que usaba habitualmente, y marcó un número. De repente impostó una voz apremiante y asustada, como si su vida corriese algún tipo de peligro—. ¿112? Sí, mire, me llamo Pedro y voy con mi coche por la autovía M-505 dirección al Escorial. Me acaban de adelantar dos vehículos Daewoo de color gris circulando a gran velocidad como persiguiéndose uno al otro. Incluso creo que los ocupantes van armados. No sé si van borrachos o qué les pasa, pero como no los pare alguien al final provocarán un accidente y matarán a alguno. ¡Vamos, rápido, llame a la policía o a la Guardia Civil! Sí, esto ha pasado unos diez kilómetros antes de llegar al Escorial. ¡Hagan algo, por favor, rápido!

Costa cortó la comunicación, carraspeó para aclarar su voz después de gritar tanto y abrió la ventanilla del vehículo, lanzando el teléfono móvil hacia la cuneta de la carretera, entre los arbustos.

—Sabía que tarde o temprano este viejo móvil liberado de tarjeta de prepago me serviría para algo. —Todos los ocupantes del vehículo lo miraban sorprendidos—. Chofer, ¿sabes correr?

—Sí, brigada, no lo dude.

—Pues aprieta el acelerador todo lo que puedas, tenemos que perder de vista a nuestros amigos.

Costa vio la duda de los ojos del conductor reflejados en el espejo retrovisor interior.

—¡Qué corras, coño! —gritó al fin.

La furgoneta salió impulsada hacia delante, clavando a sus ocupantes en sus asientos. Se escuchaba el motor revolucionado dentro del habitáculo. Costa miró hacia atrás y vio alejarse en la distancia a los dos Daewoo. Por fortuna la autovía estaba prácticamente sin circulación en aquellos *momentos*.

Poco después vieron el cartel que anunciaba la entrada en el término municipal del Escorial. Un señal de tráfico limitaba la velocidad a cincuenta kilómetros por hora y otra la proximidad a una rotonda.

—Reduce la velocidad, bestia, ¡no querrás que nos multen! —le dijo Costa al conductor, que fue aminorando todo lo que pudo el vehículo sin frenar bruscamente.

Entraron en la rotonda y vieron que cuatro vehículos de la Guardia Civil y de la policía local habían cortado todos los carriles excepto uno. Estaban instalando un puesto de control de paso y los agentes se estaban colocando apresuradamente los chalecos antibalas.

La furgoneta pasó despacio al lado del dispositivo del control y un agente les indicó con gestos que continuaran la marcha.

Costa miró por la luneta trasera y pudo ver en la distancia cómo los dos vehículos Daewoo frenaban al encontrarse de golpe el control policial. Rápidamente fueron rodeados por los policías. Esta imagen se fue empequeñeciendo en la distancia hasta desaparecer tras un montículo.

—Bueno, parece ser que Edwards y sus colegas van a estar ocupados un rato. No será bueno para ellos que el conductor de Edwards vaya apestando a *whisky*, por no hablar de las armas que llevan encima. A los de la NSA no les gusta ser descubiertos en una misión, pero no van a tener más remedio que revelar sus identidades. Mientras la Guardia Civil las comprueba, nosotros tendremos un tiempo precioso que hemos de aprovechar. Simón, cómo se dice en esperanto ¡dale caña, conductor!

***

Smith estaba sentado delante del *Dux* en una cafetería de la Primera Avenida de Turtle Bay, cerca de la sede de la ONU. El local estaba lleno de periodistas que habían ido a reponer fuerzas tras cubrir la noticia del discurso del Secretario General y, por lo tanto, el ambiente hervía de comentarios de lo que había sucedido. El mundo entero debía de estar convulso en aquellos momentos.

—¿Te sientes incómodo en mi presencia, *Manibus*? —le preguntó *Dux* con languidez, como si estuviese manteniendo una íntima charla con un viejo amigo. Se había quitado las gafas de sol con montura de oro y había dejado al descubierto unos ojos de un intensísimo color azul, fríos como el hielo. Smith miró al exterior y pudo observar a través de la ventana una lujosa limusina de color negro estacionada delante de la cafetería con dos escoltas en actitud de espera.

—Esta situación contraviene nuestros protocolos de seguridad —le respondió Smith casi en un susurro—. Pero ya que decidió que fuese así, no

creo que este sea el lugar más indicado para realizar una reunión.

—Tienes razón, *Manibus,* pero las circunstancias apremian —le contestó con tranquilidad el *Dux*—. De hecho, me he inspirado en tu ejemplo. No parece que te importe demasiado cometer errores, como por ejemplo asegurarme que la doctora Massó había fallecido. Tengo constancia de que no ha sido así, por lo que he de suponer que has de tener una buena explicación para mentir a tu Hermandad, o lo que es peor, a tu *Dux*.

Smith sintió cómo se le erizaban todos los pelos de su cuerpo. No era dado a dejarse llevar por intimidaciones. Tenía muchos años de experiencia y no se sobresaltaba prácticamente por nada. Pero aquello era distinto. Había fallado a *Iterum*. En aquellos momentos apareció un camarero que le sirvió un café a Smith y un té a *Dux*, que le dio las gracias con amabilidad mientras miraba de reojo a Smith.

—Los encargados de la operación me confirmaron que esta se había llevado a cabo con éxito. Parece ser que no fue así —contestó Smith intentando conservar la calma—. Hay ocasiones que algo así sucede. Una entre mil. El objetivo sufre un paro cardiorrespiratorio, no responde a estímulos y de repente, sin saber por qué, el corazón le vuelve a funcionar transcurridos unos minutos. De todas formas he dado instrucciones para que este error se subsane, *Dux*, no lo dudes.

El *Dux* removió con lentitud su té humeante, con aire pensativo.

—Lo sé, *Manibus*, lo sé —contestó al fin atravesándolo con sus intimidantes ojos azules—. Pero me pides una prueba de fe. Te la voy a conceder, pero tú me tendrás que dar otra a cambio.

—Lo que sea necesario, *Dux,* sabes que jamás he fallado a *Iterum*.

—Es cierto… Y por eso mi confianza ciega hacia ti me ha hecho revelar mi rostro, contraviniendo nuestros códigos. Hemos establecido un vínculo inquebrantable mediante el cual tu obediencia ha de ser ciega.

—Siempre lo ha sido —comentó Smith ofendido.

—Nunca se te ha pedido algo que fuera en contra de tus principios.

—Mis principios son los del GUIDESTONES, los que fundamentan a *Iterum*. Cualquier acto que cometamos será justo mientras consigamos esos objetivos. La prueba de nuestra larga y ardua labor la hemos visto hoy mismo en el Consejo General de las Naciones Unidas —contestó Smith recobrando la seguridad en sí mismo.

—Sí, hemos ganado una batalla, pero no la guerra —otorgó el *Dux*—. Necesitamos que se mueva el aparato militar. Hemos invertido muchos billones de dólares y va siendo hora de que empecemos a recuperarlos. El

H5N1 comenzará a contaminar a la población mañana, pero desde el periodo de incubación hasta que las víctimas sean realmente considerables, todavía ha de pasar un tiempo. Necesitamos una guerra que agilice el «proceso».

A pesar de que el *Dux* estaba hablando en voz muy baja y era difícil que alguien lo pudiera escuchar, Smith miró a su alrededor con aprensión.

—No creo que este sea el lugar indicado para hablar, *Dux*, está lleno de periodistas.

—Somos tiburones entre los de nuestra especie —contestó el *Dux* con una sonrisa—. Te aseguro que pasamos desapercibidos. Ahora mismo tienen otros problemas en los que pensar como para fijarse en dos viejos amigos que están tomando algo. Relájate y disfruta de tu café.

La impunidad y frialdad con la que actuaba el *Dux* impresionó a Smith. Estaba en ciernes un auténtico exterminio y él se mantenía totalmente tranquilo y frío, como si estuviese tratando un negocio de venta inmobiliaria.

—¿Qué tengo que hacer?

—¡Oh! —exclamó con ironía el *Dux*—. Por fin hemos llegado a la prueba de fe que me debes. Sorpréndeme. Quiero la guerra de Occidente contra un debilitado Oriente, diezmado por la pandemia. Nuestra victoria ha de ser absoluta. Planea un motivo por el cual los países de nuestro entorno, llamémosle OTAN, reaccionen con furia contra aquellos que estarán en cuarentena e intentando salvar a los suyos. Difícil dilema. Pero te pondré las cosas fáciles. Tienes mi total autorización para dar instrucciones a los *Príncipes*. Tampoco te reprocharé que se utilicen víctimas occidentales para poder justificar los ataques, ya me entiendes. —Dux acabó con un sorbo su té con leche y añadió—. Esa es la prueba de fe que quiero, *Manibus*. Y no lo dudes, seguimos cumpliendo escrupulosamente con nuestra razón de ser: el GUIDESTONES. —Acto seguido se levantó de su asiento y, antes de salir de la cafetería, se volvió hacia Smith y le susurró al oído—: Almirante, eres mi *Manibus*, mi mano derecha, mi mano ejecutora, cumple con tu juramento a *Iterum*. —Luego se irguió sonriente—. Haz el favor de pagar mi consumición, nunca llevo dinero encima.

Smith observó cómo el *Dux* subía a la limusina y esta se marchaba a gran velocidad. Una gran tristeza embargó su alma. Él luchaba por un mundo mejor basado en el desarrollo occidental, por la calidad de vida universal que no sería posible bajo dictaduras religiosas como el islam o ideológicas como el comunismo. Quería que en la humanidad entera imperara la paz y que desaparecieran el hambre y la incultura, usar la tecnología en bien del ser humano, vivir con salud y una demografía sostenible que no esquilmara los

recursos naturales, creía con firmeza que el GUIDESTONES era la solución. Pero ahora le habían pedido que, para llegar a esa meta, se tenía que sacrificar parte de esa civilización occidental a la que tanto amaba. Así sería. Suspiró. En todas las guerras había víctimas colaterales.

* * *

Estaban en la sala de control del *Madrid Deep Space Communications Complex* (MDSCC) de Robledo de Chávela. Hacía escasamente cinco minutos el director de las instalaciones, Fernando Fajardo, los había recibido emocionado en la mismísima puerta del Centro. El motivo era el reencuentro con Freezer, aunque él lo conocía como Andreas Svensson Tagle, uno de los mejores astrónomos que había tenido en su equipo. Lo abrazó sin decirle nada.

—Andreas, hace cinco años que no te veo. Estás muy desmejorado —le dijo por fin visiblemente emocionado—. Algún día me contarás qué ha sido de ti durante todo este tiempo. Veo que andas metido con temas de seguridad nacional —añadió mirando a Costa y sus escoltas—. Me ha llamado el Secretario de Estado Director del CNI y me ha dicho que colabore con ustedes en lo que dispongan. Tienen a su servicio la sala de control de radioastronomía. Suerte con lo que sea que vayan a hacer. Seguramente la humanidad se los agradecerá.

Costa se quedó mirando al director. Le había sorprendido su sensibilidad y confianza en ellos. Estaba siendo muy generoso. Pensaba realmente que el trabajo que iban a realizar allí era de suma importancia para la humanidad. ¿Intuición basada en la información científica que había ido recopilando o una fe ciega en Andreas «Freezer»?

—No se vaya muy lejos, señor Fajardo. En poco tiempo nuestro planeta necesitará muchas personas como usted —le dijo Costa con sinceridad—. Hoy puede ser que vea cosas que no pueda entender, pero tenga por seguro que no traicionaremos su confianza.

—Estoy seguro de ello, agente —le respondió el científico—. Cuídeme a Andreas, es un ser especial.

—Sí que lo es —contestó el brigada haciendo esfuerzos para no ser irónico. Era evidente que el director del Centro de Radioastronomía del Espacio Profundo no tenía ni idea de quién era realmente Freezer, o puede ser que sí, o que al menos lo intuyera—. Lo haré, no se preocupe.

—Por cierto, me comentaron que vendrían acompañados también de agentes del NSA norteamericano.

—Han tenido un ligero contratiempo durante el camino —le contestó Costa—. Pero no podemos esperarlos. Nos urge realizar nuestro trabajo.

Fajardo asintió, los acompañó hasta la sala de control y marcó una serie de dígitos en un teclado que había junto a la puerta. Se oyó el chasquido del pestillo y la puerta se abrió. Entraron Freezer, Costa y Simón. El resto de la escolta, excepto el conductor, que se había quedado al volante de la furgoneta por si tenían que huir del lugar rápidamente, esperó en el pasillo.

—Ahora los dejo —dijo Fajardo—. La puerta se abre desde adentro. Andreas, he tomado la iniciativa de mandar que orienten los radiotelescopios a la nave extraterrestre. Creo que esa es su misión. Eso les proporcionará un tiempo valioso. Usa la mesa de control número 4, la que ocupaste durante tantos años. Suerte.

Freezer lo abrazó y después se encaminó entre las diversas mesas de control que había en la sala de unos doscientos metros cuadrados hasta la que estaba al final, casi pegada a la pared donde había una enorme pantalla que ofrecía la imagen de lo que a Costa le pareció una ciudad medieval amurallada fabricada con píxeles de color rojo sobre un fondo negro. Era la nave extraterrestre captada por los rayos infrarrojos de las antenas del MDSCC, no le cabía duda.

Freezer se sentó en la silla central delante del escritorio, compuesto por seis pantallas y un teclado. Costa se colocó a su derecha con su silla de ruedas y Simón se sentó a su lado izquierdo.

—Los humanos de Domo no saben que los rayos infrarrojos disponen de bandas que se pueden utilizar como sonidos —explicó Freezer a Costa mientras empezaba a escribir con una velocidad asombrosa sobre el teclado —. Estoy calibrando la antena principal para una mejor cobertura. La antena secundaria está perfectamente orientada. Si pudiesen mirar al exterior, verían una antena de setenta metros de diámetro moverse para ajustarse a las coordenadas que le estoy mandando.

—Sí, he notado un montón de antenas parabólicas gigantes en el exterior —contestó Costa impaciente—. Y una de ellas se está moviendo. ¡Qué bonito! ¿Quieres espabilar y darme la comunicación que quiero de una puta vez?

Freezer continuó manejando el teclado mientras observaba parámetros en los monitores que tenía delante.

—Ahora introduciré un *software* de mi invención —dijo sin hacer caso a Costa— que consiste en aprovechar los rayos infrarrojos para introducir una banda que transmite sonidos, los cuales viajan a la velocidad de la luz. De esta manera podía comunicarme con Blua Suno, de igual forma que lo haré ahora con la nave nodriza que está en órbita sobre Domo. Utilizaba los pliegues del espacio para que la comunicación fuese mucho más rápida. En pocos meses, de la medida del tiempo de ustedes, recibían mis mensajes. Ahora, lo recibirán casi instantáneamente.

Costa se sentía consternado por la situación que estaba viviendo, pero lejos de mostrar sus sentimientos, se mantuvo impasible y como si nada de aquello le afectara, dijo:

—Las clases de ciencias te las guardas para tus amigos los «rubitos». Ponme en contacto con ellos de una vez.

Freezer tomó unos auriculares telefónicos inalámbricos del teléfono que tenía al lado y los colocó encima de la mesa de control, activando el «manos libres» para que los presentes pudieran escuchar la conversación y participar en ella.

—Ahora mismo, brigada. —Freezer parecía estar tan emocionado que su aparente frialdad se fue desmoronando por la impaciencia. Estaba deseoso de poder hablar con sus hermanos después de tantos años. La soledad que había sufrido en el transcurso de su prolongado encierro había finalizado por fin. Costa se preguntó si la larga estancia de Freezer entre los humanos no le había inculcado alguno de sus sentimientos más atávicos, pertenencia a una tribu o comunidad, la familia, la amistad y el amor.

—¿Empezamos? —preguntó Freezer mirando a Costa.

—Adelante, pero recuerda que Simón traducirá tus palabras y la contestación que te den. Mi confianza en ti no es absoluta y te aseguro que si intentas engañarme, nuestra colaboración terminará y tú volverás a vestir un «pijama de hospital» toda tu puta vida, pero esta vez con los chicos simpáticos del NSA.

Simón estaba demudado. Miraba a Freezer y después a Costa sin entender nada.

—Pero ¿de qué va esto? —preguntó al fin.

Costa cayó en la cuenta de que nadie le había explicado a Simón que Freezer no era un prisionero cualquiera, sino un extraterrestre. Aquella situación le debía de parecer de lo más extraño que había vivido en su vida.

—Ya te lo explicaré cuando tenga tiempo. Ahora, traduce. Freezer, empieza.

Freezer pulsó el botón del altavoz de la consola principal, elevando el volumen hasta el máximo.

—*Estas la Emissari. Mia nomo homoj estas Edumilionojdumil. Mia nomo en Domo estas Freezer. Mi parolas kun navo de abastiment del Blua Sum?*

—Soy el Emisario. Mi nombre *homoj* es *Edumilionojdumil*. Mi nombre en la Tierra es Freezer. ¿Hablo con una nave nodriza de Sol Azul? —tradujo Simón, que todavía estaba a un paso de entrar en un ataque de histeria.

Se hizo un largo silencio.

Por fin, una potente voz femenina surgió de los altavoces del ordenador.

—*Estas Shorn, la Majoro de la navo de abastiment Unoa, Estas de Blua Sum, Emissari. Por celo havas viajn novajojn, Emissari*.

—Soy Shora, la comandante de la nave nodriza Unoa La Primera. Somos de Sol Azul, Emisario. Por fin tenemos noticias tuyas, Emisario.

Freezer agachó la cabeza durante unos instantes. Parecía estar sumido en una gran emoción. Para cuando la volvió a alzar, sus ojos brillaban. Por fin escuchaba la voz de uno de los suyos.

—*La situado en Domo estas dangera, gijam komencis ekstermas lin. Mi havas al mia Jlanko al amiko de Domo, kun povi por povi helpi nin. Parolo kun li, por komplezo*.

—La situación en Domo es peligrosa, ya ha comenzado el exterminio. Tengo a mi lado a un amigo de Domo, con poder para poder ayudarnos. Habla con él, por favor.

—*Estasfidindaj, Emissari?*

—¿Es de confianza, Emisario?

—*Savis al Mi la vivon, Majoro*.

—Me ha salvado la vida, comandante.

—*Kielgi dims?*

—¿Cómo se llama?

—*Estas milita Domo, gi diras Juan bostas*.

—Es un guerrero de Domo, se llama Juan Costa.

Costa no pudo evitar sentirse halagado por la presentación que había hecho de él Freezer. Antes había sido, sí, podría ser la palabra exacta, un guerrero. Pero en la actualidad era un simple «tullido», como lo llamaba Edwards.

—¿El comandante de su nave es una mujer? —preguntó Costa a Freezer casi en un susurro—. ¿Está buena?

Freezer lanzó a Costa una mirada de reproche y no le respondió.

—*OI gi parolas* —se escuchó la voz potente de Shora.

—Que hable —tradujo Simón secándose el sudor de la frente con la manga de su camisa. Daba la sensación de estar a punto de colapsar.

—Necesito saber si sus intenciones son de paz —dijo Costa con solemnidad. Todavía guardaba recelos en cuanto a la aparición de la nave extraterrestre y sus intenciones.

—*Bezonas scii se via intencoj estas de paco* —tradujo Simón el mensaje de Costa.

—*Nia Unua Lego estas protekti al la homa estajo tie kie tremas. Neniam dolorus vin*.

—Nuestra primera ley es proteger al ser humano allá donde se encuentre. Nunca les haríamos daño.

—Comandante —dijo Costa—, hay un grupo de poder en la Tierra que ha utilizado el lanzamiento de objetos que han realizado para echarles la culpa de la emisión de un virus mortal en todo nuestro planeta. Solo una científica sabe la verdad e intentaron matarla. Es primordial que se la proteja para que se sepa la verdad y poner a los habitantes de la Tierra de su lado.

—*Majoro, estas regante ke akuzas vin premi ekstermi al la homaj. Sole scienca estis atestanto de la vero. Estas unue ke sin al liprotektas car gi sedas la veron kaj metí, al la logantoj de la Tero de viaflanko* —Simón traspasó el mensaje a través del micrófono inalámbrico.

—*En kiopovas helpi vin*.

—En qué los podemos ayudar.

—Rescátenla. Pónganla fuera de peligro y sálvenle la vida. Está malherida y a punto de morir. ¿La podrían curar?

—Reacetu sin. Pónganla ekster dangero kaj sálvenle la vivo. Ci tiu malferida kaj tuj antaü morti. Ilipovus sanigisin? Se hizo el silencio. No hubo respuesta en unos segundos que parecieron horas. De repente volvió a tronar en la estancia la voz de Shora.

—*Volas ke parolas min la Emissari*.

—Quiero que me hable el Emisario.

—*Estas certa, Majoro. Ci tiu homo estas la única olgipovus provi ke niaj intencoj estas de paco* —dijo Freezer con convencimiento.

—Es cierto, comandante. Esta persona es la única que podría probar que nuestras intenciones son de paz.

—*Kion gipasus se ni nepavas helpi al la scienca?*

—¿Qué pasaría si no podemos ayudar a la científica?

—*Estus nia celo. Ili konsiderus al ni invadintojn kaj gi destruirían nin*.

—Sería nuestro fin. Nos considerarían invasores y nos destruirían.

—*Pavas sanigi sin kajprotekti sin. Kie estas?*

—Podemos curarla y protegerla. ¿Dónde está?

—¿Captan nuestra localización actual por las coordenadas del campo magnético de Domo?

—*Raptas nia localització aktuala por la koordinatoj de la magneta kampo de Dom?*

—Por supuesto, Emisario.

—*Komprenebk, Emissari*.

—Manden una lanzadera con material de rehabilitación a buscarme, yo los guiaré hasta el lugar donde se encuentra la científica.

—*Estras boveno kun materialo de rekapabligo al serci min, mi gvidos vingis la loko kie trovas la sciencistom*.

—¿Existe riesgo en el rescate?

—*Ekzistas risko en la reaceto?*

Freezer miró a Costa antes de contestar. Este afirmó con la cabeza.

—*Grandega risko, Majoro, ili vidas al ni multajn logantojn de Dom kaj ili teruros. Ili disponas de aparatoj voladors kun armiloj kiujpovus derrocar la boveno. Sed indu provi gin. Nia estonio dependas de tio*.

—Un riesgo enorme, comandante, nos verán muchos habitantes de Domo y se asustarán. Disponen de aparatos voladores con armas que podrían derribar la lanzadera. Pero vale la pena intentarlo. Nuestro futuro depende de ello.

—*Sendas boveno kun materialo de rekapabligo al viapunkto de renkontigo, estu pretigita*.

—Envío lanzadera con material de rehabilitación a tu punto de encuentro, estate preparado.

Costa miró fijamente a Simón, quien continuaba sudoroso y blanco como el papel. Parecía como si el último rincón de su ser estuviese temblando de terror.

—Traductor, ¿tienes familia? —le preguntó de repente.

—Tengo a mis padres, soy hijo único.

—¿Qué cargo tienes en la Casa? —quiso saber Costa refiriéndose al traductor.

—Estoy en criptología, brigada, sé hablar y escribir cinco lenguas muertas, pero no tengo un cargo militar. Soy civil, me captaron en la Universidad y…

—¿Quieres formar parte de la historia, traductor?

—Perdón, brigada, no lo entiendo…

—Te vas con ellos. Necesito a uno de los nuestros que los entienda y nos pueda informar de lo que pasa en su nave. Ese eres tú.

—¿Yo? —casi gritó Simón, espantado—. Mire, brigada, para ser sincero no entiendo nada de lo que está pasando. No soy un agente de operaciones como usted. ¿Me está sugiriendo que suba a una nave extraterrestre y me vaya con ellos?

—Exactamente, chaval. Estamos viviendo tiempos difíciles y se requieren decisiones difíciles. Te necesito «allá arriba» y es donde irás. No te preocupes, Freezer cuidará de ti. ¿No es cierto? —añadió mirando a Freezer.

—Estarás como en tu propia casa, Simón, y como científico que eres vivirás una experiencia de conocimiento a la que pocos pueden llegar. Cuidaremos de ti —dijo Freezer clavando sus impresionantes y francos ojos azules en los de Simón.

—¿Y cuándo volveré? —preguntó Simón asustado.

—Créeme —le contestó Costa—. No tengas prisa. Estarás más seguro con los «rubitos» que aquí abajo, tal como pintan las cosas.

—¿Y tú no vendrás? —quiso saber Freezer dirigiéndose a Costa. En su pregunta el brigada pudo distinguir un matiz de preocupación.

—¿Yo? No, tengo mucho trabajo que hacer aquí —le contestó con aplomo—. Transmite la nueva petición a la tía buena de la nave, la tal Shora. En cuanto acabe todo esto, pienso invitarla a un café. Vamos, infórmale de la petición.

Freezer suspiró decepcionado porque sabía que nada bueno le podía esperar a Costa si se quedaba. Por fin habló al comunicador.

—*Majoro, ankaü akompanos min científico de Dom. Estas mediadorfidindaj*.

—Comandante, también me acompañará un científico de Domo. Es un mediador de confianza —tradujo Simón sin creerse todavía que hablaba de sí mismo.

Hubo unos pocos segundos de silencio, de meditación, tras los cuales la voz de Shora contestó:

—*OI tiel estu, Emissari. Mi fidas vían kriterion*.

—Que así sea, Emisario. Confío en tu criterio.

—*Fido en la tíranda Alveno, Majoro* —dijo Freezer a modo de despedida.

—Fe en la Gran Llegada, comandante —tradujo Simón.

—*Fido en la Granda Alveno, Emissari* —contestó la fuerte voz de Shora. La comunicación finalizó. Se hizo un silencio en la sala de control de radiotelescopio del *Madrid Deep Space Communications Complex*. Simón

parecía estar a punto de llorar. Freezer, sin embargo, tenía el rostro radiante, aunque miraba con preocupación a Costa.

—Bueno, la parte «fácil» ya está hecha —dijo el brigada riendo—. Ahora me falta la parte difícil, explicarle al «Oso» que unos extraterrestres van a ir a buscar a su mujer para llevársela en un ovni.

* * *

Martín despidió a sus suegros con un abrazo. Los tres estaban llorando en la puerta de la habitación de la UCI que ocupaba Julia. Los dos escoltas de custodia se habían alejado de la escena como muestra de respeto.

—Hijo, llámanos en cuanto sepas algo —le dijo Maite, su suegra, limpiándole con cariño las lágrimas que le resbalaban por sus ya barbudas mejillas.

—¿Estás seguro de que es lo mejor? —quiso saber Joan, su suegro, mirándolo con los ojos velados por la tristeza.

—Sí —contestó Martín—. Debemos pensar fríamente por el bien de todos. Deben irse con los niños a su masía en Esterri d'Aneu. Allí estarán a salvo. Lo he meditado mucho, créanme. Yo estaré al lado de Julia para protegerla y esperar. Pero necesito de ustedes que lleven a nuestros hijos a un lugar seguro, fuera del caos que se está preparando.

—Así lo haremos, Martín —dijo Maite—. Pero comprende que nos duela dejar a nuestra hija en este estado, entre la vida y la muerte.

—También tienen la obligación de cuidar de sus nietos —contestó Martín poniendo sus enormes manos sobre los hombros de su suegra—. Son su única familia si Julia y yo faltamos. Deben prometérmelo. Continuar viviendo cerca de Madrid es peligroso. En el campo estarán seguros. Podría ser, llegado el caso, uno de los últimos reductos limpios de infección. Ya han visto las noticias. —Se refería a la comparecencia del Secretario General de la ONU que habían presenciado en el televisor de la cafetería del hospital durante uno de los pocos instantes de descanso que se había permitido Martín desde que estaba al lado de su esposa. Se había llevado a sus suegros a comer allí para explicarles la situación de gravedad de Julia. El drama familiar se vio interrumpido por la emisión en directo del alto representante de las Naciones Unidas. Todas las personas que había en el comedor mantuvieron un tenso silencio en aquellos momentos, incluidos ellos. Habían escuchado aterrados noticias de virus mortales, de vacunas, de zonas de exclusión, en suma, de muerte y del fin de una era.

Martín estaba acostumbrado a tomar decisiones en muy poco tiempo ante situaciones de crisis. Había vivido numerosos conflictos en muchas partes del mundo y sabía que las poblaciones menos afectadas siempre eran las más alejadas de las grandes ciudades. Por este motivo les pidió a sus suegros que se marcharan con los dos niños a una masía que tenían en un pueblecito del pirineo catalán. Allí estarían seguros. Él esperaría al lado de su mujer hasta el desenlace que parecía inevitable. Su muerte. Lo único que convenció a los padres de Julia para no quedarse a su lado fue el preservar la integridad de sus nietos. Una decisión muy dura pero necesaria, tal y como se los hizo ver Martín. Les explicó una máxima de su oficio. Si algo grave sale a la opinión pública, multiplícalo por mil y acertarás en la verdad. Aquel razonamiento fue suficiente como para convencer a sus suegros. La prioridad era salvaguardar a los niños.

Sus suegros entraron en la habitación de Julia embutidos en trajes quirúrgicos, guantes y mascarilla. La acariciaron, la besaron y se despidieron de ella.

—Díganles a Andrea y a Marc que sus padres los aman —les pidió Martín a modo de despedida una vez que salieron de la habitación. Los besó y los vio marchar por el pasillo hasta el ascensor.

Corvalán y Jiménez, los dos agentes del CNI encargados de la custodia de Julia, se acercaron a Martín.

—Jefe —dijo Jiménez—, ya verá cómo todo se soluciona al fin.

Martín se volvió hacia los dos agentes y los miró con afecto.

—Chicos —les contestó emocionado—, aún no he tenido la oportunidad de expresar la gratitud que siento hacia ustedes. Salvaron la vida de mi mujer al encontrarla en el bosque. Pero aún más. Me contó el comandante Díaz que se ofrecieron voluntarios para hacer la custodia de Julia. Llevan aquí muchas horas. Demasiadas.

—Los de Operaciones no dejamos las cosas a medias —afirmó Corvalán con convicción—. Encontramos a la doctora Massó con vida y así ha de seguir.

Martín miró a los dos hombres y los abrazó.

—Gracias, chicos. Nunca olvidaré lo que han hecho por mi mujer y por mí.

Acto seguido entró en el vestuario de la antesala de la habitación para ponerse el traje desinfectado que tenía preparado. Sonó su IPhone. Miró la pantalla y vio que se trataba de una llamada de Costa.

—Hola, Juan.

—Martín, lo primero de todo. ¿Cómo está Julia?

—A ti te lo puedo decir —contestó Martín con tristeza—. Me han dicho los médicos que sería un milagro que pasara de esta noche. Está demasiado débil para que la puedan operar y sus órganos están fallando uno tras otro. Solo se mantiene con vida gracias a las máquinas y cada vez le tienen que poner una nueva. Sus padres se acaban de marchar. Les he dicho que se lleven a los niños lejos de aquí.

—Buena decisión, jefe —le contestó Costa—. ¿Cómo estás tú?

—Verás, he pasado muchas horas al lado de Julia, y he tenido tiempo de reflexionar sobre todo lo que ha sucedido. —Martín hizo un silencio para buscar las palabras adecuadas—. En todo esto hay algo que no me encaja. Que huele muy mal. Mi instinto, el mismo que nos salvó la vida tantas veces a ti y a mí en Afganistán, me dice que a Julia no la asaltaron delincuentes comunes. Las coincidencias no existen, como bien sabes. Te voy a pedir un favor muy importante. Tenemos que averiguar qué pasó en el Centro de Astrobiología para que Julia se marchara tan precipitadamente. Esa es la clave de todo…

—Sí, «Oso» —le contestó Costa—. Es la clave de todo. Pero estás trasnochado en cuanto a información. Han pasado muchas cosas desde que estás en el hospital, amigo, y tengo que darte noticias que igual te serán difíciles de digerir.

—Adelante.

—Freezer me ha revelado que las cápsulas que lanzó la nave extraterrestre contra la Tierra estaban cargadas de ozono, con la finalidad de contrarrestar una infección mundial que tiene el propósito de esquilmar a la población. Los laboratorios de una multinacional farmacéutica suiza recibieron el encargo de producir en grandes cantidades una variación del virus H5N1, llamado también de la gripe aviar, el cual puede ser transmitido de humano a humano. Desde hace cinco años han estado envasando este virus en depósitos a presión con aerosoles mezclados con gas metano para facilitar su caída desde el aire. Es evidente que pretenden pulverizar el virus en diferentes zonas utilizando aviones o helicópteros. Con la aprobación del Consejo de Seguridad de la ONU del Mandato para luchar contra el supuesto ataque extraterrestre, todo cuadra. Alguien ha manipulado a la opinión pública para conseguir dar vuelta el intento de los alienígenas de prevenirnos contra el virus, aprovechando la situación para contaminar a gran parte de la población impunemente. Lo que los habitantes y gobiernos de distintos países creerán que son antídotos contra el H5N1 será en realidad el virus. El Mandato de la ONU es claro en ese

sentido. Existirán países que recibirán la vacuna, básicamente el mundo occidental, mientras que el resto será contaminado y sus poblaciones esquilmadas. El aparato militar de la OTAN ya se está poniendo en marcha para construir granjas de seguridad, fronteras impermeables para que el virus no traspase a los países occidentales. Es un plan maquiavélico perfecto, cuyo fin es buscar la supremacía en el mundo de Occidente, pero que solo tiene un fallo, Julia. Ella monitorizó mediante el REMS-2 la primera muestra del gas que estaban liberando las cápsulas extraterrestres y se dio cuenta de que simplemente era ozono. Esa información solo la pudo conocer la única persona que estaba con ella en aquellos momentos, un tal Smith, enviado por el Gobierno norteamericano con todos los privilegios de actuación y representación. No sé quién es ese tipo, pero fue el último que tuvo contacto con Julia antes de que esta se marchara del Centro de Astrobiología. Con toda esta información solo nos queda una opción para conocer lo que pasó. Julia se fue pensando que su trabajo ya había finalizado, siendo la única persona en el mundo que conocíala verdad. La otra persona, el tal Smith, no podía consentir que esa información llegara a la opinión pública, porque hubiese desbaratado todos los planes de exterminio que ahora mismo se están produciendo. La única opción para evitar que esto sucediera era eliminar a Julia y esto fue lo que hizo. Pero Julia sigue con vida y no tardarán en averiguarlo. No dudes de que irán al hospital a terminar su trabajo. Es el único eslabón que queda suelto, la única persona que podría impedir que esta locura se lleve a cabo. ¿Lo entiendes, coronel?

Martín estuvo meditando durante unos instantes la información que había recibido de Costa. Se sintió cansado y preocupado. Todo cobraba una nueva dimensión terrorífica e implacable, en la cual su mujer, cuyo cuerpo yacía con un soplo de vida en la cama de la UCI, era el eje principal.

—¿Has hablado de esto con el comandante Díaz? —preguntó finalmente.

—Le dije que reforzara la vigilancia en el hospital ya que consideraba que Julia estaba en peligro, pero ha destinado todos los recursos al cumplimiento del Mandato de la ONU. Solo puedes contar con cuatro agentes. Nada más. También me ha pegado al culo a un representante de la NSA, Edwards.

—Lo conozco, es un hijo de puta de cuidado, implacable y sin escrúpulos, querrá hacerse con Freezer bajo cualquier precio. Cuídate de él.

—Sí, lo sé, creo que él tampoco me aprecia mucho, he conseguido quitarlo de en medio el tiempo justo como para poder hablar con la nave extraterrestre, pero pronto lo tendré encima otra vez. No dudes de que en

estos momentos nos está escuchando. Tienen medios para ello y nuestra comunicación no está encriptada. Ya sabemos cómo funciona esto.

—¿Has dicho que te has puesto en contacto con la nave extraterrestre? —preguntó Martín sorprendido.

—Sí, estamos en el observatorio radioespacial de Robledo de Chávela, donde empezó todo. He contactado con ellos a través de Freezer y están dispuestos a ayudarnos. Ten en cuenta que en la actualidad estamos tú y yo solos contra el mundo entero. Necesitamos aliados y estos «vuelan muy alto». Es la única opción que tenemos. En caso contrario nos eliminarán a nosotros y a Julia. Y esto, compañero, sucederá más pronto que tarde.

—¿En qué se basa su ayuda? —quiso saber Martín, todavía sorprendido.

—Acuérdate de Kandahar —contestó escuetamente Costa. No quería revelar sus planes por teléfono.

Martín recordó una operación montada desde Operaciones del CNI con la finalidad de rescatar a un político afgano recluido en un pequeño hospital de Kandahar por los talibanes. El rescate se realizó por sorpresa, desde un helicóptero que descolgó a un comando de Operaciones Especiales, entre los que se encontraban Costa y él mismo. Entraron por la azotea y en pocos instantes localizaron al rehén, al cual habían encerrado en el último piso del edificio. Tras eliminar la resistencia, muy escasa por no esperar el ataque, consiguieron rescatarlo llevándolo en el helicóptero. Entendió. Costa le iba a enviar una nave extraterrestre para rescatar a Julia desde la terraza del hospital. Un millón de preguntas y dudas asaltaron su mente.

—¿He de confiar, Costa? —dijo escuetamente.

—No tenemos otra opción —contestó el brigada—. Ten fe.

—Julia está muy delicada.

—Es su única oportunidad. Ten fe —repitió Costa.

—Estaremos en contacto. Ten cuidado, brigada.

—Tú también, coronel.

Martín cortó la comunicación y salió al pasillo, donde estaban Corvalán y Jiménez.

—Chicos, ¿dónde están los otros dos agentes?

—En la sala de recepción del hospital, controlando los accesos —contestó Jiménez.

—¿Son de confianza?

—La duda ofende, coronel, pertenecen a nuestro grupo.

—Llámenlos, quiero hablar con todos ustedes.

Al cabo de cinco minutos dos agentes del CNI se reunieron con ellos en el pasillo ante la mirada extrañada de las enfermeras de planta que los observaban desde la distancia. Martín les estrechó las manos a los recién llegados. No los conocía. Pérez y Gemar se llamaban y parecían extremadamente jóvenes.

—Bien, primero de todo les quiero agradecer su dedicación —dijo Martín. Luego meditó las palabras que tenía que decir—. Necesito que se trasladen a la terraza del hospital, a esperar una nave. Tienen que guiar a sus ocupantes hasta aquí.

—¿Nave? —preguntó Gemar—. ¿Un helicóptero?

—No, no será un helicóptero. Será una nave alienígena, se harán cargo de mi mujer. —Martín prefirió ser sincero desde un principio.

Los agentes se miraron confusos entre ellos.

—Deben confiar en mí. Después de esto los liberaré de sus servicios y pasarán a las órdenes del comandante Díaz. Pero hasta entonces, necesito contar con ustedes.

—Son nuestros enemigos —dijo Pérez—. Han atacado la Tierra para extender un virus. Nos quieren exterminar.

—No quiero implicarlos más. Cuanto menos sepan, mejor será para ustedes. Por eso les pido que confíen en mí. Jamás pondría en peligro la seguridad nacional.

—Cumpliremos las órdenes sin rechistar —dijo Corvalán mirando con reprobación a Pérez.

—También estaremos atentos ante cualquier amenaza —continuó Martín —. Me temo que alguien quiere eliminar a la doctora Massó. Los mismos que la dejaron en este estado vendrán a finalizar el trabajo.

—Sobre nuestros cadáveres —se comprometió Jiménez apretando los dientes.

—Bien —dijo Martín, agradecido—. Que cada uno ocupe su lugar.

Pérez y Gemar se marcharon hacia la terraza del edificio del hospital, donde sabían que había un helipuerto. Iban embargados por la duda y por muchas preguntas sin respuesta. Martín lo sabía mientras los veía alejarse por el pasillo. Así tenía que ser, no los quería implicar más de lo necesario.

—No les haga caso, coronel. Son jóvenes y sin experiencia —dijo Corvalán.

—¿Ustedes no tienen dudas? —les preguntó Martín a los dos agentes de custodia.

—Coronel, su fama en la «Casa» lo precede. Ha sido un privilegio para nosotros poder servirle —le dijo Jiménez con sinceridad—. Sus decisiones no pueden ser incorrectas e improvisadas. Es una leyenda viva del CNI por sus hechos, no por sus palabras. La mayoría de nosotros lo seguiríamos hasta la muerte si fuera necesario, porque sabemos que eso implicaría salvar miles de vidas. No se preocupe por nosotros y haga lo que tenga que hacer.

—Gracias, chicos. —Martín no supo qué más decir y volvió a entrar en la antesala de la habitación de la UCI. Se vistió con el traje desinfectado, y caminó hasta el lado de su mujer. El ruido de los aparatos llenaba la estancia, todos ellos trabajaban para mantener con vida a la doctora Massó.

—Juro que no morirás, mi amor. Tendrás que hacerte cargo de nuestros hijos y darles un mundo mejor. Confía en mí. —La besó en la frente y se marchó de la habitación. Tenía mucho trabajo que hacer.

Cuando se quitó el traje de desinfección, continuó en la antesala, tomó el teléfono y llamó al comandante Díaz.

Al tercer tono este atendió la llamada.

—Martín, ¿va todo bien? —le contestó la voz de Díaz al otro lado del teléfono.

—No, Díaz, no va bien —le dijo Martín—. Necesito reforzar la escolta para Julia, estoy convencido de que intentarán matarla.

—¡Oh, vaya!, parece ser que has hablado con el desequilibrado de tu amigo Costa. Ve conjuras por todos lados. Pero esta vez se ha pasado de la raya. Montó un numerito de los suyos y la Guardia Civil ha tenido retenidos a los del NSA durante más de una hora, acusándolos de conducción temeraria y de banda criminal organizada. Menos mal que ya he podido solucionar el tema, o hubiésemos conseguido un conflicto diplomático con los norteamericanos. Este tío está fuera de control y habría que pararle los pies. Al final nos meterá en un grave problema. No sé cómo confías todavía en él.

«Será porque tiene mucha más inteligencia e intuición que tú, imbécil», pensó Martín, pero se limitó a contestar:

—No te lo estoy pidiendo como favor personal, Díaz —intentó conservar la calma—. Julia es un testigo primordial para la seguridad nacional y mundial, se ha de proteger en ese sentido, no por un capricho mío por ser mi mujer. Es una orden.

Hubo un largo silencio al otro lado del teléfono. Por fin, Díaz contestó:

—Mira, Martín, el Secretario de Estado Director te ha retirado del servicio activo siguiendo recomendaciones mías. No estás en condiciones de poder tomar decisiones ni de dirigir el Departamento. Has sufrido un grave golpe y

te tienes que centrar en los cuidados de tu mujer y tus hijos. No te preocupes, yo me haré cargo de todo. Pero no puedo desviar recursos a la custodia de Julia, no sé si te has enterado, pero estamos en una situación muy delicada, prácticamente de guerra. De hecho me has llamado cuando estaba en una reunión y ahora te tengo que dejar. No te preocupes, no le pasará nada a Julia. Tú descansa. Un abrazo. —Y cortó la comunicación.

Martín miró con furia el teléfono, «un abrazo te iba a dar yo a ti, traidor», pensó. Trató de calmarse y pensar con rapidez. Volvió a marcar un número en su móvil.

Escuchó varios tonos antes de que alguien descolgara al otro lado de la línea.

—Jefatura Superior de la Policía Nacional —dijo una voz de mujer.

—Quisiera hablar con el comisario general. Soy el coronel Martín Herrero, él me conoce.

—Ahora mismo le paso, señor, manténgase a la espera.

Escuchó una música de retención de llamada. Al poco resonó en el auricular del teléfono una potente voz.

—¿Martín? ¡Cuánto tiempo sin saber de ti, desde que les diste a mis inspectores el curso de tratamiento de la información, hace ya tres años! ¿Qué te cuentas?

—Mi mujer es la doctora Julia Massó, está ingresada en el Hospital 12 de Octubre y necesito protección para ella. —A Martín le faltaba tiempo, por eso no entró en conversaciones inútiles y fue al grano. Además se encontraba terriblemente cansado. Llevaba casi tres días sin dormir.

—¿La doctora Massó es tu mujer? No lo sabía —contestó el comisario general—. Espero que se encuentre bien. Sé que la policía científica está investigando la agresión que sufrió.

—Corre peligro. Tengo información de que los mismos que trataron asesinarla vendrán al hospital para acabar el trabajo. Necesito protección.

—¿Y tu gente del CNI?

Martín dudó en la respuesta que tenía que dar.

—Están muy ocupados con la nueva situación.

—¡No son los únicos, te lo puedo asegurar! —exclamó el comisario general—. Llevamos dos días de infarto. Tenemos a todos los agentes disponibles en la calle. La gente tiene pánico y se dan todo tipo de situaciones. Suicidios, saqueos, atracos, asesinatos… Estamos lo más cerca del caos que he visto en mi vida. Estamos trabajando contrarreloj para establecer un protocolo de información a la población para calmar los ánimos.

—No nos conocemos hasta el punto de que tengas una fe ciega en mí —dijo Martín—. Pero créeme si te digo que de la seguridad de mi mujer depende que salgamos de esta.

Se hizo un silencio que pareció larguísimo.

—Confío en ti, Martín. ¿Te arreglas con seis inspectores y cuatro vehículos patrulla?

—Me sirve, gracias.

—El asunto se ha de mirar como un requerimiento ciudadano cualquiera. Si informara que un coronel del CNI está detrás de esto, tendría que derivar la petición al Secretario de Estado de Interior. Eso ralentizaría mucho las cosas, y no queremos eso, ¿verdad?

—No, no lo queremos, gracias por tu confianza —contestó Martín.

—Hay pocas personas en este mundo en las que confíe, Martín, y tú eres una de ellas. En cuestión de media hora tendrás los recursos que has pedido. Que tengas suerte, amigo. Adiós.

Martín suspiró aliviado. Al menos había conseguido algo de ayuda. Esperaba que no fuese demasiado tarde. Salió al pasillo, saludó con la cabeza a Corvalán y Jiménez y se dirigió hacia la oficina del jefe de planta de la UCI.

El doctor Salcedo se encontraba consultando internet en su ordenador. Apartó la mirada de la pantalla para mirar a Martín, que había entrado en el despacho sin llamar a la puerta previamente.

—¿Le ha pasado algo a la doctora Massó? —preguntó asustado. Había estado luchando con todos sus conocimientos, que eran muchos, para mantener con vida a Julia e intentar salvarla. A pesar de esto, no era demasiado optimista al respecto. De hecho no entendía cómo seguía con vida.

—No, doctor, continúa igual —contestó Martín de pie delante del médico —. Pero he de pedirle algo que le resultará extraordinario. Necesito su ayuda.

—Dígame, Martín.

—¿Mi mujer se va a salvar, doctor?

El doctor Salcedo miró con franqueza a Martín a los ojos.

—No, Martín, lamento informarle que sus lesiones no son compatibles con la vida. Solo la podemos mantener viva mediante monitorización externa. Aun así sus órganos están fallando uno tras otro. Dudo mucho que aguante más de dos o tres horas. Lo siento, pero ya le dije que no podíamos albergar esperanzas.

Martín asintió. Ya sabía todo eso. Una punzada de dolor se le anidó en el pecho.

—Hemos pedido ayuda a los alienígenas para que salven a Julia. Ellos disponen de una tecnología médica muy superior a la nuestra. Aseguran que la pueden salvar. Necesito que esté presente en el traslado.

—¿Perdone?

—No disponemos de tiempo para más explicaciones. ¿Lo hará?

—No entiendo nada. ¿Quiere que me haga cargo de entregar a la doctora Massó a unos… extraterrestres? ¿Los mismos que según las noticias nos han bombardeado con virus?

—Eso es. He pronunciado muchas veces esta frase últimamente, pero debe tener confianza.

—Si usted está seguro de que esto salvará la vida de la doctora, cuente conmigo.

—Gracias, doctor. Le ruego que espere en la habitación de Julia a la espera del traslado. Nos queda poco tiempo.

—Muy bien, ahora voy para allá.

Martín salió del despacho y se sintió aliviado. Al menos había conseguido otro apoyo más.

De repente una detonación resonó en el ambiente.

Martín no tuvo dudas. Había sido un disparo. Lanzó un grito sobrehumano surgido de sus entrañas, un alarido sobrecogedor para cualquiera que lo hubiera escuchado. Corrió por el pasillo hacia la habitación de Julia, desesperado y furioso como un oso malherido en busca de su cazador.

* * *

Costa observó cómo el punto que había visto en el cielo azul y sin nubes se aproximaba a gran velocidad hacia ellos. Pronto fue creciendo en tamaño y se convirtió en una esfera del tamaño de una canica gigante de más de cinco metros de diámetro que brillaba como un espejo…

Todos miraban la aproximación asombrados, excepto Freezer, al cual le brillaban los ojos de esperanza. Además, allí, en una explanada del recinto, estaban el director del Centro del Observatorio Radioespacial de Robledo de Chávela, los escoltas, un aterrado Simón y Costa en su silla de ruedas.

La esfera se posó con tanta delicadeza sobre la hierba que esta apenas sufrió daños. De repente se abrió una compuerta, de la cual surgió una pasarela metálica que se fue desplegando hasta tocar el suelo. De ella bajaron dos personas vestidas con una especie de armadura liviana, de color blanco como la nieve, que se ajustaba a sus cuerpos marcándolos. Llevaban cascos

con un visor adaptado al ojo derecho, cuyo objetivo refulgía con una luz azulada intensa que parecía recorrer a los allí presentes. Los dos alienígenas eran incluso más altos y atléticos que Freezer. Debían de sobrepasar con creces los dos metros de altura.

—*Emissari, estas iri nin kiel ebleplej baldaü* —dijo uno de ellos dirigiéndose a Freezer.

—Emisario, debemos irnos lo antes posible —tradujo Simón.

Freezer se giró hacia Costa y lo miró con sus cristalinos ojos azules.

—¿No nos acompañas?

—No —contestó Costa sin poder apartar la mirada de la nave extraterrestre—. Esto es muy importante, si me traicionas…

—Sí, ya lo sé —contestó Freezer sonriéndole—. Me pegarás un tiro en esta mierda de cabezota telepática que tengo.

—Eso es. No dudes que lo haré.

—Juan —dijo Freezer con seriedad—, eres lo más parecido a un hermano que he tenido en Domo. Cuídate. Velaré por tu seguridad, aun estando en Unoa.

—Andreas —le dijo el director a Freezer—, ahora entiendo las noches que te quedabas solo en la sala de control. Estoy emocionado y sorprendido. Estamos viviendo un momento histórico y no sé cómo encajarlo.

—Los acontecimientos nos dirán cómo acabará todo esto —le contestó Freezer estrechando la mano del director—. Todo indica que se acercan tiempos difíciles en los que habrá que hacer una alianza entre los humanos de Blua Suno y Domo, la Tierra. En caso contrario, ambos estamos condenados al exterminio.

Freezer se encaminó hacia el rampa de la esfera seguido por los dos alienígenas acorazados.

Simón se detuvo unos instantes delante de Costa. Estaba temblando de pies a cabeza.

—Brigada, júreme que no me pasará nada.

—No te enviaría con «los rubitos» si creyera lo contrario —contestó Costa con una sonrisa tranquilizadora—. He visto el alma de Freezer y te puedo asegurar que es mucho más limpia que la de cualquier terrestre. Estarás mucho más seguro con ellos que aquí abajo. Créeme. Quiero que la primera cara que vea Julia cuando despierte sea la tuya. Será lo más parecido a un amigo de su propio planeta y que hable su propia lengua. Tendrás que ayudarla en las conversaciones con los ocupantes de la nave extraterrestre. Por eso es tan importante tu misión. Ahora vete y cumple con tu deber. No

olvides que eres un agente del CNI y que debes salvaguardar la seguridad de tu país.

—Adiós —dijo Simón. Cabizbajo, se dirigió hacia la esfera y desapareció en su interior. La rampa se recogió a gran velocidad y la compuerta se cerró, quedando la superficie metálica del objeto totalmente hermética. Con la misma velocidad que había aparecido, la esfera se elevó y salió disparada en dirección a Madrid. En escasos segundos la perdieron de vista.

—Bueno, chicos —le dijo Costa a los boquiabiertos escoltas—. Volvamos a «la Casa», creo que me estarán esperando con «los brazos abiertos». —Iba a tener que dar muchas explicaciones al comandante Díaz. Dónde estaba Freezer, dónde estaban los agentes del NSA… Se subió con sumo esfuerzo en la furgoneta negra del CNI. Un escolta le cargó la silla de ruedas en el maletero. Se sentía terriblemente cansado, pero de la misma manera estaba muy satisfecho de cómo se estaban desarrollando los sucesos. Estaba convencido de que todo lo que había hecho era lo correcto. El mundo se había vuelto loco y era rehén de los dictámenes de unos pocos con mucho poder, tanto que estaba en ciernes una guerra de incalculables consecuencias. Había jugado en el tablero de ajedrez por Martín, salvando a la dama, Julia. Él se había reservado el papel del caballo, saltando de aquí para allá, hacia delante y hacia atrás, desconcertando al enemigo, permitiendo que los dos alfiles huyeran en diagonal, Freezer y Simón.

Se despidió de Fajardo asomándose desde la ventanilla del vehículo.

—Mantenga la conexión abierta —le dijo—. Esos telescopios deben seguir orientados a la nave extraterrestre. Pronto necesitaremos hablar con ellos.

—No se preocupe —contestó el director—. Así será.

El vehículo arrancó y se dirigió hacia la carretera de El Escorial.

Cuando llevaban recorridos aproximadamente cuatro kilómetros, la carretera comarcal que los debía llevar hasta la autovía M-510 estaba cortada por dos vehículos Daewoo de color gris.

El conductor de la Mercedes Vito aminoró la marcha y se detuvo a unos cincuenta metros de ellos.

—¿Qué hacemos, brigada? —preguntó inquieto.

Costa sopesó la situación. Seguramente Edwards estaba muy furioso con él ya que había roto las «reglas del juego». Eran imprevisibles sus intenciones, pero en todo caso no podían ser buenas.

—Da la vuelta y marchémonos de aquí —dijo finalmente.

El conductor hizo caso al momento. El vehículo circuló marcha atrás durante unos metros y cuando tomó un poco de velocidad lo hizo girar con brusquedad para hacerlo cambiar de sentido. Todos los ocupantes se vieron sacudidos por la maniobra. Después apretó el acelerador para dirigirse de nuevo hacia Robledo de Chávela. Pero era demasiado tarde. En pocos segundos uno de los Daewoo les cortó el paso, mientras que el otro se pegó a la parte trasera de la furgoneta, obligándola a frenar.

Costa vio cómo Edwards y sus agentes bajaban del vehículo que les había cortado el paso. Llevaban las manos derechas ocultas tras la espalda y un gesto de odio en los rostros.

—Prepárense —gritó Costa a sus escoltas—. ¡Nos van a atacar!

Fue demasiado tarde. Las miradas de los agentes del CNI se habían concentrado en el vehículo que les había cortado el paso, desatendiendo al que se encontraba en la parte posterior de la furgoneta. Y de allí vino la muerte.

Los vidrios de los cristales de la Mercedes Vito se hicieron añicos al ser atravesados por las balas. El conductor y los tres escoltas apenas tuvieron tiempo para desenfundar sus armas. Fueron acribillados a poca distancia. La sangre salpicó todo el interior del habitáculo. No tuvieron ninguna oportunidad.

Costa, todavía confuso por las detonaciones, notó que su cuerpo estaba cubierto de un líquido rojo y viscoso, no sabía si se trataba de su propia sangre.

Su puerta se abrió de golpe y un aluvión de vidrios fragmentados cayó sobre su regazo. Una mano poderosa lo agarró de la pechera y lo arrastró hacia el asfalto, en donde impactó con violencia. Después lo arrastraron como si fuera un fardo. Notó el suelo rugoso y punzante en su espalda y ahogó un grito de dolor. Finalmente, la mano que lo sujetaba lo dejó rodar por la cuneta de la carretera. Sintió la hierba bajo su cuerpo y por fin pudo abrir los ojos. Vio el cañón de una pistola, todavía humeante, delante de su frente. Cuando pudo aclarar la visión, observó el rostro desencajado de Edwards.

—Tullido, ¿por qué no te ríes ahora? —le gritó. Tenía la comisura de los labios llenos de saliva y los ojos encendidos por el odio—. Así te quería ver yo, implorando por tu vida, en el suelo, como un gusano, que es lo que eres. Te dije que no sabías con quién estabas tratando.

Costa tenía un terrible dolor que lo recorría por oleadas desde la cabeza hasta la planta de los pies. Pero estaba seguro de que no lo había alcanzado ningún proyectil. Parecía ser que Edwards se había reservado ese privilegio.

No pensaba morir tumbado en el suelo. Clavó los puños y las rodillas en el suelo y con un esfuerzo sobrehumano, haciendo trabajar los músculos de todo su cuerpo, sintiendo que millones de alfileres lo taladraban, consiguió ponerse en pie. Por fin pudo erguirse hasta llegar a la altura de los ojos de su verdugo.

Sorprendido por la reacción de Costa, Edwards dio un paso atrás.

—O tienes muchos cojones o estás loco —dijo apuntando con su pistola al brigada—. ¿Dónde está el extraterrestre? ¿Dónde está Freezer? ¿Qué ha pasado dentro del observatorio?

—Sigues siendo un payaso maloliente —contestó Costa sonriendo—. Y el más tonto que ha podido enviar el NSA…

No pudo acabar la frase. Escuchó una detonación y al instante sintió un golpe terrible en el pecho que lo lanzó hacia atrás. Notó cómo su cuerpo caía inerte en el suelo. Solo podía ver el cielo, azul y limpio de nubes.

Alguien se arrodilló a su lado y le susurró al oído.

—La bala te matará despacio. Podrás aguantar una hora aproximadamente antes de que te ahogues en tu propia sangre. Pero aún te podrías salvar si llamo a una ambulancia. Nadie puede ayudarte, hemos cortado la carretera a lo largo de seis kilómetros con la ayuda de tus amigos de la Guardia Civil. Han recibido la orden de ayudarnos por el bien de la Seguridad Nacional. Te has convertido en un proscripto, en un terrorista aliado de los extraterrestres y nadie dudará de que tu muerte haya sido necesaria. Pero todavía te puedo salvar. Dime, engendro, ¿dónde está el extraterrestre? Costa solo pudo mover los ojos hacia la dirección de Edwards. El resto del cuerpo no le obedecía. Era evidente que el proyectil, aparte de un pulmón, también le había destrozado la columna vertebral.

Hizo un esfuerzo enorme para tomar aire. Después escupió una lluvia de saliva y sangre al rostro de Edwards. El golpe que recibió en pleno rostro lo sumió en la oscuridad más absoluta.

* * *

Número Uno del comando SOG entró por la puerta principal del Hospital 12 de Octubre de Madrid. Caminaba tranquilo, pasando totalmente desapercibido entre las decenas de personas que guardaban su turno delante del mostrador de recepción. Miró con aire distraído el panel informativo que había sobre los ascensores y pronto vio lo que buscaba: Unidad de Cuidados Intensivos, Planta 1.

Buscó las escaleras y subió hasta la planta 1, sin cruzarse con nadie. Una vez que accedió al pasillo, vio una puerta basculante de doble hoja y sobre ella, un cartel que rezaba: UNIDAD DE CUIDADOS INTENSIVOS. PROHIBIDO EL ACCESO A PERSONAL NO AUTORIZADO.

Un fuerte olor a desinfectante invadió su olfato.

Avanzó con paso decidido hasta las puertas y desplazó una de sus hojas lo mínimo indispensable para tener el ángulo de visión de todo el pasillo. Había un mostrador con una enfermera ocupada en rellenar formularios. A la derecha, un despacho que tenía un cartel que rezaba: JEFE DE PLANTA.

Observó un largo pasillo y aproximadamente, en la mitad de este, a dos hombres sentados delante de la puerta de una habitación. No tuvo duda de que se trataba de escoltas, probablemente de la policía o de los servicios secretos. Estaban en actitud muy expectante y tuvo el tiempo justo de retirar su cabeza tras la puerta antes de ser descubierto. Era evidente que se trataba de profesionales. Pero eran solo dos. Se grabó en la memoria el plano de evacuación de la planta que había colgado al lado del ascensor, poniendo especial atención en las entradas y salidas del edificio.

Con las ideas claras volvió a la planta baja del hospital. Cruzó el vestíbulo y salió al exterior, caminando con paso ligero hasta la zona de aparcamiento, donde lo esperaban tres miembros de su Unidad.

—Miren detrás de ustedes —les dijo—. Esa puerta metálica es la salida de emergencia del edificio. Desde ella se puede acceder a la primera planta, donde está el objetivo. Número 3 y número 4, entrarán por ella y esperarán mis instrucciones. La tendrán que forzar, ya que solo se puede abrir desde adentro. Número 2 y yo subiremos por las escaleras de servicio. Hay una enfermera en el mostrador. En el caso de que esté allí en el momento de la intervención, la ignoraremos a no ser que dé la voz de alarma y pasará a ser objetivo secundario, nos ocuparemos de ella junto con el médico jefe de planta cuando acabemos con los objetivos primarios. La habitación está custodiada por dos escoltas. Entraremos rápida y sincronizadamente para eliminarlos. Después entraré yo solo en la habitación y neutralizaré al objetivo principal. Utilizaremos armas blancas, a no ser que la resistencia sea demasiado activa, no queremos hacer ruido. La vía de escape será la salida de emergencias que les he indicado. Vendremos hasta el estacionamiento, subiremos a nuestros vehículos y nos marcharemos tranquilamente. Tiempo estimado cinco minutos. ¿Alguna pregunta?

—Jefe, ¿no quiere saber cómo ha terminado la misión de Nicolai Lavrov?

—Lo sé —contestó Número 1—. Están vivos, por lo que ha ido bien. Luego me lo cuentan camino de casa.

—El tema se ha complicado un poco —dijo Número 3—. Nicolai y sus sicarios han ofrecido resistencia y hemos tenido que hacer más ruido del necesario. Mañana saldrá en la prensa.

—En todo caso nosotros ya no estaremos aquí para leerla —contestó Número 1—. A trabajar.

Dos agentes del SOG salieron corriendo hacia la puerta de emergencias del hospital que daba al estacionamiento. En pocos segundos la forzaron y entraron por ella.

Número 1 y Número 2 caminaron rápido hacia la entrada principal. Pasaron por el vestíbulo hasta las escaleras y subieron hasta la primera planta. Igual que había hecho anteriormente, Número 1 asomó la cabeza por la puerta basculante. La enfermera seguía rellenando unos folios en el mostrador. A unos veinte metros de ellos, los dos escoltas se *giraron* a mirarlo. En el otro extremo del pasillo pudo divisar a Número 3 y Número 4, que abrían la puerta de emergencia y comenzaban a correr sigilosos armados con cuchillos de asalto.

Número 1 se dirigió hacia donde estaban los escoltas, mientras que Número 2, viendo que la enfermera iba a gritar, le lanzó un tajo con su cuchillo que le seccionó el cuello. Los soldados del SOG ya habían pasado de largo cuando el cuerpo de la enfermera se desplomó en el suelo sin vida. En su frenética carrera observaron que el despacho del Jefe de Planta tenía la puerta cerrada.

Uno de los escoltas desenfundó una pistola de su riñonera y apuntó a Número 1 y Número 2, pero cuando iba a disparar, un cuchillo se clavó en su espalda, atravesándole el corazón. De todos modos, consiguió apretar el gatillo. La bala se incrustó en las placas del techo entre una lluvia de polvo. El segundo escolta intentó repeler a los agresores que venían hacia él por la espalda, pero fue demasiado tarde. El filo de un cuchillo le seccionó la yugular. Número 1 continuó corriendo por el pasillo hacia la habitación cuando escuchó un alarido a sus espaldas. Un grito casi sobrehumano que consiguió romper su concentración. Al girarse, vio a un hombre inmenso, con los ojos inyectados en sangre y que corría a una velocidad sorprendente detrás de ellos. En décimas de segundo atrapó a Número 2 por la nuca, estampando su cabeza contra la pared con tanta fuerza que se escuchó el crujido del cráneo al fracturarse. Número 1 esperó el envite del gigante apoyando con fuerza los pies en el suelo y blandiendo su cuchillo. Para su sorpresa, este se movió con una agilidad impropia para su volumen, desvió el ataque de su cuchillo con el antebrazo y le propinó un fuerte golpe en la nariz con el codo sin parar de correr. Número. 1 cayó al suelo semiinconsciente con la sensación de que su cabeza había estallado. A los pocos segundos consiguió ponerse de pie y aún confuso por el golpe que le había fracturado la nariz,

pudo observar la lucha que estaban manteniendo Número 3 y Número 4 con el agresor, quien ya no contaba con el factor sorpresa.

Aun así, el gigante seguía desviando los ataques de los cuchillos con suma maestría, a pesar de que intentaban herirlo desde todos los ángulos posibles. Número 1 hizo un gran esfuerzo para aclarar su mente y reponerse. La sangre salía a borbotones por su nariz fracturada. Por fin pudo atacar por la espalda al gigante, al encontrarlo desprevenido ya que se estaba enfrentando a sus compañeros. No desaprovechó la ocasión y le hundió el cuchillo hasta el mango a la altura del riñón derecho.

El hombre lanzó un alarido y se giró rápidamente, lanzando el brazo hacia atrás con la palma de la mano extendida, la cual impactó directamente en la tráquea de Número 1, que todavía sujetaba el cuchillo clavado en la espalda de su adversario. El golpe fue mortal. Crujieron los cartílagos del cuello y cayó al suelo fulminado. Al poco moría entre convulsiones por la falta de aire en sus pulmones.

Martín gritó de dolor al sentir cómo la hoja de otro cuchillo entraba por su hombro derecho. Sabía que tenía a uno de sus enemigos justamente a su espalda. Se impulsó hacia atrás y notó que un cuerpo impactaba brutalmente contra la pared del pasillo. Sin detenerse ni un instante se abalanzó contra el único individuo que quedaba en pie, que lo esperaba con su cuchillo en la mano. Pero Martín no quiso entrar en la lucha cuerpo a cuerpo, sacó su arma con rapidez y disparó a la cabeza de su contrincante. Antes de que este cayera al suelo, se volvió y vio que el otro agresor se estaba recuperando del golpe recibido. Un balazo le atravesó la frente, desparramando su masa encefálica por la pared.

Jadeante, Martín miró hacia su alrededor. El pasillo estaba lleno de cuerpos inertes y de sangre. Se dirigió tambaleante hasta donde se encontraban Corvalán y Jiménez, ambos estaban muertos. Habían protegido a Julia con su vida. Siempre los recordaría por su heroicidad. Continuó andando, cada vez más débil hasta entrar en la habitación, tenía que asegurarse de que no había conseguido entrar nadie. Julia seguía tendida en la cama, conectada a máquinas y aparatos de espectrometría. El cardiograma seguía dibujando picos rítmicos, aunque débiles.

Más tranquilo, Martín volvió al pasillo para continuar protegiendo a su mujer. Desconocía si el ataque había acabado por completo. Podía ser que otro comando hubiese entrado también en el hospital. Pero todo se mantuvo en silencio. Poco a poco notó que las fuerzas lo abandonaban. El estallido de adrenalina estaba desapareciendo y comenzó a sentir un fuerte dolor en el

hombro y en la espalda, en donde todavía tenía clavado un cuchillo. Mejor no sacarlo, pensó.

Su cuerpo iba fallando y la cabeza le daba vueltas. Sin apenas darse cuenta, se vio sentado en el suelo, con media espalda apoyada en la pared para evitar el contacto con la empuñadura del cuchillo. Observó indefenso cómo bajo su cuerpo se estaba formando un charco de sangre.

Sonó su teléfono móvil. Con dificultad lo pudo sacar del bolsillo de la chaqueta. Era Costa.

—¿Martín? —La voz del brigada se escuchaba muy débil, como si le costara respirar—. La cosa se ha puesto muy fea. Freezer va hacia el hospital, tiene que estar a punto de llegar. Nos han atacado cuando nos dirigíamos al Escorial. Toda mi escolta ha sido asesinada por el NSA y yo estoy herido. Creo que me han dado por muerto, me han dejado tirado en una cuneta. Los veo a lo lejos. Supongo que están esperando los refuerzos para retirar los cadáveres. Ten cuidado, esta gente va por todas. —Costa hizo una pausa para ganar fuerzas para seguir hablando—. Te llamo para despedirme, amigo. Esta vez me han cazado. Quiero que sepas que has sido un hermano para mí y te pido que tengas cuidado. Están eliminando a todos los que saben la verdad… Ahora estamos proscriptos.

Martín se sintió desolado al escuchar a su amigo. La pena le embargó y le hizo un nudo en la garganta.

—Aguanta, Juan —le dijo—. Te enviaré una ambulancia.

—No, la carretera está cortada y bajo control del NSA con ayuda de la Guardia Civil. El inútil de Díaz ha entregado todo el control a los norteamericanos. Es un pelele. ¿Te encuentras bien?, te he notado extraño cuando hablabas.

Martín miró la masacre que había a su alrededor y suspiró. La cabeza le seguía dando vueltas. Escuchó las sirenas de la policía en el exterior. Los refuerzos que le había prometido el Comisario Jefe llegaban tarde.

—Bueno, compañero —le contestó—, digamos que no me ha ido mucho mejor que a ti. Nos han dado fuerte a los dos.

—¿Julia? —Sigue con vida, pero aquí se ha desatado la Tercera Guerra Mundial. Estamos jodidos. Tú en tu cuneta y yo en un pasillo lleno de cadáveres.

—¿Sobrevivirás? —pudo preguntar Costa después de toser.

—Eso creo —mintió Martín intentando soportar el dolor y el mareo que lo vencía por momentos.

—¿Sabes qué pienso, hermano? —la voz de Costa sonaba cada vez más débil—. Que por lógica tú y yo debimos morir en aquel blindado en llamas, hace diez años. Desde entonces hasta ahora hemos estado viviendo de prestado por alguna razón. El destino nos tiene preparada otra misión, coronel. No puedo creer que este sea nuestro fin… Te he de dejar, hermano, creo que me voy a desmayar…

La comunicación se cortó. Martín sollozó con impotencia. La imagen del cuerpo de Costa abandonado en una cuneta como un perro atropellado le resultó insoportable. Él se merecía otro tipo de muerte. Era un luchador nato, un valiente, un héroe.

La puerta basculante del pasillo se abrió despacio. Apareció la cabeza del doctor Salcedo, que al ver la escena, corrió sorteando los cadáveres hasta dónde estaba Martín apoyado en la pared.

—Déjeme ver. —El médico se arrodilló al lado del coronel y empezó a examinar su espalda.

—Gracias, doctor, pero prefiero que atienda a mi mujer. Hay que prepararla para…

En aquellos momentos entró por el pasillo una comitiva encabezada por Freezer, que caminaba con paso seguro seguido de dos individuos vestidos con una especie de coraza de color blanco que llevaban una cápsula transparente de forma alargada, la cual flotaba entre ambos. Detrás iban los agentes del CNI Pérez y Gemar, quienes sacaron sus armas al observar la masacre. Ambos corrieron hacia Martín para socorrerlo.

—Coronel, lo sentimos —dijo Gemar compungido mirando los cadáveres de Corvalán y Jiménez—. Hemos llegado demasiado tarde.

—Su misión no ha terminado todavía —contestó Martín con un soplo de voz—. No hasta que pongan a la doctora Massó a salvo.

De repente Martín sintió una mano cálida y reconfortante sobre su hombro. Giró la mirada y vio los ojos limpios y transparentes, casi de niño, de Freezer.

—Coronel, has hecho todo lo que has podido. Ahora descansa. Tu mujer está en buenas manos. No tienes que luchar más. Nosotros nos haremos cargo de ella. Has conseguido protegerla y ahora mereces la paz del guerrero.

Martín notó cómo sus ojos se humedecían. Sentía que su vida lo abandonaba por momentos. Pensó en su mujer, sus hijos, lo que más amaba en su vida. Nunca más volvería a verlos.

—Freezer, el brigada Costa también ha caído —dijo en un susurro—. Su cuerpo está en una cuneta de la carretera, cerca del observatorio de Robledo

de Chávela. Solamente espero que nuestras muertes hayan servido para algo. No sé por qué, pero confío en ti. Has de establecer el equilibrio entre tu mundo y el mío en paz. Nosotros ya no te podremos ayudar… Por favor salva a Julia…

La cabeza de Martín fue bajando lentamente hasta reposar inerte sobre su pecho. Su cuerpo quedó inanimado, apoyado en la pared del pasillo.

* * *

Edwards caminaba inquieto de un lado hacia otro sobre el asfalto de la carretera mientras sus hombres lo observaban expectantes. Allí estaba todavía la Mercedes Vito con cuatro cadáveres en su interior. Los podía ver a través de los vidrios destrozados a balazos. Llevaba más de media hora esperando instrucciones que no llegaban. Los accesos a la carretera seguían cortados unos kilómetros más arriba y más abajo por los agentes de la Guardia Civil. Se preguntaba si habían escuchado los disparos. En todo caso, nadie había aparecido por el lugar. ¡Maldita sea, se había cargado a cinco agentes del CNI a sangre fría, incluyendo al «tullido», siguiendo órdenes! Le habían dicho que era necesario y que toda la operación sería convenientemente explicada a las autoridades españolas. ¿Pero cómo explicar aquello? ¿Qué podría motivar aquella matanza? Estaba acostumbrado a seguir órdenes sin hacer preguntas, pero jamás había actuado de aquella manera en un país aliado y del Primer Mundo. ¿Dónde estaban los refuerzos que le habían prometido? Empezaba a ponerse nervioso.

Aquel día estaba resultando desastroso para él. Primero el «tullido» le preparó la emboscada de la Guardia Civil con la finalidad de sacárselo de encima. Aquello le había costado perder casi una hora muy valiosa. Fue necesario que se identificara y que buscara el aval de sus superiores y del comandante Díaz, del CNI, para que finalmente los dejaran marchar del control de carretera. Aprovechó la circunstancia para reclamar la escolta de los agentes de la Guardia Civil para que lo condujeran a él y a su equipo hasta el observatorio de Robledo de Chávela. Cuando estaban llegando al complejo, pudo observar cómo una esfera de grandes dimensiones salía de allí y se perdía a gran velocidad en el cielo. No tuvo ninguna duda de que Freezer viajaba en ella. Llamó por teléfono a sus superiores para pedir instrucciones. Su intención inmediata hubiese sido asaltar el centro de radiotelescopios, pero prefería estar respaldado en su decisión. Para su sorpresa, el jefe del NSA en Europa le dijo que se mantuviese a la espera, que le pasaría la llamada a un

cargo superior. Eso no quería decir otra cosa que era un «pez gordo» y que nunca sabría su nombre, lo cual no lo eximía de cumplir sus órdenes al pie de la letra. Más bien al contrario.

—¿Comandante Edwards? —dijo la voz al otro lado del teléfono.

—Sí, señor.

—Infórmeme de la situación.

—Seis agentes del CNI han entrado en el observatorio radioespacial de Robledo de Chávela, en Madrid, llevando consigo al alienígena llamado Freezer. Entre los agentes iba un intérprete de esperanto. Su finalidad era ponerse en contacto con la nave extraterrestre. Antes de llegar al Centro la policía española nos retuvo en un control y los perdimos. Ahora estamos en las inmediaciones del *Deep Space Communications Complex* de Robledo de Chávela y hemos visto salir de sus instalaciones una esfera de gran tamaño, un ovni. Estoy seguro de que el extraterrestre iba en su interior. Han venido a buscarlo y desconozco el motivo por el cual el CNI le ha prestado apoyo y está actuando de esta manera. Pero realmente creo que el jefe del comando, un tal brigada Costa, está actuando por su cuenta. Tiene algún tipo de información que se nos escapa y que lo hace actuar de una manera casi desesperada. De hecho, he solicitado la intervención de su teléfono móvil y realizó una llamada telefónica al coronel Martín Herrero, el cual parece estar junto a su mujer, que está en estado muy grave en un hospital. Le dijo que Freezer iría a buscarla. No sé a qué hospital se referían ni cómo realizarán el rescate. —Edwards hizo una pausa, sin tener demasiado claro que su interlocutor le hubiese entendido—. Solicito entrar por la fuerza en el MDSCC y conseguir toda la información posible. Para ello habré de apresar a los agentes del CNI, sobre todo al brigada Costa y a todas las personas que hayan tenido contacto con ellos.

Se mantuvo en silencio al otro lado del teléfono. Era evidente que su interlocutor estaba reflexionando.

—No, coronel —dijo finalmente—. Esperará a que salgan y los eliminará a todos, sin excepción.

—Perdón, señor —dijo Edwards sin creer lo que estaba oyendo—. ¿Ha dicho eliminar a los agentes del CNI?

—Exactamente. Está claro que actúan por su cuenta y que están sirviendo a los intereses del enemigo. Son demasiado peligrosos. Se han de eliminar.

—Con todos los respetos, señor —Edwards no se podía creer lo que estaba escuchado—, ¿no sería más conveniente arrestarlos para saber de sus intenciones?

—Sus intenciones ya las han demostrado: apoyar a los que nos han bombardeado con un virus que pretende exterminarnos. No sé si se ha enterado, comandante, pero estamos en una situación de guerra. No quiero a esos indeseables vivos. Son demasiado peligrosos. Ya buscaremos otra forma de encontrar información. También nos encargaremos del coronel Martín Herrero. No se preocupe, sabemos dónde encontrarlo. Edwards reflexionó durante unos instantes. Por fin dijo:

—Necesito cobertura. Estoy operando en un país extranjero. No creo que les haga gracia que elimine a sus agentes de inteligencia.

—Evidentemente que la tendrá, comandante. Actúe con tranquilidad. Estaremos en contacto.

—¿Puedo preguntarle con quién he hablado?

—No, pero me puede llamar almirante.

La comunicación se cortó.

Entonces empezó la segunda situación de su «mal día». Habló con la Guardia Civil y les pidió que cortaran los accesos a la carretera del MDSCC. Estos habían recibido órdenes de colaborar con Edwards en todo lo que les pidiera, por lo que obedecieron sin pedir explicaciones.

Sus hombres también lo miraron perplejos cuando les explicó el operativo de la emboscada para eliminar a los agentes del CNI. De todos modos, obedecerían las órdenes recibidas.

Y así fue cómo se cometió el crimen. Una matanza ordenada por instancias superiores que carecía de lógica para los que la ejecutaron. Aliados contra aliados.

Edwards no podía negar que sintió algo de satisfacción cuando disparó al pecho de Costa. Era un hijo de puta insolente y lo había despreciado y ridiculizado continuamente. Una situación a la que no estaba acostumbrado y que había herido su orgullo. Aun así, no pudo evitar un asomo de admiración por la forma valiente y desafiante en la que el brigada había afrontado su muerte. Había demostrado tener cojones. No cabía duda.

Edwards continuó paseando como un león enjaulado, esperando la llamada que nunca llegaba.

* * *

En la planta de la UCI del Hospital 12 de Octubre la actividad era frenética. El doctor Salcedo estaba valorando la situación de Martín para estabilizarlo.

El gran charco de sangre que se había formado debajo de él iba aumentando por momentos.

El médico fue hacia un consultorio y volvió corriendo con un desfibrilador, un equipo de respiración autónoma y apósitos. Cuando llegó a la altura de Martín, resbaló con la sangre y estuvo a punto de caer al suelo.

—Ha entrado en paro cardiorrespiratorio —le explicó a Freezer mientras trabajaba con prisa—. Creo que tiene perforado un riñón y una de las puñaladas le ha seccionado parte de la aorta, aquí, encima del omóplato. Por eso pierde tanta sangre. Ayúdeme a tumbarlo. Cuidado con el mango del cuchillo. Tome ese apósito y presione con fuerza encima de la herida. Intentaremos contener la hemorragia.

Freezer obedeció al instante, retiró la chaqueta y la camisa manchada de sangre de Martín y observó la incisión que tenía en la espalda, encima del omóplato, por donde salía un cada vez más débil reguero de sangre. Presionó la herida con el apósito, aunque estaba seguro de que no serviría de mucho. Debían tomar otra determinación y pronto.

Salcedo había colocado con dificultad los electrodos del desfibrilador sobre el torso y la clavícula de Martín, ya que parecía que tenía una alfombra de pelo sobre su piel.

—Cuidado, retírese —le dijo a Freezer. Realizó una descarga y el monitor no obtuvo respuesta. El paro continuaba.

Freezer, desesperado, miró a su alrededor. Vio a los dos agentes del CNI parados en mitad del pasillo observando la escena, pálidos y desencajados, sin saber qué hacer. Por otro lado, sus dos hermanos permanecían también de pie flanqueando la cápsula flotante, esperando instrucciones.

—Tengo que pedir ayuda —le dijo Salcedo—. Este hombre necesita de una intervención urgente para detener la hemorragia. Necesito monitorizarlo con unidades de soporte vital exterior si no queremos perderlo definitivamente.

Freezer clavó sus transparente ojos azules en los del médico.

—Doctor —le dijo con serenidad—, nos tendremos que llevar al coronel también. Solamente en Unoa lo podrán salvar. Allí disponen de los medios necesarios. —Después se volvió hacia sus dos hermanos—: *Portos nin al la kolonelo en la kapsulo de vivograva apogo*. (Nos llevaremos al coronel en la cápsula de soporte vital) —les dijo.

—Emissari, estas Ekindek, Neniu de la Kolumna de esploristoj, la Majoro sole donis al ni instrukciojn por kolekti al oni. (Emisario, soy Ekindek, jefe de

la *kolumna* de exploradores, la comandante solo nos dio instrucciones para recoger a uno) —le contestó uno de sus hermanos.

Mi, la Emissari, mi respondos antaü la Majoro de miaj decidoj. (Yo, el Emisario, responderé ante la comandante de mis decisiones).

—*Tiel estas*. (Así sea). —Los dos hombres vestidos con armaduras de color blanco apartaron del lado de Martín al casi traumatizado doctor Salcedo, retiraron los electrodos del cuerpo y lo elevaron con cuidado hasta la cápsula flotante. Lo introdujeron en ella por uno de sus extremos e instantáneamente una nube de vapor blanco opaco llenó todo su interior, ocultando el cuerpo de Martín.

—Es una *enkapsuligas de vivograva konservado*, cápsula de mantenimiento vital —explicó Freezer al doctor Salcedo—. Mantiene al paciente en estado de suspensión criogénica hasta que es trasladado a nuestro *cela kunmetado*, regenerador celular. Cada *boveno*, ese es el nombre de la nave lanzadera de exploración, lleva tres de estas cápsulas de salvamento, una por cada tripulante. No se preocupe, se mantendrá en hibernación hasta su llegada a Unoa, nuestra nave nodriza.

El doctor Salcedo miró sorprendido cómo los dos extraterrestres de armadura blanca introducían a Martín dentro de la cápsula, que se mantenía inexplicablemente suspendida en el aire, y se la llevaban hacia el ascensor para subirla a la azotea.

—Rápido —apremió Freezer girándose hacia los dos hombres del CNI—. Necesitamos algo de tiempo. Tendrán que impedir que nadie entre en esta planta. Doctor, vaya a preparar a Julia, será la siguiente…

Pérez y Gemar se quedaron donde estaban, sin saber qué hacer. Aquella situación los desbordaba y a su jefe lo acaban de sacar dentro de una cápsula en dirección a un ovni estacionado en la azotea del hospital. Encima un extraterrestre les estaba dando órdenes. Freezer lo percibió y se dirigió hacia ellos sorteando los cadáveres que estaban tendidos en el suelo.

—El coronel Martín Herrero no ha dado su vida por nada —les dijo—. No solo pretendía salvar la vida de su mujer, sino también la de la única testigo que hay en el mundo que puede explicar la verdad. Nosotros no hemos atacado la Tierra. Martín lo sabía y esa certidumbre lo ha llevado a entregar su propia vida. ¿No se dan cuenta de que han intentado asesinar a Julia? Solo les pido que impidan que alguien entre en esta planta durante cinco minutos. Si quieren que su coronel salve la vida, ha de ser así. Le deben eso como mínimo.

Los dos agentes se miraron y, sin cambiar palabra entre ellos, decidieron colaborar. Aquella situación sin duda daba toda la razón al alienígena. La matanza que se presentaba ante sus ojos así lo atestiguaba. Después ya daríán las explicaciones necesarias a sus mandos. Aquello les podía costar su carrera, pero sabían que en el fondo en aquel asunto se estaba jugando algo mucho más importante que los superaba.

—Cuenta con ello —dijo finalmente Gemar—. Buena suerte. Cuida del coronel y de su mujer.

El ascensor se abrió y salieron de él los dos alienígenas con su armadura blanca y otra cápsula flotando entre ellos.

—Inmovilizaremos el ascensor para que nadie más lo pueda utilizar —dijo Pérez poniendo una papelera metálica delante del sensor de la puerta deslizante—. Ustedes utilicen la escalera de servicio para subir a la azotea. Suerte.

Después los dos agentes se dirigieron a la escalera de servicio y desaparecieron detrás de la puerta sin volver la vista atrás.

—Vamos, doctor —dijo Freezer a Salcedo dirigiéndose hacia la habitación de cuidados intensivos mientras hacía un gesto a sus hermanos para que lo siguieran—. Ahora ha llegado el turno de Julia. El tiempo apremia.

Todos entraron en la habitación de Julia sin preocuparse de protegerse con la ropa desinfectada que había en el vestidor.

El doctor Salcedo comenzó a trabajar con habilidad en desconectar todos los soportes vitales que mantenían con vida a Julia. Pronto se escuchó el pitido continuo del cardiograma al no detectar ninguna pulsación.

—Espero que sepa lo que se hace —le dijo a Freezer sin parar de trabajar.

—No se preocupe, doctor, estará en buenas manos.

La metódica tarea de Salcedo por fin finalizó tras desentubar la laringe de Julia. Freezer y sus dos hermanos la recogieron con cuidado de encima de la cama y la introdujeron dentro de la cápsula. Instantáneamente esta se llenó del humo blanco y opaco.

—Nos vamos, doctor, gracias por todo —dijo Freezer tomando por los hombros a Salcedo—. Protéjase hasta la *Granda Alveno*. Se acercan tiempos difíciles para la humanidad y me encantaría volver a verlo.

La comitiva de Freezer y la cápsula vital flanqueada por sus hermanos salieron a la escalera de servicio para subir a pie las cuatro plantas que los separaba de la azotea.

Escucharon las voces de alguien que discutía acaloradamente. Eran Pérez y Gemar, que estaban impidiendo el paso de la policía a la primera planta.

—Es un asunto de Seguridad Nacional. No pueden pasar de momento.

—El Comisario Jefe nos ha enviado para custodiar a la doctora Julia Massó. Hay testigos que afirman haber escuchado disparos. Déjennos pasar.

—Repito que no pueden pasar de momento. —La voz autoritaria de Gemar resonó por todo el hueco de las escaleras.

Freezer apremió el paso de la comitiva y corrió escaleras arriba. La cápsula, de dos metros y medio de largo, flotaba liviana como un globo entre los dos alienígenas de armadura blancas, los cuales la guiaban en cada recodo de los rellanos de las diferentes plantas con una sola mano.

Freezer sintió cómo los músculos de sus piernas se tensaban y le enviaban mensajes de dolor, propios de la inactividad que había tenido durante años de encierro. Pero lejos de dejarse vencer, siguió ascendiendo peldaños con la premura que le empujaba su instinto de supervivencia. Dependía de minutos para poder huir de aquel lugar y poner a salvo a Julia y a Martín. Esa era su misión y haría todo lo posible para llevarla a cabo.

Las voces de la discusión que mantenían los agentes del CNI y la policía se fueron difuminando según subían por los diferentes niveles del edificio, y Freezer avanzaba delante de la comitiva notando cómo el aire le faltaba en los pulmones y los músculos le dolían cada vez más. Su sufrimiento, pensó, no era nada comparado con el de las personas que habían formado su círculo durante las últimas horas. Martín y Costa habían caído por creer en él y en la misión que lo había llevado treinta años atrás a pisar la Tierra y mezclarse con su población. Nunca les podría agradecer lo suficiente su sacrificio, pero tenía muy claro que no los iba a abandonar a su suerte. Los acontecimientos se habían precipitado con una velocidad asombrosa y él, nombrado *Emissari* por Blua Suno, había perdido el control. De hecho no lo había tenido nunca. Los *homoj* no tenían sentimientos de amistad personalizada. Su amor debía de centrarse en la Comunidad, nunca en sujetos independientes. Ese sistema los había ayudado a sobrevivir en las adversidades. Pero su larga estancia entre los habitantes de Domo, la Tierra, había conseguido inculcarle otros sentimientos extraños para él. La amistad y el reconocimiento, así como otros muchos negativos a los que había renunciado. Pensó que los humanos de Domo tenían mucho que enseñarles a los *homoj*. El sentido del humor, la música, el placer de la buena compañía, el sentimiento que ellos llamaban amor, el arte. Todo ello los hacía seres excepcionales, temibles por la pasión en la que se embarcaban en sus proyectos. Siempre ansiando más. A veces

para lo bueno, pero otras muchas en algo que podía derivar en una actitud destructiva.

Por fin Freezer se encontró con una puerta metálica delante, la empujó y una luz intensa y resplandeciente lo deslumbró, obligándolo a cubrirse los ojos con la palma de la mano. Un ruido espantoso batía el aire formando remolinos de polvo que torpedearon su rostro con millones de partículas.

—Manténganse donde están —dijo una voz amplificada que provenía de detrás de las luces—. Les habla la policía. Échense al suelo con las manos en la cabeza. En caso de ofrecer resistencia, abriremos fuego.

Freezer, ahogado por el cansancio, vislumbró la silueta de Simón a través del haz de luz. Les tendía la mano apremiante para que subieran rápido por la rampa de la esfera.

—Rápido —gritó—. El helicóptero de la policía acaba de llegar y, si no se dan prisa, nos impedirán despegar.

Freezer observó horrorizado dos haces de luz azul que rompían la luminosidad del foco del helicóptero policial. Eran sus dos hermanos que habían apuntado hacia él su visor implantado en sus cascos. Se comunicó con ellos con el lenguaje antiguo, con la mente.

«No, hermanos, no destruyan».

«*Emissari* —escuchó Freezer en su mente—, nos quieren matar. El primer precepto queda anulado. No destruir a un humano a no ser para salvar vidas humanas».

«No destruyan —repitió Freezer con el pensamiento—. Corran, estamos muy cerca. No nos harán daño».

Los dos hermanos transportaron rápidamente la cápsula hasta la rampa de la nave lanzadera, la *boveno*, y se introdujeron en ella. Freezer los siguió corriendo sin perder de vista el haz de luz que venía desde el cielo nocturno. Escuchó varias detonaciones sobre el sonido atronador de los rotores del helicóptero, pero no hizo caso. Siguió corriendo hasta entrar en el habitáculo de la *boveno*.

—*Rapide, gi dekrocas!* (¡Rápido, despega!) —le gritó al piloto de la nave.

La rampa de la *boveno* se cerró de inmediato y se elevó a una velocidad sorprendente. En décimas de segundo vieron a sus pies el helicóptero, diminuto por la distancia, sobrevolando la azotea del hospital, alrededor del cual se desplegaban las luces de la ciudad, cada vez más lejana.

Freezer escuchó en su mente la voz del piloto de la *boveno*:

«¿A Unoa, *Emissari*?».

«No —contestó Freezer—, al punto donde me recogiste la primera vez, tenemos que rescatar a mi hermano Costa».

Simón observaba sorprendido el escenario que se desarrollaba ante su mirada. El habitáculo era espacioso, unos veinte metros cuadrados. El piloto de la nave se mantenía de pie manejando con sus manos unas columnas de luces que parecían estar suspendidas en el aire. Las cápsulas que contenían los cuerpos de la doctora Massó y de Martín descansaban levitando a un metro del suelo de la nave, blancas como la nieve y sin dejar ver su interior. Le recordaron las tumbas de los Reyes Católicos que había visto en la catedral de Granada, años atrás. Solemnidad, gloria, respeto fueron los sentimientos que lo invadieron ante la imagen de las dos cápsulas, una dispuesta al lado de la otra. Los dos amantes yacían inertes, juntos e inanimados, esperando su resurrección. Aquello parecía como un sueño desde que el brigada Costa lo había obligado a subir a la nave. Era todo tan extraño para él que no estaba seguro de si estaba despierto.

Comprobó sorprendido cómo su cuerpo se mantenía en equilibrio a pesar de los movimientos a gran velocidad de la nave. No los notaba y podía trasladarse de un lado a otro sin ninguna dificultad. Además todas las paredes de la esfera eran transparentes. Podía observar, desde todos los ángulos, por dónde se desplazaban. En aquellos momentos vio las luces de Madrid que pasaban raudas bajo sus pies. Al principio le dio vértigo, pero pronto averiguó, después de su primer viaje al Hospital 12 de Octubre desde el radiotelescopio de Robledo de Chávela, que aquel artefacto era el transporte más seguro que había conocido en su vida.

Miró hacia el techo y observó la bóveda celeste. Aquello era impresionante y no sabía qué decir, tal seguía siendo su conmoción.

Bajó la mirada para transmitir sus sentimientos a Freezer, que permanecía de pie en mitad de la estancia observando las dos cápsulas, y vio que jadeaba con dificultad. Simón se dio cuenta de que la transparencia del suelo quedaba tapada por múltiples gotas de sangre.

—¡Freezer, estás herido! —gritó dirigiéndose a él con el tiempo justo antes de evitar que cayera al suelo. Lo dejó con cuidado reposar en el piso transparente. Bajo ellos desfilaban luces y más luces de pueblos y ciudades. Pudo observar un orificio de bala que había roto la chaqueta de Freezer por la espalda y otro de salida a la altura del pecho, por donde salía un hilo de sangre.

* * *

Edwards estaba realmente inquieto. Había pasado mucho tiempo, demasiado, después de su última comunicación. Se había hecho de noche y las estrellas brillaban en el cielo con todo su esplendor. Estaban en mitad de la naturaleza y no había contaminación lumínica. El aire fresco de la sierra madrileña mecía las hojas de la vegetación que los rodeaba. Era como una caricia de frío cortante que anunciaba el invierno que estaba por llegar.

De pie en aquella carretera desierta llena de muerte, sintió un escalofrío que le recorrió todo el cuerpo. Algo no estaba funcionando bien. Le habían prometido una ayuda que no llegaba. Se sentía abandonado a su suerte.

Miró a sus hombres y advirtió que la desazón que sentía también había hecho mella en ellos. Se habían reunido en un grupo y hablaban en voz baja, mirándolo de vez en cuando furtivamente. No tenían en claro la conclusión de aquella misión y, al igual que él, dudaban de la legitimidad de lo que habían hecho: eliminar a todo un grupo de agentes de inteligencia de un país aliado en su propio territorio. Aquello no podía acabar bien. Los habían ejecutado a sangre fría siguiendo órdenes, pero se habían roto todos los protocolos existentes en cuanto a la manera de actuar del NSA en territorio amigo. ¿Cómo se podría explicar aquella masacre?

Edwards, de pie en la carretera, tiritando de frío, miró hacia la furgoneta negra acribillada a balazos. La cabeza inerte del conductor estaba apoyada en el marco de la puerta y ya se distinguían los síntomas del *rigor mortis* en su piel, que se estaba tornando de color morado en su parte inferior, en donde se había acumulado la sangre por efectos de la gravedad. Podía divisar al resto de los cadáveres dentro del habitáculo del vehículo, parecían simples sombras inertes como maniquís. Pero no lo eran. Habían sido personas que él había mandado matar con fe ciega en lo que se le había ordenado.

¿¡Dónde cojones estaban los refuerzos que le habían prometido!?

Caminó con paso resuelto hasta la cuneta, en donde se encontraba el cuerpo del «tullido». Lo hizo de manera instintiva para asegurarse de que al fin hubiera muerto. La última vez que lo había visto estaba agonizando tras dispararle al pecho. Sabía que lo había matado, pero tenía que asegurarse. Cuando vinieran a evacuarlos de la zona, quedaría como un estúpido si el brigada Costa todavía seguía con vida. La sensación de haberlo dejado sufrir hasta su muerte, tenía que reconocerlo, lo había reconfortado. Era un tema personal ya que lo odiaba intensamente por haberlo ridiculizado todo el tiempo.

Cuando llegó a la altura de donde sabía que se encontraba el cuerpo del agente del CNI, lo encontró igual a como lo había dejado. Una masa inerte entre la vegetación de la cuneta. Su cuerpo desmadejado estaba débilmente iluminado por la luna creciente. No había duda de que ya había muerto. Su piel tenía el aspecto de un pergamino arrugado de color gris ceniza. Pero Edwards distinguió de repente, cuando estaba a punto de marcharse, un brillo en los ojos de Costa, parecía que este lo observaba con atención. Sintió temor durante un instante. Seguramente la luz de las estrellas sobre las pupilas del cadáver hacía que estas resplandecieran. Pero sus ojos parecían vivos…

—Cretino…

La voz sorprendió tanto a Edwards que dio un paso atrás. La había escuchado como en un susurro débil, mezclado con el sonido del roce de la vegetación mecida por el viento. En un principio pensó que era una mala jugada que le estaba haciendo su imaginación.

—Tengo dos pulmones —le dijo la voz que procedía del cuerpo de Costa —. Y me has disparado al que ya tenía muerto por las llamas —guardó silencio durante dos segundos y añadió débilmente—. Imbécil.

La voz sonaba tan débil que apenas era audible, pero no cabía duda de que la había escuchado. Edwards no podía creer que aquel cabrón continuara todavía con vida. Desenfundó su pistola y apuntó al cuerpo.

—Eso es, inútil, acaba tu trabajo.

Algo atrajo la atención de Edwards. Apenas un resplandor en el cielo que parecía una estrella fugaz. Pero volaba demasiado bajo procedente de las montañas. Durante unas décimas de segundo pudo vislumbrar una figura alargada que brilló bajo la luz de la luna y que avanzaba a gran velocidad hacia ellos. Parecía un avión, pero no se oía ningún ruido de motor o reactor.

De repente supo de qué se trataba. Lo había visto actuar infinidad de veces en Afganistán e Irak. Esa velocidad, ese silencio que precedía a la destrucción. Se trataba de un UAV[16], un dron de grandes dimensiones armado con misiles aire-aire AIM-92, de gran poder destructivo. Miró aterrado a sus hombres, situados a unos veinte metros de él. Seguían hablando en voz baja entre ellos. No le daba tiempo a alertarlos. De repente entendió: aquella era la «ayuda» que le habían enviado. Se lanzó de un salto a la cuneta, junto al cuerpo inerte de Costa. Notó la vegetación y el cemento en su espalda y pudo ver que del avión no tripulado salía una estela de humo que dibujaba una raya grisácea en el cielo negro y estrellado. Se volvió hacia el suelo y se protegió la cabeza con sus brazos. Al momento, una terrible explosión llenó el aire y Edwards notó cómo el suelo temblaba con violencia bajo su cuerpo.

Después una ola de fuego pasó sobre él, arrasando el terreno sobre su cabeza. El metro de profundidad de la cuneta le había salvado la vida, aunque el calor infernal abrasaba la piel de su espalda a través del tejido de su chaqueta. Después escuchó un tremendo estallido, el suelo se convulsionó bajo su cuerpo y decenas de fragmentos incandescentes llovieron a su alrededor.

Con los oídos taponados por la onda expansiva, esperó la llegada de otro misil, el definitivo. El UAV tenía por ojos cámaras de infrarrojos y debería haber detectado su calor corporal. Estaba claro que su misión era exterminar la vida en aquel tramo de carretera. Esperó, pero el silencio retornó a la noche, solo roto por el crepitar de las llamas que devoraban los restos de los vehículos destruidos. Entendió. La cuneta le había salvado la vida de nuevo. El UAV no lo había detectado al estar oculto por la zanja del terreno. Ni a él ni a Costa.

Solo al cabo de interminables minutos, estuvo seguro que el ataque había finalizado. Giró su rostro hacia Costa. No se movía ni mostraba ningún síntoma de estar vivo. Notó cómo la cabeza le daba vueltas y perdió el conocimiento.

****

Bajo la *boveno* desfilaban a gran velocidad luces de pueblos, ciudades, autopistas y carreteras.

Todo eso pasó desapercibido para Simón. Estaba arrodillado al lado de Freezer, comprimiéndole con sus propias manos el orificio de bala que tenía a la altura del hombro derecho y por el cual no paraba de brotar sangre que se expandía por el suelo transparente de la *boveno*. Freezer se mantenía arrodillado, con la cabeza inclinada sobre el pecho, luchando para no perder la conciencia.

Uno de los hombres de la tripulación apartó con delicadeza a Simón.

—*Mi devas rigardi la vundon. Devas demeti al li lian stofon*. (He de mirar la herida. Debes quitarle la ropa) —le dijo mientras se colocaba una especie de visor del casco sobre su ojo derecho. Simón obedeció y retiró el jersey al herido, el cual protestó de dolor al verse obligado a levantar los brazos para facilitar la maniobra. Al momento un rayo de luz azul barrió el hombro de Freezer.

—*Esta grava?* (¿Es grave?) —preguntó Simón.

—*La objekto mortigi eniris kaj elirita de lia korpo. Ne estas ostoj rompitaj sed sino kiu dispecigis teksajojn kaj vejnojn. Mi devas halti la*

perdita de sango kaj malinfekti la vundon. (El objeto de matar ha entrado y salido de su cuerpo. No hay huesos rotos, pero sí que ha destrozado tejidos y venas. He de parar la hemorragia y desinfectar la herida).

El extraterrestre fijó su rayo de luz en la herida. El haz se hizo mucho más fino y se concentró en los tejidos dañados. Al poco el orificio se fue cerrando hasta dejar una cicatriz con aspecto de piel quemada. Freezer lanzó un gemido de dolor. Repitió la operación situándose a sus espaldas, para sellar el orificio de entrada de la bala. Un ligero olor a carne quemada se extendió por el interior de la nave.

—*Gin firmigis. En Unoa gin sanitos*. (Lo he estabilizado. En Unoa lo curarán).

Freezer resopló de dolor y se dio unos segundos para recuperarse.

—*Mankas trepor la loko de la reaceto, gvidilo?* (¿Falta mucho para llegar al punto del rescate guía?) —preguntó al piloto de la *boveno*.

—*Rigardas, emissari. Estas tie. Estas fajro por ciujflankoj*. (Mira, emisario. Es allí. Hay fuego por todos lados).

Era cierto. A unos cientos de metros de las instalaciones de radiotelescopios, fácilmente reconocible por sus gigantescas antenas que apuntaban al cielo estrellado, se observaban infinidad de llamas y columnas de humo sobrela carretera.

—*Sercas vivon, gvidilo*. (Busca vida, guía) —ordenó Freezer al piloto incorporándose con la ayuda de Simón.

Las paredes de la *boveno* cambiaron de textura. Seguían siendo transparentes, pero el paisaje se tornó de un color azulado. Pronto pudieron observar a dos figuras humanas tendidas en el suelo. Una de color rojo vivo y la otra de una tonalidad mucho más difuminada, las dos rodeadas de fragmentos ardiendo.

Freezer sintió un rayo de esperanza. Tal vez…

De repente un gran objeto pasó a gran velocidad sobre ellos. Era alargado y tenía las alas replegadas, bajo las cuales había unos cilindros alargados acabados en punta. Un potente reactor despedía llamaradas rojas en su cola. En pocos segundos casi desapareció de su vista, pero observaron a lo lejos cómo realizaba una maniobra y giraba para volver otra vez en su dirección.

—*Kio estas tio, emissari?* (¿Qué es eso, emisario?) —preguntó inquieto el piloto de la *boveno*.

—*Estas navo de milito. Sed ne estis neniu en lia interno. Versajne estas ke gi kaüzis ci tiu detruo*. (Es una nave de guerra. Pero no había nadie en su interior. Seguramente es la que ha causado esta destrucción).

—Es un dron —confirmó Simón, asustado, a Freezer—. Y está cargado de misiles. Creo que los que lo guían nos quieren derribar.

—*Por la zono en kiu Jlugas ne estas homaj. Gvidilo, gi neebligas lian ataron*. (Por la zona en la que vuela no hay humanos. Guía, impide su ataque) —dijo Freezer al piloto.

Las paredes de la *boveno* volvieron a cambiar de textura, tornándose casi negras. Parecía que toda su energía se concentró en un punto de color azul que abarcaba al dron en la lejanía. De repente este empezó a descender en picada, dando vueltas como una barrena hacia el suelo y se estrelló en mitad de un páramo tras un violento impacto que levantó una gran nube de polvo. Al instante una enorme llamarada se elevó hacia el cielo al estallar el combustible que llevaba en sus depósitos. Por fortuna, los misiles no explotaron. Seguramente todavía no estaban activados y su blindaje había protegido la carga explosiva de la deflagración. La llamarada pareció iluminar la noche durante unos instantes.

—No entiendo la tecnología de ustedes —dijo Simón sorprendido—. Pero es poderosa. Para la destrucción, pero también para sanar.

—Es la misma energía —le contestó Freezer—. Es la mente la que la dirige. *Nun malsupreniras, gvidilo. En la punkto kie estas la supervivents de la soseo*. (Ahora descendamos, guía, en el punto donde están los supervivientes de la carretera) —añadió dirigiéndose al piloto de la *boveno*.

—Tenemos que darnos prisa —dijo Simón señalando unos destellos de luces azules que se desplazaban a gran velocidad a lo lejos en dirección a la zona destruida—. Es la policía.

En décimas de segundo la *boveno* descendió hasta colocarse justo encima de las dos figuras que daban trazas de vida. Se abrió una oquedad en la forma abovedada y una rampa se desplazó hasta el suelo. El aire fresco de la noche entró en el habitáculo.

Freezer y Simón bajaron por la pasarela y se dirigieron hacia donde estaban los dos cuerpos tumbados en la cuneta de la carretera. Ambos estaban cubiertos por partículas y polvo de los incendios que tenían a su alrededor. Reconocieron al instante a Costa, boca arriba, con los ojos cerrados. Su cuerpo parecía el de un muñeco roto y estaba muy pálido. Los tripulantes de la *boveno* bajaron la cápsula de soporte vital, la *capsula de vivograva*, e introdujeron al brigada en ella. Al instante su cuerpo desapareció tras un humo opaco de color blanco. Empujaron la cápsula flotante al interior de la nave.

El otro cuerpo parecía igualmente inanimado. Estaba boca abajo y tenía la ropa de la espalda semiquemada. Su posición dentro de la cuneta estaba en un plano algo superior al que había ocupado Costa en el momento de la deflagración, tal vez por ese motivo se había quemado, pensó Simón. Aun así los censores de la *boveno* habían detectado que todavía estaba vivo, por lo que le dieron la vuelta con cuidado.

—¡Es Edwards! —exclamó Simón sorprendido—. El comandante del NSA. ¿Qué diablos habrá pasado aquí?

—Ya lo averiguaremos —contestó Freezer mirando hacia donde la carretera se perdía en una curva, a unos cuatrocientos metros, en donde pudo observar que se acercaban los destellos de las luces azules—. Nos lo llevaremos también aunque ya no nos queden cápsulas. Hemos de irnos ya, rápido. Es evidente que también han intentado asesinarlo. Si lo dejamos aquí, morirá.

Los tripulantes de la *boveno* recogieron a Edwards y lo introdujeron también dentro de la nave, seguidos por Simón y Freezer.

Ya en el interior, la compuerta se cerró rápidamente y la *boveno* salió disparada hacia el cielo estrellado.

Simón miró sorprendido cómo la tierra oscura plagada de lucecitas se iba alejando bajo sus pies. Sintió vértigo, aunque su cuerpo no se movió ni un ápice. Después entraron en una zona de nubes que pronto dejaron atrás. En pocos minutos las paredes de la nave se volvieron rojas a causa de la fricción de la salida de la atmósfera al espacio.

De repente se desplegó ante sus ojos el más maravilloso de los espectáculos. El universo plagado de estrellas y galaxias recortadas en la más absoluta oscuridad. Jamás hubiese pensado poder observar nada tan grandioso. Se le cortó la respiración ante tal experiencia. Miró hacia abajo y pudo ver una parte de la Tierra por donde en aquellos momentos era de día. Colores vivos, intensos y vibrantes llenaron su vista. El azul brillante de los océanos, el ocre de la tierra, la nieve eterna sobre las montañas, el verde de las selvas y estepas. Todo ello deslizándose bajo sus pies.

—Bienvenido a Unoa —le dijo a su lado Freezer con una sonrisa.

Simón levantó la vista y se quedó con la boca abierta. Un artefacto monstruosamente grande flotaba en el espacio como si estuviese a la deriva. Las imágenes que había visto en la televisión no le hacían justicia en absoluto.

Aquella era Unoa, la Primera. La salvación de Julia, Martín y Costa. Los tres primeros mártires de una guerra que acababa de comenzar.

* * *

Javier Figueroa estaba de muy mal humor. El motivo era que se había perdido su rutinario e imprescindible desayuno en la cafetería de la Plaza Mayor. Pero su trabajo era lo primero y las noticias no esperaban. Había recibido un *whatsapp* del recepcionista del Hospital 12 de Octubre, su informador, Sergio, para informarle que aquella pasada noche se había desencadenado una batalla en la planta de la UCI. Había muertos, mucha policía y testigos que aseguraban haber visto a un ovni que aterrizaba en la azotea del edificio.

Eran las seis y cuarto de la mañana cuando encontró sitio en el estacionamiento pago del hospital, en el que había un gran número de vehículos policiales estacionados en su entrada principal.

Cuando llegó a la altura de la entrada de acceso, un policía le salió al encuentro.

—¿Adónde va? —le preguntó amablemente.

—Vengo a visitar a un familiar que está muy grave. Me ha llamado el médico de guardia —mintió Javier. Suponía que se habían restringido todos los accesos al interior del hospital. Si decía que era periodista, no lo dejarían entrar.

—Lo siento, por el momento no puede pasar. Quédese por aquí cerca, si lo desea, o vaya a desayunar. En un tiempo la situación se normalizará y le dejaremos entrar.

—¿Me puede decir qué ha pasado? Estoy preocupado por mi familiar.

—No puedo informarle de nada ahora mismo. Todos los pacientes están seguros, eso sí se lo puedo decir. Su familiar estará en buenas manos. Esto es un hospital, ¿no?

—Gracias, agente. Volveré más tarde. —Javier supo que no le valdría de nada insistir. Tenía que pensar en otra estrategia.

Caminó de nuevo hacia el aparcamiento, sabiendo que el policía lo seguía con la mirada. Allí había pasado algo muy gordo.

Cuando perdió de vista la puerta principal, tomó un camino asfaltado que lo llevaba al acceso de urgencias. Lo intentaría por allí. Mientras andaba, pudo ver más vehículos policiales, entre los que se encontraba un furgón de los GEO (Grupo Especial de Operaciones de la Policía) y otros turismos sin marca custodiados por agentes de paisano. Observó también un par de furgonetas y dos Audi, que según su experiencia pertenecían sin lugar a dudas

al CNI. Ni rastro de periodistas por el momento, aunque estaba seguro de que no tardarían en llegar al lugar.

Tenía que entrar allí como fuera, pero la vigilancia era tan férrea que era imposible acceder al hospital por ninguna parte.

Entonces decidió utilizar la estrategia que casi siempre le había dado resultado: decir la verdad. Se dirigió con paso decidido a la entrada de urgencias, mientras que un grupo de policías y agentes sin uniformar fueron hacia él para impedirle el acceso.

—Quiero hablar con un responsable del CNI o un inspector de policía al mando. Tengo información importante que ofrecer sobre lo que ha pasado aquí. Soy Javier Figueroa, periodista. —Sacó una acreditación de prensa de su cartera y se la tendió a uno de los agentes—. Esperaré aquí. Gracias.

Los agentes se lo quedaron mirando confusos. Al fin, uno de ellos, que iba de paisano, entró por la puerta de urgencias con la acreditación de Javier en la mano.

Tuvo que esperar casi diez minutos antes de que reapareciera el agente acompañado por un hombre alto y trajeado, que tendría unos cuarenta años. Unas enormes ojeras rodeaban sus ojos marrones de aspecto cansado. No era un agente cualquiera, adivinó Javier. Se alegró de haber despertado la atención del CNI, porque aquel tipo, sin duda, pertenecía a los servicios de inteligencia.

—Dígame, señor Figueroa —dijo el hombre devolviendo la credencial a Javier.

—Soy el director del diario digital *Axioma* —explicó—. Bueno, también redactor, publicista… Ayer publiqué una noticia en mi diario referente a la doctora Massó —dijo Javier. Presentía que los hechos acaecidos en el 12 de Octubre estaban relacionados con la científica.

El hombre, impertérrito hasta entonces, lo miró con un brillo extraño en los ojos. A Javier le pareció ver un destello de rencor en ellos.

—Acompáñeme, por favor. No quiero hablar de esto aquí, en la calle.

Javier siguió al hombre hasta el interior de la sala de espera de urgencias, que estaba vacía en aquellos momentos. Era evidente que habían derivado todos los servicios a otros hospitales.

—¿Quiere un café? —preguntó el hombre sacando monedas de su bolsillo y dirigiéndose a una máquina que había en la entrada de la sala de espera—. Sé que es horroroso, pero nos despejará.

—No, gracias, solo bebo café venezolano. —Javier pensó en su café con leche matutino acompañado con un *croissant* y se le hizo agua la boca.

El hombre introdujo la moneda en la máquina y pulsó un botón. El ruido de la preparación del café rompió el silencio de la sala durante unos instantes. Retiró un vaso de plástico humeante y le dio un breve sorbo.

—Figueroa, ¿qué sabe de la doctora Massó? ¿Cómo se ha enterado de lo que sucedió aquí esta noche? Nosotros hace escasamente una hora que llegamos.

Javier se tomó su tiempo para contestar. Sabía que sus conocimientos eran puras suposiciones, pero basadas en el instinto que siempre había tenido y que pocas veces le había fallado. La trama que había maquinado su cabeza cada vez tomaba una forma más consistente. Se la iba a jugar con aquel tipo. Si se equivocaba, lo echarían a patadas de allí. No tenía nada que perder.

—Tengo un informador en este hospital, al igual que otros muchos repartidos por medio mundo. Ayer por la mañana me llamó para explicarme que habían ingresado a la doctora Massó en la UCI y que dos escoltas vigilaban su habitación. También me dijo que su marido estaba en todo momento junto a ella. Como periodista que soy, es mi obligación estar enterado de todo lo que acontece y de las personas de relieve en los diversos ámbitos. Conocía a la doctora Massó por sus trabajos en astrobiología y su importante aportación en la fabricación del REMS Curiosity que está explorando Marte. —Javier se sentó en una de las sillas de plástico de la sala sintiendo la mirada penetrante de su interlocutor, que se mantuvo de pie frente a él dando pequeños sorbos al café. Estaba claro que había conseguido toda su atención—. También sé que la doctora Massó trabaja en el Centro de Astrobiología de Torrejón de Ardoz. Al saltar la noticia de que habían realizado una operación para muestrear uno de los objetos caídos en el Sahara desde dicho centro, no tuve duda de que ella estaba detrás del proyecto. Lo siguiente fue que me enteré de que la habían violado cuando iba camino de su casa y que estaba ingresada aquí en estado muy grave custodiada por el servicio de inteligencia, ustedes. Lo más extraño del caso es que la doctora había abandonado el Centro de Astrobiología antes de finalizar la operación.

El hombre continuó mirando a Javier sin decir nada, esperando que este siguiera con su explicación.

—Mire, señor desconocido —prosiguió—, llevo muchísimos años en el periodismo de investigación y sé sumar: investigadora que es atacada cuando acaba de realizar un descubrimiento esencial para nuestra supervivencia. A quien sea le sale mal la jugada y ella continúa con vida, por eso vuelven a acabar la faena. Y eso es lo que ha pasado esta noche aquí. ¿Se han cargado a la doctora Massó?

Por fin el hombre habló:

—Sé quién es usted, señor Figueroa. Tengo una alerta en Twitter para leer su diario digital todos los días. El suyo y el de otros muchos. Es mi trabajo. Pero siempre lo he tenido muy en cuenta. Es usted un inconformista, un rebelde o un loco, aunque tengo que reconocer que le echa cojones. Estuvo trabajando en los mejores diarios del país, como *freelance* para diversas agencias de noticias. Lo ha tenido todo siempre para ser uno de los mejores periodistas de nuestro tiempo. Sin embargo, el empecinarse en contar siempre la verdad cayera quien cayera lo ha conducido a lo que es ahora. El director de un diario digital… ¿con cuántas descargas diarias?

—Más de quinientas mil —contestó Javier, ufano—. *Estoy forrándome* por hacer lo que más me gusta. Tocar los cojones a «los intocables», como bien ha dicho usted.

—A lo largo de su carrera ha destapado cientos de casos de corrupción política, empresarial, financiera. Se ha convertido en un grano en el culo de mucha gente. De ahí su éxito. La gente de la calle confía en usted. Lo leen en medio mundo, sobre todo aquí, en España, pero también en Latinoamérica y en la Norteamérica de habla hispana. En condiciones normales, usted sería la última persona a la que le daría cualquier tipo de información, entiéndalo.

—Esta no es una situación normal, señor desconocido. No sé si se ha enterado de que estamos al borde de una hecatombe humanitaria.

El hombre sacó su IPhone del bolsillo de la chaqueta, buscó algo en la pantalla y leyó:

El Secretario General de las Naciones Unidas, en sesión plenaria de este organismo, dio lectura ayer a un Mandato del Consejo de Seguridad que implica un antes y un después de la paz en el mundo. Resumiendo, se otorga toda la potestad a la Alianza del Norte, léase OTAN, para erigirse como la policía del mundo. Se desprotege a la población no occidental y aún peor, se establecen franjas de seguridad entre los países ricos, capitalistas y «civilizados» con los del resto del mundo. Se facilitarán medicamentos a los países que puedan pagarlos. A los que no, se los gaseará con no se sabe bien qué producto para aliviarlos de la enfermedad que nos han lanzado desde el espacio. Si tan efectivo es este método, ¿por qué no se ha utilizado en toda la población mundial en vez de suministrar el antídoto solo a unos pocos, a los afortunados que han nacido en Occidente? Que cada uno saque sus propias conclusiones…

El hombre paró de leer y miró con atención a Javier, que le estaba dirigiendo una sonrisa traviesa.

—Después continúa desvirtuando uno por uno los puntos de la Resolución del Consejo de Seguridad de la ONU. Este artículo lo publicó ayer en su diario digital. Es evidente, señor Figueroa, que es usted una persona muy valiente o un insensato. Se acercan tiempos en que la libertad de prensa quizás se vea restringida por el bien de la seguridad mundial. ¿Es usted consciente de ello? Su medio millón de lectores diarios no pueden recibir este tipo de información subversiva a ojos de los poderes que están luchando contra esta crisis.

—Señor desconocido, sabe tan bien como yo que esta situación le está viniendo muy bien a muchos y no la van a dejar escapar. Oriente Medio está prácticamente en manos de los integristas islámicos radicales. Su guerra santa se está extendiendo como la pólvora también por África. La Federación Rusa ha entrado en una carrera para restablecer el antiguo imperio soviético. Los chinos aspiran a gobernar el mundo, haciendo prevalecer su financiación a países occidentales, su poderío económico y el militar en el resto de Asia. De paso, alivian el exceso de población en el mundo. No sé la intención de los extraterrestres, pero la de los nuestros, los que nos gobiernan desde toda la vida, la conozco sobradamente. Solo les faltaba una buena excusa para ponerla en práctica. Ahora tienen su momento. Nada más que la opinión pública, la gente en la calle, les puede parar los pies ante este holocausto.

El hombre suspiró con cansancio y se sentó al lado de Javier.

—Nadie irá a su entierro cuando muera —le dijo apoyando su mano en el hombro del periodista.

—De los que usted me habla, ciertamente ninguno —le contestó Javier—. De los que me entienden, quizás medio millón de personas o muchos más llorarían mi muerte. Pero ahora, mientras me dejen con vida, mi objetivo es detener esta barbarie con los únicos medios que tengo, mi ordenador. —Miró al hombre a los ojos, desafiante—. ¿Será usted quien me elimine, señor desconocido?

—¿Yo? —rio el hombre—. No. Tenga por seguro que no me dedico a eso, al menos por el momento. ¿Hasta dónde está dispuesto a llegar, señor Figueroa? Quiero decir, ¿hasta cuánto va a comprometerse en la búsqueda de la verdad sin que le tiemble el pulso?

—No lo entiendo.

—Verá, le quiero proponer un trato.

—No admito sobornos. Se lo advierto, señor desconocido, si es eso a lo que se refiere. Tampoco me dejaré intimidar por usted.

—Todo lo contrario. Quiero que colabore conmigo.

—¿Perdón? —Javier estaba cada vez confuso. Al revés de lo que hubiese esperado, aquel hombre no mantenía ninguna actitud hostil hacia él. Más bien al contrario.

—En la planta de la UCI, hay siete cadáveres —dijo el hombre mirando fijamente a los ojos de Javier, que se sobresaltó—. Una enfermera que estaba allí en el momento inadecuado, cuatro sicarios y dos de mis agentes. —Hizo una pausa. Parecía visiblemente emocionado—. La doctora Massó y su marido, el coronel Martín Herrero, ambos heridos gravemente, han sido evacuados por alienígenas que aterrizaron una nave en la azotea del hospital.

—No entiendo nada —dijo Javier aturdido por la noticia.

—Paralelamente, en una carretera próxima al observatorio radioespacial de Robledo de Chávela, han asesinado a otros cinco de mis agentes. En el mismo lugar un misil lanzado por un dron ha eliminado a sus ejecutores, cinco agentes del NSA. La misma nave extraterrestre descendió en el lugar de la batalla y parece ser que pudo llevarse a algún superviviente. Todavía no sabemos a quién, ya que todos los cadáveres están destrozados por la explosión. Un grupo de forenses del ejército está trabajando en estos momentos en el lugar. Los alienígenas también se llevaron con ellos a otro de mis agentes, especialista en lenguas muertas.

—Agentes de inteligencia de dos países aliados matándose entre ellos, extraterrestres llevándose a los heridos. No entiendo nada. ¿Qué locura es esta?

—La que se ha impuesto en estos días aciagos. Créame, a partir de ahora repetirá la misma exclamación muy a menudo. Estados Unidos ha tomado las riendas de la OTAN y los acontecimientos se están precipitando. Se están tomando decisiones a una velocidad sorprendente sin que nadie se atreva a contradecirlas, arrastrándonos a todos a no se sabe bien qué objetivo.

—Pero nuestro Gobierno tendrá algo que decir sobre todo esto…

—Todos los Gobiernos occidentales están subordinados al Mandato de las Naciones Unidas. ¿No escuchó ayer al Secretario General? Las cosas han cambiado mucho desde entonces. No vale discutir las órdenes o ponerlas en tela de juicio. Se ha de confiar en el buen criterio de no se sabe quién sin pedir ningún tipo de explicaciones. Nadie me ha dado las razones de por qué tenían que morir mis agentes. No sé qué decirles a sus familias. Otras esferas se harán cargo de la investigación, me han dicho. —El hombre guardó

silencio durante unos instantes. Parecía estar angustiado y al mismo tiempo furioso—. Me han puesto de rodillas, señor Figueroa. No se me permite investigar quién y por qué han asesinado a mis compañeros. Esta tarde me pondrán el antídoto del H5N1 y mañana por la mañana viajaré al otro lado de la zona de seguridad de África del Norte para hacerme cargo de Operaciones de Inteligencia en aquella zona. Soy un soldado y he de obedecer. Me envían a mí y a mis hombres a una olla a presión de la cual nos resultará difícil salir ilesos, me temo.

—¿Qué quiere de mí? —preguntó Javier un tanto conmovido por el sufrimiento que expresaban las palabras del hombre.

—Investigue por mí. Quiero saber qué es lo que está pasando y, sobre todo, quién ha ordenado la muerte de mis hombres.

—Sigo sin entender en qué lo puedo ayudar —contestó Javier intentando ser diplomático—. Entiendo sus sentimientos, señor desconocido, pero no sé qué puede hacer un periodista en este caso. Por alguna extraña razón y por lo que usted me ha contado, los servicios de inteligencia americanos han atacado a sus hombres. Si para usted es difícil averiguar lo que ha pasado, imagínese para mí, que no tengo nada que ver con ese mundo.

—Usted tiene que ver con la verdad —le dijo el hombre—. Llegará el momento que esta se sabrá y será la única que podrá parar esta locura. Yo no puedo hacerlo, no tengo a medio millón de personas que me leen cada día. De hecho, ya no puedo confiar ni en los míos. No hay otro poder más grande para conducir a las masas que el terror. El virus que han expandido los extraterrestres por todo el mundo hará que el instinto de supervivencia anule la individualidad de las personas y sus gobiernos. Existe un enemigo y una amenaza cierta que pende sobre nuestras cabezas. Se harán muchos sacrificios en contra de la libertad individual por el bien de la seguridad colectiva. Nadie se podría poner en contra de la voluntad del miedo, excepto usted —el hombre hizo una pausa para continuar—. Para eso ha de estar preparado para escuchar la verdad o, al menos, lo que yo considero que lo es.

—Adelante —concedió Javier pensando que aquel hombre había perdido el juicio debido al estrés que estaba padeciendo.

—Solo se lo contaré si me promete que investigará lo que ha ocurrido. Nada de artículos subversivos poniendo como fuente de información al CNI. Ambos estaríamos muertos en muy poco tiempo. Debe esperar el momento oportuno y contar con ayuda de más gente, de instituciones de peso público y político. Si sabe esperar, podrá hacer un gran bien a la humanidad.

—¡Pero yo…! —intentó protestar Javier. Hizo el esfuerzo de levantarse del asiento para pasear y aclarar las ideas, pero su abultada barriga lo estorbó para que este movimiento fuera lo ágil y fluido que él hubiese esperado. Debería comer menos y mejor, pensó—. Yo siempre trabajo solo, con mi equipo de redacción y atendiendo a mis informadores. Usted lo ha dicho antes. Al día de hoy tengo más enemigos en las altas esferas que amigos.

—Llegado el momento nos preocuparemos de eso —le contestó el hombre. Tecleó unos números en su teléfono y simplemente dijo—: Vengan a la sala de espera de urgencias. Los dos.

—¿Y si me niego a colaborar? —preguntó Javier. Empezaba a sentirse inquieto. Algo le decía que se había metido en «la boca del lobo».

—Lo detendremos —contestó el hombre encogiéndose de hombros—. Pero espere a escuchar lo que tengo que decirle.

El hombre se dirigió a la máquina de café y volvió a introducir una moneda.

—Estoy que me muero de cansancio —dijo—. O esto me reanima o me deshidrato de una diarrea. ¡Qué café más malo, por Dios!

Javier se volvió a sentar y se quedó mirando al hombre con gesto de abatimiento. ¿Habría caído en las manos de un loco desquiciado?

—¿A quién esperamos? —se atrevió a preguntar al fin.

—A dos testigos de la matanza que se ha producido esta noche aquí. Quiero que los escuche.

Pasaron cinco minutos densos, incómodos, en el transcurso de los cuales ninguno de los dos articuló palabra.

Por fin entraron en la sala dos hombres. A Javier le resultó evidente que pertenecían también al CNI. Al igual que su jefe, ambos tenían un aspecto cansado y abatido. Miraron extrañados hacia el periodista.

—Cuéntenle al señor Figueroa lo sucedido esta noche. Es una orden —les dijo el hombre.

Los dos agentes dudaron. Por fin uno de ellos habló.

—Estábamos realizando servicio de custodia y protección en la recepción del hospital cuando los escoltas de la habitación de la doctora Massó nos dijeron que, por orden del coronel Martín Herrero, teníamos que reunirnos con él para recibir instrucciones. Nos ordenó que subiésemos a la azotea del edificio para esperar a una nave, digamos… —el agente del CNI tragó saliva —, una nave extraterrestre, y que acompañáramos a sus ocupantes hasta la habitación de la doctora Massó. No nos quiso explicar de qué iba esta operación, pero cumplimos sus órdenes. Cuando estábamos en el helipuerto,

vimos cómo aterrizaba una gran esfera de metal, de la cual se desplegó una rampa y por ella bajaron tres individuos. Dos de ellos vestían ropa muy ajustada de color blanco, y llevaban una especie de casco que les cubría la cabeza. Tenían oculto uno de los ojos con una especie de visor que tenía una luz azul de color intenso, entre los dos llevaban una especie de cápsula de plástico que flotaba en el aire. Eran muy altos. El otro individuo era rubio, también alto, y vestía con normalidad. Él fue quien nos habló. Nos dijo que lo condujéramos inmediatamente a la habitación de la doctora Massó. De la nave también salió otra persona, esta con un aspecto más normal. Nos dijo que se llamaba Simón Gutiérrez, agente del CNI, del departamento de Criptología. Que viajaba con los extraterrestres por órdenes del brigada Costa y que confiáramos en aquellos seres.

—¿Tomaron contacto con los extraterrestres? —preguntó Javier estupefacto.

—Acabe de escuchar los hechos, señor Figueroa. Después pregunte lo que quiera —le dijo el hombre.

—Los acompañamos hasta la planta de la UCI —continuó el agente del CNI. Pareció tragar saliva al recordar lo que había sucedido—. Nos encontramos el pasillo lleno de sangre y cadáveres. El coronel Martín Herrero estaba malherido, apoyado en la pared, justo al lado de la puerta de la habitación de la doctora Massó. La había protegido con su propia vida. Estaba siendo atendido por el médico de guardia de la planta. Nuestros compañeros, los agentes de custodia, habían muerto asesinados. Había cinco cadáveres más: una enfermera, degollada, y cuatro individuos que eran los que habían perpetrado el ataque. El hombre rubio y alto dio instrucciones para subir dentro de la cápsula al coronel, ya que dijo que su estado era muy grave. Después los hombres vestidos de blanco volvieron con otra cápsula y se llevaron también a la doctora Massó. El hombre rubio, Freezer se llamaba, nos pidió que atrancáramos los ascensores y retuviéramos a la policía en la escalera de servicio, para darles tiempo a huir, que fue lo que hicimos. Que después llamáramos a nuestros mandos para informarles y que se hicieran cargo de la situación.

El silencio se hizo espeso en la sala después del relato. Javier miraba a los agentes con los ojos abiertos de par en par, intentando entender y asimilar lo que acababa de escuchar.

—Gracias, chicos —dijo el hombre—. Pueden retirarse, pero no se vayan muy lejos. Pronto los necesitaré.

Los dos agentes se marcharon de la sala de espera y se quedaron en la entrada, lo suficientemente lejos para no poder seguir la conversación que iba a reiniciar el hombre.

—Preguntas.

Javier meditó durante unos instantes, todavía conmocionado.

—Entiendo que intentaron eliminar a la doctora Massó por algo que ella sabía. ¿Pero quién? No me creo que delincuentes comunes se enfrentaran a un equipo del CNI con el propósito de que no los identificaran por haberla robado y violado. Ella había hecho un descubrimiento en el muestreo del REMS-2 que no puede salir a la luz. ¿Pero qué es? —Javier cambió de expresión y los ojos se le iluminaron—. Los extraterrestres vinieron a salvarla. Querían que viviese para proteger lo que ella sabía. Pero ¿quién es Freezer?

—Freezer es un extraterrestre que teníamos recluido desde hacía cinco años. Trabajaba en el observatorio radioespacial de Robledo de Chávela.

—¿Dónde ha ocurrido la otra matanza?

El hombre asintió.

—El brigada Costa, otro de mis hombres asesinados, llevó a Freezer a su antiguo lugar de trabajo para que se pusiera en contacto con la nave extraterrestre que está en órbita con la Tierra. Se llevó consigo al agente Simón Gutiérrez, especialista en lenguas muertas, ya que necesitaba un traductor de esperanto. Parece ser que los alienígenas, por una extraña razón, hablan en ese idioma.

—Y lo que hizo su agente, Costa, realmente fue pedir ayuda a los extraterrestres para rescatar a la doctora Massó —dijo Javier temblando de emoción—. Eso quiere decir que realmente no nos han atacado con un virus. Y que la doctora sabe algo que podría poner fin a esta locura.

—Eso pienso yo también —asintió el hombre—. Por eso lo necesito, señor Figueroa, para que lo averigüe y lo difunda al mundo entero.

Javier meditó durante unos instantes. Por fin habló desafiando con la mirada a su interlocutor.

—Señor desconocido, entiendo que tiene muchos problemas. Pero le vuelvo a repetir que trabajo solo. No pienso convertirme en un agente a su servicio, no consentiré que manipule mi trabajo. Puede que nuestro objetivo sea el mismo, pero seguramente no la manera de llevarlo a cabo. Iria en contra de mis principios.

—¿Principios? —inquirió el hombre—. Acompáñeme, por favor. Le quiero enseñar algo.

Lo dijo de una forma tan imperativa que Javier no creyó conveniente contradecirlo, por lo que lo siguió camino del ascensor.

Se detuvieron en la primera planta. Al abrirse la puerta del ascensor, un fuerte olor a desinfectante invadió el habitáculo. Javier pudo ver numerosos agentes de los GEO fuertemente armados, vigilando los accesos. Pasaron entre ellos y se dirigieron a la doble puerta basculante de la UCI, que en aquellos momentos permanecía cerrada.

El hombre abrió una de las hojas de las puertas para que Javier pudiera observar lo que pasaba en el pasillo.

Su vista se fue directamente hacia una mujer vestida con ropa sanitaria de color verde. Estaba tumbada en el suelo, mirando hacia el techo con ojos vidriosos. Su cabello castaño parecía pegado sobre un gran charco de sangre seca. Tenía seccionado el cuello hasta la laringe. Más allá había más cuerpos y la sangre parecía impregnar todo el suelo, las paredes del pasillo, y el aire que se respiraba en aquel lugar de muerte y violencia. Entre ellos se movían unas figuras silenciosas vestidas con trajes integrales desechábles. Eran los forenses y la policía científica, recogiendo vestigios, realizando fotografías y examinando los cadáveres.

La imagen era tan brutal que Javier no pudo seguir mirando y se giró para dirigirse al ascensor. Pero el hombre le retuvo sujetándolo con firmeza por el brazo.

—En el CNI tenemos un dicho, señor Figueroa —le dijo casi en un susurro al oído—. Nada pasa por casualidad. Usted tiene gran parte de culpa de lo que ha pasado aquí esta noche. Tenía la información de que la doctora Massó estaba ingresada en la UCI de este hospital custodiada por agentes de inteligencia y no dudó en publicarla, sin tener en cuenta las consecuencias. Usted mismo me lo ha dicho antes. Es cuestión de sumar.

—Yo no… —Javier estaba conmocionado todavía por la imagen que se había desplegado ante su vista, la cual permanecía en algún lugar del cerebro impresa como una fotografía.

—Repito, nada sucede por casualidad, señor Figueroa —prosiguió el hombre—. Esta madrugada hemos interrogado a todo el personal sanitario, incluido el de recepción. Su amigo Sergio nos reconoció que lo llamó a usted ayer por la mañana para darle la información. Por eso lo he obligado a que lo volviera a llamar y que lo hiciera venir a usted aquí.

El hombre le soltó el brazo, pero Javier no se movió. Notó que el estómago se le revolvía y luchó para no vomitar.

—Los dos hemos cometido un grave pecado —dijo el hombre con amargura—. El de la soberbia, y otros han pagado la consecuencia. Yo me negué a hacer caso de los avisos del brigada Costa y del coronel Herrero para reforzar la custodia de la doctora Massó. Usted, señor Figueroa, publicó una noticia sin consultar con nosotros, con el objetivo único de generar más audiencia. Ambos somos culpables y hemos de pagar nuestra penitencia.

El regreso a la sala de espera se hizo en el silencio más absoluto. Javier caminaba encorvado, sentía calambres en el estómago y lo peor, un gran peso sobre su conciencia.

Ambos hombres se volvieron a sentar al lado de la máquina de café.

Por fin Javier rompió el silencio.

—¿Qué tengo que hacer?

—Empecemos de nuevo, Figueroa. Me llamo Díaz, comandante del CNI, jefe de operaciones, o al menos ostento ese cargo hasta ahora mismo —dijo el hombre estrechando la mano de Javier—. Usted, esos dos hombres que nos esperan fuera y yo somos las cuatro únicas personas en el mundo que pueden hacer algo para que la verdad salga a la luz. Se lo debemos a Julia, al coronel Herrero, al brigada Costa y al resto de la buena gente que ha muerto esta noche.

* * *

Smith colgó el teléfono después de su última llamada. Estaba exhausto, había sido un día infernal. De hecho los cuatro últimos días lo habían sido. Había dormido poco, recorrido medio mundo y trabajado mucho.

El asunto español parecía haberse cerrado de una manera bastante aceptable, dadas las circunstancias. Así se lo había informado el jefe del NSA en Europa. No había sido fácil, en absoluto, y había tenido que tomar crudas decisiones y, sobre todo, justificarlas de algún modo con el país aliado.

El «cabo suelto» de la doctora Massó había traído muchas complicaciones adicionales, pero estaba convencido de que había solucionado el problema de la mejor manera posible. Esperaba que el *Dux* pensara lo mismo.

Hacía escasamente veinticuatro horas había dado instrucciones a todos los servicios de inteligencia y al Ejército para que le informaran sobre cualquier operación que se estuviese realizando en España. De esta manera tuvo conocimiento de que el CNI pretendía llevar al extraterrestre que tenían recluido al observatorio radioespacial de Robledo de Chávela, en Madrid. Previamente había ordenado que un alto mando del NSA se desplazara a la

sede del CNI para que estuviese presente en los interrogatorios. Tuvo que mover muchos hilos para tener vía libre. El hombre elegido fue el comandante Edwards. Una persona, según le comentaron tras estudiar su expediente, con amplia experiencia en operaciones extremas que cumpliría las órdenes sin hacer preguntas. Lo mandaron a Madrid y después tuvo la ingrata noticia de que había perdido a la escolta del extraterrestre al ser detenido en un control de carreteras por la policía.

Era evidente que el servicio de inteligencia español tenía una información privilegiada con referencia al alienígena. Se maldijo por no haber sido más insistente para que se les entregara al prisionero.

Según sus informadores, el comando SOG había sido aniquilado por completo en la misión del Hospital 12 de Octubre de Madrid. Daba igual, ya que los cadáveres jamás serían identificados y nadie los podría vincular con los servicios de inteligencia americanos. Otra cosa era la aparición en el hospital de un ovni, visto por múltiples testigos, y que este se llevara a la doctora Massó y a su marido, el coronel Martín Herrero, del CNI. La identidad de este último lo había sorprendido profundamente, y por fin pudo entender el extraño comportamiento del servicio de inteligencia español en todo aquel asunto.

La siguiente noticia que tuvo fue que el comando de Edwards había divisado una nave extraterrestre que abandonaba el observatorio radioespacial. Lo tuvo claro. El CNI sabía o intuía la verdad de todo lo que estaba pasando.

Por ese motivo, ordenó personalmente una emboscada para cuando los agentes del CNI abandonaran el observatorio radioespacial. Le dijo al mando del operativo, el comandante Edwards, que los eliminara a todos, sin excepción.

Sabía que cumplirían sus órdenes sin pedir explicaciones. Estaban en una situación de guerra.

Pero tenía que completar la misión. Nada de testigos. Su propio equipo del NSA sabía demasiado y ese era un riesgo que no podía asumir. Implantó el protocolo de *disposal chain* (eliminación en cadena) que tan bien ha funcionado en los servicios de inteligencia durante muchos años: El objetivo principal es eliminado, el autor es eliminado, el ejecutor de este es eliminado. Resultado: todos los testigos de la operación han sido suprimidos hasta un nivel de seguridad suficiente. Si funcionó con J. F. Kennedy, en esta ocasión no sería diferente.

Los agentes de CNI serían ejecutados por los hombres del comandante Edwards. Para evitar complicaciones con el gobierno español, ordenó el ataque de un dron procedente de la base militar aérea conjunta de Morón, en Sevilla, sobre sus propios efectivos. Su intención era justificar esta acción por la supuesta insubordinación del oficial al mando, Edwards, el cual había tomado la iniciativa de entrar en lucha con los agentes españoles por traición a la Alianza del Norte. ¿Estaba justificada esta brutalidad? Sin duda —pensó —, no podía permitir que trascendiera la existencia y posterior huida del prisionero Freezer. Eso los haría más débiles frente al enemigo y la opinión pública.

Pero una vez más la suerte se puso de su lado. Recibió la noticia del comandante del Escuadrón 496 ABS[17] con base en Morón, informándole que el dron había sido derribado en las proximidades del observatorio radioespacial de Robledo de Chávela por un objeto volador no identificado.

Smith pensó con rapidez y dictó una instrucción para que figurara en los informes oficiales: el ovni había sido el causante de la muerte de los agentes del CNI y del NSA. Se envió el dron para protegerlos y también fue atacado y derribado. Tras la línea telefónica, el comandante del Escuadrón 496 se mantuvo en un silencio que Smith tradujo como indecisión. Era evidente que no entendía nada o que, al contrario, presentía que le estaban imponiendo una tapadera para ocultar una acción militar no oficial. En todo caso era evidente su malestar.

—En estos tiempos hemos de tomar decisiones ineludibles, comandante —dijo Smith con autoridad—. Tenga muy presente que esta decisión es la acertada para el bien de la seguridad global en el mundo. Mande a sus efectivos para recoger los restos del dron y deje que las autoridades españolas se hagan cargo de la investigación. No entregue ninguna grabación de planes de vuelo, seguimiento o caja negra de dron. Es información reservada del Pentágono. Usted me entiende. El análisis balístico de la eliminación del personal de los servicios secretos dará como resultado, sin duda, que se produjo por misiles lanzados por nuestro dron, pero se considerarán víctimas colaterales dentro de la batalla que este mantenía con el ovni. ¿Me ha entendido, comandante?

—Sí —contestó el comandante con sumisión—. Así se hará.

Satisfecho por zanjar este tema, Smith volvió su atención a la operación que se había llevado a cabo para eliminar a la doctora Massó en el Hospital 12 de Octubre de Madrid.

Hizo una apuesta arriesgada, llamar por teléfono directamente al responsable provisional de la Oficina de Nacional de Seguridad del CNI, el comandante Díaz, que ejercía este puesto en sustitución del coronel Herrero.

—Buenas noches —le dijo cuando pudo contactar con él por la «línea segura»—. Soy…

—Sé quién es usted —contestó agriamente Díaz. Se le notaba la voz muy cansada al otro lado de la línea telefónica—. El Hombre del Departamento de Estado americano, según me ha informado mi secretario.

—Siento la muerte de sus agentes, comandante —dijo con suavidad Smith —. Han sido mártires por el bien de la seguridad mundial de estos tiempos que nos han tocado vivir.

—Tengo un amigo, mejor dicho, tenía… —Díaz hizo una pausa, parecía emocionado—… el brigada Juan Costa, que le hubiese contestado que se fuese usted a la mierda. Para añadir que pusiera a salvo su culo porque iría por usted costase lo que costase. El crimen cometido esta noche no quedará impune, señor del Departamento de Estado americano.

—No lo entiendo… —contestó Smith, fingiendo sorpresa—. Lo llamaba para informarle sobre lo ocurrido en Robledo de Chávela y también para solicitar que me facilitara información de lo acaecido en el Hospital 12 de Octubre de Madrid. Según mis fuentes un ovni ha aterrizado en su helipuerto y se ha llevado a dos personas: al coronel Martín Herrero y a su mujer, la doctora Massó, que estaba ingresada en la UVI. También tengo entendido que se han producido diversas muertes en el transcurso de este incidente.

—Dado su nivel jerárquico, tendría que preguntarle a mis superiores.

—Quiero tener la información de primera mano, comandante. Le recuerdo que según el Mandato de las Naciones Unidas, las operaciones de la OTAN quedan supeditadas a los servicios de defensa y seguridad de los Estados Unidos. Tiene usted la obligación de informarme.

—Tiene usted razón, le informaré. El partido de ida, jugado en Robledo de Chávela, ha acabado en empate: cinco agentes del CNI y otros tantos de los suyos. En cambio, el partido de vuelta, en el Hospital 12 de Octubre, ha finalizado con cuatro de los suyos por dos de los míos, aunque le alegrará saber que el coronel Martín Herrero estaba gravemente herido cuando se lo llevaron los extraterrestres, así como la doctora Massó. Casi consiguen el empate.

—No sé de qué me habla —mintió Smith—. No tengo conocimiento de que se haya mandado ningún agente de mi país al Hospital 12 de Octubre. Además, el desgraciado incidente de Robledo de Chávela, según me han

informado, ha sido debido a un misil lanzado por uno de nuestros drones que iba dirigido hacia un ovni antes de ser derribado por este. Tanto sus agentes como los nuestros han fallecido por accidente.

—Ya —contestó Díaz—. Por eso los agentes de la Guardia Civil que estaban cortando la carretera escucharon detonaciones al menos media hora antes del incidente del dron. Está ofendiendo mi inteligencia. O es usted un imbécil o intenta tomarme el pelo. Hábleme claro de una vez. Estamos usted y yo solos, esta es una línea segura.

—¿Qué ha pasado en el observatorio radioespacial de Robledo de Chavela? ¿Por qué sus agentes se han llevado a Freezer hasta allí? ¿Para qué querían un traductor de esperanto?

—¿Quién es Smith? —preguntó a su vez Díaz—. Fue enviado por la embajada norteamericana en Madrid para que estuviese presente en la monitorización del REMS-2 junto con la doctora Massó.

—No ha contestado a mi pregunta, comandante —replicó Smith, tenso.

—Ni usted a la mía —contestó Díaz con acritud—. Verá. No pienso colaborar con ustedes hasta que no se me aclare la verdad. Qué pasó en Torrejón de Ardoz para que la doctora Massó se marchara de su puesto de trabajo y después fuera atacada y malherida. Por qué la intentaron rematar en el Hospital 12 de Octubre esta noche. Este asunto huele muy mal y por lo que yo sé, hasta el momento los únicos que han actuado para salvar la vida del coronel Martín Herrero y de su mujer han sido los extraterrestres, nuestros supuestos enemigos.

—Habla usted como un subversivo, comandante. —Smith hizo resonar su mejor voz autoritaria, la que siempre hacía temblar a sus interlocutores—. Aquí solo tenemos un enemigo en común y esos son los extraterrestres. Le diré cómo vemos las cosas, según los datos que tenemos: la doctora Massó abandonó su puesto de trabajo en el Centro de Astrobiología de Robledo de Chávela al observar el resultado del muestreo del REMS-2 sobre los gases emitidos por el bólido extraterrestre. Todos sabemos el contenido de dichos gases. Aterrada, huyó presa del pánico a reunirse con su familia, dadas las graves circunstancias. De camino a su casa sufrió el infortunio de un asalto en la carretera, seguramente a manos de delincuentes comunes. A partir de aquí, comandante, considero que el tema se ha desbordado por la relación afectiva del responsable de la ONS, el coronel Martín Herrero, con la doctora Massó. No en vano es su marido. Esta situación ha arrastrado a toda su organización. El extraterrestre Freezer, como no podía ser de otra manera, los convenció de que sus congéneres no pretendían atacar a la humanidad. El coronel Herrero

se lo tragó y bajo la promesa de la curación de su mujer, vendió a su país, al mundo entero a nuestros enemigos. Por eso llevaron a Freezer al observatorio de Robledo de Chávela, para que se pusiera en contacto con los extraterrestres y vinieran a buscar a la doctora Massó para que le salvaran la vida con una tecnología médica superior a la nuestra. A cambio recibirían conocimientos científicos y de seguridad de nuestra civilización. No en vano la doctora Massó es una científica reconocida a nivel mundial y su querido marido tiene conocimientos de seguridad suficientes como para ponernos a todos en una situación muy delicada si caen en malas manos. Esta noche, los delincuentes comunes que atacaron a la doctora Massó fueron al hospital a asesinarla, para evitar que los reconociera. Su marido les hizo frente y los eliminó a todos justo en el momento en el que los extraterrestres venían en búsqueda de los dos. —Smith hizo una pausa estratégica. Estaba seguro de que Díaz estaba meditando sus palabras. Le dio tiempo para asimilar esta información. Era un maestro en la manipulación. Después añadió—: Todo se ha desvirtuado de tal manera que el CNI ha quedado en entredicho entre los aliados. Este asunto es muy grave y quiero ayudarlos para solventarlo de la manera más favorable posible. Aun así, le tengo que decir que su futuro como responsable actual de la ONS está un poco negro. Pero esa situación podría arreglarse. ¿Qué les contó el extraterrestre cuando lo interrogaron?

—¡Vaya!, por un momento me había cagado en los pantalones con tanta amenaza —contestó Díaz, lejos de amedrentarse—. En resumen, lo que quiere usted saber después de tanta palabrería es si Freezer nos relató algo incómodo para ustedes. Puede ser… Pero lo que sí tengo por cierto es que ni el brigada Costa ni el coronel Herrero son unos traidores, tan cierto como que usted sí es un hijo de puta de cuidado. Ojalá los hubiese escuchado desde un principio. Lo que me diferencia de ellos es su inteligencia y valor, pero a partir de ahora es algo que pienso corregir.

—Bueno, comandante —suspiró Smith al otro lado del teléfono—. Tengo entendido de que harán falta agentes de operaciones del CNI en África del Norte. Tal vez le convenga cambiar de aires. Se lo comentaré a sus superiores.

—¿Quién es usted en realidad?

—Alguien que le puede amargar la existencia si no colabora conmigo.

—Aceptaré mi destino con resignación, pero tenga en cuenta una cosa: a partir de ahora mi misión en la vida será que sienta mi aliento en su nuca. Tarde o temprano averiguaré quién es, qué es lo que pretende y que pague por sus actos.

—Lo dudo, comandante. Tengo entendido que las cosas se pueden poner muy feas en el Magreb.

—De momento estoy yendo al Hospital 12 de Octubre. Rece para que no podamos identificar a algunos de los cadáveres anónimos que hay en la planta de la UCI. Tendrían que dar muchas explicaciones si resultan ser agentes americanos.

—Es una lástima que no acepte la mano que le estoy tendiendo.

—¡Váyase a la mierda! Ah, y otra cosa. No se les ocurra asomar las narices por el observatorio radioespacial de Robledo de Chávela para averiguar la comunicación que mantuvo Freezer con la nave nodriza. Dicha conversación se hizo sin la presencia del personal de las instalaciones. Además el Centro está custodiado por la brigada acorazada Guadarrama XII[18]. Ya sabe, para evitar nuevos ataques extraterrestres.

La comunicación se cortó.

Smith suspiró y se sintió triste por unos instantes. Tantas muertes inocentes para cumplir su misión. Y aquello era solo el principio.

Pasada media hora, recibió una llamada del jefe de Operaciones del NSA en Europa para informarle que el comandante Díaz se había reunido en el Hospital 12 de Octubre con un periodista, un tal Figueroa, director del diario digital *Axioma*. Sin duda tendría que tenerlo en cuenta en un futuro cercano.

Llamó a *Nuntius*, el *príncipes de la Iterum* responsable de las corporaciones de la prensa del mundo occidental. Le dio instrucciones para que se publicara la noticia del combate entre un dron del Ejército norteamericano y un ovni, ocurrido en Robledo de Chávela, así como la deserción de un alto cargo del CNI que, por salvar a su mujer, había entregado a esta y a sí mismo a los extraterrestres. La noticia principal era que las primeras incursiones de naves alienígenas tripuladas habían comenzado a intervenir en la Tierra. Eso sin duda desviaría la atención mundial al hecho principal que iba a suceder esa misma mañana: miles de aviones de carga partirían de los aeropuertos de Austria, Suiza y Alemania con destino a los países con riesgo de contagio del H5N1, con la finalidad de pulverizar la atmósfera con el antídoto.

Seguramente el *Dux* estaría satisfecho de cómo había resuelto la situación. La doctora Massó, aun sin haber sido eliminada, había dejado de representar un peligro para *Iterum*. Lástima que no pudiera facilitarle información sobre la nave extraterrestre. Pero ya habría tiempo para dedicarse a ello. Ahora urgían otras actuaciones.

Había llegado el momento de centrarse en la situación actual. Se puso en contacto con el mando de la OTAN en Bruselas a fin de conocer de primera mano los preparativos para implantar las diferentes zonas de seguridad. Los países aliados todavía estaban debatiendo los recursos que cada uno tendría que destinar para cumplir la misión. Smith se desesperó por la lentitud burocrática de esta organización. Pero lo importante era que los primeros aviones cargados con el virus H5N1 ya habían partido de sus bases y pronto lo estarían expandiendo por las zonas previstas. Se sintió extremadamente poderoso. Pronto el mundo comenzaría a cambiar para siempre. Ya no había vuelta atrás.

Rebuscó en el bolsillo interior de su chaqueta y sus dedos encontraron lo que buscaban, una pequeña caja metálica. La abrió con cierta ansiedad y observó el anhelado polvo blanco que contenía. Su medicina contra el cansancio. Su bálsamo para tener la mente despejada y su cuerpo lleno de vitalidad. Esnifó con manos temblorosas una porción utilizando un trozo de papel. Se tomó unos segundos hasta que la sustancia hizo su efecto.

Recuperado, realizó una llamada a *Judex*, *príncipes* del sistema judicial internacional. Este le informó que la legislación de excepción que regiría en el mundo occidental pronto sería de aplicación por el Mandato de la ONU.

Un Smith revitalizado y sin cansancio se puso en contacto con *Pigmentarii*, el *príncipes* de las corporaciones farmacéuticas. Este le informó que los bidones de H5N1 mezclados con aerosol estaban siendo trasladados a los aeropuertos de carga para su traslado y difusión. Por otro lado, las vacunas ya estaban llegando a los países occidentales que la habían solicitado. En cuestión de pocos días comenzaría a suministrarlas a los grupos de riesgo. En pocas semanas, al resto de la población.

La última llamada fue para el *Dux*.

—Sí, *Manibus* —escuchó la falsamente voz dulce del *Dux* al otro lado de la línea telefónica.

—Todo está en marcha según lo previsto, *Dux*.

—Me alegra escuchar eso. ¿Ha habido problemas en el asunto de la doctora Massó?

Smith dudó en contestar. Incluso con los síntomas de «su medicina» en pleno apogeo dentro de su organismo. Tuvo miedo.

Explicó al *Dux* todas las actuaciones que había llevado a cabo aquel mismo día. La eliminación de los agentes del CNI en Robledo de Chávela, así como la de los agentes propios para borrar cualquier tipo de información. Cómo había manipulado la muerte de todos ellos dando la vuelta a la

situación: el responsable había sido el ataque de un ovni. También le informó de la resolución del incidente en el Hospital 12 de Octubre. La prensa hablaría de la traición de un alto mando del CNI, el coronel Martín Herrero, el cual había pactado con los extraterrestres la salvación de su mujer, que se encontraba ingresada en estado muy grave. Evidentemente, se había conseguido salvaguardar la existencia de Freezer y la información que pudiera tener la doctora Massó, quien estaba en aquellos momentos a miles de metros de altura, donde ya no les podría hacer ningún tipo daño.

—Considero, *Dux*, que el asunto de la doctora Massó y el extraterrestre Freezer ha sido solucionado de una vez por todas y por fin podemos enfocar nuestra atención en la ejecución del GUIDESTONES —finalizó Smith. En su fuero interno deseaba los elogios del *Dux*. Tal vez los necesitara para poder justificar la gran cantidad de muertes de las que era directamente responsable.

—*Manibus* —dijo el *Dux*—, he de reconocer que inicialmente estaba disgustado por que hubieras fallado una vez más en la eliminación de la doctora Massó. Pero tengo que reconocer tu habilidad para dar la vuelta a los acontecimientos y ponerlos a nuestro favor. Te felicito. Es increíble la falta de escrúpulos que demuestras para conseguir el éxito de nuestra misión. Llevas con dignidad tu cargo, como no podría ser de otra manera, sin esa fortaleza y determinación, sería imposible llegar a nuestros objetivos.

—Gracias, *Dux*. Esta época que nos ha tocado vivir requiere de grandes sacrificios para conseguir un mundo mejor para todos. Esa certeza es la que me da fuerzas para continuar mi labor.

—Tengo entendido que los primeros transportes del H5N1 han despegado hacia sus objetivos. Recuerda lo que te pedí en Nueva York, *Manibus*, quiero algo más. Un conflicto mundial…

—Lo tengo presente, *Dux*, no lo decepcionaré.

—Bien, estaremos en contacto.

La comunicación finalizó y Smith respiró aliviado. Parecía que el *Dux* estaba satisfecho a fin de cuentas. Pensó que era hora de dar la jornada por finalizada. Recogió su ordenador portátil y lo introdujo dentro de un maletín. Se desperezó al levantarse de su cómoda butaca de piel y se dirigió hacia la puerta de salida del despacho.

«ADMIRAL J. L. SMITH», rezaba la placa dorada sobre la puerta de su despacho en la tercera planta del ala Oeste del Pentágono. Smith la contempló con orgullo antes de salir. Siempre lo hacía, le había costado muchísimo esfuerzo llegar hasta allí, ser un almirante de cinco estrellas al igual que lo fue su ídolo durante toda su carrera naval, el almirante Nimitz. Al igual que él,

procedía de una familia humilde de un pequeño pueblo de la América profunda y había conseguido hacerse un hueco en la historia a base de tesón y sacrificio. También con la indudable ayuda de *Iterum*. Había sido «captado» cuando era un capitán de destructores. Parece ser que su desmedida ambición, valentía y decisión ante las misiones que desarrolló en el transcurso de su carrera le habían valido la confianza del *Dux* de aquel entonces. A partir del día que recibió una llamada telefónica proponiéndole su entrada en esa organización oculta y dio el sí, su vida cambió rápidamente, iniciando un ascenso meteórico en la cúpula militar que lo había llevado a lo más alto. Incluso, fue elegido por el Secretario de Estado para que se hiciera cargo de la Dirección de Asuntos del Hemisferio Norte. Lo que significaba plenos poderes sobre los servicios de inteligencia, seguridad y defensa de los Estados Unidos. Jugaba a dos bandas, pero su alma pertenecía a *Iterum*. Su puesto, además, le permitía estar lo suficientemente lejos de las cámaras y pasar desapercibido ante la opinión pública. Ostentaba mucho poder, pero nadie fuera del círculo de influencia de su Departamento lo conocía. Esa era la política también de los *príncipes*. Sus ámbitos de actuación eran controlados por ellos desde las sombras. De ahí su gran éxito, tal y como se estaba demostrando en la situación actual.

* * *

La pista 5 del aeropuerto Tegel de Berlín estaba iluminada en toda su extensión. Eran las seis de la mañana y hacía frío. Una ligera precipitación de aguanieve revoloteaba empujada por el aire. La tripulación del Airbus 380 estaba lista para despegar. El comandante miró los indicadores del panel de control y comprobó que todo estaba correcto. Suspiró para aliviar la tensión. Su aeronave había sido modificada para el transporte de veinte toneladas de bidones que contenían el antídoto del virus H5N1. Por motivos de seguridad, el compartimento de carga había sido aislado por paneles químicos y válvulas de escape de gases contra las posibles explosiones de aerosoles. Un circuito de tuberías unía a todos los bidones hacia dos puntos de salida situados en ambos costados del aparato. Los mandos de control de presión y liberación de los gases se encontraban en la cabina del avión bajo la atenta supervisión del ingeniero de vuelo. Llegado el momento, liberaría la carga sobre el objetivo marcado en el plan de vuelo, en su caso la ciudad de Pekín.

Detrás del Airbus esperaban una infinidad de aparatos más para despegar, todos ellos cargados con bidones pero con objetivos diferentes. Lo mismo

sucedía en aquellos momentos en varios aeropuertos de Austria y Suiza. Desde este último país, y como si de una serpiente gigantesca se tratara, cientos de camiones inundaban las carreteras procedentes de las instalaciones de la mayor compañía farmacéutica del mundo en la lucha contra los virus gripales, Anvartis, puntera en investigación y almacenaje de reservorios de antídotos contra el H1N1 y el asimilable H5N1, este último promocionado como el salvador de la humanidad ante el ataque patógeno que habían realizado los extraterrestres.

El comandante del Airbus pensó orgulloso, antes de despegar, que sería el primero en iniciar la difusión del antídoto en las zonas del planeta directamente atacadas por el virus y que salvaría no miles, sino millones de vidas. El mecanismo de la Organización Mundial de la Salud se había puesto en marcha en lo que sería la mayor operación de regulación sanitaria a nivel planetario que se hubiera dado nunca en la historia de la humanidad. Todo ello para evitar una pandemia catastrófica.

Los tripulantes de los aviones, los mecánicos, el personal de pista, los conductores de los camiones, cualquier persona involucrada en aquella operación, había sido vacunada previamente con el antídoto. Las operaciones de carga en las bodegas de los aviones de transporte se hacían con las mayores medidas de seguridad.

Ante tal misión, el comandante del Airbus sintió orgullo: estaba seguro de que estaba haciendo historia. Pero también era cierto que la historia que iba a iniciar, sin él saberlo, estaba escrita con letras de sangre y dolor, el mayor genocidio que se hubiera llevado a cabo jamás contra el ser humano en toda su existencia.

* * *

Javier Figueroa estaba sentado delante de su ordenador. Observaba la pantalla con aire compungido, no por miedo a no saber qué contar, sino al contenido de su artículo. Sabía que iría contra corriente de la opinión general del resto de las agencias informativas, todas ellas volcadas ante la gran decisión con la que las Naciones Unidas estaban llevando a cabo la salvaguarda de la humanidad.

Él tenía otra opinión al respecto. Eso no era nada nuevo. La clave del éxito de *Axioma*, su diario digital, radicaba precisamente en eso, dar una información paralela que casi siempre era la verdadera, lejos de las consideraciones oficiales. Debido a ello se había ganado una cada vez más

amplia aceptación entre sus lectores, cansados de la continua manipulación informativa a la que era sometida la población en general.

Pero ahora era diferente. Todo el mundo, guiado por el pánico del ataque extraterrestre, se había volcado a su único tablón de salvación: las resoluciones de las Naciones Unidas, que implicaban tomar decisiones difíciles y valientes con el fin de salvaguardar el interés general. Pero esas decisiones no afectaban a todo el mundo por igual.

Por un lado, estaban los países occidentales, en los cuales se suministraría la vacuna en toda la población de una manera rápida y eficaz. Por el otro, los países que habían sido atacados en forma directa por los objetos extraterrestres y que extrañamente coincidían con los del Tercer Mundo o los no alineados con Occidente: Asia, África y algunas zonas de Centroamérica y Sudamérica. En estos lugares, debido a la premura de una respuesta sanitaria, el antídoto sería lanzado desde aviones.

Por otro lado, él tenía información privilegiada. Sabía que el supuesto ataque de los extraterrestres utilizando el virus H5N1 podría ser falso. Pero la única persona que conocía la verdad y podía contarla era la doctora Massó, actualmente en poder de los extraterrestres. Incluso en aquellos momentos podría estar muerta.

Sabía que el ciudadano de a pie tenía miedo, y que llegado a ese punto de conciencia individual de supervivencia, los poderes fácticos tenían todas las de ganar. En aquellos momentos no existía oposición a las decisiones políticas, ni manifestaciones en la calle, así como tampoco críticas de opinión en los medios de comunicación. Lo prioritario era «salvar el pellejo». Una idea muy humana por cierto. Ante el miedo a perder lo esencial, era un sentimiento muy humano buscar la propia salvaguarda y la del círculo familiar más cercano. Él lo llamaba egoísmo de supervivencia.

Y eso era precisamente lo que estaba ocurriendo en aquellos momentos. No había oposición alguna. Todo el mundo aceptaba sin discutir las instrucciones que daban los gobiernos a través de los medios de comunicación. Todos los partidos políticos aceptaban las medidas sin discutir en el Parlamento. Lo contrario hubiese significado una traición imperdonable contra la seguridad de los ciudadanos.

Los primeros en vacunarse a través de los Centros de Asistencia Primaria serían la población de riesgo: niños, ancianos, personas con antecedentes médicos de riesgo, profesionales de la medicina y profesionales de seguridad.

Después el resto de la población. Tiempo estimado del reparto de la vacuna: un mes. Obligatoria para todo el mundo. En España suponía un total

de cuarenta y seis millones y medio de dosis, que eran las que había adquirido el gobierno tras una votación urgente de partida presupuestaria en el Parlamento. Lo mismo sucedió en todos los países occidentales. Nadie opuso resistencia a semejante gasto económico, el cual, por cierto, no solo se concentraba en el capítulo sanitario. También estaba el militar.

La Resolución de las Naciones Unidas, de obligado cumplimiento para todos sus miembros, también exigía, por el bien de la seguridad mundial, el establecimiento de zonas de seguridad que dividieran los países libres de infección inminente, básicamente los occidentales, con los que habían sido afectados por los objetos lanzados por los extraterrestres.

El cumplimiento de dicha franja de seguridad era competencia de la OTAN, organización que se había constituido como la policía del mundo de la noche a la mañana y que había ejercido su potestad con asombrosa rapidez. Nadie imaginó las consecuencias inmediatas. No para los países de Occidente, sino para el resto.

Javier miró con aire de tristeza un mapa mundial que tenía colgado en la pared. Había sido un regalo de su cuñada, que regenteaba una agencia de viajes. Un día se lo llevó al despacho y le preguntó si lo quería, ya que estaba realizando reformas y lo iba a tirar a la basura. Figueroa pensó que sería un desperdicio desaprovechar aquel plano de la geografía mundial confeccionado por una compañía aérea con intenciones promocionales. Se veía en diminutas líneas rojas el tráfico aéreo mundial. En aquellos momentos todo aquello había dejado de existir. Nada de tráfico aéreo entre Occidente y Oriente, pero tampoco terrestre ni marítimo, a no ser que fuera de los aviones de la Alianza del Norte o de los contratados por la OMS para lanzar el antídoto pulverizado.

Miró el mapa mundial y contrastó la información que había facilitado la OTAN. Las franjas de seguridad se habían realizado teniendo en cuenta el aislamiento de las zonas de mayor peligro de contagio, para ello se aprovecharían los accidentes geográficos, cadenas montañosas, desiertos, zonas deshabitadas, para evitar en lo posible desplazamientos de población. No siempre había sido posible cumplir este requisito, pero su incidencia era un mal menor.

La franja se estableció en cien kilómetros de tierra de nadie, en los cuales ningún ser humano podía transitar. Era el muro imaginario que separaba el mundo de una manera vergonzante y cientos de miles de personas fueron desplazadas a campos de refugiados bajo la supervisión de sus propios países de origen, tal y como indicaba el Mandato de la ONU. Aviones de la OTAN sobrevolaban continuamente las zonas de seguridad convertidas en poblados y

ciudades muertas para asegurar que nadie intentaba cruzar a las zonas «seguras».

De ese modo —repasó Javier el mapa que tenía delante— el este de Europa había dejado fuera a la Federación Rusa a partir de los Urales. Más allá se desplegaban las vastas y poco pobladas llanuras de la tundra. La franja de seguridad no obligaba a ningún desplazamiento importante de población.

En Oriente Medio, sin embargo, las fronteras de seguridad se habían marcado en el mar Negro, en la frontera turca, Azerbaiyán, el mar Caspio y Turkmenistán. Ciudades tan importantes como Aleppo, Al Qamishli, en Siria, Mosul en Irak y Tadriz en Irán debían ser desalojadas y sus habitantes reubicados en campos de refugiados por sus respectivos gobiernos. El resto de los países de la zona quedaban en situación de cuarentena, excepto Israel, que había comprado suministros del antivirus para suministrarlo a su población, imponiendo a su vez una franja de seguridad alrededor de sus fronteras (Jordania, Líbano, Siria, Egipto y Palestina), decisión tomada unilateralmente y fuera del Mandato de la ONU y con la prohibición de que ningún avión de la Alianza del Norte podía sobrevolar su espacio aéreo para arrojar la vacuna pulverizada sobre su territorio.

Asia continental quedaba totalmente en cuarentena, siendo sus zonas de seguridad desiertos, cadenas montañosas prácticamente deshabitadas y el océano índico, pero con una población afectada de cuatro mil trescientos millones de habitantes.

En África del Norte, la Alianza del Norte había trazado una frontera de seguridad hacia el sur desde las ciudades de Casablanca y Oudja en Marruecos; Orán y Biskra en Argel; Sfax en Túnez; Gavian, Sirte, Giarabub en Libia; Siwa y El Cairo en Egipto. La franja de seguridad cubría todo el desierto del Sahara hasta más al sur del ecuador. Los países de África del Sur quedaban libres de cuarentena, pero no se podían comunicar con el hemisferio Norte por motivos de seguridad.

En América del Norte se había establecido una zona de seguridad en el desierto de Chihuahua, frontera entre los estados de Texas, Arizona y Nuevo México de Estados Unidos y las entidades federales de México de Sonora, Durango, Sinaloa y Coahuila, siendo este territorio de la zona atlántica la única vía de comunicación que unía el continente norte con el sur. El centro de población más importante afectada por esta decisión era Ciudad Juárez, con más de un millón trescientos mil habitantes, los cuales deberían ser alojados por el Gobierno federal mexicano.

De esta manera se había configurado el mapa geoestratégico del mundo en aquellos oscuros tiempos, pensó Javier. Occidente y el resto del mundo.

La Alianza del Norte había implementado unas férreas fronteras de seguridad y les había dado un nombre: *The Brands* (Las Marcas).

La *Eastern Europe Brand*, bajo jurisdicción de los ejércitos de Europa central y del Norte (Alemania, Austria, Polonia, Rumania, Hungría, Suecia, Finlandia, Gran Bretaña e Irlanda), Por mandato de la ONU, también colaboraba la Federación Rusa, ya que la mayor parte de su territorio, más allá de los montes Urales, estaba en cuarentena.

La *Asian Brand*, bajo jurisdicción de Estados Unidos, Canadá, Australia, Nueva Zelanda y Japón.

La *African Brand*, bajo jurisdicción de Francia, Portugal, España, Italia y Grecia.

La *Middle Eastern Brand*, bajo la jurisdicción de Turquía y los países balcánicos, pero también de la *Eastern Europe Brand*.

La *American Brand*, bajo jurisdicción de Estados Unidos.

Toda esta estrategia había significado la puesta en marcha del mayor operativo militar visto desde la Segunda Guerra Mundial. Todos los recursos se habían volcado en el mantenimiento de las *Brands* y de los pasillos de suministro energético y de materias primas a Occidente.

«En efecto —pensó Javier mirando el atlas—, la ONU también había informado que, para garantizar los suministros energéticos y materias primas de los países de la Alianza del Norte, se abrirían corredores seguros dentro de las zonas en cuarentena. El petróleo y el gas eran imprescindibles para el mantenimiento de la economía de supervivencia europea. De hecho —recordó Javier, apenado— el comandante Díaz estaba encargado de las labores de información y de seguridad en los acueductos de M'Sari Akabli, en la cuenca de Ahnet, situada junto a la de Reggane, en Argelia. Una zona considerada de extremo peligro por los continuos ataques del Jund alKhilafa, grupo radical yihadista perteneciente al ISIS[19]. Aquella era sin duda una zona de cruenta guerra, al igual que Siria, Libia e Irak. Lugares en los que no había llegado la paz ni con el presunto ataque extraterrestre».

—Bien, empecemos a trabajar —dijo en voz alta Javier apartándose del mapa mundial. Miró a sus redactores, que no paraban de procesar a través de los ordenadores las cataratas de noticias que iban desarrollándose a una velocidad vertiginosa—. Quiero una edición ilustrativa, entendible. Con información mundial pero también nacional. Daremos datos a la población de

lo que más les interesa: el inicio del suministro de vacunas. Luego haremos un análisis de la situación mundial. Yo me encargo de escribir el editorial.

—Señor Figueroa —dijo Gemar. Estaba sentado junto a Pérez en un sofá en una especie de sala de espera a la entrada de la oficina. No había paredes, por lo que todo quedaba a la vista y también se escuchaba todo—, le prometió al comandante Díaz que no revelaría toda la historia. Todavía no.

Javier se quedó mirando a los dos agentes del CNI como si hubiesen aparecido de la nada.

—Chicos, ¿con la que está cayendo no tienen otra cosa mejor que hacer que pegarse a mi culo?

—No, señor Figueroa. —Esta vez fue Pérez el que habló. Se levantó del sofá para estirar las piernas y comenzó a ojear unas revistas que había encima de una mesa—. De hecho estamos expedientados, suspendidos de empleo y sueldo. No somos muy populares en la «Casa» desde que ayudamos a los extraterrestres a que se llevaran a la doctora Massó y al coronel Herrero.

—¿Están trabajando gratis?

—No se preocupe por eso. De hecho el comandante Díaz lo dejó todo dispuesto para que nuestras familias no pasaran necesidad mientras lo protegemos a usted. Aún tiene amigos en el CNI. Son muchos los que no ven con buenos ojos lo que está sucediendo. Y más teniendo en cuenta la cantidad de compañeros que han muerto en poco tiempo sin ningún tipo de explicación. —Pérez se volvió a sentar en el sofá y abrió una revista para empezar a leerla—. Tenemos el tema económico resuelto, pero también la cobertura de su protección. Usted investigue y nosotros lo mantenemos con vida. Ese es el trato.

Javier se sentó delante de su ordenador y dijo:

—Voy a escribir un editorial que les recompensará el sacrificio que están haciendo. Pero si lo que dicen es verdad, pronto tendrán mucho trabajo.

* * *

Joaquín Ochoa miraba con estupefacción la pantalla del ordenador. Había estado leyendo el editorial del diario digital *Axioma* y no podía dar crédito a la información que contenía.

¡Freezer estaba vivo y lo habían rescatado los suyos!

Unas lágrimas de emoción resbalaron por sus mejillas arrugadas, nublando sus ojos tras los gruesos cristales de las gafas de montura de pasta negra. Miró hacia la ventana que tenía al lado y su mente viajó en el recuerdo.

Vio a un muchacho rubio, con una mirada azul y limpia como la de un bebé. Recordó lo asustado que estaba ante un mundo nuevo para él, en donde tendría que adaptarse a un modo de vida y costumbres tan diferentes a las suyas. Estaban dentro de su coche y acababa de recoger a Freezer en un descampado cerca de Salamanca, donde lo había dejado una *boveno* en plena noche. El muchacho iba vestido con un mono blanco y ajustado como una segunda piel, según la costumbre de Blua Suno. Lo primero que hizo fue ponerle un abrigo por encima para que pasara más desapercibido.

—*OI mi devas fari nun, Instruisto?* (¿Qué he de hacer ahora, maestro?) —le preguntó Freezer mirando absorto y atemorizado el extraño paisaje que pasaba por la ventanilla del coche.

—Para empezar, hablar en mi idioma —le contestó con una sonrisa Joaquín—. Te han instruido para ello y te tienes que acostumbrar a utilizarlo.

—¡Es todo tan extraño para mis ojos! —exclamó Freezer—. Lo había visto en imágenes en Blua Suno, pero la belleza de este mundo no le hacía justicia.

—Ten paciencia, *Emissari*, no todo en Domo es hermoso.

Desde que pasó aquello, habían transcurrido treinta años y ahora, allí sentado en su sala de estar sobre una cómoda butaca de terciopelo delante de un escritorio de vieja madera de estilo colonial, un también anciano Joaquín temblaba de emoción al evocar aquellos recuerdos.

Con mano torpe y llena de manchas de vejez, tomó la taza con el té todavía caliente y se la llevó a los labios. Notó el gratificante líquido de la infusión inundando su boca y corriendo por su garganta. Quería prepararse para volver a leer la fantástica noticia, esta vez de una manera más relajada y repasando el texto por si había pasado por alto alguna información.

Él odiaba leer la prensa en el ordenador, pero su avanzada miopía lo había obligado a rendirse a las nuevas tecnologías. Era incapaz de poder ver las diminutas letras de los periódicos en papel. Sin embargo, con los diarios digitales tenía la opción de ampliar las páginas tanto como quisiera.

Releyó la editorial del diario *Axioma*:

UN EXTRATERRESTRE QUE ESTUVO ENTRE NOSOTROS

Corría el año 2010 cuando el CNI recluyó a una persona que decía ser un extraterrestre. Aun tomándolo por loco, la información de la que disponía y sus continuos contactos con personalidades del mundo científico, que acabó atemorizado por los datos que aportaba esta persona y su insistencia en crear

alianzas con su civilización, hicieron tomar a nuestro servicio *secreto* la determinación de arrestarlo por el bien de la seguridad nacional. Desde que pasó aquello han transcurrido cinco años. Los hechos acaecidos el pasado 15 de noviembre han obligado al CNI a replantearse la identidad de su prisionero, a interrogarlo por su posible vinculación ante la aparición y posterior ataque de la nave extraterrestre. A partir de aquí toda ha desembocado en confusión y muerte. Una oscura sucesión de hechos que han dado como resultado la huida de nuestro alienígena en un ovni, no sin antes secuestrar, o mejor dicho en el argot de los ufólogos, abducir a la doctora Julia Massó, precursora del proyecto REMS-2 para analizar las emisiones de los bólidos lanzados por las naves extraterrestres, y a su marido, el coronel Martín Herrero, jefe de la Oficina Nacional de Seguridad del CNI, que la estaba custodiando en la planta de la UCI del Hospital 12 de Octubre, donde esta se encontraba convaleciente por una brutal agresión que la había dejado en estado de coma. Otros hechos muy confusos han envuelto este caso. En el Hospital 12 de Octubre hubo siete muertes violentas. En el observatorio de Robledo de Chávela otras ocho, además de un dron del ejército norteamericano abatido por una nave extraterrestre.

Fuentes que no podemos revelar nos informan que todos los fallecidos son agentes de los servicios secretos españoles y norteamericanos, excepto una enfermera y cuatro cadáveres del 12 de Octubre que están pendientes de identificar.

Las autoridades dan una versión tajante. Todos los hechos han sido causados por los extraterrestres con la intención de aniquilar a la raza humana. Estamos en guerra con ellos. Pero surgen dudas. ¿Para qué quieren a una científica en coma y a su marido? ¿Por qué exponerse a una batalla aérea precisamente en el observatorio de Robledo de Chávela y no en otro lugar? ¿Por qué dejaron escapar al extraterrestre después de cinco años de reclusión? ¿Cuál es la identidad de los atacantes del Hospital 12 de Octubre?

Se ha ideado la mayor y peligrosa cortina de humo de toda la historia. Nos preocupamos de vacunarnos lo antes posible, mientras que en el resto del mundo, al que no pertenece a Occidente, ahora mismo, se les están lanzando desde miles de aviones un gas pulverizado con antídotos al virus extendido por los extraterrestres. Tal vez, las claves del misterio que nos está llevando a una situación de terror, desesperación y puede ser que al exterminio se encuentren en lo sucedido en el Hospital 12 de Octubre y en el observatorio de Robledo de Chávela, y sobre todo, **en un extraterrestre que estuvo entre nosotros**.

Joaquín terminó de leer el texto y ya no tuvo ninguna duda. El artículo hablaba de Freezer, o Andreas como era conocido en el observatorio radioespacial de Robledo de Chávela. Con dedos temblorosos, desplazó el ratón hasta la parte inferior de la pantalla y puso la flecha sobre el icono de «contacto» con el diario. Allí apareció un número de teléfono con el prefijo de Madrid.

Joaquín marcó el número sobre las teclas del teléfono que tenía sobre el escritorio. Al cuarto tono contestó una voz grabada.

—Diario digital *Axioma*. Para la sección de anuncios marque el uno, para suscribirse, marque el dos. Si quiere hablar con otro departamento, manténgase a la espera.

Dejó pasar los segundos y finalmente una voz cansada que no era una máquina le respondió:

—*Axioma*, dígame.

—Quisiera hablar con el director del diario.

—De parte de quién y motivo, por favor.

—Soy el profesor Joaquín Ochoa. Conozco al extraterrestre, Freezer. Solamente dígale eso.

Hubo indecisión al otro lado de la línea. Después de unos segundos una voz potente resonó en el auricular.

—Javier Figueroa, director del *Axioma*. ¿En qué puedo ayudarlo, profesor?

—Quiero verlo. Tengo algo que contarle de Freezer y su verdadera misión en nuestro planeta. Solo puedo darle la información en persona y tras comprobar que es usted una persona de fiar.

—¿Desde dónde llama, profesor?

—Desde Salamanca.

—Puede usted venir aquí, a Madrid. Le daré la dirección. Yo no me puedo trasladar, estoy muy ocupado, como podrá entender.

—Señor Figueroa, tengo cien años y estoy muy delicado de salud. No puedo viajar. Si quiere información, tendrá que venir a mi casa. Créame, vale la pena lo que tengo que contarle.

El profesor Joaquín Ochoa no tuvo que esperar demasiado tiempo, la voz entusiasta de Javier pareció estallar en el auricular.

—De hecho estaba esperando la llamada de alguien como usted. Dígame su dirección. Deme algo más de dos horas y estaré allí.

* * *

Calles empedradas y estrechas. Al fondo, la suntuosa fachada de piedra del edificio lateral de la Universidad de Salamanca rodeada por verjas de hierro forjado en laboriosos adornos góticos platerescos. El día era gris y plomizo, frío y húmedo. Una ligera llovizna regaba las veredas desiertas.

Pero Javier Figueroa no estaba de humor para admirar arte arquitectónico ni el paisaje urbano de tan antigua ciudad. Se sentía engañado, secuestrado e incluso atemorizado.

Desde que comentó a los agentes del CNI que tenía que ir a Salamanca a entrevistarse con un profesor llamado Joaquín Ochoa, que tenía información sobre Freezer, estos tomaron las riendas de la situación y lo hicieron esperar mientras realizaban diversas llamadas telefónicas. Se arrepintió de no haberles dado esquinazo con cualquier excusa y haberse marchado solo en busca del profesor, cosa harto difícil, ya que Gemar y Pérez no dejaban de vigilarlo en ningún momento.

Pasó algo más de media hora antes de que Gemar se dirigiera a él y le dijera escuetamente: «En marcha».

A partir de ese momento, todo transcurrió con una enorme rapidez. Lo introdujeron en un coche estacionado delante del edificio de la oficina. Sus empleados se habían quedado boquiabiertos ante la situación, pero les dijo que siguieran trabajando y que ya los llamaría.

El coche se dirigió hacia las afueras de Madrid. Delante iban el conductor y otro hombre, seguramente ambos pertenecientes al CNI. Javier iba sentado entre Gemar y Pérez.

—¿Hacia dónde vamos, si no es mucho preguntar?

—Al aeropuerto militar de Cuatro Vientos. Nos espera un helicóptero para llevarnos a Salamanca —dijo Gemar sin parar de mirar por la ventanilla.

—Pensaba que estaban expedientados y fuera de servicio.

—Y lo seguimos estando. Esto no está pasando, señor Figueroa —le contestó Pérez sonriéndole—. Verá, el coronel Herrero tenía muchos contactos que está aprovechando el comandante Díaz, quien, aun estando exilado en Argelia, todavía conserva mucho poder gracias a ello. Hay mucha gente en el CNI que apoya incondicionalmente lo que estamos haciendo, sin hacer preguntas porque saben que hasta ahora ya hemos pagado un alto precio en sangre de nuestros compañeros y este hecho, por mucho que se quiera ocultar, exige respuestas.

—Hemos investigado al profesor Joaquín Ochoa —continuó Gemar—. Fue catedrático de la Facultad de Filología de la Universidad de Salamanca,

entre los años 1950 y 1995, aunque continuó ejerciendo de profesor emérito hasta el año 2005. Su especialidad era el esperanto y llegó a ser el presidente de la Federación Española de Esperanto entre los años 1990 y 2000, de hecho sigue ostentado este cargo honoríficamente hasta el día de hoy y tiene un gran reconocimiento internacional en esa área de estudio. Su carrera como catedrático tuvo un extraño paréntesis desde 1975 hasta 1985, diez años en los que desapareció del mundo académico y de su vivienda habitual. No le dijo nada a amigos o conocidos ni a su familia, ya que carece de ella. Durante esos años no dio señales de vida. Era como si se lo hubiese tragado la tierra. Incluso hubo litigios entre posibles herederos para adquirir sus bienes, ya que lo daban por muerto. El profesor Ochoa había pedido una excedencia en la Universidad de Salamanca, por lo que la policía nunca sospechó que hubiese fallecido. Era más probable que estuviese recorriendo el mundo en busca de información para completar sus investigaciones sobre esperanto. Dada la insistencia de sus conocidos, la policía finalmente investigó la desaparición del profesor. Su cuenta corriente estaba intacta y sus enseres, incluida su documentación de identidad y pasaporte, fueron encontrados en un cajón del dormitorio. Al cabo de los diez años reapareció y volvió a tomar posesión de su cátedra como si nada hubiera pasado. El inspector que llevó la investigación, actualmente comisario, nos ha comentado la impresión que se llevó al ver en persona al profesor. Tenía sesenta años cuando desapareció y diez años más cuando regresó. Sin embargo, su aspecto físico era el de una persona como mucho de cincuenta años. Sus compañeros de la Universidad también le comentaron este hecho sorprendente. El profesor Joaquín Ochoa, según nos han informado, estuvo trabajando sin descanso en su cátedra hasta hace diez años, cuando él ya había cumplido los noventa. Su aspecto físico seguía siendo el de una persona mucho más joven. Cuando le preguntaron dónde había estado durante una década, contestó que «recorriendo mundo, en un lugar muy lejano».

—Fue abducido —comentó Javier sin poder evitar un escalofrío.

—Eso creemos —asintió Gemar—. De todas formas esta persona se ha convertido en la única que nos puede explicar qué es lo que está pasando, aunque quizás sea un loco. La experiencia de estos pocos días nos ha enseñado a no dudar de las informaciones que van surgiendo. El comandante Díaz lo tiene muy claro. Hay que proteger al profesor cueste lo que cueste, y es lo que vamos a hacer.

Javier se mantuvo en silencio el resto del viaje. Subieron a un helicóptero en el aeropuerto de Cuatro Vientos y este despegó con dirección a Salamanca,

apenas media hora de trayecto. A pie de pista del aeropuerto de destino, los recogió una furgoneta negra con los cristales oscuros. Dos coches se colocaron estratégicamente delante del vehículo y detrás de él. La comitiva entró en la ciudad de Salamanca hasta la calle Serranos, la dirección que Ochoa les había dado. En todo ese tiempo Figueroa no pudo dejar de sentirse molesto. Lo habían utilizado para conseguir a un informador a través de su diario. Una jugada que sin duda les había salido bien.

Pero su malestar era más un sentimiento de ataque contra su proverbial independencia y ego personal que otra cosa, y a pesar de que el comandante Díaz se lo había hecho ver en el Hospital 12 de Octubre, había algo dentro de su ser que se seguía rebelando contra esa manipulación consentida y por otro lado necesaria.

El casco antiguo de Salamanca estaba tomado por la policía. Agentes uniformados con chalecos antibalas y fusiles de asalto cortaban los accesos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Javier inquieto.

—Nada —contestó Pérez mientras enseñaba su credencial a un agente y este dejaba pasar la comitiva—. La zona está protegida desde que el profesor Ochoa lo llamó a usted. No queremos más muertes. Para los habitantes de la zona se trata de una amenaza de bomba en la Universidad.

Javier observó policías en todas las esquinas hasta llegar a la dirección que le había dado el profesor. La calle estaba desierta a excepción de los hombres uniformados.

Cuando la comitiva se detuvo, Javier tomó el brazo de Gemar antes de que este se bajara del vehículo.

—Entraré yo solo. No quiero que el profesor se asuste.

—Tenemos que entrar para llevarnos toda la documentación posible. Entiéndalo.

—Entrarán, pero deje que hable primero con el profesor. No quiero romper la confianza que ha depositado en mí.

Gemar dudó y miró de soslayo a Pérez, el cual asintió con la cabeza.

—Está bien. Le daremos quince minutos. No disponemos de más tiempo. Hemos de trasladar al profesor a un lugar seguro.

—¿Dónde? —quiso saber Javier—. El profesor es una persona muy anciana. No sé si lo podremos sacar de aquí.

—Si se queda, morirá y perderemos una gran oportunidad —le contestó Gemar con acritud—. Quince minutos. Después entraremos a buscar al profesor y toda la documentación que guarde en su casa.

Javier volvió a sentir cómo la cólera crecía dentro de su ser, pero optó por callar y salir del vehículo. Bajo la atenta mirada de los agentes del CNI presionó el timbre de la casa.

A los pocos segundos, una voz de mujer contestó:

—¿Quién es?

—Soy Javier Figueroa, el profesor Ochoa me está esperando.

La cerradura automática hizo un leve chasquido y Javier empujó la puerta.

Una mujer bajita y rolliza salió a su encuentro. El vestíbulo de la casa estaba casi en penumbras, pero se podía adivinar una decoración vetusta, casi rancia de muchas décadas de antigüedad.

—Buenas tardes, señor Figueroa. Soy la asistenta del profesor. Sígame, lo estaba esperando.

Javier siguió a la mujer por un pasillo largo e inquietante, con numerosas puertas cerradas a ambos lados. La oscuridad de las paredes y los muebles era casi deprimente.

Por fin abrió una puerta al final del pasillo y este quedó iluminado por la luz natural que procedía de una espaciosa habitación con amplios ventanales.

—Pase, señor Figueroa —le dijo la asistente.

Casi deslumbrado por el cambio de luminosidad, Javier pudo apreciar una habitación con el techo muy alto y con las paredes recubiertas de libros. En el centro de la sala, distinguió una silueta recortada contra los grandes ventanales mojados por la lluvia.

Cuando se acostumbró su vista, Javier pudo ver a un hombre con el pelo espeso y rebelde blanco como la nieve, y la piel arrugada casi del mismo color. Unos ojos expresivos y vivos lo miraban detrás de unos lentes de gran graduación.

—Lo estaba esperando, señor Figueroa. Siéntese, por favor —dijo el anciano indicando una silla delante de su escritorio—. ¿Desea tomar algo? Ya es tarde para un té o un café. ¿Tal vez un licor?

—No, gracias, tenemos algo de prisa —contestó Javier acercándose al escritorio. Tendió la mano al profesor Ochoa y este se la estrechó con inusitada fuerza para una persona de cien años. Después tomó asiento en una silla muy antigua de madera, a juego con el escritorio que dominaba la sala.

—¿Tenemos? —inquirió el profesor—. Habla usted en plural. Yo no tengo ninguna prisa. A mi edad el tiempo toma otra dimensión. Me sobra el tiempo, pero también me falta. He aprendido que vale la pena robar tiempo al reloj de nuestra vida para situaciones realmente importantes, y esta, desde mi humilde opinión, es una de ellas. Relájese y hablemos.

—¿Quién es Freezer? —preguntó sin preámbulos Javier.

El profesor Ochoa hizo sonreír su mirada.

—Es una larga historia. Relájese, hijo, e intente convencerme por qué debo responderle a esa pregunta.

—Porque es usted quien me ha llamado.

—Le dije que solo hablaría si me resultaba usted de confianza. Este es un primer contacto. No piense ni por un momento que le daré información si no sé el uso que hará de ella. Convénzame de que es usted merecedor de mi confianza.

—Ha leído mi artículo. Busco la verdad.

—Todos la buscamos, no le quepa duda. Pero lo que tengo que contar merece un interlocutor que esté a mi nivel. Si es usted esa persona, demuéstremelo. En caso contrario, lo invitaré a que abandone mi casa y encantado de conocerlo.

Javier dudó por un momento. El tiempo apremiaba. Decidió utilizar los argumentos del miedo.

—En la puerta hay agentes del CNI que entrarán por las buenas o por las malas por usted y todos los documentos que guarda en su casa. ¿Le parece que tengo un buen nivel? Por otro lado, si colabora conmigo, si me da información, le puedo garantizar que será tratado con la cortesía que usted merece.

—Va por mal camino —rio el profesor. Javier se sorprendió de la espléndida dentadura que tenía, y no parecía artificial—. Ofende mi inteligencia. Estoy empezando a pensar que he invitado a un pusilánime a mi hogar. Tal vez me he equivocado de persona. Por otra parte, considero que usted ha traicionado mi confianza. No le ha faltado tiempo para avisar de nuestro encuentro al CNI, más puntos en su contra, señor Figueroa. Me dio la sensación, al leer su editorial, que era usted una persona de pensamiento libre y sin la frontera del miedo, pero me he equivocado. Abandone usted mi morada y que le vaya bien en la vida, señor.

Javier se quedó clavado en su asiento durante unos instantes. Tal era el respeto que sintió hacia aquel hombre que su instinto primó en su razón y, casi involuntariamente, se levantó. Solo le faltó pedir disculpas.

Pero de repente, su proverbial rebeldía le estalló en el cerebro como una llamarada de indignación. Se volvió a sentar y fijó su mirada en los ojos del profesor.

—Escuche —se escuchó hablar a sí mismo Javier, todavía aturdido por la fuerte personalidad de Ochoa—, me puede considerar o no merecedor de su

gran sabiduría. Pero lo que le estoy proponiendo es un gran trato. O se viene conmigo y mis amigos del CNI o, en muy poco tiempo, usted dejará de existir.

Somos los únicos que podemos ayudar a Freezer y hacer entender su mensaje. Es una cuestión de fe. No corren buenos tiempos para jugar a hacerse el interesante, profesor. No está en juego su vida, sino la civilización entera. O viene con nosotros o su historia morirá con usted, para desgracia de toda la humanidad.

Ochoa se reclinó sobre la mesa del escritorio y miró con tal intensidad a Javier que sus ojos parecieron sobresalir sobre las lupas de sus gafas.

—No queremos que eso pase, ¿verdad, señor Figueroa?

—Solo le puedo decir que no quiero que su historia muera con usted, y eso es exactamente lo que pasará si no viene con nosotros. Somos pocos los que luchamos por la verdad. No desaproveche esta oportunidad. No deje que se olvide el sacrificio de muchas personas que han caído por proteger lo correcto. Si lo hace, el pusilánime será usted, profesor.

El viejo profesor entrelazó los dedos bajo su mentón y reflexionó durante unos segundos.

—¿Adónde me llevarán?

—No lo sé. No me lo han dicho, pero confío en ellos. Han padecido demasiadas muertes y se juegan demasiado como para mentirnos, ahora lo veo claro. No trabajan para el gobierno ni para los poderes establecidos. Solamente quieren salvar al mundo —meditó Javier durante unos segundos y continuó hablando. Por fin su independencia dejaba paso a la razón—. Luchan por Freezer, por la doctora Massó y por el coronel Martín Herrero. Y añadiría a un reconvertido, el comandante Díaz, nuestro benefactor. Confío en ellos, porque han demostrado que quieren resurgir de las cenizas tras ser aniquilados. Son el último reducto de la verdad. Si ellos mueren, me temo que morimos todos.

—Donde vayamos, ¿me contará las gestas que han realizado esas personas?

—Solamente sabrá su nivel de sacrificio si usted me cuenta antes su historia. Usted, profesor, tiene la clave y tenemos que preservarla cueste lo que cueste.

El profesor Joaquín Ochoa se levantó de su butaca con sorprendente agilidad. Su estatura impresionó a Javier. El anciano marchito pareció transformarse en un gigante de casi dos metros.

—Señor Figueroa, ha superado mi prueba de confianza. ¿Qué hacemos?

—El equipaje, profesor. Y no olvide sus memorias.

—¡Hacia lo desconocido, como antes!

—Sí, hacia lo desconocido —reconoció Javier, en cierta forma, aliviado. Sabía que los agentes del CNI entrarían a llevarse por la fuerza al profesor Ochoa, le gustase a él o no. Mucho mejor si se hacía voluntariamente.

El profesor comenzó a recoger documentos de los cajones de su escritorio y a meterlos con prisa dentro de una cartera de piel cuarteada que parecía tan vieja como él.

—La otra vez que me fui, no necesité ropa de repuesto.

—Por si acaso, profesor —contestó Javier—, llévese la muda necesaria para muchos días.

Ochoa, una persona de cien años, se reveló como un ser de mucha menos edad ante los ojos de Javier. Su cuerpo aparentaba en cierta manera la edad que tenía, pero su espíritu y entusiasmo parecían proceder de una persona mucho más joven. Llamó a gritos a su asistenta y cuando esta apareció en la sala de estudio, le pidió con amabilidad que le preparara una maleta con ropa para una semana.

—Usted no está en condiciones para viajar, profesor… —suplicó la asistenta para evitar la marcha del anciano. Era evidente que pensaba que sufría un ataque de delirio.

—Apresúrate, mujer. La historia me espera —le contestó Ochoa lleno de euforia.

La mujer miró a Javier, para hacerle entender que el viejo profesor no estaba para moverse de su casa.

Pero él omitió la mirada suplicante de la mujer, ya que, muy a su pesar, tenía que reconocer que Ochoa demostraba más energía que él mismo.

Javier ayudó a hacer la maleta del profesor, así como a acabar de vestirlo. Sus gustos estéticos se habían anclado en los años cincuenta, pantalones de franela, chaqueta de ante a cuadros, pajarita y un sombrero de fieltro de color marrón oscuro. Pero eso era lo de menos. Lo mejor de aquella tensa situación es que apareció en la calle sujetando a Ochoa por un brazo, mientras que en el otro aguantaba su voluminosa maleta de tela a cuadros escoceses. Gemar y Pérez los miraron con una sonrisa de oreja a oreja.

—Señor Figueroa, profesor Ochoa, a sus pies —dijo Gemar inclinándose cómicamente delante del periodista.

—Menos guasa y más acción —contestó Javier—. Que no se diga que los chicos del CNI no tienen sangre en las venas.

—¿Dónde guarda sus documentos, profesor? —preguntó Pérez, mucho más serio que su compañero.

—Tengo miles de ellos, hijo.

—Ya sabe a los que me refiero. Un profesor de filología con su experiencia habrá recopilado sus estudios, digamos…, de los viajes realizados.

—En efecto, joven —contestó Ochoa dando palmadas en su voluminosa maleta—. Escribí un diario con mis experiencias. Y también he recogido muchas notas. Todo lo guardo aquí. Pero es un tesoro solo apto para usar con buenos fines y, por lo tanto, por personas que lo sepan entender y valorar. Aun así, lo más importante es lo que tengo registrado en mi menté.

—Nosotros somos esas personas, no lo dude —comentó Pérez con una sonrisa forzada—. Ahora entrégueme la maleta. No se preocupe. La tendremos a buen recaudo.

—No me preocupo. La maleta va conmigo.

Ochoa entró en el vehículo que lo estaba esperando y se sentó abrazado a la maleta.

Por fin pareció reparar en la gran cantidad de policías armados que había en la calle. Miró hacia lo alto de los edificios y pudo distinguir más siluetas uniformadas. Mientras Figueroa se acomodaba a su lado, le preguntó:

—¿Todo esto es por mí?

—Sí, profesor. Ya le he dicho que el asunto es muy serio. Tiene una información vital que se ha de preservar. Otras personas tan importantes como usted han sido atacadas de una manera brutal y muchos han muerto asesinados. Es la única conexión que tenemos entre nuestro mundo y el de «ellos», los extraterrestres.

—Ellos se llaman a sí mismos *homoj*, humanos, en la lengua libre.

—¿La lengua libre?

—Sí, la que nos hará libres a todos, el esperanto.

Gemar entró en el vehículo y Pérez se sentó en el asiento delantero, al lado del conductor.

—Tenemos que irnos lo antes posible —dijo—. Estamos seguros de que han rastreado todas nuestras comunicaciones. Sabiendo de lo que son capaces, debemos movernos rápido hasta un lugar seguro. Profesor, le he dicho a su asistenta que se marche lo antes posible. Si se queda en su casa, correrá peligro.

Ante la preocupación que transmitió el agente del CNI con sus palabras, Figueroa no tuvo más remedio que sentirse atemorizado. En su retina todavía

tenía grabada la escena de la matanza del Hospital 12.de Octubre. Aquello no era un juego y el peligro parecía inminente.

La comitiva de vehículos arrancó a gran velocidad, esta vez custodiados por coches de policía con las sirenas ululando por las estrechas calles del casco antiguo de Salamanca, arrancando tremendos ecos de las viejas piedras de los edificios por donde pasaban.

—¿No es malo llamar tanto la atención? —preguntó Figueroa.

—Es malo no ir rápido —le contestó bruscamente Pérez mientras miraba en todas direcciones.

Los vehículos circularon a mucha velocidad por calles y avenidas sin respetar preferencias de circulación ni semáforos gracias a la escolta policial. A aquellas horas de la tarde no había mucho tráfico, y la poca gente que caminaba por la calle bajo sus paraguas observaba con curiosidad la veloz y estridente caravana que pasaba delante de ellos.

Figueroa tenía el estómago encogido por el miedo. Pensó que de un momento a otro iba a impactar contra ellos una ráfaga de balas o incluso una bomba. Estaba aterrado. De repente notó que una mano nervuda tomaba la suya.

—Tranquilo, hijo, no ha llegado nuestro momento, ahora no. Tenemos que hacer cosas muy importantes todavía —le dijo el profesor Ochoa con una sonrisa tranquilizadora.

—¿Usted no tiene miedo?

—Sinceramente, no. He hecho viajes mucho más peligrosos.

—Ya me lo contará en otro momento, profesor —contestó Figueroa. Se estaba mareando y tenía unas ganas terribles de vomitar. ¡Cómo se había metido en aquel lío!

—Bajen la cabeza —ordenó con un grito Gemar—. Estamos llegando a un puente. No quiero que ofrezcan un objetivo claro a un francotirador.

Los vehículos pasaron a gran velocidad por debajo del puente, pero no sucedió nada, excepto el ruido de los ecos de las sirenas al rebotar contra el hormigón. Ni una detonación ni los vidrios del vehículo saltando por los aires. Figueroa notó que le faltaba el oxígeno en los pulmones. Su estómago se aflojó y una corriente cálida y pegajosa inundó sus calzoncillos.

—La base aérea militar de Matacán está a unos diez minutos —dijo Pérez gritando entre el estruendo de las sirenas—. Ya queda poco, señores.

Figueroa vio un cartel informativo en la carretera que les indicaba que habían entrado en la autopista de A-50, de Salamanca a Ávila. La lluvia había arreciado, pero los vehículos no redujeron su marcha. Cortinas de agua se

elevaban a ambos lados de la comitiva como la proa de un barco rompiendo las olas del mar. El limpiaparabrisas zumbaba frenéticamente sobre los vidrios delanteros del vehículo.

—No se avergüence, señor Figueroa —le dijo en voz baja el profesor Ochoa al oído—. Eso nos puede pasar a cualquiera.

Javier hubiese querido contestar, pero se sentía tan humillado que guardó silencio. Más tarde, en un lugar seguro, ya se le ocurriría algún tipo de excusa. Tal vez que tenía gastroenteritis o algo así… Vio que los vehículos de cabeza tomaban un desvío de la autopista. Leyó angustiado un cartel informativo que los dirigía hacia la salida número 86, de la base aérea Matacán y Villa Gonzalo de Tormes. Ya quedaba menos.

Tomaron una carretera de un solo carril de doble dirección. A cada lado solo se observaban prados y campos de cultivo bañados por una luz grisácea y cortinas de agua que caían desde el cielo plomizo. Aun así, la visibilidad era considerable y nada hacía presagiar ninguna amenaza a simple vista.

La carretera se impuso en una enorme y larga recta flanqueada por esqueletos de árboles desprovistos de hojas, formando una muralla casi infranqueable que impedía ver lo que se ocultaba entre los troncos y ramas. La aprensión de Figueroa fue tal que un nuevo flujo corporal abandonó su cuerpo, engrosando la acumulación de excrementos que podían soportar sus calzoncillos y el olfato de los otros ocupantes del vehículo.

De repente, unos estallidos inundaron en el cielo. Javier miró hacia delante esperando ver una gran explosión que acabaría con su vida. En cambio divisó dos helicópteros pintados de camuflaje con la insignia del Ejército del Aire español que se posicionaron sobre la comitiva.

—¡Nos atacan! —gritó Javier aterrado.

—No —rio Gemar—. Ya estamos a salvo, señor periodista. Estos son de los nuestros. Estamos seguros, no lo dude. Ahora bien, a ver cómo explica nuestro amigo conductor al Presidente de la Comunidad Autónoma que su bonito y blindado coche oficial, el cual nos ha prestado sin saberlo, huele a mierda…

—Le diré que no tengo ni idea de los asuntos que se manejan en la parte de atrás del coche oficial —contestó el chófer sin inmutarse.

*** * ***

—¿Alguna novedad, *Manibus*? —le preguntó la voz al otro lado de la línea telefónica.

Smith estaba confuso. Lo acababa de despertar la llamada telefónica en plena madrugada. Su cerebro estaba agotado, pero pudo reconocer de inmediato la voz fría y metálica del *Dux*. Se incorporó de inmediato en la cama. No era frecuente que lo llamara a esas horas.

—¿Estás ahí? —insistió la voz con un tono que le pareció irónico.

—*¿Dux?* —Smith ya sabía la respuesta y se cuidó mucho de expresar su malestar por despertarlo a aquellas horas—. ¿Ha sucedido algo?

—¡Perdona por la hora intempestiva, *Manibuú*! —dijo como falsa disculpa la voz del *Dux*—. Pero a veces se me olvida que nos separa un continente. Te llamo desde Europa, espero no haberte molestado.

—No es molestia, *Dux*.

—Estoy preocupado por el periodista. Me dijiste que te ocuparías de él. Ahora no nos puede fallar nada en nuestro plan.

—¿Figueroa, el del periódico digital *Axioma*? —preguntó Smith todavía confuso.

—El mismo. Me dijiste en nuestra última conversación que había tomado contacto con el CNI español. Tal vez podría haber conseguido información privilegiada contraria a nuestros intereses.

—Hemos intervenido sus comunicaciones —respondió Smith—. Pero hasta el momento solo hemos conseguido un contacto interesante. Lo estoy investigando.

—¿Un contacto? Explícate, *Manibus*.

—Un profesor de la Universidad de Salamanca que dice conocer a Freezer.

El silencio que se produjo al otro lado de la línea telefónica era tan denso que se podía cortar con un cuchillo, o al menos eso pensó Smith.

—¿Cómo se llama ese profesor? —La voz del *Dux* sonó fría como el hielo.

—Joaquín Ochoa —contestó Smith—. Mandé a un equipo para averiguar quién era esta persona y apresarlo, pero tenía tal dispositivo de seguridad a su alrededor que nos fue imposible tan siquiera acercarnos. Las relaciones con el CNI, al menos operativamente, se han enfriado mucho. No confían en nosotros y mucho me temo que ocultan algo.

—¿Joaquín Ochoa? —repitió el *Dux* casi en un susurro.

—El mismo —contestó Smith—. Es un anciano de casi cien años. No creo que nos genere ningún problema. Pero, *Dux*, no entiendo por qué conoce a Freezer y de qué va todo esto. Mi única opción es seguir rastreando las comunicaciones del CNI.

Otro breve silencio al otro lado de la línea telefónica.

—Yo me ocupo, *Manibus*, descuida. Céntrate en lo acordado.

—*Dux*, por su tono de voz entiendo que se trata de alguien importante.

—No voy a compartir mis pensamientos contigo, *Manibus*. Limítate a cumplir con lo que te he ordenado.

—*Dux* —dijo Smith midiendo sus palabras—, no entiendo, si me permite expresar mis dudas, por qué no me ordenó eliminar al extraterrestre desde un principio, o al menos apresarlo. Me refiero a Freezer. Es nuestro enemigo.

Smith sintió que una frialdad como el hielo traspasaba la línea telefónica.

—*Manibus*, te repito, limítate a cumplir mis órdenes. Hay situaciones que superan tu entendimiento. Cumple con mi voluntad.

—Sí, *Dux*.

* * *

Los motores de los rotores del helicóptero rugían y hacían vibrar la cabina del aparato. Este iba a gran velocidad, como si lo estuviesen persiguiendo unos demonios alados. Los campos y pueblos desaparecían bajo sus pies. Javier podía ver por el lado de su ventana que los acompañaba un helicóptero militar armado con ametralladoras y misiles. Otro de las mismas características flanqueaba el lado izquierdo.

—¿Dónde vamos? —gritó a Gemar, que se encontraba sentado adelante, sin darse cuenta de que tenía puesto los cascos con el micrófono de comunicación.

—No hace falte que grite, señor Figueroa —le contestó el agente del CNI. Su voz llegó metálica a través de los auriculares que tenía puestos—. Lo escucho perfectamente. No se preocupe, estamos a punto de llegar.

Javier se removió en su asiento. Estaba terriblemente incómodo y mareado. Sentía que lo poco que había comido aquel día luchaba por subir de su estómago a la garganta. La boca estaba seca y la poca saliva que tenía era de sabor amargo. Y luego estaba ese terrible olor a los excrementos que llenaban sus calzoncillos. En la base aérea de Matacán el piloto del helicóptero arrugó la nariz al verlo y no dudó en disponer un plástico en su asiento. Fueun momento muy humillante para él. Por fortuna nadie hizo un comentario jocoso. Era evidente que todos estaban preocupados y deseosos de llegar a un lugar seguro. Todos menos el profesor Ochoa, que parecía entusiasmado por la experiencia.

—Pensaba que mi vida terminaría en mi confortable pero aburrida morada, señor Figueroa —le dijo a través de los auriculares—. Y aquí me ve, pletórico de poder vivir el final de esta asombrosa aventura.

Javier se encontraba demasiado mal como para atender las excentricidades del anciano y se obligó a mirar el paisaje. Pudo ver a lo lejos un bosque de enormes antenas parabólicas de color blanco orientadas al cielo. Sus bases permanecían ocultas por una bruma baja debido a la gran humedad provocada por la incesante lluvia. Cerca de las antenas pudo divisar una edificación en medio de un gran campo rodeado por kilómetros de vallas. Flanqueando las instalaciones, había una carretera repleta de vehículos militares. Blindados, baterías antimisiles y tiendas de campaña de lona de camuflaje rodeaban todo el cercado. Al otro lado de la carretera, destrozada por lo que parecía un bombardeo, había un inmenso campo verde con una mancha negra y gris que despedía una humareda dispersa que surgía del centro de un cráter.

Entonces Javier entendió. Ante sus ojos se estaba desplegando los rastros de la batalla que allí había acontecido hacía dos días. La carretera destrozada, el cráter del campo seguramente originado por la caída del dron, todo indicaba sin duda el lugar donde se encontraban. Recordó la descripción que le había hecho el comandante Díaz de lo allí ocurrido. No podía tratarse de otro lugar. Estaban acercándose al observatorio radioespacial de Robledo de Chávela.

El helicóptero inició su descenso hasta aterrizar en una explanada cercana al edificio central del *Madrid Deep Space Communications Complex*. Los helicópteros de escolta se mantuvieron en el aire, vigilando el perímetro.

Cuando aterrizó el helicóptero y paró los motores, los ocupantes fueron bajando uno a uno. Los esperaba un hombre alto de mediana edad, con el pelo canoso y una actitud serena. Les fue dando la mano a todos según bajaban del helicóptero.

—Soy Fernando Fajardo, director del MDSCC. Espero que su estancia en nuestras instalaciones sea lo más cómoda posible. Hemos habilitado un recinto con camastros suministrados por el ejército. Es lo mejor que hemos conseguido dadas las circunstancias. Cinco operadores y yo somos los únicos que nos hemos quedado aquí. El resto del personal se ha marchado por indicaciones de la autoridad militar. Estamos a salvo del resto del mundo, no se preocupen.

—Pérez y Gemar, agentes del CNI —dijo Gemar estrechando la mano del científico—. Somos el enlace con el exterior, Velaremos por su seguridad y la del resto del personal de estas instalaciones. No se preocupe.

—Bienvenidos —contestó Fajardo amablemente—. Ya me habían informado de su llegada, de hecho, la de todos ustedes.

—Profesor Ochoa —se presentó Joaquín—. De la Facultad de Filología de la Universidad de Salamanca y eterno viajero.

—Bienvenido, profesor. Tenemos mucho que de qué hablar. Andreas lo mencionó en varias ocasiones. Tengo entendido que usted fue su benefactor y costeó su formación y lo acogió en su hogar como si fuera su propio hijo.

—Así es, director —contestó Joaquín—. Y me llena de regocijo que mi ahijado haya vuelto adonde pertenece: a las estrellas.

Tras dudar unos instantes ante la respuesta, Fajardo esbozó una sonrisa.

—Sin duda, usted y yo hemos de mantener una larga conversación. Ardo en deseos de que me lo explique todo, siempre y cuando nuestros invitados del CNI no lo consideren «alto secreto».

—Creo que usted ya tiene suficiente información y se ha comprometido en nuestra causa como para ganarse ese derecho —le contestó Pérez sonriendo—. Todos los que estamos aquí hemos de trabajar para que la verdad impida un genocidio.

—Estamos de acuerdo —asintió Fajardo. Luego reparó en el último pasajero del helicóptero que se mantenía algo alejado del resto del grupo.

—Le presento al periodista Javier Figueroa —anunció el profesor Ochoa reparando en la mirada del director—. Me temo que su timidez está originada por ciertos aromas corporales de los que no está particularmente orgulloso. No se lo tome a mal. Seguramente agradecerá una buena ducha y ropa limpia.

—No se preocupe, señor Figueroa —se dirigió el director a Javier sin acercarse para darle la mano—. El Ejército nos ha aprovisionado de un generoso vestuario de ropa limpia. Me temo que en breve todos vestiremos igual, es decir, de uniforme de campaña. Es lo único que nos han podido suministrar hasta el momento. El campamento militar dispone de servicio de lavandería, por lo que sin duda limpiarán su ropa en breve y podrá disponer de ella otra vez sin problemas. En cuanto a su higiene personal, me alegra poder informarle que disponemos de unas duchas en los vestuarios. Ahora le indicaré dónde están. De aquí a una hora aproximadamente, nos reuniremos todos para cenar en el comedor y cambiar impresiones. Ahora síganme, les enseñaré las instalaciones. Algo me dice que será una noche muy larga.

El director Fajardo los acompañó hasta el dormitorio improvisado, una estancia pequeña, utilizada anteriormente como sala de reuniones, en donde habían dispuesto un total de diez camastros. Cerca, al otro lado del pasillo, estaban los vestuarios y las duchas, por lo que la comodidad estaba

garantizada. Había taquillas abiertas con ropa militar de camuflaje, así como botas, calcetines y calzoncillos.

Figueroa se introdujo rápidamente en las duchas. Se quitó la ropa y la metió en una bolsa de basura. Ni por asomo quería llevarla a la lavandería, no quería pasar más vergüenza de la necesaria.

Dejó resbalar la gratificante cortina de agua sobre su piel y se enjabonó. Repitió la ducha hasta en tres ocasiones, para sentirse totalmente limpio.

Renovado, se dirigió al dormitorio cubierto solo con una toalla. Allí estaban Pérez, Gemar y el profesor Ochoa esperándolo.

—La ducha más larga de la historia, señor Figueroa —le dijo Ochoa con una sonrisa—. Pensábamos que no acabaría nunca. Dese prisa, nos esperan para cenar.

Javier abrió una taquilla y empezó a vestirse con ropa militar, demasiado grande para él. Cuando acabó de vestirse, fue consciente de que el uniforme le quedaba ridículo, pero se sentía limpio y satisfecho, sobre todo seguro y eso era lo más importante.

—Vamos. ¡Estoy muerto de hambre! —les dijo alegremente a sus compañeros.

Los cuatro se dirigieron hasta el comedor, que no estaba muy lejos del dormitorio. Las instalaciones eran pequeñas y resultaba difícil perderse allí.

Cuando entraron en la estancia, muy austera por cierto, pudieron ver una mesa rectangular situada en el medio. Había una encimera con un fregadero, un pequeño armario, una nevera, una cafetera y un microondas. Nada más.

La mesa estaba dispuesta para cinco comensales, con bandejas de plástico compartimentadas al estilo del ejército. Había en cada una de ellas porciones de puré de patatas, chuletas de cerdo, pan y una pieza de fruta.

—Gentileza de nuestros amigos los militares. Dependemos de ellos para casi todo —dijo el director Fajardo, que los recibió desde el centro de la sala —. Pasen y comenzaremos la velada.

Cenaron con apetito y en silencio, excepto el viejo profesor Ochoa, que solo comió una manzana. No tocó el resto de la comida.

—A mi edad el organismo no necesita de tanto alimento —se excusó—. La manzana de Eva es suficiente sustento para mí. Al igual que ella, puede ser que haya cometido un pecado que condene a la humanidad.

—Estaremos encantados de escucharlo, profesor —dijo Gemar mientras daba cuenta de un trozo de chuleta de cerdo—, pero antes debemos reunificar la información de la que disponemos. Usted es nuestra última adquisición, y

ha entrado en el juego casi por accidente. Si no hubiese llamado al señor Figueroa, usted no estaría aquí.

—El destino tiene esas cosas, hijo —dijo con gravedad Ochoa clavando sus ojos miopes en el agente del CNI—. Pero no cabe duda de que formamos un grupo extraño. Estamos recluidos, por lo que entiendo, en un observatorio espacial rodeados por los militares. Un periodista, un astrónomo, dos agentes de inteligencia y un viejo senil como yo. ¿Por qué? ¿Quién ha decidido crear este extraño zoo?

—Por lo que a mí respecta —comentó el director Fajardo—, estoy aquí preservando la comunicación con la nave extraterrestre. La vía que dejó abierta Andreas a través de su ordenador con las antenas de radiofrecuencia. Esa puerta sigue abierta y el Ejército nos protege para que eso continúe así.

—¿Se ha comunicado con ellos desde aquí? —preguntó sorprendido Ochoa.

—Fue Andreas, en su última visita, hace dos días. Iba acompañado por un intérprete de esperanto y por un agente del CNI. Tomaron comunicación con ellos. —Fajardo parecía conmocionado por lo que había vivido—. Luego vino una nave extraterrestre y se llevó a Andreas y al intérprete. Poco después escuchemos disparos y más tarde explosiones, allá fuera, en la carretera. El comandante Díaz, del CNI, se puso en contacto conmigo y me explicó la situación. Había determinado que estas instalaciones serían protegidas por el Ejército y utilizadas tarde o temprano para establecer contacto de nuevo con la nave extraterrestre. Me pidió que mantuviera el personal mínimo para poder operar con las antenas de radio del espacio profundo y me advirtió que en breve tendría noticias suyas. Hoy me ha vuelto a llamar para informarme que vendrían ustedes. Me dijo que vendría usted, profesor —se volvió hacia el anciano y le sonrió—. Parece ser que es la persona a la que estábamos esperando para reiniciar el «contacto».

—Cierto, profesor —dijo Gemar—. Pero antes tiene mucha información que darnos. Ha de ganarse nuestra confianza.

—Somos pocos —continuó Pérez—. Muy pocos los que no nos creemos la versión oficial de lo que está pasando. Nos han asestado un duro golpe, con muchos muertos entre nuestras filas, y hemos de actuar con inteligencia. El comandante Díaz nos dirige desde su actual destino, en el norte de África. Muchos somos, entre los cuerpos de seguridad y el servicio de inteligencia, los que estamos a sus órdenes en la clandestinidad. Acatamos el Mandato de la ONU, pero a la vez luchamos para conocer la verdad y proteger al mundo. Incluso agencias de inteligencia de otros países se han unido a nosotros. Solo

existe una persona que sabe la verdad, y esa es la doctora Massó, actualmente en poder de los extraterrestres. Debemos ponernos en contacto con ellos lo antes posible para saber el destino que ha tenido la doctora Massó y el coronel Martín Herrero, su marido.

—Leo la prensa a diario, muchas veces el *Axioma* de nuestro amigo Figueroa —dijo el profesor Ochoa, pensativo—. Por lo que tengo entendido, la doctora Massó fue atacada brutalmente cuando salió del Centro de Astrobiología de Torrejón de Ardoz después de monitorizar a uno de los bólidos extraterrestres del desierto del Sahara. Pero tengan por seguro una cosa.

Jamás, repito, jamás, nuestros amigos de Blua Simo atentarían contra nosotros, los humanos. Es su primera ley.

—Expliqúese, profesor —dijo Javier sorprendido.

—Todavía no —intervino Pérez levantándose de su asiento—. Hay una persona que tiene que escuchar esta historia. —Acto seguido abandonó la sala para volver a los pocos minutos con un ordenador portátil que colocó encima de la barra de la cocina para que todos pudieran ver su pantalla.

Pérez estuvo tecleando hasta que finalmente apareció la imagen de un rostro en la pantalla.

—Buenas noches, comandante, estamos dispuestos —dijo Pérez.

El rostro se movió como por fotogramas. Era el efecto de la imagen a través de los satélites. El período de retorno era de unos segundos, por lo que la contestación tardó en llegar.

—Buenas noches, señores. Soy el comandante Díaz, jefe de Operaciones del CNI. Les hablo desde un lugar al norte de África. Como bien saben, nuestro trabajo se realiza en la actualidad fuera de los cauces oficiales, por lo que todos ustedes corren un gran peligro y su libertad de movimientos queda limitada a nuestra área de seguridad en Robledo de Chávela, bajo custodia del Ejército. No pueden salir de allí sin mi conocimiento y la debida escolta, si llegara el caso. Esta comunicación se está realizando de manera segura, para evitar ser captada por nuestros enemigos. Sí, han oído bien. Tenemos claro que nuestros aliados nos han atacado para intentar destruir la información que pueda tener la doctora Massó. Asimismo, no disponemos de ninguna información fiable de las intenciones de los extraterrestres hacia nosotros. Con todas las reservas lógicas y dados los acontecimientos, puedo asegurar que han sido mucho más pacíficos y colaboradores que nuestros propios aliados, tal y como les he dicho. Por este motivo es nuestra obligación averiguar la verdad, ya que de ello depende en gran parte el destino de la

humanidad. Pero debo advertirles lo siguiente: aunque la encontremos, no puedo garantizar que esta se difunda y, por lo tanto, que podamos detener el exterminio de nuestra raza que está en ciernes.

El comandante Díaz hizo una pausa. Se escuchó desde el ordenador una explosión distante y un resplandor que iluminó levemente, como un relámpago lejano, la estancia donde se encontraba. Aquello no pareció inmutarlo y continuó hablando. Javier notó cómo se aflojaban de nuevo sus intestinos, pero por suerte pudo controlarlos.

—Ha sido para mí una gran alegría contar en nuestro reducido grupo con el profesor Ochoa, ya que, según mis agentes, dispone de información muy relevante. Adelante, profesor, lo escuchamos…

Joaquín miró al rostro de la pantalla del ordenador y se acercó a ella para verla con más claridad.

—Es usted un valiente, comandante —le dijo—. Es una gran suerte que existan personas como usted en este mundo. No desfallezca, ya verá como al final todo se solucionará. A los pocos segundos, producidos por el retorno de la comunicación, la imagen contestó.

—Los verdaderos valientes están fuera de este planeta o han muerto, profesor, yo solo intento evitar que sus sacrificios hayan sido en vano.

—Bien, bien —el anciano volvió a su asiento y miró los rostros expectantes a su alrededor—. La historia que les voy a contar es sin duda la mayor aventura que ha tenido jamás un ser humano de este planeta. Les pido que tengan la mente abierta y que no me interrumpan hasta que finalice mi relato. Mi mente no es la de antes y me puedo distraer con facilidad. Podría obviar información muy importante. Después, pueden preguntarme lo que deseen.

Ante una audiencia entregada, Joaquín Ochoa comenzó a hablar:

—Era el invierno de 1974 —dijo el profesor poniéndose cómodo en su silla—. Estaba en Madrid participando en una convención de filología de esperanto. Era de noche cuando salí del hotel donde estábamos alojados los ponentes. Comencé a andar para despejarme la cabeza de tanta conferencia. Mi intención era pararme en un bar que hay en la calle Alfonso XII cerca del Museo de Antropología, esquina con la avenida Reina María Cristina. Hacen o hacían, no lo sé porque hace décadas que no voy, unos bocadillos de calamares espectaculares. Se los aconsejo. La corteza del pan está crujiente pero su interior caliente y esponjoso, es un placer para el paladar, se los aseguro. ¡Un pecado pasar por allí y no entrar en tan ilustre aunque no demasiado limpio establecimiento! Los calamares… ¡Oh, qué delicia!, su

rebozado es exquisito y el interior…, la carne, tierna y sabrosa con aromas del mar de donde procede la pobre bestia. Todo ello regado con deliciosas cervezas heladas, el mejor líquido para acompañar tan preciado manjar. Pero lo mejor, el ambiente. Ves pasar desde tu taburete a la gente por la calle. Señoras con abrigos de piel, pobres obreros camino de su casa, parejas de enamorados, familias enteras…

—Profesor, al grano, por favor —lo interrumpió cortésmente Gemar apoyando su mano sobre el brazo de Joaquín. Este, como si se hubiese despertado de un sueño, miró al agente del CNI con los ojos encendidos por la ira a través de sus gafas de lupa.

—¿No les he dicho que no me interrumpieran? ¡Ahora me han desviado del tema! ¿Por dónde iba? ¡Así no acabaremos nunca!

—Iba usted paseando por la calle Alfonso XII, después de salir del hotel donde había participado como ponente en una convención de esperanto —le dijo con paciencia Figueroa.

—¡Ah, sí! Vale, disculpen, me he quedado demasiado tiempo anclado en mis bocadillos de calamares. En fin. Después de cenar continué paseando hasta llegar al Parque del Retiro, tenía que bajar el exceso de aceites recalentados de mi estómago. Prácticamente no me crucé con nadie, hacía mucho frío y empezaba a nevar. Iba caminando en dirección al Palacio de Cristal. Siempre me han impresionado su arquitectura y la visión de ese edificio magnífico. También me gusta ver el lago y las fuentes y sus estatuas. Solo se oía el sonido de mis propias pisadas sobre los adoquines del camino cuando escuché una voz débil. Me detuve y miré alrededor, no había nadie. Escuché otra vez la voz, clara en mi cerebro, aunque algo apagada. Era una sensación extraña, ya que la percibía dentro de mi cabeza, no por los oídos que parecían haberse taponado con un vacío. La voz decía «ayuda». Miré entre la vegetación y salí del camino para entrar en la zona boscosa. El mensaje cada vez se hacía más fuerte, por lo que supuse que estaba a punto de localizar a la persona que al parecer estaba en apuros. Y así fue. En un claro del bosque había un cuerpo tendido en el suelo. Los copos de nieve, cada vez más espesos, comenzaban a cubrirlo. Vestía un viejo abrigo negro y parecía estar inconsciente, a pesar de que yo seguía escuchando su voz pidiendo ayuda. Me acerqué con precaución, no sabía si era un simple indigente o un atracador que me estaba preparando una emboscada. Tenía miedo. Le pregunté si se encontraba bien, pero no me contestó con su voz, sino con su mente. Escuché con claridad cómo me decía «ayúdame, me estoy apagando, necesito ayuda. Por fin he podido encontrar a alguien en este planeta que

entiende». Se giró hacia mí y pude ver unos ojos azules de color intenso que me miraban suplicantes. En ese momento me di cuenta de que era una mujer. Su piel era tan blanca como la nieve que le caía encima. A partir de aquel momento la llamé «Blanka», en esperanto, blanco en castellano.

—¿Era una extraterrestre? —preguntó Javier sorprendido.

—La primera exploradora que enviaban a la Tierra —asintió Ochoa—. Disculpo su interrupción ante una parte tan obvia de mi historia si me prepara usted una infusión. Un té me reconfortaría mucho. No sé si en esta morada disponen de dichas comodidades, director Fajardo. Si lo acompañan con unas galletas, me sentiré tan bien atendido como en el mejor de los palacios.

Fajardo sonrió y se levantó para preparar café para todos y un té para el profesor Ochoa. Sacó un paquete de galletas surtidas de dentro de un armario y lo dispuso encima de la mesa.

—Me es grato comprobar que los grandes relatos se pueden acompañar con tan buenos y hospitalarios amigos —dijo Ochoa masticando una galleta de chocolate—. En fin, Blanka me dijo que mi mente era curiosa y estaba abierta, por eso se podía comunicar conmigo. Tenía tal cúmulo de sensaciones que todavía me estremezco al recordarlo. Fue una de las mejores experiencias de mi vida y sin duda la que me cambió para siempre. Soy un ser muy privilegiado, no lo duden. Temblando de pies a cabeza y no precisamente por la nieve, ayudé a Blanka a ponerse en pie. Tenía un porte alto y delgado. Pude ver que debajo de su abrigo solo vestía una especie de mono de color blanco pegado a su piel. Emocionado, pensé en lo quería decirle y me escuchó. Le expresé que quería darle auxilio y refugio en mi casa hasta que se recuperara, que no le diría a nadie quién era en realidad. Para mi sorpresa escuché su voz en mi mente suplicándome que así lo hiciera. Me hizo ver que había venido en una nave de forma esférica, que había aterrizado en un bosque muy lejos de allí. Había tapado su nave con vegetación y había comenzado a explorar el terreno. Pasaron muchos días de penurias. Sus encuentros con los habitantes de aquel extraño mundo fueron negativos. Nadie la entendía y se mostraban recelosos de su aspecto y de la extraña indumentaria que llevaba. Por fin encontró a alguien en un pueblo que le regaló un viejo abrigo de color negro. Continuó andando e intentando evitar a la gente, quería ver la gran ciudad que había divisado desde el cielo. Viajó de noche, escondiéndose entre las sombras. Se sorprendió ante las construcciones, calles, coches, personas que andaban de un lado hacia otro de manera frenética. Empezó a encontrarse mal, y ya no tuvo fuerzas para volver a su nave. Buscó refugio entre la vegetación de aquel bosque en el centro de la ciudad y pensó que moriría allí

mismo hasta que aparecí yo. Transporté el cuerpo a rastras hasta la salida del parque y lo dejé oculto entre unos arbustos. Salí corriendo hacia el hotel, pagué la cuenta y tomé mi coche, que estaba estacionado allí. Me fui sin despedirme de mis colegas, pero les dejé una nota que rezaba textualmente: «Ninguna convención puede suplantar el conocimiento de vivir la ciencia en primera persona». Y me fui a buscar a Blanka. La levanté y la llevé a mi casa de Salamanca. Tenía mucha fiebre, por lo que le tuve que suministrar penicilina. Lo del alimento fue más problemático, ya que su organismo solamente admitía verduras y fruta. Por fin se fue restableciendo satisfactoriamente.

Ochoa permaneció en silencio durante unos instantes. Su mente había viajado muchos años atrás y había desenterrado unos recuerdos intensos que poco a poco iban dominándolo por completo. Parecía eufórico. Se quitó sus gruesas gafas y los miró a todos con una sonrisa.

—Así fue como empezó mi gran aventura. Escondí a Blanka en mi casa. Al principio pensé que moriría. Tenía mucha fiebre debido seguramente a la gripe o a un simple resfriado del que su cuerpo no tenía defensas. Recuerden que venía de otro mundo y su organismo no disponía de los anticuerpos que tenemos todos nosotros. Era un fin de semana, por lo que mi asistenta tenía descanso y yo no debía volver a dar clases en la Universidad hasta el lunes. Disponía de dos días para centrarme en mi nueva amistad. Su febril mente empezó a mandarme imágenes incomprensibles para mí en un principio. Veía paisajes yermos de hielo azul, pero también ciudades que parecían estar enterradas bajo tierra. Cientos, miles de personas vestidas con vaporosas telas blancas que caminaban por pasillos de aspecto metálico pero cálido a la vez. Naves que entraban y salían de un gran túnel. Compartimentos donde habitaban aquellos seres, en los que los muebles no existían. Dormían en el aire, se sentaban en el aire y se alimentaban de unas reducidas porciones gelatinosas de color verde. Vi extrañas criaturas, algunas gigantescas y otras extremadamente pequeñas. Escuché el tremendo silencio de aquella extraña civilización. Nadie hablaba ni reía ni hacía ruido. Solo se dedicaban a sus quehaceres como hormigas obedientes y disciplinadas. Vi el cosmos y su belleza, infinidad de planetas y estrellas desconocidos para nosotros. Esos pensamientos eran los que invadían mi mente, sin dejarme descansar casi en ningún momento. Era evidente que Blanka me las enviaba inconscientemente desde su agonía. Hasta yo mismo pensé que caería enfermo por falta de sueño reparador.

»Pero *Blanka* despertó el domingo por la mañana. Gracias, me dijo con su mente. A partir de ahí no paramos de comunicarnos. Me costó mucho acostumbrarme, ya que me enviaba pensamientos, muy similares a palabras, mezclados con imágenes que ella había vivido. Mi cabeza estaba a punto de estallar a tal punto que tuve que tomar analgésicos. Lo que hizo que la comunicación se enturbiara bastante, por lo que tuve que prescindir finalmente de cualquier tipo de medicación. Cada vez que contactaba conmigo, se hacía un vacío en mi cerebro que me aislaba del resto del mundo, pero por fin pude controlar hasta eso pensando en la palabra "¡Basta!". Blanka lo entendía y finalizaba su comunicación. El lunes por la mañana llamé a mi cátedra de la Universidad y dije que no podría ir en toda la semana por encontrarme indispuesto, lo que no estaba lejos de la realidad. A mi asistenta le expliqué que Blanka era una científica noruega y que no podía oír por una enfermedad de nacimiento, así me aseguré de que no la molestaría con sus parloteos. Lo más difícil fue suministrarle alimentación. Solo podía admitir en su estómago purés y caldos de verduras y frutas. Pronto recobró la energía. Encerrados en mi estudio, prácticamente todo el día, no paramos de comunicarnos. Mi curiosidad por su mundo no era superior a la suya por el nuestro. Le puse la televisión, y ojalá hubiese tenido una cámara a mano para retratar su cara en aquel momento. Paseamos por el jardín y se admiró de la vegetación y las edificaciones. Todo la sorprendía, era como una criatura que descubría por primera vez el mundo. Petorio que más la emocionó con creces fue la música. Le puse a Beethoven, pero también zarzuelas, que me encantan por cierto, e incluso canciones modernas de la época. Ya saben, Camilo Sesto, los Bee Gees, Barry White, David Bowie, Elton John. Lloró al escuchar *Entre dos aguas*, de Paco de Lucía, y *All by Myself*, de Eric Carmen. A partir de aquel momento escuchaba las emisoras musicales en sus ratos libres e incluso comenzó a intentar imitar algunas canciones con su voz. Era evidente que no tenía adiestradas las cuerdas vocales, en su mundo no las necesitaba.

—¿Qué le contaba Blanka de su mundo, profesor? —quiso saber el director Fajardo, absorto por la historia, al igual que el resto de asistentes.

Joaquín no contestó al instante. Acabó de un sorbo su té ya frío y se restregó los ojos con las yemas de los dedos.

—Su mundo se estaba muriendo —contestó—. Señores, estoy cansado. Ha sido un día muy intenso y necesito dormir. Mañana continuaremos si no les parece mal. Los cien años que cargo sobre mis espaldas pesan más que mis ganas de continuar la historia en estos momentos. Si me disculpan, me retiro. —Joaquín se levantó y se dirigió hacia el ordenador, desde donde la

imagen casi inmóvil del torso del comandante Díaz lo miraba con desilusión —. Joven, cuídese, parece ser que está usted en uno de esos lugares de nuestro mundo que se ha convertido en un infierno.

—No se preocupe, profesor —dijo Díaz tras un breve espacio de tiempo —. Que tenga un buen descanso. Mañana continuaremos. Gracias por su colaboración.

El profesor Joaquín Ochoa se dirigió con paso cansado hasta los dormitorios. Se desvistió y entró en uno de los camastros. Al cerrar los ojos vio a Blanka ante él, cuarenta años atrás, comunicándose mientras le dirigía una mirada suplicante: «Ven conmigo a mi planeta y sálvanos. Enséñanos a hablar y a comprender tu mundo, ya que habrá de ser el nuestro también».

* * *

Disparos en la noche. Cada uno de ellos se repetía en infinidad de ecos que iban a morir en el cerebro del comandante Díaz. A veces era una ráfaga de arma automática y otras algunas explosiones lejanas. El ruido de la guerra no era continuo, sino que se iba repitiendo anárquicamente en el transcurso de la noche. Lo justo para sobresaltarlo cuando estaba consiguiendo conciliar el sueño.

El frente quedaba muy lejos de allí, al otro lado de las dunas de M’Sari Akabli, pero terroristas del Jund al-Khilafa aprovechaban la oscuridad para acosar a las fuerzas de la Alianza del Norte que tenían bajo su protectorado a la *African Brand*.

En el pequeño hotel de Médéa, donde había establecido su plana mayor el contingente español, se respiraba una tensión constante. Habían instaurado una «zona verde de seguridad» bastante amplia y era casi imposible padecer ataques terroristas, pero aun así, aquella misma mañana un mortero había estallado contra la fachada de un edificio a cien metros del hotel sin producir víctimas. El grupo de Regulares Melilla número 52 de Ejército de Tierra se estaba ocupando de la seguridad de la zona verde, así como de los gasoductos y la vigilancia de la *Algerian Brand*, que formaba parte de la *African Brand*.

Antes del despliegue militar de la Alianza del Norte, un contingente de islamistas del ISIS había intentado ocupar los pozos de los gasoductos y la *Brand*, pero fueron rechazados en primera instancia por el ejército argelino. Aviones con el antivirus regaron la parte sur de la *Brand*, para salvar a la población, pero también afectaron a las tropas del califato. No fue hasta la intervención de los aviones de la OTAN y una ofensiva contundente por tierra

del Regimiento número 52 de Regulares que la «tierra de nadie» quedó totalmente vacía. Las bajas de la Alianza eran inexistentes, pero el ISIS había sufrido un grave golpe y sus muertos se contaban por centenares, desperdigados en las áridas tierras del desierto entre los esqueletos humeantes de sus vehículos y blindados.

Pero a Díaz, recién llegado a la zona, no le cabía duda de que se estaban reorganizando para intentar una gran ofensiva. Todos sus recursos estaban enfocados en evitar que el ISIS consiguiera el control de los gasoductos. Eso significaría un grave golpe para el suministro del sur de Europa con el invierno en ciernes.

Seguían las detonaciones lejanas y Díaz abandonó su intento de conciliar el sueño. Se levantó de la cama y se dirigió al cuarto de baño de la habitación para refrescarse la cara. Tal vez podría aprovechar la madrugada para adelantar algo de trabajo. A primera hora tenía una reunión con la plana mayor.

Pensó en la historia que había contado el profesor Ochoa unas horas antes. Todavía sentía el gran impacto que le había provocado saber que hacía cuarenta años ya habían sido visitados por los extraterrestres. Muchas eran las preguntas que habían quedado por responder, pero todo llegaría, ahora le urgía averiguar cuáles eran los movimientos del ISIS más allá del M'Sari Akabli.

Alguien llamó a la puerta. Díaz fue a abrir. Seguramente le traían algún tipo de información trascendente. Eran las dos de la madrugada, pero había dado órdenes de que se lo despertara ante cualquier incidencia importante dentro de la demarcación de la *African Brand*.

Era el capitán Sánchez, su colaborador en el dispositivo desplegado por el CNI en la zona, que entró en la habitación como una exhalación. Su rostro estaba blanco como la pared. Se dirigió al mueble bar y abrió un botellín de ginebra, tragando su contenido de una sola vez.

—Díaz, traigo noticias terribles de Gamadés, cerca de la frontera con Túnez y Libia. Es una población en medio del desierto, de unos diez mil habitantes. Hemos recibido información de que estaba siendo asediada por un gran contingente del ISIS para poder acceder a Argelia desde Libia.

—¿El ejército argelino los ha podido contener? —preguntó Díaz mientras observaba cómo Sánchez abría un segundo botellín y se lo bebía de un trago.

—No, aquí viene la mala noticia. No se sabe nada de los argelinos. Se han esfumado. Un regimiento entero no da señales de vida. Hemos recibido una petición de ayuda del ANP, el ejército argelino, para que nuestro personal de

información en la zona pueda dar alguna noticia de lo que ha ocurrido allí. Tenemos informadores nativos en la zona, vigilando la frontera con Libia, pero tampoco hemos podido ponernos en contacto con ellos. Algo muy gordo está pasando allí, comandante. La exclusión aérea de la *Brand* impide que la fuerza aérea argelina se dirija hacia el lugar y nuestros aviones están destinados a la vigilancia de los gasoductos del M'Sari Akabli. Sería imprescindible, comandante, que se pusiera en contacto con el Estado Mayor para ver lo que ha pasado en Gamadés antes de que sea demasiado tarde.

—¿Y los satélites?

—Eso parece ser lo más grave. No detectan ningún signo de vida. Parece que toda la zona está muerta. Vehículos militares, blindados, baterías de misiles, todo está inmóvil. Miles de cuerpos están diseminados por el suelo, fuera de la ciudad y dentro de ella.

—¿Qué ha podido suceder allí para semejante matanza?

—La última noticia que tenemos es que en el lugar había intercambio de disparos y artillería ligera entre el ISIS y el Ejército argelino, nada serio hasta el momento, más que nada para medir sus fuerzas. Los combates se estaban desarrollando a seis kilómetros de Gamadés, por lo que todavía no se había previsto la evacuación de esta población. Más que otra cosa porque nadie sabe dónde refugiar a sus diez mil habitantes, en la zona reina el desgobierno y no hay infraestructuras para improvisar un campo de refugiados en Túnez o Libia, ambas casi totalmente en manos del ISIS. Tampoco las autoridades argelinas se quieren hacer cargo poniendo como excusa que no se puede violentar la franja de seguridad de la *Brand*. Por otro lado —continuó hablando el capitán sentándose en el borde de la cama—, hemos sido informados de que ayer una batería antiaérea del ISIS derribó un Airbus 380 cargado con el antídoto del H5N1. Según los datos que tenemos, cayó en las proximidades de Gamadés.

—¿Estaba con la carga completa? —preguntó Díaz.

—Sí, se dirigía a Sebha, en Libia, donde difuminaría parte de su cargamento, el resto sería pulverizado sobre Luxor, en Egipto.

—Es posible que los aerosoles comprimidos en los bidones del H5N1 hayan provocado esta destrucción al estallar. Tengo entendido que la carga que transportan estos aviones rondan los diez mil kilos.

—Difícilmente, estamos hablando de una extensión afectada de más de diez kilómetros cuadrados.

Díaz se sentó al lado del capitán y le puso una mano sobre el hombro.

—Tenemos que ir allí a ver lo que ha pasado. Ya.

—¿Cómo? Todos los efectivos aéreos están vigilando los gasoductos. Necesitaríamos el consentimiento del mando de la *African Brand* para desviar esos recursos y enviarlos a Gamadés. Puede que autoricen una expedición para esta tarde, como muy pronto.

Díaz se quedó pensativo durante unos instantes. El capitán tenía razón, no podían esperar tanto tiempo. Su misión de información era primordial para salvaguardar todo el operativo de la Alianza del Norte en aquella zona. Algo malo había pasado más allá de la *Brand*, en el desierto, y tenían que averiguar qué era.

—Hay un destacamento de defensa NRBQ de la UME[20] destacado aquí, en Médéa. La Plana Mayor consideró que sería bueno tenerlos a mano en caso de ser objetivo de un ataque biológico del ISIS. Llamaré ahora mismo.

Díaz despertó por teléfono al comandante de la UME, le explicó lo sucedido y que necesitaban dirigirse de inmediato a Gamadés. A partir de ese momento se desarrollaron los acontecimientos con toda rapidez. Una intempestiva llamada al general jefe de la *African Brand* le valió el visto bueno de la operación, con los medios necesarios para llevarla a cabo.

Eran las seis de la mañana cuando un vehículo militar lo pasó a buscar por el hotel para trasladarlo al aeropuerto improvisado de Médéa. Hacía frío y las calles permanecían desiertas, solo ocupadas en algunos cruces por controles de los Regulares del Ejército español. Las detonaciones y explosiones habían cesado, al menos por el momento.

Cuando llegaron a pie de pista, Díaz observó asombrado el tamaño del enorme avión de transporte militar. Tenía desplegada su rampa de bajo cola y en aquellos momentos estaban cargando un vehículo oruga blindado TOA M-l 13 y enganchado a este, un remolque de gran volumen con las siglas de la UME.

—¡Hola, soy el comandante médico de la UME Antonio Almansa! —le dijo un hombre alto y vestido con uniforme de camuflaje del desierto—. Hemos hablado antes por teléfono, comandante Díaz. Bueno, como verá, estamos realizando los preparativos para la misión. Estaba deseando que me dieran trabajo, ya sabe, las unidades de emergencia entrenamos, estudiamos, nos preparamos, pero trabajamos poco, lo cual es buena señal para el resto de mortales —lanzó una risotada ante su propia ocurrencia.

Díaz, que iba de paisano, estrechó la mano del comandante y sonrió confuso. Adivinando su gesto, el responsable de la Unidad de la UME decidió explicarse.

—No tema nada, comandante Díaz, al recibir su llamada, nos pusimos en marcha con la logística de la misión. Lo tenemos todo controlado, es nuestro trabajo. Hemos conseguido un avión de transporte C-27J Spartan del Ejército italiano, ideal para la carga de vehículos blindados. El TOA es nuestro, al igualque el remolque que lleva acoplado, es una unidad de defensa NRBQ que cumple las funciones de desinfección de material y transporte de nuestros trajes de protección. Viajaremos en el avión hasta unos veinte kilómetros de Gamadés, donde aterrizará en una pista natural en pleno desierto. A partir de allí nos trasladaremos en el TOA y el remolque hasta la zona de conflicto. Nos acompañarán dos operarios especializados para el manejo de la NRBQ y ocho soldados de operaciones especiales de los Regulares, además del conductor y el jefe del blindado. La escolta desde el aire la realizará un helicóptero Cougar HU-26. ¿Alguna pregunta?

—Sí, cuándo nos vamos y cuánto tiempo tardaremos en llegar al objetivo.

—Son dos horas de vuelo, el C-27J es un gran avión de carga, pero algo lento. Desde el punto de desembarco hasta la ciudad de Gamadés iremos a través del campo con el TOA, tiempo previsto otra hora aproximadamente. Es lo más rápido que podemos ir sin comprometer la seguridad, comandante. Si todo sale bien, estaremos de vuelta al mediodía.

Díaz asintió intentando conservar la frialdad. No sabían lo que se iban a encontrar en Gamadés, pero sentía una profunda desazón, estaba seguro de que no sería nada bueno. El optimismo del comandante médico y su seguridad no conseguían abstraerlo del todo de esa sensación.

Vio a ocho hombres uniformados y pertrechados con mochilas y fusiles de asalto que entraban por la rampa del avión.

—¡Ya estamos todos, vámonos! —dijo alegremente el comandante Almansa.

Díaz subió también por la rampa de la zona de carga del enorme avión. Se tuvo que poner de costado para pasar por el remolque y el TOA hasta llegar a la zona de pasajeros. Allí ya estaban los soldados en los asientos de redes trenzadas sujetándose los cinturones de seguridad, unos frente a otros. Se sentó en un sitio libre y Almansa lo hizo a su izquierda.

—¡Ah, cómo echo de menos los viajes en aviones comerciales! Esto es incómodo, pero nos llevará adonde queremos.

Enseguida el atronador ruido de los motores del avión puso fin a cualquier posibilidad de conversación.

* * *

Fue el primero en levantarse. Llevaba una vida de gallinas, pensó. Se acostaba temprano y se levantaba al alba. Se vistió, tomó su abrigo, una bufanda y se puso su sombrero. Consiguió encontrar la salida del edificio después de varios intentos y por fin se vio en el exterior. El aire helado aguijoneó sus mejillas nada más salir. Llenó sus pulmones con los aromas que desprendía el rocío de la mañana húmeda y gris sobre el MDSCC de Robledo de Chávela. Pudo ver a lo lejos el cercado de vallas metálicas que perimetraba el recinto. Más allá, tiendas de campaña de camuflaje y vehículos militares. Aún más lejos, prados y bosques inundados por la bruma matutina.

El profesor Ochoa suspiró y un halo de vapor salió a través de la lana de su bufanda dispersándose en el aire frío. Comenzó a andar siguiendo un sendero entre la hierba. No llevaba muletas, aunque sus doloridas piernas y caderas se lo hubiesen agradecido. Prefería prescindir de artilugios para poder andar todo el tiempo que le fuera posible.

A pesar de los dolores, se obligaba a caminar una hora cada día, hiciera el tiempo que hiciera. De esta manera había conseguido llegar a los cien años de edad en tan buenas condiciones físicas. Aunque tenía que reconocer que su viaje a Blua Suno también lo había ayudado mucho en ese sentido.

Aprovechó su paseo matutino para ordenar sus recuerdos. Sabía que aquella mañana tendría que reemprender la historia iniciada la noche anterior. Realmente estaba deseoso de hablar y transmitir sus experiencias silenciadas durante tantos años. Por fin alguien le creería. De no haber sido por la situación actual, seguramente hubiese muerto llevándose a la tumba su trascendental secreto.

Tras dar varias vueltas alrededor del recinto y al encontrarse cansado, decidió por fin entrar en el edificio. Agradeció el aire cálido del interior y se dispuso a ir hacia el comedor para investigar qué podía encontrar para desayunar, tenía apetito.

Se sorprendió al ver que ya se habían levantado todos y que lo estaban esperando sentados alrededor de la mesa. Habían preparado café con leche y un buen surtido de bollería, embutidos, panceta a la plancha y huevos fritos.

—¡Buenos días, profesor! —lo saludó el director Fajardo—. Como ve, estamos creando un buen ambiente para que continúe su relato, si lo desea. Siéntese aquí y repóngase del largo paseo que ha dado.

—Gracias, amigo. Pero tal vez no me merezca tantas atenciones.

—¿Pero qué dice, profesor? —exclamó Javier Figueroa—. Sus experiencias son lo más interesante que le ha pasado a la humanidad desde

que se escribió la Biblia. Esta noche casi no he pegado ojo pensando en cómo continúa su historia con Blanka.

—Por desgracia, el comandante Díaz no nos podrá seguir esta mañana por videoconferencia —dijo Gemar sirviendo un café con leche al profesor Ochoa —. Está viajando en estos momentos al suroeste de Argelia, a la frontera de Libia, para averiguar lo que ha pasado en una ciudad. Al parecer todos sus habitantes murieron en extrañas circunstancias.

—¿El H5N1? —preguntó Figueroa entre alarmado y suspicaz.

—No lo sabemos. También puede ser un ataque bacteriológico del ISIS —contestó Pérez—. Los acontecimientos se precipitan, profesor Ochoa, debe usted acabar su historia para que tengamos más información de lo que nos puede acontecer.

Joaquín sorbió del cálido líquido de su tazón intentando hilvanar los recuerdos que, como rápidos fotogramas, aparecían en su mente. Era consciente de que tenía que abreviar la historia, pero sin dejar los puntos importantes sin mencionar.

—Blanka no paraba de transmitirme sus dudas —dijo por fin—. Quería saber si su mundo y el nuestro podrían convivir en paz. Le hice saber que primero tenía que conocer la situación de su civilización. Si eran pacíficos y cuáles eran sus intenciones hacia nosotros. Quería una prueba de fe de que, si ayudaba, sería bajo una condición inexcusable: nuestra propia seguridad, y que la llegada de sus congéneres no supusiera un perjuicio para la humanidad. Sin esas dos condiciones, jamás colaboraría con ellos. Me hizo ver entonces que su mundo se apagaba. Una civilización entera vivía bajo tierra porque su sol y el interior de su planeta se estaban muriendo. Que en poco tiempo millones de humanos, igual que nosotros, serían exterminados para siempre. Su única oportunidad de supervivencia era llegar a la Tierra, no colonizarla. Blanka era una exploradora que había venido a recoger datos del Nuevo Mundo, que es la Tierra. Su sorpresa fue averiguar que ya existía una civilización avanzada y que pertenecía a la misma especie que ellos mismos. Sus estudios, aunque parciales, la habían llevado a la conclusión de que nuestra sociedad era muy compleja, sin ningún órgano de poder definitivamente estable con el que tomar contacto para negociar la llegada de la gente de su planeta. Pero tenían que conseguirlo, era su única posibilidad de supervivencia.

—¿Y si no lo conseguían? —preguntó Gemar—. ¿Estaban dispuestos a exterminarnos para ocupar ellos la Tierra? Usted lo ha dicho, es un tema de

vida o muerte. Su planeta se estaba muriendo y con él su civilización. ¿Y si llegado el caso nosotros los rechazamos?

—La filosofía de esta gente, siendo humanos como nosotros, no entiende la falta de comprensión hacia su problema, hacia su irremisible desaparición. Su primera ley es la defensa del ser humano, y para ellos somos sus iguales. Nunca nos harían daño, pero tampoco entienden nuestra falta de compromiso hacia ellos. Son una sociedad en la que todos los individuos trabajan por el bienestar de la comunidad, sin ningún tipo de interés personal. No existe la violencia y, por lo tanto, la guerra entre ellos.

—¿Y si les decimos que no? —insistió Gemar.

—Entonces, habremos perdido una gran oportunidad de crecer como seres humanos. Ellos acabarán desapareciendo, porque no pueden tomar por la fuerza lo que no es suyo y menos todavía luchar contra los de su misma especie.

—¿Se dejarían morir porque nosotros no queremos compartir nuestro planeta? —quiso saber Figueroa—. ¿Su misericordia no conoce límite? ¿Se dejarían matar por la humanidad que compartimos, siendo nosotros egoístas con respecto a su supervivencia?

—De hecho esa posibilidad no la contemplan.

—¿Qué quiere decir, profesor? —preguntó el director Fajardo.

—Su primera ley es la defensa del ser humano, a no ser que la vida de este corra un grave peligro —contestó el profesor Ochoa cabizbajo. Sintió que todos lo miraban con temor—. No lo contemplan, pero pensé que cuando Blanka me transmitió ese pensamiento, existía un grave riesgo de confrontación entre las dos civilizaciones. Ni lo sabía cuando me lo dijo, porque no podía entender semejante falta de caridad, si lo quieren llamar así, hacia el problema de su pueblo. Pero yo, sobradamente conocedor de nuestras miserias morales, tuve una duda razonable de cómo podía acabar este asunto. Ellos pedirían refugio, y nosotros, los anárquicos, vanidosos, desconfiados, violentos habitantes de la Tierra, se lo negaríamos. ¿Qué harían ellos después? Lo estamos viviendo ahora. Tenemos gravitando sobre nosotros una nave nodriza, avanzada de la gran flota procedente de Blua Suno, esperando que los dejemos bajar a nuestro planeta y que puedan vivir en paz con nosotros. Ellos no nos harán ningún tipo de daño a no ser que hagamos peligrar su propia estirpe o, fíjense lo que les digo, la nuestra propia.

Se hizo un oscuro silencio en el comedor. Pero Ochoa intuyó y comprendió el temor natural de sus interlocutores ante lo que acababa de decir.

—Déjenme acabar de explicar mi historia, tal vez entiendan mejor a lo que nos enfrentamos.

»Blanka no paraba de transmitirme sus dudas. Le expliqué la historia de la humanidad. Las civilizaciones antiguas que nacieron y murieron a lo largo del tiempo. La edad moderna, la revolución industrial, las diferentes grandes guerras del siglo XX y las que estaban en curso. Le expuse cómo estaba conformado el sistema político de nuestra civilización, piensen que era 1975, la guerra fría en pleno apogeo con la amenaza constante de los misiles nucleares, la guerra de Vietnam. Se lo enseñé todo mediante ilustraciones de los libros de mi biblioteca. Incluso le hice ver las noticias de la televisión, aunque no entendía nada de las letras o los comentarios, sí que percibía el sentido de las imágenes. Sentía horror ante tanta muerte y destrucción. Noté que una profunda tristeza embargaba su alma, era evidente que no admitía la violencia desde ningún concepto y su mente era tan limpia y virgen coma la de un niño en ese sentido. Estaba en *shock*, por lo que planeé una excursión por Salamanca, que viera que la gente común no se iba matando por la calle, más bien al contrario, que imperaba la paz y la concordia entre las relaciones de los humanos corrientes. Pudo ver a niños jugando y riendo en parques infantiles, amigos tomando algo en los bares, gente paseando y charlando amigablemente. Poco a poco fue entendiendo que en el fondo no éramos tan distintos a ellos, solo que nosotros estábamos en tránsito de evolución hasta una sociedad como la suya. Tal vez la violencia se debía a un instinto de supervivencia que todavía no se había anulado de nuestros genes. Le mostré entonces los libros de arte, de arquitectura, de los grandes pensadores y filósofos que leía a través de mi mente. Esa complejidad y enorme riqueza de nuestra especie le hizo entender por fin que podíamos ser compatibles y enriquecernos mutuamente. Me preguntó cuántas formas de dialecto había en el mundo, y le contesté que casi siete mil, aunque prevalecían tres por el número de personas que las hablaban: El chino mandarín, el castellano y el inglés. Eso la sorprendió, ellos solo se comunicaban por la mente. El idioma era una barrera entre los propios humanos, según su opinión, al igual que la exclusión de los nacionalismos y las diferencias entre religiones. ¿Cómo íbamos a entendernos si todo eran barreras impuestas por nosotros mismos? ¿Cómo no iba a haber guerras con esos antecedentes? Fue entonces cuando le hice ver mi visión de cómo tendría que ser el mundo. Que existía un idioma universal que aspiraba a ser el de todos los seres humanos para, precisamente, romper barreras. Que dedicaba mi vida a ello, en promulgar ese medio de lenguaje como vehículo del entendimiento entre civilizaciones y para romper

cadenas de fronteras. Ese idioma era el esperanto, hablado por cientos de miles de personas. Su significado es “esperanza”. Esperanza en un mundo mejor, que, al igual que el de ellos, no esté limitado por intereses políticos, religiosos o de cualquier otro tipo. Es el idioma de la unión y de la fraternidad. El inicio de nuestra nueva era como civilización avanzada, ya que la comunicación universal nos hará entendernos y sentirnos como iguales.

»Blanka me dijo que ellos no hablaban, pero que si tenían que venir a compartir nuestro planeta, tendrían que aprender un idioma. Este sería el esperanto, el dialecto de la “esperanza”. Fue cuando me propuso viajar hasta el planeta de hielo, para guiarlos y enseñarles. Para preparar su llegada y poder comunicarse con nosotros. “Ven y enséñanos —me dijo—. Guíanos hasta la concordia con tu civilización. Aprenderemos a hablar el dialecto de paz que rompe cadenas y que será común en los humanos del universo”.

—¿Le dijo que lo acompañara a su planeta? —preguntó Figueroa entusiasmado—. Y usted fue, claro. De ahí su desaparición durante diez años.

El profesor Ochoa asintió con la cabeza.

—No me podía negar, era una oportunidad única que ningún humano, que yo sepa, ha vivido hasta el momento. Partimos en enero de 1975. Pedí una excedencia en la Universidad para «ir a ver mundo e investigar». Como siempre he sido algo excéntrico, nadie me hizo demasiadas preguntas. Una madrugada fría, siendo todavía de noche, cargué en mi auto una maleta llena de libros con la sabiduría básica y científica de nuestra civilización y junto con Blanka partimos en búsqueda de su vehículo espacial. Me guio por su conexión con el artefacto. De alguna manera esos ingenios tecnológicos son guiados también mediante la mente de su piloto. Así fue como llegamos tras unas horas de viaje a un bosque apartado de la sierra madrileña. Había estado nevando toda la noche, por lo que nos hubiese sido imposible encontrar el objeto escondido entre la vegetación si Blanka no hubiese tenido conexión con él. Se abrió una compuerta entre ramas y nieve y accedimos a su interior. Me quedé maravillado ante el habitáculo frío y oscuro que se iluminó como si miles de luces fluorescentes se hubiesen encendido a la vez ante nuestra presencia. Despegamos al instante, con una velocidad asombrosa. No había paredes, todo era transparente. Aun estando de pie, no sentí ninguna sacudida que me hiciera perder el equilibrio. Pude ver el paisaje desde arriba, cómo montañas nevadas daban paso a bosques, a prados, a montes rocosos, pueblos y ciudades. Todo ello a una gran velocidad. Pronto divisamos el mar. Aterrado, vi cómo nos sumergíamos en las oscuras aguas y la luz del sol iba desapareciendo según ganábamos profundidad. Al fin llegamos a lo más

hondo del abismo, en donde se iluminó una esfera mucho más grande que abrió una oquedad para dejarnos entrar. A los pocos minutos, la compuerta de nuestra nave se abrió y entramos en una estancia enorme, pero tan efímera como la anterior. Sus paredes, hasta el momento de color negro, se volvieron transparentes y Blanka hizo surgir de la nada unas columnas de hologramas que parecían flotar en el aire. Me transmitió que me introdujera en una especie de cápsula transparente que estaba colocada en una pared curva. Tengo que reconocer que estaba aterrado y empezaba a dudar de que mi decisión hubiese sido la correcta. Aun así obedecí y me introduje dentro de la cápsula. Al instante sentí un gran bienestar y entré en un profundo y gratificante sueño. Nunca en mi vida había descansado de esa manera. Era como si mi cuerpo hubiese llegado en un estado espiritual sin la carga del peso de la materia física. Antes de quedarme dormido, o perder el conocimiento, pude observar cómo salíamos despedidos del mar hacia el cielo.

»No tengo ni idea del tiempo que estuvimos viajando, solo sé que me desperté dentro de una especie de tubería. Estaba totalmente a oscuras y notaba cómo mis sentidos iban recobrándose poco a poco. No veía nada, pero presentía que estaba encerrado en un habitáculo muy estrecho, similar a nuestros aparatos de resonancia magnética. Al instante el habitáculo desapareció y una mujer rubia, muy hermosa, con los ojos azules más maravillosos que he visto en mi vida, me transmitió que ya estaba limpio, que habían eliminado de mi organismo multitud de bacterias nocivas y varias enfermedades que ni yo mismo sabía que tenía. Por un proceso de regeneración molecular, habían restablecido y mejorado mi estructura ósea. De tener una estatura de un metro setenta aproximadamente, había crecido de repente más de diez centímetros, ¿se lo imaginan? Cuando me puse de pie me sentía mejor que un chaval de veinte años. Mi mente también funcionaba mucho mejor. Tenía tal vigor y bienestar que no podía parar de reír. Todas las arrugas de mi cuerpo habían desaparecido, así como las acumulaciones de grasa producto del sedentarismo de la vida académica. Me habían regenerado de pies a cabeza y, si bien mi espíritu era el de siempre, mi cuerpo se había convertido en algo puro y vital.

»Fue entonces cuando reparé que Blanka descansaba a mi lado, dentro de otra esfera. Parecía dormir plácidamente. La mujer hermosa me transmitió que mi acompañante no había acabado su proceso de regeneración. Su organismo había sufrido mucho durante la estancia en la Tierra. Su estado era grave y precisaba de una gran recomposición orgánica.

»Estuve un tiempo dentro de aquella habitación, no sabría decir cuánto, ya que allí no había día ni noche. Me habían quitado mi reloj, aunque en aquel lugar tampoco me hubiese servido de mucho, así como mi ropa, que fue sustituida por vaporosas telas de agradable tacto que me reconfortaban y me hacían sentir libre. Una vez al día me suministraban una especie de bolas de gelatina de color verde, que saciaban mi apetito e incluso mi sed y me daban mucha vitalidad.

»Al fin Blanka despertó. Sin duda su aspecto había mejorado mucho desde su estancia en mi casa. Pensé que todos los esfuerzos que había realizado para darle alimento y cuidado habían fracasado. Me transmitió sonriente: “Bienvenido a mi civilización. Ahora te tengo que presentar a nuestros dirigentes. Ten paciencia, primero he de expresarles mis experiencias en tu planeta. Pronto te convocarán. Te ruego que no salgas de aquí hasta que venga por ti”.

»Aproveché el tiempo que estuve solo en aquella extraña habitación, semejante a una enfermería, para releer los libros que me había llevado en mi viaje y que muy amablemente la belleza rubia me había entregado. Quería preparar una buena exposición delante de los dirigentes de aquella civilización. Quería dar una buena impresión y dejar en buen lugar a mi amiga Blanka llegado el momento.

—¿Cómo era todo? —interrumpió el director Fajardo—. Quiero decir, la temperatura ambiente, la habitación en la que estaba recluido. ¿Qué sabor tenía la comida, cómo hacía sus necesidades fisiológicas?

—Todo lo tengo anotado en mi diario, que he traído conmigo —contestó el profesor—. Pero comprenda que no me puedo detener en detalles, ya que necesitaría semanas para explicar mi vivencia. Creo que no disponemos de tanto tiempo. Solo les puedo decir que, para el descanso, había unos agujeros en el suelo. Cuando te dejabas caer sobre ellos, formaban una especie de colchón antigravedad que te mantenía en el aire en la posición más cómoda que he experimentado en mi vida.

—¿Tenían armas? —quiso saber Gemar—. ¿Cómo lo obligaban a permanecer dentro de aquella habitación, habían puesto vigilancia en la puerta?

—No, nada de eso. Me comprometí con Blanka en que no saldría hasta que viniera a buscarme y eso hice. No había nadie vigilándome y cumplí. Creo que esa fue la primera prueba de confianza a la que me sometieron y la pasé con creces. Dormía cuando tenía sueño, comía, como he dicho, una vez al día y, sobre todo, estudiaba.

»No sé el tiempo que pasó hasta que Blanka me vino a buscar. Me transmitió que la acompañara y así lo hice. Caminamos por pasillos transparentes que dejaban ver rocas y vetas de hielo de color azul. Nos cruzábamos con infinidad de personas, todas ellas altas, esbeltas, hermosas, vestidas con ropas blancas y sedosas, que me miraban con curiosidad al pasar junto a ellas. Por fin llegamos a una gran sala coronada por una gigantesca cúpula de hielo azul. En el centro, nos esperaban seis personas de pie, observándonos atentamente, bueno, sobre todo a mí. No había ningún tipo de mobiliario, pero incluso así, la estancia era majestuosa e impresionante.

»Las seis personas se dejaron caer hacia el suelo y quedaron suspendidas sobre asientos invisibles. Yo busqué con la vista un agujero en el suelo y cuando lo encontré, también me dejé caer. Al instante una fuerza aguantó mi cuerpo y quedé flotando confortablemente en la nada. Se comunicaron conmigo presentándose uno a uno. Me resultó difícil en un inicio saber cuál de ellos se estaba metiendo en mi mente en cada momento. No tenían nombre, sus códigos de identificación para distinguirse unos de otros son simples señales propagadas en diferentes frecuencias mentales. Aun así me expresaron que eran una especie de gobierno y que cada uno de ellos tenía una responsabilidad muy definida. Estaba el presidente o líder, que era el portavoz y jefe del resto, después el responsable de alimentación y gestión de recursos, el de energía, el de seguimiento del núcleo y el sol, el de genética de reproducción, clasificación de natalidad y aprendizaje, y para finalizar, el de exploradores. Este último tenía la piel de un color negro casi azulado y carecía de cabello en la cabeza. Creo que me miraba con un intenso odio.

»Blanka se sentó en el vacío a mi lado, parecíamos dos acusados delante de un tribunal sumarísimo. Nadie sonreía. Yo sentía que intentaban atravesarme el cuerpo con sus transparentes iris azules. En aquellos momentos me planteé que mi aventura había sido una locura. Llevaba muchos días allí, no sé cuántos, y cada uno de ellos me había parecido como vivir en un sueño. Tuve la sensación de que había despertado a la realidad. Estaba en un planeta extraño rodeado de gente extraña y no sabía cuáles eran sus intenciones hacia mí. Tuve miedo.

»Bienvenido a nuestro Mundo —escuché la voz del líder en mi cerebro con tanta potencia que me produjo un agudo dolor—. Nos han dicho que nos entiendes. ¿Todos los habitantes de su planeta también entienden?».

«No —le comuniqué—. Por lo que sé Blanka solamente se pudo poner en contacto conmigo. Desconozco si más personas de la Tierra tienen mi don, lo siento».

«Blanka, como tú emites su nombre, nos ha explicado su experiencia en tu planeta. Dice que hay un idioma llamado esperanza que podríamos hablar todos para comunicarnos con los habitantes de la Tierra. Nos transmitió que, según tu opinión, de esa manera podríamos conseguir la concordia con ustedes y nos podrían aceptar para compartir. ¿Es cierto?».

»Le contesté que esa era mi ilusión, pero que en realidad en la Tierra había infinidad de idiomas y naciones distintos, y que la difusión del idioma de la esperanza podría ayudar a derribar los muros que nos separan.

»El líder me comunicó que debía enseñarles a hablar esperanto a todos ellos. Ese idioma sería el que despertaría su voz después de numerosas generaciones sin utilizarla y que lo harían propio, para poder comunicarse con los habitantes de la Tierra llegado el momento, no muy lejano. Me dijo también que prepararía personalmente a un grupo elegido de exploradores, para que se pusieran en contacto con los líderes de la Tierra y preparar la Gran Llegada en paz y concordia. Para ello contaría con la colaboración del jefe de exploradores, el hombre negro. Yo lo llamaría Nigra.

»A partir de ese momento me pusieron a cargo de diez sabios para que los instruyera en el idioma de la esperanza, para que a su vez enseñaran a otros, creando una cadena piramidal que tenía la intención de conseguir que toda la población del planeta de la estrella azul aprendiera a hablarlo. Lo más difícil fue despertar las cuerdas vocales de mis alumnos, ya que, como he mencionado antes, llevaban muchas generaciones sin utilizarlas. En realidad fue lo que más tiempo me ocupó. Les hacía vocalizar fonemas una y otra vez. Una vez conseguido este punto, la extraordinaria inteligencia de estos seres les hizo aprender el idioma a una velocidad realmente sorprendente.

»Por mi parte, debo reconocer que estaba entusiasmado. Mi sueño de poder difundir el esperanto en una gran cantidad de población, además de que lo asumieran como su idioma de comunicación, se estaba cumpliendo.

»Otro reto importante que tuve que solventar fue el de darles nombres a cada uno de ellos para que se identificaran con la palabra. Ya les dije que para comunicarse hacían servir frecuencias telepáticas propias de cada individuo. Finalmente di con la solución más práctica. A su planeta le di el nombre más apropiado que se me ocurrió: *Blua Suno*, el sol azul. Nuestra Tierra pasó a llamarse *Domo*. La sociedad de Blua Suno estaba basada en una estricta política de control de natalidad en la cual no intervenía para nada la reproducción física, sino que era la genética molecular la que creaba nuevos miembros, cada uno de ellos con característica propias de las funciones que habrían de desarrollar dentro de la comunidad. Sí, igual que un hormiguero.

Aunque todos compartían una similitud física, existían diferencias de rasgos para huir de la clonación exacta y diferenciar a cada individuo. Supongo que con la intención de ofrecer una identidad propia a cada uno de ellos. Aun así, con el tiempo pude distinguir que los individuos que habían sido creados para el mantenimiento y logística eran algo más bajos que el resto; los que eran exploradores mostraban un cuerpo más atlético; los vigilantes del núcleo, más escasos en número, se dejaban ver pocas veces; los ingenieros y científicos eran el otro pilar en el que se sostenía aquella civilización. Dentro de este último grupo estaba el de genética y guardería. Existía un férreo control de natalidad a través de la reproducción humana en laboratorios. Los bebés eran entregados una vez nacidos a una pareja de profesores para su educación hasta llegar a la edad de la pubertad, puede ser que al crecimiento biológico según lo vemos nosotros corresponda a una edad de diez a doce años. A partir de ese momento su formación pasaba a ser cumplimentada por la columna para la cual había sido creado. Me di cuenta de que cada grupo estaba dividido a su vez en diversas especialidades, conformando un sistema muy complejo, pero eficaz como una máquina de precisión que mantenía a aquella civilización con vida en un medio ambiente tan inhóspito.

»Para poder dar identidad fonética a todos los habitantes del planeta, se me ocurrió un sistema aprovechando su organización de clasificación de competencias, y darle un número por período de nacimiento. De tal manera que un perteneciente, por ejemplo a los exploradores nacido el primero, sería *esploristo ono*. Aprovechando la inicial de su grupo, la e, y el número de nacimiento, conseguiríamos un nombre propio para cada persona, en este caso *Eono*. Mediante este sistema, pudimos dar nombre a todos los habitantes de Blua Suno. Di nombre a los diferentes grupos, *Esploristos*, tal y como he dicho antes, son los exploradores; *Scienco*, los científicos; *Konservado*, los de logística y mantenimiento, y por último, los estudiosos del núcleo y el sol, *Atentaj*. Bauticé al líder como *Neniu*, y a los responsables de cada columna como *Kolono*.

»Bajo la tutela de Nigra, el hombre negro, *Kolono de Esploristos*, empecé a enseñar y a organizar la llegada de un grupo reducido de seis hombres a nuestro planeta, los cuales tendrían la misión de ponerse en contacto con nuestras autoridades y convencerlas para que compartiéramos el planeta con ellos. Esa era en resumidas cuentas mi misión.

El profesor Ochoa guardó silencio. Los demás lo miraban boquiabiertos tras escuchar la aventura del viejo profesor en otro mundo. Era como si él mismo fuese un extraterrestre.

—¿Qué fue de Blanka? —quiso saber Javier.

—Me enamoré y esa fue nuestra perdición. Aunque les puedo asegurar que, a pesar de eso, ella fue el amor de mi vida.

* * *

El TOA navegaba arrastrando el remolque por las dunas del desierto abriendo a su paso olas de arena y guijarros. El sol estaba en su punto más alto en el cielo y empezaba a hacer mucho calor.

Díaz miró su reloj y pensó que ya hacía casi una hora que viajaba en aquel «trasto» infernal, apretujado en el habitáculo entre soldados, desde que dejaron en una pista improvisada el avión de transporte C-27J. El calor comenzaba a ser asfixiante y la sensación claustrofóbica, así como el olor a sudor que impregnaba el habitáculo, incrementaba su malestar. El continuo y violento traqueteo del blindado le estaba revolviendo el estómago por momentos. Al igual que en las tripas del avión, allí era imposible mantener una conversación debido al rugido del motor diésel que se revolucionaba continuamente para ganar potencia y ascender por montículos. No se quejó porque la instrucción era suya: nada de carreteras ni caminos, accederían a Gamadés a campo traviesa para evitar posibles emboscadas del ISIS. El comandante Almansa lo miraba sonriente debajo de su casco, aunque no sabía si le decía con su mirada «¡Pero mira que eres tonto!».

—¡Objetivo a la vista! —gritó el conductor deteniendo el vehículo de repente. En el interior se sintió una gran sacudida que hizo que los ocupantes chocaran entre sí. El motor del vehículo se detuvo y un silencio absoluto lo invadió todo.

Díaz sintió un gran alivio al pensar que al fin se había acabado aquel calvario. Tenía el cuerpo magullado y repleto de hematomas. Se dio cuenta de que todos lo miraban esperando instrucciones.

Desde el interior del vehículo acorazado no tenía ningún tipo de visión, por lo que ordenó al conductor que abriera la compuerta trasera para poder salir y echar un vistazo. Fue entonces cuando se dio cuenta de que habían estado viajando con aire acondicionado. Un aire ardiente que procedía del exterior invadió el habitáculo. Aun así, agradeció poder estirar las piernas.

Cuando saltó a la arena del desierto desde la rampa del TOA, casi tropezó con el enganche del remolque, pero se repuso al instante para que los soldados no se burlaran de él. Le costó poder ubicarse hasta que al final giró la cabeza y pudo ver una gran columna de humo negro que se desplegaba

hacia el este, ocultando casi por completo la ciudad de Gamadés. Tomó unos prismáticos del bolsillo lateral de su pantalón y enfocó hacia la columna de humo. No vio llamas, pero sí restos esparcidos en cientos de metros de desierto. Aún había matorrales y palmeras ardiendo. En la carretera de acceso a la ciudad se veía una gran cantidad de vehículos detenidos, y a su alrededor bultos inmóviles esparcidos por doquier sobre el terreno. Supuso que eran cadáveres, había cientos de ellos. No consiguió ver ningún movimiento.

—Ese humo quizás proceda del avión abatido —dijo a su lado el comandante Almansa—. Debemos de estar a unos dos kilómetros. Por motivos de seguridad, nos tendríamos que pertrechar ahora. El habitáculo del TOA es estanco, pero tendremos que salir de él vestidos con todo el equipo. Dejaremos aquí el remolque de desinfección para evitar que se contamine y avanzaremos hasta el mismo centro de Gamadés con el TOA, allí empezaremos a explorar y a recoger muestras si es necesario.

—¿Ha vivido alguna situación como esta alguna vez, comandante? —quiso saber Díaz.

—No, pero me han entrenado para ella. En marcha, tenemos trabajo por hacer.

Almansa y dos soldados con el distintivo de la UME comenzaron a desplegar una carpa rodeada de plásticos anexa al remolque, que había sido desenganchado previamente del TOA. Hicieron entrar al resto de las fuerzas especiales de los Regulares y a Díaz.

—Esto es un traje NBQ, de protección contra ambientes contaminados por radiación nuclear, biológica o química —explicó Almansa—. Se lo irán poniendo siguiendo estrictamente nuestras instrucciones. Utilizaremos respiración autónoma con dos bombonas de aire, para mayor seguridad. Las activaremos cuando descendamos del TOA una vez que lleguemos a nuestro destino. Su autonomía aproximada es de una hora, pero les aconsejo controlar la respiración lo máximo posible. Cualquier ataque de pánico, ansiedad o sobreesfuerzo físico podría reducir el tiempo de duración a la mitad y tendríamos serios problemas. Cuando finalicemos la misión, permaneceremos con el traje puesto hasta llegar al remolque de desinfección. Es importante que también sigan nuestras instrucciones a la hora de desvestirse. Todos nosotros estamos vacunados contra el H5N1, pero en realidad no sabemos a lo que nos enfrentamos, por lo que les aconsejo la máxima precaución. Estaremos todos interconectados por radio integrada en el casco del traje.

Comenzaron a vestirse con el pesado mono de polipropileno de color verde camuflaje, ayudándose unos a otros. Pero antes tuvieron que colocarse a

las espaldas las dos bombonas de aire comprimido. Almansa comenzó a vestir al comandante Díaz.

—¿Qué hace aquí, comandante? —le preguntó mientras lo ayudaba a ponerse las mangas—. Usted podría haber seguido la operación desde la confortable habitación de su hotel. No hacía falta que se implicara directamente, podría haber enviado a cualquiera de sus subalternos del CNI. ¿Por qué se arriesga de esta manera?

—Usted también se está arriesgando. Es nuestro trabajo —contestó Díaz empezando a agobiarse por el calor que le estaba produciendo el traje.

—Yo no tengo opción, he de estar en primera línea, al igual que esos chicos de las fuerzas especiales, pero usted se lo podría haber ahorrado. Siento curiosidad del motivo por el cual pone en riesgo su vida sin necesidad. ¿Qué quiere demostrar y a quién? —Almansa lo miró fijamente, esperando una respuesta. Como no la obtuvo, siguió dando instrucciones al comandante del CNI—. Abróchese la cremallera del mono y ajuste el velero[21]. Ahora póngase las botas y después los guantes de látex y, sobre estos, los guantes de butilo.

Díaz fue completando su equipamiento y acabó de vestirse. Se sentía muy pesado con las bombonas de aire comprimido cargadas a sus espaldas y embutido en aquel traje que no dejaba transpirar ni la más mínima gota de sudor.

—Verá —insistió Almansa apartando a Díaz del resto de grupo—. Se lo diré de otra manera. Sé por experiencia que ningún alto cargo del CNI va a primera línea a no ser que haya un motivo importante. Si tiene alguna información que darme, ahora es el momento. No quiero meterme en la boca del lobo a ciegas, y aún menos involucrar a los soldados que nos acompañan.

Díaz sonrió y apretó el brazo del comandante de la UME, intentando darle confianza.

—No se preocupe. Está haciendo su trabajo muy bien. Sea lo que quiera que nos espere en Gamadés, iremos bien protegidos gracias a usted.

Para completar su equipamiento, Díaz se ató un cinturón con una pistola y dos cargadores a la cintura sobre el traje NBQ. Después tomó el casco con visor integral y lo sujetó debajo del brazo. Almansa lo seguía mirando fijamente esperando respuestas que lo convencieran.

—Acataré sus órdenes, Díaz, pero si he de morir, me gustaría saber por qué. No soy ningún imbécil ni los hombres que nos acompañan tampoco. Presentimos su preocupación y temor. Díganos a lo que nos enfrentamos y lo seguiremos sin dudarlo.

Díaz miró a los ojos de su interlocutor y en ellos vio una firmeza inquebrantable. Al fin suspiró y bajó la cabeza, como si fuese a confesar algo que atormentaba su alma desde hacía mucho tiempo.

—Comandante, estoy igual que usted —contestó al fin—. Me muevo por informaciones a medias y un sentimiento de lealtad hacia mis compañeros, amigos, que ya han desaparecido. Ellos iniciaron un camino que me veo obligado a seguir en su memoria. Lo que le puedo explicar son conjeturas que seguramente no aclararían nada. Mi convicción no tiene por qué ser la suya. Llegados a este punto, solo nos queda investigar y rezar para que yo no tenga razón.

—Cuando habla de sus compañeros desaparecidos, ¿se refiere al coronel Martín Herrero? ¡No me mire con cara de sorpresa, todo el maldito ejército sabe la historia de su desaparición y la de su mujer a manos de los extraterrestres! Todo el mundo habla de las matanzas del Hospital 12 de Octubre y la de la carretera de Robledo de Chávela, donde muchos de nuestros compatriotas perdieron la vida luchando por algo que se nos escapa. No hay nadie dentro de nuestros servicios de seguridad que no esté ansioso por ayudarlo, comandante Díaz, se lo puedo asegurar. Y más todavía teniendo en cuenta las órdenes confusas, posiblemente nefastas, que nos están dando desde los organismos internacionales a los cuales pertenecemos. Esto da miedo y tiene toda la pinta de ser un exterminio global, se lo digo yo que soy técnico en la materia. Tal y como se están planteando las cosas, no se me ocurriría una fórmula más brillante para eliminar a una gran parte de la población mundial. Aquí mismo, en Gamadés, se ha estrellado uno de los aviones que transporta el antídoto del H5N1 y el resultado ha sido una gran devastación. ¿Cómo es posible semejante controversia?

—Pueden haber explotado los aerosoles de los bidones que contenían el H5N1 —contestó Díaz—. Puede haber habido también un ataque biológico del ISIS. Tenemos constancia de que tienen capacidad para ello. Gamadés es un punto estratégico entre las fronteras de Argelia y Libia. Aquí se estaba preparando una batalla. Todos esos escenarios son lo mejor que nos podríamos encontrar, créame. Ahora, hemos de partir.

Almansa asintió y, resignado, se volvió hacia el resto de la tropa para supervisar que su equipamiento estuviera bien colocado. A los cinco minutos todos estaban dentro del TOA, excepto los dos operarios del remolque de desinfección de la UME, que se quedaron junto al aparato para preparar el retorno de la expedición, La compuerta se cerró y al instante el ruidoso motor diésel del vehículo oruga acorazado empezó a rugir. A Díaz le pareció que el

suplicio de haber llegado hasta allí no era nada comparado con la incomodidad que tuvo que soportar en aquellos momentos. Mientras el sudor empapaba su ropa por debajo del traje de polipropileno, los arneses de las bombonas de aire comprimido le estaban lacerando la espalda a cada bache del camino.

El TOA bajó a gran velocidad por una duna y él mantuvo la respiración esperando algún choque brutal, pero este se produjo con menos violencia de la esperada. Sin embargo, los pasajeros del blindado entrechocaron sus cuerpos con violencia.

—Ahora tomamos la carretera principal de Gamadés —explicó el conductor a sabiendas de que ninguno, aparte de él mismo, tenía visión del entorno—. Disculpen por las curvas. Intento sortear cadáveres y blindados. Son del ejército argelino, pero no se ven signos de batalla. ¿Qué hago, me detengo aquí?

—No —contestó Almansa—. Llévanos hasta la Medina, la ciudad antigua, buscamos supervivientes y testigos de lo que ha pasado aquí. De regreso, si nos sobra aire en las bombonas, nos detendremos a investigar.

El TOA circulaba despacio y haciendo eses. Aunque el conductor no lo dijo, era evidente que estaba sorteando obstáculos a cada momento, seguramente cadáveres. A veces se escuchaba un ligero ruido de huesos y carne triturada debajo de las orugas.

—¡Esto es un infierno, señores! —dijo el conductor con la voz tensa—. Está todo plagado de cadáveres. No veo ni un ser vivo. Ahora estamos en lo que supongo que es la parte nueva de la ciudad. Son edificios de dos plantas en su mayoría. Hay hoteles y algún edificio moderno. Estamos llegando a una plaza en donde hay una gran mezquita. Continúo hacia la izquierda, en dirección a unas palmeras rodeadas de casas blancas que se ven al fondo. Supongo que será la Medina.

—El TOA está equipado con un sistema de circulación de aire inverso, por lo que no nos puede afectar el ambiente exterior —les dijo Almansa para tranquilizarlos.

Unos minutos más tarde el vehículo se detuvo.

—Ya no puedo seguir más adelante —informó el conductor—. Las calles se estrechan demasiado. Creo que hemos llegado a la Medina.

—Bien, pónganse los cascos y ayúdense unos a otros para abrir las válvulas de las bombonas de aire, nos bajamos aquí —recomendó Almansa.

El primero en bajar por la rampa fue Díaz. En un principio el sol de mediodía se reflejó sobre el visor de su casco y lo deslumbró. Escuchaba su

propia respiración regulada por la válvula de la bombona de aire. Hizo una prueba de comunicación:

—¿Me oyen?

—Alto y claro, comandante —le contestó la voz de Almansa—. Cuidado, jefe, está a punto de pisar un cadáver.

Díaz miró hacia abajo y pudo ver a un hombre tumbado boca arriba en el suelo. Tenía los ojos vidriosos, casi blancos, y un reguero de sangre seca rodeaba su boca y nariz. Cientos de moscas entraban y salían por las cavidades del cadáver. Se sintió afortunado de no poder oler la putrefacción que debía impregnar el aire en aquel lugar. No obstante, el estómago mandó hacia su boca un líquido amargo previo al vómito que finalmente pudo contener.

Después de que todos bajaran del TOA, se quedaron mirando con aprensión hacia las murallas blancas, con casas escalonadas adosadas en ellas, que dejaban oquedades similares a estrechos y sombríos túneles para acceder a la ciudad antigua o Medina de Gamadés. El lugar, que seguramente había sido hermoso y exótico no mucho tiempo atrás, se presentaba lúgubre, terrorífico y amenazante ante los ojos de los expedicionarios. La muerte parecía ser la protagonista bajo el sol abrasador enrojecido todavía por el humo del avión derribado a escasos kilómetros de allí. Decenas de cadáveres alfombraban el pavimento. Hombres, mujeres, niños, ancianos. Sus muertes parecían poco menos que fulminantes.

Los soldados abrazaron sus fusiles de asalto y giraron a su alrededor buscando una amenaza, pero nada se movía en aquel escenario espantosamente silencioso, excepto el zumbido de las moscas gordas y verdes que depositaban sus larvas para que se alimentaran de los cadáveres.

—Todos parecen haber muerto por una insuficiencia respiratoria debida a la destrucción agresiva de los tejidos pulmonares o vías respiratorias. De ahí las hemorragias en la boca y nariz —escuchó Díaz dentro de su casco. La voz procedía de Almansa, que estaba agachado al lado de uno de los cadáveres y lo examinaba sin tocarlo—. Descartaremos los gases de tipo nervioso, por la presencia de hemorragias internas en los cuerpos. Tampoco aparecen síntomas de gases mostaza, ya que hay ausencia de ampollas y quemaduras en la piel. Sin embargo, sí que podría tratarse de una infección de ántrax, los signos son compatibles en este sentido, aunque tendría que realizar una inspección más meticulosa para poder certificarlo. También podría tratarse de algún tipo de enfermedad bacteriana muy agresiva, tipo Ébola o la H5N1, gripe aviar como se llama comúnmente. Esta última sería la más lógica, dadas

las circunstancias, ya que la OMS identificó esta bacteria como la liberada por las cápsulas extraterrestres, ¿no es cierto? Es posible que esta ciudad haya sido afectada por una nube contaminada y todas las personas expuestas hayan fallecido. Pero las condiciones del escenario al cual nos enfrentamos nos dice que lo sucedido aquí está relacionado con el avión derribado a escasos kilómetros. Su carga se ha expandido mediante el humo por toda esta zona. Eso explicaría la rapidez y virulencia en la que ha actuado el agente químico o biológico en la población. Llegados a este punto, sería extraño que el antídoto del H5N1 haya producido los mismos efectos del virus al que pretende combatir. ¿No creen?

Díaz permaneció en silencio mirando hacia la gran columna de humo que surgía detrás de los tejados de la Medina.

—¿Por qué ha querido venir primero a la parte antigua de la ciudad y no al lugar donde ha caído el avión o a la ciudad nueva? —quiso saber Díaz.

—Gestión de recursos, comandante —respondió Almansa poniéndose de pie y sacudiendo el polvo de sus rodillas—. La Medina está en un plano más alto con respecto al resto de la ciudad. Mi experiencia me dice que los componentes de los ataques con gases bacteriológicos o químicos pesan más que el aire. Si hubiese supervivientes, estarían en este lugar. Lo contrario indica que el medio de emisión ha sido masivo y muy concentrado —añadió señalando con su guante a la columna de humo—. Lo que nos lleva de nuevo a la gran pregunta: ¿cómo es posible que un producto creado para contrarrestar los efectos de un virus provoque semejante exterminio?

—Sigamos investigando —contestó esquivo Díaz—. Echemos una ojeada en la Medina, puede que encontremos supervivientes.

El jefe del comando de los Regulares, un sargento bajo de estatura y muy enérgico, dio instrucciones a sus soldados para que una parte acompañara a la comitiva que entraría por la calle principal, mientras que el resto iría realizando la cobertura de seguridad del primer grupo caminando sobre las terrazas de las casas.

Fueron entrando casa por casa. No fue difícil ya que todas las puertas estaban abiertas de par en par, cubiertas por livianas cortinas que tenían la función de detener los rayos de sol y sus cálidas corrientes de aire, así como a los insectos voladores. El resultado fue el mismo en todas las viviendas.

Muertos y más muertos. Familias enteras habían fallecido mientras descansaban dentro de su casa, seguramente el día anterior. Una vez que inspeccionaron un total de veinte casas, el comandante Almansa dio por finalizada la búsqueda. Era inútil, todo el mundo en aquel lugar había muerto.

Después de inspeccionar la ciudad antigua, se reunieron alrededor del TOA. Estaban traumados. Habían visto tanta destrucción, bebés muertos rodeados de moscas, familias enteras exterminadas, que sus mentes precisaban unos instantes para recuperarse y centrarse en la razón de su misión. Sus trajes NBQ les pesaban como una campana de acero, pero agradecieron no poder respirar aquel ambiente seguramente impregnado de hedor a putrefacción.

—Revisemos los equipos de respiración autónoma —dijo el sargento.

Todos informaron que estaban a cincuenta por ciento de autonomía, una hora aproximadamente.

—Si hay algún superviviente, es probable que esté en el hospital de la ciudad —dijo Díaz—. ¿A cuánto está de aquí?

El conductor del TOA entró en el vehículo para consultar su navegador por satélite. Al poco se vio asomar su cabeza protegida por el casco del NBQ.

—Estamos a cinco minutos, dirección sur.

—Andando pues, ¡ánimo señores, en breve saldremos de este infierno! —Almansa intentó transmitir confianza y optimismo en su voz. Era importante devolver la moral al grupo.

El TOA comenzó a circular por las calles muertas de Gamadés. Esta vez el conductor no tuvo tantos miramientos para esquivar los cadáveres. El aire comprimido se iba agotando poco a poco y el miedo reemplazó a la caridad por los muertos. Ninguno de los ocupantes del vehículo puso ningún reparo.

—Estamos a punto de llegar —se escuchó la voz del conductor a través del sistema de radio dentro de los cascos.

—¡Para! —gritó el sargento del comando—. Me bajo con cuatro de mis soldados. No quiero correr riesgos.

—¿No sería mejor permanecer todos juntos? —quiso saber Almansa algo inquieto.

—Con todo los respetos, comandante, usted dedíquese a su especialidad, déjeme que haga mi trabajo, que es devolverlos a todos a casa con vida. Tengo que reconocer que estoy cagado de miedo y me veo obligado, por mi propia salud mental, a tomar las riendas de mis competencias. En mi vida he sentido tanta desprotección como en la Medina y no quiero que eso se repita. Hemos de tener en cuenta que todavía no hemos descartado un ataque del ISIS. Esta ciudad podría estar plagada de ellos escondidos y al acecho.

—Bien, sargento, haga lo que crea conveniente, pero el tiempo nos apremia y hemos de entrar en el hospital. No podemos esperar a que usted supervise la seguridad del edificio.

—En ese caso, estaremos en la retaguardia realizando la cobertura. Nos vemos. —Abrió la puerta trasera del TOA y bajó de un salto seguido por tres soldados. Enseguida se perdieron corriendo en una calle paralela al edificio del hospital.

El vehículo blindado continuó su marcha unos cientos de metros más y por fin se detuvo.

—Señores, esto está plagado de cadáveres. Nos será difícil caminar sin aplastar a ninguno de ellos —dijo el conductor—. ¡Un momento! Veo un blindado cerca de la entrada principal del hospital. Enarbola una bandera negra con un círculo blanco en su parte inferior con escrituras árabes. Sin duda es la enseña del ISIS.

Todos permanecieron en silencio. Se palpaba la tensión dentro del habitáculo. En cualquier momento podían atacarlos. Transcurrieron los minutos, pero nada pasó.

—En fin —dijo Díaz—. No hemos hecho este largo camino para volver con las manos vacías. Todos éramos conscientes del riesgo. Propongo que entremos e intentemos averiguar algo de provecho. ¡Coño, somos militares, ganémonos el sueldo! Por qué lo que aquí ha pasado, amigos, influirá en el resto del mundo, no lo duden. Tenemos la oportunidad única de averiguar cuál es la auténtica amenaza.

—¿La auténtica amenaza? —quiso saber Almansa—. La que usted nos ha estado ocultando durante toda la misión. ¿No es cierto, comandante?

—Para eso estamos aquí, para averiguarlo. ¡Vamos!

Salieron todos del blindado con las armas empuñadas. Iban progresando poco a poco, paso a paso. Mirando a su alrededor para evitar un ataque sorpresa. Dos soldados se acercaron al blindado del ISIS mientras los otros esperaban ocultos. Fue una operación lenta pera necesaria. Al fin hicieron un gesto indicando que allí no había nadie. Subieron por los diez escalones de acceso a la entrada principal del hospital, intentando no pisar ningún cuerpo. Iban tensos como un cable de acero, cubriéndose la espalda unos a otros. El vestíbulo estaba repleto de cadáveres. Continuaron avanzando por el pasillo central camino a la sala de urgencias. Los boxes estaban ocupados también por cadáveres. Personas con batas blancas y verdes, personal médico en suma, también sembraban los pasillos con sus cuerpos inertes. Todos con los ojos abiertos, casi salidos de sus órbitas debido a una muerte atroz y angustiosa, con signos de hemorragias internas, con sangre ya seca en la boca y nariz, el rostro morado por la asfixia.

Estaban en el pasillo agrupados, rodeados de cadáveres por todas partes. Esta imagen evocó en Díaz la matanza del Hospital 12 de Octubre. También ocurrió en un pasillo semejante a aquel. Tomó con más fuerza la empuñadura de su pistola y maldijo la poca visibilidad que tenía a través del visor del casco.

—Aquí no parece haber ningún superviviente —dijo con la respiración entrecortada el comandante Almansa—. Incluso los del ISIS, los que han venido en el blindado de afuera, han podido perecer. Tal vez tendríamos que retirarnos ya.

Díaz entendió que el oficial de la UME estuviese inquieto. Aquel lugar parecía tan muerto como la Medina, pero el simple pensamiento de que un grupo del ISIS también había ido a buscar supervivientes escasos minutos antes que ellos lo atemorizaba tanto como a él. Podían estar acechando en cualquier punto de aquel maldito hospital.

Se dirigieron en silencio y con cuidado hacia la salida. En aquel instante, Díaz percibió un movimiento entre los muertos que sembraban el suelo.

Fue muy tenue, casi como un trozo de tela movida por la brisa, lo suficiente como para poner todos sus sentidos alerta.

Iba a avisar a sus compañeros cuando se escuchó una fuerte detonación que retumbó como un trueno. Todos se agacharon instintivamente, para después mirar a su alrededor tras las guías de sus armas. Solo uno de ellos no se movió. Un soldado se fue deslizando lentamente apoyado en sus compañeros hasta quedar tendido en el suelo. La visera de su casco estaba rota e impregnada en sangre.

Una decena de individuos se levantaron del suelo y de varios de los rincones del pasillo que todavía no habían inspeccionado. Los apuntaban con armas automáticas y no paraban de gritar en árabe. En décimas de segundo, antes de que pudieran reaccionar, estaban todos desarmados y tumbados boca abajo, con los cañones de los fusiles de asalto sobre sus cabezas.

Recibieron patadas, puñetazos y golpes de culata de fusil. Finalmente fueron arrastrados hasta que quedaron colocados sentados con la espalda contra una pared.

Díaz notaba un dolor inmenso en la cabeza por un golpe recibido. Luchó para no perder la conciencia. Cuando su vista se aclaró, dentro del limitado campo de visión que le permitía el visor del casco, pudo ver cómo uno de los agresores estaba pateando la cabeza de uno de los suyos. La tela sintética y el visor se fueron llenando de manchas de sangre hasta que el cuerpo del soldado quedó inanimado, tendido en el suelo. Aun así, dos o tres de sus

atacantes continuaron pisándole el cráneo brutalmente hasta que este pareció fracturarse en mil pedazos.

—*Who are you?* (¿Quiénes son?) —preguntó en inglés con acento árabe uno de los agresores.

—*We arefrom the Northern Alliance, we have come to find out what has happened here*. (Somos de la Alianza del Norte, hemos venido a averiguar qué ha pasado aquí) —contestó Almansa con un hilo de voz—. *We are scientists, we have not come to wage war*. (Somos científicos, no hemos venido a hacer la guerra).

Aquella respuesta no pareció contentar a los agresores, quienes volvieron a golpear a los prisioneros. De repente, comenzaron a arrancarles los cascos y, por lo tanto, los tubos de aire comprimido. Díaz notó en su rostro el aire cálido, empalagoso y putrefacto que invadía el pasillo del hospital. Olor a muerte y a infección.

Aquello era su perdición, el virus que había matado a aquella ciudad ahora estaba entrando en sus pulmones y pronto moriría. Sintió su rostro empapado en lágrimas. Sabía que aquel era su fin.

—*What have you done here, you infidel dogs? We have found all our brothers, who were waging the Holy War against Algerian traitors, dead. Answer us or we will cut your throats*. (¿Qué han hecho aquí, perros infieles? Hemos encontrado muertos a todos nuestros hermanos, los que estaban haciendo la Guerra Santa contra los traidores argelinos. Contesten o les cortaremos el cuello) —preguntó a gritos uno de los yihadistas. Tenía una barba de varios meses y los ojos encendidos por el odio.

—*We have come to find out what happened in this place. Everyone has died here*. (Hemos venido a averiguarlo, todo el mundo ha muerto aquí) —contestó Almansa.

El yihadista sacó un cuchillo de combate de su cinturón y antes de que pudieran darse cuenta, cortó el cuello de uno de los soldados de Regulares. La imagen fue tan espeluznante y cruel que Díaz tuvo que apartar la mirada para no ver el terrible sufrimiento de su compañero hasta que finalmente dejó de intentar defenderse. Se escuchaban en el pasillo los golpes de sus piernas contra el suelo luchando por levantarse. Finalmente todo acabó y el muchacho quedó tendido sobre su propia sangre con la cabeza casi separada del tronco.

—¡Hijos de puta asesinos! —se oyó decir a sí mismo Díaz en un grito desesperado—. ¡Juro que acabaré con ustedes, cabrones! —Su intención fue levantarse en un ataque de furia, pero una patada en su cabeza lo volvió a

sentar contra la pared. Sintió la boca llena de sangre y un dolor intensísimo en el cráneo que casi le hizo perder el conocimiento.

—*You will be the next* (Tú serás el siguiente) —escuchó que le decían y notó que alguien le sujetaba del cabello y le echaba la cabeza hacia atrás dejando expuesto su cuello.

La mano aflojó inesperadamente su presión. Díaz abrió los ojos y vio que el yihadista, que todavía blandía en la mano derecha un cuchillo con la sangre de su anterior víctima, parecía tener problemas para respirar. Empezó a toser violentamente y un cuajarón de sangre le surgió de la boca como un escupitajo que se expandió en miles de gotas alrededor de sus labios. Se llevó la mano al cuello sin poder respirar y la piel del rostro comenzó a tornársele de un color violáceo. Cayó de rodillas abriendo la boca para buscar el aire que sus pulmones abrasados no podían encontrar. Un violento impacto en su cabeza, que pareció volar por los aires, acabó con su sufrimiento. El aire se llenó de detonaciones estridentes, de gritos de rabia y dolor.

Díaz, todavía confuso, sin saber si estaba vivo o muerto, sintió un vacío en el cerebro.

Tras una eternidad de detonaciones que estallaban en el aire, de gritos de odio y dolor, se hizo hecho un silencio terrible. Pero él permaneció con los ojos cerrados. Creyó que tenía el cuello seccionado, hasta que pudo finalmente tragar saliva con mucha dificultad.

Alguien le zarandeó el hombro. Sabía que le estaban hablando, pero no podía escuchar. Por fin una voz lejana llegó a sus oídos.

—¿Está bien, comandante?

Supo entonces que seguía vivo y que la mano que tenía sobre su hombro era la del sargento de las fuerzas especiales.

—Responda, comandante, ¿está herido?

Díaz entendió. La voz del sargento le llegaba lejana porque estaba utilizando el altavoz exterior de su traje NBQ. Ya no podía escucharlo dentro de su propio casco porque aquellos mal nacidos se lo habían arrancado momentos antes.

—Sí —pudo contestar al fin casi con un soplo de voz. Reforzó su respuesta alzando el dedo pulgar de su mano derecha para hacerse entender —. Creo que no estoy herido —después pensó en el comandante de la UME —. ¡Almansa!

—Yo también sigo en este mundo —le contestó a su lado el comandante —. No te preocupes, compañero, aún respiramos, al menos por el momento.

Se escucharon varias detonaciones más. Los chicos de los Regulares estaban rematando a los yihadistas heridos, pensó Díaz.

Sintió cómo le sujetaban por los brazos y lo ponían de pie.

—Hemos de irnos, comandante. No sabemos si hay más gente del ISIS por aquí. Ustedes —ordenó el sargento dirigiéndose a sus soldados— lleven a Almansa. Dejen al resto de los compañeros, ya nada podemos hacer por ellos. Retírenles las placas de identificación. Sus familias habrán de recordarlos como los héroes que son.

Poco a poco Díaz fue saliendo del estrés traumático al que había estado sometido. Cuando llegaron por fin al exterior, se deslumbró por el sol rojizo de mediodía. Pudo andar por sí mismo y con un gesto de agradecimiento indicó a los soldados que lo soltaran.

—Nosotros no podemos volver, sargento —dijo mirando hacia atrás, hasta detenerse en el rostro congestionado del comandante Almansa, el cual asintió leyendo sus pensamientos—. Lo que ha matado a toda la población de Gamadés ha entrado en nuestro organismo. Ahora somos portadores de un terrible virus que no puede traspasar al norte, más allá de la zona segura de la *Brand*.

El reflejo del sol en el visor del traje NBQ del sargento impidió a Díaz ver su rostro cuando se giró hacia él.

—Bueno —escuchó la voz desde el altavoz exterior del traje—. Supongo que todos estamos jodidos.

Para sorpresa de Díaz, el sargento también se quitó la escafandra de la cabeza. Los tres soldados que lo acompañaban hicieron lo propio.

—Verán —explicó el sargento extrayendo del bolsillo exterior de su traje un enorme teléfono móvil con una larga antena—, hemos recibido un mensaje a través del teléfono satelital del avión de transporte antes de entrar en el hospital. Han recibido la orden de volver a la base de Médéa sin recogernos —enseñó el manómetro de las bombonas de aire comprimido a Díaz y a Almansa—. Menos de diez minutos. Ni locos salimos de esta. El TOA está contaminado y el personal del remolque de descontaminación no responde a mis llamadas. Supongo que ahora estarán muertos. Estamos solos en esta mierda de cementerio. Ustedes dirán lo que hacemos, comandantes.

Díaz lanzó una exclamación de ira. Las piezas iban encajando. Alguien no quería testigos del avión derribado con el cargamento del antídoto del H5N1.

—De momento quitarnos estos trajes —dijo Almansa empezando a desprenderse del NBQ—. Ya no nos sirven de nada excepto para

deshidratarnos más rápidamente. Después nos ocultaremos a esperar acontecimientos. No sabemos si vendrán más terroristas del ISIS.

—En el caso de estar infectados —preguntó Díaz—, ¿cuánto tiempo nos queda para…?

—¿Morir? Supongo que muy poco. Tal vez media hora. A lo sumo una hora.

Una vez que todos se hubieron desprendido del traje de protección, se encaminaron hacia un cobertizo que había en un lateral del edificio del hospital. Forzaron la puerta y se encontraron dentro de la sala de calderas. Al estar a un nivel más bajo que el suelo, pudieron reconfortarse con un ambiente fresco y libre del hediondo aire que invadía la ciudad de Gamadés.

Los minutos transcurrieron lentos y tensos, en silencio. De vez en cuando se miraban unos a otros, esperando que alguno de ellos mostrara algún síntoma de enfermedad.

Había transcurrido algo más de media hora cuando uno de los soldados extrajo una barra energética del bolsillo de su guerrera.

—Tengo hambre. ¿Alguien quiere? Tengo muchas más.

Tras la sorpresa inicial que había roto la concentración de la fatídica espera, todos aceptaron de buen grado el ofrecimiento. Luego fueron conscientes de que seguían vivos y sanos.

—¿Por qué no estamos muertos? —quiso saber el sargento masticando alegremente una de las barras energéticas—. No es que me queje, pero algo nos diferencia del resto de infelices que han muerto en esta ciudad.

Todos miraron a Díaz. Este por fin suspiró y comenzó a hablar de una manera pausada. Sus peores pesadillas se habían cumplido.

—Porque estamos vacunados contra el virus H5N1. Eso significa que la carga del avión que ha derribado el ISIS aquí, en Gamadés, no contiene el antídoto que se suponía que iba a salvar a la población expuesta por el ataque extraterrestre. Más bien al contrario, está claro que su función es el exterminio. Ahora mismo miles de estos aviones están soltando su letal carga sobre millones de personas que piensan que esa es su salvación. Aquí hemos comprobado que eso no es así. —Díaz miró al suelo y se estremeció—. Significa que en muy poco tiempo, la humanidad dejará de existir más allá de las *Brand*.

Unoa

Poco a poco su mente se fue encendiendo como una llama cálida y reconfortante. Aún sin abrir los ojos, la conciencia se abría paso a la realidad después de un tiempo de inmersión en la profunda oscuridad de la inconsciencia. Notó la confortable solidez de una plataforma bajo su cuerpo desnudo. Un ligero zumbido era lo único que llegaba hasta sus oídos.

Escuchó una dulce voz dentro de su cabeza.

«Bienvenido a Unoa, *Emissari*, estás a salvo con los tuyos».

Todavía con su cerebro volviendo del pozo oscuro en el que había estado sumergido, pudo responder:

«La madre Shora me da su mano protectora y yo la tomaré con entusiasmo, pues por fin mi espíritu puede descansar a sabiendas de que estoy a salvo entre sus brazos. Pero dime, *Majoro*, ¿cómo están mis amigos?».

«Si te refieres a los hijos de Domo, están en regeneración. Ten paciencia, *Emissari*, se recuperarán. —Se hizo un breve silencio, pero la voz, en un principio dulce, entró en su mente con un ápice de reproche—. Es extraño que llames amigos a los que te han herido y maltratado».

«Me han salvado, *Majoro*, no todos los hijos de Domo son hostiles hacia nosotros, los hay que son buenos humanos y como tal hemos de tratarlos».

«¿Qué han hecho para que se les inflija semejante castigo? Nuestro regenerador tiene mucho trabajo con ellos. Les han causado tremendas heridas y sufrimientos. ¡Incluso hay uno de ellos que tiene la piel quemada! ¿Qué tipo de humanos nos esperan en Domo que son capaces de semejantes atrocidades entre sus propios hermanos? ¿Qué no serán capaces de hacernos a nosotros?».

Freezer consiguió abrir los ojos por fin y los dirigió hacia Shora. Le envió un mensaje conciliador, no exento de crítica.

«Dímelo tú, *Majoro*, también conviviste entre ellos».

* * *

—¿Dónde estoy?

Es la primera pregunta que se hizo tras un proceso de recuperación de la conciencia. En un principio tuvo la idea absurda de que estaba muerto y que aquello era el cielo. Su cuerpo no le dolía. Al contrario, se sentía vital y relajado como nunca. Pero sentía el entorno, lo que le demostraba que seguía vivo. Estaba tumbado desnudo sobre una plataforma rígida y *anatómica* a la vez, que recogía las curvas de su cuerpo en un lecho confortable muy similar al vacío del espacio, donde no existía el peso de la gravedad. Sobre él, una cápsula color azul pálido le enviaba zumbidos intermitentes que cesaron en cuanto abrió los ojos. Jamás en su vida se había encontrado mejor, no tenía ningún tipo de molestia física y su cuerpo parecía haber retrocedido en los años, cuando era un niño y lo sentía vital y en plena juventud.

—Bienvenido, Edwards —dijo una voz a su lado. Cuando giró la vista se sorprendió al ver a Simón, el imbécil que había fichado el brigada Costa para hacer de traductor de esperanto. Entonces confirmó que no estaba muerto. Al lado del agente del CNI había una mujer alta y hermosa, muy delgada, con un traje de color blanco que se pegaba a su cuerpo como una segunda piel. Sus ojos azules como el cielo lo miraban con frialdad. Simón continuó hablando —. Está usted en Unoa, la nave nodriza que órbita nuestro planeta Tierra. La *Majoro* comandante ha dado instrucciones para que se lo inmovilice por seguridad, al no ser usted una persona de confianza.

Edwards no vio ninguna ligadura en su cuerpo que le impidiera levantarse. Pero cuando lo intentó no pudo moverse ni un milímetro. Lo intentó en varias ocasiones, pero al final tuvo que darse por vencido, algo invisible lo mantenía pegado en aquella plataforma sobre la que estaba tumbado.

La mujer rubia habló:

—*Ne neplenumos nian unuan normon, nefaros al li nenian domagon, sed ci tiu homa estos pridemandita Diru malvólas al li ol mi lian ceeston, sed komprenas ke la Emissari agis bone portante gin al mia navo, ni devas koni al la malamiko*.

Edwards intuyó que por el tono de voz de la mujer, su presencia allí no era precisamente bienvenida.

—¿Qué ha dicho esta zorra? —preguntó sin amedrentarse. Su entrenamiento de muchos años le había enseñado a no mostrar miedo delante del enemigo, y más todavía cuando había caído prisionero.

—Dice que «No incumpliremos nuestra primera norma, no le haremos ningún daño, pero este humano será interrogado. Me repugna su presencia,

pero entiendo que el *Emissari* ha actuado bien trayéndolo hacia mi nave, hemos de conocer al enemigo».

—Te diré lo que voy a hacer —contestó Edwards tras meditar unos segundos—. Tarde o temprano conseguiré despegarme de esta mierda de litera. Cuando lo consiga, iré por ti, te aplastaré el cráneo a patadas por traidor y después le romperé el cuello a esa puta rubia. Han cometido un gran error trayéndome hasta aquí, pero te aseguro que lo pagarán muy caro.

—Soy una persona pacífica, señor Edwards, pero le aseguro que siento un gran desprecio hacia usted —contestó Simón con toda la acritud de la que fue capaz—. Esta gente lo ha curado de sus heridas, le ha salvado la vida. Al menos podría mostrar algo de gratitud.

—¡Estoy temblando de miedo y agradecimiento! —Edwards le mantuvo la mirada con tanta fiereza que Simón bajó la cabeza y abandonó la estancia acompañado por Shora.

*** * ***

Sus pesadillas eran continuas. Siempre acababan igual, en un pasillo lleno de cadáveres y sangre. Miraba a su mujer dentro de la habitación y el alma se le partía en mil pedazos. Ella seguía luchando por su vida, pendiente de un hilo muy fino que se podía romper en cualquier momento. La habían querido matar y él se interpuso. El dolor de sus heridas lo martirizaba desde sus sueños. Cada milímetro de su piel le dolía, pero al mismo tiempo se iba recomponiendo. Paso a paso, poco a poco, el dolor fue abandonando su cuerpo. Fue una lucha dura, muy dura. Fue como renacer de sus propias cenizas. Su mente repetía una y otra vez las secuencias de la lucha. Llegó a la conclusión de que lo había hecho bien, nadie tocó a su amada.

Pero él había pagado un alto precio. Sus tejidos estaban destruidos por el acero de los cuchillos. Sentía en sus sueños cómo el dolor de la recomposición era mucho más intenso que cuando le habían infligido el ataque rápido y traicionero. En el tránsito, pudo notar cómo su alma abandonaba el cuerpo físico, se sintió morir, para volver una y otra vez a las tremendas pesadillas y al dolor intenso entre las brumas de la agonía. Esa sensación de destrucción física fue dando paso poco a poco, célula a célula, a otra muy diferente: la de la resurrección.

Su mente fue despertando dentro de una placidez nunca conocida hasta aquel momento. Solo la preocupación intensa por la suerte que había corrido

su mujer le impidió disfrutar de la plenitud física y mental que iba invadiendo su cuerpo de una forma inexorable.

—Bienvenido a Unoa, coronel Herrero —le dijo una voz a su lado—. Soy el agente Simón.

—Mi mujer… —pudo decir Martín.

—Pronto la podrá ver, coronel. No se preocupe. Se está recuperando.

* * *

«¡Mis hijos, mi marido!».

En algún lugar de su mente, en un puntero de luz diminuto que poco a poco fue recobrando protagonismo, surgió ese pensamiento.

Antes su cuerpo experimentó un terrible proceso de dolor casi inaguantable. Su vagina estaba destrozada, pero los tejidos se fueron recomponiendo poco a poco. Visionaba desde sus sueños el proceso lento y doloroso. Era como una continua pesadilla de la que no podía despertar. Dolor tras dolor. Hasta que de pronto esa parte de su cuerpo desapareció tras un velo de extrema paz. Antes de poderse acostumbrar al bienestar placentero de la muerte, estalló otra vez el dolor en su pecho. Los huesos de las costillas se estaban recomponiendo dentro de sus sueños. No podía gritar, no podía quejarse, estaba soñando. Llegó el momento en que cayó en un sueño placentero de merecido descanso, pero cuando mejor se encontraba al pensar que todo había acabado, su garganta ardió como una llama y quiso gritar sin poder hacerlo, todo era un sueño. Después su cabeza también le envió señales de dolor, pero lo pudo soportar mucho mejor, porque pudo recordar y conectar con la desazón que embargaba todo su ser. Su sufrimiento tuvo una motivación de lucha. Su marido, sus hijos…

Respiró hondo y sus pulmones se llenaron de aire casi al instante. Después del calvario, el cuerpo le lanzaba una señal inequívoca: estás viva, sana y no sufres de ningún dolor.

Sintió tanta paz en aquel momento que sonrió involuntariamente. «Yo estoy bien —pensó—, y los míos también, lo sé». Fue tanta la felicidad que sintió que las lágrimas recorrieron su rostro.

—Bienvenida a Unoa, doctora Massó —dijo una voz a su lado—. Soy el agente Simón.

* * *

Ardía dentro del blindado. Cada poro de su piel desprendía un hedor insoportable a grasa y piel, a vello quemado, a ropa abrasada fundida en todo su cuerpo. En sus sueños esa terrible experiencia no tenía fin. Gritaba sin voz, convulsionaba en violentos espasmos sin moverse. Aquello era una pesadilla, no existía, pero el dolor en cada célula de sus tejidos le decía lo contrario.

Intentó huir a algún rincón de su ser, esconderse del terrible sufrimiento, pero le fue imposible. Adonde fuera, el monstruo que devoraba cada milímetro de su carne lo encontraba y continuaba martirizándolo. Quería morir, dejar de luchar por su vida y no podía. El monstruo lo abrazaba fuerte y no lo dejaba marchar, le clavaba millones de agujas en su piel y él gritaba en silencio, se sentía como dentro de una cueva negra y vacía, sin eco, donde nadie lo podía escuchar ni ayudarlo.

Se buscó un mundo aparte para huir del infierno, el de su memoria. Rebuscó recuerdos bellos que en algún momento u otro de su existencia lo habían hecho feliz. En el proceso, una y otra vez el monstruo lo volvía a encontrar y lo hacía sufrir. Pero se dio cuenta de que cuando pensaba con mucha intensidad en la esencia de un momento, en una imagen vívida, llena de luz y amor, el dolor se mitigaba con rapidez.

Rememoró los años más felices de su vida, con sus padres, sus hermanos, sus amigos. Se vio marcando un gol cuando tenía apenas ocho años y a sus compañeros de equipo abrazándolo. ¡Aquel fue un bello momento! Revivió cumpleaños tras cumpleaños; las mañanas en las que se levantaba emocionado para ver lo que le habían dejado los Reyes Magos. Tal fue la intensidad de esos recuerdos que incluso notaba los olores del abeto de plástico de Navidad, reutilizado año tras año, del pesebre que montaba su padre con muy poco sentido de la estética. El olor de la comida que hacía su madre… Se dio cuenta de que, cuando un pensamiento negativo le llegaba a su mente, perdía la batalla y el monstruo aparecía como un relámpago y lo atravesaba con sus alfileres. Aprendió por fin a buscar el resplandor de lo positivo y limpio, el sentimiento puro. Pudo rememorar a sus primeras novias, sus primeros besos y caricias, pensó cuando se graduó en la academia de suboficiales, en sus amigos de aquel entonces, en los buenos momentos, pero no pudo encontrar demasiados buenos recuerdos cuando empezó a trabajar en Operaciones del CNI. Los pocos que pudo encontrar fueron los vividos junto con su camarada, hermano, Martín. El resto no quiso rememorarlos. Eran demasiado dañinos para su alma y el monstruo lo castigaría. Pidió perdón a las personas a las que había hecho daño o les había quitado la vida. Era la guerra, pero eso no lo consolaba.

Fue pasando el tiempo, sin minutos, horas ni semanas. Estaba inmerso en un espacio en el que nada de eso existía. A veces, las que más, se sentía tan angustiado de no poder salir de esa prisión que lloraba sin lágrimas.

No podía dormir, o mejor dicho, aunque estaba sumergido en una eterna pesadilla, no podía descansar. El sufrimiento y una extraña conciencia entre las nieblas de un extraño mundo atemporal lo tenían atrapado, tal vez para siempre.

Cuando pensó que podía controlar a la bestia, sintió su pecho arder, como si alguien le estuviese introduciendo hierros candentes dentro de los pulmones. Aulló de dolor en sueños. Pidió mil veces poder morir, pero su deseo no fue concedido. Ningún pensamiento positivo pudo combatir esta vez al monstruo. No podía perder el conocimiento porque ya estaba inconsciente.

El dolor en el pecho fue mitigándose poco a poco, pero lo sustituyó otra vez el de millones de agujas de hielo clavándose en su piel. Estaba tan cansado que ya no pudo esconderse en sus pensamientos y sufrió el mayor de los castigos, de tal manera que pensó que ningún humano podía merecerse aquel suplicio ni habiendo cometido el mayor de los pecados.

No supo cuándo, pero poco a poco, casi sin darse cuenta, el dolor fue remitiendo. Llegó a un punto en que solo sentía un hormigueo en el cuero cabelludo y una jaqueca que le pareció muy leve comparada con el calvario que había sufrido.

Notó algo sólido en la espalda, el primer contacto físico después de lo que le había parecido una vida entera. Su alma nadó enérgicamente hacia la superficie, donde veía una luz azulada y reconfortante.

De repente notó cómo sus músculos se activaban de los pies a la cabeza. Fue consciente de que todo su cuerpo se estaba despertando sin dolor. Una paz y un bienestar que jamás había sentido lo envolvieron como en una manta confortable y cálida, era lo más parecido al abrazo de una madre a su hijo recién nacido.

Fue tal la felicidad que sintió que lloró, y esta vez sí que notó cómo las lágrimas recorrían sus mejillas.

—Brigada Costa, ¡bienvenido a la vida! —escuchó que alguien decía a su lado. La voz le llegó amortiguada en su cerebro, pero le sonó a una persona amiga a la cual conocía.

Intentó hablar, pero todavía no pudo, seguía nadando hacia la luz azul y era consciente de que aún no había recobrado el conocimiento por completo.

—*Jam revenís ciujn, Majoro. Estas emociita, la brigada Rostas havas la haüton sanigitan kaj mi kredas ke tuj revenos freneza de gojo*. (Ya han vuelto

todos, *Majoro*. Estoy emocionado, el brigada Costa tiene la piel curada y creo que se va a volver loco de alegría). —Costa reconoció la voz.

—¿Simón? —pudo decir al fin. Sintió cómo los pulmones se le llenaron de aire, de una manera casi involuntaria, y de repente su cerebro despertó—. ¿Eres tú, cabronazo?

—Sí, brigada, aquí me tiene.

Costa abrió por fin los ojos y vio una luz azul muy tenue, cálida, que se iba apagando a la misma velocidad que él levantaba sus párpados. Pudo ver una especie de pantalla abovedada sobre su cuerpo que tras apagarse adquirió un brillo metálico, casi como un espejo.

Confuso, no pudo reconocer el rostro que le devolvía el reflejo. Aun así, al fin supo quién era: él mismo años atrás, antes de que el fuego devorara su piel.

Sintió una oleada de pánico mezclado con sorpresa y extrema felicidad que le recorría todo su cuerpo. Unos ojos verdes le devolvían la mirada. Sobre ellos había sendas pestañas rubias e intactas. También tenía un pelo muy incipiente en el cráneo. Su mirada recorrió la superficie metálica y vio que estaba desnudo. Ni una sola quemadura rompía su piel.

—Sigo soñando —dijo para sí mismo mientras se tocaba el rostro para comprobar que el reflejo no lo engañaba y que el monstruo desfigurado que había sido durante cinco años había desaparecido.

—No, brigada, no sueña, está en Unoa, la Primera. —Simón se acercó a él para que pudiera verlo—. La cápsula regeneradora ha hecho un gran trabajo con usted.

Costa lo miró emocionado, tenía ganas de gritar y reír a la vez.

—Simón, ¿de qué vas vestido? ¡Se te marcan las pelotas! —exclamó lanzando una sonora carcajada.

—Es evidente que la cápsula regeneradora no ha podido con su carácter, brigada, en eso sigue siendo el mismo. —Simón se había sonrojado tras mirar de cintura para abajo su traje blanco pegado a la piel.

—¿Quién es la maciza que te acompaña? —preguntó reparando en la presencia de la mujer rubia y alta que estaba de pie detrás de Simón.

La respuesta la recibió dentro de su cerebro.

«Soy Shora, la comandante de la nave Unoa. Sé que entiendes, me lo dijo el *Emissari*».

—¿Freezer está aquí? —preguntó emocionado Costa.

—No solo él, brigada. Será mejor que nos acompañe —le dijo Simón tendiéndole una especie de mono de color blanco confeccionado con una tela

muy liviana—. No se levante muy deprisa, podría marearse, tenga en cuenta que su organismo ha sufrido un proceso muy fuerte de regeneración. Antes, tendría que tomarse esto —le tendió una cápsula de color verde del tamaño de una pastilla—, le dará energía.

Costa hizo caso omiso a Simón e intentó levantarse de golpe, pero un terrible mareo le hizo reposar la cabeza en su posición original.

Mientras se tomaba la pastilla que le ofrecía Simón, observó a su alrededor. Estaba en una estancia amplia, con el techo abovedado, pero las paredes eran transparentes y por ellas se veían millones de estrellas que salpicaban el inmenso espacio. La cápsula pareció estallarle en la boca y pronto notó una gran energía que le recorrió todo el cuerpo. Se levantó de la plataforma en la que había estado tumbado y admiró con la boca abierta el espectáculo que se desplegaba ante sus ojos.

—¿Estoy soñando, verdad? ¿Dónde estoy? ¿Cómo he llegado aquí? ¿Esto es una maldita broma? Lo último que recuerdo es que me dispararon en el pecho. —Después volvió a mirarse el cuerpo mientras temblaba de emoción —. No tengo quemaduras y no me duele nada. ¡Oh, y encima creo que me estoy empalmando! —añadió mirando su pene mientras reía a carcajadas—. ¡Bienvenido, amigo, después de tantos años! A ti también te ha gustado la rubia, ¿verdad? —Luego siguió riendo como un loco ante la incomodidad de Simón y la frialdad de Shora.

—Vístase, brigada —le dijo Simón tendiéndole el mono—. Aún le quedan más sorpresas.

Costa se puso el traje, que se pegó a su piel de una manera sorprendente. Era extremadamente flexible y carecía de cremallera o cualquier sistema para abrirlo, por lo que metió los pies por la abertura de la cabeza y se vistió sin problemas. Sintió un agradable calor en todo el cuerpo.

Sin parar de reír, siguió a Simón y a Shora hasta llegar a un pasillo amplio y bañado con una luz azulada que surgía del techo y de las paredes abovedadas. Se cruzaron por el camino con personas vestidas de blanco, todas rubias y altas, que lo miraban con curiosidad, pero sin importunarlo. Simplemente seguían su camino tras cruzar con él una mirada discreta. Al poco tiempo lo que parecía una pared luminosa de color esmeralda se abrió ante ellos y entraron en otra estancia tan grande como la anterior.

Lo primero que llamó la atención a Costa, al entrar en una relajante penumbra, fue el gigantesco ventanal por el cual se podía ver el espacio, inmenso e infinito, pero en primer plano podía observar un horizonte curvado de un planeta azul recubierto de nubes, supo de inmediato que se trataba de la

Tierra, al fondo se adivinaba una esfera gris y semioculta por la negrura del infinito, la Luna, tras de ella se adivinaba la omnipresente luz solar. Luego se fijó en tres figuras que se recortaban contra el paisaje espacial. Cuando pudo focalizar la vista en ellas, lanzó una exclamación de alegría. Necesitaba que alguien lo pellizcara para saber que no seguía soñando.

Un hombre enorme, barbudo y musculoso se dirigió hacia él con tanta rapidez que no le dio tiempo a pensar en nada hasta que recibió un tremendo abrazo. Un abrazo de oso.

—¡Hermano, estás vivo! —le dijo una potente voz al oído, la de Martín. Sintió el suspiro de un sincero alivio nacido de un alma querida. Devolvió el abrazo con una fuerza que le sorprendió a él mismo.

—Bienvenido, Juan. —Notó que una mano femenina tocaba su espalda y acto seguido un beso de afecto se posó en su mejilla. Vio el rostro delgado y bello de Julia, que lo miraba con dulzura y lágrimas en los ojos.

—El *milita virbovo* (bravo guerrero) ha vuelto entre nosotros. —Otra mano se posó afectuosa sobre su hombro y pudo ver cómo Freezer le sonreía.

Costa se vio rodeado de tanto amor y afecto que se emocionó profundamente. Sus ojos nublados miraban hacia el exterior, donde la Tierra brillaba en *tonos* azules y blancos bajo los rayos del sol. No podía pronunciar palabra alguna.

Antes de caer abatido por las balas, tuvo la certeza de que nunca volvería a ver con vida a Martín ni a Julia, y mucho menos que él mismo podría sobrevivir en aquel trance. ¿Qué milagro era aquel? Si no estaba muerto y había subido al cielo, ¿cómo se podía explicar su regeneración física? De ser prácticamente un monstruo postrado en una silla de ruedas había recuperado su cuerpo y vitalidad previa al incidente de Afganistán, donde ardió dentro del blindado. De repente recordó la conversación telefónica que había tenido con Martín antes de desfallecer en una cuneta próxima al observatorio radioespacial de Robledo de Chávela, cuando este también estaba moribundo en el pasillo del Hospital 12 de Octubre. Le había dicho que ambos eran supervivientes por algún motivo, que el destino les había reservado cumplir una misión. Los dos seguían vivos y eso tenía que significar algo.

Costa se separó del grupo para tener una mejor perspectiva de ellos. Los vio jóvenes y en plena forma. Freezer había recuperado peso y luminosidad en su rostro, tenía los ojos transparentes y sinceros como siempre, como los de un niño al que todavía no se le había corrompido el alma tras los avatares de la vida. Julia presentaba un aspecto mucho más joven de la última vez que la vio, desde que lo invitaron a comer ella y Martín en su casa, no hacía

mucho tiempo de ello, o al menos eso creía, ya que no sabía si llevaba allí días, semanas o meses. Las arrugas habían desaparecido de su rostro y el cabello, generalmente de aspecto poco cuidado, tenía un hermoso brillo. Las ojeras que había adquirido por muchas horas de trabajo y preocupación habían desaparecido por completo. Nunca la había considerado una mujer bella, pero el rostro tenía tal luminosidad que sin duda se había quitado diez años de encima. Por último, Martín seguía siendo el enorme oso de siempre, aunque la grasa acumulada sobre su vientre y el resto de su cuerpo debido al sedentarismo había desaparecido por completo. Pero lo que más impresionó a Costa fue la transformación de su rostro. Siempre lo había visto con profundas arrugas de sufrimiento, aun cuando sonreía, cicatrices de una vida que no le había sido fácil llevar, marcas de situaciones vividas debido a su profesión que se habían ido depositando en la dermis como fósiles acumulados tras años de infligir heridas y ser herido por sufrimientos propios y ajenos. Todo ello había desaparecido y su amigo también tenía el espíritu regenerado, evidenciado por la ausencia de dolor o ira en su cara. En cambio, le devolvía una mirada negra brillante llena de vida.

—¿Estoy soñando? ¿Qué es lo que está pasando aquí? —dijo al fin sin poder evitar una sonrisa—. No quisiera despertarme después en una cuneta de carretera con el pecho destrozado a balazos y con mi cuerpo antiguo y quemado. Me gustaría seguir conservando mis cejas y mi pene.

—No, hermano —le dijo Freezer mirándolo con verdadero aprecio—. Te recogimos de tu cuneta y te trajimos hasta aquí, a la nave Unoa. La cápsula de regeneración celular te ha sanado de tus heridas. Eres el último que ha regresado entre nosotros, ya que tu cuerpo estaba realmente destrozado. Estás vivo y despierto. Esto es real y nosotros también.

—Julia y yo también fuimos rescatados por Freezer —dijo Martín sonriéndole. Atrajo a su mujer hacia él y la abrazó—. Esto es un milagro y muy extraño, ahí te doy la razón, pero no lo dudes, lo que nos está pasando es muy real.

Costa se miró las manos, tersas y sin rastros de horribles quemaduras.

—¿Es pecado sentirse tan feliz? —preguntó.

—No, claro que no —contestó Julia con una sonrisa radiante—. Sería un pecado que no te sintieras así.

Los recuerdos acudieron a la mente de Costa. La lucha que habían mantenido a raíz del ataque extraterrestre y la extraña huida de Julia Massó del Centro de Astrobiología de Robledo de Chávela tras monitorizar los bólidos caídos en la tierra. El brutal ataque al que había sido sometida y que

la había hecho entrar en coma guardando un secreto que podía cambiar el rumbo de la humanidad. Recordó que todo había girado alrededor de ella y ahora la tenía delante llena de vida y energía.

—Cuéntame, ¿quién te atacó, Julia, por qué quisieron matarte? ¿Qué averiguaste en el Centro de Astrobiología de Torrejón de Ardoz para que te hicieran tanto daño?

Julia avanzó hasta Costa y le acarició el rostro.

—Antes que nada quiero agradecerte el terrible sacrificio que has hecho por mí y por mi familia. Cuando todo el mundo estaba en contra, tú fuiste capaz de dar tu vida por mí, por mi marido, por mis hijos, pero sobre todo por la verdad. Juan Costa, eres el mejor y fiel amigo que una persona pueda tener, bravo guerrero, como diría Freezer.

Emocionado, Costa tomó la mano de Julia y se la besó.

—Al final me harán llorar. Pero me considero un tipo duro y tengo una imagen que preservar. Todos hemos sufrido mucho, hasta llegar al límite entre la vida y la muerte, pero ahora estamos aquí y me gustaría saber a qué nos enfrentamos y cuál es nuestra posición actual.

—Lo que averigüé en el muestreo de los bólidos extraterrestre fue que estos estaban emitiendo a la atmósfera ozono, nada de bacterias u organismos que nos pudieran perjudicar.

Costa dirigió sus ojos a Freezer, que lo miraba con una expresión como diciéndole «ya te lo dije».

—Había pasado tanto miedo ante los resultados que podía arrojar la monitorización del REMS-2 pensando que supondrían el fin de nuestra humanidad, el daño que padecerían mis seres queridos, que al averiguar la verdad, solo pensé en correr a casa y abrazarlos a todos ellos y darles las buenas noticias. Pero no me dejaron llegar, como bien sabes —dijo Julia con una sonrisa triste—. Confié en una única persona con la seguridad de que informaría al director del Centro de Astrobiología y este al mundo entero. Ahora sé que eso no se produjo jamás y que en cambio se dio la información de que estábamos siendo atacados por un virus terriblemente peligroso, el H5NI. La única persona a la que confié la verdad fue a Smith, un representante de la embajada norteamericana en Madrid. Él fue el que mintió, y también seguramente el que mandó asesinarme en dos ocasiones. Pero desconozco sus propósitos. Lo cierto es que ahora el mundo se ve abocado a una crisis que alguien está orquestando no se sabe bien con qué propósitos.

—Tendremos que averiguarlo —dijo con firmeza Martín—. Pero antes de eso, necesito saber si mis hijos están bien. No sabemos lo que pasa ahí abajo

desde hace días, no sé cuántos porque aquí no existe el tiempo. Los acontecimientos en la Tierra pueden haberse precipitado hacia el abismo y la situación puede ser muy convulsa. Tenemos que encontrar la manera de dar a conocer la verdad y parar esta locura. Hemos de volver lo antes posible, pero esta vez cuidándonos de nuestros enemigos.

—La *Majoro* me ha transmitido que ninguno de ustedes puede abandonar Unoa —dijo con gravedad Freezer mirando a Shora—. Al menos hasta que *Neniu*, nuestro líder, lo autorice. Su confianza en los habitantes de Domo es nula. Shora conoce su situación e intercederá por ustedes. Mientras tanto, vivirán aquí como invitados sin ninguna restricción de movimiento, integrándose en la colonia. Será bueno que nos conozcan.

—¡Pero no pueden impedir que volvamos! —exclamó Martín desafiante —. Tengo que saber si mis hijos están a salvo. Tenemos que dar a conocer la verdad. ¡No nos podemos mantener cruzados de brazos mientras nuestro mundo se destruye! ¿Van a dejar que eso suceda?

—No —dijo Freezer poniendo una mano tranquilizadora sobre el robusto hombro de Martín—. Yo volveré por ustedes. He de completar mi misión. Soy el *Emissari*.

Simón, que hasta el momento se había mantenido en segundo plano, habló casi con timidez:

—Tenemos que ser pacientes —dijo—. Shora está de nuestro lado y esa confianza que nos da se la tenemos que devolver con nuestra paciencia. Se compromete a defendernos ante las dudas que tienen sus superiores en cuanto a nuestra especie y el habernos recibido. Dejémosla que nos defienda. No en vano nos ha salvado la vida. Mientras tanto, podríamos planear nuestro retorno junto con *nuestros* nuevos aliados.

Todos se lo quedaron mirando, pero fue Costa quien rompió el silencio.

—¿Estamos presos, Simón? ¿Qué has hecho mientras nosotros estábamos inconscientes? ¿Cuánto tiempo has pasado en compañía de la tía buena y qué te ha dicho? ¿Cuáles son sus intenciones hacia nosotros?

Simón suspiró. Sin levantar la mirada del suelo, comenzó a hablar con toda la sinceridad de la que era capaz, que era mucha.

—Lo ha dicho Freezer. No confían en nosotros, y es algo que no les recrimino —levantó la vista hacia el grupo y los miró uno a uno—. Seré sincero, la situación no nos es propicia. Les hemos dado motivos suficientes para que desconfíen.

—Pues según lo veo yo —comentó Martín endureciendo el rostro hasta tal punto que su mirada de oso reapareció—, creo que les hemos dado suficientes

muestras de buena voluntad. Empieza a no gustarme este trato. Quiero saber ahora mismo si somos amigos o prisioneros.

Freezer miró con serenidad a Martín y le sostuvo la mirada con tanta honestidad que consiguió que de esta se retirara el velo de ira.

—No somos enemigos, tenlo muy presente, pero has de aceptar nuestras reglas, no en vano serán tratados como iguales. Has de entender algo muy importante, mi pueblo ya no tiene hogar, y su única posibilidad de subsistencia es ser acogidos en Domo, donde ahora hay destrucción. Nosotros no tomaremos por la fuerza lo que se nos niega con los hechos. Encontraremos otra solución, y para ello los necesitaremos.

—¿Siendo tus prisioneros, Freezer? —preguntó Costa irónicamente.

—Yo lo fui de ustedes durante cinco años y no guardo rencor alguno. ¿Y tú dudas de nosotros por salvarles la vida?

* * *

Estuvieron conversando animadamente durante mucho tiempo. Shora ya se había marchado y se sintieron libres de expresar sus pensamientos y temores delante la presencia de Freezer, ya que lo consideraban como a un amigo.

Cada uno de ellos fue desgranando sus propias vivencias para unir el rompecabezas de lo sucedido y así poder descifrar el terrible mal que se cernía sobre la Tierra.

—De todas formas —dijo Costa con una sonrisa—, me alegro de que Freezer nos rescatara. Después de lo que ha pasado, es un milagro que sigamos con vida.

—Freezer rescató a alguien más —intervino Martín mirando con seriedad a su amigo—. Pero has de prometerme que no harás nada contra él. Es un prisionero de nuestros anfitriones y entiendo la decisión de Freezer en traerlo hacia aquí, ya que su vida también corría peligro. Según su cultura no podía consentir que eso sucediera.

—¿De quién me hablas? —quiso saber Costa poniéndose tenso.

—De Edwards. Está recluido en una cámara de regeneración.

El brigada guardó silencio. Sintió tal oleada de odio en su cuerpo que llegó a estremecerse de pies a cabeza.

—Es un error tenerlo aquí —dijo con frialdad—. Es un asesino. Él mató a mis hombres a sangre fría e intentó hacer lo mismo conmigo. De hecho no lo consiguió por causas ajenas a su voluntad. Es un mal bicho y nos causará problemas. Créanme, conozco a ese tipo de gentuza, mataría a su propia

madre si se lo ordenaran. Hemos de acabar con él antes de que sea demasiado tarde. Yo mismo lo haré.

—No, amigo. —Freezer lo miraba con sus ojos azules transparentes como el cristal—. Ahora es nuestro. Shora conoce de su maldad e incluso la presiente. Por eso lo tiene recluido y bajo vigilancia.

—¿Quién lo vigila?

—El único de ustedes que no le haría ningún daño para tomar represalias.

Costa seguía temblando de ira. Meditó durante unos instantes y preguntó con franqueza:

—¿Simón?

—Sí.

—Freezer, ¿no se dan cuenta de que ese hombre es el mismísimo demonio?, ¿cómo ponen a un cordero para custodiar al lobo?

—¡No soy tan inocente e indefenso como piensa, brigada, tengo la suficiente formación y experiencia como para poder manejar esta situación, no soy un niño! —protestó Simón.

—¿En cuántas operaciones especiales has estado? ¿A cuánta gente has interrogado o has matado, Simón?

—No defraudaré a nadie. No soy un estúpido.

—Tienes razón, eres solo un inconsciente que no tiene que demostrar nada a nadie —dijo Costa dándose por vencido ante la mirada de inquebrantable decisión que le dirigía Simón—. Está bien, nada más te digo una cosa: no te fíes de él bajo ningún concepto.

* * *

Shora había ordenado que todo el personal de la sala de control de Unoa abandonara sus puestos. Tenía que comunicarse a solas con el *Neniu*, el líder del extinto Blua Suno.

Cuando por fin estuvo sola, buscó la energía de la luz sobre la consola del pensamiento. Movió las manos sobre el instrumental de mando de Unoa. Una columna de luz azulada surgió delante de su mirada y la acarició con cuidado, dejando que atravesara sus dedos.

Casi de inmediato notó las poderosas señales del *Neniu* en su mente.

«*Majoro*, todos los exiliados de Blua Suno te saludamos y agradecemos tu dedicación. ¿Cómo está la situación en Domo?».

«Te saludo, *Neniu* —contestó *Shora*—. Domo está convulso. No sabemos si nuestros bólidos han surtido efecto y han conseguido mitigar la

enfermedad».

«Me preocupa Nigra. Él quiere romper nuestra primera ley. El resto de *Kolumnas* dudan. Es una situación complicada, pero mientras yo sea el *Neniu*, nada de eso pasará. Shora, has de darnos esperanza».

«*Neniu*, el *Emissari* es nuestra esperanza. Ahora está en Unoa, y ha traído consigo a algunos habitantes de Domo que nos podrían ayudar».

«¿Son poderosos y líderes? ¿Influyen en nuestra llegada?».

«Son valientes y justos, han protegido a nuestro *Emissari* con su vida y luchan contra quien quiere exterminar a sus congéneres. Es lo que puedo decir de ellos».

Hubo un momento en que Shora pensó que la comunicación se había interrumpido, pero de repente notó la fuerte señal del *Neniu*.

«Tienes mi confianza, pero no podemos esperar demasiado tiempo, Nigra gana poder por momentos. Nuestros hermanos lo escuchan y están ansiosos por la *Granda Alveno*, llegar a Domo y rehacer nuestra civilización. Cada vezson más los que opinan que la integración con los humanos de Domo se ha de realizar aunque ellos se nieguen».

«Domo no se entregará sin guerra. Si son capaces de destruirse entre ellos, ¿qué no harán con extraños?».

«Hemos de conseguir nuestro propósito cumpliendo la primera ley, *Majoro*, esa es tu misión. Si fracasas, dejaré de ser *Neniu* y Nigra hará la guerra. Tomará por la fuerza lo que no es nuestro. Eso no puede ocurrir. Nos hemos preparado para compartir, no para esclavizar».

«Pienso que *Neniu* ha de hacer prevalecer su criterio, Nigra es un *Kolumna* y no puede interferir en tus decisiones. Aplica tu poder y castígalo con la *honto*, la vergüenza, por sus intrigas».

«La *honto* no se aplica desde hace muchas generaciones, tú lo sabes por experiencia propia y nuestros hermanos difícilmente la entenderían, entre ellos Miksrasa, el mestizo, tu hijo. Él se ha convertido en el protegido de Nigra. No ha heredado la prudencia y paciencia de su madre, por desgracia. No en vano por él corren los genes de Domo. Hace mucho que no sabemos de su paradero y eso me preocupa».

«Miksrasa es joven e impulsivo, pero está sometido, como no podría ser de otra manera, a las sabias decisiones de *Neniu*, no lo dudes».

«Espero que tu confianza maternal no nuble tu razón, Shora. De todos modos, pronto lo sabremos. Nigra ha partido hacia tu encuentro. Quiere supervisar personalmente los preparativos para la *Granda Alveno*».

* * *

Edwards sintió un tremendo escozor dentro de su escroto. La sensación se agravaba por momentos. Cada vez sentía más malestar y dolor. Era como si tuviese un aspirador dentro de su pene.

Estaba tumbado desnudo sobre la plataforma donde había despertado hacía ya *un tiempo*, no sabía cuánto. La inmovilidad a la que estaba sometido resultaba insufrible, era como si tuviese sobre su cuerpo un elefante.

Gritó pidiendo que viniese alguien. Quería que lo soltaran de inmediato. Pero su voz quedó amortiguada por las paredes azul pálido que lo rodeaban y sus palabras se ahogaron sin producir ningún tipo de eco.

El terrible escozor que sentía en el pene avanzó hasta la próstata. Ahogó un grito de dolor.

—Es para eliminar las impurezas del organismo —le dijo una voz a su lado—. El regenerador de células no está ideado para tener prisionero a nadie, por eso, la *flegistino*, la enfermera, te ha puesto una especie de sonda. Siento que te moleste, pero es por tu bien.

—¿Simón? —preguntó Edwards. El peso invisible lo tenía tan sujeto que solo podía ver el techo abovedado de la sala. Aun así sentía la presencia de más personas en ella.

—Sí, la *Majoro* me ha dado la ingrata responsabilidad de cuidar de ti. Según su criterio, tu estancia en Unoa ha de estar controlada por los mismos de tu especie. Se te considera peligroso y violento. Pero no te preocupes, pronto se decidirá tu destino, que no será en ningún caso el hacerte daño.

—¿Y qué me están haciendo ahora, hijos de puta? ¡Me están reventando los cojones!

Edwards no halló respuesta y lo entendió como una recriminación a su explosión de violencia. Tenía que cambiar de táctica si quería salir bien parado de aquella situación.

—Perdona, Simón —dijo al fin, meditando profundamente sus palabras —. Pero entiende mi situación. Soy un soldado y mi deber es velar por la seguridad de los ciudadanos. Mis acciones hasta ahora no han tenido otro objetivo, créeme. Según mi modo de ver, tú y tus amigos son unos traidores que están vendiendo a la raza humana por no sé muy bien qué intereses. Te aseguro que prefiero morir antes de confabularme contra los míos.

—Mataste a sangre fría a mis compañeros. Disparaste a un inválido y lo dejaste tirado en la cuneta para que muriera lentamente —le contestó Simón

con rencor.

Edwards pensó que era bueno que el agente del CNI entrara en diálogo. Eso significaba que estaba abierto a escuchar.

—¡Traidores todos ellos, y el tullido el más peligroso! Tú sabes lo que sucedió en el observatorio de Robledo de Chávela, nos tendieron una trampa para que pudiéramos llegar allí y huyeron con el extraterrestre. ¿Aún querrás que los felicite? Hice lo que mi moral me indicó, y a no ser que alguien me pueda demostrar lo contrario, fue lo correcto.

—A ti también te traicionaron los tuyos. Los atacaron y destruyeron a todo tu equipo, ¿eso no te da qué pensar?

Edwards reflexionó. Sabía que un comando podía ser suprimido por fuego amigo si la situación lo requería, siempre por el bien del interés de la seguridad nacional. Lo tenía muy claro y eso fue lo que les pasó a ellos. Ante una situación tan variable y convulsa, alguien había decidido prescindir de él y de su equipo. ¡Gajes del oficio! No era la primera ni última vez que esto había pasado. Ya averiguaría las causas más adelante, cuando volviera a la Tierra. Pero ahora le interesaba seguir con su argumentación. Interesadamente guardó silencio durante un tiempo, para dar a entender a Simón que sus palabras lo habían hecho reflexionar y lo habían afectado.

—Puede que tengas razón —dijo con fingido pesar—. Yo también lo he pensado durante las largas horas que he permanecido postrado aquí. Sinceramente no encuentro ninguna razón para que los míos quisieran eliminarnos. Tal vez tú tengas la respuesta.

—No sé si confiar en ti. Desconozco tus intenciones.

—Soy un soldado, ya te lo he dicho. Pero me siento traicionado por los míos. Ayúdame a entenderlo.

—Hay alguien interesado en hacer creer que el ataque extraterrestre va encaminado a exterminar a la raza humana. Y no es así.

Edwards no fingió esta vez su sorpresa, pero fue consciente de que lo podían estar engañando.

—¿Ah, no? ¿Y qué fue el bombardeo de los bólidos, cajas de bombones?

—Ozono. Nos bombardearon con ozono para mitigar los efectos de un virus que alguien pretendía expandir por toda la humanidad, el H5N1. Por eso quisieron eliminar a la doctora Massó, porque sabía la verdad. Por eso el brigada Costa protegió a Freezer y lo hizo volver aquí. Hay alguien en la Tierra que es el verdadero enemigo. Es lo que pretendemos averiguar. Usted es solo un peón del juego sucio que nos llevará a la destrucción.

—¿La doctora Massó también se encuentra aquí?

—Sí —dijo Simón—. Y su marido, el coronel Martín Herrero, el brigada Costa, al que hemos tenido que convencer para que no lo estrangulara aquí mismo, y Freezer. Todos ellos conocedores de la verdad, junto con usted, si la quiere reconocer.

Edwards pensó a toda velocidad. Aquella historia le parecía inverosímil, a pesar de que le costaba creer en nada que no naciera de su férreo entrenamiento de los servicios de inteligencia. Su mente debía de ser práctica y cumplir la misión. Jamás caería en los engaños del enemigo, pero ahora le interesaba mostrarse colaborador, ya llegaría su hora de salir de aquel lugar.

—En el caso de que tengas razón, agente Simón, no dudes de que me entregaría en cuerpo y alma a tu causa —dijo al fin—. Pero me cuesta creerlo cuando soy un prisionero y me están sometiendo a torturas.

—No son torturas, velamos por su salud, coronel. En cuanto a la confianza que le hemos de procesar, se la ha de ganar con su cambio de actitud. Reflexione sobre lo que le he explicado y saque sus propias conclusiones. Volveré más tarde con la *flegistino*, para que lo siga cuidando.

Edwards sintió unos pasos que se alejaban de él. Después la más absoluta soledad invadió la sala.

Su pene palpitaba, pero ya no sentía el terrible escozor. Suspiró y comenzó a pensar cómo salir de aquella situación. No en vano estaba entrenado para situaciones similares. El tema era muy simple: había caído en manos del enemigo y debía escapar.

* * *

Freezer se sentó en la burbuja de aire delante de Shora. Ella se mantenía de espaldas a él, parecía contemplar el universo y fundirse en él a través de sus pensamientos. Pronto comenzaron a comunicarse en el lenguaje antiguo, sin mirarse, sin hablar con palabras, sino con la mente.

«*Emissari*, has de volver a Domo».

La imagen que se desplegaba ante la mirada de Freezer era muy bella. La silueta de Shora quedaba recortada diminuta ante la inmensidad del espacio. Parecía frágil e insignificante ante tal inmensidad. Sus palabras también sonaron débiles, como si le faltara la fuerza necesaria como para darles un matiz de convicción.

«Lo sé, *Majoro*, he de completar la misión que me fue asignada. De ello depende la *Granda Alveno*, nuestra supervivencia. Estoy dispuesto a aceptar mi destino».

«Soy consciente de los sufrimientos que has pasado en Domo, pero no tenemos otra opción. Hemos de buscar la paz y hacernos entender. También necesitamos tener noticias de lo que está pasando ahí abajo y de lo que ha sido del resto de los *esploristos*. —Shora hizo una pausa y continuó mirando hacia las estrellas, dando la espalda a Freezer—. También sé que te han descubierto y que tu seguridad correrá peligro. Es decisión del *Neniu* y yo estoy de acuerdo con ella».

«¿Cuándo he de partir?».

«Lo antes posible, Nigra viene hacia aquí. No sé cuáles serán sus decisiones para favorecer la *Granda Alveno*. Por eso es imprescindible apaciguar Domo y a sus habitantes. Si sus intenciones no son propicias a nuestra llegada, mucho me temo que nos obligarán a tomar posesión por la fuerza. La primera ley queda anulada por la segunda. Y no queremos llegar a esos extremos».

«¿Y mis amigos?».

«Marcharán contigo. Excepto el *mallibera*, el prisionero. Él se quedará para ser interrogado por Nigra. Ha sido una decisión difícil, pero ha de quedar un habitante de Domo para que el *Kolumna esploristo* se haga una idea de la situación. Ya sabré cómo explicarle la marcha del resto. Si se quedan, me temo que no podré garantizar su seguridad. Además, son tus fieles amigos, te ayudarán y protegerán en un terreno tan hostil».

«¿Qué he de hacer?».

«Encontrar al resto de los *esploristos* y hacer servir tus contactos en Domo para poder hablar con el líder de ellos, convencerlo de que nuestra *Granda Alveno* será un beneficio para su civilización. —Shora se volvió hacia él con los ojos brillantes por la desesperación—. Has de convencerle de que somos positivos para su desarrollo y bienestar, que nunca más sufrirán enfermedades ni guerras. Somos la solución a sus problemas y no invasores. Les has de explicar que si no nos acogen, pereceremos perdidos en las estrellas y ellos, al ser humanos como nosotros, deben ser solidarios con los de su misma especie.

»¿Y si aun explicándoles todo esto se niegan?».

«Nuestro *Neniu* respetará esa decisión, pero mucho me temo que Nigra no, y este ha adquirido suficiente poder como para que sea apoyado por la gran mayoría de Blua Suno. —Shora estaba llorando cuando miró con franqueza a los ojos de Freezer. No era una reacción habitual de un *homoj*. Los sentimientos no eran precisamente habituales en su especie—. Y en el fondo de mi ser, no se los puedo reprochar. Si no bajamos a Domo, todos

moriremos. Es nuestra última oportunidad. He aquí tu difícil misión, *Emissan*. De ti depende la paz o la guerra. Que nos extingamos o sobrevivamos».

*****

Caminaban por los pasillos azules de Unoa sin que nadie les dijera nada. Aun así los seguían mirando con una mezcla de curiosidad y temor.

Simón no paraba de parlotear. Era evidente que se encontraba a gusto en aquel sitio y que lo conocía. No en vano era el único de ellos que había llegado allí sano y salvo y había tenido el tiempo y la confianza otorgada por sus anfitriones.

—Esta nave es en sí como una gran ciudad —decía delante del grupo que lo seguía. Martín tomaba a su mujer de la mano, como si no quisiera soltarla por miedo a perderla otra vez. Costa caminaba en último lugar. Los músculos de sus piernas rehabilitadas todavía se tenían que acabar de fortalecer. Miraba en todas direcciones e intentaba no perder detalle de nada. Una parte de su ser se dejaba llevar por el entusiasmo de un niño por lo nuevo, aún seguía sintiendo que estaba sumergido en un agradable sueño. Pero en cambio, su instinto de supervivencia seguía latente y quería conocer a un posible enemigo. Las intenciones de aquellos alienígenas todavía no le habían quedado del todo claras. Cada vez que había preguntado a Freezer «y si los habitantes de la Tierra no quieren recibirlos, ¿qué harán?», este no le había contestado. Simón seguía hablando en aquellos momentos—: Se abastece por sí misma. Funciona casi como un hormiguero o un panal de abejas. Cada individuo tiene su cometido y lo cumple a la perfección. Por debajo de nosotros hay veinte plantas, cada una de ellas del tamaño de diez campos de fútbol. Cada una de ellas con una función diferenciada y que se complementa con el resto. Nosotros nos encontramos en la planta superior, en el control de mando de la nave y también donde están situadas las máquinas de regeneración celular. Es como un hospital con más de cien departamentos. Aquí, en esta planta también se dirige toda la organización de la nave a través de la supervisión de la *Majoro* Shora, a la que ya conocen. Es la comandante y gobernadora de Unoa, la Primera, llamada así porque es la pionera del primer contacto y preparación de la llegada del resto de las naves a nuestro planeta Tierra…

—*Saluton, instruiste* —dijo a Simón un adolescente con el que se cruzaron en el pasillo, ante el que inclinó la cabeza como muestra de respeto y continuó su camino siguiéndolos con la mirada.

—¡Eres conocido por estos lares, bribón! —exclamó Costa—. Has aprovechado el tiempo durante nuestra convalecencia. ¿Por qué te llaman instructor?

—Me ha llamado profesor, no instructor, aunque ambas palabras podrían ser asimilables en su definición —explicó Simón sin ofenderse. En cambio, parecía halagado—. Según me han contado, hace tiempo convivió entre ellos un humano de Domo, la Tierra, que les enseñó a hablar el idioma de la esperanza y los instruyó para convivir entre nosotros cuando llegara la *Granda Alveno*. Lo consideran como a un salvador de su civilización.

—¿Y qué fue de él? —quiso saber Julia.

—Incumplió la tercera ley de Blua Suno.

—¿Y cuál es?

—No procrear. Su acción le valió la expulsión y retornó a Domo, la Tierra.

—¿Y quién era, sigue vivo? —preguntó Martín.

—No lo sé. Su nombre aquí era el *Instruiste*, el profesor. Tampoco sé el tiempo que ha pasado desde su relación con esta buena gente.

—¿Es un delito procrear? —preguntó con fingida curiosidad Costa—. ¿Está prohibido follar? No me extraña que sean tan estirados. A estos los mandas una semana a Ibiza y no serían muy diferentes de los alemanes de juerga. Créeme.

—Tienen un férreo control sobre la natalidad —le contestó Simón con paciencia—. Y ellos no participan en él, digamos, con contactos físicos. Es una manera de optimizar recursos sostenibles para el bien común. Solo nacen nuevos ejemplares cuando es necesario, ni uno más. Así se aseguran el buen funcionamiento de su civilización. Incluso dotan a sus nuevos vástagos de características especiales según el trabajo para el cual han sido destinados. Es la sociedad perfecta.

—Pero ¿son felices? —quiso saber Julia.

—No de la manera que entendemos nosotros, pero han conseguido sobrevivir durante cientos de miles de generaciones en un medio muy hostil como era su planeta.

—¿Cómo sabes tanto de ellos? —preguntó Martín.

—He hablado mucho con Shora. Tienen que tener en cuenta que yo era el único habitante de Domo que había subido a Unoa sin necesitar entrar en el regenerador de células. Me sometió a un extenso interrogatorio, y cuando se dio cuenta de que no era una amenaza, compartió conmigo información sobre su civilización. Me enseñó la nave igual que estoy haciendo ahora con

ustedes, y me presentó a su gente. Por mi dominio del esperanto pronto me llamaron el *instruiste* en recuerdo del profesor de Domo del que les he hablado antes. Aunque creo que Shora guardó muchos de sus secretos.

Habían bajado por una rampa suave, casi imperceptible, al segundo nivel y pudieron observar cientos de estancias protegidas solo por cortinas de luces azuladas. Según les explicó Simón, eran las viviendas de aquella gente, donde descansaban después de una jornada de trabajo. Las siguientes plantas eran todas iguales. La uniformidad en los habitáculos era casi exasperante y muy monótona. Todo era de un azul resplandeciente, con pasillos interminables repletos de puertas u oquedades. Apenas había movimiento en los pasillos.

—Es la hora de trabajo, ahora todo el mundo está colaborando en el mantenimiento de la colonia —explicó Simón.

—¿Te sientes como en casa, verdad, Simón? —preguntó Julia sujetándolo con dulzura por el brazo.

—Soy un amante del orden, la paz y el equilibrio con la naturaleza. Por ello siempre me he sentido como un bicho raro en la Tierra —contestó tras meditar sus palabras—. Lo mejor que he cosechado siempre, desde que era pequeño, ha sido el amor de mi familia, todos ellos locos que aspiraban a un mundo mejor, sin violencia, sin hambre, con respeto al medio ambiente que sustenta la vida. Pero fuera de ese círculo, solo he encontrado desprecio y burlas por mis ideas, mi aspecto y forma de ser. Aquí me respetan y me siento valorado.

—¿Cómo acabaste en el CNI? —preguntó Martín.

—Me captaron por mi expediente académico en lenguas muertas. Mi trabajo era descifrar posibles mensajes que utilizaran ese método. No tiene más misterio que ese. Por otro lado me encontraba protegido dentro de las cuatro paredes de nuestra sección. Hasta que el brigada Costa me requirió y mi vida cambió desde ese momento.

—¡No te entusiasmes, chaval! —exclamó Costa renqueando hasta ponerse a su altura—. Yo solo pedí un traductor de esperanto. El destino hizo el resto. Yo ni sabía que existías. Si llego a saber que me enviarían a un «pelma» como tú, hubiese entregado a Freezer al mismísimo Edwards con tal de no aguantar tus tonterías.

Ante el desconcierto de Simón ante sus palabras, el brigada cambió de actitud. No sabía por qué, pero lo último que quería era herir a aquella persona pura con sus asquerosos sarcasmos.

—¡Venga, ya, Simón, no te me pongas sentimental! ¡Ya me conoces, soy un borde! ¿Dónde iba a encontrar a un mamporrero más adecuado que tú?

—*Kial obstina la milita virbovo en ne vidi lian verán kajpuran animon, vundante al liaj amikoj?* —respondió con tristeza Simón mirando fijamente a los ojos del brigada.

—Ha dicho —respondió Freezer a sus espaldas, sorprendiéndolos a todos, ya que no lo habían escuchado aproximarse—: ¿Por qué se empeña el bravo guerrero en no ver su alma verdadera y pura, hiriendo a sus amigos?

Costa miró a Freezer, quien como de costumbre lo atravesó con sus ojos limpios y transparentes, llegándole hasta el último rincón del alma y haciéndolo sentir desnudo.

—Verás, Simón —dijo al fin con un suspiro—, creo que mi pelo crecerá mucho más rápido que mi buena educación. Demasiados años postrados en una silla de ruedas y notando cómo la gente me miraba como a un monstruo. Pero te aseguro que mi cinismo no pretende hacerte daño. Es una mala manera de transmitir un sentido del humor que tal vez solo yo entiendo. Pero quiero que sepas que pienso que eres un buen amigo y has colaborado para que todos nosotros volvamos a la vida. ¡Ahora mueve el culo y enséñanos esta lata de sardinas gigante! ¿Dónde mierda guarda esta gente el mueble bar? Empiezo a tener sed y me aburre tanta armonía.

—Escuchen —dijo Martín rodeándolos a todos con sus enormes brazos, atrayéndoles hacia sí hasta que prácticamente formaron un círculo en el cual sus cabezas se tocaron—, somos unos supervivientes. No sabemos lo que ha pasado en la Tierra desde que nos hemos ido y solo nos tenemos los unos a los otros. Tenemos que volver y luchar. Allí abajo tenemos seres queridos y puede que dependan de nosotros para seguir viviendo. ¿Freezer, nos ayudarás?

—Vengo de hablar con Shora. Nuestra partida está próxima. Pero estamos a ciegas, no sabemos adónde hemos de dirigirnos y qué hacer. Les pido su consejo. Yo he de buscar a mis hermanos *esploristos* de Domo, pero no creo que lo pueda conseguir solo, los necesito. También tenemos que convencer a los líderes de Domo de que la llegada los habitantes de Blua Suno será beneficiosa para todos, ya que hay que acabar con el exterminio. ¿Pero desde dónde empezamos? ¿Estamos solos en esta misión?

Todos guardaron silencio. Los hechos se habían precipitado de tal manera en la Tierra que no sabían cuál era la situación actual. Lo primero que preocupaba a Martín y a Julia era la seguridad de sus hijos.

—Estoy seguro de que recibiremos una señal que nos guiará —dijo por fin Simón—. Dejamos abierta la «puerta» de Robledo de Chávela. Puede que alguien la utilice para contactar con nosotros. ¿Verdad, Freezer?

—No lo sé. Todos los que conocíamos la verdad nos encontramos aquí ahora. Solo podemos confiar en que alguien de nuestro círculo recogiera el testigo de nuestra lucha.

Se desenlazaron del círculo mágico que habían formado y continuaron en silencio con su descenso por la rampa azulada, todos ellos con sombríos pensamientos y la desesperanza de la duda por el futuro que los aguardaba.

Simón hizo un esfuerzo para despejar la mente nublada de sus amigos. No en vano estaban ante una maravilla de la ciencia ejecutada por una civilización muy superior a la suya.

—Descenderemos diez plantas, todas ellas destinadas a alojamientos. Es como una gran colmena, pero ideada para que cada individuo tenga un espacio cómodo y amplio para su descanso. Después entraremos en las zonas de trabajo, donde se sorprenderán.

—Lo que no entiendo, Simón, es por qué en una civilización tan avanzada no han inventado algún artefacto para recorrer estos pasillos interminables —protestó Costa andando con dificultad.

En aquellos momentos pasó junto a ellos una plataforma flotante con cuatro ocupantes que se deslizó rápidamente hasta desaparecer por el pasillo en dirección a la planta superior, por donde acababan de bajar ellos.

—¿Y bien…? —preguntó Costa mirando hacia donde había desaparecido el extraño vehículo.

—Bueno, eso era una *platformo de transporto*, una plataforma de transporte. Mientras más descendamos, veremos muchas más —dijo Simón como disculpándose—. Pensé que sería más enriquecedor enseñarles la nave a pie.

—Con la amplitud que tiene este trasto creo que tardaríamos el día entero, no, mejor dicho, una semana en recorrerlo —se quejó Martín—. Creo que tendrías que tener consideración con nosotros, Simón. Has de tener en cuenta que estamos todavía convalecientes.

—Para ser sincero, ni siquiera sé cómo utilizarlos —reconoció Simón avergonzado—. Siempre me han llevado, pero ni idea de cómo encontrarlos ni guiarlos. Esa es la verdadera razón por la que vamos andando.

—Funcionan con ondas eléctricas emitidas por el cerebro —dijo Freezer con una sonrisa.

—Pues llama a uno de esos cacharros y que nos lleve —respondió Costa de mal humor.

—Yo no lo haré. Lo harás tú. Puedes conseguirlo. Recuerda que dominas el lenguaje antiguo. Piensa y desea. Él vendrá hacia nosotros.

Costa dudó. Notaba la mirada de sus compañeros clavada en él.

—Yo solo los escucho en mi cerebro cuando ustedes se quieren comunicar conmigo. De eso a poder mover un objeto, creo que hay una gran diferencia.

—Piensa y desea —repitió Freezer.

Costa casi se rio, pero prefirió intentar algo ante la apremiante mirada del resto. Pensó en la forma de la plataforma que acababa de ver deslizándose delante de ellos y después deseó que llegase junto a ellos. Con extrema facilidad, fue consciente del espacio que lo rodeaba. Era como si una energía que flotaba en el ambiente recogiera con avidez sus pensamientos e integrara sus deseos en los vastos espacios de Unoa.

Entró como en trance durante unos pocos segundos. Era un ligero mareo que pareció transportarlo a otra dimensión lleno de energías de color azul.

Abrió los ojos cuando escuchó las exclamaciones de sorpresa de sus compañeros. Delante de ellos flotaba una especie de plataforma de unos cuatro metros de largo, esperando ser ocupada.

—Freezer, ¿te estás riendo de mí? —preguntó Costa casi asustado.

—No. La has llamado tú, yo no he participado en esto para nada. Ahora la guiarás.

El grupo se fue acomodando sobre la plataforma. Costa delante, junto a Simón. Detrás Martín, Julia y Freezer. El artefacto flotante no se inmutó bajo el peso de sus ocupantes. Permaneció quieto como esperando instrucciones.

—¿Ahora qué hago?

—Piensa y desea —le contestó Freezer risueño.

Costa notaba el confortable contacto de la plataforma bajo su trasero. Realmente no era nada incómoda. Luego pensó en dirigirse hacia la siguiente rampa que se divisaba al final del pasillo y que sabía que los conduciría a la planta inferior. Deseó dirigirse a aquel punto en concreto. Para su sorpresa se pusieron en movimiento casi de inmediato. Todos excepto Freezer gritaron por la sorpresa. Iban muy despacio, pero se movían.

Bajaron por la pendiente y Costa hizo girar con suavidad el artefacto para encararlo por el nuevo pasillo que se presentaba ante su vista. Continuaron avanzando despacio y con precaución. Era tal la voluntad que ponía que sus ojos permanecían semiocultos por los párpados debido a la gran concentración a la que estaba sometido. Poco a poco se dio cuenta de que su vista no era la que dominaba al vehículo, sino su mente. Relajó sus párpados y pensó en ir un poco más rápido en busca de la nueva rampa. Ordenó un leve giro para poder cambiar la dirección y bajaron con más rapidez hasta la

siguiente planta inferior. De repente se sintió integrado con el artefacto. Sus pensamientos eran transmitidos en décimas de segundo, era como si fuera una extremidad más de su cuerpo que obedecía las órdenes de su mente con acciones tan cotidianas como correr o tomar un vaso.

—Agárrense, chicos, ¡vamos a volar! —previno a los pasajeros.

Acto seguido la plataforma salió lanzada a gran velocidad, sorteando a personas, paredes, rampas y otras *platformo de transporto* con las que se iban cruzando. Las risotadas de Costa quedaron ahogadas por los gritos del resto de los pasajeros. Bajaron planta tras planta a una velocidad impresionante. Solamente el brigada parecía ver los obstáculos del camino, a los que iba sorteando con leves balanceos y cambios de dirección. A veces se topaban con el rostro aterrado de un habitante de Unoa que quedaba tras ellos a la velocidad de un suspiro.

—Hermano, creo que aquí no estamos acostumbrados a que se utilicen las *platformo de transporto* como si fueran un Fórmula 1 de la Tierra —le gritó Freezer para hacerse oír entre los gritos del resto de sus compañeros. Pero luego, asombrado, pudo notar que estos no eran fruto del miedo, sino de la diversión. Martín sujetaba a Julia por el hombro y ambos no paraban de reír y gritar. Incluso Simón levantaba los brazos como un adolescente en una montaña rusa en pleno y vertiginoso descenso.

De repente el artefacto se detuvo ante una gran sala repleta de personas sentadas en el vacío. Había miles de ellas y parecían descansar plácidamente. En un extremo de la estancia, que era tan grande como una catedral, dispuestas en interminables filas, caían de cientos de orificios situados en la pared innumerables bolas pequeñas de color verde. Delante de ellas, una disciplinada fila de gente alta, rubia, vestida con ajustados trajes blancos, las iban recogiendo y se las introducían en la boca para dirigirse a la zona de asientos ingrávidos.

—¿Qué es esto? —preguntó Costa.

—El comedor —respondió Freezer—. Y lugar de descanso y confraternización. Comamos algo nosotros también. Después continuaremos nuestro viaje.

—¿Confraternización? —preguntó Martín—. No veo a nadie charlando.

—Es el único lugar dónde nos comunicamos con el lenguaje antiguo, con la mente. El hecho de hablar con la voz nos sigue suponiendo un gran esfuerzo después de cientos de generaciones sin utilizarla. El idioma de la esperanza es utilizado obligatoriamente fuera de esta estancia. Este es el espacio de la confraternización porque los utilizamos todas las *Kolumnas* sin

distinción. Allí veo a Shora, y a su lado los *Konservados*, los hermanos de mantenimiento. Aquí, en la *cambro de nutrajo*, cámara de alimento, no existen los rangos. Es el momento del alimento del cuerpo y del espíritu lo que nos mantiene a todos unidos. Esta costumbre se ha repetido durante muchísimas generaciones sin ninguna variación, ya sea en nuestro planeta, Blua Suno, o en una nave madre como es Unoa. El alimento que tomamos tiene todos los elementos para nuestra sana supervivencia. Solo es necesario tomar una de esas bolitas de color verde al día. Sirvámonos una y charlemos con Shora, reclama nuestra compañía.

Todos descendieron de la *platformo de transporto* y fueron a recoger su alimento. Aquella pequeña esfera no sabía absolutamente a nada, pero una vez digerida, el organismo reaccionaba de inmediato con una explosión de vitalidad y confort. Era como digerir un pollo entero. Por eso entendieron el reposo posterior a la ingesta.

Se aproximaron a Shora y, siguiendo el ejemplo de Freezer, se dejaron caer a su lado. Una burbuja invisible de aire los recogió y los mantuvo confortablemente alejados un palmo del suelo.

—*Neniu de militistoj Martín, kuraga milita Rostas, scienca Julia, amiko Simón, mi ateridas ke via vizitu al Unoa vin estas utila*.

—Ha dicho: jefe de guerreros Martín, valiente guerrero Costa, científica Julia, amigo Simón, espero que su visita a Unoa les sea provechosa —tradujo Simón.

—*Brave milita Rostas, deziro kiu via maniero de stiro platformo de transporto. Estu tiel impetuosa kiel viaj malsatoj lukti por nia granda alveno. En csi tiu okazo, nia sukceso estus certigita. Tamen, gi dankus vin ke ne lastimaras al neniu de miaj gefratoj kun viaj kuroj por la koridoroj*.

—Bravo guerrero Costa, espero que tu manera de pilotear la plataforma de transporte sea tan impetuosa como tus deseos de ayudarnos en la Gran Llegada. En ese caso, nuestro éxito está asegurado. Aun así, te agradecería que no lastimaras a ninguno de mis hermanos con tus carreras por los pasillos.

—Dile que yo sí tendría una «gran llegada» con ella si me dejara. —Juan sintió al instante un fuerte golpe en la nuca propinada con la palma de una mano. Tras mirar aturdido hacia el lugar donde había procedido el ataque, pudo ver la cara furiosa de Julia.

—¡A ver si te comportas, Juan!

—*Estis vivante tempon en Domo, Rostas, kaj mi rekonas la lascivan rigardon. Sed creeme, gi povus esti vian avinon. Ne estas tute ne pli malproksima en ci tiu universo kiu la deziro kiun mi aüdas al vi*.

Simón y Freezer rieron con ganas ante las palabras de Shora.

—¿Qué ha dicho? —preguntó molesto Juan.

—«Estuve viviendo un tiempo en Domo, Costa, y reconozco la mirada lasciva. Pero créeme, podría ser tu abuela. No hay nada más lejano en este universo que el deseo que pueda sentir hacia ti» —tradujo Simón entre risas.

Costa abrió la boca para contestar, pero se topó con la mirada fulminante de Julia y prefirió guardar silencio.

—*Roñas iom da Dom, kaj mi havas malbonajn kaj bonajn memorajon. Salajro stranga homoj, kapablaj de laplej bona kaj de laplej malbona. Sed niaj orígenes estas la samaj. Estas gtfratoj kaj ni devas lukti kunaj kontrau la Malbona ol malfelica la estonia ol ni havas en komuna*.

—Conozco algo de Domo, y tengo recuerdos buenos y malos. Son gente extraña, capaces de lo mejor y de lo peor. Pero nuestros orígenes son los mismos. Somos hermanos y hemos de luchar juntos contra el Mal que vuelve aciago el futuro que tenemos en común —tradujo Freezer las palabras de la *Majoro*. Los miró a cada uno de ellos con franqueza y añadió—: Shora fue una de las pioneras, un referente entre nosotros y el inicio de esta aventura que arrastra a mi civilización a la salvación. Sus secretos solo los puede revelar ella, aunque yo los conozca. Pero créanme, no hay nada de malicia en sus intenciones, más bien todo lo contrario. Es el mayor aliado que pueden encontrar dadas las circunstancias.

Todos permanecieron en silencio durante un tiempo. Fue Julia quien finalmente habló.

—Shora, dinos en qué te podemos ser útiles.

—*Shora, diru nin en kio vin pavas esti utilaj* —tradujo un predispuesto Simón.

—*Gvidas al la emissari. Protektu gin kvazaü ekster via sango, viajrato, pro tío ke vi tiel ankaü savos vian mondan* —contestó la *Majoro* mirándolos con intensidad.

—Guíen al *emissari*. Protéjanlo como si fuera de su sangre, su hermano, ya que así también salvarán su mundo.

—¿Por qué existen humanos en nuestros dos planetas? —preguntó Julia tras reflexionar unos segundos—. ¿Cuál es nuestro origen común si procedemos de mundos tan lejanos?

Simón tradujo sin dejar de mirar a la doctora Massó. Era muy buena pregunta, sobre todo en aquellos momentos en que se estaba jugando una peligrosa situación de confianza.

Shora escuchó la traducción y se recostó en su asiento de antigravedad, mirando hacia la enorme bóveda del comedor. Todos siguieron su mirada y ahogaron un grito de sorpresa. El techo parecía no existir y ante sus ojos se desplegaba el universo infinito, misterioso, negro y desconocido, salpicado de nebulosas, galaxias y millones de estrellas que refulgían a millones años luz de allí.

—*La respondo estas tie ekstere, sed mi ne sin al vipovas doni. Sed la vero estas ke estas gefratoj kaj estas pli niaj koincidoj ol la jizikaj malakordoj*.

—La respuesta está ahí fuera, pero yo no te la puedo dar. Lo cierto es que somos hermanos y son más nuestras coincidencias que los desencuentros.

—¿De dónde proceden? —quiso saber Julia emocionada ante el momento que estaba viviendo. Su mente científica quería saberlo todo de aquella civilización que venía de las estrellas—. Tengo muy claro que no es de nuestro sistema solar.

Simón tradujo simultáneamente.

—*Nía hejmo estas la blua stelo, kiu lumigas la planedon de glacio, nia malnova hejmo. Ne povas klarigi al vi la distancojn kiuj disigas nin, pro tio ke la universo ne regas por la tempo nek la rápido, kiel vi konas sin vi. Sed trairis multajn mondojn antaü doni kun via, la de niaj Gefratoj*.

—Nuestro hogar es la estrella azul, que alumbra el planeta de hielo, nuestro antiguo hogar. No te puedo explicar las distancias que nos separan, ya que nuestro universo no se rige por el tiempo ni la velocidad, tal y como los conocen ustedes. Pero hemos recorrido muchos mundos antes de dar con el suyo, el de nuestros hermanos.

—¿Han hecho la guerra para conquistar, *Majoro*? —preguntó de repente Martín, apremiando con la mirada a Simón para que tradujera.

—*La esploristojfaris la militon kiam devigis nin alfari sin. Ne estas murdaj, sed scias defendí nin kiam devigas nin al tio. Neniam estas la unuaj al ataki, ni repudias la perforton. Fizitis multajn mondojn, kaj multaj de miaj gefratoj ne revenís*.

—Los exploradores hemos hecho la guerra cuando nos han obligado a hacerla. No somos asesinos, pero sabemos defendernos cuando nos obligan a ello. Nunca somos los primeros en atacar, repudiamos la violencia. Hemos visitado muchos mundos, y muchos de mis hermanos no han regresado.

—El mismo amor que profesas hacia tus hermanos siento yo hacia los míos de la Tierra, Shora —contestó Martín—. No consentiré que les hagan daño. No esperes nuestra ayuda si son esas sus intenciones. Simón, tradúcele mis palabras. No quiero que haya confusiones en cuanto a mi mensaje.

Simón tradujo intentando transmitir en el tono de su voz la firmeza del coronel.

Shora escuchó sin apartar la mirada del transparente techo abovedado del comedor. Su mente parecía anhelar el hogar perdido, Blua Suno. Era como si reflexionara aprovechando la inmensidad del espacio, cruel a veces, benefactor otras, pero siempre regido por unas leyes que superaban las pequeñas disputas entre humanos. Cuando todos ellos desaparecieran, allí seguirían los soles, galaxias, planetas, nebulosas, agujeros negros, también en continua transformación y movimiento, como la vida misma, pero en otra frecuencia de tiempo, esta última medida en millones de años. El equilibrio siempre se restablece en el cosmos. La muerte genera vida, las leyes de la naturaleza.

—*Estas la Majoro de Unoa, ne Dio kiu povas antaüdiri la estonia. Vi Jtnigas vizitassin kaj vi dividasfrue al la Domo. La destino faros al ni gefratojn aü malamikojn. Mi ne povas diri nenionpli*.

—Soy la comandante de Unoa, no un Dios que pueda predecir el futuro. Acaben la visita y partan pronto hacia Domo. El destino nos hará hermanos o enemigos. No puedo decir nada más —tradujo Simón con desazón. Miró de soslayo a Martín, a Costa e incluso a Julia, esperando una respuesta conciliadora a esas terribles frases. Pero el silencio de todos ellos le indicó que el desencuentro había ganado la partida.

Todos se levantaron de sus asientos, dando la conversación por terminada, y fueron hacia la *platformo de transporto* sin mirar atrás.

Freezer quedó rezagado y se dirigió a la *Majoro*, todavía ensimismada con el paisaje celeste, y le habló en el lenguaje antiguo, con la mente.

«No les has dado esperanzas, Shora».

«Pronto llegará el *kolumna esploristo* Nigra, *Emissari*. No quiero que nuestros amigos estén en Unoa cuando eso suceda, podrían caer prisioneros y nuestros planes de paz ser destruidos. Ya te lo dije, deposito en ti la difícil misión de convencer a los humanos de Domo para que permitan la Gran Llegada. En caso contrario habrá guerra, me temo. No puedo prometer nada que escape a mi poder. No deseo crear falsas esperanzas en ellos. Pronto los convocaré para su retorno a Domo. Es mi voluntad».

Con aquel pensamiento tan conciso introducido en su mente por Shora, Freezer inclinó la cabeza como muestra de sumisión y se dio la vuelta para ir al encuentro de sus compañeros hasta la *platformo de transporto*, donde lo estaban esperando.

Se pusieron en marcha otra vez. Costa manejó la plataforma con más cautela, fruto seguramente de sus sensaciones más sombrías debido al encuentro poco esperanzador que habían mantenido con la *Majoro*. Su mente no dominaba el aparato con un pensamiento único, sino que lo compartía con la preocupación en el futuro próximo.

Siguieron bajando niveles hasta que de repente entraron en una estancia de proporciones gigantescas repleta de vegetación. El ambiente allí era caluroso y húmedo, como en una jungla tropical de la Tierra, pero a diferencia de esta, el color de las enormes hojas era de un color azul apagado. Formaban un exuberante bosque que les flanqueaba el recorrido y pronto tuvieron la sensación de estar en el territorio hostil de un lugar desconocido. La bóveda quedaba cubierta por los vegetales y era difícil pensar que realmente estaban dentro de las entrañas de una nave espacial. Más bien al contrario, aquello parecía el ecosistema de un planeta extraño y virgen donde los humanos no habían entrado nunca para modificarlo.

—Nos encontramos en la reserva de alimento de Unoa —explicó Simón —. De estas plantas procede el alimento que acabamos de tomar. Reciben el nombre de *la nutrajo de la renesanco*, el alimento de la resurrección. Eso es así porque consiguieron cultivarlas bajo tierra cuando Blua Suno se cubrió de hielo. Tiene todas las propiedades para una sana y completa alimentación y está creada genéticamente para cumplir esa función. No las vemos desde aquí, porque quedan ocultas tras la bóveda vegetal, pero hay en el techo una especie de lámparas que, al simular los rayos solares de Blua Suno, generan la fotosíntesis y, por lo tanto, el crecimiento de estas plantas. El abono, la materia orgánica que propicia su crecimiento, es de origen animal, lo que les aporta las proteínas necesarias para conseguir un alimento completo. Ese animal previamente se ha alimentado de estas plantas, generando un círculo perfecto de simbiosis.

—¿De qué tipo de animal? —quiso saber Julia. Su mente estaba funcionando como una esponja. Quería adquirir el máximo de información posible y estaba maravillada de que aquel gigantesco invernadero pudiera proveer de alimento a una colonia tan numerosa.

—Sigamos descendiendo niveles y lo descubrirá, doctora —le contestó Simón con una sonrisa.

Costa condujo la plataforma por el angosto camino entre el bosque de hojas y bajó a la planta inferior, que era idéntica a la que acababan de abandonar, y la siguiente también. Todos empezaron a sentirse agobiados por la humedad y la semioscuridad que reinaba en el ambiente.

—Freezer, ¿no echas de menos la comida de la Tierra? —quiso saber Julia —. ¿Los matices de sabor y su enorme variedad, buscar el placer de la comida? Aquí parece ser que siempre se alimentan de lo mismo.

—Nosotros nos alimentamos para subsistir de una manera saludable —explicó Freezer—. Eso nos proporciona una buena calidad y larga esperanza de vida. No encontrarás a ninguno de mis hermanos con un gramo de grasa de sobrepeso. En Domo, la Tierra, pude observar cómo la gente comía más de lo que necesitaba y en ningún caso lo apropiado para su salud. Ese sistema no es sostenible, ya que propicia la sobreexplotación de los recursos de su planeta, tanto de alimentos vegetales como animales. No sé si se fijaron, no hemos consumido agua desde nuestra llegada a Unoa. Nuestro alimento, *la nutrajo* y nos proporciona la cantidad exacta de líquidos que precisa nuestro organismo. Tampoco han tenido que evacuar las toxinas de su organismo, ya que el traje que llevan puesto no es, como sería el caso de su civilización en Domo, una prenda de vestir para tapar el cuerpo. Nuestros trajes tienen una función complementaria al organismo. Absorben los deshechos de la alimentación de sus organismos y los reciclan dentro de sus tejidos. Son como órganos biológicos inteligentes. Cuando descansen, serán retirados y suplantados por otros nuevos. Los desechados forman parte del abono de estas plantas. Es un ciclo puro que optimiza los recursos, nadie en Unoa o cualquier otra nave procedente de Blua Suno pasa hambre ni sed. El traje también se ocupa de vuestra higiene personal, así como de detectar cualquier problema físico que pudieran tener. De esta manera, Unoa no genera residuos, todo se aprovecha. Para ello no es necesario matar animales ni arrebatar terreno a la naturaleza arrasando bosques. Es un suicidio destruir el medio donde vives, porque finalmente te faltarán los recursos. Es una de las enseñanzas que tienen que aprender en Domo si quieren sobrevivir, junto con el control de la natalidad.

—¿Nunca has ido al McDonald’s? —preguntó Costa irónico.

—No, amigo Juan, de hecho mi organismo sufrió mucho durante la estancia en la Tierra. Solo me pude alimentar de productos naturales, exclusivamente vegetales que cultivaba en mi apartamento sin añadirles ningún tipo de insecticida o herbicida, como los llaman ustedes. Cualquier otra comida me hubiese generado graves problemas, ya que mi organismo no está acostumbrado para poder asimilarlos. —Freezer tocó el hombro de Costa, que seguía guiando la plataforma entre la espesa vegetación—. Y tengo que decir que me salvaste la vida, ya que si no me hubieses sacado de mi prisión, finalmente hubiese muerto de inanición.

—Chaval, ¡tú no has probado el cocido de mi madre! —contestó Costa riendo—. Te aseguro que hubieses mandado a la mierda tus bolitas verdes insulsas. ¡Eso te hubiese dado reservas para un año!

De repente, al bajar a un nivel nuevo, el paisaje cambió por completo. Costa ordenó mentalmente a la plataforma que se detuviera y se quedó mirando con la boca abierta el escenario que se presentaba ante ellos.

La sala enorme estaba dominada por una especie de acuario de forma ovalada tan grande como un lago. Sus paredes transparentes llegaban hasta el techo, elevado a más de treinta metros desde el nivel del suelo. Adentro nadaban unos animales planos pero gigantescos a la vez, más grandes que una ballena azul de la Tierra. Parecían no tener ojos ni boca. Su piel tenía un aspecto suave y sensible, de un color azul apagado con numerosas manchas de color blanco. En el fondo del acuario se mecían unas algas de más de diez metros de altura que tenían un color verde intenso. De vez en cuando, uno de esos animales arrancaba un trozo del vegetal abriendo una boca tan grande como un camión y se alejaba majestuosamente.

—Están viendo el último ingrediente de nuestra alimentación, las *Ondoj*, Las llamamos así porque parecen ondas en el agua de nuestros extintos océanos cuando suben a respirar aire.

—¿Y qué hacen con ellas, *sushi*? —preguntó Costa asombrado ante la grandeza del acuario y de los seres que lo habitaban.

—No, se recogen sus excrementos para terminar la elaboración de la *nutrajo*, de ahí su color verde intenso.

—¿Nos has dado mierda de pez para comer? —exclamó Costa asqueado.

—No, la *Ondoj* aporta sus beneficiosas enzimas digestivas al alga de la que se alimentan. Estos seres tienen una esperanza de vida de siglos. Es esa característica la que nos hace ser más longevos, mucho más que los humanos de la Tierra.

—Es su alimento, pero no los matan —dijo Julia, maravillada por el espectáculo de las majestuosas *Ondoj* que nadaban lentamente por el gigantesco acuario. Habría allí al menos un centenar de ejemplares—. Pero las tienen prisioneras igual que nosotros a las gallinas que ponen huevos. ¡Qué criaturas más fascinantes!

—Han de pasar generaciones para que uno de estos ejemplares fallezca —dijo Freezer—. Por desgracia, su destino va unido al nuestro. En Blua Suno vivían libres en sus océanos, pero su destino era el exterminio junto con el planeta. Estar aquí es como su arca de Noé.

—¿Acaso tienen pensado liberarlos en nuestros océanos? —preguntó Julia.

—Sí. No sería una especie invasora, al no ocupar el nicho alimentario de otras especies marinas. Nuestro objetivo es plantar la *verda algo* en los mares de ustedes, su único sustento. Tal vez se puedan convertir en presa de otras especies, pero nunca alterar el hábitat que está establecido. De todas formas, muchos ejemplares deberían seguir recluidos en estanques igual que este para seguir alimentándonos. Estos animales no tienen la sensación de encierro como lo podría tener una especie salvaje de su planeta. Están, digamos, domesticados.

Estuvieron mucho tiempo observando los elegantes movimientos de las *Ondoj* dentro de su gigantesco habitáculo de agua. En lo más alto del acuario se veían diminutas figuras que caminaban en una plataforma y se detenían en puntos concretos. Eran los cuidadores de aquellos nobles animales.

Por fin Costa puso en movimiento la plataforma y después de un tiempo en el que circularon por el inmenso lateral del acuario, bajaron por una suave rampa que los llevó a una planta inferior, tan inmensa como la anterior. La dominaba una gigantesca columna transparente repleta de una sustancia azul fluorescente que parecía tener vida propia. La estancia estaba repleta de personas rubias que manejaban columnas de luz con las manos. Ninguna de ellas levantó la vista ante su presencia.

—Es la *Cervo* —dijo Freezer ante la asombrada mirada del resto de sus compañeros—. El cerebro, la máquina que hace funcionar esta nave. Es como un gran ordenador biológico que permite que aquí haya aire, que nos comuniquemos con el resto de la flota. Gestiona la energía de desplazamiento, aprovechando la atracción de la gravedad universal, pero también la luz de las estrellas de las galaxias que atravesamos. En su ser residen todos nuestros conocimientos y podemos acudir a él con la mente para consultarlo. Dirige nuestras *bovenos* (naves) en sus misiones, al tener estas un *Cervo* auxiliar conectado a este. *Cervo* está allí donde existe nuestra civilización. El núcleo central está próximo al *Nenia*, en la flota de naves de Blua Suno.

—¿De qué está compuesto? —quiso saber Julia observando asombrada la evolución de *los* flujos dentro de la columna.

—De fluidos compuestos de neuronas interconectadas entre ellas, al igual que nuestros cerebros. Pero es artificial, creado por nosotros y alimentado constantemente con nuevos conocimientos. Su conexión es permanente con la *Majoro* comandante, de la cual recibe órdenes, pero también la asesora

cuando se lo requiere. Costa podría hablar con él si quisiera, ya que tiene la habilidad de entender el lenguaje antiguo.

—¿Puedo preguntarle lo que quiera? —preguntó Juan.

—Sí, pero te podrá contestar lo que le está permitido. Solo la *Majoro* puede acceder a toda la información que contiene dentro de Unoa. *Nenia* es el único que tiene acceso a todos los conocimientos adquiridos durante miles de generaciones.

Costa cerró los ojos y abrió su mente, tal como había hecho al comunicarse en otras ocasiones con Freezer.

«*Cervo*, ¿qué está pasando en la Tierra ahora?».

Casi instantáneamente escuchó una voz amable, impersonal y muy potente en su cerebro.

«Nuestras *bovenos* informan de situaciones hostiles. Hay muertes y explosiones, pero solo en zonas muy concretas de Domo. Una enfermedad desconocida está esquilmando la población, también en zonas muy concretas, el hambre y la muerte imperan en esas zonas muy concretas. Otras zonas muy concretas no sufren estas penurias».

«¿Conoces Europa?».

«Sí, es una zona concreta libre de mal».

«¿Qué es el mal que azota la Tierra?».

«Es un patógeno creado por el humano que mata a los humanos. Se extiende con tanta rapidez que, de no poner remedio, todos los habitantes de la Tierra morirán, excepto en las zonas concretas libres de mal, donde han recibido un antídoto».

«¿Cuándo podremos bajar a ayudar a nuestros hermanos?».

«La comandante tiene la decisión».

«¿La comandante nos considera enemigos?».

«La comandante tiene la decisión».

«¿Podremos volver libremente a nuestro planeta?».

«En concreto, la comandante tiene la decisión».

Costa sacó de su mente a la voz y miró hacia sus compañeros. Todos, excepto Freezer, lo miraban expectantes esperando respuestas.

—El «Concreto», que así se debería llamar en vez de *Cervo*, me ha dicho que Europa está libre de la epidemia y de la guerra que asuela el resto del mundo. Es lo único que le he podido sacar en claro, lo siento.

—Eso nos da esperanza —dijo Martín—. Significa que no todo el mundo está perdido, al menos de momento. Debemos regresar lo antes posible. Creo

que deberíamos dar por finalizada la excursión por esta «arca de Noé» e intentar apremiar a Shora para que nos deje marchar lo antes posible.

—Aún nos queda por ver nuestro enlace con el mundo exterior —dijo Simón con una sonrisa—. Brigada, continúe recto sin abandonar esta pista.

Costa, tras mirar hacia atrás para ver la cara de Simón, decidió hacerle caso, aunque ya no tenía ganas de seguir con aquella especie de excursión.

Salieron del espacio donde estaba la columna que contenía al *Cervo* y entraron por un pasillo angosto y escasamente iluminado, como en casi toda la nave, con una tenue luz ambiental de color azul.

Por fin traspasaron una cortina de luz y se vieron en un *enorme* hangar repleto de *bovenos*, las cápsulas esféricas que utilizaban los habitantes de Unoa para explorar la Tierra. Había otras naves más grandes, con un aspecto de plataforma deslizadora como en la que estaban sentados, pero de un mayor tamaño y cubiertas con un armazón superior de algún material muy ligero. El resto de sus paredes era transparente, al igual que el de las *bovenos*. Todos los artilugios, de a cientos, flotaban a escasos centímetros del suelo bajo un invisible campo de fuerza antigravitatorio. Decenas de figuras se movían entre ellas, seguramente atendiendo al mantenimiento de aquella maquinaria extraña.

—Estos son nuestros *ingenieroj*, ingenieros. Mantienen a punto nuestras naves para cuando llegue el momento de la Gran Llegada. También preparan las *bovenos* exploradoras, ahora su trabajo es de suma importancia —dijo Freezer sin poder ocultar su admiración.

En aquellos momentos llegó una de las esferas volando desde un túnel azulado del cual no se veía el inicio y se posó majestuosa sobre un colchón de aire. Se abrió una compuerta y descendieron tres figuras vestidas con una especie de armadura liviana de color blanco. Bajaron dos cápsulas transparentes que flotaban entre ellos. En una pudieron ver a un hombre vestido con uniforme de camuflaje. Era de raza blanca y tenía un impacto de bala en la frente. Martín pudo identificar el uniforme y las insignias, pertenecía a un *ranger* del Ejército norteamericano. En la otra cápsula había una mujer con vestimenta árabe. Era joven, tal vez apenas tenía dieciocho años, y de sus fosas nasales surgían regueros de sangre seca que se perdían en los ropajes por debajo de su barbilla. Ambos parecían estar muertos. La comitiva inició el camino hacia el pasillo donde estaban parados ellos todavía sobre la plataforma deslizadora. Cuando llegaron a su altura, Freezer les preguntó.

—*Portas novajn novajojn de Domo?*

Se trataba de dos hombres y una mujer. Se detuvieron ante la pregunta y lo reconocieron de inmediato. Uno de ellos respondió:

—*En dom jam komencis la militon, Emissari, ni sole vidis morton kaj detruon. Se vi pardonas nin, estas informi al la Majoro*. —Tras lo cual reiniciaron su camino por el pasillo arrastrando con suavidad las cápsulas flotantes. Allí apareció una plataforma deslizadora y los tres la ocuparon con rapidez, posando en la parte posterior los sarcófagos transparentes, para desaparecer de sus vistas en segundos en dirección a las plantas superiores de Unoa.

—¿Qué ha pasado? —quiso saber Julia mirando a Simón para que tradujera—. ¿Quiénes eran esas dos personas?

—Freezer les ha preguntado si había noticias de la Tierra y le han contestado: En Domo ya ha empezado la guerra, *Emissari*, solo hemos visto muerte y destrucción. Si nos perdonas, tenemos que informar a la *Majoro* —contestó Simón.

—Esas dos personas eran víctimas, al igual que ustedes —añadió Freezer con tristeza—. Pero a diferencia de nosotros, no han sobrevivido.

* * *

Edwards miró a Simón y le dijo:

—¿Qué he hecho para merecer este suplicio?

Seguía sujeto a aquella especie de camilla sin poder mover ni un músculo, desnudo, con las sondas que le invadían el recto y el pene. Su cara transmitía tal sufrimiento que Simón no pudo menos que preocuparse.

El resto del grupo había ido a entrevistarse con Shora para suplicarle que los dejara marchar. Él tenía reparos de enfrentarse a la *Majoro*, pero no por miedo, sino porque no quería contrariar a la persona que les había salvado la vida y tratado tan bien. Aborrecía los conflictos y las discusiones. Por ese motivo prefirió ir a visitar a Edwards, no en vano era el encargado de su vigilancia.

—Verás, Simón —le dijo casi como en un quejido el agente del NSA—, he tenido tiempo de reflexionar sobre mis errores y creo, estoy seguro, de que tú tenías razón desde un principio —sollozó cerrando los ojos con fuerza. Era como si un espantoso dolor le estuviese corroyendo las entrañas—. Quiero salir de aquí y ser libre como ustedes. Les pediré perdón al resto y a la rubia, la comandante de esta nave. Pero por favor, libérame de esta tortura.

—No puedo. Esa decisión solo la puede tomar Shora. Pero dime en qué te puedo aliviar y lo haré, dentro de mis posibilidades.

—Déjame moverme, aunque solo sean unos minutos. Solo para desentumecerme. Después me volveré a meter en esta jaula. No nos verá nadie. Shora no tiene por qué enterarse.

—No puedo hacer eso, Edwards. Me he comprometido a vigilarte, ya que podrías ser una amenaza.

—¿Amenaza dices? ¿Peligro para quién? —replicó débilmente—. Si apenas puedo respirar. Suéltame y ayúdame a incorporarme, ya que no tengo fuerzas ni para aguantarme de pie.

Simón dudó.

—Jamás te pondría en dificultades, amigo, eres el único que se ha interesado por mí y por eso te debo un gran respeto y gratitud. Pero, te lo ruego, suéltame, estoy tan degradado físicamente que no represento un peligro para nadie. Solo quiero moverme un poco con tu ayuda. Nadie nos ve. Al menos alivíame durante unos instantes de estos tubos, me hacen un daño espantoso.

De repente Edwards se derrumbó. Comenzó a llorar mientras lanzaba quejidos de dolor. Simón se tropezó con sus ojos, llenos de sufrimiento y súplica. Le impresionó vivamente el cambio que se había producido en el antes arrogante y frío coronel del NSA. Le pareció tan desvalido en aquellos momentos como un bebé al que hacía muchas horas que no le habían cambiado los pañales.

—Por favor, Simón, no puedo más. Solo libérame unos instantes para recuperar fuerzas. Solo te pido eso. Nadie lo sabrá nunca.

Simón pensó que ningún ser humano se merecía ese sufrimiento, y que la *Majoro* se había equivocado al asegurarle que aquel confinamiento no le produciría ningún dolor a Edwards. Allí delante tenía la prueba. Aquel hombre estaba pasando por un suplicio inaguantable.

—Prométeme que te portarás bien.

—Te lo prometo.

Simón extrajo las sondas del cuerpo de Edwards. Estas salieron con extrema facilidad ya que eran suaves y flexibles. Por un momento tuvo dudas de que pudieran producir tanto dolor en aquel hombre. Después se dirigió hacia la parte superior de la cápsula y puso su mano en una figura grabada sobre el metal. Lo había visto hacer en otras ocasiones cuando la *flegistino* había liberado a sus amigos una vez despiertos.

Al instante el cuerpo de Edwards pareció relajarse. Sus brazos se levantaron impulsivamente y la respiración de su pecho se normalizó. El cuerpo cayó despacio sobre la plataforma que lo sustentaba. Por fin el hombre pudo girar la cabeza y mirar a los ojos de Simón.

—Gracias, amigo, ahora ayúdame a levantarme.

Simón sujetó los brazos de Edwards y tiró de ellos, hasta que este se pudo incorporar y quedar sentado en el filo de la camilla. Pareció respirar profundamente varias veces con la cabeza agachada. Daba la sensación de estar mareado y muy débil.

* * *

Freezer salió a su encuentro, unos pocos minutos antes había entrado en la sala de mando para pedir audiencia a Shora, ya que los habitantes de Domo deseaban hablar con ella urgentemente.

Los miró con una sonrisa a todos: a Martín, Julia y a Costa.

—Pasen. La *Majoro* los recibirá ahora.

Se encaminaron hacia la espaciosa sala dominada por una poderosa y amplia vista parcial de la Tierra. En aquellos momentos se estaba iluminando poco a poco desde el este. Europa se despertaba por el avance de la luz rosácea sobre las nubes y refulgente en las aguas de los mares. Se veían borrascas recargadas sobre sí mismas en Escandinavia, mientras que en el Mediterráneo los cielos permanecían limpios y serenos bajo los influjos de un gran anticiclón. ¡No podía existir un espectáculo más bello en el universo!

En la sala de control había el movimiento de costumbre. Las columnas de luces eran manejadas con soltura por los tripulantes. Nadie excepto Shora se volvió para mirarlos.

—*Kie estas Simón?* —preguntó la comandante.

—*Majoro, Simón iris alprigardi al la malliberulo* —contestó Freezer. Luego tradujo al resto—: La comandante ha preguntado dónde está Simón.

—Ha ido a echar un vistazo a ese hijo de puta de Edwards —contestó Costa—. ¡Ojalá se muera ahogado en su propia mierda!

—Bueno, es más o menos lo que le he contestado yo —dijo Freezer con calma.

—*La Emissari diris min ke deseáis reveni kiel eble plej baldaü al Domo. Gin Komprenas kaj mi tre frue plenumos kun viaj deziroj. Sed antaúe volas scii kion klarigos al viaj gejmtoj de la sperto kiun vi spertis en Urna.*

—El Emisario me ha dicho que desean volver lo antes posible a Domo, la Tierra. Lo entiendo y muy pronto cumpliré con sus deseos. Pero antes quiero saber qué harán allí y lo que explicarán a sus hermanos de la experiencia que han experimentado en Unoa —tradujo Freezer.

Fue Julia quién contestó:

—*Majoro*, has de saber que tienes ante ti a tus aliados. Nos comprometemos a difundir las bondades que hemos visto aquí, en Unoa, muestra de su espléndida civilización. Pero me has de dar tu palabra: nunca nos harán la guerra ni destruirán nuestro mundo. Hemos visto a un soldado y a una chica que han traído una de sus naves exploradoras. ¿Qué harán con ellos?

Freezer realizó la traducción simultánea, casi tapando la voz de Julia con la suya.

—*Estas mortoj. Ni tute nepovas faripor ili. Ilin estas traído por studi la malbona ol assola Domo*. —Shora miró directamente a los ojos de Julia. Parecía tener un gran pesar en su alma—. *La soldato mortispeiforte, sed lia korpo havis la defendojn por la malbona. La virino mortis por efikoj de la malbona. Ni volas kontroli la diferencon inter ili dupor sukcesi antidoto permanenta*.

—La *Majoro* dice que ambos están muertos y que los han traído para estudiarlos. El soldado ha muerto violentamente, pero su cuerpo tenía las defensas para el mal. La mujer murió por efectos del mal. Queremos comprobar la diferencia entre ellos dos para conseguir un antídoto permanente.

Shora suspiró y les dirigió la palabra a todos, mirándolos como era su costumbre con esos tristes ojos azules que parecían atravesar los pensamientos.

—*Parolas nun de via reveno. La Emissari lasis malfermita la pordo de komuniko en Dom. Nun alvenis labora provi pároli kun ili. Povas esti ke iu aüskultas nin*.

—Hablemos de su regreso. El *Emissari* dejó abierta la puerta de comunicación en Domo. Ahora ha llegado la hora de intentar hablar con ellos. Puede que alguien nos escuche —tradujo Freezer, luego añadió—: se refiere al radiotelescopio de Robledo de Chávela. Cuando estuvimos allí, dejé abierto mi ordenador con las coordenadas de contacto. Estoy seguro de que mis compañeros se dieron cuenta y están esperando retomar el contacto con Unoa.

—¿Quién hablará con ellos? —preguntó Martín esperanzado. Posiblemente habría alguien de confianza al otro lado de la comunicación.

—*Julia, la scienca. Si estas la homo idónea* —contestó Shora tras escuchar la traducción de Freezer.

—Julia, la científica. Ella es la persona idónea.

La *Majoro* miró hacia uno de los tripulantes que estaba manejando los haces de luz. Este le hizo un gesto con la cabeza.

—*Jam povas pároli* —dijo Shora mirando a Julia.

A esta no le hizo falta la traducción, había entendido la situación. Dio un paso hacia delante y se aclaró la voz con un leve carraspeo. Después habló en voz alta, hacia ningún lugar en concreto. Su intención era hacerse escuchar en toda la inmensa sala, dentro de la cual, con toda seguridad, estaría el transmisor.

—Soy la doctora Julia Massó, quiero hablar con Robledo de Chávela.

El silencio invadió la estancia. Durante unos segundos no se escuchó absolutamente nada. Era como si los asistentes aguantaran la respiración para no entorpecer una posible respuesta.

—Soy la doctora Julia Massó desde la nave extraterrestre Unoa, intentando comunicarme con Robledo de Chávela. ¿Me escucha alguien?

El silencio era tan denso y la impaciencia tan grande que todos miraron absurdamente a su alrededor, como buscando con la vista en el aire lo que solo podían percibir con el oído.

—Soy la doctora Julia Massó, ¿me escucha alguien…? —Ahora su voz fue casi desgarradora y tan elevada que sonó como un grito de desesperación.

* * *

—Tengo frío, Simón, ¿dónde está mi ropa? —preguntó Edwards sin levantarse del borde de la camilla, todavía con la cabeza baja y respirando con dificultad.

—Me dijiste que solo querías desentumecerte. Tal vez deberías tumbarte otra vez.

—¿Dónde está mi ropa, Simón? —Esta vez Edwards levantó la mirada con un reflejo hostil en ella, pero pronto la dulcificó con un gesto de dolor—. Evidentemente, mi querido amigo, no es para ponérmela ahora, pero quiero saber dónde están mis enseres. Guardaba cosas importantes, como mi cartera con fotografías familiares y ese tipo de cosas. Era solo una pregunta. Lo siento si te he molestado… no voy a ir a ninguna parte.

—Bueno, supongo que es una pregunta lógica —contestó Simón más tranquilo—. Todos sus enseres están debajo de la plataforma sobre la cual

está sentado. Es lo más práctico para que no se pierda nada.

—¿Esta gente me ha quitado algo, me refiero, han registrado mis efectos personales?

—¡Por supuesto que no! —le respondió Simón ofendido—. Tal como lo desnudaron dejaron sus ropas en el lugar que le he dicho. A nadie le importa lo que pueda llevar en los bolsillos. Nuestros anfitriones no son así. No van a robar a nadie. ¡Menudo disparate!

—Bien, me alegra saberlo. Eso me tranquiliza. —Edwards relajó los hombros y volvió a bajar la cabeza. Parecía débil. Incluso el acto de respirar con normalidad era como un suplicio para él. Acompasaba el movimiento de sus pulmones con una velocidad más intensa, mientras que sus músculos se iban tensando poco a poco.

Simón lo miraba compasivo. Nunca imaginó que la reclusión de aquel hombre podría haber hecho mella en su físico de aquella manera, Él estaba en contra de las torturas y los maltratos. Por desgracia parecía que aquello era precisamente lo que habían hecho con Edwards hasta tal punto que no quedaba en él ni rastro de su arrogancia. Sintió una oleada de culpa.

—Lo siento, Edwards, no era mi intención…

Simón no acabó la frase. Vio cómo un puño avanzaba hacia su rostro a la velocidad de un rayo. Después sintió un tremendo golpe en la nariz que lo hizo caer hacia atrás. Aterrado, notó que su cuerpo flotaba durante décimas de segundo en el aire, siendo consciente de que no podía protegerse de una caída hacia atrás y que el impacto iba a ser brutal. La parte posterior de su cabeza golpeó con violencia contra el suelo y sintió un dolor que dio paso a la más profunda oscuridad.

*　*　*

Todos estaban esperando en silencio que una voz surgiera de la nada informando que habían recibido su mensaje. Pero ningún sonido salía en aquel espacio enorme enmarcado por las vistas del espacio de la Tierra, sumido en una tenue luz azulada.

Julia había hablado una y otra vez sin ningún tipo de respuesta. La desesperación empezaba a hacer mella en todos ellos. Tal vez el observatorio de Robledo de Chávela había sido asaltado y destruido. No sabían qué estaba pasando allá abajo. Era posible que allí no quedara nadie para escucharlos.

De repente, cuando habían perdido toda esperanza, una voz atronadora y casi angustiada resonó entre las paredes de la sala de control.

—¿Unoa? Soy el director del centro radioespacial de Robledo de Chavela. Mi nombre es Fajardo. Me acompañan más personas. Dos agentes de… ¿cómo decirlo para que me entiendan? Dos soldados llamados Gemar y Pérez. Un periodista llamado Javier Figueroa y el profesor Joaquín Ochoa. ¿Con quién hablamos?

—Soy la doctora Massó —contestó Julia temblando de emoción.

Unos gritos de alegría se escucharon al otro lado de la comunicación.

—¿Se encuentra bien, doctora?

—Perfectamente, director Fajardo. Me acompañan mi marido, el coronel Martín Herrero; el brigada Juan Costa, Freezer y la comandante de Unoa, Shora. El agente Simón también está en la nave, pero ahora mismo no se encuentra en la sala.

Shora había palidecido visiblemente y miró con rapidez a Freezer. Todos entendieron que se estaba comunicando con él en el lenguaje antiguo.

—Me alegro de escucharlo, Fajardo. Soy Freezer, Andreas como usted me conoce. La comandante quiere saber si ha entendido bien. Si es cierto que está con ustedes el profesor Ochoa.

—¡Andreas, qué placer escucharte! Temíamos por tu integridad. Sí, es cierto, el profesor Ochoa está a mi lado llorando como un niño.

De repente Shora levantó la voz con tanta emoción que toda conversación quedó interrumpida y todos la miraron con sorpresa.

—*Estas vi, mia amo?* (¿Eres tú, mi amor?) —tradujo Freezer.

Un silencio emotivo invadió la sala de control. Luego una voz atronadora, la de un anciano, estalló como un relámpago en el ambiente.

—*Blanka?*

—*Blanka estis mia antaüa nomo, de kiu nudigis min por mia traició. Nun estas Shora, la Majoro de Unoa. La universo nin denove kunigis. Mia amo.* (Blanka era mi antiguo nombre, antes de mi traición. Ahora soy Shora, la comandante de Unoa. El universo nos ha vuelto a juntar, mi amor).

* * *

Edwards acabó de recuperarse del mareo que invadía su cabeza. Observó el cuerpo inanimado de Simón tendido boca arriba en el suelo y por fin se incorporó despacio. El puño de su mano derecha palpitaba de dolor tras el golpe que había propinado a aquel pobre desgraciado. Esperaba no haberlo matado, le haría falta para salir de allí. Se reclinó a su lado y le puso la yema

del dedo corazón sobre su vena carótida. Pronto sintió el calor de la piel y unas palpitaciones regulares. Solo estaba inconsciente.

Se agachó debajo de la plataforma que había sido su hogar durante tantas y tantas horas, puede que días. Para su sorpresa Simón le había dicho la verdad. Allí estaban amontonados sus ropas y enseres. Pronto averiguó con alivio que no se habían preocupado de registrar lo que buscaba. Así pudo recuperar una pequeña pistola auxiliar que siempre llevaba por seguridad en una diminuta funda del tamaño de una cartera de cuero sujeta al cinturón del pantalón. Se trataba de una Double Tap, un arma construida en titanio, de un tamaño realmente reducido, pero que contenía cuatro cartuchos letales del calibre 45, dos en la recámara del doble cañón y otros dos en el cargador. Una verdadera arma del tamaño de un móvil. Seguramente aquellos extraterrestres ni sabían lo que era aquel objeto y no lo habían considerado peligroso o ni siquiera lo habían encontrado. Mejor para él, aquello era una gran baza.

Vestirse le causó más trabajo del que se había imaginado. Su cabeza le seguía dando vueltas y le costaba mantener la verticalidad. La ropa olía mal, a sudor rancio, y recordó que la llevó mucho tiempo puesta por la urgencia de la misión que estaba llevando a cabo. Bueno, ya se asearía cuando regresara a la Tierra. Ahora era el momento de planificar su huida, pero no tenía ni idea de cómo iba a llevarla a cabo.

Por fin, decidió esperar a que su oportunidad surgiera.

***

La emoción se palpaba en el ambiente. Era como si cada uno de ellos estuviese impregnado por un sentimiento de felicidad al poder ver cumplidas sus expectativas, o como en el caso de Shora, por haberse reencontrado con el amor que había perdido tantos años atrás.

Fue Martín quien rompió el momento mágico intentando volver a la cruda realidad.

—¿Cómo está la situación en la Tierra?

—Soy el agente Pérez, coronel. Le informo: hemos establecido un puesto de mando en Robledo de Chávela coordinado por el comandante Díaz, desde Argelia. Estamos protegidos por un regimiento de blindados y de momento estamos seguros. Las informaciones que nos llegan no son tranquilizadoras. La infección se está propagando con mucha rapidez más allá de las *Brands* y, para contenerla, la Alianza del Norte está usando métodos de exterminio masivo. Los antídotos que se lanzaron para contener la enfermedad no han

dado resultado y esta se está expandiendo como la pólvora. Por otro lado, hace más de dos días que no tenemos noticias del comandante Díaz. Marchó a una misión al sur de Argelia, al otro lado de la *Brand*, para investigar el exterminio de una ciudad entera, Gamadés. Actualmente no sabemos nada de él. Tememos que haya caído, ya que en aquella zona hay una ofensiva generalizada del ISIS que quiere romper las fronteras de la *Brand* norteafricana. Necesitamos refuerzos aquí abajo, coronel, vamos un poco perdidos y sin saber qué hacer. Nuestro contacto con la dirección del CNI se ha roto con la desaparición de Díaz, ahora mismo estamos a oscuras. Vuelvan, coronel, los necesitamos. Su mujer tiene que explicar al mundo lo que sucedió realmente con las cápsulas extraterrestres. Todos sospechamos que estas no contenían el virus H5NI y que el peligro real lo tenemos en la Tierra.

—Está en lo cierto, Pérez —contestó Julia—. La amenaza verdadera la tenemos en la propia Tierra y tengo la firme esperanza de que esta gente, los extraterrestres como dice usted, serán nuestra salvación.

Freezer miraba a Shora y le retransmitía el diálogo que se estaba llevando a cabo mediante el lenguaje antiguo, ya no se molestaba en traducir con el idioma de la esperanza para no perder tiempo.

—La *instruiste estas bone*? (¿El profesor está bien?) —quiso saber la *Majoro* hablando en voz alta.

—*Se, Blanka, mia lumo, estas bone kaj dezirante denove indi vin. Ni havas multajn cgojn kiuj komuniki nin*. (Sí, Blanka, mi luz, estoy bien y deseando volver a verte. Tenemos muchas cosas que comunicarnos). —La voz de Ochoa sonó triste en la sala. Freezer la tradujo y pudo observar el semblante ansioso de Shora.

—*Dividas nun al Domo. Ni teños nin en kontakto kaj vi helpos al la Emissari al contactar kun vostres lideris*. (Partirán ahora a Domo. Nos mantendremos en contacto y ayudarán al emisario a contactar con vuestros líderes).

—Voy en búsqueda de Simón —dijo Freezer—. Ha de estar aquí, con nosotros en estos momentos tan importantes.

Salió de la sala dejándola en total silencio.

—Iremos a Robledo de Chávela —dijo Martín—. Necesitamos establecer contacto con nuestros superiores y definir una estrategia. ¿Cómo está el resto del país?

—Sus hijos están bien —contestó otra voz. Martín reconoció a Gemar—. Hay un equipo de agentes de operaciones custodiándolos en la distancia, cerca de la casa de campo de sus abuelos. No se preocupe, coronel, aquí la

situación está tranquila aún. No podemos decir lo mismo del resto de mundo no occidental. Las noticias hablan de una avalancha de cientos de miles de personas que están cruzando el desierto del Sahara hacia el norte empujadas como ganado por el ISIS. Son prisioneros de Libia usados como escudos humanos para poder romper las fronteras de la *Algerian Brand*. Cientos de ellos mueren por el camino debido a la sed y el cansancio, pero la mayoría por enfermedad. Es la zona donde hemos perdido al comandante Díaz.

—¿Qué puede pasar? —quiso saber Martín, aunque la respuesta asomó como una espantosa realidad en su mente.

—La Liga del Norte no permitirá que lleguen a sus fronteras. El desastre es inminente.

—Háblanos de tus compañeros —dijo Martín—. Quiénes son los que te acompañan.

—Bueno —se oyó la voz de Gemar—, estamos Pérez y *yo*, que custodiamos por órdenes del comandante Díaz al señor Figueroa, director del periódico digital *Axioma* y al profesor Ochoa, el cual, supongo han deducido, ya conocía a nuestros presuntos invasores, dado que convivió con ellos durante una década. Aquí también está el director del centro radioespacial de Robledo de Chávela, Fajardo, y unos pocos de sus ayudantes. Díaz fue quien nos reunió a todos aquí seguramente con la esperanza de contactar con ustedes y con los alienígenas. Todas sus sospechas se están cumpliendo. Las matanzas del Hospital 12 de Octubre y de Robledo de Chávela no han hecho más que crear muchas dudas dentro de los cuerpos de seguridad y el Ejército. La historia que han vivido ha trascendido y son muchos los que solidarizan con el sacrificio que usted y el brigada Costa hicieron para salvar a la doctora Massó, a la cual me alegro de escuchar en plena forma. El mundo se desmorona a nuestro alrededor y no sabemos qué hacer. Los necesitamos aquí para que expliquen la verdad y poder actuar en consecuencia.

Costa escuchaba la conversación con un añadido de pesadez en su cerebro. Era consciente de que Shora lo estaba utilizando para entender lo que allí se estaba hablando, pero la dejó hacer sin decir nada. Era lógico que quisiera obtener la máxima información posible de la situación en la Tierra. Además también la ayudaría a entender el verdadero peligro y, por lo tanto, a ofrecerles toda su colaboración por el bien común.

* * *

—Vamos, amigo. Poco a poco —dijo Edwards amablemente—. Puede que tengas la nariz fracturada. Si te incorporas muy rápido, te marearás.

Simón sentía que la cabeza le iba a estallar. El dolor era tan intenso que apenas podía abrir los ojos. Un corazón autónomo le palpitaba en las fosas nasales y sentía el gusto de la sangre en la boca reseca.

—No me mates —pudo decir finalmente con voz gangosa. Estaba aterrado.

—¿Matarte? No, al menos que te niegues a ayudarme. Tienes que ganarte el derecho a la vida, amigo Simón. ¡Vamos, levántate!

Cuando Simón consiguió ponerse de rodillas y abrir los ojos, pudo ver a Edwards sentado en la camilla. Estaba vestido y le apuntaba con una pistola diminuta de dos cañones. Su rostro, enjuto y grisáceo por días de inmovilización forzosa, esbozaba una mueca semejante a una fría sonrisa.

—Explícame cómo salir de aquí, Simón, y vivirás.

—Es imposible salir de aquí. Yo no sé manejar sus naves…

—No te preocupes por eso, encontraremos a alguien que nos lleve. Pero ¿dónde están esas naves?

—Tendríamos que descender veinte plantas. Nos llevaría el día entero.

—¿No existe ningún medio de transporte que nos haga más fácil el trayecto?

—Sí, pero yo no sé manejarlo. —Simón comenzó a temblar. El pánico no lo dejaba razonar y contestaba sinceramente a las preguntas que le hacía Edwards, no quería que le hiciera más daño. No era ningún valiente.

—Vamos, no seas nenaza. Deja ya de llorar y dame alguna buena noticia. Si no me eres de ayuda, te vuelo la tapa de los sesos ahora mismo.

En aquellos momentos entró Freezer en la estancia. Se quedó paralizado por la escena que se presentó antes sus ojos. Su primer impulso fue ir a socorrer a Simón sin dilación.

—¡Quieto ahí, rubito, o le pego un tiro a tu amigo! —gritó Edwards—. Parece que el destino está a mi favor. Seguro que tú sí que sabes cómo hacernos con una nave para regresar a la Tierra. Si sigues mis instrucciones, nadie resultará herido. Cuanto más rápido me saques de aquí, antes garantizarás que no habrá muertos. ¿Me has entendido?

Freezer miró a los ojos de Edwards y supo que aquel hombre no dudaría en cumplir sus amenazas. Por fin asintió.

—Bien, pues andando. Tengo ganas de darme una buena ducha y comer algo que no sea esas bolas de mierda de las que se alimentan ustedes.

Freezer ayudó a Simón a incorporarse. Ambos se dirigieron a la salida de la sala seguidos de cerca por Edwards, el cual no dejó de apuntarles ni un momento con su arma.

Cuando estuvieron en el pasillo, Freezer se detuvo un momento para asegurarse de que no hubiera nadie más allí. No quería poner en peligro a más gente. Invocó con su mente a una plataforma deslizadora y esta no tardó en llegar y se detuvo flotando ante ellos.

—¡Vaya invento! —dijo Edwards a sus espaldas—. Suban adelante. Yo iré detrás. Sentirán en todo momento mi aliento en sus nucas y si hacen algo que me parezca sospechoso, también un balazo del 45. ¡Vamos!

Freezer pensó en cómo había piloteado Costa la plataforma unas horas antes y lo que en aquellos momentos le pareció una temeridad ahora se le presentaba como una solución. Deseaba sacar a aquella alimaña lo antes posible de Unoa para poner a salvo a sus hermanos. Tuvo la tentación de hacer volcar el vehículo para desprenderse de Edwards, pero esta maniobra también hubiese causado graves daños a Simón, el cual descansaba semiinconsciente a su lado, víctima todavía del fuerte golpe sufrido.

Navegaron a gran velocidad por las entrañas de la nave, descendiendo niveles y cruzándose con otras plataformas deslizadoras o con personas que giraban sus cabezas sorprendidos por la velocidad a la que pasaban.

A cada planta que bajaban sin contratiempos, Freezer se sentía aliviado.

Pasaron al lado del *cambro de nutrajo*, el comedor, que en aquellos momentos estaba vacío, por fortuna.

Los niveles inferiores eran dominio de las gigantes plantas ante las cuales Edwards lanzó comentarios despectivos:

—¡Vaya maizal que tienen montado aquí! Ahora entiendo la cara de estreñidos que tienen todos con tanta fibra. Pero no se preocupen, cuando vuelva, haré todo lo posible para que les envíen unos cuantos misiles y toda esta mierda se convierta en cenizas.

Freezer no hizo caso. Condujo la plataforma hasta pasar por el nivel del gigantesco acuario lago de los majestuosos *Ondoj*. Edwards pareció impresionado, ya que se mantuvo en silencio.

Freezer, aliviado por la rapidez con la que estaban llegando al final del recorrido, accedió al último nivel, intentando pasar lo más pronto posible ante el corazón de la nave sin que este fuera percibido por el enemigo.

—¡Un momento! —gritó Edwards al ver la gigantesca columna transparente de la sustancia azul fluorescente en continuo movimiento—. ¿Qué demonios es eso?

—Es *Cervo* —contestó inocentemente Simón, que ya estaba más recuperado y se había incorporado sobre la plataforma—. El núcleo de Unoa.

Freezer apretó los dientes y lanzó una mirada furibunda a su compañero. Hizo volar más rápido la plataforma. Pero fue demasiado tarde.

Se escuchó una detonación como un trueno y una nube de diamantes se desprendió del centro de la columna azulada.

Aún con los oídos taponados por la explosión, Freezer pudo escuchar las risas de Edwards.

—Buen disparo, ¿no creen? Creo que les he jodido el ordenador de a bordo.

Freezer vio horrorizado cómo en el lugar del impacto se abrían telarañas sobre la superficie transparente del habitáculo de *Cervo*. El flujo azul convulsionó y pareció retirarse del lugar de la columna donde había sufrido daños.

No permitiría un segundo disparo, por eso aceleró a la máxima velocidad a la que era posible y pronto entraron en el túnel que conducía al hangar. Aquel recorrido había llegado a su fin.

La plataforma estaba repleta de *bovenos* suspendidas en el aire. No había más actividad que la de los *ingenieroj* supervisando unas columnas de luces en el borde del hangar. Uno de ellos reparó en su presencia y se dirigió a su encuentro.

—No le hagas daño —dijo Freezer con voz calmada—. Yo te llevaré a la Tierra. Deja también a Simón, él no te servirá de ninguna ayuda.

—¿Por quién me has tomado, por un asesino?

El *ingenieroj* estaba a escasos metros de ellos. Al ver a Freezer lo reconoció y sonrió.

—*Emissari, vipli vizitas kun la logantoj de Domo?*

—¿Qué ha dicho?

—Piensa que se trata de una visita turística —contestó Freezer tenso.

Se escuchó otra fuerte detonación y la cabeza del *ingeniero* estalló en jirones de sangre, piel, hueso y masa encefálica. Su cuerpo salió despedido hacia atrás y cayó con violencia sobre el suelo.

Freezer, todavía conmocionado, notó un terrible impacto en su nuca. Supo de inmediato que Edwards le acababa de lanzar un golpe de puño contra su cabeza.

—¡Espabila, imbécil! ¿Te piensas que estoy jugando? El próximo en caer será el amigo Simón. Andando, rápido, tenemos que subir a una de esas naves. Si dudas un segundo, los mato a los dos. Ya no tengo nada que perder.

Freezer tomó a Simón por las axilas y lo hizo caminar con rapidez hacia la *boveno* más cercana al túnel de salida. Pudo ver cómo el resto de los *ingenieroj* se acercaban corriendo para auxiliar a su compañero caído.

—¡No mates más! —*Freezer* temblaba de pies a cabeza. Su voz sonó seca, desde el centro del alma.

La rampa de la esfera bajó a una orden mental de Freezer. De inmediato los tres estuvieron dentro y la rampa se cerró. Diversas columnas de luces emergieron del suelo.

Freezer dejó descansar el cuerpo de Simón en una burbuja antigravedad y se puso a manejar las luces con las palmas de sus manos. La esfera se movió rápidamente en dirección hacia el túnel que tenían delante y lo recorrieron a gran velocidad. La esfera se había hecho transparente y pudo ver las luces mortecinas de color azul que desaparecieron al salir disparados al espacio. Millones de estrellas los recibieron así como la cara oscura de la Tierra salpicada por infinidad de lucecitas que indicaban la posición de las grandes ciudades.

—Llévame a Norteamérica —dijo Edwards—. Después, cuando me ubique, te daré instrucciones hacia dónde dirigirte con exactitud. Saqué matrícula de honor en geografía. Sé interpretar un globo terráqueo.

* * *

Costa notó la alteración brutal en la mente de Shora y de repente la conexión que había mantenido se hizo más potente y vivida. Los ojos de la *Majoro* lo miraron llenos de terror y después cayó de rodillas, como si padeciera de una insufrible migraña.

—«Algo le ha pasado a *Cervo* —le transmitió—. Han intentado destruirlo y algunas de sus funciones han sido dañadas. Ve a mirar qué ha pasado, yo no me puedo mover».

Costa fue consciente en aquellos momentos de que Freezer y Simón estaban tardando mucho tiempo en volver a la sala de mando. Un presentimiento atroz lo hizo salir corriendo hacia la salida ante el estupor de sus compañeros, que seguían hablando con Robledo de Chávela.

—¡Juan! ¿Dónde vas? —le preguntó Martín. Al no hallar respuesta, salió corriendo también detrás de él. Presentía que algo no iba bien.

Ambos hombres recorrieron en muy poco tiempo la distancia que los separaba de la cámara de regeneración donde estaba recluido Edwards.

Cuando entraron en ella, Costa no pudo evitar lanzar una exclamación de odio, resentimiento y desesperación.

—¡Les dije que acabáramos con ese hijo de puta cuando estábamos a tiempo! —La estancia estaba vacía. En el suelo se observaba un pequeño charco de sangre—. Ese cabrón se ha escapado llevándose a Simón y a Freezer. Intentará huir.

Costa salió al pasillo y llamó con su mente a una plataforma. Martín se colocó a su lado y ambos esperaron impacientes.

Cuando el artilugio flotante llegó, ambos saltaron sobre él y salieron disparados en dirección a las plantas inferiores. Era tal la velocidad que llevaban que en varias ocasiones fregaron con el lateral de la plataforma paredes y suelos, haciendo verdaderos esfuerzos ambos por no caer.

Después de unos minutos que parecieron una eternidad, Costa hizo parar la plataforma delante de la inmensa columna transparente de *Cervo*. Un gran número de personas intentaban contener los daños producidos por algún impacto que había creado una fisura en la estructura por la que se deslizaba un líquido viscoso y azulado. El brigada pudo escuchar dentro de su cabeza los lamentos y el sufrimiento de los que intentaban reparar aquella destrucción. Percibió los mensajes de *Cervo*, todos ellos inconexos y sin ningún sentido. Era evidente que el corazón y el cerebro de Unoa estaban heridos de muerte.

Continuaron su marcha hasta los hangares. Allí los esperaba otra imagen tenebrosa. En el suelo yacía el cadáver de uno de los científicos ingenieros que se hacían cargo de las *bovenos*. Estaba siendo atendido por sus compañeros, pero era evidente que ya nada podían hacer por él.

«Un hombre se ha llevado al *Emissari* y al *Instruisto* Simón. Él ha sido el que ha matado con un proyectil a nuestro hermano. —Costa escuchó la voz en su mente y buscó a su comunicador. Se topó con unos ojos azules como el cielo, entelados en lágrimas—. ¿Esta es la esperanza que nos dan las personas de Domo?».

Costa apartó la mirada e intentó pensar. Era imposible emprender una persecución, ya que no sabía hacia dónde se había marchado Edwards con sus rehenes. Por fin dio un puñetazo do impotencia sobre la plataforma deslizadora y permaneció en silencio hasta que Martín apoyó la mano sobre su hombro.

—Aquí no podemos hacer nada, amigo, hemos de volver a la sala de control e informar a Shora de lo sucedido. Creo que ha llegado el momento de que partamos.

Costa asintió ahogando un sollozo. Sentía una terrible angustia por el destino que podían tener Freezer y el indefenso Simón ante una persona tan poco compasiva y cruel como era Edwards. Corderos en manos del lobo hambriento.

Volvieron con el ánimo abatido y una gran sensación de derrota.

Cuando ambos entraron en la sala de control, pudieron ver cómo Julia, Shora y toda la tripulación miraban absortos hacia los grandes ventanales sin percibir su presencia.

—¡Dios mío, no lo puedo creer! —dijo Julia casi sin aliento. Martín se dirigió hacia ella y la tomó por el hombro, esta se arrugó sobre su pecho como una niña que busca protección. Estaba llorando desconsoladamente. Por fin el coronel pudo ver lo que llamaba la atención de los presentes y producía su congoja.

Allá abajo, en la Tierra, donde se dibujaba el continente africano, sobre las marrones arenas desérticas, se elevaba en aquellos momentos una especie de nube blanca con reflejos intensos de fuego blanco y naranja que crecía rápidamente en tamaño. En su contorno, otra nube barría el suelo levantando partículas en suspensión como las ondas de un lago cuando se les lanza una piedra. El impacto tendría que haber sido terrible para ser visible desde aquella distancia. Era probable que el radio de la destrucción llegase a centenares de kilómetros a la redonda.

—Es una explosión nuclear —dijo Costa casi sin poder dar crédito a lo que estaba viendo.

* * *

Edwards se mantenía de pie al lado del cuerpo de Simón. Había decidido no correr ningún riesgo y por ello el pequeño doble cañón de su Double Tab estaba introducido dentro de la boca del traductor de lenguas muertas. Este, aun estando consciente, no movía ni un músculo ya que estaba presa del pánico.

—Rubito, cualquier gesto brusco y la cabeza de este imbécil desaparecerá —le había dicho a Freezer.

Ya habían atravesado la atmósfera terrestre tras unas llamaradas rojizas que no pudieron con la sólida estructura de la *boveno*. Seguían descendiendo a gran velocidad en dirección contraria al sol, es decir, hacia el oeste. Pasaron en cuestión de minutos de sobrevolar el océano Atlántico a divisar las costas norteamericanas.

Edwards le ordenó a Freezer que ganara altitud para poder situar el punto que buscaba. Montañas, prados, lagos y ríos, ciudades y pequeños pueblos pasaban bajo ellos a gran velocidad. Entraron en una zona de extensos desiertos y montañas enormes y yermas. Alcanzaron a ver la costa Oeste, la del océano Pacífico.

Freezer tuvo que realizar varias maniobras hasta que Edwards identificó el punto al que se dirigían.

—¿Ves aquella explanada tan enorme en el desierto? Es el Groom Lake[22] Has de aterrizar allí. Si nos acercamos más a nuestro destino, nos podrían derribar. ¡Vamos, espabila!

Freezer hizo descender la *boveno* en un territorio desértico y plano. En el horizonte se podía ver una cadena montañosa desdibujada por las brumas que se elevaban del suelo árido por efectos del calor del sol.

Cuando la nave esférica tocó tierra, Freezer desplegó la rampa y ayudó a Simón a descender hasta el terreno seco y resquebrajado. Hacía un calor asfixiante en aquel lugar y el sol castigó sus cabezas sin compasión.

—¿Qué hacemos ahora? —quiso saber Freezer mientras sentaba a Simón en el suelo.

—Esperar —contestó Edwards mirando hacia el horizonte haciendo pantalla con la palma de su mano para evitar que los rayos solares lo deslumbraran—. Pronto vendrán.

—¿Qué harás con nosotros? —quiso saber Simón. Estaba sentado en el suelo y tenía un aspecto lamentable con el rostro y la ropa blanca manchada de sangre reseca—. No nos hagas daños. No representamos ningún peligro para ti.

—Te doy la razón —contestó Edwards lanzándole una mirada de odio—. Pero, amigo Simón, no puedo olvidar el mal trago que me has hecho pasar en mi cautiverio. Quieres que los demás vean una buena persona en ti, pero no te importó que me metieran gomas por el pene y el culo, ni que estuviese inmovilizado hasta las cejas. ¿Eres consciente de lo que he pasado?

Simón tragó saliva, sentía la boca seca y cuando intentaba tragar saliva, solo notaba el sabor de la sangre.

—La *Majoro* me dijo…

—¿La puta rubia? A ella le juré que le reventaría la cabeza a patadas, ¿te acuerdas? La misma promesa te hice a ti… Yo siempre cumplo mis promesas.

Freezer, intuyendo el peligro, intentó abalanzarse sobre Edwards, pero escuchó una detonación y sintió que su pierna derecha le flaqueaba, haciéndolo caer de bruces en el suelo entre una nube de polvo. Un dolor

intenso le subió desde su destrozada rodilla hasta el cerebro. Vio aterrado cómo la sangre salía a borbotones en el lugar del impacto a través de los tejidos desgarrados del traje blanco y de sus destrozados huesos, venas y tendones.

—Estate quieto, rubito —se burló Edwards todavía encañonándolo con su pequeña pistola humeante—. Ahora comprobarás *cómo* siempre cumplo mis promesas.

Se dirigió hacia Simón con paso despreocupado y se reclinó hasta poner el rostro a la altura del suyo.

—¿Tienes miedo, agente Simón?

—Sí… —balbuceó Simón.

—¿Me creerías si te dijera que no te voy a hacer ningún daño?

—Sí… —Simón temblaba como si estuviese sacudido por corrientes eléctricas y empezó a sollozar.

—¿Por qué me ibas a creer si siempre te he engañado?

—Nunca le he hecho daño a nadie… Odio la violencia…

—Pues a mí me encanta. Es mi forma de vida. O matas o te matan. Si me torturan, mato al hijo de puta que me ha hecho daño.

—No…, yo nunca le haría daño a nadie… —Simón lloraba suplicante. Se encontraba muy débil, dolorido y aterrorizado. Sudaba copiosamente tendido sobre el suelo duro y ardiente del desierto. A cada exhalación de su agitada respiración, su boca se llenaba de polvo seco.

Edwards se giró hacia Freezer. Este estaba tendido en el suelo apretando los dientes de dolor y bajo un charco de sangre. Aun así no apartaba la mirada de la escena.

—¿Te gusta el fútbol, rubito?

—No le hagas daño.

—Me refiero al *touchdown* del fútbol americano. Jugada de siete puntos, coloco la pelota, corro… —Edwards se lanzó hacia delante a gran velocidad y propinó un fuerte puntapié en la cabeza de Simón, esta se echó hacia atrás por el impacto y su cuello crujió. Un reguero de sangre surgió de sus destrozados dientes y labios y salpicó el suelo. El cuerpo cayó inanimado al suelo todavía con los ojos abiertos, suplicantes, muertos, fijos en Freezer.

—Se lo dije. Y siempre cumplo mis promesas.

Freezer sintió cómo su cuerpo ardía por dentro. Una sensación extraña para él que escapaba a toda razón. Tenía unos deseos extremos de matar, de destrozar con sus propias manos a Edwards. Intentó levantarse, pero no pudo. Fue entonces cuando lo asaltó otro sentimiento también desconocido hasta

entonces, el del duelo por una persona querida que ha muerto. Sus ojos se nublaron de lágrimas y sollozó sin poder reprimirlo, hasta tal punto que la última célula de su ser le dolía.

—¡Mira, rubito, nuestro comité de bienvenida! Espero que te guste nuestra hospitalidad, al menos tanto como disfruté yo de la vuestra.

Roto por el dolor y el rostro hundido en aquel polvo ardiente e inhóspito, Freezer escuchó cómo se acercaban a gran velocidad los rotores de unos helicópteros.

* * *

Salió del despacho del Secretario de Estado con paso firme. Era consciente de que acababa de dar una lección de prepotencia inusitada hacia un superior. Si su interlocutor hubiese sido un político formado y con personalidad, sobre todo honrado, lo hubiese hecho dimitir sin contemplaciones. Pero aquel no era el caso y él era plenamente consciente. Conocía a aquella especie de inútiles que habían ascendido en la carrera política hasta ocupar un puesto de gran responsabilidad. Siempre a la sombra de los verdaderos técnicos sin los cuales no sabrían ni atarse los zapatos. Inútiles y cobardes.

No sintió ninguna lástima de dejar destrozado al Secretario de Estado tras enseñarle unas fotografías comprometedoras en las que se lo veía en compañía de menores, casi niñas, de origen asiático. Le hizo ver que aquellas imágenes no agradarían a su mujer ni a sus hijos. Smith había conseguido lo que quería, vía libre para perpetrar la mayor ignominia contra la humanidad en tiempos de paz, o al menos bajo carencia de ninguna guerra declarada. El *Dux* estaría satisfecho. Tendría su ataque nuclear.

* * *

Díaz se despertó sobresaltado tras notar que alguien sacudía su hombro. Había tenido un sueño inquieto y breve. Se sentía tan agotado y confuso que apenas pudo distinguir en aquella fracción de segundo si dormía o estaba despierto. Luego, una sensación de peligro estalló en su mente como un relámpago y buscó instintivamente el arma que tenía colgada a la cintura, sin encontrarla. De repente había recordado que se encontraban en Gamadés, escondidos en la sala de calderas del hospital, rodeados de enemigos y cadáveres.

—Comandante —dijo una voz a su lado, casi en un susurro—, el sargento ha vuelto.

Luego recordó. El sargento de Regulares había salido a hacer una expedición, junto con dos de sus soldados, todos ellos amparados por la noche. Al parecer habían vuelto con información relevante, ya que pudo vislumbrar, en la oscuridad pobremente rota por el haz de una linterna, cómo el comandante Almansa hablaba en voz baja con los recién llegados. Se aproximó al grupo para escuchar la conversación.

—Se han ido todos, mi comandante —explicaba el sargento—. Al menos había diez helicópteros, cuatro Apache de ataque y seis de transporte de tropas tipo Sirkorsky. Eran *marines* de los Estados Unidos, no me cabe duda, todos ellos protegidos con trajes NBQO. Estaban desplegados por aire y tierra por toda la ciudad, pero de repente, los pájaros han descendido y han comenzado a recoger a sus efectivos con mucha prisa. Ha sido un repliegue a toda regla y a una velocidad asombrosa. Algo me dice que deberíamos imitarlos y salir de aquí lo antes posible.

—¿Qué buscaban? —Díaz entró en el haz de luz de la linterna y miró inquisitivo al sargento.

—Estaban desplegados en la zona del accidente del avión, pero gran parte de los efectivos habían realizado perímetros de seguridad alrededor y otros exploraban el terreno. Básicamente parecían hacer lo mismo que nosotros, pero con muchos más recursos y con más intención de ocultar que de averiguar, según mi criterio.

—¿Y eso?

—Estaban destruyendo los restos del accidente con explosiones controladas. Como si eliminaran pruebas de la escena de un crimen. Trabajaban de una manera eficaz y rápida. Es evidente que no les interesaba que nadie investigara el contenido de la carga del avión. También hemos escuchado disparos aislados, seguramente se habrán encontrado con algún despistado del ISIS. ¿No éramos aliados de esos tipos?

—¿Habían acabado su trabajo cuando se marcharon? —quiso saber Almansa.

—¡Ni de coña, comandante! Apenas habían comenzado.

Díaz estuvo unos segundos meditando.

—Es evidente que se han marchado porque van a utilizar otro sistema de destrucción más efectivo y rápido. Tal vez un bombardeo.

El sargento asintió y sonrió enigmáticamente.

—Los pájaros huyen de la tormenta.

—Esto huele muy mal —dijo el comandante Almansa—. Haríamos bien en imitarlos y salir de aquí lo antes posible.

—¿Cuánto combustible nos queda en el TOA? —quiso saber Díaz.

—No mucho —contestó uno de los soldados—. Pero hemos examinado el blindado del ISIS que hay delante del hospital y está repleto de bidones de gasoil. Es evidente que pretendían hacer muchos kilómetros. Con ellos podremos llenar el depósito del TOA y llevarnos reservas para el viaje.

—Hay un problema —comentó Díaz tras reflexionar durante unos segundos. Notó las miradas de sus compañeros fijas en él, inquisitorias. Consciente de ello, explicó sus temores—. Estoy seguro de que esta zona está siendo vigilada desde el aire. Por drones, aviones espía o incluso por satélites. Si nos ponemos en marcha dentro del blindado, nos detectarán rápidamente.

—¿Y qué propone, comandante? —quiso saber el sargento, consciente de la realidad de dicha afirmación.

Díaz negó con la cabeza. Les dio a entender a todos con ese gesto que desconocía la respuesta a la pregunta.

—Hielo —dijo Almansa—. Utilizaremos hielo. En el hospital tiene que haber en suficiente cantidad. Lo pondremos encima del motor y el escape del blindado para evitar que los infrarrojos de los aparatos espías detecten el calor. La noche del desierto es fría y mantendrá el hielo al menos hasta que amanezca. Es la única manera de que no nos detecten.

Díaz meditó durante unos segundos.

—Pongámonos en marcha, pues. Sargento, ustedes vayan a buscar hielo al hospital mientras que el comandante Almansa y yo llenamos el depósito del TOA.

—Sabe Dios que no me apetece nada entrar de nuevo en ese siniestro lugar, pero se tiene que hacer. ¡Vamos!

Todos salieron del refugio para realizar las tareas encomendadas. Era noche cerrada, pero la luna creciente y la constelación de estrellas daban la claridad suficiente como para poder ver en la noche. Las luces del hospital permanecían encendidas, así como algunas farolas de la calle. Era evidente que nadie cuidaba ya del suministro eléctrico de la ciudad, pero este seguiría funcionando de manera automática hasta sufrir una avería por falta de mantenimiento.

Hacía frío y el hedor a muerte que había imperado en Gamadés durante el calor del día se había mitigado por las altas presiones atmosféricas y la circulación del aire procedente del este.

Trabajaron con rapidez y eficiencia. En menos de una hora el depósito del TOA estaba lleno de combustible y el blindaje recubierto de decenas de bolsas de hielo que sujetaron a la carrocería con redes de carga encontradas en el blindado del ISIS. La problemática del calor de la emisión de gases del vehículo la solventaron poniendo una plataforma improvisada consistente en una camilla metálica repleta de hielo fijándola sobre el tubo de escape con cuerdas.

Una vez que estuvo todo dispuesto, se introdujeron en las tripas del blindado y uno de los soldados lo puso en marcha. El motor renqueó poderoso y el silencio de la noche se llenó con sus ecos.

—Hacia el norte —indicó Díaz tomando asiento en el incómodo habitáculo destinado al transporte de tropas. Sintió un gran alivio cuando cerraron la trampilla trasera y el vehículo se puso en marcha bruscamente. Por fin dejaba atrás aquel infierno donde no quedaba más que muerte.

El miedo y el silencio imperaban dentro del habitáculo, solo rotos por el ronronear del motor revolucionado al ascender una duna. Todos esperaban que el impacto de un misil los alcanzara de un momento a otro. Pero pasaron los minutos sin contratiempos.

El TOA se detuvo y el conductor anunció a gritos para hacerse oír por encima del ruido del motor:

—Hemos llegado al remolque de la UME. No hace falta que nos bajemos, señores. Veo los cadáveres de nuestros dos compañeros con la cabeza seccionada yaciendo en el suelo.

—Abre la compuerta —ordenó Almansa con el semblante crispado. Eran sus hombres—. No los pienso dejar aquí.

La rampa trasera se abrió y todos salieron empuñando sus armas. La tienda de desinfección estaba destrozada, seguramente a base de filo de machete. Por el mismo medio habían perecido los dos soldados de la UME, cuyos cuerpos yacían en la arena del desierto con las cabezas seccionadas. Los charcos de sangre absorbidos por el desierto los rodeaban oscuros en la noche.

—El ISIS —se lamentó pesaroso el sargento mientras observaba a su alrededor a través de la mira del arma automática que sostenía—. Haríamos bien en irnos de aquí lo antes posible. Recojamos sus placas de identificación y marchémonos.

—Son mis hombres, sargento —dijo con acritud Almansa—. Repito que no los pienso dejar aquí.

—Yo he dejado a muchos de mis hombres atrás, comandante, y su muerte no me es menos penosa que la suya, se lo aseguro. Pero ahora hemos de sobrevivir y para ello debemos movernos deprisa. Recoja sus placas identificatívas así podemos irnos.

Almansa fulminó con la mirada al sargento, el cual seguía alerta apuntando con su fusil ametrallador hacia las dunas que los rodeaban. Por fin se dio por vencido ante la razón y se aproximó a los dos cadáveres para recoger las placas de sus cuellos seccionados.

Volvieron a subir al blindado y se pusieron en marcha.

Circulaban a campo traviesa, bajando y subiendo dunas. Transcurrieron horas. Las violentas embestidas dentro del vehículo motivadas por la orografía agreste del terreno los hacían entrechocar entre ellos. Díaz se sentía cansado y dolorido, pero la tensión y el miedo lo mantenían alerta. Miró a Almansa, que permanecía con la cabeza agachada observando las dos placas que sostenía en su mano derecha. Parecía estar en trance.

Díaz creyó que había llegado el momento oportuno de realizar una llamada por el teléfono satelital que llevaba en el bolsillo de su pantalón. Lo había estado mirando con frecuencia y siempre había estado sin cobertura. Pero en aquel momento las líneas en la pantalla digital le indicaban que por fin podría comunicarse.

—¡Conductor, para! —gritó con toda la fuerza de sus pulmones.

El TOA se quedó inmovilizado en la cresta de una duna y todos miraron expectantes al comandante. Este, con los dedos temblorosos por la impaciencia, empezó a teclear un número. Después se llevó el teléfono al oído y esperó los tonos de llamada.

Al mismo tiempo, Díaz apremió con la mano al conductor del TOA.

—Rápido, necesito saber nuestra posición actual. Pásame un plano y nuestras coordenadas.

Pareció transcurrir una eternidad entre tono y tono de llamada, que el comandante aprovechó para estudiar el mapa bajo la pobre luz auxiliar del interior del TOA y buscar las coordenadas que le habían pasado anotadas en un mugriento papel. Por fin alguien contestó al otro lado de la línea.

—¿Con quién hablo?

—Soy el comandante Díaz. Estamos en el Gran Erg Oriental[23]. Necesitamos evacuación aérea. Nuestras coordenadas son 31° 30’ N 7.º 30’ E. Somos seis supervivientes de la misión de exploración de Gamadés.

—Bien, comandante. En breve nos pondremos en contacto con usted. ¡Lo dábamos por perdido!

La comunicación se cortó.

Díaz miró ansioso al teléfono satelital, esperando la llamada que los podría sacar de aquel infierno. Notaba que el resto de sus compañeros estaban muy atentos a lo que él hacía y se sintió en la obligación de decir algo.

—Amigos, estamos viviendo tiempos difíciles en los que nuestros valores y forma de vida han variado. —Hizo una pausa sin dejar de mirar el teléfono —. Con lo que hemos descubierto en Gamadés la civilización entera se podría desmoronar. Alguien está exterminando a la humanidad y nosotros, los países occidentales, somos su herramienta. Hemos de acabar con esta locura.

—¿Qué podemos hacer para evitarlo? —quiso saber con amargura Almansa.

—Mi misión en la *African Brand* era recabar pruebas de lo que ya se sospechaba. Lo países de la Alianza del Norte están siendo manipulados en provecho de oscuros intereses. Por fortuna, los servicios de inteligencia tienen fundadas sospechas de que esto es así. Aun cumpliendo con el Mandato de la ONU, se está trabajando paralelamente para que esta situación no nos arrastre al cataclismo. El caso de la doctora Massó, del extraterrestre Freezer, han levantado serias dudas de la verdad en todo este asunto —los miró a todos entre la penumbra del blindado—. Hoy hemos encontrado la verdad. El presunto antídoto que se está lanzando a la población fuera de las fronteras de las *Brands* mata de una manera rápida y cruel. Las cosas cambian y nuestro testimonio es de suma importancia. Es por eso que los *marines* nos buscaban en Gamadés. Tenían la orden de silenciarnos. Todavía no estamos fuera de peligro, seguramente han interceptado la llamada por satélite. La rapidez es ahora nuestra mejor baza.

—¿Dónde nos llevarán? —quiso saber el sargento de los Regulares.

—Fuera de África, aquí corremos peligro. Seguramente somos los únicos que saben lo que está pasando en realidad, excepto los que han provocado esta situación. No podemos morir aquí, señores. La seguridad de nuestra civilización está en peligro.

—¿Qué hacemos? —preguntó el comandante Almansa.

—Salir del blindado y andar hacia el norte. Nuestra posición actual ha sido descubierta con toda seguridad. Si nos quedamos, moriremos. Esperaremos que nos transmitan un punto de recogida. Propongo que nos cubramos con el hielo del TOA, de esta manera los sistemas infrarrojos no nos detectarán durante algún tiempo. El necesario, espero, para que nos recojan. El frío de la noche nos mantendrá invisibles.

El grupo se puso en marcha. Se cubrieron el cuerpo con bolsas de hielo y sintieron el intenso frío de la noche del desierto sobre su piel empapada bajo los ropajes. Tomaron lo imprescindible: armas, agua y algo para comer y se pusieron en marcha.

Caminar sobre las dunas no era tarea fácil y el frío se calaba hasta los huesos. Pero el peligro de ser descubiertos y exterminados podía más que el cansancio.

Cuando hubieron recorrido algo más de dos kilómetros, el sargento de los Regulares les hizo un gesto y todos se lanzaron de bruces al suelo arenoso. Poco después, un silencioso helicóptero los sobrevoló pasando de largo. Su figura se recortó durante unos segundos sobre el impresionante cielo estrellado y se dirigió hacia ellos otra vez. Pegados al suelo como si desearan fundirse en él, notaron cómo el aparato los sobrevolaba y se dirigía hacia el sur. Al poco, se escuchó una tremenda explosión y el horizonte se iluminó de llamas rojizas. El TOA acababa de ser destruido por un misil.

—Nunca es demasiado pronto para dejar las cosas que nos atan a una engañosa vida de seguridad —comentó uno de los soldados de Regulares mirando hacia las llamas que se alzaban hacia el cielo a sus espaldas.

En aquel momento, el teléfono satelital sonó con breves zumbidos.

—Al habla el comandante Díaz.

—Les hablo por una frecuencia segura. Los tenemos localizados —dijo una voz al otro lado de la línea—. Esperen una hora y los recogeremos en el punto que se encuentran ahora. Hay una explanada próxima. Suerte.

La comunicación se cortó.

La espera fue insufrible. Seguían pegados al suelo, recubiertos por las bolsas de hielo y tiritando del frío espantoso que los atenazaba hasta la médula de los huesos. El helicóptero no los había vuelto a sobrevolar, pero a sus espaldas, a lo lejos, continuaba ardiendo el TOA.

La hora prometida del rescate se prolongó una eternidad. Los minutos no parecían pasar y el cielo del desierto pesaba sobre ellos como una losa.

Por fin escucharon un lejano zumbido que poco a poco se fue traduciendo en el inconfundible ruido de los motores de un avión grande.

Al levantar las cabezas, vieron cómo una gigantesca aeronave con todas las luces apagadas tocaba tierra en una explanada situada a un kilómetro de su posición.

Todos se pusieron de pie como si tuvieran resortes y corrieron agachados en dirección a la improvisada pista de aterrizaje. Las poco estables arenas de las dunas no fueron impedimento para que rápidamente se acercaran a la

aeronave, a la que reconocieron de inmediato. Se trataba del avión italiano que los había llevado el día anterior hasta las proximidades de Gamadés, y que, según tuvieron conocimiento posteriormente, había recibido órdenes de abandonarlos a su suerte.

Cuando estuvieron próximos al aparato, su plataforma posterior bajó y una figura oscura los apremió.

—*Veloce, amici. Non che io pensó che avevamo lasciato, giusto?* (Rápido, amigos. ¿No pensarían que los habíamos abandonado, verdad?) —les gritó una voz en italiano.

Entraron en las tripas del avión y se dejaron caer sin resuello sobre los asientos del compartimento de carga.

La plataforma se cerró tras ellos y los motores atronaron el habitáculo. Pronto notaron cómo se dirigían hacia el cielo y su salvación.

Díaz cerró los ojos, sentía una desagradable sensación de mareo y cansancio. Estaba tiritando de frío y apenas se dio cuenta de que la tripulación del avión de carga italiano lo estaba despojando de las bolsas de hielo casi fundido que tenía sobre él. Se sentía tan maltrecho que solo quería dormir. Notó cómo le sacaban sus ropas húmedas y lo cubrían con una confortable manta.

Alguien le sacudió del hombro y al abrir los ojos pudo ver a un hombre que le indicaba por gestos que se pusiera los cascos de comunicación con la cabina del avión que tenía colgados tras de sí.

Con un gesto cansado, Díaz obedeció. En sus oídos una voz autoritaria le gritaba:

—*Giunta alia Cavina, comandante, ha a che fare questo*. (Venga a la cabina, comandante, tiene que ver esto).

Díaz hizo un gesto a Almansa para que lo siguiera y ambos se dirigieron con paso tambaleante a la cabina del avión.

Cuando entraron en ella, pudieron apreciar que el sol ya estaba despuntando por el este. El comandante que estaba piloteando la nave les indicó con un gesto de la mano que miraran hacia el rojizo amanecer.

—*Nella mia vita visto niente disimile*. (En mi vida había visto nada parecido).

Las miradas de Díaz y Almansa se dirigieron hacia el punto indicado y no pudieron sino contener la respiración.

Una marea de puntos negros envuelta en una nube de polvo en suspensión de kilómetros de extensión invadía las arenas del desierto como una ola lenta pero imparable que se dirigía hacia el norte. El horizonte quedaba totalmente

dibujado de aquella especie de plaga que parecía moverse a una velocidad casi imperceptible. Entre aquellos puntos, brillaban bajo el naciente sol la carrocería y los vidrios de miles de vehículos.

Aun separando los cientos de metros de su visión, pudieron observar infinidad de bolitas de humo que surgían de los vehículos y estelas de vapor que se dirigían hacia ellos, pero quedaban difuminadas en la atmósfera matutina. Era evidente que les estaban disparando con todo tipo de proyectiles. Para su suerte, estaban demasiado lejos.

—Tienen que haber cientos de miles de personas ahí abajo —comentó Almansa impresionado ante la magnitud del espectáculo—. El mayor ejército jamás visto.

Díaz estudió la imagen que se presentaba ante sus ojos y negó con la cabeza.

—No se trata de un ejército. Son civiles guiados como un enorme rebaño. Los vehículos que los rodean los llevan hacia el norte, y esos sí que van armados.

—¿El ISIS?

—Me temo que sí. Se dirigen a la *Algerian Brand*. Creo que los utilizan como escudos humanos. Ahí abajo tiene que haber más de un millón de personas.

Todos los de la cabina observaron el espectáculo impresionante que se desplegaba a la izquierda de su trayectoria.

—*Voli in questa zona sono limítate dall'Alleanza del Nord*. (Los vuelos están restringidos en esta zona por la Alianza del Norte) —dijo el comandante del avión—. *Hopaura che si sta preparando un attacco massiccio su queste persone*. (Me temo que se prepara un ataque masivo sobre esa gente).

—¿Cuál es nuestro destino? —preguntó Díaz al comandante del avión.

—*Fogna base aérea di Alcantarilla, in Spagna*. (Base aérea de Alcantarilla, en España).

—Pues démonos prisa. Ya nada podemos hacer por estos pobres infelices.

Los motores del avión de transporte militar italiano rugieron más si cabe, y en pocos minutos perdieron de vista la oleada humana.

Algo llamó la atención de Díaz en el cielo que comenzaba a ser azul. A unos cientos de metros sobre ellos se cruzaron con un punto negro en forma de ala delta que volaba a gran velocidad. Lo reconoció casi de inmediato. Se trataba de un B-2 Spirit, diseñado para el lanzamiento de armas nucleares. Sus sospechas se estaban cumpliendo y una sensación de náuseas subió desde su vacío estómago hasta la boca. «¡Aquello no podía estar pasando! Era como

una pesadilla. ¡Maldita sea! —pensó angustiado—. ¡Son civiles, mujeres, niños! ¿Qué sinsentido era aquello?».

Casi al instante un resplandor originado a sus espaldas iluminó lo que quedaba de crepúsculo como un sol nacido de las entrañas de la Tierra. Poco después escucharon una explosión que hizo temblar todo el fuselaje del avión.

El comandante lanzó su mano hasta poner el mando de control de los motores a su máxima capacidad y al mismo tiempo intentó ganar altura.

Pasaron unos minutos tensos y largos hasta que los alcanzó una ola de polvo en suspensión que estaba ardiendo. El avión se vio impulsado hacia delante por la onda expansiva y el comandante tomó con firmeza los mandos para poder controlarlo.

—¡Maldita sea mi estampa! —gritó Almansa—. ¡Esto es un holocausto en toda regla! ¿Qué demonios está pasando en el mundo?

El avión siguió avanzando a toda la potencia que daban sus motores. Estaban rodeados de una total oscuridad provocada por una gigantesca nube de vapor, fuego y arena.

* * *

«He de marchar, Shora».

«Una *boveno* te está esperando para llevarte hasta el punto de Domo donde han ido el *Emissari* y Simón. El *Cervo* ha seguido su trayectoria».

«¿Qué pasará con mis amigos?».

«El guerrero y la científica volverán también a Domo. Ellos tienen otra misión no menos importante que la tuya. Debes hablar con ellos y explicarles lo que les pido, ya que no entienden el lenguaje de la esperanza ni el antiguo».

«¿Qué les tengo que decir?».

«Que deben ir al centro de comunicación en Domo. Deben encontrar un lugar para acogernos o todos moriremos. Unoa está dañada y pronto comenzaremos a caer atraídos por la órbita gravitatoria de Domo. Debo desalojar a mis hermanos a un lugar seguro antes de que eso ocurra».

Costa y Shora permanecían uno frente al otro en la sala de control de Unoa. Martín y Julia los miraban en silencio. Sabían que se estaban comunicando en aquellos momentos.

Por fin el brigada se volvió hacia ellos con una forzada sonrisa.

—Parece que ha llegado el momento de partir, amigos. Tienen que ir a Robledo de Chávela y buscar refugio para esta gente. Parece ser que la nave

está perdiendo aceite y tiene el motor «gripado», pronto se estrellará en algún lugar de la Tierra.

—Juan, tus bromas no me hacen ni puta gracia ahora mismo —contestó Martín mirándolo con severidad—. ¿Qué es lo que está pasando?

—Que el cerebro de la nave ha sufrido daños irreparables y que encontramos alojamiento a toda esta gente o morirán. Yo iré en busca de Simón y Freezer antes de que el hijo de puta de Edwards decida matarlos o cosas peores.

—¿Cuándo nos vamos? —quiso saber Julia.

—Ahora mismo.

—Bien, estoy deseosa de abrazar a mis hijos y a mis padres.

Martín se mantuvo pensativo.

—¿Cómo vamos a lograr encontrar alojamiento a esta gente en la Tierra? ¿Cuántos hay?

—Treinta mil. ¡Como para invitarlos a cenar! Tengo que reconocer que, comparada con su misión, la mía va a ser como unas vacaciones.

—Estoy preocupada por ti, Juan. No sabes lo que te encontrarás en la búsqueda de Freezer y Simón. Edwards habrá vuelto a Estados Unidos con su trofeo y una nave espacial extraterrestre. No creo que seas bien recibido allí.

—Agradezco tu interés, Julia, pero me he pasado muchos años postrado en una silla de ruedas y ahora que he recuperado el vigor, el cuerpo me pide acción.

—Julia tiene razón —medió Martín—. Tengo amigos en la CIA y el NSA. Intentaré darte toda la cobertura posible desde Robledo de Chávela, aunque sabes bien que ahora somos unos proscriptos, o al menos así estaban las cosas en la Tierra cuando nos fuimos. A pesar de eso, confío en que el comandante Díaz nos proteja. Parece ser que está tomando partido por nosotros y está organizando una especie de resistencia, según nos ha confirmado el extraño grupo que está reunido en Robledo de Chávela. Eso me da esperanza y puede que haya más gente apoyándonos de lo que pudiéramos suponer. Aun así, sigo pensando que te estás embarcando en una misión suicida.

—Le he prometido a la «tía buena» que velaré por su *Emissari*, ya que es el único que puede hablar con los dirigentes de la Tierra y convencerlos de que la Gran Llegada no supone un peligro para la humanidad. ¡Dios, qué me está pasando, ya hablo como ellos! —Costa rio para quitar dramatismo a la situación—. Aparte de eso y aunque nadie me lo hubiese pedido, de todas formas hubiese ido en busca de mis amigos, el rubito y el tonto. Yo los embarqué en esto y me siento responsable de su seguridad. Además, no sé qué

podría aportar en Robledo de Chávela, a no ser cabrear a todo el mundo con mis impertinencias. Mejor que me aguanten los americanos, ¿no crees? ¡Lo que me voy a reír cuando me vean aparecer vestido de espermatozoide marcando paquete!

—¿No tienes miedo? —le preguntó Julia pasando por alto las continuas ocurrencias del brigada.

—¡Estoy cagado de miedo! Pero eso no es malo, te mantiene vivo.

—A mí me preocupa la explosión nuclear que hemos visto. Ha tenido que ser una verdadera tragedia y desconocemos su alcance. —Julia miró hacia el espacio que se desplegaba ante la sala de control. En la Tierra, la zona del Sahara estaba tapada por una enorme nube de color marrón, negro y rojo. Era como una gigantesca borrasca de fuego.

De pronto el grito de uno de los operadores de la sala de control llamó la atención de todos los asistentes. Shora se estaba comunicando con Costa.

«¿Es eso lo que vuestros hermanos hacen con los de su misma especie? Si es así, ¿qué nos espera a nosotros que no convivimos con ellos?».

«La mayoría de los habitantes de la Tierra no somos así. Nosotros no somos así. Lucharemos para que los tuyos, los viajeros de Unoa, encuentren un lugar seguro. Te lo prometo».

«Noto rabia en ti, Costa. Tu alma, al igual que la mía, llora por los muertos en esa explosión. Somos hermanos y confío en ti, en el guerrero y en la científica. Han sufrido grandes sacrificios y demostrado su lealtad hacia mí. Te creo y esperaré la ayuda que me has prometido. Ahora partan y luchen por la raza humana, que somos ustedes y nosotros».

Un tiempo después, Shora, Costa, Martín y Julia se encontraban en el hangar de Unoa. Dos *bovenos* los estaban esperando.

—Ten cuidado, amigo —dijo Martín abrazando a Costa. Julia se les unió y allí permanecieron un rato, sin hablar, dejando que las emociones fluyeran entre ellos.

Por fin se separaron y Costa se pasó la palma de la mano por los ojos.

—No estoy llorando. Lo que pasa es que la «familia Oso» abraza muy fuerte y me estaban dejando sin respiración.

—*Ol ne komprenas min, la miaj gefratoj, sed nia destino estu kunigita. Vi maras kaj ol la blua suno protektas vin.* (Sé que no me entienden, mis hermanos, pero nuestro destino está unido. Marchen y que el sol azul los proteja) —dijo Shora con voz profunda y, por primera vez que desde que la conocían, llena de emoción—. *Via fojo ne denove vidas nin neniampli, sed*

volas ke vi scias ke vin portas en mian koron. (Tal vez no volvamos a vernos nunca más, pero quiero que sepan que los llevo en mi corazón).

El grupo se separó. Costa se introdujo en una de las *boveno*, donde lo esperaba la tripulación. Martín y Julia entraron en la otra nave exploradora. Desde el final de la pasarela, Costa gritó:

—Recuerden, nada pasa por casualidad. El destino está escrito y nosotros formamos parte de él.

Después las rampas se cerraron herméticamente y ambos objetos fueron lanzados al espacio por el estrecho túnel azul resplandeciente. Uno en dirección a América del Norte y el otro al centro de España. Sus destinos se separaban tal vez para siempre.

Tonopah

Díaz consiguió por fin conciliar el sueño. No era placentero, sino lleno de sobresaltos por las experiencias vividas recientemente. Seguía palpitando en él el instinto de supervivencia, agradecido de que el avión hubiera conseguido salir ileso de la explosión nuclear.

Sus ojos se movían frenéticamente bajo sus párpados cerrados y él se removía en su asiento de redes trenzadas. La mente necesita eliminar tensiones y ese vía crucis se ha de pagar con el descanso. En oleadas intermitentes, Díaz caía en el pozo del sueño para resurgir a la conciencia casi con brusquedad. Pero el agotamiento lo vencía para volverlo a despertar sobresaltado. «¡Quiero descansar!», gritó para sus adentros. Necesitaba un momento de paz.

—¿Qué haremos ahora, comandante? —La voz de Almansa le llegó lejana dentro de su breve sueño. Por fin se dio por vencido y abrió los ojos. Esperaría a otro momento para dormir. Giró la cabeza y vio al comandante de la UME sentado a su lado. Su rostro reflejaba un gran cansancio. Tenía una barba oscura como una lija y los ojos hundidos en profundas ojeras.

—No lo sé, amigo. Nuestro destino ya no nos pertenece —contestó mirando con envidia cómo los soldados de Regulares habían conseguido dormir finalmente. Incluso alguno de ellos roncaba. Eso era debido, pensó, a que se habían evitado la imagen del exterminio de cientos de miles de personas. No es lo mismo verlo que contarlo. Era imposible oírlo a esas distancias, pero Díaz hubiera jurado que escuchó el lamento de las almas destrozadas por el fuego.

—Supongo que el mundo, tal y como lo conocíamos, está desapareciendo a toda velocidad —reflexionó Almansa apoyando su cabeza en las redes del asiento. Suspiró—. ¿Qué podemos hacer nosotros contra tanta devastación?

—Mucho, amigo, mucho. Esta batalla todavía no ha terminado, y algo me dice que pronto seremos de alguna utilidad. En caso contrario no nos llevarían de regreso a la civilización.

De repente apareció en la zona de carga uno de los tripulantes del avión italiano. Sonreía abiertamente.

—*Signori passeggeri, non jumo e aderiscono le cinture. Stiamo arrivando all'aeroporto di Alcantarilla militare. Se si guardano attraverso le jinestre, ora vedrete le coste della Spagna bella*. (Señores pasajeros, no fumen y átense los cinturones. Estamos llegando al aeropuerto militar de Alcantarilla. Si miran por sus ventanillas, ahora mismo verán las costas de la bella España).

Díaz y Almansa miraron por uno de los escasos ojos de buey de la zona de carga del avión italiano y pudieron ver un mar azul y resplandeciente. Enseguida divisaron una costa rocosa pero no escarpada. Después sobrevolaron un paisaje de vegetación baja, plagado de rocas y montañas. También divisaron carreteras asfaltadas, caminos y núcleos urbanos.

—Nunca pensé que iba a decir esto —dijo Almansa tomando del hombro a Díaz—, pero me alegro de ver la civilización. Me había cansado de las dunas del desierto, las explosiones y los disparos.

El sargento y los soldados de Regulares fueron despertados también por el italiano. Seguían abrazados a sus fusiles de asalto como si su vida dependiera de ellos.

El avión comenzó a descender, pareció planear durante unos instantes y de repente sintieron el impacto suave contra la pista de aterrizaje. Los motores se revolucionaron para conseguir la deceleración y finalmente se detuvieron. El enorme aparato resopló como agotado por un largo esfuerzo y después se hizo el silencio.

—*Vístanse, qui di seguito sono in atiesa per loro l'onore che meritano*. (Vístanse, abajo los están esperando con los honores que se merecen). —Habían aparecido todos los miembros de la tripulación italiana, incluido el comandante, y les tendieron sus ropas. Los despojaron de las mantas que les habían dado calor y los ayudaron a vestirse. Aún confusos, observaron cómo la rampa trasera del avión de carga descendía dejando ver parte de la pista de aterrizaje resplandeciente bajo los rayos del sol.

Los italianos formaron a ambas partes de la pasarela y los saludaron militarmente cuando pasaron a su lado.

El primero en bajar fue Díaz. Sorprendido, vio a un batallón de paracaidistas formado delante de la rampa del avión, dejando un pasillo a banda y banda. A unos cincuenta metros se encontraba un helicóptero del Ejército de Tierra.

Estaba tan confuso que no se dio cuenta de que un coronel de paracaidistas, con el uniforme de camuflaje, se situaba delante de él y se cuadraba, saludándolo con los dedos de su mano derecha en la boina.

—Comandante, sean bienvenidos a la base aérea de Alcantarilla. Es un honor para nosotros recibir con honores militares a los héroes de Gamadés.

Díaz asintió sin saber qué decir. Estrechó la mano que le tendía el coronel y continuó andando seguido de Almansa y los soldados de Regulares. Al volverse hacia ellos se dio cuenta de la imagen que daba el grupo en general. Estaban con los uniformes sucios y raídos, la piel cubierta de arena y sangre seca. Todos caminaron aturdidos con paso cansino entre las tropas que les rendían honores. A su paso las formaciones se ponían en posición de firmes y les tendían el pendón de cada compañía por donde iban pasando, como signo de reconocimiento.

Estaban tan abrumados por aquella muestra de respeto, por aquel silencio que los honraba por sus sacrificios y sufrimientos, que el trayecto hasta el helicóptero se prolongó una eternidad.

Pero no se dirigieron hacia el helicóptero. El coronel de paracaidistas los invitó a seguirlo hacia un hangar cercano.

—Les hemos preparado un refrigerio —le dijo a Díaz—. Seguramente sus hombres estarán hambrientos. También encontrarán duchas donde asearse y les proporcionaremos ropas limpias, si no les importa vestir como los paracaidistas.

En el centro del hangar vieron dispuesta una mesa larga y repleta de alimentos. A la izquierda había una puerta por donde fueron conducidos hacia unos lavabos, vestuarios y duchas.

Una vez aseados y vestidos con ropa limpia, consistente en uniformes de camuflaje que tenían el grado militar de sus destinatarios, se situaron alrededor de la gran mesa y se sentaron. Se miraron unos a otros pensando todos lo mismo: no tenían apetito. Estaban tan cansados que solo deseaban dormir un poco. Aun así hicieron el esfuerzo de probar alguno de los alimentos que les habían servido con la intención de no menospreciar la hospitalidad que les estaban brindando.

—Comandante —le dijo amablemente el coronel de paracaidistas a Díaz —, sígame, hay alguien que desea hablar con usted.

Díaz se levantó dócilmente y siguió al coronel hasta el final del hangar, allí ascendieron por unas escaleras y caminaron por un pasillo acristalado por donde podían observar toda la pista de aterrizaje. En ella seguía parado el avión italiano, cuyo fuselaje tenía un aspecto de metal quemado. La

formación de las tropas ya se había disuelto y solo se veían vehículos de mantenimiento circulando de un lado a otro.

Entraron en un despacho grande y muy iluminado por la luz que entraba par la ventana. Había un hombre en el centro de la estancia. Era bajito, pero de hombros prominentes. Díaz lo reconoció sin ninguna duda.

—General —lo saludó sorprendido—, ¿qué hace usted aquí?

—Comandante Díaz, me alegro de verlo de una pieza —le contestó el Secretario de Estado Director del CNI, el general Beltrán Soldevilla, estrechándole afectuosamente la mano—. Tenemos mucho de qué hablar. Por favor, tome asiento —añadió indicando con un gesto las sillas del despacho. Díaz se dejó caer sobre uno de los asientos. Se sentía agotado.

—Ha habido un ataque nuclear sobre civiles desarmados. Debe haber cientos de miles de víctimas.

—Sí, lo sabemos, pero han ocurrido muchas cosas más durante su ausencia. Debemos intercambiar información. ¿Qué es lo que vieron en Gamadés?

—Básicamente encontramos una ciudad muerta, sin ningún superviviente. El accidente del avión con el antídoto del H5N1 causó esa catástrofe. La tesis que teníamos sobre el incidente de la doctora Massó se ha confirmado. El enemigo no viene de fuera del planeta. Lo tenemos aquí mismo. Después de nosotros llegó al lugar un destacamento de *marines* de los Estados Unidos. Me imagino, por cómo actuaban, que nos estaban buscando para eliminarnos así como también para hacer desaparecer las pruebas del accidente del avión. Se me escapa semejante comportamiento entre aliados.

El general se sentó al lado de Díaz y le posó amigablemente su mano sobre la rodilla.

—Verá, los acontecimientos se están precipitando a gran velocidad. La resolución de la ONU y la fortificación del mundo occidental mediante las *Brands* están generando muchas dudas entre los aliados y más todavía en los países que han quedado fuera de la protección de nuestras fronteras. El resultado del lanzamiento del antídoto en las zonas presuntamente infectadas está teniendo resultados muy dispares. En aquellos lugares más afectados por los bólidos extraterrestres prácticamente no se ha dado ningún caso de contagio. Al contrario, en aquellos donde se ha lanzado un antiviral del H5N1, la población afectada es mucho más numerosa. La tesis del coronel Martín Herrero y del brigada Costa, en el caso de la doctora Massó, cobra veracidad a cada minuto que pasa. Su misión en Gamadés así lo confirma. Ya no tenemos dudas de que se está cometiendo un genocidio a gran escala en

nuestro planeta, mitigado en gran parte gracias a la actuación que nos ha venido del cielo desde la nave extraterrestre.

—¿Qué haremos entonces, disolver las *Brand*?

—De momento no podemos hacer tal cosa. No disponemos de las pruebas suficientes como para contravenir el Mandato de la ONU. Pero sí que estamos trabajando, no solo nosotros, sino muchos de los servicios de inteligencia de países aliados, en descubrir quién está detrás de todo esto y qué es lo que pretenden. Somos un grupo en la clandestinidad, pero suficientemente amplio y poderoso como para poder actuar cuando llegue el momento propicio.

—¿Le parece poca prueba lo que ha pasado en Gamadés?

—Solo tenemos su testimonio y el de los supervivientes de su grupo, ninguna prueba material. Incluso el ataque nuclear ha sido justificado como una imperiosa necesidad para que la infección no llegue al mundo occidental. El ISIS vació literalmente una gran parte del territorio libanés y del sur de Argelia de población civil y la hizo marchar hacia el norte, haciéndola servir como escudo humano. Su intención era romper la línea de defensa de la *Algerian Brand*. En este ataque nuclear han muerto más de un millón de personas, según hemos estimado.

Díaz, abatido, miró hacia el suelo del despacho y se sintió impotente. Volvió a sentir una enorme punzada de sentimiento de culpabilidad por no haber hecho caso en un primer momento a las advertencias del brigada Costa y del coronel Martín.

—¿Sabemos algo de ellos?

—Están todos vivos y a salvo, en la nave extraterrestre. Hemos podido contactar mediante Robledo de Chávela. Allí es donde tenemos congregados a todos nuestros testigos, bajo una estricta protección.

—¿Todos, la doctora Massó, el coronel y el brigada, el agente Simón, Freezer…?

El general asintió con una sonrisa.

—¿Parece un milagro, verdad? Todos ellos son nuestro mayor activo ahora mismo.

—¿Y qué harán ahora?

—Volver a la Tierra para explicar su experiencia. Tenemos que acabar con esta locura, pero pagando un precio.

—¿Cuál?

—Permitir que los extraterrestres se establezcan entre nosotros.

Los dos hombres permanecieron en silencio durante un largo tiempo.

—Esto se parece a una despiadada partida de ajedrez —admitió Díaz.

—Podemos ganar todo o perderlo todo —asintió el general—. Por eso debemos jugar con astucia. De momento concentraremos todo nuestro poder en Robledo de Chávela, que será nuestra base de operaciones. Usted partirá hacia allí y será mi contacto con los extraterrestres.

—Y a usted, ¿quién lo protege?

El general rio.

—Mucha gente poderosa, gobiernos enteros. No te preocupes por eso, tendrás la cobertura necesaria. Cuando consigamos que el coronel Herrero vuelva con nosotros, él será quien se haga cargo de la operación. Espero que lo ayudes en todo lo que precise.

—No lo dude, general. Así se hará.

—En esta tela de araña que debemos tejer, no puede fallar nada. Hay demasiado en juego. ¿Entiendes? Perderíamos el apoyo del que disponemos en estos momentos, solamente sostenible si tenemos éxito. En caso contrario, mucho me temo que todos acabaremos en prisión o muertos.

—¿Contra quién nos enfrentamos?

—Esa es, de hecho, nuestra misión. Averiguarlo. De momento «ellos» tienen el control y lo seguirán teniendo a no ser que hagamos algo para evitarlo. Ahora deben marcharse, los está esperando un helicóptero.

Díaz se levantó pesadamente y estrechó la mano del general Soldevilla.

—Suerte, general.

—Suerte, comandante. Espero que nos veamos pronto en un mundo en paz.

Díaz salió del despacho y encontró al coronel de paracaidistas esperándolo en el pasillo. Ambos se dirigieron hacia el hangar, donde lo aguardaba el resto de sus compañeros.

Todos se levantaron y miraron con curiosidad el rostro del comandante. Después lo siguieron hacia el exterior. Allí los estaba esperando el helicóptero.

—¿Adónde vamos? —preguntó el comandante Almansa.

—Al observatorio radioespacial de Robledo de Chávela —contestó Díaz sin detener su marcha—. Tal como te dije, nuestra misión no ha finalizado.

—¿Y qué haremos allí? —quiso saber el sargento de Regulares, que caminaba tras ellos.

—Seguir luchando, amigos. Cada uno con lo mejor que sepa hacer.

Por fin se dejaron caer en los asientos del helicóptero y pronto los rotores comenzaron a zumbar con un ruido ensordecedor.

Díaz echó un último vistazo al avión de carga italiano, parado en mitad de la pista, con la pintura del fuselaje totalmente ennegrecida por los efectos de la radiación. Le pareció ver cómo alguien los saludaba despidiéndose desde lo alto de la escalinata. Se puso los cascos de comunicación para poder hablar con el piloto.

—¿A Robledo de Chávela, piloto?

—Comandante, esas son mis instrucciones y por mi vida que allí llegarán sanos y a salvo —escuchó la voz del piloto fuerte y confiada dentro de los auriculares. Era evidente que el espíritu de lucha estaba reviviendo en todo el mundo. ¿Pero lucha contra quién?

* * *

Freezer, aun teniendo los ojos cerrados para evitar el espanto de la imagen que había presenciado, notó que le ponían una especie de capucha sobre la cabeza. También le ataron las manos por detrás de la espalda con una brida de plástico. Enseguida sintió cómo Su corto cabello empezaba a transpirar, empapándose en sudor. De hecho, a él mismo le costaba respirar. Todavía tenía grabada la imagen del cuerpo de Simón tendido en la dura tierra del desierto. Sus ojos vidriosos clavados en él, suplicantes, muertos.

Lo guiaron casi con brusquedad hacia un helicóptero. Una vez en el asiento, alguien se acomodó a su lado. La rodilla comenzaba a dolerle. Era como si se la estuviese devorando una rata.

—¿Qué, rubito, estás dispuesto a conocer nuestra hospitalidad?

Era Edwards el que se había sentado a su lado. Por unos instantes tuvo el impulso de lanzarse hacia él e intentar matarlo. Ese instinto le causó tal desazón que bajó la cabeza intentando entender sus sentimientos. Estaba en una espiral de rencor y violencia extraños para él.

—Te alegrará saber que te brindaremos la misma hospitalidad que me ofrecieron a mí en tu nave de mierda. Nuestros científicos estarán ansiosos de examinarte de pies a cabeza, no en vano eres un alienígena peligroso, ¿no? ¡Lo que me voy a reír! Debes reconocer que soy un tipo duro. He conseguido salir del encierro al que me habían sometido y encima te he capturado a ti y he dañado la nave extraterrestre.

—¿Por qué Simón…? —pudo decir Freezer. Sentía la boca terriblemente seca.

—¿El mequetrefe? No me era de ninguna utilidad. ¡Un gusano cobarde y traidor que no merecía vivir, créeme! Yo que tú me preocuparía por lo que

haremos contigo. La invasión de los rubitos toca a su fin.

El zumbido de los rotores del helicóptero puso fin a la conversación. Freezer hizo el viaje en compañía de sus torturados sentimientos. ¿Qué sería de la herida Unoa, de Shora, de Juan Costa, de Martín Herrero y la doctora Massó? ¿Qué sucedería con la *Granda Alveno* y con los humanos de Domo?

Nunca, ni en las peores noches de su cautiverio en la habitación del Centro de la Defensa en Madrid, se había sentido tan solo y desesperado.

Temblaba de ira y dolor. La desesperanza hacía mella en su alma, lo sentía a cada instante que pasaba, marchitándose ante la nueva situación que le esperaba. Otra vez había fallado en su misión. Nunca conseguiría transmitir a los dirigentes de Domo las verdaderas intenciones de Blua Suno. Incumplió con sus pensamientos en aquellos aciagos momentos la primera ley, preservar la vida del humano, la suya propia, ya que deseó dejar de existir.

* * *

Costa se lanzó al suelo instintivamente. Veía la Tierra debajo de sus pies y esta se agrandaba a una velocidad vertiginosa. Cerró los ojos embargado por un terrible vértigo. De hecho no sentía ningún movimiento, pero su cerebro no estaba acostumbrado a aquel tipo de trance que seguramente ni los mismísimos astronautas habían vivido. Era la primera vez que viajaba en una *boveno* de manera consciente y la experiencia le parecía aterradora. Era como caer desde el vacío infinito en una pesadilla.

—*La milita virbovo Kostas marsas de kvar vinktoj*. (El bravo guerrero Costa anda a cuatro patas) —comentó el piloto de la *boveno* mientras manejaba con sus manos las columnas de luces de la consola.

—*Estos la maniero kiu havas saluti al lia planedo. Gin devis jeti multe da malpli*. (Será la manera que tiene de saludar a su planeta. Lo ha tenido que echar mucho de menos) —dijo uno de los tripulantes mirando la extraña posición del brigada.

—*Povas esti kegi adoru al liajDioj. Instruís nin ke en Domo transiras en superajn estcgojn ol ilidonis al ili la vivon*. (Puede ser que esté adorando a sus dioses. El Maestro nos enseñó que en Domo creen en seres superiores que les han dado la vida) —aportó el otro tripulante.

—¡No puedo entenderlos, pero sí leer sus pensamientos, cabrones! —exclamó Costa sin despegar su frente de la plataforma. Tenía los ojos cerrados y temblaba de pies a cabeza presa del pánico—. Cuando vivan en la Tierra,

les daré un paseíto en una montaña rusa, la más grande que encuentre. ¡Entonces seré yo el que me ría!

Costa continuó con los ojos cerrados y se incorporó con dificultad. Se irguió y para su sorpresa mantuvo el equilibrio sin ningún tipo de problema. Controló la respiración y poco a poco se fue tranquilizando.

Abrió uno de los ojos y vio unos pequeños orificios que resaltaban sobre la transparencia del suelo. Sabía que si se dejaba caer sobre ellos lo recogería un colchón de ingravidez. Así funcionaba al menos en Unoa. Hizo la prueba y se sentó con cuidado. Instantáneamente notó el confortable sustento de una bolsa de aire. Luego se recostó e intentó relajarse. Pensó que le quedaba un largo viaje para llegar a su destino en la Tierra. El viaje del Apolo a la Luna duró tres días. Teniendo en cuenta que Unoa estaba más cerca, tal vez ellos lo acortarían a unas horas, dada la superior tecnología de los extraterrestres.

Casi al instante, escuchó la voz del piloto de la *boveno*.

«Ya estamos llegando, bravo guerrero. ¿Quieres llegar al mismo punto de aterrizaje de la *boveno* del Emisario?».

Costa abrió los ojos tras escuchar ese mensaje en su cerebro y vio sorprendido cómo sobrevolaban un desierto árido y plano. Al fondo se veían unas montañas que se aproximaban a ellos a gran velocidad.

«No —contestó el brigada del CNI todavía con la boca abierta por la sorpresa. El viaje apenas había durado unos pocos minutos—. Déjenme lo más cerca posible, pero sin que los puedan descubrir».

No notó la deceleración, pero sí pudo ver cómo la *boveno* se detenía muy cerca del suelo. Al instante se abrió una compuerta de la nada y se desplegó una rampa.

«Allí está tu destino —le indicó uno de los tripulantes con un gesto. A unos cientos de metros se podía ver la silueta de diversos objetos distorsionados por los espejismos de la calima—. ¿No quieres que te acompañemos?, puede ser peligroso».

Costa utilizó el lenguaje antiguo para comunicarse.

«No, hermanos, tienen que volver a Unoa y ponerse al servicio de la *Majoro*. Mi destino está escrito».

Con este pensamiento descendió por la rampa de la *boveno* y pisó el seco y agrietado suelo del desierto. Hacía un calor infernal y tuvo que protegerse los ojos del sol. A sus espaldas, la gran esfera saltó hacia el cielo y en pocos segundos desapareció de su vista.

Se sintió muy solo. Aprovechó esos instantes para poner sus pensamientos en orden, elaborar un plan. Estaba en territorio hostil y no tenía ni idea de lo

que iba a hacer. Por fin se encogió de hombros y comenzó a andar con brío hacia los objetos que se veían a lo lejos. Desde que había recobrado su antiguo físico, se sentía temerariamente invencible. También tenía la sensación de estar viviendo en un sueño permanente del que no quería despertarse. No sentía dolor y sus músculos lo hacían sentirse ágil y poderoso. Era como si su mente hubiese sido implantada en un cuerpo que no le pertenecía, pero esa sensación era realmente magnífica. Confiaba tanto en sí mismo que no tenía duda de cumplir su misión con éxito gracias a su capacidad física e intelectual. Aun así, tuvo un fugaz pensamiento de peligro, pero lo desechó con rapidez. El nuevo Costa era invencible. Al menos, locura o no, así se sentía, tan pletórico de fuerza que decidió correr en vez de andar. Sus piernas respondieron al instante y poco a poco fue ganando velocidad. La fina tela del traje se fue inflando en las plantas de sus pies a cada paso que daba, generando una almohadilla elástica que lo protegía contra las piedras del terreno y lo impulsaba hacia delante fácilmente. Sin darse cuenta, una sensación de felicidad lo invadió con tanta fuerza que comenzó a llorar y a reír al mismo tiempo. Fue consciente de su nueva realidad. Por fin era libre. Había abandonado la maldita silla de ruedas y ya no era un tullido. Miró sus manos y ya no estaban cuarteadas por el fuego. Así que todo aquello era verdad, no lo había soñado. Una experiencia tan extraña como la que había vivido bien podía haber sido un sueño. Siempre había una parte de él que temía despertarse en una cuneta próxima a Robledo de Chávela, moribundo con un balazo en el pecho. Y que Julia y Martín hubiesen muerto.

Pero aquello era real. La gente de Blua Suno lo había bautizado con el nombre de *milita virbovo,* y así había de ser.

Siguió corriendo como un atleta. La máquina de regeneración había hecho un gran trabajo con él, de eso no cabía duda. Pronto las engañosas brumas de calor se fueron disipando y pudo ver la esfera de una *boveno* inmóvil en el suelo, resplandeciente bajo el sol como una bola de cristal enorme. A su lado había un gran helicóptero de transporte y numerosas figuras humanas que vestían uniformes militares de camuflaje.

El aire le trajo el sonido de muchos gritos. Pudo ver cómo todas las personas que había allí se giraban hacia él y lo apuntaban con sus armas.

—*Stop or we'll shoot!* (¡Deténgase o disparamos!).

Costa fue ralentizando sus zancadas y poco a poco redujo su velocidad hasta acabar andando. Puso sus manos tras la nuca y caminó confiado hacia los militares que le apuntaban con sus armas automáticas.

—*Caim, I’m not armed*. (Calma, no voy armado) —contestó Costa mientras avanzaba hacia el grupo. Sus ojos analizaron el entorno: a su izquierda estaba la *boveno* con la compuerta desplegada. Unos metros más allá había un cuerpo inerte sobre el suelo. Era un hombre que estaba en una posición grotesca. De rodillas y el cuerpo hacia atrás con la cabeza girada en sentido contrario a la vista del brigada, por lo que no pudo identificar quién era. Pero pudo ver que su vestimenta era totalmente blanca. Sin duda era uno de los suyos. El corazón le dio un vuelco en el pecho.

—*I am. Juan Costa the brigade, from the National Intelligence Center Spain. I want to talk to whoever is in command*. (Soy el brigada Juan Costa, del Centro Nacional de Inteligencia de España. Quiero hablar con quien esté al mando) —dijo sin apartar la mirada del cadáver.

Un militar que empuñaba una pistola se separó del resto sin dejar de encañonarlo.

—*Where did you comefrom*? (¿De dónde ha salido?) —le dijo casi gritando.

Costa se movió hacia su izquierda para poder ver el rostro del cadáver. Ahogó un sollozo al reconocer a Simón. Tenía los ojos vidriosos y unas lágrimas ya secas habían hecho unos surcos en su rostro lleno de sangre mezclada con el polvo del desierto. Seguramente había suplicado por su vida.

—*I am Juan Costa the brigade, from the National Intelligence Center Spain. I want to talk to whoever is in command* —repitió Costa con brusquedad. Luego añadió apretando los dientes con fiereza—: *Whoever did that, it will pay*. (Quien haya hecho eso lo pagará).

—*Identify yourself*. (Identifiqúese) —requirió el oficial.

Costa bajó las manos de la nuca y se acercó a Simón. Consiguió poner su cuerpo sobre su regazo y cerrarle los ojos. Luego comenzó a llorar como hacía mucho tiempo que no lo hacía. Era tal la tristeza que sentía que su alma pareció resquebrajarse.

—Simón, amigo. Perdóname —dijo acariciando el rostro del cadáver.

—*Identify yourself!* —volvió a gritar el oficial acercándose a Costa sin dejar de encañonarlo con su arma.

—*Where is Colonel Edwards? No doubt this is his work*. (¿Dónde está el coronel Edwards?, sin duda esto es obra suya). —Costa pronunció estas palabras sin levantar la mirada. Tenía las mandíbulas encajadas por el odio—. *Where is the alien?* (¿Dónde está el extraterrestre?).

—*I don’t know what you mean. Put your hands on your head and drop to the floorface down*. (No sé de qué me habla. Ponga las manos en la cabeza y

tírese al suelo boca abajo).

Costa obedeció. Se tumbó y cruzó las manos en la nuca. Giró la cabeza para ver a Simón. Sin darse cuenta, sus lágrimas seguían deslizándose y se fundían con la arena que tenía bajo el rostro. Le agarraron las manos y se las llevaron a la espalda, sujetándolas con bridas de *nylon* tan fuerte que sintió cómo obstruían el riego sanguíneo de las muñecas. Lo llevaron en volandas entre cuatro soldados hasta el interior del gran helicóptero de carga y lo depositaron sobre el suelo metálico. Pudo ver las botas de dos militares que se quedaron a su lado en todo momento.

Estuvo un tiempo esperando que sucediera algo. Todo parecía en silencio excepto las voces que provenían del exterior. De repente entró un grupo de soldados y depositaron con cuidado una bolsa negra y alargada a su lado. Supo que contenía el cuerpo de Simón.

Alguien se arrodilló a su lado.

—*Take it easy; we have to verify your identity. Nothing for the world I would put a stranger in Homey Airport*. (Tómeselo con calma, tenemos que verificar su identidad. Por nada del mundo metería a un extraño en Homey Airport).

—*We are in the Area 51?* (¿Estamos en el Área 51?) —preguntó Costa sorprendido—. ¡Qué hijos de puta!

—Lo estoy entendiendo, brigada. Soy el capitán Ramírez —contestó el militar en castellano—. Descendiente de mexicanos.

—¡Y yo de valencianos!, ya me invitarás a frijoles en otro momento. Llévame a tu base, el tiempo apremia.

—De momento le tengo que poner un antifaz. No puede ver nuestra base.

Costa sintió cómo alguien le ponía una especie de capucha de tela por la cabeza y la ataba con firmeza alrededor de su cuello. Aunque podía respirar a través de los tejidos de paño, la oscuridad inundó sus ojos.

Se dio cuenta de que el helicóptero se alzó en el aire, así como el ligero tirón cuando tuvo que soportar la estructura de la *boveno*. Seguía notando la poderosa proximidad del cadáver de Simón a su lado y, por primera vez en mucho tiempo, cuestionó su manera de hacer las cosas. Él había metido en aquella aventura al criptólogo y ahora su cuerpo sin vida yacía dentro de una bolsa. Aquello no era un juego…

Su cabeza empezó a sudar dentro de la capucha. El calor era asfixiante y la tela se pegaba a su piel, produciéndole un terrible picor. Le daba lo mismo. Se sentía vivo y eso era lo que importaba.

Pensó en Martín y Julia, habrían llegado ya a Robledo de Chávela, en tierra amiga. Quién sabe lo que pasaría a partir de entonces. Tal vez el mundo ya estaba perdido y era demasiado tarde para enmendar el desastre. Pero él tenía que cumplir su parte: liberar a Freezer y darlo a conocer a las personas adecuadas, tenía un mensaje que dar a la humanidad y que fuera escuchado era primordial para la salvación de todos. El *Emissari* tenía que cumplir también su misión.

¿Por qué habría llevado Edwards al extraterrestre al Homey Airport, la base militar más secreta del mundo? Tal vez su subconsciente le había aconsejado que ese era el lugar idóneo para entregar a un alienígena y su nave espacial. No en vano numerosas generaciones siempre habían identificado, más como leyenda que por hechos objetivos, el Área 51 como una especie de centro de acogida y estudio de especies venidas de otros mundos. En este caso, los rumores se estaban cumpliendo. Era emocionante pensar que en breve tiempo pondría sus pies en un lugar tan misterioso.

Esa sensación vibrante se vio truncada por el recuerdo de Simón. Pensó que la única manera de honrar su muerte era salvar a Unoa. Entendió que aquel era el lugar donde había querido estar el criptólogo. Allí era admirado y valorado. Lo llamaban *Instruisto*, el profesor. Se arrepintió de cada una de las bromas pesadas que le había hecho y de no haber profundizado en su amistad. Si algo escaseaba en aquellos tiempos eran las almas limpias y honradas y Simón, sin duda, la tenía.

Suspiró y la tela de la capucha entró en su boca. Se estaba empezando a agobiar por el tremendo calor que comenzaba a abrasar su rostro.

De repente notó cómo el helicóptero comenzaba a descender para detenerse en suspensión en el aire durante un tiempo. Era evidente que alguien estaba desenganchado la *boveno* del fuselaje del aparato. Hubo un ligero tirón a través del suelo metálico y la aeronave ascendió hasta estabilizarse. Después se desplazaron unos segundos más hasta que sintió el ligero impacto del aterrizaje mientras las turbinas rugían revolucionadas. Poco a poco los rotores fueron desacelerando su impulso y por fin se hizo el silencio.

Alguien lo tomó por el brazo y lo obligó a ponerse en pie.

—Vamos, brigada, ya hemos llegado —le dijo el capitán muy cerca de su oído—. Déjese llevar, pronto le quitaré la capucha y soltaré sus manos. Siento el trato, pero es por seguridad. Ya me entiende.

Costa se dejó llevar dócilmente. Caminó sujetado por el brazo hasta que dejó atrás la plancha metálica del helicóptero. Sintió el calor del asfalto bajo

sus pies, pero una vez más el traje que llevaba puesto lo sorprendió y unas confortables esponjas aparecieron con forma de mocasines y mitigaron hasta hacerla desaparecer la quemazón que le producía el suelo.

Caminaron durante unos minutos. El sol calentaba su capucha y las gotas de sudor estaban empapando su piel y pelo a través del tejido.

Por fin escuchó el chasquido de una puerta y de repente un aire frío y seco lo envolvió por completo. Toda la humedad de su sudor se enfrió bruscamente sobre la piel. Caminaron metros y metros por lo que parecía un pasillo. Escuchaba al menos cuatro pares de botas que pisaban el suelo a su alrededor.

Por fin se detuvieron y sintió el graznido de las bisagras de una puerta al abrirse delante de él. Unas manos vigorosas lo empujaron por los hombros para que se sentara en lo que parecía una silla dura como la piedra. Por fin cortaron sus ligaduras de plástico y le retiraron la capucha.

Involuntariamente se llevó la mano derecha a los ojos para protegerse de la potente luz que brillaba en el techo.

—Bienvenido a Homey Airport, brigada —dijo una voz femenina en un castellano con marcado acento inglés.

* * *

Estaban todos en el exterior de las instalaciones de Robledo de Chávela, mirando hacia el cielo nuboso y amenazante. Hacía frío y el viento helado presagiaba lluvia o tal vez nieve.

Fuera de las instalaciones, detrás de las vallas, las unidades antimisiles del ejército siseaban al desplazarse sobre sus plataformas. Auscultaban el aire buscando posibles amenazas. Todo el espacio aéreo se había restringido a cien kilómetros a la redonda por encima del observatorio de los radiotelescopios.

Permanecían en un ansioso silencio, expectantes y emocionados. Pronto volverían a reencontrarse con las dos personas más importantes para ellos en aquellos difíciles momentos.

El profesor Ochoa estaba al lado del director Fajardo. Detrás de ellos los agentes del CNI Gemar y Pérez también miraban al cielo, así como el director del diario digital *Axioma*, Figueroa. Al grupo se les unieron unos recién llegados aquella misma mañana. Una sorpresa muy agradable que por desgracia había pasado a segundo plano ante la gran noticia. El comandante Díaz y un extraño y demacrado séquito compuesto por un comandante del

UME llamado Almansa y cuatro componentes del ejército de Regulares. Todos ellos supervivientes de la tragedia de Gamadés.

—Tienen que estar a punto de llegar. Las *bovenos* son extremadamente rápidas —comentó Ochoa mirando ansioso hacia las nubes.

—¿Qué es lo que comunicaron exactamente desde Unoa, profesor? —quiso saber Díaz.

—Que nuestros amigos volvían con nosotros. Estoy ansioso por conocerlos. La doctora Massó y su marido, el coronel Martín Herrero, nos guiarán con sus conocimientos recientemente adquiridos.

—¿Qué es lo que pasó con Freezer, el agente Simón y el brigada Costa?

—Freezer y Simón fueron secuestrados por el prisionero, Edwards. Costa salió en su búsqueda. La comandante de Unoa, Shora, desconocía su paradero, ya que no conoce los nombres geográficos de países y continentes. Pero por sus explicaciones creo que se encuentran en Norteamérica.

—Solo espero que Martín me perdone —comentó Díaz—. Si le hubiese hecho caso a él y a Costa, esto no habría pasado.

—Puede que tenga razón, comandante —replicó Figueroa—. El destino ha querido que todos ellos fueran rescatados y llevados a la nave extraterrestre. Como dice el profesor, podrán guiarnos. Además les han salvado la vida. Tenemos pendiente que nos cuenten su aventura en Gamadés, creo que usted ya ha saldado su deuda sobradamente.

No habían tenido tiempo de hablar con la expedición que había bajado en helicóptero hacía escasamente una hora. Ya los esperaban en la base de Robledo de Chávela con otro encuentro incluso más importante: El regreso de la doctora Massó, con las claves para resolver el misterio que atenazaba el horror que asolaba a la Tierra.

Ante las miradas ansiosas, un objeto esférico rompió las nubes a cientos de metros de altitud sobre sus cabezas, Antes de que se pudieran preparar para el aterrizaje, la *boveno* se posó elegante y silenciosa delante de ellos. Era enorme y su color metálico cambiaba continuamente en diversos tonos sutiles pero visibles para el ojo humano. El baile de colores se detuvo de pronto. La esfera descansó a unos centímetros del suelo y adquirió un aspecto de espejo muy pulido. Una puerta se abrió de la nada en su perfecta estructura y casi de inmediato apareció una rampa que se posó silenciosa sobre la hierba.

Todos aguantaron la respiración emocionados para contemplar cómo aparecían dos figuras vestidas de blanco. Una era un hombre enorme, de poderosos hombros y una poblada barba negra. Delante de él, una figura mucha más menuda, la de una mujer, bajó la rampa con delicadeza, sujetando

la mano del hombre que la precedía. Era hermosa, delgada y grácil, con unos ojos expresivos y sensibles que miraron a todos los asistentes con enorme gratitud.

—Martín, nuestros amigos de Robledo de Chávela —dijo a su acompañante con una sonrisa—. ¡Ya estamos en casa!

El hombre, por unos segundos, recorrió con su hosca mirada a los asistentes. Parecía un animal salvaje escrutando su territorio en búsqueda de posibles cazadores. Pero su rostro se dulcificó al ver caras conocidas. Las de los agentes Gemar y Pérez, pero sobre todo la del comandante Díaz. Se dirigió hacia ellos a grandes zancadas y los acogió entre sus poderosos brazos.

—Perdóname, coronel —dijo Díaz en su susurro devolviendo el abrazo compartido.

—Tengo noticias de tu aventura, comandante. No tienes por qué pedirme perdón. Gracias a ti estamos aquí.

Julia acarició la espalda de su marido y se dirigió a los asistentes con los ojos brillantes por la emoción.

—Como ya saben, soy la doctora Julia Massó. Este es mi querido marido, el coronel Martín Herrero. Venimos de Unoa, la Primera, donde nos han salvado de la muerte. Traemos un mensaje de paz y esperanza de su comandante, Shora, del planeta Blua Suno. Tenemos muchas experiencias que compartir con ustedes.

El profesor Ochoa se adelantó al grupo. Miró emocionado el abrazo de los agentes del CNI y carraspeó antes de hablar.

—Bienvenidos a Robledo de Chávela, cuna de la nueva civilización que habremos de compartir con nuestros hermanos de Blua Suno. Bienvenida, doctora Massó, la conocedora de la verdad que nos ha llevado a esta situación.

—¿Quién es usted? —preguntó Julia.

—Soy el profesor Ochoa, el *Instruido* de Blua Suno y fiel amigo de Shora. Viví entre ellos muchos años antes que ustedes. No encontrarán nadie mejor que entienda sus aventuras.

Martín soltó a sus agentes, que, visiblemente emocionados, se separaron de la pareja.

—Tenemos mucho de qué hablar y poco tiempo para hacerlo —dijo Martín con seriedad—. El tiempo apremia. Propongo que nos reunamos todos lo antes posible. Es imprescindible que intercambiemos información.

El director Fajardo se adelantó para hacerse ver.

—Es cierto, propongo que nos reunamos ahora mismo en el comedor. Pero antes les ruego que se cambien de ropa si lo desean y coman algo.

—En mi vida nos hemos sentido más cómodos —le contestó Martín buscando con la mirada la aprobación de su mujer—. Y no tenemos apetito. Nuestros anfitriones nos han cuidado bien, no se preocupe. ¡Vayamos a trabajar!

Ninguno había reparado en las tres figuras que permanecían de pie en la rampa de la *boveno*. Vestían de blanco, al igual que Martín y Julia, pero a diferencia de ellos llevaban livianas protecciones sobre todo su cuerpo.

—*La Majoro Shora ordigis nin ke nin restas tie por kiu bezonas*. (La comandante Shora nos ha dicho que nos quedemos aquí para lo que necesiten) —dijo uno de ellos.

—*Estu benvinguts. Nifrue bezonos viajn servojn*. (Sean bienvenidos. Pronto necesitaremos de sus servicios) —contestó el profesor Ochoa.

—*La tri nin prezentis propravolaj por akompani kaj protekti al la milita kaj al la científica. Car estas la samaj ol iliportis ilin al Unoa por savi al ili la vivon. Ni aúdas nin respondecaj de ili* —dijo con sobriedad uno de los extraterrestres.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Julia al profesor.

Este, visiblemente emocionado, tardó algún tiempo en contestar.

—Se me había olvidado cuán noble es esta raza —dijo mirando a la tripulación de la *boveno*—. Ha dicho «Los tres nos hemos presentado voluntarios para acompañar y proteger al guerrero y a la científica. Porque somos los mismos que los llevaron a Unoa para salvarles la vida. Nos sentimos responsables de ellos».

Julia se volvió hacia los tres extraterrestres y caminó hacia ellos subiendo por la rampa de la nave. Antes de que pudieran reaccionar, los besó en la mejilla uno a uno. Todos ellos dieron un paso atrás sin entender la situación.

—*Proponis al Vi lian dankemon kun kiso. Estas pravo de amo al via sindedico*. (Les ha ofrecido su gratitud con un beso. Es una prueba de amor hacia su dedicación) —explicó Ochoa.

—Gracias por salvarnos la vida —les dijo Julia con una sonrisa.

—*Ni neniam tusas nin. Sed, egala ol la malnova lingvo, la sciencistino pruvis nin kun la kontakto lia dankemo. Tielgin aüdis kaj ni aúdas nin rekompencitaj* —dijo uno de los extraterrestres tocándose la mejilla donde había recibido el beso.

—¿Qué ha dicho, profesor? —quiso saber Martín.

Ochoa sonrió.

—Ha dicho «Nosotros no nos tocamos nunca. Pero la científica nos ha demostrado con el contacto y no con la mente su gratitud. Así lo hemos sentido y nos sentimos recompensados».

Comenzaron a caer copos de nieve. La tripulación de la *boveno* se introdujo en la nave y cerraron la compuerta. El grupo que había quedado en el exterior continuó con las presentaciones.

—Coronel Herrero, doctora Massó, soy el director de la base del radiotelescopio espacial de Robledo de Chávela —dijo Fajardo estrechando la mano de los recién llegados—. Tal vez no conozcan al comandante Almansa, de la UME, al sargento Duarte y los soldados de Regulares Silva, Moreno y Castro, todos ellos supervivientes junto con el comandante Díaz del holocausto de Gamadés. Han llegado esta misma mañana al igual que ustedes y estoy seguro de que tienen muchas cosas que contarnos. —Luego se giró para mirar con una sonrisa al hombre de apariencia desaliñada que se mantenía algo alejado del grupo—. Este señor tan tímido es Javier Figueroa, director del diario digital *Axioma*. Ya han conocido al profesor Ochoa, me atrevería a decir el alma de este variopinto grupo.

Martín los fue saludando a todos con un vigoroso apretón de manos mientras que Julia les dedicaba una reconfortante sonrisa.

—¿Sabemos algo de Costa? —preguntó Martín mirando a los agentes del CNI.

—No, lo siento —contestó Gemar—. Tal vez ahora nos informen. El Secretario de Estado Director nos está esperando para una videoconferencia. Propongo que no lo hagamos esperar.

—Vamos, pues —dijo Fajardo indicando con un gesto que el resto de los asistentes lo siguieran.

Entraron al edificio central y caminaron por sus pasillos algo estrechos pero bien iluminados.

Por fin llegaron al comedor, en donde se había improvisado una gran mesa de reuniones juntando las pequeñas mesas del recinto. En la cabecera había instalada una pantalla de televisión de cincuenta pulgadas que permanecía apagada en aquellos momentos. Cada uno ocupó una silla y permanecieron en *silencio* mientras Gemar escribía en un teclado próximo al monitor. De repente la imagen de un hombre trajeado, de amplios hombros y escaso cabello apareció en la pantalla. Tenía las manos entrelazadas sobre la mesa de su despacho y pareció escrutar los rostros de los que estaban en la sala. Su semblante, duro como una piedra, se desplegó en numerosas arrugas

en una amplia sonrisa. Era el Secretario de Estado Director del CNI, el general Beltrán Soldevilla.

—Martín, lamento no estar ahí para darte un abrazo a ti y a tu esposa. Me alegro mucho de verlos a salvo y con tan buen aspecto.

—Igualmente, general —dijo Martín.

—Bueno, señores —dijo el general Soldevilla—, el destino ha hecho que se encuentren todos ustedes en las instalaciones de Robledo de Chávela. El destino y, por qué no decirlo, la mano del CNI. —Hizo una pausa mientras los miraba a través de la pantalla con unos ojos enrojecidos por la falta de sueño, enmarcados en profundas ojeras—. Los he congregado a todos en esta reunión para unificar experiencias y datos. Yo, a mi vez, también les informaré sobre la situación global que estamos viviendo. A partir de aquí, una vez esclarecidas nuestras posiciones, estableceremos un plan de trabajo. Antes de que me lo pregunten, cada uno de ustedes tiene un papel muy importante en este asunto, sea científico, militar o civil. Antes de comenzar a trabajar, les explicaré las medidas que hemos tomado hasta el momento para proteger, digamos, sus vidas personales. Quiero que se encuentren seguros y tranquilos en este sentido.

»Los hijos del coronel Martín y la doctora Massó, así como sus abuelos, están a salvo y protegidos por un equipo de operaciones. Nadie se podrá acercar a ellos, se los aseguro. Los militares del Cuerpo de Regulares y de la UME han sido destinados a este lugar, Robledo de Chávela. Tanto sus familiares como mandos han sido convenientemente informados para su tranquilidad. Las personas allegadas a los caídos en Gamadés también han sido notificadas de este desgraciado incidente propio del riesgo del combate en situación de guerra. El profesor Ochoa no tiene familiares conocidos, por lo que nos hemos tomado la libertad de informar a su asistenta de que está en un largo viaje del cual tardará mucho en regresar. Parece que esta noticia no la tomó por sorpresa. Nuestro periodista, el señor Figueroa, no tiene familia y el contacto con sus colaboradores de redacción seguirá su conducto habitual de trabajo desde estas instalaciones. ¿Les parece a todos bien?

—¿Costa, Simón y Freezer? —quiso saber Martín.

—En cuanto al brigada Costa, me complace informarles que se encuentra sano y salvo en las instalaciones de una base militar norteamericana. Está allí para proteger la integridad de nuestro amigo Freezer. Por desgracia, debemos lamentar la pérdida del agente Simón Gutiérrez. Su muerte será investigada y su autor tendrá el castigo que se merece.

—¿Simón ha muerto? —preguntó Julia conmocionada. Martín la abrazó con fuerza. Él también estaba visiblemente afectado.

—Sí —respondió el general.

—¿Edwards? —quiso saber Martín encajando los dientes con furia.

—Sí. Pero estoy seguro de que se hará justicia, coronel. No en vano tenemos a Costa pegado a sus talones.

—¿Por qué Simón? —se lamentó Julia—. Nunca ha hecho daño a nadie.

—Corren tiempos difíciles, doctora. Está comprobado que almas depravadas se están haciendo cargo de la destrucción de nuestro mundo, tal y como lo conocemos. Por eso estamos aquí, para impedirlo.

—Quiero ver a mis hijos —reclamó Julia con firmeza—. Tienen que estar preguntándose dónde están sus padres. Son muy pequeños y nos necesitan.

—Irá, doctora, más pronto que tarde, se lo aseguro —respondió el general —. Pero antes nos ha de explicar su experiencia. Esta reunión y sus declaraciones están siendo grabadas. Serán enviadas a diversas instituciones en todo el mundo con la finalidad de mostrar una prueba de lo que está sucediendo y el posible origen del problema. Como dije antes, en esta sala se concentra una gran parte de las personas que pueden dar luz a esta situación tan oscura. Si no les importa, empezaremos por la declaración de la doctora Massó.

Julia tragó saliva. Su recuerdo viajó a un pasado no muy lejano. Se vio en una reunión en el despacho del director del Centro de Astrobiología. Explicó cómo se tomó la decisión de utilizar el Rover REMS-2 para monitorizar la composición de los gases que estaban liberando los bólidos extraterrestres. Habló de Smith, el agregado científico de la embajada norteamericana, el cual se ganó su confianza y la convenció de que se marchara en busca de sus hijos después de averiguar que la humanidad no corría ningún peligro. Rememoró angustiada la terrible agresión de la que fue víctima cuando se dirigía al domicilio de sus padres. Aquel pensamiento le produjo un tremendo dolor. Porque al poco se sintió morir y después despertó en una nave extraterrestre. Su marido la tomó de la mano y se la apretó con firmeza, dándole todo su apoyo.

Tras acabar su relato, todos los asistentes la miraron con admiración. Acababa de aclarar, de una vez por todas, la verdad del inicio de aquel holocausto. El terrible engaño a que se había sometido a toda la humanidad quedaba develado ante aquellas palabras. Una verdad que produjo la brutal agresión a la que fue sometida Julia para intentar silenciarla. El supuesto ataque extraterrestre no fue otra cosa que un intento de mitigar un exterminio.

La historia de Julia finalizó con su extraordinaria aventura en las entrañas de Unoa. Unas lágrimas de sufrimiento resbalaron por sus mejillas cuando explicó que la nave nodriza de Blua Suno se estaba muriendo debido al cobarde ataque de Edwards. Allí arriba habían quedado más de treinta mil humanos que estaban en verdadero peligro de muerte.

—Queda claro hasta ahora que hemos sido engañados en cuanto a las características del ataque extraterrestre —admitió el general, visiblemente conmocionado. Suspiró y continuó hablando—. Sigamos enlazando hechos. El coronel Herrero, con la ayuda del brigada Costa, averiguó que teníamos recluido a un extraterrestre, Andreas Tagle, cuyo nombre real era Freezer. Coronel, cuéntenos su experiencia.

Martín suspiró y, al igual que Julia, hizo trasladar su mente a unos días atrás, que le parecían años. Visitó a Costa en el archivo de expedientes confidenciales del CNI. Allí este le informó de la existencia de un extraterrestre recluido en el Hospital de la Defensa Gómez Ulla. Fue desarrollando su relato y sintió el dolor de la pérdida inminente de su mujer. Después, de Costa, que prácticamente sucumbió abatido a tiros en una carretera secundaria de Robledo de Chávela. También rememoró la terrible batalla que se desarrolló en los pasillos del Hospital 12 de Octubre al defender la vida de su mujer. Él también casi murió allí y fue salvado en Unoa, lo que no sucedió con sus compañeros, que perdieron la vida. Como por desgracia no estaba allí Costa para contar su historia, lo hizo por él. Contó que el brigada ideó una estratagema para contactar con los extraterrestres a través de Freezer. Para ello tuvo la ayuda de un criptólogo del CNI, el agente Simón Gutiérrez, desgraciadamente asesinado. Este y Freezer habían sido apresados por Edwards, un coronel de la NSA responsable directo de la ejecución de un equipo entero del CNI, rescatado por estar herido y conducido a la nave alienígena. También explicó su experiencia en la nave Unoa, dejando claro que no tuvo en ningún momento sensación de amenaza. Todo lo contrario. Explicó que no habían sido sometidos a ningún tipo de sugestión y que no se les impidió el acceso a las instalaciones de la nave, así como que casi todas sus dudas fueron contestadas de una manera totalmente transparente. Finalizó su exposición asegurando que la amenaza estaba en la Tierra, no en el espacio.

—Bien —dijo el general Soldevilla—. Gracias, coronel. En este punto de la historia tengo que pedir disculpas por mi falta de visión y confianza en ti y en el brigada Costa. Tal vez la situación hubiese sido otra. En mi defensa tengo que decir que las circunstancias eran extremadamente graves y toda mi

atención se dirigió a la visión global de la amenaza y al cumplimiento de la Resolución de la ONU. En este punto, y para fortuna de todos, el comandante Díaz también tomó decisiones propias. Ha llegado el momento de que nos explique su experiencia.

Díaz se movió intranquilo en su asiento, mirando de reojo a Martín. Este asintió como prueba de confianza, mostrándole una abierta sonrisa.

Por fin empezó a hablar tras un ligero carraspeo. Martín pudo apreciar la gran degradación que había sufrido su rostro en poco tiempo, fruto seguramente de las duras experiencias vividas. Sus ojos estaban hundidos en unas profundas ojeras y la piel macilenta estaba pegada a pómulos y mejillas como un cuero blanquecino y surcado de arrugas. No sentía ningún resentimiento hacia él. Más bien al contrario, era consciente de que sus decisiones habían facilitado sobremanera que todos ellos se encontraran reunidos allí en aquel momento.

—Debo decir que cuando ocupé de manera provisional el puesto de Martín, me pudo el ego. No quise escucharlos a él ni al brigada Costa y mi objetivo era destacar como un buen gestor de la Oficina de Seguridad Nacional. —Díaz hizo una pausa para digerir su sentimiento de traición—. Pero cuando tuve conocimiento de las matanzas de la carretera de Robledo de Chavela y del Hospital 12 de Octubre, supe de inmediato que me había equivocado. Reflexioné sobre la información que me había proporcionado sobre todo el brigada Costa y tuve claro que los hechos le habían dado la razón. Decidí en aquel momento cambiar de estrategia y busqué la redención de mis errores. Volví a la esencia de mi ser, a analizar la información y a tomar decisiones bajo presión, no en vano soy el jefe del servicio de operaciones. Hice una apuesta arriesgada, aprovechar la enorme influencia de la prensa para buscar información de lo que se nos podía avecinar. Lógicamente esta fue una de las vías que abrí para conocer la verdad. Fue de esta manera que pude contactar con el director del periódico digital *Axioma*, un brillante analista que llamó mi atención por las acertadas conclusiones a las que había llegado tras analizar la actualidad de hechos informativos. Sabía que la gran difusión de su diario podría llegar a alguien que nos pudiera dar información. Por otra parte, su información sin contrastar dio una pista concluyente para que se ejecutara el ataque al Hospital 12 de Octubre. Utilicé este hecho como una especie de chantaje emocional. Fue una apuesta arriesgada que dio resultado. El profesor Ochoa contactó con nosotros para darnos una información, basada en sus experiencias personales, que superaban con creces las más altas de mis expectativas. Él se ha revelado

como la clave de todo lo que está pasando en nuestro mundo. Paralelamente fui apartado de mi puesto de director provisional del Centro de Seguridad Nacional, siempre con la connivencia del Secretario General Director y con el objetivo de complacer, al menos temporalmente, las reclamaciones de nuestros aliados, sobre todo las de un almirante norteamericano llamado Smith, que hablaba en nombre de la Resolución de las Naciones Unidas. Fue así como me dirigí a mi nuevo destino forzado: la *Brand* de Argelia. Desde allí, y con el apoyo del general Soldevilla, continué con mi misión de congregarnos en lo que consideramos era el lugar idóneo para lograr el mayor número posible de personas relacionadas con este asunto. Como jefe de operaciones del servicio de inteligencia de la *Brand*, tuve noticia de que uno de los aviones que estaban expandiendo el antivirus del H5N1 había caído a las afueras de Gamadés y que la población de esa zona no daba señales de vida. Rápidamente pensé que la teoría de Julia, la que nos decía que la agresión procedía de la propia Tierra, cobraba fuerza y lo tenía que verificar sobre el terreno. Contacté con el grupo de riesgos químicos y biológicos de la UME para que me acompañaran y realizaran un estudio científico de la catástrofe. El comandante Almansa es el único superviviente de su unidad. También nos acompañaron como escoltas soldados de una unidad de Regulares, que sufrieron grandes pérdidas. Tienen ante ustedes a todos los supervivientes de esa aventura. Fue como descender a los infiernos y hemos sobrevivido de milagro, por fortuna, para explicar nuestra experiencia. Quiero que sean mis compañeros los que expliquen la situación que hemos encontrado en el Sahara oriental. Sargento, es su turno.

El sargento de Regulares pareció salir de una pesadilla. Las palabras de Díaz lo habían trasladado a los amargos momentos vividos en Gamadés.

—Tal como pintaba la cosa —dijo en tono pausado y mirando cabizbajo a cada uno de los asistentes—, parecía que nos enfrentábamos a una misión de reconocimiento fácil y sin demasiados problemas. Teníamos que explorar un territorio baldío, lleno de muerte y por lo tanto sin riesgo de combate. No contábamos con que el ISIS había aprovechado la ocasión para ocupar también aquel territorio. Tampoco nos esperábamos que todo un ejército aerotransportado de *marines* aterrizara en el lugar con la evidente intención de borrar huellas de la caída del avión que transportaba y diseminaba el antivirus. Se retiraron del lugar tan rápidamente como habían llegado, con la evidente intención de poner a salvo su vida para lo que vendría después: un ataque nuclear que arrasó toda aquella región. No dudaron en eliminar a cientos de miles de personas que eran conducidas por el ISIS como un ganado

hasta la frontera de la *Brand*, como un terrible escudo humano. Pienso que fue la excusa perfecta para destruir en forma indiscriminada a una gran parte de la población del Sahel. Seguramente ni nuestros enemigos del Estado Islámico esperaban esta respuesta del civilizado mundo occidental. Créanme si les digo que se trató de un auténtico genocidio. Fui testigo de ello. Soy sincero al decirles que mis creencias de luchar por un mundo justo se están tambaleando en estos momentos. Y el cansancio, pena y dolor de las muertes de las que he sido testigo pueden influenciar en lo que voy a decir ahora, pero no pienso participar en esta locura. Antes me despellejan vivo. Soy un soldado, no un asesino.

—Sargento —se escuchó la voz del general por los altavoces de la sala—, créame si le digo que lo último que nos hace falta ahora es alguien que no tenga el espíritu rebelde de la razón. Por eso está aquí junto con sus soldados. Mi gratitud y reconocimiento por la labor que han realizado todos ustedes. También mis condolencias por los compañeros perdidos. Tenga bien presente que todos los que estamos reunidos aquí estamos fuera de sospecha en cuanto a conformidad de la situación en la que estamos sometidos. Si no estuviera seguro de sus intenciones, y la de los soldados a sus órdenes, no estarían aquí.

—Gracias, general. Me tranquilizan sus palabras y cuente con mi grupo para lo que sea necesario. —El sargento Duarte miró a los soldados supervivientes de su escuadrón y estos asintieron.

—Bien —dijo el general desde el plasma—, ahora ha llegado el momento de saber la opinión del comandante Almansa. Como científico, díganos lo que observó en Gamadés.

—Gracias, general, intentaré ser lo más entendible en mis apreciaciones. Al mismo tiempo seré crítico con lo que he visto y aportaré una base científica tal y como usted pretende, huyendo de mis sentimientos personales. Quiero creer en el extraño escenario que ha montado usted aquí, pero es una apuesta personal que hago para mi propia salud mental, lejos de la razón. No veo cómo nuestro variopinto grupo puede aportar algo que pueda cambiar el destino de la humanidad.

—La respuesta a sus dudas serán develadas por los testimonios de los aquí presentes.

—La misión de la unidad de la UME de la cual era responsable era determinar lo que había sucedido en Gamadés. Teníamos conocimiento a través del comandante Díaz del accidente de un avión cargado de antivirus que había coincidido con la eliminación de la población. Nuestra misión era determinar lo sucedido en el lugar. Tengo que reconocer que

desgraciadamente lo que nos encontremos allí superó con creces mis temores. No había ningún superviviente. Antes que nada debo admitir que me vi desbordado por la situación y que no pude recoger ninguna muestra para reforzar mi diagnóstico. Estoy especializado en medicina forense biológica, por lo que espero que mi opinión sea tenida en cuenta tras haber inspeccionado numerosos cadáveres. Estos presentaban síntomas evidentes de haber padecido una violenta infección en las vías respiratorias, con hemorragias visibles en nariz y boca. Mi diagnóstico es que fallecieron por asfixia producida por un virus tremendamente virulento y rápido que destruyó los tejidos pulmonares. Teniendo en cuenta que esta extraña plaga había acabado con miles de vidas en muy poco tiempo, he de reconocer que me es muy difícil determinar la composición del virus sin un muestreo de tejidos. Pero he visto estos síntomas en estudios anteriores y estoy en condiciones de afirmar que se trata de una variante del H5N1, el virus más letal conocido hasta el momento. Una masificación en el aire de enzimas podría provocar esta reacción en el organismo. El origen parecía evidente y no me queda otra cosa que pensar que este procedía del accidente del avión de transporte de la OTAN. El humo envolvía la ciudad. Nosotros no nos vimos afectados por estar previamente vacunados. En caso contrario también hubiésemos sucumbido cuando nos tuvimos que quitar los equipos de respiración autónoma. Quiero recalcar, al igual que mis compañeros, que estoy en total desacuerdo con cómo se están desarrollando los hechos. He sido testigo, al igual que ellos, de un exterminio brutal y no moveré un dedo hasta no estar convencido de que nuestros esfuerzos a partir de ahora serán para enmendar esta situación.

—Comandante, ese es el motivo por el que estamos aquí —dijo el general a través de la pantalla—. Pero tengo que ser sincero y reconocer que la situación no nos es favorable. Aún les tengo que pedir muchos más sacrificios, incluso sin poder garantizar que estos den el resultado idóneo.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Martín.

—Las instituciones internacionales siguen cumpliendo al pie de la letra el Mandato de la ONU, pero en Ibn catacumbas de los Estados occidentales sigue imperando el sentido común. Por desgracia eso quiere decir que estamos abocados a hacer un doble juego. El mío es el de acatar órdenes. El suyo será el de dar la vuelta la situación con acciones que, me atrevería a decir, están fuera de la ley. Tenemos que identificar y destruir al enemigo que está destruyendo a nuestro mundo.

—¿Cómo debemos actuar? —quiso saber Díaz.

—Por desgracia, les hablaré con sinceridad. Tendrán que realizar todos ustedes misiones prácticamente suicidas.

* * *

El general Lawrence maldijo entre dientes ante la presencia de aquel malcarado. No podía sentir más que una gran repugnancia hacia su actitud, sobre todo, por su prepotencia e insolencia.

Escuchó su historia con suma atención, pero su mente se negaba a creerle.

Aquel individuo, presentándose él mismo como el coronel Edwards, le explicó historias increíbles. De cómo había eliminado a uno de los hombres que lo había acompañado en la nave extraterrestre, el cual, según su versión, era un traidor peligroso para la seguridad mundial. De su terrible experiencia en aquella siniestra nave alienígena, donde sufrió espantosas torturas. De cómo consiguió huir apresando a uno de los componentes más importantes de aquella civilización, llamado Freezer. También le dijo que el servicio de inteligencia español, el CNI, estaba confabulando con aquellos seres.

A su mente vino la historia que circulaba como un rayo por todos los ejércitos occidentales y que en muy poco tiempo se había convertido casi en leyenda. Como militar se debía en cuerpo y alma a su país, pero los tiempos que corrían hacían tambalear esa creencia, por lo menos en lo que concernía a las directrices políticas que estaban cambiando la faz del mundo de una manera dramática. La constitución de las *Brands* y el holocausto que estas estaban provocando en medio mundo, y sobre todo el ataque nuclear en el norte de África con más de un millón de víctimas, hacían tambalear sus firmes creencias de fidelidad. En contra, esa historia, casi leyenda, hablaba de una científica que había encontrado la verdad de todo aquello. Su mundo se tambaleó y, al igual que otros muchos servidores de la seguridad del mundo libre, dudó. Después, sin darse cuenta, creyó y por fin su alma, sedienta de justicia, se unió a la corriente dominante, *The truth of Julia* (La verdad de Julia). Seguía cumpliendo órdenes, pero al mismo tiempo se mantenía en contacto con la marea creciente que se extendía por el mundo entero. La esperanza de poner fin a aquella locura tenía un nombre: la doctora Julia Massó.

Por eso sentía tanta repugnancia hacia la versión del tal coronel Edwards. Él representaba todo lo que odiaba, el orden establecido, el que había permitido el holocausto que vivía el mundo, la destrucción en su fe de que servía a una civilización justa.

Escuchaba casi horrorizado las explicaciones de aquel individuo sobre cómo eliminó a un grupo completo de la Inteligencia española por el bien de la seguridad nacional. Y su estómago se revolvió ante la explicación de detalles de semejante despropósito.

—Cumplí órdenes —le decía aquel canalla—. Y las ejecuté sin pensarlo.

—¿La doctora Massó consiguió vivir? —preguntó conteniendo su ira.

—Esa zorra tiene mucha suerte. Sí, sigue viva y está en esa mierda de nave espacial, en compañía del cabrón de su marido, el coronel Martín Herrero, y ese tullido, Costa. Todos ellos traidores y que no merecen otra cosa que la muerte. Por fortuna, conseguí dañar la máquina que gobierna la nave extraterrestre. Si no me equivoco, tendrán problemas para que continúe funcionando.

El general Lawrence iba a contestar agriamente cuando sonó el teléfono de su despacho.

—¿Sí?

—General, tengo al otro lado de la línea al almirante Smith, ayudante del Secretario de Estado de Defensa, desea hablar con usted.

—Pásemelo, teniente —contestó el general a su secretario—. General Lawrence al habla. ¿En qué puedo ayudarlo, señor?

—¿Tienen ustedes recluido a un extraterrestre?

—Sí, almirante.

—Tengo entendido que esto es gracias al coronel Edwards, del NSA. ¿Se encuentra con usted, general?

—Lo tengo delante de mí en estos instantes.

—Espero que lo esté tratando como el héroe que es. Pásemelo, quiero hablar con él.

—Puede ser que no sea conveniente, almirante, lo estoy interrogando en estos momentos.

—¿Es usted imbécil, general? El coronel Edwards es un héroe nacional. ¿Acaso pone en duda su acto heroico? ¿Quién cojones es usted para someter a interrogatorio a este hombre? ¡Ha sobrevivido a una reclusión en la puta nave extraterrestre que nos amenaza, y encima ha apresado a uno de sus líderes! ¡Pásemelo inmediatamente!

—¡Sí, señor!

El general Lawrence pasó con desgana el auricular a Edwards, que lo miraba divertido.

—Coronel Edwards al habla —escuchó con los ojos brillantes de un psicópata mirando fijamente al general. Su sonrisa cada vez se hacía más

amplia y asentía con la cabeza con evidente satisfacción—. Sí, almirante…, sí, almirante…, bueno, parece que aquí no soy muy bien recibido…, gracias, almirante, por su reconocimiento…, le paso con el general… —Edwards tendió el auricular al general—. El almirante quiere hablar con usted.

Lawrence tomó el teléfono y se lo llevó al oído mirando con enorme desprecio a Edwards.

—Sí, señor.

—General, enviaré a alguien a buscar al coronel Edwards, ¿alguna objeción?

—No, señor.

—Informaré al Secretario de Estado de su actitud en contra de un héroe nacional, general. Espero que cuando llegue allí no me ponga ningún extraño impedimento. Su actitud me huele a sublevación. ¿Me equivoco?

—Yo solo buscaba información de las experiencias del coronel Edwards —contestó agriamente Lawrence—. Ha matado a una persona, a un agente del Centro de Inteligencia Nacional de España, un país aliado. Es mi obligación interrogarlo al respecto. Esta base es de mi responsabilidad, almirante, y considero una injerencia su actitud.

—Tengo unos cuantos galones más que usted, general —gritó el almirante Smith al otro lado del auricular—. Me la sudan sus competencias. ¿No ha entendido mis órdenes?

—Sí, almirante. Entiendo sus instrucciones. Pero sigo siendo el comandante en jefe de esta base, y mientras lo siga siendo, utilizaré el protocolo de seguridad. Es mi deber.

—¿Su deber? —estalló la voz en el auricular del teléfono—. Su deber es obedecer órdenes, imbécil. ¿Con quién se cree que está hablando?

Se hizo un prolongado silencio.

—Creo que con un ayudante del Secretario de Estado de Defensa, almirante. Pero su actitud deja mucho que desear —contestó el general. Su voz temblaba porque jamás en su vida profesional había discutido una orden. Pero aquello era diferente. Su mente seguía influenciada por *The truth of Julia*, y eso le daba valor. Luego repitió su argumento, luchando contra su propia creencia de la obediencia debida—. El coronel Edwards está siendo interrogado por mí. Usted puede venir a buscarlo, si lo desea, pero ha habido una muerte en mi territorio y la tenemos que investigar. Ahora soy la autoridad y haría usted bien en respetarla.

—Dispongo de plenos poderes del Secretario de Estado. ¿Se quiere usted enfrentar a eso?

—¿Se atreve usted a dudar de mis competencias dentro de mi propia base? Nos rigen unas leyes, almirante, y hasta usted está en la obligación de cumplirlas.

—¿No entiende que es un asunto de seguridad nacional, general?

—Entiendo que soy el mayor responsable de esta base. Y hasta que se me diga lo contrario, así seguirá siendo, almirante.

—Esa situación durará muy poco. ¿Es consciente, general?

—Lo soy.

—En cuanto mi poder llegue a su base de mierda, entenderá quién es el que manda.

—Hasta que eso suceda, almirante, el responsable soy yo y trabajaré según mi criterio, que, me temo, no es el mismo que el suyo. Usted no entiende de razón alguna. Cuando sus hombres lleguen, disponga lo que le venga en gana, pero mientras tanto, soy la máxima autoridad aquí.

—Por ahora, general. Mientras tanto, cumpla mis órdenes.

—Sigo siendo la máxima autoridad aquí, almirante —contestó el general. Colgó el teléfono sin esperar una respuesta. Casi de inmediato se arrepintió.

Esa flaqueza la detectó Edwards y la aprovechó.

—Algo me dice, general, señor, que hoy no va ser un buen día para usted.

Permanecieron en silencio durante un largo espacio de tiempo. Edwards miraba irónico al general mientras este permanecía con los ojos cerrados, presa de la incertidumbre y la ira.

Esta escena se interrumpió con la entrada en el despacho de una mujer alta y elegante, de unos cuarenta años, vestida sobriamente con un traje de color azul oscuro, casi negro, con una chaqueta, una falda lisa hasta la rodilla y una blusa blanca. Desprendía una sensación de elegancia austera propia de un alto funcionario. Tenía el cabello rojizo atado en una cola, que hacía que sus ojos verdes como esmeraldas, brillantes e intensos, adquirieran unos rasgos casi orientales.

Lawrence levantó la mirada y sonrió ante la presencia de la mujer.

—Edwards, le presento a la agente especial Artemis. Estaba escuchando nuestra conversación desde el despacho de al lado. Es el enlace de la CIA en estas instalaciones y responsable de nuestra seguridad.

El coronel repasó con la mirada a la mujer, que permanecía de pie en mitad del despacho mirándolo con increíble frialdad.

—¡Vaya nombre más absurdo para una lesbiana! —dijo Edwards con media sonrisa—. ¿Qué significa?

—Es el nombre de la diosa griega de la caza y la luna —respondió la mujer sin inmutarse—. En esta base todo es secreto, incluido el nombre de los que la protegen, coronel Edwards. El general Lawrence y sus soldados son militares del Ejército del Aire y por lo tanto, caballerosos, valientes y por desgracia algo impulsivos. Ruego que lo disculpe. Por supuesto que se atenderán las instrucciones del almirante y podrá usted marcharse con él o con quien mande a buscarlo. Estoy de acuerdo con él en que estamos delante de un héroe y así habremos de tratarlo, Edwards miró fijamente a la agente de la CIA, sopesando la situación. Era evidente que el poder de aquella mujer era superior al del general, el cual había vuelto a cerrar los ojos y parecía temblar de ira.

—Para empezar quisiera darme una ducha, comer algo sustancial, quiero decir un buen almuerzo con abundancia de panceta y huevos revueltos, y por último que me preparen al extraterrestre para que se venga conmigo allá donde vaya. Tiene muchas cosas que contar.

—Todo lo que pide, coronel, le será concedido —aceptó Artemis simulando una especie de sonrisa—. Pero el extraterrestre se queda con nosotros. Está bajo mi supervisión y por lo tanto del director de la Agencia. Solo damos cuenta al Presidente de los Estados Unidos, como bien sabe usted. Me temo que el ayudante del Secretario de Estado, por muy amigo suyo que sea, poco tiene que decir en este asunto. Pero ahora descanse y repóngase, coronel. Ha cumplido su misión con creces y espero que sea recompensado por ello como se merece.

—¿Puedo verlo antes de marchar? Me refiero al extraterrestre.

—Este es un asunto de seguridad nacional del máximo nivel. Creo que ya le he contestado.

En aquellos momentos entraron en el despacho dos soldados con el uniforme del Ejército del Aire. A Edwards no le pasó inadvertido que ambos llevaban una pistola en la funda del cinturón.

—Bien —dijo mientras se levantaba perezosamente del sillón que había ocupada—. Creo que esta agradable reunión ha finalizado. —Se dirigió hacia la puerta escoltado por los militares, pero se giró en el último momento y le dijo al general, que seguía sentado tras su despacho mirándolo con odio—. Su comportamiento ha sido el de un traidor, Lawrence, y pagará por ello. Yo siempre cumplo mis promesas.

Cuando el séquito salió del despacho, Artemis ocupó el otro sillón que había delante del despacho del general. No quería sentarse en el que había ocupado hacía unos momentos Edwards.

—¿Qué me he perdido? —le preguntó con furia contenida el general.

—Simplemente no podemos ponernos en contra de la corriente. Ahora el Secretario de Estado de Defensa goza de toda la confianza del Presidente. Si estiramos demasiado la cuerda, esta se romperá y perderemos una gran oportunidad de dar vuelta a la situación. En Washington se está realizando una especie de «caza de brujas». Quien se opone a la espiral destructiva en la que estamos inmersos rápidamente es apartado de su puesto. Tenemos que ser cautelosos, o todo estará perdido.

—En tal caso, finalmente también se llevarán al extraterrestre.

—No, si nos lo llevamos nosotros antes.

—¿Pero cómo podemos hacer eso sin parecer unos proscriptos?

—Sigo bajo los órdenes del Director de la CIA. Este solo rendirá cuentas al Presidente, cuando llegue el momento. Antes de que eso suceda, espero tener un tiempo valioso para realizar nuestra operación. En caso contrario, fracasaremos y todo habrá finalizado.

—Realmente ha sido una extraña jugada del destino que nos hayan traído hasta nuestra base al extraterrestre y al agente del CNI español.

—No ha sido el destino. Ha sido el ego de ese imbécil de Edwards. Su mente tenía inculcada la idea de que el mejor sitio donde llevar a un extraterrestre era el Área 51, y aquí lo tenemos. En cuanto al agente del CNI, el brigada Costa, ha venido en rescate de los que considera sus compañeros. Ya sabemos su historia, la que ha inspirado a la resistencia que estamos llevando a cabo. Realmente estoy impaciente por conocerlo, es casi una leyenda.

—¿Dónde está ahora mismo? —quiso saber el general.

—Recluido. Ahora iré a entrevistarme con él. Tenemos mucho de qué hablar y el tiempo apremia.

—¿Cómo se encuentra el extraterrestre?

—Freezer está ingresado en el hospital de la base. Ese desgraciado de Edwards le destrozó una rodilla de un balazo. Ha perdido mucha sangre y seguramente quedará cojo para toda su vida, pero sobrevivirá, ahora mismo lo están operando.

—¿Y el otro cadáver, quién era?

—El agente Simón Gutiérrez, un criptólogo del CNI que también procedía de la nave extraterrestre. Edwards fue su verdugo. Este hombre es un asesino. Tenemos que tener tacto con el brigada Costa cuando nos entrevistemos con él. Debemos hacerle saber que somos aliados. No podemos olvidar que en nuestros dominios han asesinado y herido a sus amigos.

—¿Qué extraña aventura habrá vivido ese hombre en la nave espacial?

—Es lo que tengo que averiguar, general. Usted manténgase al margen. Necesito de su ayuda sin condiciones, pero mientras menos sepa mejor para todos. Sea precavido, lo necesito en su puesto, pero sin hacer preguntas.

El general reflexionó durante unos instantes mientras fijaba su mirada en los ojos transparentes, felinos, de Artemis.

—¿Ha empezado la reconquista de la razón, agente especial Artemis?

—Ha empezado la guerra para conseguirla, general.

* * *

Costa pudo ver, una vez que acostumbró su vista a la potente luz del techo, la figura de una mujer alta y esbelta. Tenía el cabello rojo como el fuego, recogido en una cola, y vestía sobriamente con un traje chaqueta de color azul oscuro. Sus ojos verdes transparentes como el agua de un manantial con lecho de musgo lo miraban con frialdad casi gélida. En cambio, sus labios finos le sonreían como muestra de confianza.

—Soy Artemis y quiero hacerle algunas preguntas.

—Artemis —comentó mientras se frotaba los ojos—, la diosa de la caza y la luna.

—¿Es usted aficionado a la mitología griega?

—No especialmente. Lo que pasa es que he tenido mucho tiempo para leer estos últimos años. Perdone si me pongo cachondo ante su presencia. Es que el tiempo que he usado en aprender quién es Artemis, entre otras muchas cosas, lo he perdido de ver escotes tan espléndidos como el suyo.

Artemis pasó por alto el comentario de Costa y continuó hablando en tono seco.

—Nos confirman del CNI español que tienen un agente llamado Juan Costa. Ahora le haré unas preguntas para asegurarnos de que usted es quien dice ser.

—Adelante —contestó Costa sin apartar la mirada del escote.

Ese gesto no pasó desapercibido por Artemis, pero lo ignoró.

—Dígame la fecha de su graduación en la escuela de suboficiales.

—30 de junio de 1992. En la Academia General Básica de Suboficiales de Tremp. Llevaba puestos unos calzoncillos rojos porque me daban buena suerte. Antes de que me lo pregunte, ya que tenemos prisa, ingresé en el CSID, antecesor del CNI, en marzo de 1994. Ascendí al rango de brigada en el año 2000. Me destinaron a Operaciones en la guerra de Irak y Afganistán,

después me tomé unos años sabáticos en Archivos, ya que estaba «quemado». Mi último destino ha sido en la nave Unoa, más allá de donde llega la vista de cualquier mortal. Mi padre se llama igual que yo, Juan. Mi madre, Isabel. Tengo tres hermanos, David, Héctor y Antonio. Yo soy el mayor de todos ellos y hace años que no los veo. Estoy bajo las órdenes directas del coronel Martín Herrero, jefe de la Oficina Nacional de Seguridad del CNI, apodado «El Oso». La persona que yace a mi lado, dentro del saco de plástico, era el agente Simón Gutiérrez, criptólogo y excelente traductor de esperanto, además de mi amigo. Mi misión la revelaré a un alto mando de la base del escuadrón de Homey Airport, como usted comprenderá.

La mujer se mantuvo en silencio durante unos instantes.

—Bien, soy el mando de rango más alto que verá usted durante su estancia aquí.

—Me parece bien. No me puedo imaginar mejor interlocutor que una tía buena. Pero tal vez sería mejor hablar de cosas serias antes de «enrollarnos».

—Le mandan saludos sus amigos de Robledo de Chávela, en Madrid. Le gustará saber que todos se encuentran en perfecto estado.

Costa pensó que seguía teniendo la confianza del CNI. Tal vez el viejo, el Secretario de Estado Director, por fin había abierto los ojos a lo que estaba pasando. Intuyó que la conversación que tuvieron desde Unoa con Robledo de Chávela tenía mucho que ver en ello. También pensó en el comandante Díaz y esperó sinceramente que no estuviese cerca de la explosión nuclear que habían visto desde la nave extraterrestre.

—¿Todos?

Artemis asintió.

—Me lo han garantizado. —La mujer tomó una de las sillas de la sala y se sentó al lado de Costa—. He hablado directamente con su jefe. Todos sus amigos se encuentran bien. Martín, Julia, Díaz… todos. —Costa bajó la cabeza y suspiró con alivio.

—Verá —dijo Artemis casi en un susurro—, llamé personalmente al CNI español para informar de su llegada aquí, para confirmar que lo conocían. También pregunté por la posible identidad del cadáver que encontramos en el desierto. Todo lo que nos ha explicado, brigada, parece ser cierto. Su viaje al espacio, a la nave llamada Unoa, y su extraña amistad con el extraterrestre llamado Freezer.

—¿Cómo está? —exclamó Costa alzando la cabeza del escote y mirando a Artemis al rostro.

—Bien, lo estamos atendiendo y pronto se recuperará.

—¿Y Edwards?

—Lo tenemos vigilado. No se nos escapa qué tipo de persona es. No se preocupe, brigada.

Los ojos transparentes y fríos de Artemis parecieron tener durante unos pocos instantes un reflejo de simpatía hacia Costa.

—Sé su historia, brigada, y le quiero proponer una misión que podría salvar a la humanidad.

—La escucho, aunque solo sea por cortesía ante tanta belleza.

Artemis pasó por alto el comentario sin inmutarse. Sabía que Costa la estaba tanteando para averiguar qué tipo de persona era.

—He mantenido una conversación muy enriquecedora con el general Soldevilla, director del CNI, y he llegado a la conclusión de que tenemos un grave problema global. Mi jefe está al corriente de todo y la información que se ha concentrado en Robledo de Chávela avala las más terribles de nuestras sospechas. Alguien, un grupo muy poderoso, ha tomado las riendas de nuestros destinos. Tan poderoso que no es posible luchar contra ellos con los mecanismos establecidos en las democracias occidentales porque son el poder mismo. Copan las presidencias, parlamentos e instituciones internacionales, los *lobbies* económicos e incluso la prensa. La opinión pública, aterrorizada por lo que está sucediendo, prefiere vivir en una especie de isla que consideran segura ante la amenaza que crece más allá de las *Brands*.

—Todo lo que me está contando ya lo sabía antes de que agentes de su país me pegaran un tiro. No los encontré muy colaboradores, por cierto.

Empezando por Edwards. —Costa alargó la mano y tomó una botella de agua que había encima de la mesa. Dio un largo trago y suspiró—. Lástima que no sea *whisky*, ahora me vendría de maravilla. Pero creo que nuestros amigos los extraterrestres han purificado tanto mi organismo que si meto en él una sola gota de alcohol me emborracharía por el campeonato. Diosa de la caza y la luna, te estás olvidando del as de la baraja. Los extraterrestres se encuentran sobre nuestras cabezas pidiendo a gritos poder bajar a la Tierra para sobrevivir. No participaré en nada que me proponga que no garantice que esa gente pueda salvar sus vidas.

—No conocemos sus intenciones —protestó con suavidad Artemis—. Es muy probable que usted y sus amigos hayan sido engañados en esa nave, Unoa, para que colaboren con ellos, aquí en la Tierra.

—Como quiera. —Costa se encogió de hombros—. Pero estoy convencido de que son la solución, no el problema. Se ha establecido el reinado del terror en nuestro mundo, y el verdadero problema no se encuentra

en el espacio, lo hemos generado nosotros mismos. Si tardamos mucho tiempo en tomar decisiones, no quedará nadie para discutir si los extraterrestres han de ser recibidos o no. Así de sencillo.

—En todo caso, nosotros no podemos hacer nada para evitarlo, excepto…

—Háblame con claridad, diosa de la caza y la luna —dijo decidido a tutearla—, no nos sobra el tiempo. Pero intuyo que la solución puede estar en Robledo de Chávela, ¿no es cierto?

—Es usted muy perspicaz, brigada, pero antes de revelarle secretos de Estado, tengo que estar segura de que colaborará con nosotros y de que convencerá a sus amigos para que también lo hagan.

—No pienso comprometerme a nada antes de tener información. Te la tendrás que jugar conmigo, preciosa. Mi objetivo más inmediato es sacar de aquí a Freezer y repatriar el cuerpo del agente Simón Gutiérrez. No tengo prisa, pero al final lo conseguiré.

Artemis reflexionó durante unos instantes. Su aplomo pareció tener una leve fisura cuando habló con un leve temblor de voz.

—Estamos al borde de una guerra nuclear global. No se trata de las situaciones de equilibrio estratégico de la guerra fría. Esto es mucho más serio. Las potencias orientales del otro lado de las *Brands*, Rusia, China, Irán, India y Pakistán, han hecho una coalición y están decididas a utilizar su armamento nuclear para atacar a Occidente. Después del holocausto del Sahara se han dado cuenta de que la OTAN no se detendrá ante nada para preservar la seguridad de Europa, América del Norte, Oceanía y sus aliados de Oriente. Tenemos noticias de que la epidemia está asolando sus ciudades y en muy poco tiempo no tendrán capacidad de respuesta. Piensan que todo este asunto ha sido una estratagema para eliminarlos a todos ellos y puede ser que no vayan desencaminados. En todo caso el peligro es real e inmediato. Difícilmente los escudos antimisiles de la OTAN podrían parar semejante ofensiva. Significaría el fin del mundo tal y como lo conocemos ahora.

Ahora fue Costa quien permaneció en silencio, intentando digerir la gravedad de lo que le estaba explicando Artemis.

—¿Cómo puedo ayudar?

—Usted solo, no, han de participar también todos los miembros de su equipo. Ya le he dicho que he mantenido una larga charla con el general Soldévilla. Él ya tenía un plan establecido y, tras consultarlo con mi superior, creemos que es el adecuado. Y tiene razón en una cosa, todo depende del grupo de Robledo de Chávela y en especial de una persona, la doctora Julia Massó. Hemos de encontrar la forma de que pueda hablar delante de la

Asamblea de las Naciones Unidas y cuente la verdad. También tendrá que acompañarla Freezer, ya que según tengo entendido es el emisario de los extraterrestres.

—¿Cómo conseguiremos tal cosa?

—Descabezando el grupo de poder que dirige esta destrucción. El coronel Herrero, el comandante Díaz y varios soldados españoles viajarán hasta aquí para reunirse con usted. Todos tendrán la misión de eliminar físicamente a los que están conspirando para destruir nuestro mundo.

—¿Y por qué no lo hacen ustedes personalmente? Son el país con el mayor potencial de seguridad del mundo.

—No nos podemos mover ni un milímetro sin ser detectados. Trabajamos en las sombras del poder al cual debemos servir. Esa es la situación. Ustedes actuarán como una célula totalmente independiente de cualquier administración. En el caso de que fallen en su operación, nadie saldrá en su defensa. La opinión pública, el poder establecido, creerán que luchan a favor de los extraterrestres. Por decirlo de alguna manera, como unos meros terroristas fanáticos. Nadie debe sospechar que trabajamos juntos.

—¿Por qué?

—Porque en el caso de que fallen, nuestro poder de ejecución quedará intacto y tendremos más oportunidades de intentar solventar la situación. En el caso de que fuéramos descubiertos, cualquier esperanza de resistencia desaparecería para siempre. Son el plan A, por decirlo de alguna manera.

—¿Cuál sería nuestro objetivo?

—*Iterum*.

—¿Perdón? ¿Es latín? *Iterum* significa «de nuevo».

—Veo que aprovechó su tiempo en los archivos del CNI, brigada, dispone usted de una asombrosa cultura. En realidad se hacen llamar «Nueva Era».

—¿Quiénes son?

—No lo sabemos. Desconocemos la identidad de sus componentes, pero son las personas más poderosas del mundo occidental. Todos los esfuerzos para identificarlos han resultado baldíos. Los protegen en sus reuniones periódicas los más sofisticados sistemas de seguridad. También gozan de la colaboración de numerosas agencias de inteligencia, pública y privadas. Acercarse a ellos es prácticamente imposible. Llevamos décadas investigándolos, pero es evidente que disponen de muchos amigos en las esferas de poder, al menos eso me ha comentado el Director General de la CIA. Jamás se ha facilitado desde las altas esferas su seguimiento, es como si los protegieran. Aun así, se los ha estado siguiendo aprovechando las

estructuras de inteligencia. Por desgracia, el blindaje del que gozan no ha podido facilitar datos sobre sus componentes o intenciones.

—¿Cómo saben que son ellos los responsables de lo que está pasando?

—Por el testimonio de la doctora Julia Massó. Ella dijo que un tal Smith se presentó en el Centro de Astrobiología de Madrid y que fue el causante del engaño que nos llevó a creer a todos que los bólidos lanzados por la nave extraterrestre transportaban un virus letal. Al día siguiente, hubo una reunión de *Iterum* en un hotel de Viena, en Austria, el Palais Coburg Residenz. Uno de nuestros hombres estaba haciendo la vigilancia de dicha reunión infiltrado en el personal de ese hotel. Fue difícil, pero conseguimos blindar su identidad para que los servicios de seguridad no lo descubrieran. Reconoció sin ninguna duda al almirante Smith, ayudante del Secretario de Estado de Defensa de los Estados Unidos de América. Parece ser que se hospedó para participar en esa reunión. A partir de entonces, Smith, guiado seguramente por una euforia extrema, dejó de ser precavido y habló, amenazó y manipuló a mucha gente, incluidos sus compañeros del CNI, para conseguir unos objetivos que ya conocemos: la destrucción que está asolando el mundo entero. Su poder no parece tener límites y cada vez es menos precavido, para fortuna nuestra. Es el enlace que haremos servir para encontrar a los componentes de *Iterum* y neutralizarlos, de ser posible con vida para ser interrogados e identificados. Esa será la misión de su grupo, brigada.

—¿Qué pasa con Unoa?

—Unoa será rescatada cuando su misión tenga éxito. Si fracasa, me temo que acabará precipitándose a la Tierra con todos sus ocupantes. Los actuales estamentos de poder no están por la labor de salvar a los extraterrestres que presuntamente nos han puesto en esta situación, según su parecer.

—¿Se está trabajando para preparar su descenso?

—Sí, me consta que en Robledo de Chávela están sobre el tema, pero todo depende de que nosotros tengamos éxito. También debemos conseguir que la doctora Massó y Freezer comparezcan en la ONU. ¿Qué se siente al tener el destino de la humanidad en sus manos y la de sus compañeros, brigada Costa?

—Bueno, para empezar no me vendría mal tener aquí al resto de mis compañeros para evaluar la situación.

—No tardarán en llegar, por eso no se preocupe.

—Entonces tenemos tiempo para confraternizar. ¿Cómo te llamas realmente, Artemis? No quiero pasarme el resto del tiempo llamándote así. Nuestros hijos, cuando los tengamos, no pueden tener una madre que se llame «la cazadora y la vigilante de la luna».

—De momento, sigo llamándome así. Tal vez algún día le diga mi verdadero nombre, pero a mí personalmente me gusta más este.

* * *

El general Soldevilla seguía mirando a todos los asistentes desde la pantalla de plasma. Sonrió con tristeza y su voz transmitida por los altavoces resonó potente en la sala.

—He hablado con la CIA antes de hacer esta reunión, en concreto con una responsable del Homey Airport, donde están en estos momentos el brigada Costa y Freezer, el cual ha sido sometido a una operación de urgencia por un disparo en su rodilla. Y me han transmitido un mensaje que no nos dejará descansar a ninguno de nosotros.

Se hizo un silencio denso y temeroso. Esperaron que el general continuara hablando. Era evidente que aquello no había acabado y que todos ellos tenían un papel vital que desempeñar.

—Lo que les voy a proponer ahora es una cuestión de compromiso personal. En ningún caso obligaré a nadie de ustedes a aceptar la misión que se nos ha encomendado. El destino ha hecho que en esta sala se concentren las personas con mayor información de lo que está pasando en nuestro mundo y se nos facilita una herramienta para revertir el holocausto. Ruego que no me interrumpan en mi exposición. Después cada uno de ustedes habrá de decidir si se presta a esta misión o, al contrario, si desea volver con sus familias esperando el fin. Porque no lo duden, hacia allí vamos.

»Parece ser que todo lo que está pasando es resultado de las maquinaciones de un organismo de poder secreto autodenominado *Iterum*. Se desconoce quién lo conforma, pero ha de ser neutralizado. Esta operación debe realizarse en secreto y sin el apoyo de los servicios de seguridad oficiales. Esta primera fase requiere la entrada en territorio estadounidense de un comando totalmente ilegal. Nadie se responsabilizará de los resultados de su operación, tanto si tiene éxito como si no. Es una operación secreta fuera de la legalidad. Pero no se ha encontrado otra solución. Nuestros amigos de la CIA, al menos la persona con la que he hablado, me informa la imposibilidad de que ninguno de sus agentes de operaciones pueda hacerse cargo de esta misión. Diferente es nuestra intervención. Forman ustedes un grupo de desaparecidos. Unos en la nave Unoa, otros teóricamente han fallecido en Gamadés. Nadie, excepto los asistentes en esta sala y mi enlace en el Homey Airport, sabe de su existencia.

»Una vez finalizada la primera fase de la misión con éxito, se tendrá que conducir a la doctora Massó y a Freezer a la sede de la ONU en Nueva York, con el objetivo de que hablen delante de la Asamblea General. Julia deberá explicar la verdad de la monitorización de los bólidos caídos en la Tierra, que la situación que estamos viviendo no la han provocado los extraterrestres, sino que los causantes los tenemos entre nosotros, en la Tierra. Freezer tendrá que dar su mensaje. Con ello pretendemos que se eliminen las *Brands* y evitar así un holocausto como jamás ha conocido la humanidad. También evitaremos una guerra nuclear de imprevisibles resultados. Esta segunda fase solo podrá ser cumplimentada si la primera tiene éxito. Debemos descabezar a *Iterum*, el poder que impera en la actualidad, para poder abrir esta vía.

»La tercera fase será preparar el descenso de Unoa a la Tierra. Esta es una operación científica y tendremos que trabajar desde aquí para encontrar el lugar idóneo del descenso de los extraterrestres. Debemos aprovechar su superior tecnología médica para erradicar la epidemia que nos está asolando.

»La primera fase sería ejecutada por el coronel Herrero, el brigada Costa, el comandante Díaz y el comando de Regulares. Deberán dirigirse al Homey Airport de una manera totalmente secreta y ponerse a disposición de nuestro contacto de la CIA allí. La segunda fase, como ya he dicho, corre a cargo de la doctora Massó y de Freezer. La CIA nos allanará el terreno para lograr que consigan hablar en las Naciones Unidas. Después comenzará la tercera fase, el descenso de Unoa a la Tierra.

»El personal científico de estas instalaciones de Robledo de Chávela, al cual se integrará el profesor Ochoa, prepararán el descenso de Unoa a la Tierra. Es el único lugar del mundo donde se puede tener contacto directo con los extraterrestres.

»Hay otra misión importante orientada a preparar a la opinión pública occidental sobre la necesidad de acabar con la existencia de las *Brands*. Nuestro querido director del periódico *Axioma* tendría que designar a un reportero para que viaje más allá de las fronteras de Occidente y que relate lo que allí se está viviendo. Iria acompañado del comandante Almansa y los agentes Gemar y Pérez…, que harán las funciones de escoltas e intermediarios con las autoridades rusas, ya que ese será su destino.

»Ahora cada uno de ustedes conoce el destino que se les propone, pero como he dicho anteriormente, todos son libres de aceptar esta misión o, al contrario, de volver a sus vidas cotidianas. Pero tengan en cuenta que la situación es extremadamente grave y que la humanidad corre un riesgo cierto de exterminio. Nadie los criticará en el caso de que se nieguen, ya que todos

ustedes han realizado suficientes sacrificios como para haberse ganado el derecho de descansar sin que nadie pueda dudar de su dedicación.

—Entiendo que… —comenzó a hablar Martín, pero su mujer lo sujetó del brazo con fuerza, temerosa de lo que iba a decir. Él la apaciguó con una suave caricia en la mano y le sonrió. Después continuó hablando—. Entiendo que nuestra participación es fundamental, general, pero nos propone una misión suicida, de no retorno. La acepto, pero pido para mí y mis compañeros que tengamos la oportunidad de visitar a nuestras familias. Solo veinticuatro horas, después partiremos a nuestro destino… Para hacer más rápido el traslado, utilizaremos la *boveno* de nuestros amigos de Unoa. Ellos mismos han dicho que están a nuestra disposición. ¿Están todos de acuerdo?

El comandante Díaz y los soldados de Regulares asintieron. Por unos instantes, habían tenido la esperanza de que sus sufrimientos hubieran finalizado y que podían volver a sus vidas cotidianas, pero era un sueño imposible en aquellos momentos. La situación iba a empeorar y su implicación para intentar remediarla tenía que continuar, sobre todo por sus seres queridos. No había excusa para negarse. Si así lo hicieran, sería una deshonra, porque pondrían en peligro la propia seguridad de sus seres queridos.

—Un día, veinticuatro horas —dijo el general Soldevilla por los altavoces de la sala—. Cuenten con ello. Después partirán en la *boveno* a Homey Airport. La doctora Massó viajará contigo, Martín, a la casa de sus padres y esperará instrucciones para iniciar la segunda fase, en el caso de que por fortuna esta se pueda producir. En cuanto al resto, propongo que se pongan a trabajar ya. El tiempo apremia. ¿Están todo de acuerdo? —repitió la pregunta el general.

—Sí —contestó Ochoa—. En cuanto acabe la reunión me pondré en contacto con Unoa para preparar su descenso.

—Yo no estoy de acuerdo en un aspecto —dijo Figueroa, el director de *Axioma*—. No enviaré a un corresponsal más allá de las *Brands*. Iré yo en persona. Necesito este trabajo periodístico, pero con una condición.

—¿Cuál? —preguntó el general Soldevilla tras un breve espacio de tiempo de retorno de la señal de internet.

—Que no haya ningún tipo de censura en la información que transmita.

—Delo por hecho, señor Figueroa. Es más, le pido encarecidamente que sea así. No tenemos información de lo que está pasando más allá de las *Brands*. Nuestros agentes y el servicio diplomático fueron repatriados al inicio de la crisis. Usted será los ojos del mundo occidental y ha de generar la

controversia en lo que allí está sucediendo. Ello impulsará a la ONU a cambiar su actual política presionada por la opinión pública.

Gemar y Pérez se miraron entre ellos y tomaron una decisión.

—Nosotros acompañaremos a Figueroa, tal y como ha pedido general. Seremos su escolta —dijo Gemar—. Pero necesitamos también esas veinticuatro horas para ver a nuestras familias.

Figueroa carraspeó ligeramente para llamar la atención del resto de asistentes.

—Tengo un buen amigo en Moscú, Igor Gargarin, trabajó como corresponsal en España del periódico *Pravda* durante muchos años. Tras la caída del muro de acero, lo reclamaron en su país. Siempre pensé que era una persona influyente en el Kremlin. Intentaré localizarlo para que nos ayude.

—Muy bien —se escuchó la voz de Soldevilla—. Entonces pongámonos en marcha. Tenemos mucho trabajo que hacer y muy poco tiempo. Suerte a todos y mi mayor agradecimiento por su entrega y sacrificio. Velaré, dentro de mis posibilidades, por cada uno de ustedes. Estaremos en contacto.

La pantalla de plasma se oscureció y en la sala imperó un denso silencio, fruto de los sentimientos encontrados de los asistentes.

Esa especie de trauma colectivo por lo escuchado se vio roto por el abrazo de Julia a su marido.

—No tienes por qué ir, ya has hecho demasiados sacrificios. Quédate con nosotros y vive, te necesitamos tus hijos y yo.

—¿Tú irás a las Naciones Unidas? —le preguntó Martín con semblante serio.

—Yo he de ir, no me puede reemplazar nadie. Pero en mi misión no correré peligro.

—Si nuestra misión fracasa, no irás a la Asamblea de la ONU y todo estará perdido. La mejor manera de protegerlos a ti y a los niños ante un futuro tan incierto es cumplir con mi deber. Hay demasiado en juego. No pienso fallar.

Julia miró con los ojos velados por las lágrimas a Martín. Supo que no podía convencerlo. Su alma estaba forjada en el sufrimiento, en múltiples batallas, pero sobre todo en la responsabilidad del deber, algo que llevaba grabado en los genes de una manera tan intensa como el beber, comer o respirar. En el fondo sabía que él tenía razón, solamente esperaba que su proverbial suerte, o su profesionalidad, lo hiciera volver con vida tal y como había ido sucediendo en el transcurso de su vida en común. Uno de los momentos más emotivos que recordó la doctora Massó fue cuando su marido

le comunicó que se retiraba del servicio de operaciones. Acababa de salir del hospital donde había estado convaleciente unas semanas por las heridas sufridas en Afganistán. Le comunicó que, a partir de entonces, su vida discurriría en un confortable despacho del CNI. Sus vidas se estabilizaron hasta llegar a la normalidad, como cualquier familia. Pero ahora los acontecimientos no eran normales y tal vez nunca volverían a serlo. Su marido tenía que hacer lo que mejor se le daba. Misiones de extremo peligro en las que se desenvolvía como pez en el agua. También sabía que ella y los niños eran lo más importante en su vida y que haría todo lo posible para salir sano y salvo de aquella aventura de la cual, a fin de cuentas, ninguno tenía la garantía de sobrevivir. Si alguien podía garantizar el futuro de sus hijos, ese era el Oso.

* * *

Costa se levantó de la silla en la que había estado sentado durante tanto tiempo y ese gesto brusco pareció sorprender a Artemis.

—¡Bien, ya hemos hablado demasiado! Quiero ver a Freezer.

—No sé si sería apropiado. Está convaleciente de la operación y después nuestros científicos querrán interrogarlo.

—¿No me has dicho que estabas al mando de esta base, diosa de la caza? Mi amigo necesita ver caras conocidas, aunque sea la mía. Te aseguro que no creo que se muestre muy colaborador con ustedes tal y como lo han tratado hasta ahora. Quiero que entiendas que es nuestro aliado y no encontrarás a un humano más bondadoso que él en todo el universo.

—Bien, iremos a verlo, pero yo estaré presente en todo momento.

—No hay problema —contestó con alegría Costa—. ¡Vamos!

El brigada no fue consciente de la magnitud de aquellas instalaciones hasta que no se subieron a un gigantesco Hummer y este circuló por caminos polvorientos, entre edificios esparcidos hasta casi donde alcanzaba la vista, de los cuales solo sobresalía la cúpula entre el agreste paisaje desértico. También vislumbró pistas de aterrizaje a lo lejos que se extendían kilómetros y kilómetros de distancia, perdiéndose en el paisaje.

—¿Qué demonios hacen aquí? —le preguntó a Artemis.

—Investigar.

—Eso ya lo sé. Me refiero a qué es lo que se puede investigar que precise de semejante instalaciones.

—Se lo podría contar, brigada, pero después le tendría que pegar un tiro en su cabezota.

—¡Me encanta esa respuesta! ¡Es muy propia de mí! Creo que hemos nacido el uno para el otro, agente especial Artemis. Tal vez luego podamos confraternizar algo más. Me encantaría ver lo que se esconde debajo de ese traje tan serio que llevas.

—No me impresionan sus tácticas de infligir confusión al adversario, brigada. Me conozco todos los trucos. Aun así, en el caso de que me interesara confraternizar con usted, ya no me puede enseñar nada que no haya visto. —Con un gesto Artemis señaló a la parte baja del traje blanco, pegado como una sola piel en el cuerpo de Costa.

—Bueno, no te creas todo lo que ves. Este traje es inteligente y esconde lo necesario para protegerlo de posibles agresiones.

—Si usted lo dice… —contestó Artemis mirando el paisaje por la ventanilla del Hummer, como si la conversación ya hubiese perdido su interés.

La conversación había terminado. Como siempre, Costa había conseguido un espacio de tiempo precioso para poder pensar. Su insolencia generaba autodefensa del interlocutor y este, dentro de la incomodidad de la situación, prefería callar. Artemis no se sabía todos los trucos y él ya tenía planificado su próximo paso, uno por delante de la agente especial de la CIA.

El brigada aprovechó el silencio para con templar el paisaje. El vehículo militar rompía el polvo del camino, dejando una nube amarillenta a su paso.

Tras los espejismos de calor del desierto, descubría a lo lejos varias torres de control aéreo, hangares gigantescos y plataformas con pesados aparatos de refrigeración que indicaban que bajo ellos existían edificaciones subterráneas.

Aquello era una inmensa metrópolis del misterio que escondía secretos tal vez impensables para la civilización actual. Pero Costa dudó de que se tratara de un almacén de platos voladores, tal y como había dejado difundir de manera interesada el Pentágono. Simplemente se trataba de un lugar donde había carta blanca para la investigación y desarrollo con fines militares de defensa, todo ello alimentado como un enorme monstruo con infinitos y opacos medios económicos. A fin de cuentas, la obsesión de la política norteamericana desde que se creó esa nación. Así de sencillo y complejo a la vez. Decidió que ya llegaría el momento de satisfacer su curiosidad sobre ese asunto. Ahora tenía que salvar a treinta mil extraterrestres y, de paso, a la humanidad.

Después de más de media hora de viaje por las polvorientas carreteras de la base militar, las cuales daban una idea de su enorme extensión, el Hummer se detuvo delante de una bóveda de hormigón que apenas sobresalía tres metros de la superficie. Había una ligera rampa que conducía a una persiana de color ocre que se abrió con un ligero chirrido. El vehículo militar entró por la abertura y circularon despacio por un pasillo asfaltado iluminado por luces fluorescentes.

—Ya hemos llegado al hospital de la base, brigada —dijo Artemis—. Ahora no se despegue de mí. Lo llevaré hasta Freezer. No quiero preguntas.

—Hecho —contestó Costa. El Hummer se detuvo y salieron a su encuentro varias personas vestidas con batas blancas—. Pero esto parece muy grande. ¿Tantos heridos o enfermos tienen en esta base?

—También es la residencia del personal sanitario y de los visitantes.

Costa se bajó del vehículo y siguió a Artemis. El personal sanitario no abrió la boca. Solo los fue guiando por pasillos casi de un blanco níveo. El aire olía a desinfectante, casi como un hospital normal. A cada lado Costa pudo observar numerosas puertas cerradas. Sobre ellas había números que indicaban el número de habitación.

Se detuvieron ante la 112 y uno de los sanitarios pasó una tarjeta por el lector de seguridad. La puerta chasqueó y se deslizó hacia un lado, dejando a la vista una habitación pequeña y escasamente alumbrada. Había una cama muy alta y sobre ella, un cuerpo cubierto por una sábana. Las pocas luces provenían de los aparatos de monitorización y de una pobre bombilla amarillenta del cabezal.

Costa reconoció de inmediato el rostro de Freezer. Tenía los ojos cerrados y parecía estar sumido en la más onda inconsciencia. Unas profundas ojeras hundían su rostro hasta los pómulos. Tenía mal aspecto, pero respiraba acompasadamente sin ayuda mecánica. Su pierna derecha, vendada excepto en la rodilla, donde tenía una goma fijada con esparadrapo, descansaba en alto sujetada por un cabrestante.

Freezer parecía dormir profundamente.

Los sanitarios abandonaron la habitación y cerraron la puerta tras de sí dejando a Artemis y a Costa solos junto al paciente. No había ningún asiento en la estancia, por lo que permanecieron de pie.

Al cabo de unos minutos, Artemis pareció impacientarse.

—Bueno, brigada, ya ha visto a su amigo. Como ya le advertí, no está en condiciones de mantener ningún tipo de conversación. He cumplido mi promesa. ¿Nos podemos ir ya?

—No, espera un momento. Tengo la extraña sensación de que nota mi presencia. Llámame loco si quieres.

—Como quiera. Pero no disponemos de todo el tiempo del mundo, espero que lo entienda.

—No se preocupe, lo entiendo.

Costa se cruzó de brazos y observó directamente a Freezer.

—¡Cómo te echo de menos, amigo! —se tapó el rostro con una mano y disimuló un sollozo.

«Sé que me puedes escuchar —transmitió Costa sin variar su posición— con el lenguaje antiguo desde la inconsciencia».

Al poco, notó que se tapaban sus oídos y el mensaje de Freezer le llegó débil.

«Amigo, hermano. Has hecho un largo viaje hasta llegar aquí. Simón ha muerto, Edwards lo mató delante de mí.

»Sí, lo sé. Pero ya nada podemos hacer por él. Ahora hemos de luchar por los vivos».

«Estoy cansado, hermano. No sé si puedo luchar más».

«Eres el *Emissari*, todavía has de cumplir tu misión, pero hemos de ser cautelosos en nuestras decisiones. No estamos entre enemigos, pero son amigos interesados. No sé lo que pasará cuando cumplamos sus deseos. Hemos de ser cautelosos y luchar por nuestros intereses, que no son completamente los suyos, o al menos así lo sospecho».

«¿Qué es lo que pretenden?».

«Parece ser que existe un grupo de poder que nos ha conducido a nuestra actual situación, me refiero a ustedes y a nosotros. Hay un exterminio programado que se está cumpliendo para desgracia de todos. Nos han pedido que neutralicemos a ese grupo, y que tú y la doctora Massó hablen delante del Consejo de las Naciones Unidas».

«Suena bien. ¿Cuál es tu temor, hermano?».

«Que un grupo de poder sea sustituido por otro no menos malo para nuestros intereses. Tu presentación delante de las Naciones Unidas, con el mensaje que tienes que dar, puede interpretarse como un aviso al mundo de que sino accedemos a compartir nuestra Tierra, la podrían tomar por la fuerza. En este caso ellos acabarían por declararles la guerra y exterminarlos».

«Entiendo. ¿Qué propones?».

«Hacer un doble juego. Déjate llevar y da confianza. Hazles creer que eres sumiso y que cumplirás sus intenciones. Hemos de ganar tiempo para bajar

Unoa a la Tierra y evitar una guerra mundial. No los contradigas e incluso, si llega el caso, acepta sus condiciones».

«¿No estás traicionando a los tuyos?».

«No, si no lo haces, nos fallas a nosotros. Pronto vendrá aquí Martín con otros compañeros y juntos lucharemos contra el grupo de poder que tanto daño nos está haciendo, pero después, si sobrevivimos, nuestro objetivo será detener la guerra que se avecina. Ojalá me equivoque, pero estos amigos bien podría convertirse en enemigos muy rápidamente. Debemos asegurarnos nuestro objetivo. La Gran Llegada se ha de producir en paz, Freezer. Sabes de lo que hablo».

«Nosotros no utilizaremos la fuerza. Ya te lo he dicho en otras ocasiones».

«Tú así lo crees, pero yo tengo mis dudas, amigo. No creo que tus hermanos se conformen con nuestra negativa y den la vuelta en medio del espacio para buscar otro lugar donde se les permita vivir. Su existencia está en juego y a todos nos rigen las reglas de la naturaleza: la supervivencia y, llegados a ese punto, el pez grande se come al pequeño, espero que me entiendas. Antes de llegar a ese punto, teniendo el enemigo en casa, no quiero también buscarlo en los que están a nuestras puertas. Así se lo transmitiré a Martín y él seguro que estará de acuerdo conmigo».

«No te fías de nosotros».

«Ni de los míos. Quiero conseguir el equilibrio».

«Me duele que me digas eso. Es como si no confiaras en mis buenas intenciones. Creo que te las he demostrado».

«Tú no eres Unoa ni Blua Suno, amigo Freezer. No tengo dudas de tu lealtad, pero ¿me puedes asegurar que tus hermanos prefieren extinguirse antes que tomar por la fuerza lo que no es suyo para poder sobrevivir? Eres limpio de espíritu, pero ingenuo. La solución está en encontrar el equilibrio y que todos salgamos beneficiados. He visto vuestra tecnología, y es temible, pero no menosprecies la nuestra. Una guerra entre nuestros dos mundos nos conduciría a la extinción a ambos».

«Estoy cansado, hermano. Deja que mi mente se evada. Confío en ti y en Martín. Sé que sus acciones no harán ningún daño a los míos. Pero tengan cuidado y salgan ilesos de su nueva misión. Yo haré la mía cuando me recupere. Unoa ha de sobrevivir».

«Unoa sobrevivirá. Descansa, pero antes has de hacerme un favor. Has de sacar fuerzas de flaqueza y derribar los aparatos que tienes a tu derecha.

Cuando salga de la habitación, espera un minuto y hazlo. Es importante. Confía en mí».

«Me salvaste la vida, hermano, confío en ti».

«Dame un minuto y actúa».

«Así lo haré, no te olvides de mí».

«No lo haré, eres nuestra salvación. Hasta pronto, hermano».

«Hasta pronto, *bravo virbaro*».

Costa notó cómo su mente se liberaba. Freezer había caído en un profundo sueño y había perdido su conexión. Se dio cuenta de que seguía tapándose la cara con una mano en símbolo de recogimiento, pero presintió la penetrante e inquisitorial mirada de Artemis fijada en él.

—Bien, ya estoy más tranquilo. Veo que mi amigo está bien atendido. Podemos marcharnos cuando gustes.

—Acompáñeme, brigada —dijo Artemis.

—¿Adónde?

—¡Oh, no muy lejos! De hecho no saldremos de este edificio. Hay un equipo de científicos que desea hablar con usted. Por fin lo despojarán de esos atuendos que lleva puestos y cederá a la ciencia su vestimenta.

—¿Y me darán algo para comer? —preguntó Costa mientras seguía a Artemis hasta el pasillo. Allí los esperaba una escolta de dos hombres uniformados de camuflaje—. Ya ni me acuerdo de la última vez que me comí una bola de *nutrijo*. De hecho tengo la espléndida figura que puedes ver gracias a ellas. Me temo que tus alimentos no serán tan sanos. ¿Sabías que los norteamericanos tienen el dudoso honor de ser la población más obesa de toda la Tierra? Yo creo que es culpa de McDonald’s.

Artemis emprendió la marcha seguida por el séquito de escoltas y por Costa. Parecía seria y preocupada.

—Dentro de la habitación ha pasado algo extraño. Ha estado usted demasiado tiempo en silencio delante de su amigo. Tengo el presentimiento de que se me escapa algo. El extraterrestre, a pesar de estar sumido en la inconsciencia de la sedación, no paraba de mover los párpados sobre sus ojos cerrados. Es como si estuviese inquieto ante nuestra presencia. ¿Me lo puede explicar, brigada?

—¡Claro que te lo puedo explicar, agente especial Artemis! A mí me pasa lo mismo. Se ha puesto cachondo en cuanto te ha presentido. Esa sensualidad que transmites no se puede ocultar bajo un traje chaqueta. Seguro que mi amigo lo ha presentido al igual que yo y ha tenido un sueño erótico contigo.

De hecho he visto como la sábana se elevaba a la altura de su entrepierna. Buen chico este Freezer. Creo que es su manera de saludarte.

—Es usted un imbécil incorregible, brigada. Pero yo no soy idiota, téngalo presente.

—Ni pretendo dar esa sensación. Lo que pienses está dentro de tu libertad de raciocinio. Ahora bien, ten presente que yo tampoco lo soy.

—Está usted en mi territorio.

—He pasado por más territorios en una semana que Cristóbal Colón en toda su vida, pero me quedo con el tuyo. Eres simpática, guapa y estás buena. Por buscarte algún defecto, tal vez tendrías que ser algo menos inhóspita conmigo. Ten por cuenta que tarde o temprano lo que puedes ver en mi entrepierna entrará en tu vagina.

Costa notó de inmediato un fuerte golpe en la mandíbula, como si un martillo le hubiese golpeado el rostro. Se vio lanzado hacia una de las paredes del pasillo y notó el frío suelo bajo su espalda mientras la cabeza le parecía estallar.

—Mira, imbécil —oyó la voz desde la lejanía de la semiinconsciencia—. Déjate de juegos conmigo. Sé que ha pasado algo dentro de esa habitación y me lo vas a contar ahora mismo. Puedes pasar de ser mi invitado a mi enemigo con un chasquido de dedos.

—Tienes un buen golpe —comentó Costa mientras se incorporaba con dificultad. Tenía la sensación de que un corazón latía con fuerza en su mandíbula—. Pero no me impresiona una simple caricia en mi agraciado rostro como para decir lo que no ha pasado, o lo que tú quieres oír. No tengo ni idea a lo que te refieres.

—Ya lo veremos, brigada —contestó Artemis con acritud—. No me la juegues o te arrepentirás.

—La boca me sabe a sangre. Supongo que es el precio que tengo que pagar por domar a mi amada. Pronto te caeré bien y sabrás que soy tu salvación, no un problema, diosa de la caza, de la luna, y me atrevería a decir que de las hostias.

De repente se escuchó un gran estrépito procedente de la habitación de Freezer. Era como si se hubiese caído una batería de cocina entera desde unas estanterías hacia el suelo. Artemis y sus escoltas corrieron precipitadamente hacia allí y Costa encontró su momento. Se levantó como un rayo y arrancó la tarjeta magnética del cuello de uno de los médicos. En una fracción de segundo vio la mirada sorprendida de este y fue un tiempo valioso que supo aprovechar. Comenzó a correr en sentido contrario. Una vez más sintió cómo

las almohadillas de los pies del traje aumentaban de tamaño y le daban una velocidad sobrehumana. Disponía de muy poco tiempo y cada segundo que podía conseguir era importante.

Edwards no estaba recluso, pero su estancia se encontraba allí. Artemis se lo había confirmado momentos antes, sin ser consciente de ello. Era un pasillo interminable, pero único. Miraba desesperado, apremiado por el tiempo, puerta a puerta. Ojo de buey a ojo de buey. Cuando tenía dudas, empujaba la puerta y si esta no cedía, no perdía el tiempo, pasaba a la siguiente. Tenía un objetivo y muy poco tiempo para cumplirlo.

Un solo pasillo, tan largo que parecía no tener fin. Salvó una puerta y entró en otra área diferente a la anterior. Al fondo podía ver la luz del exterior y eso le dio esperanza. Aquella zona era una residencia y todas las puertas estaban abiertas.

Iba empujando una a una mientras miraba con rapidez en su interior. Supuso que acogían las austeras residencias de científicos y personal sanitario. Recordó la frase de Artemis cuando llegaron a aquel lugar: «Es la residencia del personal sanitario y de los visitantes».

Eso era lo que buscaba, a un «visitante en concreto». La agente de la CIA había cometido un error en darle demasiada información. O tal vez lo había hecho deliberadamente. Lo cierto es que no le importaba en aquellos momentos.

Siguió corriendo por el pasillo, probando si la puerta de cada habitación se abría. Olía a su presa cercana, más bien la presentía. «Él» estaba allí, no lo dudaba y tarde o temprano lo encontraría.

La mayoría de las puertas estaban cerradas con llave. Otras se abrían con facilidad, ofreciendo a su vista habitáculos pequeños y austeros compuestos de una manera clónica por una cama, un lavabo y armarios.

Pensó que las habitaciones cerradas pertenecían al personal sanitario que en aquellos momentos estaban trabajando. Las abiertas estaban desocupadas, entre unas y otras, encontraría a su objetivo.

Sabía que el tiempo apremiaba.

—*Fire!* (¡Fuego!) —gritó a pleno pulmón en mitad del pasillo. Después empezó a golpear con violencia todas las puertas que encontraba a su paso—. *There is a fire in the building. It must be evacuated, quickly!* (¡Hay un incendio en el edificio, hay que evacuar, rápido!).

Continuó vociferando por el pasillo hasta que solamente una puerta se abrió. Reconoció de inmediato la cara que asomó a unos diez metros de él. Era la que buscaba, no tuvo duda.

Todo su cuerpo se puso al servicio de la oleada de odio que sintió en aquellos momentos y reaccionó impulsándolo con virulencia hacia delante. Alcanzó la puerta antes de que esta se cerrara y la empujó con tal violencia que sintió el impacto de un cuerpo que se protegía tras de ella.

Entró en la habitación y vio que su objetivo estaba tendido en el suelo, mirándolo con estupor. Pero no se fio de su aparente fragilidad. No estaba vencido. Le propinó una patada en pleno pecho para intentar inmovilizarlo, pero no se sorprendió, y en cierta manera se alegró de ello, cuando su adversario evitó su ataque rodando sobre sí mismo. Quería resistencia y no esperaba otra cosa de aquel ser depravado y sanguinario. Su victoria sería más aplastante si encontraba resistencia. Quería saborear aquel momento hasta el fin.

—*Who are you?* (¿Quién eres?) —preguntó sin asomo de temor en su mirada. Era evidente que no tenía miedo. Su instinto de supervivencia afloraba y estudiaba al enemigo.

—Soy el «tullido», Edwards «el apestoso» —le contestó en castellano—. Te he encontrado y has de pagar por tus crímenes.

Aquellas breves palabras sirvieron para que el agente del CNA entendiera delante de quién se encontraba. Intuyó el peligro y se lanzó al ataque.

Costa paró la embestida con un certero golpe de puño en el esternón de Edwards. Le resultó tan fácil hacerlo que casi sintió decepción ante la aparente fragilidad de su rival, el cual cayó como un fardo al suelo, ahogado por la parálisis momentánea de sus pulmones.

Se arrodilló a su lado y le susurró al oído:

—No te derrumbes, «guarro». No pararé hasta que supliques por tu vida.

Lanzó su puño a los testículos de Edwards y este aulló de dolor.

—Eres Edwards el duro. No lo olvides. Has matado a sangre fría y seguro que te has reído, porque eres escoria.

Edwards supo reponerse al dolor y lanzó una patada al rostro de Costa, que lo esquivó con un ligero movimiento de cabeza.

—¿Quieres luchar, guarro? Sigues siendo el mismo cerdo de siempre. —Le volvió a propinar un golpe seco con su puño en los testículos—. Has puesto una base militar como esta a tus pies, pero no a mí. Debes pagar por la sangre que has derramado.

Mientras se retorcía de dolor en el suelo, Costa se sentó a su lado y lo observó con indiferencia.

Por fin llegó el momento que había esperado. Artemis apareció por la puerta. Estaba acalorada de tanto correr y se quedó mirando la escena con el

rostro desencajado, temerosa de lo que se podía encontrar en la habitación.

Costa se levantó con una velocidad sorprendente y arrastró a Artemis dentro del habitáculo, cerrando la puerta tras de sí y dando una vuelta de llave. Los escoltas se quedaron fuera en el pasillo.

Al momento comenzaron a dar golpes para intentar derribar la puerta.

—¿Qué significa esto?

—Nada, solo estaba hablando con mi buen amigo Edwards. Nos estamos poniendo al día después de tanto tiempo sin vernos. Ya sabes, cosas de hombres. Me debe algunas explicaciones. —Costa volvió a sentarse al lado del coronel y le dio unos suaves golpes en la cabeza mientras este se retorcía de dolor—. Vamos, hombre, no seas nenaza. Al final va a resultar que Simón tenía más huevos que tú. Le rompiste el cuello de una patada y ni se quejó, seguro.

—Eres un hijo de puta y no me das miedo… —balbuceó Edwards mientras se sujetaba la entrepierna—. No sabes con quién te estás…

No pudo acabar la frase. Costa le volvió a propinar un fuerte puñetazo en mitad del pecho. Edwards se llevó las manos al cuello para intentar abrirlo al aire exterior.

—¡Quieto! —exclamó Artemis—. Lo vas a matar.

—¡Qué observadora!

Artemis se lanzó hacia Costa con la rapidez de un felino. Pero este la detuvo con una patada en el bajo vientre. La mujer rodó por el suelo y se mantuvo en posición fetal lanzando débiles gemidos de dolor.

—Lo siento, diosa de la luna y la caza —dijo Costa acercándose a ella—. Pero te pido que te mantengas al margen. Este es un asunto personal entre el «guarro» y yo. Pronto lo entenderás. Diles a tus amigos del otro lado de la puerta que se marchen. Hay demasiado en juego y no puedo perder el tiempo.

Costa vio cómo las sombras desaparecían de la ventanilla de la puerta sin necesidad de que Artemis diese la orden. Tenía que actuar rápido, sabía que pronto una tropa bien armada irrumpiría en la habitación.

—Edwards, muchacho, ¿te duele? —le dijo conciliador sentándose a su lado, mientras tanto pudo ver que Artemis se iba recuperando poco a poco y lo miraba con los ojos encendidos por la ira—. Te puedo asegurar que más me dolió a mí el balazo que me diste en el pecho. Por no decir que mataras a mi traductor, el amable Simón, y a mis compañeros en la carretera de Robledo de Chávela. Tampoco habla a favor de ti el daño que has causado en Unoa. ¡Venga va, espabila, no tengo todo el día!

—¡Te voy a matar! —dijo Edwards con un soplo de voz.

—O yo a ti. Pero eso es indiferente ahora mismo. No te preocupes, pronto sabremos quién de los dos sobrevivirá, pero ahora mismo tienes que tomar una decisión que sumará horas, tal vez días, a tu asquerosa vida. Vayamos a lo que nos interesa ahora mismo. ¿Has oído hablar de Smith? Sospecho que es el mismo que eliminó también a tu equipo en Robledo de Chávela. Eres como un perro maltratado que corre hacia su dueño cada vez que recibe una patada en busca de una mísera caricia.

Edwards fue recuperando poco a poco el resuello. Consiguió sentarse y deslizó su cuerpo con mucha dificultad hasta apoyar la espalda en una pared.

—Están a punto de entrar, brigada. Tu tiempo se acaba. —Edwards indicó la puerta con un gesto de cabeza.

—Te equivocas. Es tu tiempo el que se acaba. Yo no tengo nada que perder. En cuanto se abra esa puerta, morirás de igual manera que asesinaste a Simón: una buena patada en la cabeza.

—No entiendo adónde quiere llegar, Costa —dijo Artemis mientras se incorporaba trabajosamente. Sus ojos verdes parecían arder como ascuas.

—Tomo atajos, simplemente eso. No tenemos tiempo de hacer seguimientos. Es más fácil contar con un buen informador. Aquí es donde entra en juego Edwards. Smith se ha interesado por él y mi instinto me dice que nos llevará a quien está detrás de todo esto.

—¿Y quién te dice que voy a colaborar contigo? —Edwards habló con profundo odio.

—Eres un soldado, con las implicaciones que ello supone. Lo vi claro cuando llegaste al CNI. Te dieron la orden de presentarte en Madrid y ni siquiera te dio tiempo a prepararte ropa de muda o darte una simple ducha. Individuos como tú acatan las órdenes sin cuestionarse nada, siempre y cuando vengan del poder establecido. Smith no lo representa. Artemis sí. Tú eliges.

—Mientes.

—No miento. Él intentó eliminarte junto con tu equipo en Robledo de Chávela. Es el responsable del intento de asesinato de la doctora Massó en dos ocasiones y algo me dice, por el descarado despliegue de poder que alardea, que incluso está detrás de la expansión del virus H5N1, el establecimiento de las *Brands* e incluso del exterminio nuclear que se ha producido en el desierto del norte de África. Pero él no es el que manda, hay alguien que lo guía y le da las instrucciones para que ejecute un espeluznante plan que nos llevará a todos al exterminio. Eres tan estúpido que todavía no te has dado cuenta de la situación. Te vendrán a buscar con el único objetivo de informar sobre Unoa o tal vez para hacerte servir de herramienta para sus oscuros propósitos, dado tu escaso raciocinio y extrema eficacia en acatar órdenes sin preguntar. Ahora has de decidir: estás a nuestro lado o no saldrás vivo de esta habitación.

—¿Qué consigo si coopero? —dijo Edwards dudando. O tal vez esperando ganar tiempo mientras se reponía.

Costa se movió con tanta rapidez que incluso Artemis pensó que apenas el ataque duró un pestañeo. El brigada golpeó con un puñetazo seco el esternón de Edwards y este se volvió a quedar sin respiración, retorciéndose de dolor y dando bocanadas desesperadas buscando aire para poder llenar sus pulmones.

Artemis, casi repuesta del todo, se puso en pie y buscó su arma en la riñonera del cinturón de su elegante falda, pero se encontró con la mirada fría de Costa y retiró la mano.

—No estoy jugando. Este momento es crucial. ¿Entiendes? Este cabrón es nuestra última oportunidad para infiltrar a alguien en la organización que está poniendo en peligro al mundo. Vigilar a Smith como pretendes nos puede llevar semanas o meses. No disponemos de tanto tiempo. Si lo entregamos al enemigo sin más, dará información crucial de Unoa y conseguirán su última carta para completar su plan.

—¿Cómo lo obligarás a colaborar con nosotros? —quiso saber Artemis.

—Yo no. Tú lo harás. Yo soy su enemigo.

Artemis observó Edwards mientras este se retorcía en el suelo. Después se dirigió hacia la puerta de la habitación y la abrió. Costa se sentó en la cama y no hizo ningún gesto para impedírselo.

—*All is ok, don't go into here. It is a matter of national security* (Todo está bien, no entren. Es un asunto de seguridad nacional) —les dijo a los soldados, que se acumulaban en el pasillo armados hasta los dientes. Después cerró la puerta y se quedó mirando a Edwards.

—Has hecho lo correcto, diosa de la luna y la caza —susurró Costa.

—Brigada, eres un loco o un visionario. Pero alguien que se juega tanto como tú en estos momentos ha de ser sobre todo una persona muy comprometida con sus ideales. Te he investigado y sé quién eres y hasta dónde llegaste hasta que el ataque de Afganistán truncó tu carrera. Eres temible, astuto, temerario y sobre todo fiel a tus creencias. Tus actos me lo demuestran. Te ayudaré. Pero si me decepcionas o intentas engañarme, yo misma te pegaré un tiro en mitad de los ojos. ¿Me has entendido?

—Sí, Artemis, te he entendido. Creo que se ha iniciado una bella historia de amor.

* * *

Caminaba al lado de su suegro. El aroma de la hierba regada por una fina capa de escarcha impregnaba su olfato y lo hacía sentirse vital. No muy lejos podía ver entre las ramas de unos abetos gigantescos las piedras centenarias de la casa de campo familiar. Al fondo resplandecían de blanco en aquella mañana fría las montañas cubiertas de nieve. ¡Cuántas veces había hecho el mismo recorrido tiempo atrás! Siempre lo había tranquilizado.

Ambos iban en silencio, sabían que las palabras sobraban en aquellos momentos. Se habían apartado de los demás para poder hablar sin ser escuchados. La situación lo requería.

—¿Vacunaron a los niños? —Martín rompió el silencio mientras miraba hacia las montañas. Al hablar, una nube de vapor salió de su boca y se mantuvo en el aire durante unos instantes antes de disolverse.

—No. Estamos alejados de la civilización. Difícilmente alguien los podría infectar. No queríamos introducir en sus organismos anticuerpos que tal vez pudieran ser perjudiciales. Soy médico, no lo olvides, y esa vacuna no ha estado lo suficientemente verificada. Espero que me entiendas.

—Estoy de acuerdo. Aquí estarán seguros.

—¿Qué te preocupa? —le preguntó su suegro deteniendo la marcha mientras lo sujetaba del brazo.

—Te seré sincero. No creo que vuelva de esta misión y necesito que cuides de los niños y de Julia.

Se hizo un silencio espeso entre la bruma helada.

—Todo esto es muy extraño, es como si el mundo se acabara. Tengo miedo. ¿Por qué tú?

—No te puedes permitir el lujo de tener miedo, has de cuidar de los nuestros, suegro. Yo tengo que velar por ustedes a mi manera. Ya lo sabes.

—Ya lo habías dejado.

—Nunca se deja el oficio. Es como un contrato con el diablo. Mi alma les pertenece… —Martín rio sin convicción intentando quitar dramatismo a la situación, pero su suegro lo miraba con el semblante serio.

—¿Por qué tú? ¿Cómo han llegado hasta aquí sin que los viera? Diviso el camino desde al menos un kilómetro. No he visto ningún vehículo aproximarse a nuestra finca.

—Volando. Nos han traído volando y de la misma forma me marcharé. —Ante la mirada asustada de su suegro, Martín decidió explicarle toda la historia, lo que habían vivido desde su último encuentro. Lo que sucedió en el Hospital 12 de Octubre y lo de su estancia en Unoa. Según hablaba, observó cómo su interlocutor pasaba por diferentes estados de ánimo. Era evidente que todo aquello lo sorprendía mucho más de lo que hubiera esperado.

Él y Julia habían aparecido de madrugada en la masía de los Massó. Sus padres se volvieron locos de alegría, no sabían nada de ella desde hacía días y las noticias que daba la prensa eran muy contradictorias. Los niños se despertaron por la algarabía y gritaron mientras se lanzaban a los brazos de sus padres.

Habían llegado en la *boveno* después de que esta hubiese repartido a todos los miembros de los Regulares y al comandante Díaz en sus respectivos domicilios, para despedirse de sus familias. Esta operación se llevó con extrema cautela para que la nave extraterrestre no fuera vista por nadie. Desde la salida en Robledo de Chávela apenas habían transcurrido treinta minutos, ya que se habían desplazado a una enorme velocidad por todo el territorio de España. En aquellos momentos la *boveno* con su tripulación alienígena descansaba entre un pequeño bosque de pino rojo, a escasos cien metros de la casa de campo, mimetizada en el entorno de tal manera que era imposible ser vista.

Cuando acabó el relato, Joan Massó miró a su yerno con consternación.

—Eres como un hijo para mí, lo sabes. No me pidas que me quede indiferente ante tu marcha.

—Has de ser fuerte, por tu hija y tus nietos. Ahora debes escucharme, es importante que sigas mis instrucciones.

Joan Massó asintió, dándose por vencido ante la evidencia de los nuevos tiempos que se avecinaban. La historia de Martín lo había marcado profundamente y tuvo claro que ya nada volvería a ser lo mismo.

—Acopia alimentos para semanas, tal vez meses, y después no salgan de aquí hasta que esta situación vuelva a la normalidad. Julia tendrá que viajar a Nueva York en breve, pero déjale claro que habrá de volver y refugiarse aquí. Consuélala cuando yo no vuelva. Haz que piense en los niños y los saque adelante, oblígala a ello por encima de todo, no permitas que se rinda cuando yo falte.

—¿Por qué hablas así? Siempre has vuelto. A veces herido, pero siempre has regresado a tu hogar.

—Ahora es diferente. No quiero que me malinterpretes, pero esta vez no es como las demás. Quiero que lo entiendas.

—¿Una misión sin retorno?

—Muy posiblemente. En caso contrario, no estaría hablando contigo en estos términos.

—Quiero que te marches tranquilo. Haz lo que tengas que hacer sin temer por los tuyos. Haré lo que me pides.

Los dos hombres se fundieron en un abrazo emocionado mientras se paró el tiempo bajo la escarcha matutina.

Aquel día Martín lo dedicó a jugar con sus hijos como siempre lo había hecho. Eran su vida y quería demostrárselo hasta el último instante en que pudiera hacerlo.

Después de la comida, se escapó con Julia al dormitorio e hicieron el amor por primera vez después de mucho tiempo. Ambos se despojaron de sus ropas terrestres y se quedaron solo con los tejidos que les habían proporcionado en Unoa. No querían desprenderse de ellos porque sabían que los protegían de alguna manera. Sabían que si se los quitaban, no podrían volvérselos a poner. Aun así, sintieron el contacto de sus pieles y sus sexos con tanta intensidad como si no los llevaran puestos, o incluso más. Aquel maravilloso traje de color blanco parecía cobrar vida propia según los deseos de su portador.

Ya era casi noche cerrada cuando Martín y Julia se encaminaron hacia el pequeño bosque donde estaba camuflada la *boveno*. Del cielo caían

suavemente copos de nieve.

—Volverás —dijo Julia rompiendo el silencio.

—¿Perdona?

—Vi cómo te ibas a pasear con mi padre esta mañana. Le transmitiste tu testamento, no soy estúpida.

—No lo dudo. Siempre un paso por delante de mí. Lo debería haber aceptado desde que te conocí.

—Reservaré un asiento en primera fila en las Naciones Unidas para ti. Si no estás, no daré mi discurso.

—«La verdad de Julia» ha de ser escuchada en el mundo entero, esté yo presente o no, cariño.

—Estarás presente por mí, por tus hijos. El mundo entero que se busque sus propios héroes. Si te matan, no te perdonaré jamás.

—Así será. Pero si no vuelvo, quiero que sepas que te amo y que me has hecho enormemente feliz. Mucho más de lo que creo que merezco. Jamás entenderé cómo una gran persona como tú se pudo fijar en un salvaje como yo.

—¿Y cómo la persona que va a salvar al mundo pudo fijarse en una pobre científica como yo? Deja que salga el Oso de ti y vuelve con vida. Has de cuidar de tu territorio, tu hembra y tus cachorros. Muerto no me sirves de nada.

—¿Tendré que orinar en todos estos árboles para marcar mi territorio?

—Haz lo que quieras mientras vuelvas. En mi osezna no entrará más oso que tú.

Se fundieron en un abrazo intenso y emotivo que pareció durar una eternidad. La rampa de la *boveno* apareció deslizándose entre la maleza como aparecida de la nada y rompió la magia del instante.

Martín besó a su mujer y le sonrió.

—El Oso volverá, aunque sea en tus sueños. Nunca viviré lo suficiente para compensar lo que me has dado. Te amo, Julia. Has de cumplir con tu obligación aunque yo no esté. Tenemos dos hijos que han de salir adelante y un mundo al que salvar.

La rampa de la *boveno* se cerró tras Martín y esta partió hacia las nubes blanquecinas entre un leve balanceo de las ramas de los árboles. En cuestión de pocos segundos desapareció.

—Adiós, *bravo birvaro*. Yo también te amo y no te defraudaré —dijo Julia mientras su rostro orientado al cielo, lleno de lágrimas, se cubría con copos de nieve.

* * *

Edwards miraba fijamente a Costa a los ojos. No dejaba duda de su odio hacia el agente del CNI. Este, lejos de intimidarse, le devolvía la mirada con sus ojos brillantes de ironía, pero también de frialdad. Dos temibles enemigos midiendo sus poderes, pensó Artemis, única testigo de aquella escena.

El equipo de asalto ya había abandonado el pasillo y la puerta permanecía abierta de par en par, pero a Edwards no se le ocurrió ni por un momento intentar huir por ella. La mirada del renovado Costa se lo advertía a cada instante: «si te mueves, te aplasto» parecía decirle. Sin duda los extraterrestres habían hecho un buen trabajo en su regeneración, pensó. Aquella persona no tenía nada que ver con la que había conocido en el complejo del CNI, al menos físicamente. Tuvo que reconocer que su espíritu seguía siendo el mismo. Un hijo de puta irritante que le hacía la vida imposible. Ya buscaría la forma de deshacerse de él.

El silencio de sus dos acompañantes le dio valor y la intuición de que no sabían muy bien lo que hacer con él. Decidió pasar al ataque.

—Agente especial Artemis —dijo sin levantar la mirada—, creo que se está buscando serios problemas al dejarse llevar por este individuo. Me temo que no es consciente de a quién está apoyando en estos momentos difíciles. Este hombre ha confabulado para destruir nuestra especie y si no hubiese intervenido yo, ahora seguramente estaríamos padeciendo una invasión. ¿Es consciente de ello? —Edwards le lanzó una sonrisa que daba más miedo que confianza—. Pero aún no es tarde. Haga detener a este traidor y juro que no contaré lo que ha pasado aquí. Es mi última oferta antes de que vengan a buscarme. Después, no seré responsable de lo que suceda.

Artemis lo miró con sus fríos ojos verdes y tomó una decisión.

—He de meditar sus palabras, coronel Edwards. En breve le daré una respuesta. Espero que durante mi ausencia ustedes dos no se maten.

—No tengo intención de ponerle una mano encima a no ser que se mueva de donde está —comentó Costa con aire casi ausente—. Cuidaré bien de él, Artemis, no te preocupes. Él sabe que estoy deseando que se mueva y no lo hará, por la cuenta que le trae. Aun así no tardes demasiado o mucho me temo que mis impulsos ganarán a la razón y él podría acabar como mi amigo Simón. La punta de mi pie desea patear algo.

—No tardaré, lo prometo.

* * *

Figueroa respiró con ansia el olor a café y a pastas calientes recién hechas. A mantequilla y masas que se cocinaban en el horno. Absorbió el ambiente a su alrededor como si quisiera conservar ese recuerdo para el resto de su vida. El ambiente había languidecido desde su última visita a aquel establecimiento. No estaba tan bullicioso como de costumbre. Faltaban los policías municipales y otros funcionarios. Seguramente estaban demasiado ocupados en resolver problemas de aquel mundo que se estaba volviendo loco.

Sus compañeros de viaje habían aprovechado sus veinticuatro horas de paréntesis para visitar a sus familias, pero él, como no la tenía, quería despedirse definitivamente de la rutina diaria en el lugar donde había encontrado la paz dentro del bullicio: su amado café en la Plaza Mayor de Madrid.

Miró el reloj antiguo, casi centenario, que colgaba en la pared de madera vieja de detrás de la barra. Sus agujas señalaban las siete de la mañana, los compañeros de viaje no tardarían en llegar.

Acabó de un solo bocado el último trozo del *croissant* que estaba comiendo y paladeó su sabor caliente y dulce. Era su despedida del mundo que conocía, de la rutina que había centrado y dado seguridad al inicio de cada jornada de trabajo durante tantos años. El principio de una jornada que siempre le había resultado maravillosa y sorprendente. Toda una aventura. Pero sabía, a diferencia de ahora, que después volvería a aquel lugar a tomar su café con leche acompañado con su bollería preferida.

Absorto en sus pensamientos, apenas notó que alguien ocupaba el taburete que estaba vacío a su lado.

—Buenos días, Javier. Me alegra comprobar que está aprovechando sus últimos minutos de normalidad en su vida cotidiana haciendo lo que más le gusta.

Figueroa miró al recién llegado y no pudo ocultar su sorpresa.

—¡General Soldevilla! ¿Qué hace usted aquí?

El Director del CNI parecía un jubilado que no podía conciliar el sueño y había bajado al bar para tomar un desayuno. Tenía un aspecto cansado y casi enfermizo. Nadie hubiese pensado que aquel hombre tenía en sus manos, o al menos en parte, la salvación de la humanidad. Vestía con tanta austeridad que pasaba totalmente desapercibido.

—Compartir sus últimos momentos de cotidianidad, y de paso, proponerle un reto, que espero no rechace. Su misión ha recobrado un nuevo sentido que resulta vital.

—¿Puedo preguntar cuál? ¿Le parece poca cosa traspasar la *Brand* de Europa del Este para informar de la situación allí?

—No, en absoluto. Creo que requiere un gran esfuerzo por su parte. Pero necesitamos que haga algo más. Los acontecimientos se precipitan a gran velocidad y su viaje al otro lado de las *Brands* ha cobrado una relevancia extraordinaria.

La conversación fue cortada ante la llegada del camarero.

—Póngame lo mismo que a mi amigo —dijo alegremente Soldevilla—. Algo especial ha de tener cuando vuelve cada día a buscarlo después de tantos años.

—¡Un café con leche y un *croissant* marchando! —dijo el camarero mientras se dirigía hacia la máquina de café—. ¡Los mejores de Madrid, créame!

Cuando recobraron su intimidad, Figueroa preguntó:

—¿Qué ha cambiado?

—Unoa se ha puesto en contacto con Robledo de Chávela y ha comunicado dónde quieren aterrizar. Usted facilitará que estos deseos se cumplan. Comentó en nuestra última reunión que tenía un amigo en el Kremlin, Igor Gargarin. Lo hemos comprobado y está en lo cierto. Tiene mucho peso en el Kremlin. Tendrá que contactar con él para aprovechar sus influencias en el gobierno ruso. Deberá preparar la llegada de Unoa a la Tierra.

—¿Al este de las *Brands*?

—Muy al este, créame. Le informaremos cuando llegue el momento. Suerte en su aventura.

* * *

La comunicación con Unoa no era continua. Las señales se debilitaban notablemente cuando el gigantesco objeto entraba en la órbita oeste de la Tierra. Tenían que esperar doce horas para que el nivel de audición fuera aceptable.

Ochoa no se separaba del ordenador que tenía conexión con la antena de radio control que estaba configurada para comunicarse con la nave extraterrestre, la misma consola que utilizó Tagle, alias Freezer, años atrás.

Allí comía y a veces dormía, apoyando su cabeza sobre la mesa sin quitarse los auriculares para no perderse la voz de su amada Shora.

Percibía la agonía de Unoa a través de los quejidos y chasquidos intermitentes de su estructura. La Primera, la nave nodriza elegida para preservara una especie en vías de extinción, se desmoronaba de a poco y, con ella, las miles de almas que la habitaban.

Cada crujido que escuchaba a través de los auriculares lo sobresaltaba y lo sumía en un insomnio permanente, fruto de la preocupación. Solo podía conciliar un poco el sueño cuando la nave entraba en la zona oscura.

Con frecuencia lo acompañaba el director de Robledo de Chávela. De hecho, eran las dos únicas personas que podían tener acceso al centro de control.

Fue en uno de esos intervalos de espera cuando Fajardo preguntó cuál era el final de la historia del profesor Ochoa en Blua Suno. Aquella información era vital para entender lo que estaba pasando. Inexplicablemente, su historia había pasado a un segundo plano arrastrada por la velocidad de los acontecimientos.

—No creo que tenga la mayor relevancia ahora mismo —contestó el viejo profesor con cansancio—. De hecho cada vez estoy más convencido de que lo que allí sucedió, hace tanto tiempo, es una historia privada entre Blanka y yo. Es cierto que en ella se podría extraer mucha información de lo que está pasando actualmente y lo que se nos avecina en un futuro. Pero ahora mismo tengo la sensación de que esta no le interesa a nadie. Estoy cansado, pero sobre todo preocupado por el destino de nuestros amigos. No dudo ni por un momento de que su descenso va a ser muy complicado y les falta tiempo. Cada minuto que pasa, sus posibilidades de sobrevivir disminuyen y algo me dice que desde aquí abajo no les pondrán las cosas fáciles. Tengo la suficiente edad como para haber perdido la fe en nuestra civilización. No me hago ilusiones de que esto tenga un final feliz.

—¿No confía en Julia, en Martín, en el general Soldevilla, en Figueroa, en Almansa, en Costa, en Díaz, en esos soldados que han decidido sacrificarse por un ideal…?

—¡Claro que confío en ellos, son personas excelentes! Posiblemente nuestro último recurso en momentos tan difíciles. Pero no depende de ellos la solución del problema, créame. Solo espero que su sacrificio sirva para algo.

—¿No tiene fe en nuestra misión, profesor?

—Tengo dudas de que nos la dejen llevar a buen fin. Verá, hay gente poderosa en ambos lados que están manteniendo un endiablado juego de

poder y nosotros estamos en medio. Es como ponerse en medio de una lucha de titanes. O tenemos suerte o acabaremos aplastados. No solo nosotros, sino el resto de la humanidad. Todo nuestro futuro depende de que Martín y su equipo consigan neutralizar el grupo de poder aquí, en la Tierra, y que Julia y Freezer puedan convencer a las Naciones Unidas de lo que en realidad está pasando. Pero aún queda una amenaza que afrontar.

—¿Blua Suno?

—Nigra.

—¿El jefe de los exploradores?

—Tiene el alma envenenada por la maldad, fruto de sus experiencias en otros mundos. Sus intenciones son malévolas, muy en contra de la esencia de los de su especie. Él no quiere compartir, su intención es invadir y tomar posesión a sangre y fuego de lo que no es suyo. Él es el que me preocupa realmente. Tengo el presentimiento de que está detrás de todo lo que está pasando, pero también pueden ser manías de viejo.

* * *

La espera fue muy tensa, sobre todo por parte de Edwards. No perdía de vista a Costa con la intención de intimidarlo, de encontrar una flaqueza en él. En cambio solo encontró una mirada fría como el hielo con toda la atención puesta en él. No había pronunciado ninguna palabra desde la marcha de Artemis, pero intuía que aquel hombre le lanzaría un golpe al más mínimo movimiento.

—No me das miedo, tullido —dijo desafiante.

Costa no se inmutó y continuó en silencio, sin mover un músculo de su cuerpo. Estaba lo suficientemente cerca de Edwards como para poder lanzarle un golpe en el rostro. Pero permaneció inmóvil, con los brazos cruzados y apoyado en el pie de la cama.

—Con lo locuaz que eres y ahora no abres la boca. ¿No será que dudas de tu poder aquí, lejos de tu país y de la puta nave extraterrestre? Al final resultará que eres un puto cobar…

Antes de poder acabar la frase, Edwards recibió un fuerte golpe en el pecho que lo volvió a dejar sin aliento y lo lanzó hacia atrás con violencia. Pensó que le habían explotado todas las costillas de la caja torácica. Acabó tumbado en el suelo luchando por una bocanada de aire y retorciéndose de dolor. Desde su posición pudo ver cómo Costa adoptaba su anterior postura tranquila e indiferente, como si nada hubiera pasado. Sus fríos ojos verdes lo

miraban inmutable. En aquel momento fue consciente del temible enemigo que era aquel hombre y tuvo miedo de una manera tan intensa como no la había sentido desde hacía mucho tiempo. Aquel tipo era realmente peligroso y no se detendría ante nada con tal de conseguir sus objetivos. De hecho lo había perseguido hasta encontrarlo y darle caza en el mismísimo corazón de una zona tan segura como el Homey Airport.

Edwards perdió confianza entre la agonía que estaba sufriendo por la falta de aire en sus pulmones. Tal vez su destino no era tan fiable como había pensado en un principio, menos aún con Costa a su lado. Lo creía capaz de matarlo en cualquier momento, tal era el odio que presentía hacia su persona. Deseó fervientemente el regreso de Artemis.

Pero pasaron unos minutos eternos sin que nadie entrara en la habitación. Poco a poco se pudo recuperar, aunque el dolor continuaba en su pecho. Era como si aquel hijo de puta le hubiese partido el esternón en dos.

Decidió no desafiarlo y bajó la mirada para no cruzarla con la suya. Aun así, siguió notando la energía de aquel hombre vestido de blanco que parecía decirle: «Te voy a aplastar como a una hormiga». No se parecía en nada al «tullido» que había conocido días atrás, al menos físicamente. Parecía ser que su temible espíritu seguía intacto, pero esta vez recubierto por un poderoso cuerpo de enorme fuerza y rapidez.

Después de lo que pareció una eternidad, por fin entró Artemis acompañada por un hombre con el uniforme de oficial médico. Llevaba un pequeño maletín de color rojo en la mano.

—Lo he consultado con mis superiores, coronel Edwards. Podrá marcharse de inmediato, pero antes ha de ser vacunado. Más teniendo en cuenta que ha estado en contacto con los extraterrestres. Es una condición innegociable. No podemos liberarlo sin pasar por este trámite que, por otro lado, es obligatorio en toda la población civil.

—¿Un pinchazo y me puedo ir? —preguntó débilmente el coronel. Todavía tenía dificultades para respirar con normalidad—. ¿Y qué pasa con este cabrón? —añadió refiriéndose a Costa.

—Es un prisionero, no se preocupe por él. Estará recluido mucho tiempo aquí antes de quedar libre, si alguna vez sucede tal cosa. Ha hecho suficientes méritos como para pasar el resto de sus días en una celda. Tiene mucho que contarnos de sus amigos los extraterrestres.

—Quiero garantías de que será castigado por sus crímenes.

—Yo que usted, coronel, no exigiría demasiado. Por una extraña razón lo dejan marchar del Homey Airport, a pesar de haber cometido un crimen

dentro de nuestras instalaciones. Yo que usted no tentaría a la suerte. No es bien recibido aquí y haría bien en marcharse con sus poderosos amigos, que por cierto, le esperan ahora mismo en una de nuestras pistas para llevárselo en un lujoso *jet*. Creo que el trato es justo. Un leve pinchazo y será libre para seguir con su vida.

Edwards se remangó el brazo derecho y el acompañante de Artemis se arrodilló a su lado abriendo el maletín. Extrajo una jeringuilla y una cápsula de color amarillo. Introdujo su contenido en el antebrazo de Edwards, el cual ni pestañeó mientras miraba desafiante a Costa. Había recobrado la confianza en sí mismo.

—Me voy, tullido, pero volveré por ti y te daré tu merecido. Siempre cumplo mis promesas, lo sabes.

Costa siguió impertérrito, pero los músculos de su cuerpo se tensaron bajo la liviana tela de su traje blanco.

Por fin habló.

—Que así sea, coronel. Te estaré esperando o, mejor aún, te iré a buscar. No me será difícil si sigo el rastro de tu hediondo cuerpo. Una de mis misiones en esta vida es librar al mundo de tu asquerosa presencia. Al igual que tú, lo que digo lo cumplo. El tiempo dirá quién de los dos se sale con la suya.

Edwards volvió a bajarse la manga de la camisa y sonrió desafiante.

—¿Hacia dónde me dirijo para salir de este sitio de mierda?

—Salga al pasillo, coronel, allí lo espera una escolta que le conducirá hacia su transporte. Seguramente tiene amigos importantes dentro de ese avión…

—Soy un héroe y creo que me merezco consideración, agente especial Artemis. Me alegro de que mi país siga reconociendo esos méritos. Espero tener suficiente poder como para mandarla a usted a la más humillante de las degradaciones, junto con el general que gobierna esta base. En los tiempos que corremos sobran los cobardes.

—Así sea, coronel. Le deseo que encuentre lo que se merece.

Edwards por fin salió de la habitación, no sin antes lanzar una sonrisa irónica a Costa y Artemis.

Una vez que abandonó la habitación el oficial médico con su maletín de color rojo y ambos se quedaron solos, Costa se puso en pie y relajó su cuerpo.

—¿Qué has preparado para nuestro amigo el «indeseable»? Algo me dice que los chicos de la CIA no dejan marchar a gente tan importante así como así.

—Simplemente le hemos dado un regalo para que lo lleve consigo durante mucho tiempo.

—¿El antídoto del H5N1?

—Sí, eso también —sonrió enigmáticamente Artemis—. Sígueme, brigada, hemos de recibir a unos amigos tuyos. No me gusta explicar los planes dos veces. Haremos una reunión muy interesante. Pero antes de que eso suceda, todavía disponemos de algunas horas. ¿Tienes hambre?

Ambos salieron al pasillo. No había nadie. Comenzaron a andar hacia la salida.

—Por supuesto, la última *nutrijo* me la comí ayer, si no me equivoco.

—¿Qué es la *nutrijo*?

—El alimento de los dioses. Pero ahora estoy en la Tierra y necesito reponer fuerzas. ¿Hay algún buen restaurante en este lugar?

—Lo intentamos, creo que puedo sorprenderte. Vamos. Pero antes, ¿no deseas desprenderte de esa vestimenta…? Sabes que tarde o temprano los científicos me la pedirán para poder estudiarla.

—Creo que de momento me la quedo. Me hace ser el nuevo Costa. Sin ella, me temo que volvería a ser un ser monstruoso sentado en una silla de ruedas. Y no quiero eso, bella diosa de la caza y la luna.

—Bien, podré esperar, pero a cambio quiero información.

—La tendrás mientras degustamos «la sabrosa cocina americana». ¿A qué me vas a invitar, a unos *burguers*?

—Intentaré que tengas mejor opinión de nuestros alimentos.

Costa vio el Hummer estacionado donde lo había dejado unas horas antes. Artemis se puso al volante y él se acomodó en el asiento del acompañante.

—Sorpréndeme pues. Por cierto, ¿dónde has aprendido a hablar un español tan fluido?

—En Sevilla, estuve allí cuatro años haciendo la carrera de filología hispánica.

Costa rio encantado.

—Lo tenía que haber adivinado por la gracia que desprendes. No te imagino vestida de flamenca. Allí te dirían que eres «más estirá que una mojama».

—Te sorprendería saber lo simpática que puedo llegar a ser, pero no con imbéciles como tú.

El Hummer circuló por las polvorientas carreteras del Homey Airport mientras el sol empezaba a ocultarse detrás de las montañas agrestes del oeste. El polvo del camino se volvió rojizo y los espejismos de la calima

desaparecieron. El paisaje se volvió extremadamente nítido y bello. Costa bajó la ventanilla del vehículo y dejó entrar el aire fresco propio del desierto nocturno.

—Me caes bien, Artemis.

—Tú a mí también, brigada, pero no creas que voy a bajar la guardia. Te «tengo calado», como diría mi viejo profesor de filología.

—¡Oh, bueno!, deja que mis encantos vayan surtiendo sus efectos. Es muy posible que cambies de opinión cuando acabemos esta jornada. Sería un día perfecto. Descenso del Olimpo al infierno para acabar entre los brazos de una diosa.

La extrema seriedad de Artemis se vio interrumpida por una risa espontánea que dulcificó su rostro. Costa se sorprendió de lo hermosa que era en aquel momento al dejar caer su máscara de dura agente de la CIA.

—No sé de qué te ríes, pienso que ahora mismo no soy un tipo feo. Me tendrías que haber visto unos días atrás. Hubieses vomitado.

—¿Tu espíritu ha cambiado?

—No demasiado, por suerte o desgracia. He estado viviendo una temporada con nuestros amigos de Unoa. Reconstruyeron mi castigado físico, pero mi alma no ha sufrido grandes cambios. Tal vez es debido a que comulgo con muchas de sus ideas de lo que debe ser una civilización justa y sostenible. Me di cuenta de que su fe es la mía. Por eso mi misión es salvarlos y al mismo tiempo hacerlo con nosotros mismos. Mi amigo Simón lo entendió de inmediato, pero a mí me costó algo más. Tal vez su muerte me haya abierto los ojos.

—¿Te has puesto serio?

—No seas condescendiente conmigo. Sé que tu trabajo es sacarme información. Te la daré sin ocultar nada, no es necesario que intentes manipularme. Pero me resultaría más fácil que fueras tú misma. No es necesario que sigas jugando a la espía sin escrúpulos conmigo. Recuerda que pertenecemos al mismo gremio y ahora mismo estamos del mismo bando.

—Vale, lo haré si tú también eres honesto conmigo. Eres inteligente y también intentas manipularme. Lo sé. De hecho no has dejado de hacerlo desde que nos conocemos.

—Bien, pues. Seamos leales amigos.

—De momento leales colegas de profesión.

—¡Ay, Artemis!, te aseguro que seremos mucho más que eso cuando acabe el día. Soy irresistible.

—¡Eres un imbécil!

—Un imbécil que te gusta. He visto como miras mi «paquete» cada dos por tres.

—Ya te he dicho que me das vergüenza ajena con ese ridículo traje, parece que vas desnudo. Dámelo de una vez y lo mando a laboratorio para que lo analicen, es material extraterrestre y los científicos lo necesitan para investigarlo.

—Ya tienen el de Simón y el de Freezer. El mío puede esperar. De hecho no me lo quitaré hasta que se desintegre. Es mi seguro.

—¿Seguro?

—De que no vuelva a ser el mismo de antes. De que mi cuerpo se arrugue de repente en millones de tejidos quemados. Ves, soy sincero contigo. Ahora me podrías explicar en compensación por qué vistes como una lesbiana.

—Visto de esta manera porque dirijo a cientos de hombres y así me respetan mucho más, pero al mismo tiempo me permito licencias femeninas, como la falda y la coleta. No soy lesbiana, aunque si lo fuera, tampoco me avergonzaría. De hecho, si todos los hombres del mundo fueran como tú, acabaría siéndolo sin remedio.

—Bueno, me imagino que en Sevilla no te comportarías de esta manera, te hubiesen encerrado en el museo de cera por fría y sosa. Estoy seguro de que te abriste de piernas infinidad de veces. Con la labia de los sevillanos cuatro años dan para mucho.

—Cierto, pero jamás me lo montaría con un tipo como tú. Escondes una infinidad de inseguridades con tu verborrea insultante. Puede que te dé resultado con otras personas, pero no conmigo.

—Acepto que soy algo irritante, pero no creo que pueda cambiar a estas alturas, nena. Esto es lo que hay. No creo que te importe demasiado mi verborrea cuando te haga el amor. En esas situaciones no suelo ser demasiado hablador. Mis anteriores amantes me confesaron que los actos superan las palabras con creces y quedaron muy satisfechas, te lo aseguro.

—¿Cuántas de ellas siguieron contigo?

—Ninguna.

—Vale.

—¿Y cuántos contigo?

—Ninguno, en verdad.

Los dos rieron con ganas.

—Tal vez seamos demasiado intensos —dijo Costa.

—O tal vez ellos o ellas demasiado flojos.

—Creo que es lo segundo.

Volvieron a reír.

—Gracias —dijo Artemis cuando se pudo serenar.

—¿Por qué?

—Por hacerme reír. Hacía mucho tiempo que no lo hacía. Y no me estoy poniendo condescendiente contigo. Es la verdad.

—Bueno, yo no puedo decir lo mismo. Me reía muchísimo en el archivo del CNI. Cinco años metido en un sótano totalmente solo clasificando expedientes. ¡Es de lo más divertido que te puedes encontrar!

Llegaron delante de un edificio enorme, como una manzana de viviendas que resplandecía en mitad del desierto con todas sus ventanas iluminadas.

—Es la residencia de oficiales y el personal científico. En la planta baja hay un magnífico *pub* que nos dará de cenar unas magníficas hamburguesas o, si lo prefieres, unos muslos de pollo rebozado.

—¡Soy tu invitado! Elige tú misma.

Dentro del establecimiento, abarrotado de personas con diversos uniformes y otros de paisano, sonaba música *country*. Eligieron una mesa situada en un rincón apartado y esperaron a que una camarera cincuentona les sirviera sendas hamburguesas con una pinta de cerveza rubia.

—Bien, ha llegado el momento. Cuéntame tu experiencia en Unoa y cómo llegaste a ella —dijo Artemis mientras daba un primer bocado a su hamburguesa.

—Antes prométeme que utilizarás esta información de la manera correcta. Ellos son los amigos, no los enemigos.

—Sabes que estamos de su lado. Tenemos prácticamente toda la información de lo que sucedió en Robledo de Chávela y en el Hospital 12 de Octubre. Sabemos quién es Freezer y cómo lo captaron para su causa. Conocemos la existencia del grupo que convive en el radiotelescopio de Robledo de Chavela y la misión de cada uno de ellos. Tuvimos constancia de la operación de Gamadés y de la explosión nuclear que allí se produjo. Todo eso lo sabemos. En contra, carecemos de información de lo que pasó allí arriba con la doctora Massó, su marido, el coronel Herrero, Simón y contigo, además del coronel Edwards, evidentemente. Mi jefe espera ansioso esta información para tomar las decisiones correctas. Se está jugando mucho con este asunto.

Costa miró con desagrado la grasienta hamburguesa que tenía delante de él. Tal vez su organismo había cambiado durante la estancia en Unoa y se había acostumbrado al saludable alimento de las *nutrijo*. Incluso el olor de cerveza que desprendía la jarra colocada delante de él le producía náuseas,

cuando unos días antes se la hubiese bebido de un trago, acompañada de una botella entera de *whisky*. El simple pensamiento estuvo a punto de hacerlo vomitar.

—Bien —empezó a hablar mientras retiraba la comida y la bebida—. Todo comenzó cuando estaba casi muerto en una cuneta de carretera. Nuestro amigo Edwards me había disparado en pleno pecho después de eliminar a todo mi equipo de escolta. Me desperté en Unoa pensando que estaba muerto y aquello era el cielo tras pasar por el purgatorio…

Costa le contó todo lo que había vivido durante su estancia en Unoa, pero sobre todo hizo hincapié en las conversaciones que habían mantenido con Shora, la comandante. Era consciente de que eso era lo que interesaba realmente a Artemis para calibrar el peligro que representaba el descenso de los extraterrestres a la Tierra.

—¿Cómo es su tecnología?

—Más nos vale ser amigos. No nos interesa enfrentarnos a ellos. Creo que con esto he respondido. Les podríamos hacer frente, pero sería una lucha suicida. Lo más importante es que sus intenciones son pacíficas. Solo quieren sobrevivir. Son austeros y tienen un control demográfico estricto. No tienen ansias expansivas, por lo que les podríamos ofrecer uno de nuestros vastos territorios deshabitados. A cambio, ellos nos pueden regalar la salud y el bienestar por el que hemos luchado durante cientos de años sin necesidad de destruir también nuestro medio ambiente. El hambre se acabaría, así como las guerras. Pero me temo que estas expectativas no serán del agrado de muchos grupos de poder. Se avecina una revolución como jamás se ha visto, es la evolución de la especie humana y creo que no podremos evitarlo, excepto que nos exterminemos entre nosotros.

—¿Influirán en nuestra civilización?

—No si no queremos, pero nos pueden proporcionar las claves científicas para progresar en poco tiempo lo que nos costaría décadas. Tienen un control casi absoluto en las reservas naturales sin esquilmarlas. Creo que es un trato verdaderamente ventajoso para nosotros.

—¿Y si no aceptamos?

—Esa es la gran duda que tienen incluso ellos. Por sus leyes, no pueden tomar por la fuerza lo que no es suyo. Pero hay una excepción, que es cuando su propia supervivencia peligra.

Artemis acabó su hamburguesa y pidió con un gesto al camarero otra pinta de cerveza.

—Es una probabilidad, pero lo que es seguro es que ahora mismo nos estemos dirigiendo hacia un holocausto. La epidemia se propaga más allá de las *Brands,* ya hay millones de muertos. Los países con capacidad nuclear están presionando para recibir ayuda urgente, en caso contrario atacarán. La Resolución de las Naciones Unidas está siendo seguida al pie de la letra y de una forma muy severa. Nuestro mundo está dividido en dos y es más que probable que se inicie una guerra fratricida de Occidente contra Oriente, de la cual solo saldrá muerte y ceniza. Es un dilema, ¿verdad?

—Y más teniendo en cuenta que nosotros no tenemos el poder de decisión —asintió Costa—. Nada más jugamos con la baza de que nadie cuenta con nosotros.

—Exacto, y solo tendremos una oportunidad de cambiar la historia. Hemos de localizar a las personas que están dirigiendo esta macabra situación y neutralizarlos, como ya te dije desde un inicio. Solo así, derrumbando esta tenebrosa pirámide, podremos tomar la decisión justa.

—Pero los países más allá de las *Brands* no pueden esperar. No tienen nada que perder y cuentan con un enorme arsenal nuclear.

—Les daremos una salida que podría satisfacer a todos.

—¿Cuál, bella Artemis?

—Los extraterrestres aterrizarán al otro lado de las *Brands*. Con su tecnología podrán detener el avance de la epidemia. Esa es la condición que se les ofrecerá en el caso de que tengamos éxito en la primera fase de nuestro plan.

—¡Vaya, sí que tenemos trabajo! ¿Quién se encargará de pactar con los países de Oriente para ofrecerles este trato? Me temo que la diplomacia de Occidente no tiene mucha credibilidad ahora mismo.

—Extrañamente y como está siendo costumbre, la solución sale del grupo de Robledo de Chávela, tus colegas de España. Un periodista está a punto de atravesar la frontera en dirección a Rusia. Es nuestro embajador no oficial.

—Es mi sensación o creo que todo depende demasiado del azar.

—No lo sé. Trabajamos con lo que tenemos.

Artemis bostezó casi involuntariamente, acabó de un trago la cerveza que quedaba en su pinta y sonrió a Costa.

—Bien, brigada, ha llegado el momento de ir a dormir. Mañana puede ser que nos espere una dura jornada.

—Me parece bien. ¿Me estiro en este asiento a esperar que me den de desayunar mañana o tienes preparado otro alojamiento para mí? No te veo en condiciones de llevarme a las residencias de visitantes, están demasiado lejos.

—Bueno, mi apartamento, que está en este mismo edificio, cuenta con un estupendo sofá… Me gustaría tenerte cerca por si debemos iniciar la operación.

—Ya —contestó Costa con una sonrisa—. Creo que finalmente no has podido resistirte a mis encantos.

—Solo te pongo una condición.

—No ronco, al menos que yo sepa.

—Que te quites ese traje blanco de una maldita vez. Ya no es que me haga falta para entregarlo a los científicos, es que me niego a ir acompañada por una especie de espermatozoide.

—Guapa, la vida útil de uno de estos trajes es de una jornada en Unoa, que no tengo ni idea cuánto dura. Pero hasta que no se me caiga a tiras no me lo pienso quitar. Es mi seguro de vida y de mi autoestima.

—Bien, como quieras. Vamos.

—Antes he de hacerte una petición.

—Dime.

—Simón.

—Su cuerpo será repatriado en el mismo transporte que llegue aquí con el equipo de asalto. Pronto su familia le dará el descanso que se merece.

—Así sea. Me has dado la paz, ahora soy todo tuyo, diosa de la caza y la luna.

—Vamos a descansar, brigada Costa.

—*Bravo birvaro*.

—¿Perdón?

—Mi nombre en Unoa es *bravo birvaro*, también *milita virbovo*. Significan «bravo guerrero». Me gusta, hace unas pocas semanas simplemente era el «tullido». Buen cambio, ¿no crees?

—Sinceramente, viéndote ahora mismo no hay una imagen más alejada de lo que es un tullido. No lo eres ahora y dudo que lo fueras antes. Amigo Costa, tú nunca has sido un desvalido, no te veo en ese papel aunque te faltaran las piernas y los brazos.

Ambos abandonaron el *pub* a punto de cerrar. Dos pisos más arriba, Artemis abrió la puerta de su apartamento y ese fue el inicio de una noche en la que dos personas unieron sus cuerpos en una desenfrenada pasión postergada durante años. Costa no se quitó el traje, ya que era su segunda piel, y sintió que lo ayudó en su virilidad. Artemis tampoco se quejó en ningún momento. Disfrutó de la calidad de una piel suave y caliente contra la suya totalmente desnuda. Hacía tanto tiempo que no se sentía amada que lloró de

felicidad en cada uno de sus orgasmos. Tal vez fue la cerveza, o la innegable sintonía que tenía con Costa, pero se dejó llevar por completo, como hacía años que no le sucedía. Se sorprendió a sí misma desatando una pasión de la que creía que no era capaz. Fuera lo que fuera, esa noche se estableció un vínculo muy poderoso entre los agentes del CNI y la CIA que duraría el resto de sus vidas.

Costa despertó a la mañana siguiente solo en una pequeña y revuelta cama. La luz cegadora del desierto se filtraba por las persianas enrejadas de la habitación. Era evidente que las instalaciones del Homey Airport no destacaban por su elegante decoración. Aquello parecía más bien una celda grande y austera, eso sí, con las comodidades básicas. Artemis no estaba, pero le había dejado una nota sobre un traje militar de faena: «Ya sé que no te quitarás ese horroroso traje de espermatozoide, pero te agradecería que te pusieras algo de ropa encima. Si tengo que ir contigo, prefiero conservar mi reputación de persona seria».

—Todo sea por mi diosa —dijo Costa mientras se vestía con el uniforme de camuflaje por encima de su segunda piel. Pronto sintió que los efectos de la vestimenta de Unoa disminuían, por lo que decidió desvestirse y quedarse con su atuendo original—. Mucho mejor —musitó—. Soy un cobarde y necesito sentirme seguro.

Los efectos del traje de Unoa seguían causando efecto. Seguía blanco como la nieve y lo mantenía limpio y poderoso. No se desprendería de él hasta que se cayera a trozos de su piel.

Salió del apartamento a un pasillo tan austero como las estancias que había abandonado. Todo era de color blanco e impersonal. Prefirió bajar al piso inferior por las escaleras.

Encontró una cafetería donde estaban desayunando civiles y militares. Decidió entrar y servirse en el buffet, dispuesto en numerosas bandejas que contenían el típico desayuno anglosajón, muy contundente para aguantar una dura jornada.

Se sintió objeto de todas las miradas, pero nadie le dijo nada. Era de suponer que en el Homey Airport estaban acostumbrados a ver cosas todavía más extrañas. Se dio la licencia de lanzar un gran eructo después de comer gran cantidad de vegetales de una ensalada. Le alegró ver que las miradas se apartaban de él con una velocidad asombrosa. Estaba loco, pensaron, y con eso tenía suficiente para que lo dejaran en paz. Siempre le había funcionado esa táctica cuando le había interesado. Simón, en cambio, le habría lanzado una mirada de reproche.

No había conseguido olvidarlo. Su bondad le había dejado una huella en el alma y de alguna manera lo había cambiado. Al igual que Freezer. Pensó que las energías positivas eran casi tan poderosas como la maldad. En aquella lucha actual que ambas estaban llevando en tiempos tan difíciles, una de las dos vencería. Esperaba sinceramente que fueran las primeras y por eso lucharía hasta entregar su vida.

—¿Dando el espectáculo, querido Costa? —le preguntó una voz a su lado. Era Artemis. Estaba tan sobriamente vestida como el día anterior. Pero en cambio una luz especial brillaba en su rostro. Incluso intuyó una ligera sonrisa.

—No sería yo mismo si no lo hiciera, Artemis. ¿Qué me tienes preparado para hoy? Espero que la jornada acabe como la anterior. Contaré las horas para que ese momento llegue.

Artemis rio con ganas.

—Tal vez, amigo mío, tal vez, pero has perdido muchos puntos al bajar a desayunar con ese atuendo de espermatozoide. Te dejé un uniforme para que te cubrieras.

—Te acostumbrarás a que casi siempre hago lo que me da la gana. Acabamos de hacernos novios y ya quieres controlar mi forma de vestir.

—Aquí trabaja mucha gente, brigada, y dudo que todos ellos nos sean fieles. Tu manía de lucir el traje de Unoa se puede considerar como un desafío a los poderes de nuestro mundo. No nos interesa llamar la atención. Aparte de eso, es como si te quisieras pasear desnudo. Aunque pensándolo bien, prácticamente ya lo haces.

—¿Estás celosa al ver que todas las mujeres me miran?

—Las mujeres y los hombres. Hasta un ciego recobraría la vista por el *shock*. —Artemis se puso en pie—. Bien, vámonos, nos espera un largo día.

—Vamos pues, te sigo. Ve tú delante. Tu culito respingón me trae muy buenos y cercanos recuerdos.

El sol ya comenzaba a castigar implacable el exterior, aun siendo las nueve de la mañana. Entraron en el Hummer con Artemis al volante y se pusieron en marcha por la polvorienta carretera principal del Homey Airport.

Costa se orientó inmediatamente.

—¿Vamos a ver a Freezer?

—Sí. Ayer lo operaron tras su espectáculo de tirar los aparatos médicos por los suelos y ya está de nuevo en su habitación, reponiéndose. Está consciente y por fin podré hablar con él. Quiero que estés presente para ver si

tienes el valor de repetir el numerito de ayer. Sé que se pueden comunicar, pero no de qué manera. Preciso de su implicación total en nuestra misión.

—La tendrás. Es su misión también.

Media hora más tarde ambos estaban en la habitación de Freezer.

Este estaba despierto, tumbado en la misma cama del día anterior y con la pierna vendada alzada. El color de su rostro seguía macilento, pero los ojos azules como el mar de verano brillaban de vitalidad.

—Hermano Costa, veo que has encontrado la felicidad. Me alegro por ti.

—¿De qué habla? —preguntó Artemis algo incómoda.

—De nuestro secreto. El que querías conocer. Puede leer mis pensamientos y yo los suyos. Imagínate lo que está viendo ahora mismo. —Costa sonrió socarrón.

Artemis no pudo evitar sonrojarse.

—No te avergüences. Nunca el amor se puede repudiar. Es una de las grandes lecciones que tienen que aprender en Domo. ¿Quién eres? —Freezer estudió con atención a la mujer que estaba de pie delante de su cama.

—Soy Artemis, tu protectora.

—No es tu verdadero nombre. Pero me gusta. Has elegido llamarte como una diosa que representa la firmeza y al mismo tiempo la belleza de los misterios del universo. La caza y la luna. Lo encuentro muy apropiado para ti.

—¿Has leído los clásicos griegos?

—Llevo entre vosotros más de treinta años. Me he preocupado de conocer todas sus culturas. Era mi deber como *Emissari*.

—¿Y eres amigo de Costa?

—No, somos más que eso, somos hermanos.

—Extraña pareja, ¿no crees?

—Lo que vale no son las apariencias, son los hechos. Me ha demostrado en infinidad de ocasiones qué tipo de humano es. Gracias a él sigo vivo. Forma parte de mi alma, y por lo que presiento, también de la tuya.

—Ella ha venido para saber si eres de confianza. Si los tuyos también lo son y qué es lo que están dispuestos a hacer para conseguir bajar a la Tierra, Domo. Ya sé que tú y yo ya hemos tenido esta misma conversación en varias ocasiones, pero ahora lo que digas tendrá una enorme importancia en lo que pase en el futuro, el de los tuyos y los míos. —Costa guiñó un ojo a Freezer buscando su complicidad a sabiendas de que Artemis vería ese gesto.

—Entiendo —asintió Freezer—. No es nuestra intención invadir la Tierra, Artemis. Nos iremos en el caso de que no quieran recibirnos. Unoa solo es la avanzada de la gran flota de los habitantes de Blua Suno. Esta espera noticias

nuestras para entrar en su sistema solar o seguir vagando por el espacio. Pero Unoa estaría condenada en ese caso, junto con más de treinta mil hermanos, solo ha hecho un viaje de ida. Pero he de decir que, tal como están las cosas actualmente en Domo, la Tierra, nos necesitan más a nosotros que al contrario. Somos la solución, no el problema, pero eso creo que ya lo sabes, Artemis. ¿Me equivoco?

—Prepara tu discurso para las Naciones Unidas. Para eso has venido, ¿no, *Emissari*? Los demás lucharemos para allanarte el terreno. A ti y a la doctora Massó. Seguramente supondrá un gran sacrificio en vidas humanas, el cual no habrá servido para nada si fracasas. Esa es mi oferta. Nosotros cumpliremos nuestra parte, tú cumple la tuya.

—Haré todo lo posible —contestó Freezer con convicción.

—Hermano —dijo Costa sentándose en el borde de la cama mientras apoyaba su mano en el hombro de su amigo—, la tía buena no se refiere a eso. Quiere decir que en el caso de que los países occidentales crean en nuestro proyecto, garantices que los tuyos no harán nada en contra de los humanos. Se mantendrán al margen de nuestros asuntos y nos asistirán en el momento que haga falta. Se está buscando un territorio donde puedan vivir en paz, pero sin interferir en nuestra civilización, excepto en lo referente a librarnos de la epidemia que nos asuela. Siempre estarán dispuestos a ayudar y no se inmiscuirán en nuestras políticas. Ese es el compromiso al que se refiere Artemis.

Freezer clavó sus impresionantes ojos azules en los de Artemis, verdes como esmeraldas. Pareció escrutar en su alma antes de contestar. Tal vez buscaba el compromiso y la verdad.

—No deseamos otra cosa que establecernos en un lugar donde conseguir sobrevivir. Tenemos mucho que aportar, Artemis, y creo que ya hemos dado prueba de ello. Me comprometo a que nuestros actos así lo demuestren. Siempre estaremos a su disposición para aportar nuestros conocimientos. Pero también intuyo otra duda en ti. No sabes si tengo la suficiente influencia en Blua Suno como para poder llegar a establecer tratados. En este sentido tengo que recordarte que soy el *Emissari* y me han preparado para ello desde que nací. Mis promesas serán respetadas por mis hermanos, ya que saben que jamás supondrían un peligro para ellos. Espero haberte contestado.

—No tengo más remedio que creer en ti —suspiró Artemis—. Me tranquiliza que Costa confíe en ti a ciegas. Él no es dado a ofrecer su ayuda incondicional a nadie en quien no crea.

—Así es —corroboró Costa—. Pero tengo que añadir que tal vez no todo esté en manos de Freezer o de Unoa, pongo mi vida en sus manos, si es necesario. No pienso lo mismo del resto de la flota de Blua Suno, ya que escapa a mis conocimientos. Soy desconfiado por naturaleza. Incluso así, es tan urgente solventar los problemas que nos acucian ahora mismo, que estoy dispuesto a dejar mis temores en un segundo plano. Finalicemos nuestros planes y solucionemos lo que más nos apremia. Después tendremos tiempo de valorar nuevas amenazas.

—Hablas como un sabio, hermano —rio Freezer—. Pero estoy de acuerdo contigo. Solucionemos de momento el problema que nos acucia.

—Así sea —musitó Artemis—. Pongámonos en marcha, el tiempo apremia.

—¿Qué sabemos de nuestro amigo Edwards? —quiso saber Costa.

—Ya te dije, brigada, que no me gusta explicar las cosas dos veces. En breve contaremos con el comando que viene de Robledo de Chávela. Nos reuniremos con ellos y allí les daré toda la información.

—Quiero asistir a esa reunión —dijo Freezer.

—No creo que estés en condiciones —le respondió Costa sujetándolo del hombro.

—Olvidas que soy de Blua Suno, mi recuperación será más rápida de lo que te imaginas. No tengo tiempo de estar postrado en una cama. El fin de mi misión se acerca y no me puedo permitir el lujo de perderme nada. Facilítenme una silla de ruedas y los acompañaré.

—Lo consultaré con el equipo médico —otorgó Artemis.

Costa y Freezer aprovecharon la ausencia de Artemis para comunicarse con el lenguaje antiguo.

«Es una bella mujer».

«Es mía, viejo salido. Por primera vez en mi vida me siento unido a una mujer. Complementa mi ser».

«Ya la has fecundado, tu semilla se ha sujetado en su vientre, lo he visto».

Costa se quedó tan perturbado que por primera vez en su vida no supo qué decir.

«No has de temer el fruto del amor. Será tu herencia en este mundo. Un ser humano no puede aspirar a mayor privilegio».

«No puede ser —contestó Costa con su pensamiento. Era tal la frustración y confusión que sentía que Freezer sintió escalofríos—. No sé si saldré de esta. ¿Cómo me dices esto ahora, a punto de emprender una misión sin retorno?».

«Para que tengas prudencia, hermano, ahora, a diferencia de otras ocasiones a lo largo de tu destructiva vida, tienes dos buenos motivos para regresar».

No dio tiempo a más. Artemis entró acompañada por un médico y este retiró con cuidado los vendajes de la rodilla recién operada de Freezer. Con asombro observó que no había supuraciones y que se estaba cicatrizando a gran velocidad.

—Casi toda mi vida alimentándome con *nutrijo* ha dado su resultado —comentó risueño Freezer—. ¿Nos vamos?

Mientras el equipo médico preparaba a Freezer para su marcha, hicieron salir al pasillo a Costa y Artemis.

Artemis reparó en la mirada extraña que le dirigía Costa.

—Vale, hagamos una tregua. Me gustaría hablar contigo en serio aunque sea solo durante unos instantes. Quiero que hablemos de lo que pasó anoche.

—No hablo en broma, y créeme que no estoy acostumbrado.

—Por alguna extraña razón me atraes, brigada Juan Costa. No creas ni por un momento que me entrego al primer imbécil que intenta seducirme. Hay algo en ti que me llena como persona. No lo puedo evitar y lo lamento, ya que no estoy segura de que seas la persona que me convenga. Son los extraños caprichos del destino.

—Estás hablando con alguien que no ha sentido nunca el amor. Supongo que mis sentimientos hacia ti se parecen mucho a eso. No soy tan complicado como tú. Yo sí estoy convencido de que eres la persona con la que quiero estar el resto de mi vida, y créeme si te digo que he vivido mucho para hablar con conocimiento de causa.

—No me defraudes, Costa, no suelo abrir mi alma a nadie.

—No te defraudaré, bella Artemis, es la primera vez que abro la mía. Pero por ese hecho, quiero que sepas que, me aceptes o no, siempre me tendrás a tu lado. Los que me conocen saben que no hablo en vano cuando juro algo.

La conversación quedó interrumpida ante la presencia de Freezer en el pasillo. Iba en una silla de ruedas eléctrica.

—Cuando quieran —dijo alegremente—. Me siento un poco como Costa, hace unos días atrás. Siempre con su silla a cuestas. Ahora parece ser que los papeles han cambiado.

* * *

Para fortuna de Freezer no viajaron en el viejo Hummer, sino que los esperaba un helicóptero en el exterior del edificio.

Fueron escasamente cinco minutos de viaje. No pasó inadvertido a Costa que salían de las instalaciones del Homey Airport, pero unos pocos kilómetros más allá, en dirección a las montañas de un color azul difuminado por los espejismos del calor, pudieron observar otras edificaciones y pistas de aterrizaje.

—Es Tonopah, secretamente conocida como Área 52. Estaremos más tranquilos en este lugar. Será nuestra base de operaciones —dijo Artemis a través de los cascos—. Ningún satélite ni sistema de rastreo de comunicaciones puede espiarnos aquí ni a treinta kilómetros a la redonda.

Era visiblemente más pequeña que el Área 51, más concentrada en edificaciones. Costa pudo divisar un enorme espacio verde rodeado de edificios que desentonaba en aquel paisaje tan agreste.

—¿Qué es aquello?

—Los que trabajan aquí tienen un gran sacrificio personal. Firman un contrato de diez años durante el transcurso de los cuales no pueden salir ni comunicarse con sus seres queridos. A cambio se les facilitan todas las comodidades. Aquel pulmón verde en medio del desierto no es otra cosa que un complejo de ocio. Hay un parque para practicar *jogging*, pistas de básquet, de béisbol, de golf y de fútbol americano. Incluso hay un pequeño lago donde se puede pescar. Todo lo necesario para motivar a los mejores cerebros del mundo. Los habitantes de Tonopah. De aquí salen la mayoría de los avances científicos que benefician al resto de la humanidad. Inventos tecnológicos, médicos y científicos cuyas patentes valen miles de millones. El Área 51 es donde se aplican esos estudios.

—Y los militares, supongo —apostilló Costa asombrado ante la vista de aquel enorme oasis en medio del desierto.

—Sobre todo los militares —asintió Artemis—. Toda tecnología tiene un origen militar, después se aplica al mundo civil. Ha funcionado así desde hace aproximadamente un siglo. Hablamos del negocio que mueve al mundo a través de las patentes. Pero el hermetismo que rodea estas instalaciones ahora juega a nuestro favor. Solo hay dos personas en el mundo que saben parcialmente lo que pasa aquí, aparte del personal de Tonopah y ahora ustedes: el Director General de la CIA y el Presidente de los Estados Unidos. Pero la realidad es solo mía. Dirijo experimentos de los cuales solo yo estoy al tanto.

—¿Ellos son nuestros benefactores?

—Siempre y cuando su misión salga bien. En caso contrario, jamás habrán estado en este lugar ni nadie conocerá de su existencia. ¿Entiendes? —Artemis lanzó una mirada de pesadumbre a Costa.

—No te preocupes por nosotros, jamás hemos fallado en una misión. Pero dime, ¿qué pasará contigo si fracasamos?

—Nada, que pasaremos al plan B.

—¿Y es…?

—Si te lo dijera, te tendría que matar.

—Respuesta propia de mí. Pero algo me dice que no podrías apretar el gatillo.

Artemis apartó la mirada y la dirigió al magnífico complejo que se desplegaba bajo ellos. Parecía turbada.

—Son momentos difíciles, Artemis —dijo Freezer desde los asientos traseros del helicóptero. Habían conseguido subirlo sentado en su propia silla de ruedas—. Pero deja guiarte por tus sentimientos. Desde hace mucho tiempo la razón, interesada en eso la mayoría de las veces, no ha hecho sino dirigir a la humanidad a su destrucción. Ha llegado el momento de invertir esa tendencia. No tengas miedo. Tomarás la decisión adecuada sin dañar a las personas que más quieres.

—Tus palabras me reconfortan, amable extraterrestre —musitó cínicamente Artemis—. Espero que tengas la misma labia delante del Consejo General de las Naciones Unidas.

Se divisó una enorme «H» sobre uno de los edificios que bordeaban el parque. El helicóptero se dirigió hacia ella y aterrizó.

Cuando descendieron del aparato, caminaron hacia un ascensor que los condujo hasta la planta baja. Allí Costa y Freezer observaron una especie de centro comercial. Con tiendas de ropa, restaurantes, bares e incluso cines.

—Se busca imitar al mundo real —les explicó Artemis al darse cuenta de la sorpresa de sus acompañantes—. Vayamos a comer algo. Ahí hay un Me Donald’s.

—¡Cómo no! —exclamó Costa, disgustado—. Esperaba que tu estancia en Sevilla te hubiese educado gastronómicamente, pero parece ser que los norteamericanos siempre eligen las hamburguesas.

—No es eso. A estas horas no hay nada más abierto, a no ser aquel restaurante vegetariano. Se apañarán, pero si no es de su agrado, no coman —contestó Artemis con acritud—. Por cierto, Costa, insisto, ¿cuándo piensas quitarte ese horrible traje blanco? Todo el mundo nos mira.

—Cuando se me caiga a trozos de la piel, ya te lo dije. Anoche no te quejabas.

Artemis miró con rapidez a Freezer, el cual observaba abstraído todo lo que había a su alrededor mientras Costa empujaba su silla.

—¿Se lo has contado?

—Por supuesto. Es mi hermano. Entre nosotros no hay secretos. Pero es discreto y no se lo contará a nadie hasta que desciendan todos los habitantes de Unoa, más de treinta mil. Aparte de ellos, no lo sabrá nadie más.

—¡Eres un imbécil!

—Y tú una estirada. Relájate, aparte de ellos solo se lo contaré a mis compañeros de comando. El coronel Martín Herrero es mi mejor amigo. Díaz se ha merecido el derecho de ser partícipe de mis confidencias y el resto, aunque todavía no los conozca, seguro que estarán interesados en mis vivencias contigo. ¿De qué sirve tirarse a una «macizorra» pelirroja si después no se lo puedes explicar a los colegas?

Antes de que Artemis explotara, Freezer accionó el motor de su silla de ruedas y se liberó de Costa.

—Allí veo un restaurante de comida vegetariana. Si no les importa, me voy a ver si como algo sano, nos vemos aquí dentro de media hora aproximadamente. ¿Tendré que pagar la consumición, Artemis?

Ella, que había puesto toda su atención en Costa, por fin pudo desviar la mirada hacia Freezer. Fingió una sonrisa.

—Puedes pedir lo que quieras. Todo aquí es gratuito.

—Bien, pues los dejo.

Cuando Freezer se hubo marchado, Artemis y Costa siguieron mirándose fijamente. Una llena de ira, el otro con una sonrisa en los labios.

—Relájate, creo que ya me conoces como para no tener en cuenta mis estupideces.

—No sé lo que siento, Juan Costa. Estoy tan confusa que no logro pensar con claridad. Todo esto es muy nuevo para mí. Te has colado en mi vida como un misil y mi mundo se ha vuelto del revés. Solo tengo clara una cosa: he de cumplir con mi trabajo. Para eso me he entrenado toda mi vida. No he llegado a ser el enlace de la CIA en el Homey Airport por casualidad.

—Mira, diosa de la caza y la luna, ambos pertenecemos al mismo mundo. No somos niños, aprovechemos el tiempo que estemos juntos y el destino nos deparará lo que considere. No le des más vueltas y preocúpate cuando llegue el momento. Mientras tanto, disfruta de mi compañía. Déjate llevar.

—Eres incorregible —dijo Artemis y dulcificó su mirada—. ¿Qué voy a hacer contigo?

—Amarme. Es algo que no puedes evitar. Igual que yo a ti. Nuestros destinos están unidos, para bien o para mal. Créeme.

—Eres una piedra en mi camino.

—Soy la solución a tus problemas. Afectivos y profesionales, no lo dudes. ¿Vamos a comer vacas transgénicas?

—Vamos, pero la comida la elijo yo.

—Te agradezco el esfuerzo. Seguro que pones al chef en un compromiso.

Entraron en el Me Donald’s y se fueron directo a la barra de pedidos. Artemis pidió por los dos y se dirigieron a una mesa libre cargados con sus respectivas bandejas bajo la mirada curiosa del resto de clientes.

Costa miró con desagrado la comida que tenía delante de él y solo comió las verduras del bol de ensalada. La hamburguesa le resultaba repugnante. Casi se arrepintió de no haber acompañado a Freezer al restaurante de comida vegetariana.

—¿Qué me ofreces? —le preguntó con brusquedad Artemis.

—Amor incondicional para toda tu vida. Si algo soy, es fiel con las personas que me importan. Lo seré con los dos.

—¿A los dos, a quiénes te refieres?

—A ti y al pequeño o pequeña Costa que llevas en las entrañas.

Artemis se quedó con la boca abierta, con la hamburguesa a punto de entrar en ella. La volvió a dejar sobre el plato y miró a Costa con los ojos desorbitados. Parecía una tigresa a punto de abalanzarse sobre su presa.

—Explícate.

—Freezer tiene la habilidad de mirar dentro de las personas, al igual que los de su raza. Es algo evolutivo, ¿sabes?

—¡Al grano!

—Ha visto una nueva vida dentro de ti. Nuestra descendencia.

—¡Pero si sucedió la noche pasada! ¿Cómo es capaz de ver semejante cosa?

—Ya te lo he dicho, ellos son capaces de ver cosas que nosotros ni imaginamos. Por alguna extraña razón, yo también. Conozco su lenguaje antiguo, el de la mente. Freezer dice que es porque tengo la mente abierta. Sea como sea, ha pasado y debemos estar felices por ello. Yo al menos lo estoy.

El rostro de Artemis adquirió un color púrpura intenso. Se había quedado sin habla.

—¿Me estás diciendo que estoy embarazada?

—Eso mismo.

Artemis apartó la comida y permaneció con la cabeza gacha. Estaba visiblemente emocionada.

—Soy vieja, no tengo vida social ni amigos ni familia. Mi objetivo en la vida era servir a mi país, nada más.

—No eres vieja. Las viejas no se quedan embarazadas ni tienen tu cuerpazo. La familia que te falta te la puedo proporcionar yo. Tienes suegros y cuñados en España. Los tendré que recuperar, ya que el antiguo Costa los repudió no sé por qué motivos, pero sé que están ahí y nos aceptarán sin reparos. Permítete ser feliz.

—Hagamos un paréntesis. Hablemos de nosotros cuando esto haya terminado. Te lo pido por favor.

—Como quieras.

Salieron los dos del restaurante de comida rápida, unidos en cuerpo y alma. Así llegaron a la habitación de Artemis, donde hicieron el amor de una manera vibrante e intensa.

En la planta baja, en la zona común del centro comercial, esperaba Freezer después de haber consumido unos cuantos vegetales. Lejos de estar confuso, una sonrisa de connivencia afloraba en su rostro. Esperaría allí hasta que se acordaran de él. El evento valía la pena. No tenía ni idea dónde lo iban a alojar, pero no le importaba, porque sabía que tarde o temprano irían a buscarlo. El personal de Tonopah que se encontraba en el centro comercial en aquellos momentos lo miraba con curiosidad. Sabían quién era, pero estaban acostumbrados a los secretos y a la discreción y nadie lo importunó.

Pero Freezer sonrió a un grupo de mujeres que pasaban junto a él. Aquello abrió la puerta de la curiosidad. Se acercaron a él y le preguntaron si necesitaba algo. Él fue consciente de que su imagen llamaba la atención. Parecía desvalido en medio del centro comercial. Un tipo en silla de ruedas sin saber adónde ir. Pero no estaba preocupado, sabía que pronto vendrían a buscarlo. Dejaría espacio al amor. Al mismo tiempo pensó que aquel lugar no era tan diferente a Unoa. Era evidente que existía una férrea organización donde cada uno tenía su función. Aun así todos se congregaban para socializarse a la hora de comer.

* * *

—Solo te pido una cosa —susurró Juan Costa al oído de Artemis. Ella yacía a su lado, sudorosa y desnuda.

—Dime.

—Tendrás a nuestro hijo, pase lo que pase.

—Me lo pensaré —susurró Artemis—. Antes tendré que saber que es cierta la locura que te ha dicho Freezer. Si fuera cierta… No quiero traer una nueva vida a este mundo peligroso y sin futuro.

—Yo haré que sea seguro y con mucho futuro. Nuestro hijo o hija vivirá el esplendor de nuestra raza. Me sacrificaré para que esto sea así, si es necesario, pero déjalo vivir.

—Corren malos tiempos, Costa, no quiero que nuestro hijo sufra.

—Tendrá a la mejor de las madres. Él o ella serán mi legado.

—Hablemos de esto cuando vuelvas de la misión.

—No me tomes por estúpido. Sabes tan bien como yo que tengo pocas posibilidades de volver. Solo quiero que me prometas que él o ella vivirá.

Artemis se acercó al pecho de Costa y apoyó su cabeza en él. Seguía con el maldito traje blanco puesto, pero tenía que reconocer que le gustaba su tacto cálido y suave, como la más cuidada de las pieles.

—Vayamos a buscar a Freezer. Nos estará esperando.

Cuando bajaron al centro comercial, observaron asombrados cómo al menos cincuenta personas rodeaban a Freezer sentados en el suelo. Todos lo escuchaban con atención.

—Nuestra esencia es la paz —decía con sus ojos azules como el cielo. Parecía mirar uno por uno a todos los asistentes. Tenía ante sí a un público entregado y reinaba un silencio absoluto. Toda la atención estaba puesta en aquel gigante de aspecto nórdico sentado en una silla de ruedas—. No seremos el problema, sino la solución. Podrán acudir a nosotros en búsqueda de conocimiento, pues no interferiremos en sus asuntos. Allá donde nos dejen vivir, siempre estaremos dispuestos a ayudar. Tenemos los conocimientos para acabar con el hambre y las enfermedades, para que la longevidad se cuente en cientos de años. Somos humanos al igual que ustedes, formamos parte del mismo árbol, pero por alguna razón, nuestras ramas de evolución se separaron en algún momento. Unoa, la Primera, es la avanzada de nuestro pueblo. Compartan su mundo y les aseguro que será la mejor decisión que puedan tomar.

—¿Y los meteoritos que lanzaron? ¿No fue un ataque que nos ha llevado a esta situación? —preguntó un hombre trajeado. Estaba sentado entre los asistentes y su tarjeta en el pecho lo identificaba como científico.

—No. Nuestra intención fue salvarlos. El ataque vino de la Tierra, no de nosotros. Intentamos neutralizar la expansión del virus H5N1. Nosotros no

hicimos que el Consejo de Seguridad de la ONU estableciera las *Brands* ni que utilizara armamento nuclear para conservar su impermeabilidad. Tampoco somos responsables de los millones de muertos que se han producido desde que esta terrible tragedia empezó a devastar este mundo. Les puedo asegurar que tanto mis hermanos como yo lloramos cada víctima.

Freezer barrió con su mirada limpia a todos los asistentes. Unas lágrimas empezaron a surgir de sus ojos enrojecidos, resbalaron hasta la barbilla y gotearon su ropa.

—Soy el *Emissari* de Blua Suno, y les digo que mi pueblo no propicia la muerte ni la destrucción. Va en contra de nuestra primera ley. Lo que he visto en estos últimos treinta años en los que he convivido entre ustedes ha sido muerte y falta de valores. Tanta violencia solo podía desencadenar en lo que estamos viviendo en la actualidad. Mi alma se rompe ante cada asesinato. Conozco vuestra raza —se giró para mirar a Costa, que estaba escuchándolo atentamente a sus espaldas—. Cuento con amigos humanos y he visto cómo alguno de ellos ha perecido. Otros siguen luchando por la causa de la razón. Ellos son los que los salvarán. Ni yo ni los míos.

El silencio era absoluto. Todos los ojos estaban fijos en Freezer, que, conmocionado, había tenido un recuerdo para su amigo Simón.

—¿No tienen trabajo que hacer? —La brusca voz de Artemis rompió el encantamiento del momento. El numeroso grupo se fue poniendo en pie poco a poco y comenzaron a marcharse del lugar. Todos ellos le dirigieron una sonrisa a Freezer antes de irse.

Cuando por fin estuvieron solos, Artemis apoyó una mano sobre el brazo del extraterrestre.

—Espero que hables igual delante de las Naciones Unidas, amigo.

—Es lo que siento y lo que deseo transmitir. Estoy cansado y dolorido.

—Te llevaremos a tu habitación, *Emissari*. —Artemis se hizo cargo de la silla de ruedas y la empujó hacia el ascensor—. Ahora entiendo por qué los tuyos te dieron ese cargo.

—Solo digo la verdad.

—Ya es mucho para los tiempos que corren.

Costa detuvo a Artemis sujetándola por el brazo.

—¿Aún dudas de la nobleza de esta raza?

—Hechos, mi querido Costa, quiero hechos. Freezer me convence con su exposición, pero he de ser precavida. El tiempo lo dirá.

Artemis indicó las habitaciones que habían de ocupar Costa y Freezer. El primero se alojaría en la primera planta del centro comercial. Era como la

estancia de un hotel, con todos los lujos. El segundo iría a la habitación del hospital del Área 52.

Costa, dolido por no compartir su lecho con Artemis, renegó de la habitación que le había asignado y decidió irse con Freezer. Los dos compartirían un habitáculo del hospital. Pero no todo era negativo. Pronto descubrieron que este se encontraba justo al lado de la zona verde del complejo.

Esa misma tarde ambos salieron a pasear por los espectaculares jardines de aquel lugar. Costa empujaba la silla de Freezer en silencio, sumergido en sus pensamientos.

Las sombras de los árboles dulcificaban el abrasador calor del desierto. Era increíble cómo un pequeño microclima creado por el hombre podía cambiar tanto las condiciones de temperatura y humedad.

Pero Costa, lejos de pensar en eso, empujaba la silla de su amigo sin prestar demasiada atención a lo que lo rodeaba. Freezer le preguntó en el lenguaje antiguo:

«¿Qué te preocupa?».

«Mi nueva situación. Tú me lo dijiste. Ahora tengo responsabilidades y he de regresar de esta misión. Hasta ahora, no era algo que me preocupara especialmente. Siempre había deseado morir como un héroe. Hasta que ardí dentro de aquel blindado en Afganistán. Desde aquel momento, no he dejado de sentirme vulnerable».

«Por eso sigues llevando el traje de Unoa».

«Sí. Tengo miedo de quitármelo y de que mi cuerpo vuelva a convertirse en el monstruo de antes».

«Te equivocas. La máquina de regeneración ya hizo su trabajo contigo. No hay vuelta atrás».

«Lo sé, pero este traje también me protege. Tiene propiedades que multiplican en mucho mi capacidad física. Me hará falta para la misión que tengo que afrontar».

«Es cierto que el traje obedece a su portador. Incluso te obedeció en tu deseo de inseminar a Artemis. Le da fuerza y ayuda a tu organismo. Pero recuerda que su vida es limitada. Pronto se desintegrará, ya que está ideado para volver al círculo de supervivencia. Es un ser orgánico, no lo olvides».

«Solo espero que aguante hasta llevar a cabo nuestra misión. Después se puede desintegrar».

Pasearon en silencio durante unos minutos, embriagándose del aroma de las flores que desprendía aquel oasis en medio del desierto. De vez en cuando

se cruzaban con un corredor sudoroso que los saludaba con un movimiento de cabeza.

«Pronto serás padre. ¿Qué piensas?».

La voz de Freezer entró como un trueno en su mente.

«Que tengo miedo de no conocer a mi hijo».

«¿Sabes una cosa, Costa? Les tengo envidia. Ustedes pueden engendrar a su descendencia y orientar su vida para que tenga éxito o no. En cambio, en Blua Suno nuestro destino ya viene marcado antes de nacer. No tenemos unos padres que nos protejan el resto de nuestra existencia. Mi especie pertenece a la comunidad, no a la familia. En los años que he convivido con ustedes me he sentido muy solo, porque no pertenecía a un grupo social. Aquí no tenía padres, pero tampoco en mi sociedad. He estado desplazado mucho tiempo hasta que te conocí. No tienes un alma mala».

«Díselo a las decenas de personas a las que he matado».

«Cumplías con tu deber, para mantener la seguridad de tu sociedad. En Blua Suno, los *esploristos* también tuvieron que hacer cosas que no les agradaban en búsqueda de un mundo en el que poder sobrevivir».

«No tengo excusa, amigo Freezer. Tengo una familia normal que me adora y a la cual he dado la espalda sin motivo alguno. De pequeño tuve todo el amor que se puede desear. No sufrí ningún tipo de trauma que pueda explicar mi ansia de violencia. Lo que me lleva a pensar que solo soy un puto psicópata con ansias de sangre».

«Tal vez lo hayas sido, pero ahora no. ¿Has asesinado a alguien por placer?».

«Realmente no, pero he sido implacable con los que creía que eran enemigos».

«¿Enemigos de quién?».

«De los míos».

«Entonces no matabas por placer. Solo por obligación moral».

«No, sentía placer en matar a indeseables».

«¿Te arrepientes?».

«No. O los eliminaba o causarían muchas muertes inocentes».

«Ahora te encuentras en la misma situación. ¿Por qué dudas?».

«Porque voy a ser padre. Porque después de mi estancia en Unoa he aprendido a valorar más la vida humana. Porque, a fin de cuentas, me he dado cuenta de que la violencia no me enriquece, sino más bien me destruye. La sé ejercer, pero aspiro a no utilizarla nunca más cuando esto finalice. Quiero vivir en paz, *Emissari*».

»¿Repudias la violencia?».

«La utilizaré para acabar esta misión, después no quiero emplearla más».

«¿Ni con Edwards?».

«He dicho después de acabar la misión. Edwards está incluido».

«¿No sabes que el odio corrompe el alma?».

«Asesinó a mi equipo en Robledo de Chávela, intentó destruir Unoa y mató a Simón sin motivo. Tú estabas presente, te hirió y gracias a él vas en silla de ruedas».

«Edwards recibirá su castigo tarde o temprano, no te preocupes. Así funciona la ley del universo, que está por encima de los hombres. La maldad corrompe el alma y la acaba matando de una manera cruel. El que ha elegido el camino del mal ha de ser consciente de que tendrá un final terrible».

La conversación se vio interrumpida por unos gritos que procedían de detrás de ellos. Al girarse pudieron ver a Artemis, que los llamaba desde la distancia, bajo las sombras de unos árboles gigantescos. Estaba en medio del camino e hizo un gesto para que se dirigieran hacia ella.

—Es preciosa hasta cuando grita —dijo Costa volviendo a utilizar sus cuerdas vocales.

—Sí que lo es. Es la mitad de tu alma, hermano —contestó Freezer también con la voz—. Cuídala a ella y a la semilla que lleva dentro.

—¿Crees que seré capaz?

—Me viniste a buscar a mí y a Simón sin pensártelo dos veces. Sí que serás capaz. De hecho, me alegro de tenerte como amigo y no como enemigo. Has elegido el buen camino y lo seguirás haciendo. No tengas miedo.

Cuando llegaron a la altura de Artemis, esta les sonrió abiertamente. Estaba resplandeciente. Seguía vistiendo con sobriedad, casi de una manera masculina, pero su rostro había cambiado y parecía haber rejuvenecido muchos años. Incluso sus ojos verdes como esmeraldas y su pelo rojo como el fuego parecían brillar bajo la luz del desierto filtrada por la rama de los árboles.

—Ya están aquí. El equipo de Robledo de Chávela ya ha llegado.

Costa también sonrió.

—¿Dónde están?

—La esfera extraterrestre ha aterrizado en la azotea del hotel. Ahora iremos a su encuentro, pero antes hemos de realizar un acto de justicia. Síganme.

Ambos siguieron a Artemis hasta entrar en el hospital. En el vestíbulo un grupo silencioso observaba un ataúd cubierto por la bandera española. El

silencio era abrumador. Ocho *marines* con uniforme de gala estaban situados en formación a ambos lados del féretro, esperando.

Un suboficial saludó militarmente a Artemis.

—*We had orders to make the ceremony of the change of the coffins, madam; but the Spaniards insisted to be carriers*. (Teníamos órdenes de hacer la ceremonia del traslado del féretro, señora, pero los españoles han insistido en ser ellos los portadores).

Costa miró hacia la puerta de acceso al hospital. Entraron Martín, Díaz y tres hombres más a los que no conocía. Todos ellos vestidos con uniformes de camuflaje sin ningún tipo de insignia.

—Juan, amigo mío, ¿nos ayudarás a trasladar a Simón hacia la *boveno*? Su familia lo espera en Robledo de Chávela —dijo Martín.

Costa miró a Artemis lleno de emoción.

—El cadáver de tu amigo estaba en el depósito de este hospital a la espera de ser repatriado. He creído conveniente darle los honores que se merece.

—Gracias, nunca te podré agradecer suficiente lo que has hecho.

Martín abrazó a Costa y a Freezer. Díaz se mantuvo en un segundo plano. No sabía la reacción que podría tener el brigada hacia él. Todavía tenía remordimientos por no haberle prestado todo su apoyo cuando se lo pidió. Sus dudas pronto se esclarecieron y los tres agentes del CNI acabaron unidos en un emotivo abrazo.

Díaz le tendió la mano a Freezer.

—No nos conocemos personalmente, pero quiero agradecerte haber mantenido con vida a mis compañeros.

—Tengo entendido, comandante, que su actuación en Gamadés también fue digna de la mejor de las gestas. Es un placer para mí conocerlo.

Díaz carraspeó.

—Hablando de Gamadés, les presento al resto de supervivientes de aquella aventura, excepto uno que permanece en Robledo de Chávela. Se han presentado voluntarios para esta misión. Son del ejército de Regulares.

Hechas todas las presentaciones, los *marines* se apartaron del ataúd y ocuparon su puesto los recién llegados y Costa, que cargaron el féretro sobre sus hombros e iniciaron el camino hacia el hotel.

Había una distancia de cien metros por una calle asfaltada castigada por el implacable sol del desierto. En las aceras se congregó una multitud de personas que observaron en silencio el paso de la comitiva.

Al entrar en el vestíbulo del centro comercial, se detuvieron al aparecer ante ellos dos seres altos y rubios vestidos de blanco con una coraza liviana

del mismo color.

—*Ni ankaü volas honori la instruisto Simon. Alvenis al esti oni de ni en Unoa*.

—Nosotros también queremos honrar al profesor Simón —tradujo Freezer—. Llegó a ser uno de nosotros en Unoa.

Los dos hombres de Blua Suno relevaron a los portadores y entre los dos tomaron el ataúd, llevándolo con asombrosa facilidad y delicadeza hasta el enorme ascensor del hotel. Llegaron a la azotea donde los esperaba el tercer extraterrestre de la tripulación junto a la *boveno*, que resplandecía como una gigantesca perla blanca bajo el sol de aquella tarde en el desierto de Tonopah.

—Adiós, amigo Simón —dijo Martín—. Te prometemos que lucharemos por el mundo que soñaste.

La *boveno* partió como un rayo de luz hacia el cielo y pronto se perdió de vista.

Artemis se dirigió al grupo que había en el helipuerto de la azotea del hotel.

—Señores, tenemos que ponernos a trabajar de inmediato. Acompáñenme al salón de actos. Hemos de planificar la salvación de nuestros mundos.

Bajaron hasta la primera planta del edificio. Allí encontraron una puerta flanqueada por dos *marines* armados. Cuando entraron, vieron con asombro que lo que parecía ser una sala de actos había sido convertida en un centro de control, lleno de aparatos informáticos y de pantallas de ordenador, delante de las cuales un hombre y una mujer monitorizaban datos. Estaban tan concentrados que no parecieron darse cuenta de la entrada del grupo. En la pared del escenario había un gigantesco mapa de Norteamérica visto desde el espacio, seguramente retransmitido en directo por diversos satélites. En él se apreciaba un diminuto e intenso punto rojo.

A la derecha de aquella sala habían dispuestos unos camastros y una mesa alargada repleta de alimentos.

—Este será nuestro centro de operaciones. Estamos en contacto directo con Robledo de Chávela y compartimos información en tiempo real. En este lugar trabajaremos, comeremos y dormiremos. Al fondo de la sala hay duchas y lavabos. Nos acompañan dos científicos de la base, cuya función les explicaré en breve. Sean bienvenidos.

—¿Qué es ese punto rojo? —preguntó Martín señalando la enorme imagen de Estados Unidos.

—Es Edwards. Nuestro objetivo. Tiene un implante que nos permite seguirlo allá donde vaya y escuchar lo que él oye mediante nanotecnología.

—El antídoto que le pusieron —comentó Costa asombrado.

—Sí. La vacuna del H5N1 era real, pero llevaba un regalo.

—¿Qué tecnología es esta que permite semejante seguimiento?

—La que se produce en el Área 52, mi querido Costa. Los miles de millones invertidos en investigación han dado su resultado. Le implantamos al señor Edwards un dispositivo del tamaño de una célula que viajó por su torrente sanguíneo hasta que llegó al lugar donde nos interesaba, su pabellón auditivo. Allí está fijado en la actualidad y nos da información no solo de su paradero exacto, sino también de lo que habla y escucha. Ningún aparato inventado hasta el día de la fecha lo puede detectar, excepto nosotros.

—¿Desde cuándo está activado?

—Prácticamente desde que lo vinieron a buscar y se marchó. Tenemos grabadas decenas de horas y lo hemos seguido por medio país. Ahora ha dejado de viajar. Sabemos dónde está y el porqué. Es una gran oportunidad para nuestros intereses y en breve partirán a su misión. El destino nos es favorable en estos momentos.

—¿Dónde da aquella puerta? —preguntó Díaz, que no había dejado de examinar aquella enorme estancia. Era evidente que estaba en tensión y preocupado por la seguridad del entorno y de su grupo.

—Son las salas de interrogatorios y de confinamiento. Estamos preparados para recibir a un grupo numeroso de sospechosos. Quiero que tengan claro que aquí solo existe la ley de la supervivencia. Tenemos previsto que pronto tendremos que usarlas. También hay una enfermería con los mayores adelantos médicos para tratar… a los posibles heridos en la misión. Todo lo concerniente a lo que estamos haciendo se realizará en esta estancia, nada puede salir de aquí. ¿Lo entienden?

—¿Quién más sabe la existencia de este lugar y nuestra presencia en él? —quiso saber Martín.

—El Director de la CIA. Y por supuesto Robledo de Chávela, nadie más. Ni el Presidente de Estados Unidos sabe que estamos trabajando en la búsqueda de los miembros de *Iterum*. Le daremos un informe con los resultados de esta misión. Esto funciona así por protocolo. Es la forma de que no se vea involucrado delante de la opinión pública en el caso de que la misión salga mal. Tiene demasiados consejeros a su alrededor y podría dar información involuntaria de nuestros propósitos. Quiero que entiendan que somos un grupo tan opaco como el que conforma nuestro enemigo. Es la única manera de atraparlos. Su poder llega a todos lados y solo tenemos esta oportunidad de poder contrarrestarlos.

—¿Y si en *Iterum* hay alguien intocable?

—No hay nadie intocable, coronel, ni nosotros mismos —dijo Artemis con una mirada fría y llena de determinación—. Esto es una apuesta arriesgada y debemos llegar hasta el final. No existe en este momento nadie tan poderoso como para justificar que paremos el exterminio que padecemos. Esa debe de ser nuestra filosofía.

Artemis se alejó discretamente del grupo mientras estos miraban a su alrededor y se acomodaban a las instalaciones. Su mirada se cruzó con la de Costa y este acudió a ella.

—He decidido tener a nuestro hijo o hija, Costa —le dijo en un susurro—. Pero no te eximo de la obligación de volver con nosotros.

—Ya morí una vez, bella Artemis. No pienso pasar dos veces por esa experiencia, te lo aseguro —respondió Costa con una sonrisa. Aquella noticia le había dado un gran aliciente de futuro. Su alma se llenó de un calor extraño. Se sintió tan feliz que estuvo a punto de gritar a pleno pulmón.

Artemis, percibiendo su reacción, le puso una mano en el pecho. Fue un gesto cariñoso para intentar contenerlo. Con su mirada le dijo que aún tenía que decirle algo más. Costa lo percibió y aplacó sus sentimientos, mirándola con expectación.

—Hay algo que te tengo que decir. —Tiró de una pequeña cadena que colgaba de su cuello y extrajo una especie de placa rectangular de color dorado oculta en su escote—. Este es el dispositivo de seguimiento de Edwards. Desde aquí puedo monitorizar sus movimientos.

—Sí, eso ya lo has comentado antes —dijo Costa impaciente ante la actitud preocupada de Artemis.

—El plan «B» es que…

—Continúa.

Artemis se puso tensa.

—El plan «B», si fallan…

—No fallaremos.

—Si fallan —insistió Artemis—, activaré un código y la cabeza de Edwards estallará en una terrible explosión. Matará a todo ser vivo que se encuentre a no más de cien metros cuadrados de circunferencia. El Director de la CIA solo sabe del dispositivo, pero no de la carga explosiva, ya que no hubiese dado tiempo a realizar los trámites de la autorización de su uso en caso necesario. Es una apuesta personal que hago en connivencia con el equipo de científicos que han ideado este artefacto.

—¿Qué me estás diciendo?

—Si fallan en la operación, activaré el dispositivo y todo el mundo morirá alrededor de Edwards cuanto esto se produzca. Incluso tú. En la célula que le hemos implantado hay una nanocarga explosiva de neutrones que matará a todos los que estén a cien metros de su portador. De esta manera nos aseguramos de eliminar posibles enemigos. Lo haré, Costa, aunque tú estés allí en ese momento. Es mi responsabilidad y mi deber. ¿Lo entiendes?

Costa se puso serio, y con su mirada fría como el hielo le transmitió a Artemis su desazón.

—¿Por qué no se lo has dicho a ellos?

—Porque los condicionaría. Creo que ya soportan suficiente presión como para decirles que si algo falla, morirán.

Costa reflexionó durante unos instantes. Finalmente, su mirada se dulcificó y sonrió.

—No dudes en activarlo, llegado el momento —Costa la abrazó y le susurró al oído—: Somos guerreros, es el camino que hemos elegido en nuestras vidas y nos debemos a nuestra gente. Con gusto daré mi vida por ti y por el ser que crece en tus entrañas. Los demás que me acompañan tienen diferentes motivaciones, pero el mismo objetivo. No sufras por nosotros, somos soldados y moriremos como tal llegado el momento, es nuestro destino.

* * *

Lo condujeron hacia una de las pistas de aterrizaje de Homey Airport. Allí esperaba un *jet* solitario y resplandeciente bajo el sol del desierto. Lo acompañaban dos hombres trajeados que no le dirigieron la palabra en ningún momento durante el trayecto en coche. Nadie le preguntó por los visibles hematomas que tenía en el rostro.

Salió del reconfortante habitáculo climatizado del vehículo y sintió el aire ardiente en su cara. Se apresuró a subir por las escalinatas del avión. Arriba lo recibieron el piloto y la tripulación.

—Bienvenido, coronel, está todo listo para despegar.

No dijo nada. Entró en el *jet* y se acomodó en una butaca. Lo siguieron los dos acompañantes, que se sentaron a su lado, en silencio.

—¿Adónde me llevan y quiénes son ustedes? —preguntó.

—Somos del Departamento de Estado de Defensa, coronel —dijo uno de ellos—. Tenemos instrucciones de llevarlo a Washington. Allí finaliza nuestra misión.

—¿Los ha enviado el almirante Smith?

—No, un simple general. No conocemos al almirante Smith, pero suponemos que usted tiene buenos amigos como para montar este traslado desde el mismísimo Homey Airport. Nos esperan muchas horas de viaje y no nos interesan sus preguntas, ya que no tenemos las respuestas. Apreciaríamos su silencio, coronel.

Edwards lo agradeció. No le apetecía charlar con subalternos.

Aceptó una bandeja de comida de la azafata y pidió una botella de champán para acompañarla. Tenía mucho que celebrar y esperaba con ansiedad su destino final, en donde sin duda lo recibirían con los honores que merecía.

Estaba agotado física y mentalmente. Su aventura en la maldita nave extraterrestre lo había dejado sin energía, por no hablar del asunto de Unoa. Tenía claro que lo habían torturado y que si no hubiese tomado la determinación de huir de allí, jamás lo hubiesen dejado volver. Aquellos alienígenas pretendían sacarle información a cualquier precio, incluso con el de su vida. En cambio Simón, el coronel Herrero, su mujer, la puta científica y, sobre todo, el «tullido» seguramente habían conseguido el salvoconducto para sobrevivir cuando invadieran la Tierra. Todos ellos disponían de información privilegiada y seguían luchando para allanarles el terreno.

Sintió un gran odio hacia Simón durante su cautiverio. Intentó convencerlo para que colaborara, pero tuvo claro que lo mandaban los extraterrestres. Era el mayor traidor de todos. Por eso sintió una gran satisfacción cuando acabó con su vida. Se lo había prometido a sí mismo: «En cuanto vuelva a casa, acabaré con este hijo de puta». Y lo cumplió… Escuchó crujir su cuello y vio cómo su cuerpo sin vida cayó en la arena del desierto. Un traidor menos. Le quedaban tres más. Se lo había jurado y él siempre cumplía sus juramentos. Aun así, había añadido a su lista a Artemis, o como quiera que se llamara. Una traidora en su propio país. Pronto contaría su participación en los hechos y sus protectores se ocuparían de ella, no tenía duda.

Poco a poco sus pensamientos se fueron nublando por los efectos del champán y entró en un profundo sueño. Se encontraba tranquilo y protegido, por fin podría descansar después de tanto tiempo, estaba en casa.

Pero tuvo sueños intranquilos. Se vio tumbado en la sala aséptica con unos tubos metidos en su ano y pene. Revivió el sufrimiento de aquellas horas, tal vez días, que padeció allí y el odio renació con mayor fuerza si cabe en él. Simón entró en la sala y lo miró con su engañosa mirada bondadosa.

«¿Le falta algo, Edwards? Sabe que nuestra misión es de justicia. Hemos de salvar a nuestros hermanos de Unoa y al mismo tiempo a la humanidad. Súmese a nuestra lucha, porque es lo justo. Si lo hace, podré soltarlo…».

Se despertó sobresaltado al notar una sacudida en su hombro.

—Coronel, hemos llegado —le dijo alguien mientras le zarandeaba del hombro.

Confuso, miró por la ventanilla del *jet* y vio que era de noche. Gotas de lluvia resbalaban por el vidrio junto con gruesos copos de nieve.

—¿Dónde estamos?

—En la base Fort McNair, en Columbia. Está usted en el estado de Washington. Vamos, lo esperan a los pies de la escalinata.

Edwards se levantó con dificultad. El champán seguía ejerciendo sus efectos en él. La imagen de Simón delante de sus ojos se fue difuminando poco a poco.

No discutió. Se encaminó a la salida del avión y una azafata le abrió la compuerta. Afuera un helado viento frío acompañado de lluvia le azotó el rostro. Bajó la escalinata y dos hombres uniformados con gruesos chaquetones de camuflaje lo tomaron por los brazos y lo introdujeron en un vehículo militar. El contraste de temperatura hizo que su cuerpo temblara de pies a cabeza. Iba vestido de la misma manera desde que empezó su aventura en Robledo de Chávela. En Homey Airport habían llevado su ropa a la lavandería y estaba limpia y planchada. Aun así se seguía sintiendo sucio y arrugado.

Esa misma sensación lo acompañó cuando lo introdujeron en un hospital militar. Se mantuvo en silencio mientras se desvestía para entrar en la sala de resonancia magnética. Era consciente de que lo iban a someter a una monitorización para descartar que su cuerpo estuviera libre de aparatos de escucha o seguimiento.

Después de estas pruebas, tuvo que esperar dos largas horas dentro de una habitación, donde le devolvieron la ropa y lo hicieron vestirse. Le entregaron un grueso chaquetón para afrontar nuevamente el frío de la noche.

Se sentía casi exhausto cuando lo introdujeron en otro vehículo y lo trasladaron a una pista de aterrizaje lejana. La nieve arreciaba en aquella noche negra como la boca de un lobo. Por fin pudo ver a lo lejos una luz roja intermitente del fuselaje de un helicóptero que ya lo esperaba con los rotores en marcha.

Cuando entró en la cabina, pudo ver que solo estaba el piloto, que le dijo que se sentara detrás de él y se abrochara el cinturón. Nada más. Aquel

helicóptero no era militar.

A los pocos instantes partían hacia el cielo plagado de enormes bolas de nieve que se estrellaban contra la carlinga del helicóptero a gran velocidad. Pero el piloto no se inmutó. Navegó entre la oscuridad y las ráfagas blancas con total confianza. Edwards renunció a hacerle ninguna pregunta sobre su destino.

* * *

Smith estaba sentado en su sofá favorito, al lado de la enorme chimenea que gobernaba el salón de su casa. Las luces estaban apagadas y las llamas lamían con oscilantes resplandores rojizos las paredes de madera repletas de cuadros y trofeos de caza. Tenía la mirada fijada en los ojos artificiales de la cabeza de un gigantesco alce, fulgurantes como los de un demonio.

En su mano sostenía un vaso de vodka con hielo y lo hizo tintinear moviéndolo ligeramente. Se encontraba mal. Era como si una maldita gripe se hubiese instalado en su organismo. Los medicamentos no le hacían nada y sentía cómo se iban debilitando sus fuerzas. Pero tenía tanto trabajo que hacer que no se podía permitir el lujo de descansar. Todavía no. GUIDESTONES pronto se cumpliría y un nuevo orden mundial imperaría en la Tierra. Además, la nave extraterrestre estaba dañada y a punto de la destrucción. Se habían evitado miles de millones de dólares en armamento gracias al comandante Edwards. Por otro lado, había sido convocada una nueva reunión de *Iterum*, esta vez en su casa. Tantos años de trabajo, de sacrificio personal, al fin habían dado sus frutos. No encontraba un escenario más idóneo para la culminación de su misión.

Los medicamentos no le hacían efecto, pero sí el polvo blanco. Era cierto que cada vez necesitaba más cantidad para sentirse vital, pero eso no le preocupaba, tenía existencias de sobra. Pero la cocaína no podía evitar sus accesos de tos ni la hemorragia que subía desde sus pulmones hasta su boca. Aquellos episodios eran cada vez más continuos y dolorosos. Por ese motivo siempre tenía un buen puñado de pañuelos a mano, los cuales siempre quedaban ensangrentados. A cada acceso de tos, sentía cómo su cuerpo se debilitaba. Después de aquella noche tan importante, acudiría al médico, pero presentía por momentos que el mal que anidaba en sus bronquios lo estaba extinguiendo.

La cabeza de un oso grizzli reinaba sobre su enorme chimenea. Insistió al taxidermista que conservara las fauces abiertas y los enormes colmillos al descubierto. Con ese gesto de asesino lo abatió de un certero disparo en el corazón. Era su vida o la de aquella bestia. Sucedió veinte años atrás, cuando él patrullaba sus dominios en el inhóspito territorio del monte Olympus, en el glaciar de Hubert, al extremo occidental del estado de Washington. Había dedicado toda su fortuna a construir una mansión en las estribaciones de dos montañas sin demasiado valor turístico ni deportivo. Eligió el lugar por inhabitado y sin interés para el resto de personas. Ideal para llevar una vida solitaria y contemplativa sin que nadie lo molestara.

Su mansión fue construida durante cinco años mediante materiales transportados en helicópteros. Pero la primera fase, una cabaña de piedra y madera, quedó finalizada durante el primer año en que adquirió la propiedad a la familia de un antiguo buscador de oro por el simbólico precio de mil dólares. De esa manera se hizo propietario de más de mil hectáreas de terreno helado y bosques de abetos repletos de naturaleza salvaje.

Fue por aquellos días, cuando la cabaña quedó finalizada y aprovechando sus vacaciones estivales, que salió a practicar la mayor de sus aficiones: la caza. Iba acompañado solamente por su rifle Malicher 375HH Magnum Especial, adquirido en una subasta de antigüedades. Había pertenecido a un cazador de África. Un solo cañón y munición blindada de 57 mm. Un mata elefantes de única oportunidad. ¡Aquello sí que era un deporte de riesgo!

Era una mañana de junio, fría y despejada. Vio al oso grizzli a lo lejos, patrullando sus dominios en busca de alimentos. Se puso voluntariamente a favor del viento para que el animal lo detectara. Hincó la rodilla en el suelo y se echó la culata de la pesada arma a la cara, ajustando el visor. Y esperó pacientemente. La bestia no tardó en aparecer a lo lejos. Se dirigía hacia su posición con salvaje determinación, como si galopara. Los animales de aquella zona no estaban acostumbrados al olor de los humanos y no les temían. Para él solo era alimento.

Smith esperó con toda la sangre fría de la que era capaz, que era mucha, a que el oso se acercara. Veía a través de la guía telescópica cómo el hielo estallaba bajo los golpes de sus poderosas pezuñas sobre el glaciar. Cien metros, cincuenta, veinte, diez…

Escuchó la vaina entrando en la recámara cuando echó el cerrojo hacia atrás. Quitó el seguro con el pulgar y esperó mientras luchaba por controlar su pulso.

Dos metros. El animal se alzó en toda su longitud y rugió enseñando unos terroríficos colmillos. Sus garras estaban prestas para despedazarlo. Un segundo más tarde moriría devorado si no tenía la precisión de disparo adecuada. Apuntó al pecho, que quedó al descubierto durante unas décimas de segundo, y apretó el gatillo. La detonación sonó como un trueno en aquellas montañas vírgenes.

El oso salió impulsado hacia atrás por el impacto de la bala, que le atravesó el corazón y se lo deshizo en miles de partículas que salieron por su espalda y mancharon en un reguero de perlas rojas el hielo virgen.

Smith se miró la mano temblorosa que aguantaba su vodka con hielo. Había envejecido, ya que no le tembló el pulso cuando, veinte años atrás, empuñó su machete y cortó la enorme cabeza del grizzli que ahora adornaba su chimenea. Volvió a toser y se llevó un pañuelo a la boca. Se limpió la sangre de los labios.

Ahora, en la debilidad, entendió su comportamiento de aquellos días. Fue como si se sometiera a una prueba de iniciación de cualquier pueblo tribal. Necesitaba crecer poniéndose a prueba ante el mayor depredador del ecosistema. En su caso fue un oso. En África hubiese sido un león. En Asia un tigre. En esas civilizaciones, el paso a la edad adulta, la que no tiene miedo a nada, se hace mediante el sacrificio de la mayor amenaza, el peor rival al que se puedan enfrentar en su vida.

Fue por ello que entró en lucha con el oso grizzli y consiguió vencerlo.

Recordó que por aquella época *Iterum* le había lanzado un reto. Liderar la Nueva Era.

Después de verse capaz de matar al más temible de los adversarios de las montañas en las que habitaba, pudo decir que sí. A partir de aquel momento en que neutralizó, cuerpo a cuerpo, al monstruo, estuvo convencido de poder conseguir cualquier objetivo que se le encomendara sin miedo.

Pero la enfermedad reblandece el espíritu y la cabeza del oso se lo recordaba. Jamás lo hubiese vencido en la actualidad. Ni en el pasado si hubiese sido una lucha justa.

Se sentía derrotado ante la cabeza del cadáver de un animal, noble y fuerte, que fue ejecutado por él muchos años atrás.

Reconoció, dentro de su embriaguez de vapores de vodka, que no venció su valentía ni fue una batalla justa, sino que lo hizo su rifle Malicher 375HH Magnum Especial.

Fue por todo ello que le impresionó tanto la aventura del coronel Edwards.

Después de intentar eliminarlo junto con su equipo para que nadie supiese lo ocurrido en Robledo de Chávela, los extraterrestres lo rescataron y se lo llevaron a su nave nodriza.

Él resurgió de las cenizas de la traición a la que había sido sometido por parte de sus superiores y consiguió dañar irremediablemente a la nave extraterrestre. Algo que los mejores científicos de la Tierra hubiesen tardado días, incluso semanas, en conseguir.

Lo tenía claro. Edwards era un héroe para la humanidad y había conseguido de alguna manera destruir al león, al oso, al tigre, como lo hubiese hecho un miembro de una tribu en cualquier rincón del mundo no civilizado.

Allí lo hubiesen valorado al igual que pensaba él darle su reconocimiento y admiración.

Salió de sus pensamientos cuando alguien entró en la estancia.

—Ha llegado el coronel Edwards, almirante.

Smith levantó la mirada y vio a un hombre uniformado con un pesado abrigo de invierno de camuflaje de color blanco. Sobre su gorra había una capa de nieve que empezaba a fundirse por el calor de la estancia.

—Tráigalo, capitán —dijo.

Pasaron aún unos minutos hasta que Edwards entró en el amplio salón. Iba solo y parecía confuso.

—Bienvenido, coronel. Perdone que no me levante, estoy algo débil. ¿Desea beber alguna cosa? Sírvase usted mismo. Ahí tiene un mueble bar bien surtido. Acérquese a la chimenea y siéntese a mi lado. Tenemos mucho de qué hablar.

—Estoy bien, gracias, señor.

—Siéntese a mi lado. Lo que tenemos que conversar es extremadamente confidencial. Nuestras palabras quedarán carbonizadas por el fuego de la chimenea y se evaporarán en la fría noche, nadie más conocerá de ellas. Es un dicho vikingo utilizado por los caudillos cuando se reunían con su consejo para tomar difíciles decisiones.

Edwards se acercó casi con temor a la zona de la estancia iluminada por la enorme chimenea y tomó asiento en un cómodo sillón al lado de Smith. Casi al instante le llegó un olor penetrante de vodka. Aquel hombre estaba ebrio. Además no paraba de toser. Parecía enfermo. Era tal el calor por la proximidad al fuego que se quitó el abrigo y lo dejó en el respaldo de su asiento. Había otras seis butacas desplegadas en el salón, todas ellas vacías y casi fuera del haz de luz del fuego de la chimenea.

—Tómese algo, coronel, odio beber solo.

Edwards se levantó y se dirigió al mueble bar. Estaba tan nervioso que tomó un vaso y escanció hasta su mitad el contenido de la primera botella que tenía a mano sin saber qué tipo de licor era. Se volvió a sentar y esperó mientras comprobó horrorizado cómo un efluvio de vodka subía hasta sus fosas nasales. Se mojó los labios y de repente notó cómo sus tripas protestaban ante semejante líquido de alta graduación.

—Espero que su viaje hasta aquí no haya sido demasiado penoso. Este es mi refugio y no es fácil llegar, a no ser que yo quiera.

—Ha sido largo y fatigoso, pero creo que ha valido la pena, señor.

—¿Por qué?

—Porque creo que por fin estoy en el lugar que me pertenece. Aquí se entenderá mi misión y lo que he hecho para cumplir mi deber.

—Eso es cierto, mi querido amigo. Sus sacrificios serán recompensados con creces. Hoy en día quedan pocas personas con su nivel de sacrificio y del cumplimiento del deber, créame. Por eso está aquí. Goza de mi total reconocimiento y gratitud. Será recompensado sobradamente por sus sufrimientos. Pero antes, deseo escuchar su aventura desde nuestra última conversación.

—Desde la operación de Robledo de Chávela.

—Eso es.

—Recuerdo que nos atacaron en aquel lugar. Usted me prometió refuerzos y, a cambio, nos cayó encima una lluvia de bombas. Todos mis hombres perecieron allí. Yo mismo sobreviví de milagro.

—No sea infantil, coronel. Sabe cómo funcionan estos temas de seguridad nacional. Siempre aceptamos daños colaterales, aunque sea un equipo de compañeros. Nadie podía sobrevivir en aquel lugar lleno de secretos que podían comprometer la seguridad global. Pero felizmente para todos, usted sobrevivió y fue trasladado a la nave extraterrestre. Esta es la parte de la historia que me interesa y en donde usted se convirtió en un héroe.

Edwards transigió. No en vano él mismo en el transcurso de su carrera se había visto obligado a dejar compañeros atrás, decisiones que tuvo que tomar que significaban su muerte segura.

Comenzó a relatar su experiencia en Unoa y su huida. Hablaba casi automáticamente, como si estuviese redactando un informe, ya que todos sus recuerdos estaban vividos en su memoria.

—¿Destruyó la nave antes de marcharse?

—Así es —asintió con rotundidad—. Disparé contra lo que era su cerebro central, el que gobierna Unoa. Vi cómo su estructura se resquebrajaba y se iba

desmoronando. No me cabe duda de que ahora mismo tienen problemas para poder pilotear ese enorme monstruo. Están vencidos, almirante.

—Me alegra escuchar eso, coronel. ¿Dónde está Freezer?

—En el Homey Airport, almirante. Está bajo la protección de la CIA.

—¿Y el coronel Herrero y Julia Massó?

—No lo sé, se quedaron en Unoa tras mi fuga.

Smith guardó silencio. Dio un trago a su vodka y se sirvió otra generosa ración de la botella que tenía al lado de su butaca. Tosió y se tapó la boca con un pañuelo. Luego contempló el fuego que crepitaba en la chimenea, absorto en sus pensamientos. Parecía un anciano decrépito en los últimos compases de su vida.

—¿Ha oído hablar de GUIDESTONES, coronel?

—No, almirante.

—Son las leyes de la supervivencia, de la ética, la justicia y las que en breve regirán nuestra civilización. Están escritas en unos monolitos en el condado de Elbert, en Georgia.

—Estoy confundido, señor. No sé de qué me habla.

—He dedicado toda mi vida a que el GUIDESTONES se cumpliera y ahora, a punto de cumplir mi sueño, las fuerzas me fallan, Estoy enfermo y cansado, Edwards, y deseo que alguien continúe mi trabajo.

—Sigo sin entender…

—Usted es mi reflejo cuando era joven. Tiene ideas firmes y no se detiene ante nada para llevarlas a cabo. Es fiel a sus principios, que presumo son los míos y los del grupo a los que represento.

—¿Grupo?

—Antes de seguir hablando, le explicaré nuestra filosofía, las leyes del GUIDESTONES:

1. MANTENER A LA HUMANIDAD DEBAJO DE LOS 500 000 000 DE HABITANTES, EN EQUILIBRIO PERPETUO CON LA NATURALEZA.
2. GUIAR SABIAMENTE LA REPRODUCCIÓN, MEJORANDO LA CONDICIÓN FÍSICA Y LA DIVERSIDAD.
3. UNIR A LA HUMANIDAD CON UNA NUEVA LENGUA VIVA.
4. REGIR LA PASIÓN, LA FE, LA TRADICIÓN Y TODAS LAS COSAS CON UNA RAZÓN TEMPLADA.
5. PROTEGER A LOS PUEBLOS Y A LAS NACIONES CON LEYES LIMPIAS Y CORTES JUSTAS.
6. DEJAR A TODAS LAS NACIONES GOBERNARSE INTERNAMENTE RESOLVIENDO LAS DISPUTAS EXTERNAS EN UNA CORTE MUNDIAL.

7. Evitar leyes mezquinas y funcionarios inútiles.
8. Equilibrar los derechos personales con los deberes sociales.
9. Valorar la verdad, la belleza, el amor, buscando la armonía con el infinito.
10. No ser un cáncer sobre la tierra, dejar un espacio para la naturaleza.

Edwards estaba pálido y le costaba respirar. Un sudor frío comenzó a recorrerle el cuerpo.

—¿Qué le parece, coronel? Son buenas leyes.

Pero Edwards no contestó. Estaba visiblemente afectado.

Smith apartó su mirada de las llamas y la dirigió a su invitado, intrigado por su silencio.

—¿No le parece una buena ideología para aplicarla en nuestro planeta, Edwards? Las guerras, el hambre, las enfermedades desaparecerían para siempre y viviríamos en una sociedad mucho más justa. Para llegar a ello se han hecho grandes sacrificios. El mundo entero está cambiando y pronto podremos poner en práctica aquello por lo que tanto hemos luchado. Quiero hacerlo partícipe de ello, coronel. Creo que se ha ganado ese derecho. ¡Diga algo, por Dios, he apostado por usted, no me defraude ahora!

Por fin Edwards consiguió hablar. Temblaba de pies a cabeza. Era como si el frío que imperaba fuera de aquella estancia se hubiese introducido en sus huesos.

—Almirante, las leyes por las que usted lucha… Las he oído antes. Al menos algo que se le parece mucho.

—¿Dónde?

—En Unoa.

Una voz resonó como un trueno desde la oscuridad de la sala.

—¿Cómo puede decir semejante estupidez, coronel?

Un hombre alto y rubio apareció dentro del círculo de luz de la chimenea. Iba sobriamente vestido, con un traje hecho a medida, de miles de dólares. Tomó asiento delante de Edwards y lo estudió detenidamente con sus profundos ojos azules.

—Permítame que me presente. Soy *Dux*, el mandatario de *Iterum*, una organización que desea implantar las leyes del Guidestones. Hemos apostado fuerte por usted, Edwards, para relevar de sus funciones a nuestro *Manibus*, el almirante Smith. Se merece un buen descanso después del trabajo bien hecho. Si no le interesa nuestra oferta, puede marcharse libremente. Un helicóptero lo llevará a Washington. En caso contrario, si acepta nuestra propuesta, estará

ligado a nosotros de por vida. Decida ahora o daremos la reunión por finalizada.

Edwards no era estúpido. Sabía que no saldría con vida de allí si rehusaba unirse a aquella pandilla de locos, le habían proporcionado demasiada información. El instinto de supervivencia le hizo tomar una determinación. Colaborar por el momento.

—Me interesa su propuesta, almirante. Perdone mi confusión inicial, pero ha de hacerse cargo de que lo que me proponen es totalmente inesperado para mí. Yo también he estado luchando toda mi vida por los principios que usted me ha expuesto, sin saber que ya estaban escritos y que había una organización que luchaba por su cumplimiento. Me sentiré muy honrado si formo parte de este proyecto.

—¿Proyecto dice, amigo mío? —dijo con dulzura el *Dux*—. Proyecto es lo que todavía no se ha iniciado. Es una intención de ejecutar una idea. Lo nuestro ya es una realidad. Queda muy poco para que se cumpla nuestro objetivo. La situación actual en el mundo no es fruto de la casualidad. Pero antes de continuar hablando, permítame que le ofrezca un contrato que le será muy ventajoso en su carrera profesional. ¿Le interesa?

—Adelante. —Edwards memorizó una ruta de escape. Cuando llegó a aquel lugar apartado del mundo, entre montañas nevadas, se sorprendió al ver un enorme despliegue militar. Había una pista de aterrizaje con al menos ocho helicópteros protegidos por lonas de camuflaje cubiertas de nieve. Baterías antiaéreas de última generación rodeaban a aquella mansión de madera y piedra con sus misiles apuntando al cielo. Decenas de hombres patrullaban el exterior en grupos. Estaba seguro de que numerosos francotiradores estaban apostados entre los montículos y los bosques cercanos. Aquel lugar acogía un evento realmente importante y no había vía de escape ni accesos no deseados.

—En breve el Pentágono lo propondrá a un ascenso a general. Su nombramiento será aceptado por el Congreso y en muy poco tiempo pasará aprestar sus servicios en el Departamento de Estado de Defensa, bajo las órdenes del almirante Smith. Tendrá tanto poder que ya no temerá a sus enemigos, más bien al contrario. Una vez que se jubile nuestro estimado *Manibus*, usted ocupará su puesto.

—Es una propuesta que no puedo rechazar.

—Sus tareas serán duras y difíciles, ya que supondrán la toma de decisiones que provocarán tal vez millones de muertes. Pero es necesario para conseguir un mundo mucho más civilizado y asentar los cimientos de la Quinta Era de la Edad del Hombre en la Tierra.

—Me gusta la idea. No me he caracterizado precisamente en mi vida profesional por tener demasiados escrúpulos. Pero he de decir en mi defensa que siempre he luchado por mis creencias.

—Lo sabemos, coronel. Hemos estudiado con mucho detenimiento su expediente y su perfil psicológico. En caso contrario, no estaría aquí. ¿Hacemos un trato?

—No lo dude. Lo firmaría con sangre. —Edwards pensó tiempo después si esta respuesta fue la idónea. Pero algo en su interior le dijo que debía obedecer a aquella persona orgullosa y segura de sí misma, que rebosaba poder.

—Lo ha hecho ya —sonrió el *Dux*—. Ahora ya podemos constituir la *Coetus Príncipes,* la reunión de *Iterum*. Lo presentaré.

En aquel momento comenzaron a surgir figuras que se iban sentando en las butacas que estaban alejadas de la luz de la chimenea.

—Le presento a *Accensus, Pigmentarii, Lorem Ipsum, Nuntius* y *Judex, Príncipes* de *Iterum*. Les presento, compañeros, al futuro *Manibus…*

Las presentaciones del *Dux* se vieron interrumpidas por los ecos de ráfagas de disparos que venían desde el exterior.

Una fuerte explosión hizo temblar el suelo de la sala y después los disparos se generalizaron hasta no tener interrupción. Parecía que en el exterior se había desencadenado una terrible batalla.

*** * ***

El viaje había sido agotador desde Tonopah hasta las montañas Olympus en la Columbia del estado de Washington.

Cinco horas metidos en aquel endiablado trasto, un prototipo de avión táctico y transporte de tropas de despegue vertical predecesor del V-22 Osprey, un enorme pájaro que tenía la virtud de bascular sus dos turbopropulsores para convertirlo en un rápido avión o en un helicóptero muy maniobrable y preciso, dado su tamaño.

En la cabina de carga, dos radioperadores de la tripulación de V-22 procesaban los datos enviados desde Tonopah a tiempo casi real. Su objetivo se había detenido finalmente en medio de una zona montañosa donde no constaba ningún tipo de edificio ni zona habitada.

El coronel Herrero expresó sus dudas por el comunicador que lo mantenía en contacto con la base de operaciones de Tonopah.

—Artemis, estamos viendo que el punto rojo se ha detenido en medio de las montañas según el satélite de seguimiento. Lo vemos claramente en el mapa de infrarrojos. ¿No puede ser un error?

—No, coronel —respondió una voz femenina por los altavoces del compartimento—. No hay duda posible. Edwards está ahí. Su localizador es infalible. ¿En cuánto está estimado el tiempo de llegada al objetivo?

Martín consultó el monitor de uno de los radioperadores de la tripulación, el cual acababa de meter los datos de destino en el ordenador de ruta. Habían estado siguiendo aquel maldito punto rojo por medio país.

—Quince minutos.

—Pásense usted y sus hombres a la línea interna, coronel —ordenó Artemis.

Martín manipuló el mando que colgaba de sus auriculares y modificó la frecuencia digital para ponerla en posición «uno». Indicó con un gesto a su grupo que hiciera lo mismo. Habían establecido previamente aquel sistema de comunicación para que la tripulación del V-22 no escuchara más de lo necesario. A fin de cuentas era muy probable que tomaran el camino de regreso sin ellos. Mientras menos supiesen de aquella operación, mejor.

—Ya está, Artemis, puede pasar el comunicado.

—Escuchen esto.

A los oídos de Martín llegó con nitidez la voz de Edwards. Parecía hablar con alguien. Podía escuchar con plena claridad a su interlocutor. Ambos conversaban sobre GUIDESTONES, una norma seguida al pie de la letra por un grupo de poder para conseguir un nuevo orden mundial. Sintió escalofríos cuando enunciaron uno a uno los postulados de dicha ley y de repente entendió todo lo que estaba aconteciendo en aquellos momentos. Era tan terrorífico que todo aquello estuviese pasando de una forma totalmente premeditada, que se sintió diminuto como una hormiga.

—Esta conversación ha tenido lugar hace escasos cinco minutos —les dijo Artemis por el auricular—. Seguimos registrando a tiempo real lo que está pasando en aquel lugar. Hay más personas, aparte del anfitrión, el almirante Smith. Parece ser que está el grupo completo. Podemos descabezar a *Iterum* esta misma noche. Pero hay un problema.

—¿Cuál?

—Hemos orientado un satélite espía a la posición de Edwards. Se trata de un gran edificio en mitad de montañas escarpadas y de bosques. Me sorprende cómo se puede construir semejante mansión en un lugar tan inhóspito. El objetivo está rodeado de numerosos efectivos terrestres. Hemos contado seis

baterías antiaéreas ligeras y no menos de cien hombres apostados estratégicamente en el exterior. También hay seis helicópteros en una especie de pista de aterrizaje situada en el ala este del edificio.

—Deme una buena noticia.

—El prototipo en el que viajan dispone de un sistema indetectable para el seguimiento de las baterías antimisiles, pero el contacto visual será inevitable cuando desciendan.

—Hablaré con el comandante de la nave sobre el armamento del que disponen. Alguna solución encontraremos. —Martín se dio cuenta de que sus compañeros lo miraban atentamente.

—No hay marcha atrás, coronel.

—No la habrá. Descuide. Sacaremos un buen provecho de este cacharro tan caro y sofisticado. Déjenos trabajar, pronto tendrá en Tonopah a este grupo de raritos.

—Tengan cuidado, me gustaría verlos de nuevo a todos.

—¿También a Costa? —dijo con ironía Martín guiñándole un ojo a su amigo.

—Especialmente a Costa. Me debe algo. Él me entiende. A partir de estos momentos, estaremos en contacto permanente por la frecuencia «uno». Escucharán en tiempo real lo que sucede dentro de la mansión a través de Edwards. Desde Tonopah iremos realizando el seguimiento de la misión a tiempo real. Suerte.

En aquellos momentos empezaron a escuchar una voz pausada de alguien que hablaba con Edwards. Se identificó a sí mismo con el nombre del *Dux*. Lo intentaba convencer para que se uniera a *Iterum* como sustituto del almirante Smith.

Martín se quitó el auricular del oído. Quería concentrarse en los preparativos de la misión. Aquellas voces hablando de exterminio y nuevas eras de la civilización lo estaban alterando sobremanera. Sentía una mezcla de odio por el mal causado y también de miedo. Si fallaban en aquella misión, era muy probable que no tuvieran otra oportunidad de apresar a aquel grupo al completo.

En la pantalla de infrarrojos del radioperador apareció una espectacular construcción en las estribaciones de dos montañas. A sus faldas se extendía un gran glaciar bordeado de extensos bosques de abetos. El puntito rojo brillaba dentro de aquella mansión casi camuflado por el calor del humo que salía por una chimenea.

—Amplíe la imagen —dijo Martín—. Debemos mantenernos a una altura en la que no se nos pueda ver desde tierra.

Aquello no resultó difícil, ya que las nubes que estaban enganchadas en los picos de las montañas arrojando nieve eran un camuflaje idóneo. El V-22 se mantuvo estático en el aire, sin producir ningún tipo de ruido.

—¿Podemos ver la estructura de la edificación?

—Por supuesto —dijo el operador. Al poco tiempo un plano interior en tres dimensiones apareció en la pantalla del monitor.

—Amplía el sector de la chimenea principal y el de la planta baja.

Un plano interior de la mansión apareció en el monitor y la imagen se fue ampliando rápidamente. Enseguida surgieron números al lado de cada habitáculo y construcción. Eran las medidas en metros de todo lo que estaba viendo. Tomó nota de lo que le interesaba y suspiró aliviado. Dio unas palmadas en el hombro del operador, agradeciéndole.

Martín se desplazó hacia la cabina y habló con el comandante. Le preguntó sobre todo el armamento del que disponían así como elementos disuasorios, de camuflaje y rescate. En muy poco tiempo tuvo elaborado un plan. Volvió al compartimento de transporte y convocó a todos los asistentes para realizar una reunión preparatoria.

—Este maravilloso artefacto nos brinda la oportunidad de poder efectuar la operación de una forma rápida y limpia, sin correr demasiados riesgos. Pero hemos de actuar de una manera totalmente coordinada para que tenga éxito. La tripulación del V-22 dispone de cuatro trajes ignífugos de salvamento, suficientes como para poder salir del aparato en llamas en el caso de un accidente.

—Si me permites, coronel, me gustaría darle un nombre a esta operación —lo interrumpió Costa. Cruzó la mirada con su amigo y este supo de inmediato que había captado su idea—. La llamaremos «Operación Papá Noel». Entraremos por la chimenea, pero a diferencia de este, nos llevaremos los regalos en vez de dejarlos al lado del árbol de Navidad.

—Bien —asintió Martín sonriendo para intentar romper la tensión del momento. Miraba a su equipo y veía el miedo en sus rostros—. Así sea. Formaremos dos equipos. Uno de asalto, conformado por el comandante Díaz, el brigada Costa y yo mismo; y otro de distracción, con el sargento Duarte y sus soldados de Regulares. Ustedes serán los primeros en descender en aquel bosque —señaló uno de los monitores que ofrecía la imagen de una agrupación espesa de abetos que se encontraba entre el glaciar y la edificación —. Tendrán que generar el suficiente ruido como para atraer la atención del

sistema de seguridad. El V-22 lanzará bombas de humo masivas sobre el terreno para enmascarar nuestra intervención. ¿Todos ustedes han hecho *rappel* alguna vez?

Todos asintieron.

—Bien, esperemos que nuestros futuros huéspedes también. Observen, señores, la imagen orográfica de la pantalla, les indicaré el cometido de cada uno de nosotros.

Se hizo un silencio absoluto. La tensión del momento era terrible. Habían llegado a su destino y sabían que podían morir.

Martín, consciente de la trascendencia de la situación, se dirigió al grupo y abrió sus enormes brazos. Uno tras otro, todos los integrantes del comando se integraron en un círculo sujetándose por los hombros.

—El miedo es bueno —dijo Martín—. Nos mantiene alerta. Pero también puede significar nuestra muerte si nos dejamos dominar por él. Les puedo decir que durante mis muchas misiones solo hay algo que me ha mantenido con vida. La confianza en mí mismo y en los compañeros que me protegían las espaldas. El miedo no sirve para nada si nos impide hacer nuestro trabajo. No he conocido una misión más noble que la que vamos a realizar esta noche, amigos. De ella depende el futuro de nuestras familias, amigos, de nuestro mundo. No dudo de que todos ustedes darán lo mejor de su profesionalidad y conocimientos para que esto salga bien. Si morimos, que no sea porque nos hemos equivocado, o hemos Sido cobardes. Pero eso no pasará porque somos los buenos y el mundo nos necesita. Tienen que tener presente que esos individuos de ahí abajo han provocado millones de muertes y si no los detenemos, conseguirán exterminarnos a todos. ¡Por la paz venidera! —exclamó Martín.

—¡Por la paz venidera! —le respondió el resto del grupo.

* * *

El sargento Duarte repasó el equipo de sus soldados. Llevaban un equipamiento táctico de última generación. Trajes de camuflaje de montaña, blancos y grises, cascos integrales con visión nocturna y visores de infrarrojos conectados al alza telescópica de sus fusiles de asalto. Todos estaban unidos en hilera mediante mosquetones a un cable de acero. Delante de ellos podían ver la compuerta de lanzamiento al lado de la cual destellaba una luz roja.

Duarte se puso el último de la fila, como era costumbre en el ejército. Tenía que velar que sus hombres tuviesen el valor suficiente para saltar.

Hubo unos segundos eternos en que todos aguantaron la respiración. Incluso algunos rezaban en voz baja.

Allí, en la bodega de lanzamiento, la luz era escasa, solo iluminaba la estancia tenuemente aquel diminuto resplandor rojo intenso que se reflejaba en los cascos de los soldados.

Su estómago vacío rugió protestando por la falta de alimento. Era costumbre, y por otra parte aconsejable, no comer nada antes de una operación de riesgo, al menos doce horas antes. Una herida en el vientre marcaba la diferencia entre la vida o la muerte si los intestinos estaban realizando la digestión o no en el momento de recibir una herida. Era un hecho sabido por los cuerpos especiales de todo el mundo.

Duarte respiraba acompasadamente para poder controlar el miedo que sentía en aquellos momentos. Era una técnica aprendida en muchas misiones.

Controlar la respiración era el mejor antídoto para no caer en una situación de pánico ante una situación peligrosa. Simplemente se trataba de luchar contra el instinto de supervivencia de las poderosas señales que le enviaba el cerebro. Notaba las palpitaciones aceleradas del corazón en sus sienes, pero estaba seguro de que las podía controlar. Su único enemigo era el pánico y lo sabía.

Una voz potente pero calmada sonó en los auriculares de su casco táctico.

—Sargento, ¿todo a punto? —era la voz de Martín.

Duarte carraspeó antes de contestar.

—Sí, coronel, todo en orden.

—¿Sabes que tu traje está monitorizado, no? —le preguntó Martín con suavidad—. Tienes más de 115 pulsaciones por minuto, sargento. Respira acompasadamente y contrólate.

—Eso hago, coronel.

—¿Fue duro lo de Gamadés?

—Sí, coronel, fue duro.

—Pues esto no lo será tanto, te lo aseguro, sargento. Es una simple maniobra de distracción. Volarán las balas sobre sus cabezas, no te voy a mentir, aunque solo tienen que bajarlas por debajo de su trayectoria. Pronto iremos a buscarlos y los sacaremos de ese sitio. Te necesito para cumplir la misión. ¿Lo entiendes?

Duarte inspiró fuerte. «¿Pero qué demonios te pasa, imbécil?», pensó para sus adentros. Estaba preparado y no pensaba fallar a sus compañeros. Simplemente había tenido un momento de debilidad, eso era todo.

—Bien, amigo —contestó Martín con tranquilidad—. Veo que ya has bajado a cien. Un abrazo a ti y a los tuyos. Nos vemos de aquí a nada con el triunfo en nuestras manos. ¡Suerte, sargento!

—Suerte, coronel —respondió Duarte con firmeza.

La luz en las penumbras cambió del rojo intenso al verde. Una rampa enorme se abrió ante sus ojos mientras millones de copos de nieve invadían la sala de lanzamiento.

—¡Vamos! —gritó a sus soldados.

Uno tras *otro* fueron saltando con decisión hacia la *negra noche enganchados* en el cable de *rappel*. Duarte fue el último, pero no dudó en lanzarse al vacío con determinación. Las breves palabras de Martín le habían dado el coraje suficiente para hacerlo sin titubear porque le habían recordado cuál era su deber.

Su traje táctico lo protegió del frío viento del exterior y, como en un sueño, vio las figuras de sus soldados deslizándose a gran velocidad hacia el suelo envueltas en nubes de nieve granulada.

Frenó su velocidad apretando el gatillo del descensor. Cuando verificó que sus soldados se habían liberado del cable, él también desenganchó el mosquetón e indicó a los suyos que lo siguieran.

Estaban en un pequeño bosque de abetos. A lo lejos, aproximadamente a medio kilómetro, se podían ver las luces de una mansión que coronaba una colina rodeada de inmensas montañas nevadas.

Podía divisar desde su posición que las ventanas de la planta baja estaban iluminadas y cómo los halos de luz mortecina se extendían sobre la nieve. Aun sabiendo que había un fuerte dispositivo de seguridad protegiendo aquella zona, fue incapaz de ver a nadie desde aquella distancia. Seguramente los vehículos y las aeronaves de los que les habían hablado estaban en la parte trasera de la edificación. Por otro lado, las tropas y las baterías de defensa antiaérea estaban perfectamente mimetizadas en el entorno. Eran invisibles, pero tenía la seguridad de que allí estaban para ponerles las cosas difíciles.

Miró hacia el cielo, pero no había rastro del V-22.

Estudió la situación con detenimiento y llamó a sus soldados con un gesto mientras todos permanecían agachados.

—Ráfagas cortas y precisas. Después cambiaremos de posición rápidamente, lo más alejados que pueda ser desde los primeros disparos. Intentaremos que, por un lado, no localicen nuestra posición exacta y, por el otro, que piensen que somos muy numerosos. Siempre nos desplazaremos a

nivel del suelo, sin dejarnos ver. Un solo error y no lo contaremos. ¿Entendido?

Los soldados asintieron con firmeza.

—Bien, esperaremos la señal y haremos nuestro trabajo.

* * *

El *Dux* se levantó de su butaca sobresaltado por las detonaciones que provenían del exterior. Pudo ver a través del ventanal de la estancia cómo los copos de nieve quedaban ocultos tras una espesa niebla. Todos los asistentes lo imitaron, excepto Smith, que se dejó caer al suelo y reptó asustado hasta el rincón más oscuro de la estancia. Tenía claro que estaban siendo atacados y su instinto de supervivencia le decía que se escondiera lo antes posible.

Se escuchó una leve explosión en el piso superior y unos escombros cayeron sobre el fuego de la chimenea, haciendo que las chispas se reavivaran y algún leño ardiendo rodara hacia el suelo de madera. Enseguida una nube de polvo cayó sobre el fuego hasta que este prácticamente se extinguió. Antes de que pudieran reaccionar, tres figuras vestidas con un traje que parecía de aluminio y armadas con fusiles de asalto y con la cabeza protegida por cascos que proyectaban haces de luz salieron por el enorme hueco del hogar. Se escucharon disparos y todos se lanzaron al suelo protegiéndose las cabezas. Una lluvia de polvo y astillas de madera cayó sobre sus cabezas. Con enorme rapidez y sin mediar palabra, manos fuertes como garras les fueron colocando arneses de *rappel*. Cuando algunos de ellos intentaron resistirse, recibieron golpes que los dejaron sin reacción. Edwards buscó instintivamente su Double Tap sin encontrarla. Recordó que se la habían quitado en el Homey Airport. Intentó golpear a uno de aquellos astronautas, pero a cambio recibió un fuerte golpe en mitad del pecho que lo dejó sin aliento. «Pega igual que ese hijo de puta de Costa», pensó antes de caer casi desvanecido y darse cuenta de que alguien le ponía un arnés.

Smith notó que lo tomaban bruscamente por el pecho y lo arrastraban desde el rincón oscuro hasta el centro de la sala. Vencido, enfermo y lleno de terror, no ofreció resistencia cuando le pusieron el arnés.

Uno de los asaltantes se dirigió corriendo hacia el ventanal de la sala y pegó algo en sus cristales, a los pocos segundos una explosión los pulverizó. Una corriente de aire frío invadió la habitación, acompañada por la extraña niebla que había aparecido en el exterior. El hombre vestido con papel de aluminio tomó un cable de acero que colgaba justo delante del ventanal

destruido y lo atrajo hacia sí. Pronto comenzó a sujetarlo en los mosquetones de los arneses de todos los asistentes. Mientras tanto, los otros dos vigilaban con sus armas preparadas que nadie levantara la cabeza. Cuando eso sucedía, las volvían a bajar de un puntapié.

Cuando finalizó su tarea, hizo un gesto con el pulgar hacia arriba a uno de los asaltantes, que por su fisonomía parecía ser grande como un oso. Este dijo algo ininteligible dentro de su casco ignífugo y de repente el cable se tensó de una manera casi instantánea.

Uno a uno, todos los rehenes fueron arrastrados por el suelo de la estancia a una velocidad pasmosa hasta salir disparados por la destrozada ventana. Alguno de ellos salió limpiamente por el hueco hacia el exterior. Otros, con menos suerte, impactaron *con* sus cuerpos *contra* la pared antes de desaparecer en la noche tras un sonoro golpe.

Los últimos en salir volando fueron los tres hombres del traje ignífugo, que comenzaron a correr uno tras el otro para controlar su salida, atados a aquel cable que los empujaba hacia el cielo hasta desaparecer por el hueco de la ventana.

El poderoso motor del cabestrante del V-22 arrastró con determinación el cable de acero hasta el departamento de carga. Cuerpo tras cuerpo fueron entrando en las tripas de la aeronave y la tripulación se afanó en atar sus muñecas a la espalda con bridas de *nylon*. Los últimos en entrar fueron Martín, Costa y Díaz, que cerraron la compuerta tras de sí y comenzaron a quitarse los trajes de amianto. Debajo de estos, todos llevaban el uniforme de asalto, compuesto por chalecos antibalas de última generación. Sus cabezas estaban protegidas por cascos blindados con luces de leds e infrarrojas. También se deshicieron de la boquilla de aire comprimido que llevaban acoplada a la espalda. Todos menos Costa, que dejó al descubierto su ya sucio uniforme de color blanco. Se había negado a ponerse protecciones y solo transigió en colocarse el casco de visión nocturna.

—Vayamos a buscar a nuestros amigos y marchémonos de este lugar —dijo Díaz.

El V-22 se desplazó lateralmente oculto entre las nubes en dirección al bosque y se detuvo al cabo de unos instantes. El cable volvió a bajar a gran velocidad.

Abajo resplandecían los fogonazos de ráfagas de ametralladora, eran los soldados de Regulares. Sobre el glaciar, se observaban decenas de figuras que se desplazaban hacia ellos sobre el hielo, rodeándolos. Tenían que darse prisa.

Por fin el cable volvió a recogerse y uno tras otro, el sargento Duarte y los soldados Silva, Moreno y Castro entraron por la compuerta enganchados de sus arneses. Se dejaron caer en el suelo todavía con sus armas humeantes entre las manos y sus compañeros acudieron a liberarlos del cable mientras recibían palmadas de felicitación. Todos reían satisfechos de haber salido con vida de aquella peligrosa misión.

—Hace unos pocos días estábamos abrasados por el sol del desierto de Gamadés —dijo el sargento Duarte riendo—. Y ahora se me estaban helando los huevos en un glaciar del estado de Washington. ¡Me encanta este trabajo!

—Tonopah —dijo Martín desde su auricular—, sigan el puntito rojo del imbécil de Edwards. Verán que se dirige hacia ustedes, va acompañado de siete amiguitos deseosos de contarnos por qué quieren acabar con el mundo. Misión Papá Noel completada. No ha habido ninguna baja en nuestras filas.

—¿Todos bien? —Artemis pronunció estas palabras sin poder evitar un tono de preocupación. Tal vez pensando inconscientemente en uno de los integrantes de la operación.

—Sí, todos —afirmó Martín y guiñó el ojo a Costa, quien sonrió desde un rincón de la zona de carga.

—¿Y los prisioneros? —se escuchó la voz emocionada de Artemis por los altavoces.

Martín miró al grupo que estaba tumbado sobre el suelo del departamento de carga. Estaban apiñados uno sobre otros, en su mayoría magullados. Lo miraban con auténtico terror. Prácticamente todos tenían lesiones causadas por el traslado y temblaban de frío después de su viaje por el helado aire de las montañas Olympus. No supo identificar entre ellos al almirante Smith, muy a su pesar. Ya habría tiempo de encontrar entre aquel amasijo de cuerpos al que intentó asesinar a su mujer en dos ocasiones.

—Tal vez alguno se resfríe, pero por lo demás, los veo muy bien.

—¡Es una noticia fantástica! —exclamó Artemis—. Felicidades a todos, chicos. Ni en el mejor de mis sueños pensé que esta misión podría tener semejante éxito.

Costa buscó con la mirada entre los prisioneros a Edwards, pero se topó con unos ojos azules como el mar del Caribe en un día despejado. Juraría que eran iguales que los de Freezer, pero a diferencia de la mirada limpia y bondadosa de este, desprendían maldad y odio.

«Sé que entiendes el lenguaje antiguo —escuchó en su mente—. No pienses ni por un momento que han ganado, habitante de Domo».

* * *

Cuando el V-22 aterrizó en el aeropuerto de Tonopah, lo esperaba a pie de pista un autobús blindado con una fuerte escolta.

Nadie ajeno a aquella operación pudo ver cómo, uno tras otro, los ocho prisioneros eran introducidos en el vehículo, que luego partió hacia la base de operaciones.

Otro autobús recogió al grupo de Martín y siguieron al vehículo de los prisioneros.

Antes de descender del V-22, se despidieron de su tripulación.

—*Never in my life had I seen this complicated operation being solved with such brilliance. It was a pleasure to work with you, gentlemen*. (En mi vida había visto resolver una operación tan complicada con semejante brillantez. Ha sido un placer trabajar con ustedes, señores) —dijo el comandante apretando la mano de todos los componentes del comando.

Ya en el interior del autobús, no pararon de comentar la misión e incluso se permitieron hacer bromas. Martín entendió que sentían la necesidad de liberar la tensión vivida hasta el momento. Ni él mismo se podía creer que todo el plan hubiese salido a la perfección sin una sola víctima. Había dirigido otras operaciones similares en Irak y Afganistán. Tal vez aquellas experiencias lo habían llevado a planificar aquella misión. Se permitió reír ante las bromas de sus hombres.

—En mi pueblo a eso se le llama una ristra de chorizos bien curados con el aire de la sierra —dijo el sargento Duarte entre risas—. Ninguno de ellos podía imaginar que en cuestión de segundos saldrían disparados como cohetes desde sus confortables sillones hasta la bodega de un avión.

—Se les veía en sus caras la confusión aún ahora —añadió el soldado Castro—. Seguro que la mayoría espera despertar en su cama pensando que esto es una terrible pesadilla. Mientras tanto, el servicio de seguridad todavía estará cazando musarañas, sin entender nada de lo que ha pasado. En cuestión de minutos se han quedado sin nadie a quien proteger. Me gustaría ver sus caras intentado explicar a sus superiores cómo han perdido a sus protegidos.

Martín se sentó al lado de Costa. Estaba solo en los asientos traseros y miraba por la ventanilla sumido en sus pensamientos. Permanecía en silencio, algo no muy común en él. Parecía preocupado por algo. Seguía vistiendo el traje blanco de Unoa, ahora sucio y desgastado. De hecho lo había conservado

en el transcurso de toda la misión y solo lo tapó cuando se puso encima el traje de amianto.

—¿Cuándo te despojarás de él? —le preguntó Martín—. Creo que ya se está cayendo a pedazos.

—Me da seguridad —contestó Costa encogiéndose de hombros.

—A mí también —dijo Martín y se abrió la cremallera del camuflaje permitiendo ver un tejido blanco debajo de ella—. Pero creo que ha llegado el momento de dejar atrás nuestros miedos y empezar de cero. Verás, nosotros, los dos, casi morimos y volvimos a la vida en Unoa. Cuando tomamos conciencia de que seguíamos vivos, ya llevábamos puestos estos trajes. Nos han dado confort, seguridad, higiene y, sobre todo, han multiplicado nuestra fe en nosotros mismos. Cuando nos los quitemos, yo no moriré ni tú volverás a tu silla de ruedas.

—Lo sé, si no me lo quito, Artemis lo hará por la fuerza.

—Creo que por primera vez en tu vida te has quedado «pillado» por una mujer, amigo. Me alegro por ti, pero podrías haber elegido a alguien menos complicado que la responsable de la CIA en Tonopah, el lugar más secreto del mundo —luego Martín rio—. ¡Qué tontería acabo de decir, son tal para cual!

—Está embarazada, Martín. De mí.

—¡Vamos, hombre, no me jodas! —exclamó Martín—. Has estado con ella menos de setenta y dos horas y ya sabes que espera un hijo tuyo. ¿Te has vuelto loco?

—Freezer me lo dijo en el lenguaje antiguo. Pudo ver vida en el interior de Artemis. —Costa hizo una pausa para apartar la mirada del paisaje y dirigirla al rostro de su amigo—. El mismo lenguaje que me ha transmitido uno de los prisioneros para decirme que lo peor está por venir. Que no hemos vencido.

—¿Un prisionero se ha comunicado contigo por telepatía? —preguntó asombrado Martín—. ¿Cuál de ellos?

—No te has fijado en esa gente, ¿verdad?

—Solamente he visto un grupo de criminales de guante blanco algo magullados y aterrorizados. Tengo que reconocer que he buscado a la persona que ordenó la muerte de mi mujer, Smith, pero he podido contener mi ira y dejaré que la justicia siga su curso.

—Son algo más, créeme. El que contactó conmigo era rubio, casi albino y sus ojos eran…

—Sigue.

—Eran los ojos de los habitantes de Blua Suno. El resto enmascara su identidad con tintes para el pelo y lentillas para los ojos, pero todos, a excepción de Smith y Edwards, no han nacido en nuestro mundo. Lo presiento.

—¿Estás seguro? —Martín estaba sorprendido ante esta revelación. El optimismo del éxito de la misión había desaparecido de su mente—. ¿Cómo puede ser?

Ambos miraron cómo sus compañeros seguían riendo ajenos a su conversación. Por fin Costa suspiró desalentado.

—Todos ellos irán al centro de reclusión y serán interrogados por separado. Espero que Freezer esté presente. Él nos dará las respuestas.

Siguieron mirando en silencio cómo el grupo continuaba gastando bromas. Díaz reía con fuerza, hasta que una tos seca salió de sus pulmones de una forma violenta.

Duarte, sentado a su lado, le dio unos golpecitos en la espalda, como intentando detener aquel acceso de tos, pero este continuó con mayor fuerza y Díaz se tapó la boca con las manos mientras se inclinaba involuntariamente hacia delante. Poco después unos hilos de sangre surgieron entre sus dedos.

Las risas cesaron de golpe y Martín y Costa se dirigieron a auxiliar a su compañero.

* * *

Cuando llegaron al edificio principal de Tonopah, convertido en base de operaciones, ya había un grupo de personal médico esperando a Díaz. Martín lo había pedido durante el trayecto. El comandante de operaciones del CNI no paraba de toser y de sangrar en cada expectoración.

Cuando llegaron al lugar, observaron sorprendidos cómo los sanitarios estaban evacuando del primer autocar, el de los prisioneros, a otra persona que salió en camilla con un equipo de respiración asistida.

Artemis salió a su encuentro cuando uno tras otro fueron bajando del vehículo de transporte. Acarició el rostro de Costa y como si su acto de amor no hubiese sucedido, se volvió al resto del grupo.

—El almirante Smith está gravemente enfermo. Tiene una hemorragia en su aparato respiratorio, al igual que el comandante Díaz. ¿Qué está pasando aquí?

—No tengo ni idea —dijo Martín preocupado por el estado de su compañero. Otro grupo de sanitarios lo había bajado del autocar y lo había

colocado encima de una camilla para trasladarlo al interior del edificio.

—El equipo médico de este lugar es puntero en cualquier disciplina —dijo Artemis—. Aquí se han patentado numerosos descubrimientos médicos y farmacéuticos. Conseguiremos averiguar qué es lo que le sucede. No se preocupen. Está en buenas manos.

—Creo que avanzaríamos mucho en las investigaciones si preguntáramos al resto de prisioneros, mi diosa de la caza y la luna —comentó Costa mientras veía el desalojo del primer autocar bajo un fuerte dispositivo de seguridad. Al menos una veintena de *marines* custodiaban a los prisioneros con un celo estricto—. Creo que tienen mucho que contar.

—Primero hemos de identificarlos, brigada. Antes hemos de saber quiénes son.

—Si me dejas con ellos, Artemis, pronto sabremos quiénes son y sus intenciones. —La mirada de Costa era fría. No hablaba en broma—. Estoy especializado en extraer información de prisioneros. Solamente pido que Freezer también esté presente.

—¿Y eso? —reaccionó Artemis a la defensiva.

—Porque creo que él los conoce.

Artemis valoró aquella propuesta. Sabía que el tiempo apremiaba y conocía lo suficiente a Costa para saber que cuando se ponía serio, no hablaba en vano.

—¡Ey, puta, no sabes en el hoyo en el que estás metida!

Todos volvieron la cabeza al autocar de reclusos. En aquel momento los *marines* estaban sacando a Edwards casi a rastras. Miraba a Artemis con profundo odio y se resistía a su traslado con violentos movimientos.

Nadie pudo detener a Costa, que salió corriendo como una bala. Ni los escoltas del prisionero tuvieron tiempo de impedir la agresión. La cabeza de Edwards se giró violentamente hacia la derecha, hacia el sentido contrario de donde había recibido un fuerte puñetazo. Cayó fulminado al suelo con la nariz rota. Pero no perdió el conocimiento. Pudo ver, mientras la cabeza le palpitaba con horribles espasmos de dolor, cómo el ser más odiado para él pegaba su rostro al suyo.

—Ahora no tengo que cuidar que llegues intacto a ningún sitio, ya has hecho tu función de cebo. Eres escoria y tu tiempo se ha acabado. Ya has hecho demasiado daño. Si vuelves a amenazar a Artemis, te aplasto el cráneo. Gusano.

Fue necesaria la intervención de Martín y de cuatro *marines* para arrastrar a su amigo fuera de su ira contra Edwards.

—¡No tengo nada que ver con esta gente! —gimió Edwards con voz gangosa debido a su tabique nasal roto—. No sé lo que han oído, pero lo he hecho para salvar mi vida. ¡Están locos!

—Lo dice el que asesinó a sangre fría a aliados del CNI en la carretera de Robledo de Chávela, intentando hacer lo mismo conmigo —dijo con odio Costa—. Quien destruyó el núcleo de energía de Unoa, poniendo en peligro la existencia de miles de almas y la paz mundial. El que sin ningún escrúpulo mató de un puntapié a un ser inocente, Simón. El mayor genocida que he conocido en toda mi carrera. Estás acabado, cabronazo, y me alegro de ser testigo privilegiado de tu muerte profesional. La física, no dudes que te llegará. Intentaré estar cerca cuando esta se produzca.

* * *

El edificio de apartamentos de Tonopah se había destinado en su totalidad a ser la central de investigación. Todos sus habitantes habían sido realojados en otras viviendas de la base. Se había creado una zona de seguridad infranqueable en el lugar más secreto del mundo. Solo el personal médico, de seguridad y de servicios de máxima confianza permaneció en las instalaciones.

Aun teniendo a su disposición todo un edificio de cinco plantas, Artemis siguió prefiriendo el uso de la sala de convenciones, situada en la primera planta. Sin ventanas de huida y blindada tanto en accesos por puertas o escuchas. La mayor tecnología existente en la Tierra se ocupaba de ello.

Todos los prisioneros fueron recluidos en celdas individuales, monitorizadas mediante cámaras por personal de seguridad. Pero antes fueron visitados por médicos para valorar su estado físico y mental. Se les proporcionó un traje de color naranja después de ser limpiados, duchados y explorados hasta el último rincón de su cuerpo. Fueron tratados de las lesiones sufridas y esperaron al día siguiente, cuando empezaría su interrogatorio individualizado en una sala construida al efecto, incluida la habitación de observadores.

Costa fue a buscar a Freezer a su habitación para informarle del resultado de la misión. Le extrañaba que no los hubiese salido a recibir a su llegada, excusó porque aún se encontraba convaleciente de su herida en la rodilla y le mostró mediante el lenguaje antiguo lo acontecido en los montes Olympus.

«No me malinterpretes, hermano. Estoy feliz por su retorno. Pero he sentido una presencia que me incomoda y sorprende».

«De eso te quería hablar. Yo también la he sentido. Tienes que ver a nuestros prisioneros».

«Estoy confuso».

«Yo también, pero pienso que solo tú nos puedes explicar qué está pasando».

«Déjame reflexionar, mañana hablaremos».

«Así sea. Te vendré a buscar y estaré a tu lado cuando llegue el momento. Te apoyaré, no tengas miedo».

Mientras tanto, el grupo de asalto de Martín cenó en compañía de Artemis. Todos excepto Díaz, que permanecía en el hospital bajo una estricta vigilancia médica.

Estaban en silencio. Su inicial triunfalismo se había truncado ante la repentina enfermedad de Díaz.

Un oficial de marines entró en la sala y se dirigió hacia la mesa de los comensales con paso firme.

—*Special Agent Artemis, please excuse mefor interrupting your evening. But I have to inform you that twelve of my men have had to be transferred to the infirmary due to lung hemorrhages*. (Agente especial Artemis, ruego me disculpe por interrumpir su velada. Pero he de informarle que doce de mis hombres han tenido que ser trasladados al hospital por hemorragias pulmonares).

—*What is going on? (¿Qué* está pasando?) —preguntó Artemis preocupada.

—*I don't know. We have received news that thousands of citizens across the country are suffering from the same symptoms. Hospitals are beginning to overflow because of the intense influx of patients*. (No lo sé. Hemos recibido noticias de que miles de ciudadanos en todo el país tienen los mismos síntomas. Los hospitales comienzan a estar saturados debido a la avalancha de enfermos).

—*Prepare the prisoners for interrogation, Captain. We will begin tonight without Jurther delay. Time is of the essence*. (Disponga a los prisioneros para su interrogatorio, capitán. Empezaremos esta misma noche sin dilación. El tiempo apremia).

El *marine* permaneció delante del grupo esperando instrucciones. Tenían la sensación de que algo terrible estaba sucediendo. Díaz estaba bajo observación en el hospital de Tonopah y parecía ser que su estado de salud no mejoraba.

—Mi querida Artemis —intervino Costa—, sería interesante concentrarlos a todos a la vez en la sala de interrogatorios.

—¿Por algún motivo en especial, brigada Costa?

—Tengo el presentimiento de que avanzaremos mucho si lo hacemos de esta manera.

—¿Qué me ocultas?

—Es solo un presentimiento. No quiero perder el tiempo en conjeturas. Solamente pido que Freezer vea a nuestros prisioneros, excepto a Edwards, a él ya lo conoce.

—No entiendo nada —comentó Artemis—. Pero he aprendido a tener muy presentes tus corazonadas. Así se hará, reuniremos a todos los prisioneros en la habitación de interrogatorios y Freezer los observará desde el cuarto oscuro. ¿Qué opina, coronel Herrero?

—Opino lo mismo. Costa no suele equivocarse en sus presentimientos. Apoyo su idea.

—Así sea. Capitán, haga los preparativos. Nos dirigiremos a la sala de interrogatorios dentro de quince minutos. Ustedes —dijo dirigiéndose al equipo de soldados de Regulares— vayan a descansar. Se lo tienen merecido, mañana les informaremos de las novedades que podamos aportar.

Costa se levantó y se dirigió hacia la habitación de Freezer. Lo encontró sentado en el colchón de la cama, con su pierna herida sobre un taburete y la otra flexionada. Recordó la primera vez que lo vio en el hospital militar de Gómez Ulla, en Madrid. Su postura corporal era muy similar, excepto que en aquella ocasión no estaba herido. Costa le transmitió en el lenguaje antiguo:

«Ha llegado el momento».

«Estoy preparado. He meditado sobre mis sensaciones y he llegado a la conclusión de que tengo que enfrentarme a mis miedos».

«No te preocupes, estaré a tu lado».

«Vayamos, pues. El destino dirá».

Costa ayudó a Freezer a sentarse en la silla de ruedas. Iba vestido con una bata de hospital.

«Vamos».

«Todavía no. Debes de hacer un acto de fe antes de marchar».

«¿Cuál?».

«Has de despojarte del traje de Unoa. En el armario me han dejado ropa limpia. Póntela».

«No puedo, ya te lo dije una vez. Me protege».

«Lo único que te protege, hermano, es tu espíritu».

Costa se encontró con la mirada azul intensa y transparente de Freezer.

«Hazlo. Has de volver a la normalidad. Tu cuerpo no se desintegrará ni volverás a tener la piel quemada. Cuando te desprendas de esos tejidos, entenderás que no hay vuelta atrás. Estás curado y al mismo tiempo, eres una persona nueva. No tengas miedo. Has renacido de tus cenizas y así habrás de continuar en tu nueva condición de un nuevo ser, conservando los buenos valores aprendidos en tu larga vida de lucha contra el mal».

«¿Y si el mal he sido yo mismo?».

«No, hermano. Tú has luchado contra él, el mal se adueñó de ti y ya pagaste tu pena. Ahora estás limpio y has entendido. Quítate el traje de Unoa y vive en tu cuerpo de Domo, que es al que perteneces».

Costa asintió. Se pasó la mano por su segunda piel, la que le había acompañado durante aquellos días. Tenía un tacto orgánico. Era como si se estuviese despojando de la dermis quemada y muerta tras una insolación. Su propia piel se presentó tersa y firme antes sus dedos, sin quemaduras. Apresuró sus gestos y pronto quedó totalmente desnudo. A sus pies, quedaron un montón de filamentos finos y destruidos de color blanco. Se revisó todo el cuerpo y no vio ni una sola cicatriz. Muy al contrario. Su aspecto era el de un hombre joven y atlético. Sin un gramo de grasa. Sus músculos estaban pegados a la piel.

Sonrió a Freezer y se dirigió al armario de la habitación. Allí eligió una camiseta, unos calzoncillos y unos pantalones. Después se puso un par de zapatillas. El nuevo ropaje pesó en su cuerpo como una losa, en comparación con su anterior atuendo, pero aceptó el cambio con una sonrisa.

—¿Cómo estoy?

—Un habitante de Domo con alma de Blua Suno. La mezcla perfecta —contestó Freezer con una sonrisa—. Ya podemos partir, hermano, he de perder el miedo con tu ejemplo y afrontar mi destino.

Recorrieron sin comunicarse la poca distancia que separaba el hospital del hotel reconvertido en centro de operaciones. Se había hecho de noche y millones de estrellas resplandecían en el cielo del desierto. Hacía un poco de frío. La calle estaba desierta y unas pocas farolas alumbraban el trayecto.

Al llegar a la puerta del hotel, un contingente de *marines* los dejó pasar al reconocerlos. Era como si el resto de las instalaciones de Tonopah estuviesen bajo un toque de queda. Seguramente sería así, ya que no se veía un alma, excepto a los soldados que patrullaban el recinto.

Una vez dentro, subieron a la primera planta y se dirigieron al auditorio. Allí los esperaban Artemis y Martín.

—Por fin te has convertido en una persona normal, brigada Costa —le dijo Artemis con una sonrisa. Su rostro resplandeció y pareció transformarse en la mujer realmente hermosa y joven que era, lejos de la sombría oscuridad de la responsabilidad y las preocupaciones—. Ganas mucho sin vestir como un espermatozoide.

—Y tú ganas mucho al sonreír, bella diosa de la caza y la luna. Creo que podríamos hacer una buena pareja.

Martín rompió el silencio cómplice que se había hecho entre el brigada y la agente especial de la CIA.

—Freezer, espero que hayas mejorado. Me alegro de verte —le dijo mientras se reclinaba para darle un abrazo.

—Y yo, Martín, *bravo birvaro*, me alegra verte sin un solo rasguño después de tu peligrosa misión. Por cierto, ¿tú también conservas el traje de Unoa?

—Me desprendí de él tras la misión. Se fue por el desagüe de la ducha. Lo creas o no, me ha hecho un gran servicio, pero ya no lo necesito. ¿Cómo sabías que todavía lo llevaba puesto en nuestro último encuentro?

—Como todo en Blua Suno, ese traje ha sido creado por *Cervo*. Notaba la energía en él, por mucho que lo ocultaras tras las ropas de Domo.

—Bien, propongo que nos dirijamos a la sala oscura. Dentro de poco traerán a los prisioneros —dijo Artemis volviendo a su seriedad habitual.

Los acompañó a una esquina del salón de actos y entraron por una puerta. La sala estaba prácticamente sin luz. Solo brillaba en el techo una tenue bombilla roja. Habían dispuestas diez sillas delante de un vidrio negro como la noche. Artemis, Costa y Martín ocuparon sus asientos. Freezer colocó su silla de ruedas al lado de ellos.

—*Well, bring the prisoners*. (Bien, traigan los prisioneros) —dijo Artemis por un pequeño transmisor que tenía fijado al oído derecho.

El gran vidrio se iluminó de repente dejando ver una estancia al otro lado. Uno tras otro fueron entrando todos los prisioneros, menos Smith y Edwards, escoltados por soldados, que los colocaron de cara a los ocupantes del cuarto oscuro. Pudieron observar que prácticamente todos tenían lesiones de algún tipo. Magulladuras en el rostro, brazos en cabestrillo o vendajes en las manos. Iban vestidos con monos de color naranja y algunos tenían las manos sujetas a sus espaldas.

Todos ellos permanecían con la cabeza baja excepto uno. Era un hombre alto y delgado, de porte elegante y gesto desafiante. Su cabello rubio, casi albino, estaba pegado al cráneo por el sudor. Unos ojos azules y transparentes

miraban con intensidad el vidrio, como si pudiera ver a las personas que había al otro lado. Algo del todo imposible, ya que lo que tenía delante de él era un espejo que solo devolvía su imagen, la de sus compañeros y los soldados de la escolta.

—¿Estás bien, Freezer? —preguntó Artemis, al notar que este palidecía y temblaba—. No te preocupes, es imposible que nos vean.

Freezer permaneció en silencio y unas lágrimas se deslizaron por sus mejillas.

—No se preocupa porque lo vean —respondió por él Costa con un suspiro —. Sus temores se han hecho realidad.

—¿Entonces qué es lo que pasa? —quiso saber Martín intrigado y algo atemorizado por la escena. La conversación que había mantenido con Costa de regreso de la misión le había dado muchas pistas de la respuesta a su pregunta, pero en lo más hondo de su ser, no quería escuchar lo que parecía obvio. Solo Artemis no parecía darse cuenta de la situación tan terrorífica que estaban presenciando.

—Freezer conoce muy bien a estos tipos —contestó Costa.

La llegada de Unoa

Artemis respiró profundamente intentando conservar la calma. Luchaba con esfuerzo contra la sensación de terror que invadía su alma como un puñal de desesperanza. Por fin dirigió una mirada inquisidora a sus interlocutores. Necesitaba respuestas, aunque también las temía.

—Que lo explique Freezer. Yo solo sé que, al igual que él, proceden de Blua Suno —dijo Costa con gravedad.

—¿De Unoa? —exclamó Artemis, sorprendida ante la nueva situación.

—No. Estoy seguro de que llevan décadas entre nosotros, al igual que Freezer. El que nos mira desafiante es su líder.

—El líder era yo, el *Emissari* —dijo de repente Freezer saliendo de su mutismo—. Ese es Edekmilionoj, nacido el diez millones de la *Kolumna de Esploristos*. Su nombre en Domo es Storm. Hace treinta años bajé con él y los otros cinco para preparar la *Granda Alveno*.

—¿Pero qué significa todo esto? —preguntó Artemis con impaciencia.

Freezer no contestó. Volvió a su estado anterior, pálido y sudoroso.

—Ahora no te puede escuchar —dijo Costa—. Se está comunicando.

—¿Y tú no puedes percibir lo que dicen? —quiso saber Martín.

—No. El tal Storm ha decidido comunicarse con Freezer. Pueden seleccionar a quién quieren mandar sus mensajes. Yo me he quedado fuera de esta conversación, pero noto la energía.

Observaron en silencio cómo Freezer bajaba la cabeza y cerraba los ojos, que se movían vertiginosamente debajo de sus párpados. Tenía tan apretados los puños que sus nudillos se pusieron blancos. Por fin trabó la mandíbula con fuerza, como si estuviese viviendo una pavorosa batalla interior, y empezó a sudar tanto que su bata de hospital quedó empapada en pocos minutos.

Al dirigir sus miradas al otro lado del vidrio, vieron a Storm, que mantenía la mirada fija en ellos con una ligera sonrisa sarcástica en los labios. Una mueca que dio miedo a profesionales de la seguridad tan curtidos como Martín, Costa y Artemis. Aquel individuo, aun en esas circunstancias, no daba muestra de ningún tipo de temor. Más bien al contrario, su actitud era

desafiante y amenazadora. Mantenía la mirada de alguien a punto de pisar a una insignificante hormiga.

Esta situación se mantuvo durante unos minutos interminables mientras la angustia crecía en el cuerpo de Freezer, que parecía haber entrado en trance. Tenía ligeras convulsiones y seguía con todos los músculos de su cuerpo en tensión.

Parecía estar librando una lucha que estaba perdiendo. Artemis decidió poner fin a aquella escena. Apretó un botón que había en una consola frente al vidrio.

—*Take the prisoners to their cells*. (Lleven a los prisioneros a sus celdas) —dijo por el megáfono de la sala de interrogatorios—. *Except the leader, the blond. He will be the first to be interrogated*. (Excepto al líder, el rubio. Él será el primero en ser interrogado).

Al momento, los soldados indicaron a los reclusos que salieran de la sala. Solo quedó Storm, que les dirigió una fría mirada.

—¡Pobres infelices! —dijo—. Su fin se acerca y no podrán hacer nada para evitarlo.

En la sala de interrogatorios, para vigilar todos sus movimientos, dos escoltas se ubicaron detrás de Storm.

—Saquemos a Freezer de aquí. Tiene mucho que contarnos —dijo Artemis.

Freezer fue recuperando poco a poco la normalidad. Abrió los ojos, pero su respiración sonaba acelerada, como si acabase de correr una maratón. Miró las caras ansiosas que lo rodeaban y por fin pudo articular la voz.

—Me ha transmitido algo terrible. Denme un instante. Tengo que recuperar fuerzas.

Volvieron al comedor de la sala de actos y ocuparon la larga mesa. Sirvieron café para Artemis, Martín y Costa y a Freezer le pusieron un vaso de agua fresca. Se la bebió de un solo trago.

—¡Eh, chico, con calma! Se te puede subir a la cabeza —dijo Costa sonriendo—. Cuéntanos lo que ha pasado ahí dentro.

—Me ha transmitido muerte y destrucción. El fin de la humanidad de Domo y la resurrección de Blua Suno. Ha mostrado su poder adquirido en el transcurso de tres generaciones, lleno de confabulaciones, concentración de poder y un solo objetivo: exterminar a la raza humana de Domo. Me ha dejado entrever el futuro cercano que les espera, pero no cómo se producirá. He visto a través de su mente el Apocalipsis. Es tal el odio que siente hacia nosotros y tan avanzado su plan que solo espera su resultado ante la seguridad

de que este se cumplirá, hagamos lo que hagamos para impedirlo. —Freezer negó con la cabeza, consternado—. Me cuesta creer que mis hermanos, los que compartieron esta exploración desde el principio, hayan confabulado contra Blua Suno y Domo sin mi conocimiento. Me siento engañado y traicionado. Edekmilionoj me ha dicho que apoye su causa o que muera con el resto de Unoa.

—Cuéntanos tu historia y la de él, Freezer —le dijo amablemente Artemis apoyando su mano en el brazo del extraterrestre—. ¿Cómo llegaron a la Tierra y con qué propósito?

—Mi nombre en Blua Suno fue Edumilionojdumil, número dos millones dos mil nacido de la *Kolumna de Esploristos*. Mi destino fue entregado desde mi infancia al *Instruiste* Ochoa, padre de nuestra lengua hablada. Me instruyó para ser el *Emissari*. Mi nombre humano en Domo es Andreas Tagle. Mi nombre en Domo para mis hermanos es Freezer. Mi nombre en Blua Suno es el *Emissari*, el que ha de propiciar las negociaciones para nuestro descenso en Domo, llamado la *Granda Alveno*.

»Mis seis hermanos, los que me acompañaron en esta misión, también eran todos ellos de la *Kolumna de Esploristos*. A diferencia de mí, fueron instruidos por el *Kolono* Nigra, jefe de nuestra estirpe, aun con la participación del *Instruiste* Ochoa. Sus nombres son:

Edekmilionoj, su nombre en Domo es Garin Storm, austríaco, el *Dux*.

Edumilionojcentmil, su nombre en Domo es Balthasar Neige, francés. Edumilionojcenttridekkvarmil, su nombre en Domo es Henrio Eis, alemán. Emillonnaücent, su nombre en Domo es William Frost, norteamericano.

Edumilionojdekses, su nombre en Domo es Ole Menneskelige, danés.

Edumilionojtridekkvar, su nombre en Domo es Aafke Hagel, holandés.

»Todos nosotros fuimos bajados en diferentes puntos del planeta Domo, la Tierra, bajo la supervisión del *Instruiste* Ochoa. Él había conseguido que cada uno de nosotros tuviera un tutor o mentor, casi todos ellos amigos suyos del mundo académico, para que pudiéramos acceder a los puestos más importantes. El objetivo era ocupar puestos de poder para facilitar mi labor: preparar la diplomacia para la llegada de nuestros hermanos de una manera pacífica.

»Yo tuve como mentor al propio profesor Ochoa. Viví con él durante largo tiempo mientras cursaba mis estudios de astrofísica en la Universidad Complutense de Madrid. Con mis capacidades no me fue difícil el ingreso en el Centro de Radiotelescopios de Robledo de Chávela una vez finalizados mis estudios.

»En un inicio el contacto con mis hermanos fue fluido, gracias a Ochoa, que me ponía en contacto con ellos a través de sus amigos desplegados por medio mundo. Estos realmente no sabían la verdad. Pensaban que estaban recibiendo a jóvenes superdotados dentro de un programa de investigación y desarrollo de una fundación patrocinada por el mismo Ochoa que nunca existió. De esta manera Garin Storm estudió biología en la Universidad de Viena; Neige estaba en la Facultad de Ciencias de la Información en la Universidad Panthéon-Assas de París; Henrio Eis en la Facultad de Económicas en la Universidad de Bonn; Frost, un auténtico privilegiado dado el poder adquisitivo de su mentor, estudió derecho en la Yale Law Scool, en Connecticut, Estados Unidos; Menneskelige estudió ciencias políticas en la Universidad de Copenhague y después hizo carrera militar en el Ejército noruego; por último, Aafke Hagel cursó estudios de farmacia en la Universidad de Utrech, en Holanda.

»Perdí el contacto con todos ellos cuando finalizaron sus carreras. Era como si hubiesen desaparecido de repente. Incluso cortaron cualquier tipo de relación con sus mentores. Así debía ser, ya que realmente era para lo que nos habían preparado en Blua Suno. Yo, como *Emissari*, decidiría el momento de darnos a conocer, pero este no llegó nunca. Dediqué todo mi tiempo a intentar ponerme en contacto con el mundo científico, explicar quiénes éramos, nuestra civilización y su tecnología, el peligro que corríamos y la necesidad de establecernos en Domo. Pero prácticamente nadie me creyó y me tomaron por loco. Así fue durante veinticinco años, hasta que recibí una llamada de Storm para alertarme de que una empresa farmacéutica estaba decidida a expandir un virus en la población a fin de provocar una gran mortandad. Me facilitó la secuencia química de este virus, el H5N1, y utilicé el radiotelescopio de Robledo de Chávela para transmitir este peligro a Blua Suno. Solicité ayuda para salvar a la población de Domo. Al poco tiempo me detuvieron los servicios de inteligencia españoles. El resto de la historia ya lo saben.

Artemis había estado tomando notas en una pequeña libreta que guardaba en el bolsillo de su chaqueta. Arrancó la hoja escrita y salió de la estancia a toda prisa sin decir nada.

—Me han engañado —comentó Freezer mirando fijamente a Costa y a Martín. Estaba derrotado. Allí, sentado en la silla de ruedas, su rostro macilento y el color blanquecino, casi marmóreo, de su piel denotaban su estado anímico—. Unoa ha sido traicionada, así como el *Neniu*, nuestro líder.

Martín estaba sudoroso y con un gesto de incredulidad en su rostro.

—Todos los presos son de Blua Suno y estaban actuando por libre bajo el sobrenombre de *Iterum*, confabulando contra la raza humana. Han provocado cientos de millones de víctimas y las que están por venir. A fin de cuentas, los tuyos no querían compartir nuestro planeta. Utilizado o no, Freezer, son nuestros enemigos si tenemos en cuenta esta revelación. Poco importa ya si tú o Shora sabían lo que estaba pasando, el mal y la destrucción han venido de Blua Suno. Ese es el hecho y así lo verán los componentes de la Asamblea General de las Naciones Unidas. ¿Eres consciente de ello?

Freezer asintió, profundamente entristecido. Sus claros ojos azules parecían gritar de dolor.

—*Ni a songo, mia songo, por kiu naskigis, gi mortis ci tiun nokton. La Emissari lasis existí* —dijo mientras abundantes lágrimas resbalaban por sus mejillas.

Ante la mirada confusa de Martín, Costa tradujo.

—He escuchado su mensaje por el lenguaje antiguo. Dice que «Nuestro sueño, mi sueño, para el que he nacido, ha muerto esta noche. El *Emissari* ha dejado de existir».

—No dejes de luchar, amigo —le dijo Martín. Se levantó de su asiento y se dirigió hacia Freezer, rodeándolo con sus enormes brazos—. Eres nuestra única salvación y son los tuyos los que nos amenazan en contra de tus creencias. Lucha por nosotros. Tienes el conocimiento, dejarás de ser el *Emissari* cuando mueras, no antes, para eso has nacido y nos debes la protección de nuestra especie. Piensa. Algo se podrá hacer, no demos la situación por perdida. Hasta ahora hemos trabajado en equipo y no nos ha ido mal. Sigamos así. Pero te necesito entero y con confianza en tus posibilidades. Si tú fallas, no habrá nada que hacer y todo estará perdido, nosotros, Unoa y los seres inocentes de Blua Suno.

Costa asintió desde su silla. También se levantó para reconfortar a su amigo, poniendo una mano sobre su hombro.

—Edumilionojdumil, Andreas Tagle, Freezer, eres el *Emissari*, naciste para este instante. Nadie te dijo que sería fácil tu labor. Creo que ha llegado el momento de que tomes las riendas de la situación. Preséntate delante de las Naciones Unidas junto con Julia y expliquen al mundo su verdad. Todavía cuentas con la pureza de las almas que habitan en Unoa y de la comandante que la gobierna. Concentrémonos en salvar sus vidas y de paso, la de todos los habitantes de la Tierra. Creo que el destino de todos nosotros va unido a lo que hagamos en este momento. Debes tomar las riendas, porqué, en el caso de que falles, amigo mío, lucharé con uñas y dientes, con mi vida si es necesario,

para que ningún habitante de Blua Suno pise jamás la Tierra, ya que eso significaría el exterminio de nuestra especie. ¿Lo has entendido?

—Lo sé de sobras, Costa.

—¡Pues ponte a trabajar y menos lloriqueos!

—¿Cuento con su apoyo?

—Mi fidelidad —dijo Martín mirando a Costa con la certeza de que ambos pensaban igual— va ligada contigo y con Shora. Si fracasan, mi deber será defender la Tierra, como ha dicho Costa. Contarás con todo nuestro apoyo para que eso no pase. Pero llegado el caso, te deberías preguntar de qué lado te posicionarás.

—Llegado el momento, te contestaré, Martín —dijo Freezer reponiéndose. Su rostro cambió ostensiblemente, adquiriendo su aspecto original, excepto por unas arrugas de preocupación en sus ojos que ya jamás se retirarían. Por fin suspiró y los miró a ambos de la única manera que podía hacer, tal como era su espíritu, con total sinceridad—. Soy el *Emissari* y mi misión en que la *Granda Alveno* se realice con el consentimiento y connivencia de los habitantes de Domo, la Tierra, rechazando en todo momento el uso de la fuerza. Esa es mi obligación y la he de cumplir. Así será.

—Así será —dijo Martín—. Con nuestra ayuda.

—Así será —corroboró Costa—. Ese será el compromiso de los aquí presentes. Creo que tenemos los huevos suficientes como para llevarlo a cabo.

I lemos luchado contra todo al mundo durante mucho tiempo. Nos han disparado, hemos muerto y vuelto a la vida. Creo que no debemos ser impacientes, el reto vale la pena.

—No estamos solos —apuntó Martín—. Robledo de Chávela sigue trabajando, y de momento contamos con la ayuda de Artemis. Veamos qué pasa a partir de ahora. Debemos ser astutos y esperar la peor de las situaciones para prevenirlas y ponerles remedio. Me temo que será difícil, ya que los acontecimientos pueden cambiar en muy poco tiempo. Mi mujer está a punto de llegar. Ella te acompañará a la Asamblea General de las Naciones Unidas, donde deberán pronunciar el discurso más importante que se ha dado en toda la historia. Mientras tanto, nosotros seguiremos trabajando para obtener información de los amigos de *Iterum* y saber hasta dónde han causado daño en este mundo. También debemos preocuparnos por Unoa y asegurar su descenso lo antes posible. Prepárate para negociar. No creo que este se produzca en ninguna zona habitada y seguramente habrá condiciones de cuarentena y aislamiento, tenlo presente. Tu labor consistirá en que dichas

condiciones sean asumibles para los tuyos y, en último término, aunque sea doloroso, que el descenso se realice aun en el peor de los escenarios. Vale más Unoa viva que muerta. No queremos dar motivos para que el resto de la flota de Blua Suno se nos eche encima con deseos de venganza. ¿He resumido la situación de una manera entendible?

Freezer y Costa asintieron.

—Bien, pues pongámonos a trabajar. Ya descansaremos cuando hayamos salvado a dos mundos.

En aquellos momentos entró en la estancia Artemis. Tomó asiento delante de los tres hombres sin decir nada y comenzó a repasar unos documentos que llevaba en las manos. Su gesto era serio y no levantó la mirada hasta no acabar de ordenar los folios. Daba la sensación de estar perdiendo tiempo ante lo que tenía que decir. Por fin comenzó a hablar, pero sin levantar la mirada.

—He hecho verificar la información aportada por Freezer en cuanto a la identidad de sus compañeros, digamos, de viaje, ahora prisioneros en estas instalaciones.

»El señor Garin Storm es el mayor accionista de los consejos de las multinacionales farmacéuticas más influyentes del mundo. Encubre su identidad bajo un emporio dedicado a este sector, comprando acciones en bolsa, y con el tiempo se ha hecho con el control del mercado y, sobre todo, de la investigación de medicamentos de nueva generación. También su grupo es propietario de cientos de patentes de avances médicos de todo tipo y del laboratorio de investigación más sofisticado que existe, en Zúrich, Suiza. Este es utilizado como almacén de seguridad para los virus más letales que se han descubierto en la Tierra, así como para la investigación de los antídotos que los puedan neutralizar. Creemos que Storm posee una de las mayores fortunas del mundo, muy difícil de probar, ya que se esconde bajo un entramado de ingeniería financiera. Estaba siendo investigado por la Interpol por ese motivo, por posible evasión de impuestos. Sin embargo, a pesar de su gran poder, apenas figura alguna fotografía o biografía de él en Internet.

»Balthasar Neige forma parte de los consejos de administración de las mayores multinacionales de comunicación y entretenimiento. Cine, televisión, periódicos, editoriales de todo el mundo. Como en el caso de Storm, se sospecha que lo hace a través de sus numerosas empresas, editoriales y productoras.

»William Frost es un brillante juez estadounidense que se creó un nombre en el tribunal de La Haya juzgando crímenes de guerra, después continuó su carrera en la Corte Suprema de los Estados Unidos. En la actualidad preside

la Asamblea Parlamentaria de las Naciones Unidas y es consultor de la Asamblea General de las Naciones Unidas.

»Sigamos. Tenemos al señor Henrio Eis, que se dedica al mundo de las finanzas. Al igual que sus amigos controla su área de especialización de tal forma que es miembro del órgano de decisión en el más alto nivel del Fondo Monetario Internacional. No en vano está en su Consejo de Administración, eso sí, en un segundo plano. Un tipo oscuro donde los haya, pero con tanto poder que da miedo.

»Otro de nuestros prisioneros es Aafke Hagel, científico de renombre mundial que estuvo nominado al Nobel de Medicina en el año 2014 por sus trabajos sobre ciencia molecular. Encontró la forma de aletargar enzimas y bacterias a su voluntad, a fin de que actuaran en el momento para el que estaba programada su activación. “Curiosamente” dirige el laboratorio de Zúrich que pertenece a la multinacional de su buen amigo Storm.

»Por último, y no menos importante, tenemos al señor Ole Menneskelige, en la actualidad Secretario General de la OTAN. A diferencia de sus amigos, no ha intentado ser discreto en su carrera profesional. Incluso yo lo conocí en unas jornadas de seguridad que impartió él mismo hace unos diez años en París. Las malas lenguas decían que tenía intereses en la industria armamentística y que es multimillonario. Lo que es indudable es su influencia en la situación actual. Fue uno de los más acérrimos defensores del establecimiento de las *Brands* y el aislamiento del mundo occidental y oriental. Un buen tipo… —finalizó Artemis con ironía.

—¡Vaya! —exclamó Costa sorprendido—. Los sumas a todos y tienes casi todo el poder de este mundo.

—Supongo que esa era la intención, ¿verdad, Freezer? —Artemis levantó la mirada de sus documentos y sus ojos felinos parecieron atravesar al *Emissari*.

—Sí, pero no para destruir. Debíamos colaborar con su mundo para hacerlo avanzar en la justicia y el bienestar, esa sería nuestra carta de presentación cuando nos diéramos a conocer. No fuimos instruidos en Blua Suno para destruir Domo, sino para ganarnos su confianza con hechos, después de años de trabajo en puestos de poder que hubiesen significado un notable avance en la humanidad.

Artemis continuó seria, estudiando el rostro de Freezer.

—Yo te creo, al igual que Costa, Martín, Julia y todas las buenas gentes que desde Robledo de Chávela y aquí, en Tonopah, están luchando por tu causa. Unoa se desintegra en el espacio mientras nosotros intentamos resolver

este acertijo. La pregunta es: ¿dejamos que desaparezca en el firmamento o, por el contrario, facilitamos su llegada entre nosotros? ¿En qué nos beneficiaría o perjudicaría esta situación? Esa es la pregunta que me ha hecho mi superior.

—Ya sabes la respuesta —dijo Freezer—. Todos nosotros hemos sido engañados por alguien en Blua Suno, pero mis hermanos de Unoa son inocentes de este complot. Respondo por la comandante Shora.

—Así habrá de ser. Ha habido un cambio de planes. La doctora Massó y tú no hablarán delante de la Asamblea General de las Naciones Unidas, sino en el Consejo de Seguridad. Julia hablará libremente y después volverá a estas instalaciones. Tú lo harás en calidad de prisionero hasta que esta situación se esclarezca. Son órdenes que he recibido y debo cumplirlas. A partir de ahora estarás recluido en tu habitación del hospital bajo escolta. No podrás tener libertad de movimientos sin mi conocimiento previo y siempre bajo vigilancia. ¿Has entendido?

—Lo entiendo y asumo, Artemis —dijo Freezer con una sonrisa—. No te preocupes, ha llegado el momento de que el *Emissari* haga su trabajo.

—Eso espero, amigo, eso espero. Ahora entrará tu escolta y te conducirá a tu alojamiento. Nosotros seguiremos trabajando para demostrar tu inocencia, pero mientras tanto, prepara el discurso que deberás dar delante del Consejo de Seguridad. Este tendrá que ser lo suficientemente convincente para cambiar la tendencia de la situación. Si no lo consigues, mucho me temo que Unoa jamás pisará la Tierra y habrá una guerra de imprevisible resultado cuando llegue el resto de la flota de Blua Suno. —Artemis se levantó para avisar a los soldados que estaban esperando fuera de la estancia y los hizo pasar. Cuando se llevaban a Freezer en su silla de ruedas, le dio un beso en la mejilla—. Confiamos en ti, *Emissari*.

Costa y Martín despidieron a su amigo con una mirada de afecto.

—Estamos seguros de que sabrás hacer bien tu misión —dijo Martín—. Guíanos en estos tiempos tan oscuros.

—Necesitaré ponerme en contacto con Unoa para explicarles la situación.

Artemis asintió.

—Yo transmitiré tus mensajes a Robledo de Chávela y estos a su vez a Unoa. No te preocupes. No estás solo.

Freezer se marchó en su silla de ruedas escoltado por cinco soldados. El resto de los presentes se quedó de pie y en silencio.

—Señores —dijo Artemis—, nuestro primer prisionero espera para ser interrogado. Me encantaría que estuvieran presentes. Además, la doctora

Massó está a punto de llegar a nuestras instalaciones en una *boveno*, según ha informado Robledo de Chávela. No sé si el coronel Herrero preferirá recibirla antes de estar presente en el interrogatorio.

—Agente especial, te diré que no hay nada en el mundo que me pueda separar de mi mujer. Dispénsenme de estar presente en un interrogatorio del que no saldrá nada excepto desprecio a nuestra condición de vulgares humanos de la Tierra, Domo como ellos la llaman. Este individuo, Storm, no dirá absolutamente nada. Ha cumplido su misión y nos considera inferiores a su raza. Si me equivoco, me lo contarán cuando nos reencontremos. Ahora iré a ver cómo se encuentra Díaz y después esperaré la llegada de mi mujer.

* * *

Artemis y Costa estaban sentados delante de Storm, en la sala de interrogatorios. Detrás de este había dos escoltas que vigilaban todos sus movimientos. El *Dux* tenía las manos sujetas en la espalda mediante bridas de plástico, pero no parecía que aquella postura incómoda afectara su pose altiva y orgullosa.

—Señor Storm —empezó a hablar Artemis—, sabemos realmente quiénes son usted y el resto de su grupo. Se encuentra en una base de alta seguridad, lo que significa que sus derechos constitucionales según las leyes de los Estados Unidos de América no le serán aplicados por el bien de la seguridad nacional. Eso quiere decir que no dispondrá de abogado ni de los otros beneficios que ofrece nuestra constitución. Esta conversación será grabada sin que sepa usted el destino de dicho registro. De todos modos, su colaboración será esencial para poder entrar en el circuito legal establecido como detenido e imputado en una causa penal, como cualquier ciudadano. En caso contrario, tenemos la potestad de retenerlo todo el tiempo que sea necesario sin posibilidad de comunicarse con el exterior. ¿Ha entendido?

Storm se limitó a mirarlos con una sonrisa irónica, pero con los ojos fríos como el hielo.

—Empecemos desde el principio —insistió Artemis—. Usted, según tenemos entendido, pertenece al planeta Blua Suno. Su misión inicial en la Tierra era la de adquirir conocimientos suficientes e integrarse en los órganos de poder para apoyar finalmente las conversaciones de la llegada del resto, digamos, de compatriotas a la Tierra. ¿Es cierto?

Artemis tuvo como respuesta una mirada irónica.

—¿Es cierto que usted lideró al resto de sus compañeros para crear el grupo de poder *Iterum* y confabular contra la seguridad de los habitantes dela Tierra mediante la expansión del virus H5N1 cultivado en grandes cantidades en su laboratorio de Suiza?

El interrogatorio se fue alargando durante horas. Artemis realizó todo tipo de preguntas en cuanto al modo en el que habían ideado a aquel plan y quién había sido el que lo había dirigido desde Blua Suno. Le preguntó por qué había llamado a Freezer, cinco años atrás, para darle la información de que un virus tremendamente agresivo esquilmaría la población en la Tierra, motivando que se pidiera ayuda a Blua Suno y este mandara de avanzada a la nave nodriza Unoa.

Como tampoco obtuvo respuesta alguna, le preguntó por sus cómplices en la Tierra, aparte del almirante Smith, y si este conocía sus verdaderas identidades y sus propósitos finales.

Le preguntó sobre sus futuros planes. Cuándo estaba prevista la llegada del resto de las naves de Blua Suno, qué intenciones tenían en cuanto a los supervivientes de la epidemia.

Storm permaneció impasible y silencioso ante todas las preguntas.

—Agente especial —dijo Costa con tranquilidad—, ¿me permite hacer alguna pregunta al prisionero?

Artemis asintió, fatigada por la falta de respuestas.

—Tómense un descanso, amigos —dijo Costa a los soldados que hacían de escolta—. Dudo mucho de que el señor Storm pueda huir de estas instalaciones. Seguramente tienen las piernas cansadas después de tantas horas de pie.

Los escoltas miraron a Artemis y esta asintió. Se marcharon de la sala de interrogatorios.

Costa se levantó y rodeó la mesa, poniéndose a las espaldas de Storm.

—Tal vez, agente especial, usted también desee abandonar la sala —dijo mirando a Artemis—. Es probable que esté agotada de tanto hablar sin recibir respuesta alguna.

—No, yo me quedo.

—Bien, como desee. —Costa se reclinó para poder hablar al oído de Storm—. Hay dos tipos de personas que no soporto en este mundo. A los maleducados que no contestan cuando se les habla y a los insolentes. Y creo que tú tienes los dos defectos.

El movimiento de la mano de Costa sobre la cabeza de Storm fue tan rápido que apenas transcurrieron décimas de segundo cuando esta se estrelló

con un fuerte golpe sobre la madera de la mesa.

Fue tal la violencia del sonido que Artemis se echó hacia atrás asustada. Pudo ver cómo la sangre salía a borbotones de la nariz del preso a través de su tabique nasal recién fracturado. El traje naranja quedó empapado del líquido rojo en cuestión de segundos.

Costa se dirigió de nuevo a su silla y se sentó delante de Storm.

—A ver, deja que te vea de nuevo la mirada. Bueno, parece que se te ha quitado la insolencia. Algo me dice que no estabas acostumbrado a que nadie te toque la cara. Podías pagar a quien te la protegiera, ¿no es cierto? Sé que continuarás sin hablar, eres un tipo duro, pero al menos ahora me temes. No sabes en qué momento volveré a levantarme de la mesa y a golpearte otra vez en el mismo sitio. Te tiene que doler horrores esa fractura.

De repente los oídos de Costa se taponaron y sintió en su mente una voz intensa, llena de odio.

«Ella no verá nacer a su hijo ni tú tampoco. Es una realidad y no podrán hacer nada para evitarlo. Todos están muertos en vida sin saberlo. Es lo que tengo que decir y nada más. Tus golpes no cambiarán eso».

«Tal vez tengas razón —contestó Costa con el lenguaje antiguo—, pero dudo de que tú también puedas verlo. Incluso creo que es difícil que salgas de esta habitación con vida. Te podrías dar un mal golpe con el filo de la mesa y fracturarte el cuello».

«No tengo miedo a la muerte. Nuestro trabajo ya estaba prácticamente finalizado y no hay forma de parar los acontecimientos. Unoa será sacrificada posiblemente, no importa, a fin de cuentas son todos unos traidores amigos de Domo. La nueva Blua Suno no los echará en falta».

«Estás muy seguro de ti mismo, Edekmilionoj, pero tus compañeros también serán interrogados y no creo que todos tengan tu misma tolerancia al dolor. Ahórrales ese sufrimiento, te lo podremos agradecer de alguna manera».

«Somos de la *Kolumna de Esploristos,* ignorante ser. Fuimos creados para encontrar nuevos mundos que salvarán el nuestro. No tememos el dolor ni el sacrificio. Incluso el imbécil de Freezer seguirá con sus falsas creencias hasta el final».

«¿Por qué las creencias de Freezer son diferentes a las de ustedes, siendo de la misma *Kolumna*? ¿No han traicionado al *Emissari* y por lo tanto a Blua Suno ya que él era el elegido para propiciar la *Granda Alveno* en Domo?».

«No te daré más información».

Cuando Costa pudo liberar su cerebro de la comunicación tan intensa que había mantenido, vio los dientes de Storm manchados de sangre desplegados en una enorme sonrisa.

Artemis había permanecido en silencio mientras presenciaba la escena. Había vivido algo parecido hacía un par de días, cuando Costa se reencontró con Freezer. Ambos se habían quedado en silencio un rato, pero ella intuía que se estaban comunicando de alguna manera. Miró con indiferencia el rostro lleno de sangre de Storm. Había tenido la precaución de parar la grabación en cuanto Costa se levantó de su silla. Sabía de sobras lo que iba a pasar y tuvo claro que cualquier acto que pudiera salvar miles, tal vez millones de vidas, valía la pena.

Esta vez fue ella la que se levantó de su asiento y se dirigió hacia el prisionero.

—Veo que no está dispuesto a colaborar, señor Storm. Pero he de decirle que realmente me trae sin cuidado. Disponemos de armas suficientes como para pulverizar a todas las naves de Blua Suno que asomen por nuestra órbita.

—No existe semejante tecnología en Domo —respondió Storm por primera vez utilizando su voz en aquella estancia.

—Tampoco existe un sistema de seguimiento celular de una persona, y lo hicimos. ¿Cómo cree que los localizamos a todos ustedes? Tampoco existe un aparato que no es un avión ni un helicóptero, que es indetectable por cualquier sistema de seguimiento aéreo y, sin embargo, ha viajado en uno de ellos hasta estas instalaciones después de ser apresado delante de todo un ejército que no vio nada. Está usted en Tonopah, la cuna de la tecnología imposible. Ni su amigo Secretario General de la OTAN, Menneskelige, tiene idea de lo que hacemos aquí. Pero como le he dicho, usted y su grupo nos han declarado la guerra y sabremos responder. Ha llegado el momento de exterminar a su raza, ya que la nuestra ha padecido suficiente destrucción. Ahora ha llegado nuestro momento y toda Blua Suno pagará por sus crímenes. Creo que se han equivocado de enemigo y a fin de cuentas, desaparecerán gracias a su «gran labor».

Storm meditó las palabras de Artemis mientras la sangre se secaba bajo su tabique nasal. Tenía la nariz hinchada y amoratada. Con voz gangosa, contestó:

—La tecnología de Blua Suno es muy superior a la de ustedes, estúpida. Ni con cien años de ventaja se pueden comparar a ella. El trabajo ya está hecho y cuando venga la *Granda Alveno*, pocos serán en Domo los que quedarán con vida como para poder enfrentarse a ella. Los supervivientes se

convertirán en esclavos. Ahora mismo las tierras más allá de las *Brands* están yermas. Las ciudades rebosan de cadáveres en sus calles. No es mi obra, ha sido la de ustedes. Yo nada más he potenciado su violencia, su ambición y el miedo a perder lo poco que tienen. Toda esta destrucción la han provocado ustedes, seres inferiores. Solo merecen el exterminio.

Storm mantuvo su aplomo y miró altivo a sus interrogadores.

—¿Qué esperas, cretino? —le gritó Artemis fuera de sí. Había perdido la paciencia—. ¡Deja libre tu silla para que la ocupe otro! La noche será larga y no tenemos todo el tiempo del mundo. Ya hemos acabado contigo. —Abrió la puerta para que entraran los soldados de la escolta, que se llevaron casi a rastras a Storm—. Llévenlo a la enfermería antes de que entre en la zona de detenidos, ha tropezado y se ha dado un golpe en la nariz con el filo de la mesa.

—¿La limpiamos? —dijo uno de los soldados indicando la gran mancha de sangre que había sobre la mesa de interrogatorios.

—No se preocupe, ya lo haremos nosotros. Ya se pueden marchar con el preso, gracias. Después de dejarlo en su celda, traigan a Aafke Hagel, será el próximo en ser interrogado.

Artemis se volvió a sentar al lado de Costa mientras el altivo *Dux* y su escolta abandonaban la habitación.

—¿Tonopah, la cuna de la tecnología imposible? —preguntó con ironía Costa.

—En cierta forma es verdad. Al menos lo he intentado. —Artemis parecía muy cansada—. Tengo la sensación de que estamos perdiendo el tiempo. Solo espero un milagro.

—¿Freezer y Julia?

Artemis asintió con un gesto. Sus ojos permanecían cerrados y no hizo falta que confesara a Costa que estaba aterrada por la situación.

* * *

—Tengo miedo, Martín. —Después volvió a toser violentamente tras apartar la mascarilla de oxígeno de su rostro. Cuando finalizaron los espasmos, se la volvió a colocar. Estaba confinado dentro de una burbuja de plástico para evitar posibles contagios. Su voz llegaba débil—. Me siento morir a cada minuto. Estaba vacunado contra el H5N1, pero supongo que la alta concentración a la que estuvimos expuestos en Gamadés no pudo evitar el contagio. ¿Cómo están los chicos de Regulares?

—Durmiendo como angelitos. Díaz, no te preocupes, estás en manos de los mejores científicos del mundo. —Martín dudó de sus propias palabras. El aspecto de comandante del CNI no hacía esperar una pronta recuperación. Su piel estaba macilenta y las cuencas de los ojos hundidas en su cráneo, enmarcadas en profundas ojeras. Su voz salía como un suspiro de la garganta y los pulmones silbaban cada vez que respiraba, cada vez con mayor esfuerzo.

—Yo no quiero morir aquí. Quiero volver a España, a Madrid, con mi mujer y mis hijos.

—No morirás, al menos en este momento, amigo mío, pero si deseas ser repatriado, lo consultaré con el equipo médico y podrás volver a Robledo de Chávela en la *boveno* que trae a Julia.

—Ese es mi deseo, coronel. Ahora quiero descansar, estoy agotado…

Martín abandonó la habitación del hospital de Tonopah. No sentía buenas vibraciones en cuanto al estado de salud de Díaz y sospechó que algo muy grave estaba sucediendo. Había preguntado también por el estado del almirante Smith y este había empeorado ostensiblemente, pero aún tenía momentos de lucidez. Decidió hacerle una visita. Para ello tuvo que contactar por teléfono con Artemis y que esta diera su consentimiento.

—¿Cómo ha ido con Storm? —le preguntó.

—No ha dicho prácticamente nada, excepto amenazas —le contestó Artemis—. Espero que tengas más suerte con el almirante.

—Lo intentaré.

La habitación del almirante estaba custodiada por una numerosa escolta apostada en el pasillo. Tuvo que pasar diversos controles para poder acceder por fin a aquel habitáculo en penumbras, en el que solo se podía ver una diminuta luz en la cabecera de la cama y los números digitales de los aparatos de monitorización conectados al enfermo.

En la estancia solo se oía el sonido acompasado de una respiración auxiliada por una máquina.

Martín localizó una silla en la penumbra y la aproximó a la cama, protegida por una cubierta de plástico, al igual que la de Díaz. Tomó asiento y esperó.

Al cabo de unos minutos el sonido de la respiración asistida se detuvo y pudo ver que el pecho de Smith se movía por sí solo. El jefe médico ya le había informado que esa situación se daba de forma natural. El almirante luchaba por su vida y recobraba en forma esporádica el control de su cuerpo. En esos momentos solía estar consciente y era la ocasión de hablar con él.

—Hace tiempo, almirante Smith, estuve sentado en un lugar muy parecido a este. Velaba a mi esposa. La habían destrozado a golpes y con objetos que destruyeron sus órganos internos. Ella casi muere y fue salvada en Unoa. Cosa que dudo le suceda a usted. Verá, está condenado. Me ha dicho el responsable médico que es muy probable que no tenga más de un día de vida, tal vez dos, si consigue luchar mucho. —Martín hizo una pausa para asegurarse de que Smith seguía respirando por sí mismo. Luego continuó—. Desde que aquello pasó, he deseado fervientemente estar al lado del hijo de puta que ordenó que mataran a mi mujer, y ahora estoy aquí.

Martín fijó la mirada en el rostro del almirante. Había abierto los párpados y miraba al techo.

—Hemos develado parte de lo que ha sucedido en la Tierra desde hace unos años, y usted parece tener un papel protagonista. Intento entender qué lo llevó a ser la mano ejecutora de semejante genocidio. Es usted el mayor asesino de toda la historia de la humanidad, espero que su conciencia no pueda con tan dudoso honor. Pero antes de morir, debe saber que lo han manipulado. Su amado grupo *Iterum* lo estaba utilizando para exterminar a nuestra raza y allanar el terreno de la llegada de los suyos, desde el planeta del Sol Azul, Blua Suno, que se está extinguiendo. Por eso vinieron a la Tierra, para encontrar un nuevo hogar para su civilización. ¿Cómo le sienta eso? Tantos años de dedicación a una causa que creía que era justa es un gran engaño. Ha traicionado a los suyos y ha propiciado nuestro posible exterminio. Su epitafio quedará muy feo y dudo que sea recordado en los libros de historia como el héroe que pretende ser, ya me ocuparé yo de ello.

—Miente —dijo por fin Smith en un susurro.

—No. *Iterum* no era otra cosa que un grupo de Blua Suno con una misión muy concreta: nuestro exterminio. Para ello contaron con su inestimable ayuda. ¿Está orgulloso? Usted escribió la Ley del GUIDESTONES dictada por el *Dux*, aunque debería saber que su verdadero nombre es Edekmilionoj, o Storm si lo prefiere, ya que utilizó ese nombre en la Tierra.

—¡No es posible!

—Lo es, almirante. Su lucha de psicópata por un mundo mejor estaba siendo orquestada desde un principio. Es muy probable que consiga su población sostenible de 500 millones de habitantes en la Tierra, tal como escribió en los monolitos del GUIDESTONES, pero estos serán esclavos de los extraterrestres cuando se adueñen de nuestro mundo. Y todo gracias a usted. No deseo darle más detalles, pero usted, aun moribundo, es una persona inteligente, o al menos lo ha demostrado para hacer el mal. Piense en lo que le

han ordenado hacer, en el secretismo de la organización a la que pertenecía y llegue a sus propias conclusiones. Yo estoy aquí, grabando todo lo que tenga que decir como último testamento de redención ante sus pecados antes de morir como un traidor a su propia especie. Es su última oportunidad de poder hacer algo positivo para su conciencia, ya que su espíritu irá irremediablemente a lo más profundo de los infiernos, si estos existen, que espero que así sea. Pero aún tiene una oportunidad de redimirse. Debemos parar esta locura. Dígame quién más está tras este complot.

—Nadie más —dijo Smith con dificultad tras la máscara de oxígeno—. Yo tenía suficiente poder como para tomar decisiones importantes. El resto de los componentes de *Iterum* me allanaban el terreno. ¿Cree que existe Dios, coronel?

—No para usted. Piense que el miedo que siente usted ahora antes lo han padecido millones de personas. No tuvo escrúpulos para infligir semejante sufrimiento. Piense en niños, mujeres y hombres que han muerto en ciudades y pueblos al otro lado de las *Brands* por su maldito virus.

—Yo no tenía por qué enfermar, estaba vacunado.

—Un compañero mío también lo estaba y ahora lucha por su vida en este mismo hospital. ¿Es un misterio, verdad? Yo, sin embargo, no me puse la vacuna y no tengo ningún síntoma. Es extraño. ¿Acaso no encuentra sospechoso que coincidiera su enfermedad con la última reunión de *Iterum* para elegir a su predecesor, el coronel Edwards? Verá, tenemos un lema en el CNI: «Nada pasa por casualidad». Usted sobraba y esto suena a eliminación sublime. Creo que ya había cumplido su misión. *Iterum* necesitaba a alguien más joven y con mayor crueldad si cabe para poder finalizar sus planes. Edwards era esa persona. Si no hubiésemos entrado nosotros en acción, es muy probable que usted hubiese muerto en su magnífica mansión sin que nadie lo echara de menos. Lo hubiesen encontrado al cabo de los días, su cuerpo putrefacto sentado delante de la chimenea, y sería una víctima más del maldito virus que han liberado en la humanidad. No más preguntas y después un entierro con honores militares. Usted ya es historia, pero todavía me puede dar los nombres de las personalidades implicadas en este asunto. Quién influyó en la toma de decisiones tras sus artimañas, bien sean económicas, promesas de poder o por favores debidos. También me sirve quiénes fueron los que actuaron mediante amenazas. Todos ellos indeseables que han priorizado sus intereses personales antes que los generales y que han sido los causantes directos de este holocausto. Hable.

Smith giró los ojos vidriosos hacia Martín. Este, lejos de conmoverse, le hizo un gesto apremiante.

—¡Hable! —insistió con brusquedad Martín.

—Son tantos que le sería imposible detenerlos a todos, coronel. Hay personas del Departamento de Estado y de la Presidencia de Estados Unidos. De la OTAN, de la ONU, de la Unión Europea. Del Fondo Monetario Internacional. De la CIA, e incluso de su amado CNI. Hay presidentes de gobierno, jueces, periodistas, empresas armamentísticas, farmacéuticas y de medios de comunicación. No me queda vida suficiente para enumerarlos a todos. Pero escuche una cosa: todos ellos actuaron bajo la condición humana de la avaricia de poder, dinero y ego personal. Yo solo he sido el que ha propiciado el entramado, pero ellos no tuvieron escrúpulos en iniciar este genocidio. Yo no tengo tiempo de enumerarlos a todos, pero usted tampoco lo tendría en todo lo que le queda de vida para poder encontrarlos y detenerlos. Se cuentan por miles. Y cuando estos desaparezcan, habrá otros deseando ocupar su puesto. Es la ley del poder que tenemos en este podrido mundo. Créame, yo he intentado finalizar con todo esto. Cuando el Nuevo Mundo naciera, se establecería una ética que impediría este tipo de corrupción. Se establecería el GUIDESTONES. Los hechos justifican el fin.

—Lo que es cierto, almirante, es que usted ha dedicado la mayor parte de su vida a provocar de una manera premeditada el exterminio de una gran parte de la población humana, y lo ha conseguido. ¿Se arrepiente?

—No. He visto tanta maldad, tan poca ética moral a lo largo de mi carrera que dudo de que ninguno de nosotros merezca vivir. Si es cierto que *Iterum* ha luchado por la supervivencia de su especie para que ocupe nuestro lugar en la Tierra, no puedo menos que admirarlos por su tenacidad, sacrificio y espíritu de lealtad hacia los suyos, algo a lo que los terrestres jamás podremos aspirar. Nos merecemos la situación actual y hemos de aceptar que ocupará nuestro puesto una civilización infinitamente mejor que la nuestra. Creo que si me hubiesen contado la verdad, hubiese actuado del mismo modo. Ahora márchese y déjeme morir en paz.

—No, almirante, no lo dejo en paz. Yo no pienso igual que usted, así como muchísima gente decente que conozco. Su asquerosa mentalidad es la de alguien que ha parasitado las grandes esferas de poder, nada que ver con la gente común que hay en el mundo, que solo desea vivir en paz, en libertad y con una buena calidad de vida. Si el mundo está podrido, es en gran parte culpa de personas como usted. Espero que muera no en paz, sino con el peso del sufrimiento de millones de personas sobre su conciencia, escoria.

No estaba seguro de si Smith había escuchado sus últimas palabras, ya que se activó la respiración automática, síntoma de que había perdido otra vez la capacidad de respirar por sí solo. Martín se levantó de la silla y abandonó la habitación pensando que allí dejaba al mayor genocida que había conocido la humanidad en toda su historia.

Volvió al hotel reconvertido en cuartel general y una vez en su interior, se dirigió hacia el punto de comunicaciones instalado en la primera planta, en la antigua sala de conferencias. Le pidió a uno de los operarios que lo pusiera en contacto con Robledo de Chávela.

Pudo hablar con el profesor Ochoa y las noticias que le dio en referencia a la misión de Javier Figueroa lo preocuparon.

—Están inmovilizados en la *Brand* Oriental, Martín —le dijo Ochoa—. El teléfono satelital que llevan es la única vía de comunicación. Figueroa nos relata escenas terribles, fuera de cualquier entendimiento humano. Estamos atascados y necesitamos enviarlo a él y a su grupo a Moscú. Podría ser nuestra única salvación en caso de que falle la opción de Julia y Freezer.

—Están vivos, profesor, y a las puertas de nuestra posible salvación. Dentro del espantoso momento que estamos viviendo, me parecen excelentes noticias. Creo que, dadas las circunstancias, es una opción nada desdeñable. Solamente tenemos que conseguir que alguien los ayude a llegar a la meta.

—Suerte con tu misión, hijo.

—Creo que la tenemos de nuestro lado, profesor. Seguiremos en contacto.

* * *

Julia Massó salió del Centro de Astrobiología de Robledo de Chávela acompañada por el profesor Ochoa.

Iba camino de la *boveno*, que esperaba en una explanada del recinto. La nave era como una gigantesca bola de cristal por donde resbalaban los copos de la copiosa nevada que estaba cayendo.

Aquella misma mañana habían estado en el entierro del agente Simón Gutiérrez en el cementerio de la Almudena. Fue una ceremonia a la que asistió su familia, junto con los agentes libres de servicio del CNI, personalidades políticas, policiales y militares. Fue tan multitudinaria que incluso hubo medios de prensa del mundo libre, el que se encontraba fuera de las *Brands*. Pero también cientos, tal vez miles de ciudadanos que se acercaron a dar su último adiós al que se había convertido prácticamente en un héroe gracias a los artículos del diario digital *Axioma* que explicaron su

aventura en Unoa y su sacrificio personal para conservar la paz mundial. Julia iba escoltada por miembros del CNI, una exigencia que le impuso el general Soldevilla para permitirle su asistencia al sepelio, pero intentó pasar lo más inadvertida posible entre la multitud, acercarse a la familia de su amigo y dar sus condolencias en forma privada.

Fue una jornada triste y llena de emociones, pero Julia se centró en la fotografía de Simón que lucía la lápida. Su rostro joven sonreía indiferente al fin cruel que le había deparado el destino.

—Adiós, amigo mío —dijo la doctora Massó en voz baja a modo de despedida—. En estos momentos tan difíciles nos hacen falta muchas personas como tú.

En la distancia, entre un bosque de cipreses, Julia pudo distinguir tres figuras altas vestidas de blanco que se escondían entre ellos, mimetizándose en el entorno nevado. Eran imágenes fugaces como fantasmas que no pasaron desapercibidas a su mirada, aunque el resto de los presentes no reparó en ellas. Era su manera de despedir al *Instruisto* de Domo que tanto les había enseñado durante su estancia en Unoa.

Julia abandonó el cementerio cuando finalizó la ceremonia y sus escoltas la introdujeron en un vehículo blindado en dirección a Robledo de Chávela.

—Julia, ahora has de ser fuerte. Tu presencia en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas puede marcar un cambio de rumbo en esta endiablada situación —le dijo el viejo profesor mientras caminaba a su lado apoyado en su brazo.

—Creo que la verdad no tiene demasiadas caras, profesor, solamente hay una y es la que explicaré.

—Pero la situación no es propicia. Tonopah nos informa que Freezer irá en calidad de prisionero. Se lo vincula con el grupo llamado *Iterum*. Lo que en un principio era una clara declaración de principios fuera de toda duda, dada la experiencia que han sufrido los dos, ahora se ha tornado en una situación llena de matices y suspicacias interesadas. Aquello será una cueva de lobos, Julia, espero que tus revelaciones sean tenidas en cuenta, considerando que la inicial reunión programada delante de la Asamblea General de las Naciones Unidas, donde existe una cobertura totalmente transparente de los medios de comunicación, ha acabado con una comparecencia en el Consejo de Seguridad, donde está prohibida la entrada de periodistas. La situación no pinta bien.

—Yo hablaré con mi verdad y Freezer hará lo propio, profesor. Que nos crean o no ya no depende de nosotros. Lo que más dolor me causa es que el

gran esfuerzo que ha realizado mi marido junto con su equipo en apresar a *Iterum* no sirva para nada finalmente. ¡Javier Figueroa y los otros que lo acompañan ya han atravesado las *Brands*?

—No. Ahora mismo están en tierra de nadie. Necesitan ayuda para llegar a Moscú. Por desgracia Javier no ha podido localizar a sus contactos y, sin ellos, no podrán entrar en Rusia. Esperemos un milagro. Tu marido se muestra optimista en poder desencallar la situación.

—Yo también lo espero, profesor.

—Te deseo la mejor de las suertes. —El profesor Ochoa soltó del brazo a Julia justo ante la compuerta de la *boveruo*, que permanecía abierta para recibirla. Los tres tripulantes la estaban esperando, altos, rubios y vestidos de un blanco ya no tan inmaculado como en el momento que descendieron a la Tierra para ponerse a su servicio, unos días atrás. Cayó en la cuenta entonces del gran sacrificio que estaban realizando aquellos *esploristos* de Blua Suno. Sin quejarse ni parar apenas para descansar, habían cumplido escrupulosamente las órdenes de Shora cuando les dijo que debían colaborar con los terrestres en todo momento. Los habían trasladado por medio mundo y todavía seguían a su disposición con el mismo talante de total entrega.

Pero sus trajes ya no estaban tan blancos y, por lo tanto, notaban el paso del tiempo.

—Nos vemos, profesor. Estaremos en contacto —dijo Julia a modo de despedida. Besó a Ochoa en la mejilla y se introdujo en la *boveno*.

Se dejó caer sobre una serie de agujeros y una fuerza invisible recogió su cuerpo. Cerró los ojos, no quería ver a través de las paredes transparentes cómo la Tierra se alejaba a una velocidad imposible para la mente humana. Apenas notó el movimiento cuando el objeto salió disparado a gran velocidad hacia el cielo. Al poco tiempo, tal vez escasos minutos, dejó de notar el movimiento en su organismo. Ya habían llegado. Abrió los ojos y pudo ver que estaban en la azotea de un edificio, rodeados de luces parpadeantes de color rojo. Era un helipuerto.

La compuerta se abrió y ella bajó por la rampa. Hacía escasos instantes estaba en Robledo de Chávela, donde casi era de noche y nevaba copiosamente. Ahora estaba en un lugar donde lucía el sol y hacía un calor infernal. Se quitó el abrigo para evitar que su cuerpo tuviese un golpe de calor.

—Bienvenida a Tonopah, cariño —le dijo Martín, que la esperaba al pie de la pasarela, al abrazarla con fuerza. El abrazo del «Oso». Se sintió reconfortada y segura.

—¿Estás bien, te han herido? Déjame verte. ¿Y Costa y el resto de los muchachos?

—Todos están bien, ni un rasguño, no te preocupes. Solo Díaz está aquejado de una extraña enfermedad. Ya te contaré. Vamos a nuestra habitación así puedes descansar.

—Apenas he tardado unos minutos en llegar desde Robledo de Chávela. No estoy cansada. Pero tengo muchas ganas de estar a solas contigo. ¿De cuánto tiempo disponemos?

—Ahora son las diez de la mañana aquí, en Tonopah. Tendrás que partir hacia Nueva York de madrugada. Disponemos de todo el día, no te preocupes.

—¿Me acompañarás?

—No depende de mí, pero haré lo posible para que eso suceda. Las cosas están un poco tensas por aquí.

Julia se percató de que detrás de su marido apareció un grupo numeroso de soldados, los cuales avanzaron rápidamente y se dirigieron hacia la rampa de la *boveno*.

—*No, stop! What are you doing?* (¡No, alto! ¿Qué están haciendo?) —gritó Martín tan sorprendido como su mujer y sin tener tiempo de interponerse en el camino de los soldados.

Martín se vio sujeto con violencia por los brazos. Cuatro soldados lo inmovilizaron con determinación.

—*Quiet, Colonel. We execute orders*. (Tranquilo, coronel, cumplimos órdenes) —dijo un oficial a su lado mientras observaba cómo sus hombres apresaban por la fuerza a los tres tripulantes de la *boveno*, los cuales, incrédulos, miraban a Martín esperando instrucciones. Este negó con la cabeza, dándoles a entender que no ofrecieran resistencia.

Los *esploristos* se dejaron apresar y fueron empujados hacia la salida del helipuerto. No soltaron a Martín hasta que estos desaparecieron por la puerta que daba acceso al interior del edificio.

—*Can explain to me what this means, Captain?* (¿Me puede explicar qué significa esto, capitán?) —preguntó Martín con el rostro lleno de ira.

—*They are orders, Colonel. All aliens should be in custody. You have to understand it*. (Son órdenes, coronel. Todos los extraterrestres han de estar bajo custodia. Entiéndalo).

Julia, que había observado la escena horrorizada, se concentró en las señales corporales que le enviaba su marido. Lo conocía y sabía que algo lamentable podía suceder si no actuaba con rapidez. Se abrazó a él con fuerza y notó que sus poderosos músculos estaban tensos como el acero.

—Tranquilo, cariño. Cálmate, conserva la calma. No lo estropees. No conseguirás nada ahora con la violencia. Sé que es un acto injusto, pero nuestros amigos de Unoa no necesitan que se corten todas las posibilidades de subsistencia —le susurró al oído. No dejó de abrazarlo hasta que sintió que el cuerpo de él se iba relajando poco a poco. La furia del «Oso» dejó paso a la razón.

—*Who is the commanding officer? I do not think that it is the Special Agent Artemis, she should have told me*. (¿Quién es el oficial al mando? No creo que sea la agente especial Artemis, ella me habría informado) —pudo decir al fin tras controlar su acceso de ira.

—*It is the Director of the CIA himself, Colonel. He has taken command now. The Special Agent Artemis continuous with the interrogation of aliens and does not know anything of this matter*. (Ha venido en persona el Director de la CIA, coronel. Él ha tomado el mando ahora. La agente especial Artemis continúa con los interrogatorios de los extraterrestres y no sabe nada de este asunto).

—*I want to talk to him, where is he?* (Quiero hablar con él, ¿dónde está?).

—*He also wants to talk to you. He is waiting for you and your wife. Follow me*. (Él también desea hablar con usted. Los está esperando a usted y a su mujer. Acompáñenme).

Era evidente que los militares no se fiaban de la reacción que pudiera tener Martín y un grupo numeroso los escoltó hasta la segunda planta del edificio.

Julia no soltó a su marido en ningún momento y no pensaba hacerlo hasta no estar convencida totalmente de que él pudiese controlar su ira.

La comitiva se detuvo delante de una puerta y el oficial llamó con los nudillos. Una voz poderosa respondió desde el interior de la habitación.

—*Who is it?* (¿Quién es?).

—*Colonel Martín Herrero and his wife, Dr Julia Massó*. (El coronel Martín Herrero y su mujer, la doctora Julia Massó).

—*Come in!* (Adelante).

Al entrar, pudieron ver una gran habitación diáfana con una mesa de reuniones ocupada por tres hombres. Uno de ellos, vestido con una camisa con las mangas remangadas y corbata, se levantó para saludarlos. Era de mediana edad, alto y delgado, con el cabello casi blanco. Su rostro enjuto estaba surcado por infinidad de arrugas que le daban un aspecto algo siniestro. Sus ojos negros como la noche se escondían tras unas gafas de montura de pasta marrón.

—Soy Henry Parker, director de la CIA. Mis acompañantes son asesores que estarán en esta reunión como simples observadores. Sus nombres no importan —dijo mientras estrechaba las manos de Martín y de Julia—. Antes que nada, quiero felicitarlo, coronel, por su brillante misión que ha dado como resultado la captura del grupo *Iterum*. Según tengo entendido, estuvieron confabulando contra nuestro mundo desde órganos de mucho poder y son los responsables directos de la grave situación que nos acontece.

—No entiendo por qué se les da el trato de prisionero a Freezer y a los tres tripulantes de la nave extraterrestre que han acompañado a mi mujer hasta aquí. Todos ellos han dado muestras más que sobradas de que no pertenecen al grupo al que usted se refiere. Ni ellos ni el resto de los de su especie que están colaborando con nosotros en todo momento desde Unoa.

—Permítame la duda razonable, querido amigo. Es nuestro deber en el oficio que desempeñamos. Cualquier precaución es poca en los tiempos que corren. Nada me ha corroborado hasta ahora, con pruebas tangibles, que su amigo Freezer no estuviese al tanto de las intenciones de sus hermanos. No en vano pertenece a una especie que busca un lugar en el espacio para seguir existiendo. Nada me asegura que ustedes mismos no hayan sido engañados para colaborar con ellos con la lealtad que están demostrando. Pero tomen asiento, por favor, tenemos mucho de qué hablar.

Martín y Julia se sentaron enfrente de los tres hombres. Parker lucía una mueca que pretendía ser una sonrisa. Estaba flanqueado a su derecha por un anciano grueso y calvo que los miraba fijamente con ojos de porcino. A su izquierda estaba sentado quien parecía ser un alto funcionario, sobrio y serio, aparentemente frío y distante, de unos sesenta años.

—Freezer, Unoa, nos salvaron a mi mujer y a mí de una muerte cierta. Previamente habían lanzado bólidos con gas ozono para intentar neutralizar la expansión del virus H5N1 sobre la Tierra. Creo sinceramente que han dado muestras sobradas de su buena voluntad y que por lo tanto están fuera de toda sospecha. Nos ofrecieron además la ayuda inestimable de una de sus naves de reconocimiento, la *boveno*, cuya tripulación ha sido inexplicablemente detenida hace unos instantes. Ellos han propiciado que nos moviéramos con rapidez y tuviésemos éxito en nuestras respectivas misiones.

—Es temerario entregarse tan profusamente al enemigo, coronel.

—Lo que es peligroso, además de temerario, señor director, es tomar decisiones que pueden cabrear a los que hasta hace poco tiempo eran nuestros aliados.

—Entiendo sus implicaciones personales, no en vano han convivido con ellos durante un tiempo y es lógico que los consideren amigos, pero entiendan nuestras dudas. Creo sinceramente que una especie que está al borde de la extinción sería capaz de hacer cualquier cosa por preservar su supervivencia, como lo ha demostrado la situación de calamidad en la que vivimos. No se lo reprocho, pero se da la circunstancia de que yo tengo la obligación de preservar la seguridad de mis conciudadanos, dejando aparte mis vínculos afectivos. Es mi trabajo.

—Freezer y Unoa no tienen nada que ver con la conspiración de la que usted habla —intervino Julia—. Mi experiencia, la que debo contar delante de las Naciones Unidas, no puede dejar dudas al respecto. Creo que el mundo tiene derecho a conocer la verdad.

—¿La verdad de Julia? —preguntó Parker en tono irónico—. No se preocupe, doctora, tendrá su oportunidad. Los miembros del Consejo de Seguridad están deseosos de escuchar su historia, bien en contra de mi voluntad, por cierto. Pero estoy obligado a transigir, ya que entre ellos se encuentran representantes de países más allá de las *Brands* y amenazan con la guerra si las fronteras de seguridad no se eliminan. Para serle sincero, incluso amenazan con un ataque nuclear a gran escala. ¿Pretende que deje en sus manos tan difícil situación, doctora?

—Estuvo en sus manos la seguridad de su país, señor Parker, y un grupo de extraterrestres maquinó nuestro exterminio delante de sus narices durante treinta años sin que se diese cuenta. ¿Quiere comparecer usted delante del Consejo de Seguridad y explicar los motivos de su incompetencia y desidia? Yo, a diferencia de lo que usted representa, no estoy bajo sospecha alguna. Investigué el contenido real de los bólidos que impactaron contra la Tierra y eso me llevó prácticamente a la muerte. Conozco la verdad y ni usted ni sus consejeros aquí presentes podrán cambiar eso, por mucho que intente manipular mi voluntad.

Martín miró a su mujer y le tomó la mano. Estaba temblando, no sabía si de ira contenida o de miedo.

—Usted y Freezer hablarán delante del Consejo de Seguridad, doctora, ya que no está en mis manos impedirlo. Parte de sus miembros están muy interesados en conocer sus experiencias, se lo puedo asegurar. Buscan pretextos para que eliminemos las *Brands*, pero eso supondría la rápida expansión del virus por el resto del mundo, independientemente del culpable de su creación y difusión. He podido cometer errores, lo reconozco, pero no puedo abstraerme de mis obligaciones actuales por ello. Por eso Freezer y el

resto de los extraterrestres estarán confinados con la condición de prisioneros mientras los hechos no demuestren que no representan un peligro.

—Verá, señor director, hace unas pocas horas le pregunté al almirante Smith quién apoyó las decisiones que han llevado a la humanidad al borde del exterminio, cayendo con asombrosa facilidad en la red tejida por *Iterum*. Me contestó que eran tantos que sería imposible encontrarlos a todos en una sola vida. ¿Es usted uno de ellos? Se avecinan tiempos nuevos en los que las lealtades deben quedar muy definidas. Sería muy ruin seguir con la política de favorecer a alguien poderoso por extraños intereses de poder. Ya me entiende —replicó Martín reprimiendo su ira.

—¡No tengo por qué aguantar sus acusaciones infundadas!

—Ni nosotros más mentiras interesadas. Mañana mi mujer viajará junto con Freezer a Nueva York, y hablarán delante del Consejo de Seguridad. Yo la acompañaré a título personal. Espero que no ponga ningún impedimento.

—Como ya le he comentado, irán a esa reunión, aun en contra de mi voluntad —contestó agriamente Parker. Su rostro marcado por miles de arrugas parecía una máscara de piedra—. También les tengo que informar que el coronel Edwards ha sido puesto en libertad, teniendo en cuenta sus actos heroicos y el servicio que ha prestado en la detención de *Iterum*. Tengo entendido que fue una pieza fundamental para que ustedes los encontraran. ¿Me equivoco? El almirante Smith será trasladado a un hospital donde pueda ser tratado de sus dolencias. Es indecente tenerlo recluido en este lugar como si fuera un terrorista, sigue perteneciendo al Departamento de Estado de Relaciones Exteriores y la investigación de su implicación con *Iterum* se mantendrá bajo el más estricto secreto por el bien de la seguridad nacional. En cuanto a la agente especial Artemis, será separada del servicio indefinidamente, ya que hemos tenido conocimiento de su vínculo, digamos sentimental, con el brigada Costa, uno de sus hombres, inequívocamente afín a Freezer. Una vez finalizada la comparecencia de la doctora Massó, todo su grupo de Robledo de Chávela volverá a España en un avión y no en una nave extraterrestre. Se ha acabado el tiempo de locas aventuras. Pueden retirarse.

Martín y Julia no se movieron de donde estaban. La cascada de noticias que les había dado Parker los había dejado petrificados. Tanto sacrificio de vidas, de trabajo, no podía caer en la nada. Además Edwards quedaría en libertad mientras Freezer y sus compañeros de la *boveno* permanecerían presos. Aquel no era el plan que tenían previsto desde un inicio. Unoa quedaba librada a su suerte o, lo que era lo mismo, condenada a la destrucción junto con los miles de almas de su tripulación.

—No, señor director. La reunión no ha terminado —dijo Martín con determinación—. He trabajado en este oficio prácticamente durante toda mi vida. Por eso sé detectar estas situaciones interesadas en las que se sacrifican peones en una despiadada partida de ajedrez sin ningún tipo de escrúpulos. —Dirigió su fiera mirada a los hombres que estaban sentados delante de él, como la de un oso acorralado ante sus cazadores. Tal fue el poder de su energía desafiante que se hizo un silencio absoluto en la sala. Julia sonrió para sus adentros. Era una energía salvaje, atávica, que presentían las presas ante un gran depredador. Pero ella lo conocía y sabía que su marido solo estaba enseñando los dientes, eso sí, de una manera muy convincente. Martín continuó hablando—. También conozco a mucha gente, tengo ojos, sé leer expedientes de seguridad y ver fotografías. Me gusta estar informado. Es mi oficio. Se lo mostraré. El señor que se sienta a su derecha es Yuri Délevev, embajador ruso en Washington. Mucho han de temer la reacción de ellos como para invitarlo al lugar más secreto del aparato militar de los Estados Unidos con la única intención de desprestigiarnos y que la impresión que se lleve de esta reunión influya en su representante en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas para evitar el descenso de Unoa a la Tierra. El señor sentado a su izquierda es el Subsecretario de Estado, Ronald Kennedy. Supongo que quiere cubrirse el culo y que sea él el que tome la decisión final. La que nos conducirá a una guerra que no podremos ganar cuando llegue la flota completa de Blua Suno.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Délevev con interés.

—Blua Suno está dividida en dos facciones. Una, la que cuenta con todo el apoyo de su líder, está representada por Freezer y Unoa; la otra por Iterum, que seguramente fue planificada por alguien con interés en tomar por la fuerza la Tierra. Dos puntos de vista antagónicos que nos influyen directamente. Si destruimos a la primera facción, dejaremos el paso libre a la segunda. Nada de negociaciones, nos eliminarán de la faz de la Tierra. Ya lo han demostrado mediante la expansión de virus H5N1. Solo la llegada de Unoa ha mitigado ese exterminio.

—Por lo que a mí respecta —dijo Parker con tono de suficiencia—, ha quedado demostrado que Iterum expandió el virus por todo el mundo utilizando como excusa el ataque de los bólidos de la nave extraterrestre. Son dos operaciones totalmente coordinadas y que no desvirtúan en ningún caso la versión de la doctora Massó.

—El señor Parker se olvida de un detalle importante —dijo Martín mirando a los acompañantes del Director de la CIA con confianza—: que fue

Freezer el que identificó a los componentes de Iterum como los mismos que descendieron con él, treinta años atrás en la Tierra, para negociar la bajada de Blua Suno. ¿Qué sentido tenía descubrir a sus propios compañeros de misión si tenía la intención de destruirnos?

—Supongo que sabría que tarde o temprano descubriríamos su verdadera identidad y se adelantó para presentarse ante nosotros como un salvador, ganándose nuestra confianza. Así podría seguir con su misión sin interferencias.

—Por los mismos motivos, yo tendría que pensar que usted también pertenece a Blua Suno, ya que su actitud es la de llevar la humanidad al exterminio con su ceguera intencionada. —Martín se dirigió entonces al embajador ruso—. Señor Délevev, apelo ahora a su responsabilidad. Unoa podría ayudar a su población. Estoy seguro de que han sufrido numerosas muertes y de que su país está al borde del colapso. Si permite que nos ayuden, esa situación se podría revertir. Tiene mucho que ganar y poco que perder.

—Mi posición, coronel Herrero, es la siguiente: en la Federación Rusa queremos una solución a nuestros problemas. Fuimos engañados al permitir el establecimiento de las *Brands*. Nos aseguraron que los aviones que sobrevolaron nuestros cielos lanzarían los gases con el antídoto cuando en realidad nos estaban infectando.

—No fuimos nosotros, fue Iterum el responsable de ese plan —replicó Parker.

—¿Y cómo explica que solo atacaran el mundo oriental?

—Le contesto yo —dijo Martín—. Necesitaban la mano ejecutora de la mitad del mundo contra la otra. Una vez conseguido eso, el siguiente paso será la eliminación del mundo occidental. Nuestra única oportunidad de sobrevivir es Unoa. No lo duden. Sin ella y su tecnología, pereceremos todos.

—¿Qué propone usted, coronel? —quiso saber Délevev haciendo un gesto con la mano para silenciar la intención de Parker de responder a la pregunta. Estaba realmente interesado en lo que tenía que decir Martín.

—Sigamos con el plan establecido. Salvemos a Unoa y acojamos a sus tripulantes entre nosotros. Ellos nos darán la solución para poder eliminar el mal que nos está asolando. También evitarán la guerra con Blua Suno. En caso contrario, si los dejamos morir en el espacio, la facción interesada en ocupar la Tierra por la fuerza se verá cargada de razón y no habrá nada que impida la invasión. Quiero que usted se entreviste a solas con el emisario de Unoa. Está recluido aquí, en estas instalaciones. Solos los dos, sin micrófonos ni testigos. Tome usted una decisión después de hablar con Freezer.

—¡Eso es imposible, señor embajador! —protestó Parker.

—Lo que es imposible es que votemos en el Consejo de Seguridad en contra de la llegada de la nave extraterrestre si no tengo toda la información. Si desea mi colaboración, señor director, déjeme hablar con Freezer. Quiero escuchar sus argumentos.

—También querrá hablar con mi mujer y conmigo antes de esa reunión. Le puede interesar mucho lo que tenemos que decir fuera de esta sala.

Se hizo un silencio tenso. Se había creado un ambiente en el cual cada uno de los presentes pensaba rápidamente qué decir para poder defender sus intereses. Por fin Parker se giró hacia el Subsecretario de Estado y le susurró algo al oído. Este asintió.

—Está bien, embajador. Le facilitaremos una entrevista con el extraterrestre Freezer. Pero tenga en cuenta mis palabras en esta reunión. No se deje influenciar por él y tenga muy presente que su raza es la causante real de nuestras penurias. En cambio, nos negamos a que hable en privado con el coronel Herrero y con la doctora Massó. En breve serán deportados a su país junto con su grupo. Es evidente que están influenciados por su estancia en la nave extraterrestre. Sus opiniones no se pueden considerar objetivas. Sería temerario hacerlo por el bien de nuestra seguridad.

—Hablará usted de la seguridad de Occidente. Es necesario que sepan algo más —dijo Martín mientras Parker hacía un gesto de hastío.

—¿Qué, coronel?

—Uno de mis hombres, el brigada Costa, fue informado por el líder de Iterum de que el sufrimiento para la especie humana acababa de comenzar. Tengo conocimiento de que en la población de Occidente se están dando casos, cada vez más, de personas que previamente habían sido vacunadas con el antídoto del H5N1 y que, sin embargo, están enfermando. Aquí, en esta base tenemos ejemplo de ello: el almirante Smith, el comandante Díaz, pero también personal civil y militar.

—En ningún caso se dijo que la vacuna fuera cien por ciento eficaz. Tendría que saber que siempre existe un factor de riesgo asociado al organismo de cada individuo que no ha tolerado bien el tratamiento. Aun así la inmensa mayoría de la población está sana, la estadística nos lo confirma —intervino el Subsecretario de Estado con brusquedad.

—¿Qué paso en Gamadés, señor Subsecretario? —preguntó Martín—. ¿Hasta qué punto siguieron las indicaciones de Iterum para perpetrar el genocidio más importante en la historia de la humanidad desde la Segunda

Guerra Mundial? ¿Cómo fueron capaces de utilizar armamento nuclear contra la población civil, causando cientos de miles de víctimas?

—Protegíamos el mundo no infectado. Es cuestión de supervivencia. Es preferible que mueran cientos de miles, como dice usted, que no millones.

—Me alegra que diga esto delante del representante diplomático de Rusia. Supongo que él no entenderá su razonamiento, ya que deben tener una gran mortandad en su población. ¿No es así, señor Délevev?

—Esa información es confidencial. Pero sí puedo decir que aún quedan suficientes rusos con vida como para enviar cientos de ojivas nucleares hacia Occidente si no se eliminan las *Brands* y recibimos las vacunas contra el H5N1. Esa es nuestra postura.

—Señor embajador —dijo Parker en tono solícito—, nos comprometemos a realizar la entrega de esas vacunas a medio plazo. Pero las *Brands* no serán retiradas hasta que no esté garantizada la seguridad de la población sana.

—Tenemos intereses contrapuestos, eso es evidente —dijo Délevev—. Hablan así porque confían en su paraguas antimisiles instalado en Europa central. Pero les puedo asegurar que ese dispositivo no evitará la catástrofe a no ser que se atiendan nuestras demandas.

—Tal vez nuestros invitados no deberían oír nuestras disputas. Abandonen la sala. —Parker miró con severidad a Martín y a Julia.

—Al contrario, me están dando otras expectativas de futuro. Tal vez ustedes deberían hacer lo mismo. Hable, coronel Herrero, presiento que tiene algo más que ofrecerme. Tal vez salven ustedes al mundo.

—¡Abandonen la sala, coronel! Usted y su mujer —exigió Parker.

—Si ellos salen de aquí, los acompañaré —dijo fríamente Délevev—. Y el reloj de la guerra seguirá marcando los minutos. Quiero escuchar la propuesta del coronel Herrero sin interrupciones. Las suyas, sin embargo, señores Parker y Kennedy, solo llevan a mi pueblo a la destrucción. Ustedes están jugando con fuego. Antes arrasaremos el mundo occidental. No creo que pueda ser más claro ¿verdad? No me tomen por un pusilánime. He de decirles que las decisiones del Kremlin irán orientadas en gran medida a las sensaciones que yo tenga en relación con este asunto, que ya les digo de antemano que no son buenas. Incluso sabiendo de la terrible situación en la que está inmerso el mundo gracias a la actuación de ese grupo de poder en la sombra, Iterum, ustedes no aflojan en lo más mínimo las decisiones totalmente injustas que están provocando millones de muertos. Incluso habiendo sido «decapitado» y descubierto dicho grupo, ustedes siguen comportándose de la misma manera. No deseo escucharlos más. Necesito

soluciones para mis compatriotas que no sean la de la muerte. Y no me valen sus ofertas a medio plazo. Quiero soluciones ya, hemos sufrido demasiado. Hable usted, coronel Herrero. ¿Qué me propone?

—Un periodista, Javier Figueroa, y dos agentes del CNI están buscando la manera de llegar al Kremlin, tienen un mensaje de solución a los problemas de la nación rusa. Solicitamos que les sea facilitado su viaje desde las instituciones de su país.

—¿Dónde se encuentran en la actualidad?

—En tierra de nadie de las *Brands* orientales. Póngase en contacto con el general Soldevilla, jefe del CNI español. No daré más datos en este despacho por la seguridad de ellos.

—Nos pondremos en contacto con él. Cualquier oferta, por absurda que parezca, me parece mucho más sensata que la que nos han propuesto hasta ahora.

—No lo dude, embajador. Creo que será de su agrado y el de sus superiores. A nadie le interesa una guerra nuclear.

—¿Está el general Soldevilla detrás de los servicios de inteligencia españoles? Lo *conozco* de mis tiempos en la KGB. Es un brillante estadista y una persona justa y honrada.

—Así es, embajador.

—Me tranquiliza saberlo —afirmó Délevev. Dirigió su porcina mirada hacia Parker y añadió—: Todo el grupo del coronel Herrero queda bajo mi protección personal. Serán repatriados a su país con toda seguridad y no se tomará ningún tipo de represalia contra ellos. Quiero que sepan, además, que fui un brillante jugador de ajedrez del equipo olímpico de la extinta Unión Soviética y que sé mover mis fichas. Solamente pido una hora de total libertad para hablar en privado con el coronel Herrero y su esposa. También con Freezer. Después de que sea cumplido mi deseo, decidiré nuestro voto en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. Si no cumplen mis deseos, llamaré al Kremlin y cualquier vía de negociación quedará rota. Hablarán los misiles logísticos. Esa es mi propuesta de paz. ¿Han entendido?

Parker y Kennedy se miraron sobrecogidos. Hablaron entre ellos en voz inaudible para el resto de los presentes.

—Así sea, embajador —dijo por fin Kennedy—. Pero quiero que tenga claro que en ningún momento es nuestra intención confabular para destruir su nación. Nuestro trabajo está encaminado a asegurar la paz mundial una vez desenmascarada la trama que luchaba para causar la destrucción de todos nosotros. No sabemos si existen más colaboradores en activo de esa

desdichada causa, bien sean de los extraterrestres o de los humanos. Para ello necesitamos tiempo, ha de entenderlo.

—El tiempo se acabó hace tiempo para mis compatriotas. Demos la reunión por finalizada.

* * *

—Edumilio… Edumilionoj… ¡menudos nombres les puso Ochoa! ¡Esto es impronunciable! —exclamó Costa intentado leer el nombre que tenía escrito en un papel. Tenía delante a otro prisionero de Blua Suno, detrás de la mesa de interrogatorios. Este miraba con gesto indiferente la mancha de sangre que había dejado su antecesor, el *Dux*.

—Edumilionojtridekkvar —intervino Artemis, que estaba sentada al lado de Costa—. O Aafke Hagel, que es su nombre en la Tierra. ¿Está dispuesto a colaborar?

—*Bagatelaj Salajro. Ne causáis al mi neniun tipon de timo. Mi vidas ke vundis al Edekmilionoj. Lia sango makulas ci tiun tablón*.

—¿Qué ha dicho? —quiso saber Artemis.

—No tiene su mente abierta para mí —respondió Costa—. Pero he conseguido entender que somos insignificantes y que no le damos miedo. Luego ha añadido algo así como que no le impresiona la mancha de sangre que hemos dejado sobre la mesa, la de Edekmilionoj. ¿Le puedo romper la cara?

—Señor Hagel, le agradecería que utilizara nuestro idioma para comunicarse —dijo Artemis con impaciencia.

—*Uzas la lingvon de la Espero. Gi komencas la nova estis de Blua Suno en Dom. Ni finis nian misión kajfrue desapareceréis. Lafilo kiupordoj en la intemajoj, gi neniam naskigos*.

Esta vez Edumilionojtridekkvar sí dejó que Costa pudiera escuchar su mensaje como una voz potente que retumbó en su cerebro como un cañonazo. Lo hizo de manera totalmente consciente y le dirigió una sonrisa cruel. «Utilizo el idioma de la esperanza. Empieza la nueva era de Blua Suno en Domo. Hemos finalizado nuestra misión y pronto ustedes desaparecerán. El hijo que ella lleva en las entrañas nunca nacerá».

No pasó desapercibido para Artemis que Costa miró con infinita ira al extraterrestre al tiempo que palidecía.

Tal vez la entrada de la escolta del prisionero impidió que Hagel acabara también con la cabeza estampada contra la mesa.

—Agente especial —dijo un oficial—, lo siento. El interrogatorio queda suspendido. Tenemos órdenes de acompañarla al auditorio y mantenerla en custodia a la espera de nuevas instrucciones. El brigada Costa la podrá acompañar hasta el momento de ser extraditado junto con el resto de sus compañeros. Le permitiré hacerlo, ya que no he recibido instrucciones en contra.

Artemis, estupefacta, sin creer lo que estaba pasando, preguntó:

—¿Quién ha podido dar semejante orden?

—El Subsecretario de Estado. Él y el Director de la CIA se encuentran en estas instalaciones. Deben acompañarnos ahora.

Artemis sujetó del brazo a Costa. Lo notó en extrema tensión.

—Iremos con usted, capitán. Devuelva al prisionero a su celda.

—No se preocupe, así se hará. Ahora acompáñenme.

Antes de salir de la sala de interrogatorio, Costa miró a Hagel. Este le devolvió la mirada. Sus ojos azules como el cielo de verano y fríos como un iceberg demostraban tal determinación que Costa, por primera vez en su vida, sintió miedo. Había olvidado que aquella gente era de otro mundo, que sus valores eran diferentes a los suyos y que darían su vida por salvar a su especie. Ningún interrogatorio, por duro que fuera, quebrantaría sus voluntades.

Los llevaron al comedor de la sala de conferencias y la escolta se retiró para dejarlos solos, aunque sabían que se quedaban vigilando la puerta de salida desde el pasillo.

—¿Qué está pasando? —preguntó Artemis paseando de un lado a otro. Costa la miraba en silencio recordando el mensaje que le había transmitido Hagel. Estaba preocupado por ella. La veía cansada. Su piel estaba pálida y unas ojeras incipientes rodeaban aquellos bellos ojos verdes—. ¿En qué piensas? ¿El gran Juan Costa se ha quedado sin palabras por primera vez en su vida?

—El mundo se está reajustando después de la detención de Iterum. Ya no queda nadie fuera de sospecha y lo que prima ahora es la seguridad más extrema. Supongo que nosotros, Martín, Julia y yo, estamos bajo sospecha de colaborar con Unoa, no en vano convivimos con ellos y mantenemos una gran amistad con Freezer. Tu relación conmigo no te ha favorecido. Digamos que has caído en desgracia. Cuando el poder tiene miedo, se encierra en un búnker sacrificando lo que sea necesario para conservar su estatus. Intentarán eliminar el problema de raíz. No necesitan plantearse si Freezer tiene buenas

intenciones o no. Todos los extraterrestres son enemigos y Unoa jamás bajará a la Tierra. Esto no pinta bien, no te quiero engañar.

—No me engañas. Conozco el oficio y sé lo que se puede avecinar. —De repente Artemis se sentó al lado de Costa. Estaba blanca y un sudor frío cubría toda su piel.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Costa alarmado. La sujetó del brazo para ayudarla a tomar asiento.

—Sí, es que… —No pudo acabar la frase. Tuvo un acceso de tos incontenible. Se tapó la boca mientras que su cuerpo se estremecía.

Cuando retiró las manos, contempló espantada que estaban manchadas de sangre. Miró a Costa aterrorizada.

—*Quickly, go find a doctor!* (¡Rápido, vayan a buscar un médico!) —gritó Costa a los soldados que custodiaban la sala mientras protegía a Artemis entre sus brazos.

* * *

La *Brand* del Este resultó ser un muro totalmente infranqueable. Los deseos de Figueroa de traspasarla por tierra quedaron descartados al momento. El avión comercial de Lufthansa aterrizó en Minsk, Bielorrusia, a cincuenta kilómetros de donde los ejércitos de la OTAN habían impuesto su muro de tanques, tropas, helicópteros, aviones espías y cazas. También era el último aeropuerto al que se podía llegar en Europa dirección este. La *Brand* se encontraba a cien kilómetros y nadie sabía lo que pasaba más allá, pero se palpaba en el ambiente de ese país la tristeza y la desolación en las que estaban inmersos sus vecinos rusos. No había refugiados ni comunicaciones entre las familias partidas en dos por aquella horrorosa situación. Los rumores hablaban de que los campos de la tierra de nadie estaban sembrados de cadáveres y los pueblos y ciudades de Rusia estaban repletos de sobrevivientes que buscaban comida entre la basura, incluso se hablaba de casos de canibalismo. Los hospitales estaban desbordados y paralizados por falta de medicinas y los muertos se apilaban por miles. El frío invierno no facilitaba las cosas.

Javier Figueroa escuchó estas historias en el hotel donde se alojaron. Allí había un ambiente silencioso. Los pocos huéspedes, la mayoría de ellos periodistas, intercambiaban información en la cafetería concentrados en grupos. Afuera la nieve caía copiosamente en el invierno más severo que se recordaba en la ciudad desde 1944. El director de *Axioma* se preguntó por qué

el clima siempre castigaba a la humanidad en sus peores momentos. La ola de frío estaba afectando también a la Europa occidental, que lo afrontaba sin demasiada dificultad gracias al gas argelino. El suministro de Ucrania ya hacía semanas que se había cortado.

Almansa, el comandante de la UME, miraba pensativo por la ventana empañada de vaho de la cafetería del hotel. En el exterior circulaban escasos vehículos y apenas había gente caminando. No podía ser de otra manera a treinta grados bajo cero. A su lado, Pérez y Gemar, los agentes del CNI, permanecían en silencio mientras consumían sus respectivos cafés. Delante de ellos, al otro lado de la mesa, Figueroa escribía en su ordenador portátil.

—¿Cuál será nuestro siguiente paso? —quiso saber Almansa.

Figueroa apartó la mirada durante unos instantes de la pantalla de su ordenador y la dirigió al comandante. Lo vio cansado, con ojeras. Su ropa estaba arrugada después del largo viaje desde Madrid. Ninguno de ellos se había cambiado de indumentaria en la habitación. Estaban deseosos por continuar la misión y decidieron reunirse en la cafetería del hotel antes de darse una reconfortante ducha. Esperaban ansiosos noticias de Robledo de Chávela y estas vendrían en primera instancia mediante el ordenador del periodista.

—Desde Robledo de Chávela nos piden que no nos movamos del hotel. Alguien contactará con nosotros en breve.

—¿Tu amigo el periodista? —quiso saber Gemar.

Figueroa negó con la cabeza.

—No he podido contactar con él. Pero parece ser que la ayuda nos llegará desde Tonopah. El coronel Herrero ha conseguido al parecer la colaboración de alguien muy influyente.

—Sabes que ese correo electrónico habrá sido intervenido, ¿verdad? —preguntó Pérez—. Esta ciudad tiene que estar plagada de agentes de inteligencia de medio mundo. Es la frontera que se ha de preservar a toda costa.

—Robledo de Chávela no se ha tomado ninguna molestia al respecto. Me han enviado el correo sin ningún tipo de barrera de seguridad. Supongo que no les preocupa.

—¿Y bien? —Almansa miró con sus ojos cansados al periodista. Estaba deseoso de tener noticias sobre la misión de Martín y su equipo en Estados Unidos.

Figueroa hizo un gesto con la mano pidiendo paciencia mientras seguía leyendo el mensaje. De repente palideció y soltó una exclamación. Miró a sus

compañeros con la boca abierta por la sorpresa.

—¿Qué pasa? —apremió Gemar, inquieto.

—El equipo de Martín ha tenido éxito, han conseguido apresar a todos los componentes de Iterum. Pero los americanos han detenido a Freezer. Incluso así hablará junto con la doctora Massó ante el Consejo de Seguridad de la Naciones Unidas.

—¿Pero por qué?

—No hay más mensajes. La siguiente conexión será a las 23 mediante el teléfono satelital.

Todos guardaron silencio. Estaban confundidos y no entendían nada de aquella situación. Se suponía que Freezer era el *Emissari*. La persona que conseguiría la bajada de Unoa a la Tierra. Aquel giro podía tener consecuencias inesperadas, incluso la de que su misión ya no tuviese ningún sentido.

—Tranquilos —dijo por fin Almansa—. Seguiremos con nuestro trabajo. No nos han dicho lo contrario.

Decidieron volver a sus habitaciones. Los agentes del CNI compartían una y Almansa y Figueroa la contigua. Ambas se comunicaban por una puerta que siempre permaneció abierta. El grupo necesitaba mantenerse unido en aquellos momentos tan difíciles.

A las 23 todos se encontraban en la habitación de Figueroa y Almansa, esperando que el teléfono satelital sonara.

A la hora señalada el teléfono zumbó y el comandante Almansa lo descolgó casi automáticamente. Activó el «manos libres» para que el resto de sus compañeros escuchara la comunicación.

—Buenas noches, señores.

Identificaron de inmediato la voz del general Soldevilla.

—Tengo el difícil deber de darles malas noticias. Nuestro equipo de Tonopah será repatriado en breve, en cuanto Julia hable ante el Consejo de Seguridad. El comandante Díaz está gravemente enfermo y también será repatriado. La tripulación de la *bovenoy* Freezer están recluidos.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Figueroa alarmado.

—Que el grupo de Iterum está formado por el antiguo equipo de Freezer cuando descendió a la Tierra, hace treinta años. Todos ellos provienen de Blua Suno y son los responsables de la situación que vivimos actualmente.

Ahora todos ellos están acusados de genocidio, incluida Unoa. Se ha generado una psicosis en contra de los extraterrestres y su círculo de

amistades aquí en la Tierra, entre los que nos encontramos. Estamos solos, señores. Trabajamos en la más absoluta clandestinidad.

Después de un largo silencio en el que los ocupantes de la habitación intentaron digerir la noticia, Figueroa hizo la pregunta que tenían todos en su mente.

—¿Qué hacemos ahora, volvemos a Madrid?

—No. Los rusos están dispuestos a escucharnos. Su situación es desesperada y se aferran al descenso de Unoa en su territorio como su última oportunidad de salvación. La misión sigue, ustedes traspasarán la *Brand* del Este. Su destino será Moscú. Ahora todo depende de ustedes.

—¿Cuál es el siguiente paso? —preguntó Gemar, yendo a lo práctico.

—Esperen a ser contactados. En breve el SVR, el servicio de inteligencia ruso, se pondrá en contacto con ustedes. A partir de entonces, todo depende del poder de convicción que puedan desarrollar ante el Kremlin. Robledo de Chávela ultimará los detalles del descenso de Unoa y esperará una señal para poner en marcha la operación. Conserven el teléfono satelital, será nuestra única vía de contacto en cuanto traspasen la *Brand*. Más allá no funciona Internet ni líneas telefónicas que los unan con Occidente. Cuídense. Por cierto, les enviaremos un traductor de ruso, gentileza de la embajada rusa en Minsk. Suerte.

Los cuatros hombres permanecieron en silencio. Fue Figueroa quien lo rompió.

—Tenemos que llegar a Moscú sea como sea.

—Será muy peligroso, me temo —respondió Pérez—. Estamos afuera, amigos. Ya no tendremos el paraguas de la ONU ni de la OTAN. Si tienen dudas de nuestra misión, al ponernos en manos de los rusos, seremos condenados como traidores. Solamente podremos salir bien parados de esta situación si tenemos éxito en la mediación.

—¿Acaso nos queda otra opción que no sea seguir adelante? —preguntó el comandante Almansa—. Si volvemos a España, condenaremos a muerte a Unoa y puede que al resto de la humanidad. No nos demos por vencidos, ya hemos recorrido un buen trecho del camino y la meta está cerca.

—Queda lo peor —apostilló Gemar—. Entraremos en terreno hostil. No sabemos lo que nos espera más allá de las *Brands* y si nos tratarán como amigos. Hace semanas que no se sabe nada de lo que pasa en la Federación Rusa y nadie podrá venir a rescatarnos si fracasamos.

—Pienso que, si el coronel Herrero y su grupo tuvieron la valentía de apresar a la cúpula de Iterum, sabiendo que si fallaban en su misión estarían

condenados prácticamente a muerte —intervino Figueroa—, nosotros debemos la misma fidelidad a su causa, que también es la nuestra. Que empiece la aventura, señores. Vayámonos a dormir, mañana veremos qué nos depara el destino.

Gemar y Pérez no pudieron evitar mirar al periodista con admiración. No mucho tiempo atrás lo habían visto cagarse encima de puro miedo. Ahora aquella persona había cambiado y se había convertido prácticamente en el líder del grupo. Su seguridad les daba confianza para seguir adelante. ¡Qué extraña era la vida!

Al día siguiente permanecieron en el hotel, dejando pasar el tiempo en la sala de la cafetería. No recibieron más mensajes desde Robledo de Chávela en toda la jornada ni tampoco nadie se puso en contacto con ellos.

Cuando se dirigían a sus habitaciones, después de un triste almuerzo, el recepcionista los llamó.

—*Gentlemen, someone has left a note for you*. (Señores, han dejado una nota para ustedes).

Fue Almansa quien recogió el sobre y lo abrió. Dentro había una pequeña nota. La leyó con rapidez y se dirigió al recepcionista.

—*We would need to rent a carfor tomorrow morning. Is it possible?* (Necesitaríamos alquilar un vehículo para mañana a primera hora. ¿Es posible?).

—*Yes, sir*.

Ya en la habitación leyó la nota a sus compañeros.

—Tenemos que estar en Gómel, a cincuenta kilómetros de la frontera rusa, mañana a las once. Allí alguien nos esperará al lado de la estatua de Lenin.

—¿Sabes ruso? —preguntó Gemar sorprendido.

—Está escrita en inglés.

—¿Qué sentido tiene citarnos en Gómel? —preguntó Figueroa—. Tengo entendido que es la ciudad más contaminada de Bielorrusia a causa del accidente de Chernóbil.

—Puede ser por eso precisamente —intervino Gemar—. Está cerca de la frontera de Ucrania, próxima a una zona prácticamente deshabitada desde el accidente nuclear de 1986. Allí la vigilancia de la Alianza del Norte será menos estricta. Incluso hay zonas en las cuales está prohibido entrar debido a los altos índices de radioactividad.

En aquel momento sonó el teléfono de la habitación. Figueroa lo descolgó ante la mirada temerosa de sus compañeros. Llevaban en aquel lugar poco

menos de dos días y solamente habían encontrado un ambiente cargado en el que se intuía la tristeza por el futuro que podía tener Minsk en aquellos momentos, como ciudad fronteriza de la *Brand* del Este. Tenían el presentimiento de que algo terrible podía pasar en cualquier momento.

—*Yes?* (¿sí?) —*I'm calling from the front desk, sir*. (Lo llamo desde la recepción, señor).

—*Hello?* —insistió Figueroa, alerta.

—*Someone wants to talk to you. He says he comesfrom the Russian embassy*. (Hay alguien que desea hablar con ustedes. Dice venir de parte de la embajada rusa).

Figueroa tapó el micrófono del teléfono.

—Es el traductor —les informó. Después volvió a hablar por el teléfono —. *Tell him to come up*. (Dígale que suba).

Esperaron pacientemente hasta que sonaron unos golpes de nudillo en la puerta de la habitación. Gemar y Pérez habían sacado sus armas y las habían cargado, poniéndolas a mano en la parte trasera del cinturón de sus pantalones. Como agentes del CNI y por lo tanto de la OTAN, habían tenido el privilegio de poder llevarlas en el avión que los trasladó a Minsk y no se habían separado de ellas desde entonces. No se fiaban de nadie en aquel triste e inquietante lugar. No en vano su misión era proteger a Figueroa y Almansa, las verdaderas piezas clave de aquel viaje.

Cuando Figueroa abrió la puerta, observaron a un hombre delgado y con el cabello rubio mojado por la nieve derretida. Tenía el rostro congestionado por el frío del exterior. Llevaba un jersey de lana y sujetaba con su brazo derecho un enorme chaquetón de forro polar. Sus ojos marrones y claros los observaron a todos sonrientes.

—Me llamo Vladimir Popov, pero agradecería que me llamaran Vova, es el diminutivo de Vladimir y como me conocen mis amigos —dijo con una afable sonrisa mientras estrechaba la mano de los presentes. Su acento era suave e intentaba pronunciar bien cada palabra para no cometer errores. Era evidente que su español era excelente—. Soy de la embajada rusa en Minsk y me han encargado acompañarlos como traductor en su viaje hacia Moscú. Tengo entendido que mis compatriotas del SVR quieren contactar con ustedes en Gómel. Si no les importa, pasaré la noche aquí y mañana partiremos todos juntos. No se preocupen, dormiré en el sofá.

—Camarada Vova —dijo Gemar—, espero que lleve una credencial encima. No creo que le importe que lo registremos antes de entrar en esta habitación.

—Ningún problema. Lo entiendo.

Vladimir sacó de su cartera una tarjeta que tendió al agente del CNI. Pérez lo registró concienzudamente y solo encontró un bolígrafo en el bolsillo del forro del abrigo.

Aquella noche Almansa y Figueroa durmieron con placidez en sus camas. Vova lo hacía en el sofá, vigilado discretamente por Gemar y Pérez, quienes desde la puerta abierta de su habitación no le quitaron el ojo de encima.

Se levantaron a las seis de la mañana y se asearon. Después bajaron todos a recepción donde fueron obsequiados con una bolsa de pícnic, ya que el comedor todavía no estaba abierto. Figueroa sacó su tarjeta de crédito y pagó la factura, incluida la del vehículo de alquiler que los esperaba en el exterior. El recepcionista les dio las llaves.

—*It is a GAZelle metallic brown van. I hope you find it appropriate, gentlemen*. (Es una furgoneta GAZelle de color marrón metalizado. Espero que sea de su agrado, señores).

Cuando salieron al exterior, todavía era noche cerrada y caía una copiosa nevada. La GAZelle estaba preparada con cadenas en las ruedas, indispensable para circular en aquellas circunstancias.

Gemar se puso al volante. Programó el navegador GPS para llegar a la plaza de Lenin en Gómel, algo más de tres horas de trayecto. A su lado se sentó Pérez. En los asientos traseros se acomodaron Almansa, Figueroa y Vova.

—En marcha, señores. Prepárense a un viaje sobre el hielo. Para su tranquilidad les diré que soy un excelente esquiador, pero no he conducido nunca en estas condiciones meteorológicas más de media hora, lo que tardaba en llegar a la pista de esquí de Navacerrada, en Madrid. Espero que no haya mucha diferencia.

Pero se equivocó. El navegador los llevó por la autopista M4 durante unos kilómetros, vacía de vehículos pero llena de hielo. Luego tuvieron que desviarse por la E271, que los llevaría directamente a Gómel tras más de trescientos kilómetros de una autovía en la cual no se distinguía el asfalto de los extensos prados por los que atravesaba debido a la espesa capa de nieve. La conducción tuvo que ser casi instintiva. Gemar luchó contra los copos de nieve que amenazaban constantemente con tapar por completo el parabrisas. Las escobillas los lanzaban hacia un lado para que al instante volvieran a estrellarse contra el vidrio. Pudo ver marcas de vehículos que habían pasado por allí antes que ellos, anchas y profundas, seguramente eran orugas de tanque, pero estaban siendo cubiertas rápidamente por la nieve. Fue el peor

viaje de su vida como conductor, así como también para los ocupantes de la furgoneta como pasajeros.

El tiempo previsto de llegada a Gómel se alargó en una hora y media. Cuando entraron en la ciudad, esta estaba desierta y la luz solar luchaba por abrirse paso entre las espesas nubes blancas, perdiendo la partida. El ambiente era helado y una bruma espesa daba un aspecto siniestro a los ya de por sí tétricos y grises edificios de la era soviética. El marcador de temperatura exterior de la GAZelle indicaba treinta grados bajo cero, lo que explicaba la falta de transeúntes por aquellas calles. Por fortuna había dejado de nevar.

Circularon por una enorme avenida helada. Las cadenas de los neumáticos de la furgoneta hacían crujir el hielo a su paso. Entre la bruma consiguieron ver la figura fantasmagórica del monumento a Lenin.

Gemar detuvo el vehículo al borde del parque que rodeaba la estatua y mantuvo el motor en marcha para que la calefacción continuara funcionando en el habitáculo.

No vieron aproximarse a nadie, todas las ventanillas estaban congeladas, por lo que les sorprendió que la puerta corredera del lateral izquierdo se abriera con brusquedad. Tres hombres entraron apresuradamente dentro de la furgoneta acompañados de una bofetada de aire gélido. Ocuparon la tercera fila de asientos. Se despojaron de sus gorros y chaquetones. Uno de ellos gritó algo que parecía una orden.

—Dice que continúe por la avenida, hemos de ir dirección a Vetka, dentro de la zona de exclusión por radioactividad. Allí no hay controles de la Alianza del Norte ni del Ejército bielorruso. Es una zona muerta que no interesa a nadie. Será nuestra vía de paso a la Federación Rusa.

—¿Y nuestra seguridad? Nos podríamos contaminar —quiso saber Figueroa, inquieto.

—Allí nos esperan con un equipo de protección. Atravesar la zona nos ocupará poco tiempo, no se preocupen —dijo Vova sonriendo tranquilizador —. Dentro de poco estaremos seguros. Todo marcha bien.

Salieron de Gómel y accedieron a una carretera estrecha bordeada por un siniestro bosque de árboles blancos, como petrificados por el hielo. Circularon durante varios kilómetros en total silencio. Gemar vio unos carteles y, aun sin saber ruso, supo que se acercaban a un control de zona de exclusión por radioactividad. Poco después pudieron observar unas instalaciones que tenían el aspecto de estar abandonadas desde hacía tiempo. El hielo parecía cubrir todos los edificios y no había asomo de vida en aquel lugar.

Gemar hizo detener el vehículo y uno de los extraños abrió la puerta lateral de la furgoneta y saltó al exterior. Se dirigió hacia la barrera que cerraba la carretera y al cabo de poco tiempo esta se elevó.

Avanzaron hasta recoger al hombre y continuaron la marcha durante unos kilómetros más. La carretera estaba en muy malas condiciones después de décadas de falta de mantenimiento. Incluso la vegetación, ahora helada, había crecido durante años entre las grietas.

—¿Y el equipo de protección radioactiva? —quiso saber Almansa—. Nos estamos adentrando demasiado en territorio contaminado.

—No se preocupe, no hay problema, tranquilo —contestó Vova con una sonrisa—. Pronto llegaremos.

Pérez hizo un gesto con la cabeza a Gemar mientras se apartaba con disimulo el abrigo para tocar la culata de su pistola. No estaba tranquilo, aquella situación era demasiado peligrosa. Estaban en una tierra baldía con cuatro extraños dentro de la furgoneta, tres de los cuales mantenían una actitud demasiado hosca y tensa.

Gemar asintió y también deslizó su mano hacia la culata de la pistola que tenía dentro de la funda del cinturón de los pantalones. Detuvo el vehículo.

—Vova, no nos moveremos de aquí hasta que nos traigan los equipos de protección —dijo con brusquedad—. Traduce.

Pero Vova no tradujo, se lanzó hacia delante con asombrosa rapidez y clavó un objeto en el cuello de Pérez. Un chorro de sangre alcanzó a Gemar en el rostro. Este sacó su arma y apuntó hacia la parte trasera del habitáculo. Se escucharon numerosas detonaciones y los vidrios de las ventanillas estallaron en miles de fragmentos.

*** * ***

—Cuéntenos su experiencia, doctora Massó. Estamos deseosos de conocerla —escuchó Julia por los auriculares de traducción simultánea. Era una voz femenina la que sonaba, aunque el que le hablaba desde su asiento de presidencia de la sala, su interlocutor, era un hombre con las sienes plateadas. Ella estaba sentada en una mesa de forma rectangular situada en un plano inferior y en el centro de un hemiciclo. La rodeaba una enorme mesa en forma de herradura desde donde los representantes de los países del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas la observaban con sepulcral silencio—. Pero antes de eso, es mi deber informarle que de esta reunión saldrá una resolución crucial para el futuro de nuestra humanidad. Se debatirá entre los

Estados asistentes la conveniencia o no de que la nave extraterrestre descienda entre nosotros, así como la eliminación de las *Brands*. Le puedo anticipar que las opiniones están muy divididas entre los Estados miembros y he ahí la importancia de su testimonio y el del señor Andreas Tagle, por lo que ruego que sean sinceros en sus apreciaciones y explícitos en los contenidos.

Julia carraspeó y el sonido se propagó por la megafonía de toda la sala. Decidió beber un sorbo de agua del vaso que un asistente había colocado delante de ella. Miró hacia los ventanales que estaban dispuestos en dos plantas en las paredes de la sala, destinados a la prensa y traductores. Sabía que tras uno de aquellos vidrios opacos estaba Martín, custodiado por agentes de la CIA, aunque no podía verlo. Esa idea la reconfortó y le dio valor.

—Mi primera intención era explicar cómo descubrí que el ataque extraterrestre no fue tal, sino un intento frenético por evitar el desastre que estamos padeciendo en la actualidad. Mi creencia era que alguien en la Tierra estaba conspirando para su destrucción. Pero hace poco, al igual que ustedes, he tenido conocimiento de que los que urgieron ese maléfico plan no eran de aquí, sino que provenían de un planeta extinto llamado Blua Suno y que su intención era propiciar nuestro exterminio para ocupar nuestros territorios e iniciar una nueva vida para que su civilización sobreviviera. —Julia volvió a tomar un sorbo de agua y continuó con la mirada fija en sus interlocutores. Deseaba transmitirles lo que sentía desde lo más profundo de su alma—. Pero no se dejen engañar. Esos mismos extraterrestres, los que orbitan en estos mismos momentos sobre nosotros, no tienen nada que ver en ese plan. Más bien al contrario, su intención en un primer momento fue salvaguardar nuestra integridad y por eso expandieron ozono en nuestra atmósfera a través de sus bólidos, doy fe de ello. Y es por lo que creo en lo más evidente ante estos momentos tan confusos. Unoa no representa una amenaza, más bien es nuestra salvación. Déjenla que descienda entre nosotros y nos ayude a sobreponernos de la catástrofe que estamos sufriendo —pidió emocionada—. Después ellos intercederán por nosotros cuando el resto de la flota llegue a nuestras fronteras. Sin su mediación, solamente podríamos esperar una guerra que dudo mucho que podamos ganar, dada la abrumadora superioridad tecnológica de la que disponen. Unoa ha de bajar para curar nuestras heridas y nuestra salud. Los muros de las *Brands* deben caer para que podamos unirnos en un único objetivo: sobrevivir.

Se expandió en la sala un silencio espeso como la niebla.

—Soy el representante del Reino Unido, doctora —escuchó la voz de la traductora por los auriculares. Un hombre rechoncho y calvo le hablaba desde la zona izquierda de la mesa en forma de herradura. Había bajado sus gafas hasta la punta de la nariz para poder leer un documento que sostenía entre sus dedos al mismo tiempo que miraba a Julia por encima de las lentes—. Tengo en mis manos el informe de los servicios secretos estadounidenses, los cuales he leído con sumo detenimiento. Después de tres décadas de preparativos para destruir nuestra civilización, ¿cómo quiere que creamos que esa nave extraterrestre, Unoa la llama usted, tenga buenas intenciones y permitamos que descienda entre nosotros? ¿Quién le asegura a usted que esto no pertenece a un plan minuciosamente establecido para que consintamos tal circunstancia? ¿No le parece que esta situación es un símil de película de cine negro? Policía bueno, policía malo. El objetivo es el mismo, solo se trata de conseguir unos fines a través de la confianza que genera esa situación en la persona objeto de la trama.

—Estuve en Unoa, señor, me salvaron de morir y conviví con ellos. Nunca en mi vida he estado en un ambiente menos hostil. Muy al contrario, todos los habitantes de la nave me trataron a mí y al resto con tanto respeto y consideración que es imposible que cada una de las treinta mil personas se pusieran de acuerdo para darnos esa sensación. La única amenaza vino de la Tierra, cuando el coronel Edwards secuestró a punta de pistola a dos de los nuestros y disparó contra el «alma» de la nave, condenándola a la destrucción a no ser que hagamos algo al respecto.

—Doctora Massó, soy el representante norteamericano ante este Consejo. Quiero que sepa que el coronel Edwards está considerado como un héroe nacional en los Estados Unidos de América. Él hizo lo que ustedes no tuvieron valor de hacer. Mantuvo sus ideales hasta el final y no cayó en la trampa de los extraterrestres. Su acción nos facilita sobremanera ganar al menos la primera batalla. Solamente tenemos que esperar que los daños que se produjeron en Unoa propicien su caída en la Tierra como un asteroide más. Creo que será un excelente aviso para el resto de la flota que pretende tomar por la fuerza nuestra civilización. Sabrán que no les saldrá gratis. Nos temerán y respetarán por ello, no lo dude. Si son tan racionales como dice usted, buscarán otro planeta para alojarse que no les pueda provocar tantos problemas como este. —El hombre hizo una pausa para observar los rostros del resto de los asistentes, muchos de ellos asintieron ante sus palabras. Sintiéndose respaldado, continuó hablando mientras Julia escuchaba la traducción simultánea a través de los auriculares—. Dispenso su actitud,

doctora, ya que considero que su voluntad ha sido quebrantada por un equivocado sentimiento de gratitud hacia los extraterrestres por salvar su vida, la de su marido y sus amigos. No hay nada malo en ello, pero creo que su percepción de la realidad está desvirtuada precisamente por ese motivo. Nosotros, conocedores de toda la historia en su globalidad, podemos tener una visión de los hechos mucho más acorde con la realidad. Por ello, puedo asegurarle que tanto Unoa como el grupo apresado recientemente, Iterum se hacían llamar, son la misma cosa y han conseguido poner a nuestra civilización al borde del abismo. Ha llegado el momento de contraatacar y no de seguir haciendo el juego a nuestros invasores.

El silencio invadió la sala mientras Julia bajaba, derrotada, la mirada. Nada de lo que pudiera decir podría cambiar la situación. Lo veía claro y la energía que sentía en contra de su persona así lo atestiguaba.

—¿Quiere añadir algo más, doctora? —preguntó el presidente de la sala.

Julia negó con la cabeza. Abundantes lágrimas resbalaron por sus mejillas. Sentía que había fracasado estrepitosamente y, aún peor, que había traicionado a los suyos. No tenía argumentos para rebatir un ambiente tan hostil hacia su tesis. Dijera lo que dijera no cambiaría la decisión que aquellos hombres, en representación de toda la humanidad, ya habían tomado.

Sintió una mano cálida y reconfortante sobre la suya. Era Freezer, que, desde su silla de ruedas, la miraba con sus ojos azules transparentes como el agua de un manantial. Le susurró:

—Soy el *Emissari*, Julia, deja que sea yo el que hable por los míos. Es mi deber y mi misión. Es mi carga, no la tuya. Has hecho mucho más de lo que está a tu alcance, debes sentirte orgullosa por ti y por los tuyos, jamás lo pongas en duda, amiga de Unoa.

—Bien —continuó el presidente de la Asamblea del Consejo de Seguridad de la ONU—. Si la intervención de la doctora Julia Massó ha finalizado, oigamos ahora el alegato del señor Andreas Tagle, o Freezer, como se hace llamar. Les informo que por su expreso deseo quiere ser reconocido como el embajador de los extraterrestres, el *Emissari*. Ruego que le presten la máxima atención.

Freezer agradeció con un gesto de cabeza la presentación. Vestía un traje azul oscuro con corbata a rayas. Había conseguido este privilegio tras la mediación del embajador ruso, ya que la idea inicial de sus captores en Tonopah era presentarlo en aquella reunión con el uniforme naranja de prisionero. Aquello hubiese sido su fin antes de abrir la boca. Sin embargo, a diferencia de Julia, él tenía claro que la decisión ya estaba tomada desde un

inicio. De nada serviría lo que él dijera, pero tenía que intentarlo hasta el último momento. Había demasiadas vidas en juego como para darse por vencido.

Miró a su alrededor con total tranquilidad. Era consciente de que decenas de miradas de las personas más influyentes en el mundo estaban clavadas en él, pero quería tomarse su tiempo antes de hablar. Sabía que la disertación de Julia había fracasado ante unos interlocutores previamente hostiles, por lo que debía cambiar la estrategia si quería cambiar el curso de los acontecimientos.

Por fin se quitó los auriculares. No le hacía falta la traducción simultánea ya que conocía cualquier idioma de los allí presentes. Había vivido en aquel mundo durante treinta largos años y había hecho todo lo posible para impregnarse de todo el conocimiento posible sobre aquella civilización. Había aprendido a amarla y respetarla. Decidió hablar en español, el idioma del país que lo había acogido durante tantos años.

—Señores representantes del Consejo de Seguridad —dijo con determinación—, estaba admirando el lienzo que preside esta sala. —Miró hacia su izquierda, donde había una gigantesca pintura que cubría toda la pared, custodiada a ambos lados por enormes cortinas estampadas de color gris y negro—. Permítanme que les cuente por qué me ha llamado la atención el mural de Per Krogh, que gobierna esta sala desde hace décadas. Supongo que todos ustedes conocen su significado, o al menos sería deseable que fuese así por el bien de las naciones a las que representan. Es pura simbología que nos recuerda el renacimiento de la humanidad y las nuevas políticas y filosofías de vida después de la hecatombe que significó la Segunda Guerra Mundial para que esta jamás se vuelva a producir. De hecho la pintura está gobernada por el resurgimiento de entre las cenizas del Ave Fénix sobre la cual se representa la ilusión de un mundo mejor mediante el ancla de la fe, el cultivo del trigo de la esperanza y el corazón de la caridad. Creo que pasaría horas describiendo las escenas de ese lienzo y su posible significado, pero en resumen, estoy seguro de que representa un toque de atención para no caer en viejos errores del pasado que supusieron un exterminio sin precedentes en la humanidad que ahora se está repitiendo de una manera incluso más espantosa.

Freezer miraba con sus ojos transparentes, casi con la curiosidad de un niño, el enorme mural mientras hablaba.

—Me cuesta creer que, después de más de medio siglo, no hayan aprendido nada de su historia. El alma del pintor quiso reflejar las atrocidades de la guerra y al mismo tiempo dar un recordatorio visual de lo que tienen que hacer los gobernantes para evitar que esa situación se repita. La actitud hacia

nosotros no deja lugar a dudas, están decididos a provocar el exterminio más importante en la historia de la humanidad. Solamente hay una salvación. Unoa.

—¿Nos está amenazando? —preguntó el representante de los Estados Unidos.

Freezer sonrió con tristeza.

—No. Solo les estoy avisando lo que está por venir. Soy el *Emissari* de Blua Suno, mi misión es preparar la *Granda Alveno*, la gran llegada a este planeta. Pero he de conseguirlo mediante el diálogo y la difusión de nuestras intenciones utilizando la pedagogía de la sinceridad. Nuestra primera ley prohíbe hacer la guerra contra humanos, sean de donde sean, y jamás deberíamos tomar lo que no es nuestro por la fuerza. Ahora bien, como bien saben ustedes, una fracción de mis hermanos ha confabulado para destruir la civilización en la Tierra, pero esa no es la política de Blua Suno ni de Unoa, créanme. Les tiendo la mano para colaborar y detener este holocausto. No la rechacen, se lo suplico. En caso contrario ellos habrán ganado sin lugar a dudas. A pesar del desprecio que me dispensan, lo leo en sus almas, les aseguro que seguiré luchando para que esto no suceda, aun estando recluido en un calabozo. La humanidad no tiene la culpa de los dirigentes que la representan. Los miembros de Iterum no pudieron hacer todo esto solos. La avaricia, las ansias de poder de los humanos de la Tierra fueron determinantes para que encontraran el apoyo necesario y conseguir así sus fines. Cada segundo que pasa hay más muertes, que recaiga la culpa bajo sus conciencias. Aun así, estoy a disposición de ustedes si cambian de opinión. Soy fácil de localizar. Tengo una celda propia en Tonopah.

Después de un silencio prolongado, el presidente de la comisión habló.

—Bien, creo que no hay más preguntas. Señor Andreas Tagle y doctora Julia Massó, ya pueden abandonar esta sala, tenemos que proceder a la votación de la nueva resolución.

Julia se levantó de su asiento y empujó la silla de Freezer. Ninguno de los dos se dio vuelta hacia el hemiciclo en forma de herradura, pero sintieron a sus espaldas las miradas de todos los asistentes. Avanzaron orgullosos hacia la puerta de salida, donde el servicio de seguridad los esperaba para retornarlos a Tonopah junto con Martín, que había asistido como espectador desde las gradas acristaladas a aquella reunión tan desesperanzados.

En el último momento, Julia se detuvo y se volvió para mirar hacia los representantes de las naciones más importantes del mundo.

—En los momentos de crisis solo hay una cosa más importante que el conocimiento: la imaginación —dijo en voz alta—. Esta frase no es mía, la dijo Albert Einstein. Que Dios, si existe, los perdone, porque creo que las generaciones venideras, si las hubiera, no lo harán.

Nueva Zembla

Ochoa seguía de vigilia. En breve la órbita geoestacionaria de Unoa entraría dentro del alcance de los radiotelescopios de Robledo de Chávela.

Miró el reloj digital de la sala. Los números rojos le indicaron que eran las cinco y media de la madrugada. Disfrutaba cada segundo de aquella experiencia diaria, allí solo, escuchando tras los auriculares los ruidos breves y difusos del cosmos infinito mientras esperaba el latir del corazón de Unoa. Aquel se había convertido en el sonido más bello de su existencia, significaba que un día más su amada Blanka seguía con vida y que por ello, todavía había esperanza para la humanidad… y para él también.

Hasta que Figueroa apareció en su casa de Salamanca, él era una persona que vivía de sus recuerdos, esperando que la muerte lo viniera a buscar de un momento a otro. Sus días transcurrían rememorando los años que había convivido con Blanka en Blua Suno. Aquello fue el sentido de su vida y nada más llenaba su alma hasta que descubrió que su amada estaba muy cerca de él otra vez. Por eso apenas dormía y pasaba la mayor parte de su tiempo escrutando el espacio a través de los radiotelescopios, a la espera de volver a escuchar su voz un día tras otro, informándole de la penosa situación por la que estaba pasando Unoa y suplicando buenas noticias de la Tierra que nunca llegaban. No mantenían conversaciones privadas, pero de vez en cuando se permitían pequeñas licencias mediante pocas palabras que solo ellos entendían, herencia de su relación secreta en el planeta del sol azul. Ochoa estaba contento de que su complicidad parecía seguir intacta.

Pensaba en los labios tiernos y suaves como la seda que besaron los suyos, mucho tiempo atrás. El calor vibrante sobre la piel desnuda que sentía todo su ser cada vez que ambos se poseían mutuamente con una pasión que traspasaba civilizaciones, culturas y mundos.

Sabía que en breve el resto de los controladores entrarían en la sala y el encanto se rompería. Todo se convertiría en transmisiones científicas, con datos a procesar. Un frenético ritmo de trabajo que se repetía en cada jornada

doce horas al día en los que él aprovechaba para descansar o dar sus paseos dentro de las instalaciones de Robledo de Chávela.

Estaba sumido en sus pensamientos cuando alguien le retiró los auriculares de comunicación de la cabeza.

—Profesor Ochoa —le dijo una voz a su lado—, tenemos que hablar.

Furioso por la intromisión, se giró hacia el recién llegado dispuesto a defender su intimidad, pero se sorprendió al ver al general Soldevilla, que le sonreía con tristeza semioculto entre las penumbras de la sala, solo iluminada por los monitores.

—General, ¡qué sorpresa! No lo esperaba tan pronto.

—Me llegó su mensaje de que quería verme, pero me temo que mi presencia aquí también es para dar malas noticias, profesor. Busco su consejo.

—¿Mi consejo, qué ha pasado?

—Todos nuestros esfuerzos han resultado inútiles, profesor. —Soldevilla se sentó al lado de Ochoa y le puso una mano huesuda sobre su hombro—. Usted nos conoce a todos, a los dos mundos. Lo necesito para que me arroje algo de luz, si tal cosa puede suceder.

—Explíqueme qué ha sucedido —insistió Ochoa.

—Julia y Freezer han fracasado en su exposición delante del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. Se ha aprobado una resolución por la cual se considera a los extraterrestres enemigos de la Tierra y Unoa será derribada en cuanto pretenda descender. Por otro lado, el equipo de Rusia ha sido eliminado. Figueroa, Almansa, Gemar, Pérez, todos ellos brutalmente asesinados. En cuanto al equipo de Tonopah del coronel Martín Herrero, en breve serán repatriados. Freezer y la tripulación de la *boveno* que tanto nos han ayudado están presos allí. Estamos en un callejón sin salida y todas nuestras esperanzas han desaparecido. Hemos perdido, profesor. Unoa jamás descenderá, a no ser en llamas, y nuestra civilización está condenada al exterminio.

—Robledo de Chávela aún no ha dicho su última palabra ni Unoa tampoco, general, por eso le he hecho llamar.

—¿A qué se refiere, profesor? Espero que tenga una buena razón para decir eso. Estamos jodidos si no es así. Realmente acudo a usted buscando algo de esperanza, dada su experiencia. ¿Qué puedo hacer para reconducir esta situación?

—Unoa. Hemos de pedir ayuda a ellos. Están tan interesados en solucionar esta situación como nosotros. Todavía no hemos jugado esa carta, general, y le puedo asegurar que es un buen as en la manga. Tenemos el

mayor aliado que nadie pueda soñar en este mundo y está orbitando sobre nuestras cabezas mientras se desmorona en mil pedazos, como un viejo armario lleno de carcoma. El tiempo se acaba y debemos tomar una decisión. Ya basta de dudar de sus intenciones, nuestra obligación es hacerlos partícipes y salvar a la humanidad. —Ochoa miró con sus cansados ojos a Soldevilla y le sonrió—. Ha hecho todo lo que estaba en su mano con los medios de los que dispone en la Tierra, general. Déjeme que pida ayuda a nuestros amigos de allá arriba. Ellos tienen la clave de todo, créame.

—¿Qué invadan la Tierra?

—No, muy al contrario: que nos ayuden a recuperarla. Ellos jamás utilizarían la violencia a no ser que su propia existencia estuviese en riesgo, como es el caso. Nunca abandonarán a sus propios congéneres a su suerte en una celda de Tonopah.

—¿Utilizarán la violencia para liberarlos?

—Esperemos que la justa y necesaria, general. O eso o este mundo desaparecerá.

—¿Y qué pasa con Rusia? Nuestro equipo de contacto ha sido aniquilado. Nadie ha podido ponerse en contacto con ellos para planificar la bajada de Unoa. Es muy probable que se inicie una guerra nuclear ya que la resolución del Consejo de Seguridad ha cerrado todas las puertas para una solución pacífica a este conflicto.

—Siento profundamente la muerte de nuestros compañeros, general, no lo dude, pero es momento de seguir creyendo, ya tendremos tiempo de llorar su pérdida. Todavía contamos con el equipo de Martín. Tengo entendido que se puso en contacto con el embajador ruso de Washington y esto nos da cierta ventaja.

—Quiero que entienda una cosa, profesor. Desde que salió a la luz que los verdaderos artífices del genocidio que estamos padeciendo fueron los extraterrestres de Blua Suno y su maldita Iterum, se me han acabado los argumentos para seguir protegiéndolos.

Ochoa asintió.

—Al menos de momento.

—¿Qué quiere decir?

—Me temo que todavía hay un peligro mucho más grave en ciernes. Se están dando numerosos casos de víctimas de una enfermedad pulmonar desconocida entre los vacunados contra el H5N1. Las víctimas se están contando por miles a este lado de las *Brands*. Usted ya está al corriente de ello. Le pedí a Shora que investigaran los motivos. De hecho en Unoa tienen

cientos de cuerpos humanos recogidos en la Tierra para investigar este fenómeno, todos ellos ya cadáveres, por supuesto. Las *bovenos* han tenido mucho trabajo últimamente y su labor ha sido silenciosa e imperceptible para nuestros ojos.

—¿Y cuál ha sido el resultado de sus investigaciones? —Soldevilla no estaba sorprendido ante esa información. Más bien se la esperaba. Era evidente que algo aterrador estaba pasando en el mundo occidental. Los hospitales estaban al borde del colapso por la llegada de pacientes afectados por una extraña gripe muy virulenta. Se hablaba de que el antídoto del H5N1 no había sido eficaz, pero las autoridades sanitarias, entre ellas la Organización Mundial de la Salud, habían determinado que se trataba de una cepa totalmente diferente, aunque los síntomas eran muy semejantes a la temible enfermedad que había exterminado a casi el sesenta por ciento de la población más allá de las *Brands*.

—Todavía no he recibido un comunicado de Unoa que explique este fenómeno, general. Pero pronto, tal vez hoy mismo, sabremos lo que está sucediendo y espero que también la manera de detenerlo. Por eso quería hablar con usted, quiero que esté presente cuando eso suceda para que tome una decisión.

Soldevilla suspiró profundamente, como si su maltrecho espíritu se escapara de sus pulmones.

—¿Por qué no he sido informado de esto antes?

—Porque trabajamos sobre conjeturas. En el peor de los casos Iterum no finalizó su labor al infectar a media población mundial. Se ocupó de planificar la muerte también de la otra mitad mediante un falso antídoto.

—¡Pero eso es terrible!

—¿Se vacunó usted contra el H5N1, general?

Soldevilla no contestó. Agachó la cabeza y su cuerpo pareció temblar.

—Todavía hay esperanza —suspiró Ochoa tomando la mano del general. La notó fría y sin vitalidad—. Unoa es la solución, como le decía. Hemos de confiar plenamente en ellos. Ahora tenemos que esperar.

No volvieron a hablar más durante unos minutos eternos, cada uno de ellos sumido en sus pensamientos.

*** * ***

Shora contemplaba, recostada en su colchón de ingravidez, la bóveda celeste. Estaba en la *cambro de nutrajo*. El comedor de Unoa era todo silencio, como

de costumbre. Las conversaciones se realizaban con el lenguaje antiguo, era el único lugar donde estaba permitido comunicarse de esta manera.

Su mente, lejos de encontrar la paz, navegaba por los enormes problemas por los que estaba pasando Unoa. Desde que *Cervo* había sido herido, el equilibrio estaba roto. Poco a poco todo iba fallando de manera sistemática, como en el cuerpo de un ser humano enfermo en el que órgano tras órgano se van deteriorando irremisiblemente hacia una muerte segura.

El tiempo se agotaba, era consciente. La llamada de Domo no se producía y, por lo tanto, todavía no podían descender hacia su salvación.

Todo estaba preparado. Las exploraciones de cientos de *bovenos* habían indicado el lugar ideal para el desembarco. Un lugar muy similar a Blua Suno, helado, cubierto de hielo y con mares donde las *nutrajo de la renesanco* se expandirían y las *ondoj* podrían subsistir alimentándose de ellas y aclimatarse al medio gracias a la modificación genética a la que estaban siendo sometidas. Sería cuestión de poco tiempo poder elaborar la *nutrijo*.

Había transmitido a Domo el lugar donde deseaban descender y esperaba la respuesta. Y no podía evitar pensar que cada instante que pasaba los llevaba al desastre. Solo su amado, el *Instruiste* Ochoa, le daba esperanzas cada vez que Unoa cumplía una órbita sobre Domo, en el preciado momento en que se podía comunicar con él.

Notó una presencia a su lado y abrió la mente, permitiendo que el mensaje le llegara.

«*Majoro*, hemos concluido la investigación del nuevo mal que está asolando Domo».

«Dime, *sciendste*».

«Se trata de un virus modificado artificialmente. Lleva trazas del primero que estudiamos, el llamado por los habitantes de Domo como H5N1. Ha sido diseñado para permanecer latente durante un tiempo, oculto a los ataques de la vacuna que debía combatirlo, incluso creemos que fue inoculado dentro de las mismas enzimas. Se camuflaba en el sistema sanguíneo dentro del propio sistema inmunológico, hasta eclosionar y destruirlo, dejándolo indefenso a la nueva infección. Ante ello, las enzimas del antídoto no tienen ninguna oportunidad. El portador enferma de repente y la destrucción de las células del sistema inmunitario respiratorio es muy virulenta, causando la muerte del portador en muy poco tiempo».

«Esa tecnología de ingeniería biológica no ha podido surgir de Domo».

«No, *Majoro*. Esa tecnología es propia de Blua Suno».

Shora dejó de comunicarse durante unos instantes. Quería asimilar aquella noticia.

«¿Podemos combatir este nuevo virus?».

«Está identificado y podemos combatirlo mediante la modificación de las enzimas del antídoto para que lo puedan reconocer y así destruirlo. Utilizaremos el mismo sistema inmunológico para crear anticuerpos. Pero hemos de ser rápidos, *Majoro*, toda persona que se inoculó el antídoto está contaminada y, por lo tanto, condenada a muerte. Debemos intervenir para salvar a Domo».

«En breve nos contactaremos con Domo, *sciencisto*, y podré informarles. Tomaremos la decisión más adecuada. Ahora déjame, tengo que reflexionar».

Y Shora lo hizo con su mirada puesta en los millones de estrellas que había en el firmamento. Sus ojos se humedecieron ante el enorme dilema al que se enfrentaba. Unoa tenía que descender lo antes posible a Domo. De ella dependía la vida de sus más de treinta mil ocupantes. Pero una sospecha espantosa había crecido en su conciencia.

Se levantó de su colchón invisible y abandonó con rapidez la *cambro de nutrajo*. Atrajo hacia sí una *platformo de transporto* y navegó por los pasillos y salas de Unoa hasta llegar a la puerta del puente de mando.

Uno de los tripulantes, que permanecía de pie ante una columna de luces, la vio entrar y le sonrió.

—*Jam povas establi kontakton kun Robledo de Chaveta, Majoro*. (Ya podemos establecer contacto con Robledo de Chávela, comandante).

Shora suspiró y comenzó a hablar, con la voz ronca secuestrada por el nudo que atenazaba su garganta.

—*Saluton Ochoa, malnova instruisto. Gi atendis kun angoropoviparóli kun vi*. (Hola, Ochoa, viejo profesor. Esperaba con ansiedad poder hablar contigo).

Una voz resonó como un trueno en el puente de mando de Unoa.

—*Saluton Blanka, Mi ankau estis desitjós pároli kun vi. Estas tre por transigí. Gi akompanas al mi la generalon Soldevilla, neniu de la militistoj Martín Herrero kaj Juan Costa*. (Saludos, Blanka. Yo también estaba deseoso de hablar contigo. Hay mucho para transmitir. Me acompaña el general Soldevilla, jefe de los guerreros Martín Herrero y Juan Costa).

—*Parolo, do*. (Habla, pues).

Shora y su tripulación escucharon a Ochoa relatar los últimos acontecimientos desde la última comunicación. Se estremecieron al enterarse de que la misión encabezada por Martín para apresar al grupo de poder en la

Tierra culpable del exterminio de los de su propia raza había propiciado la identificación de todos los *esploristos* de Blua Suno que habían descendido tanto tiempo atrás para propiciar la Gran Llegada.

Supieron que, debido a esta nueva situación, eran considerados enemigos y, por lo tanto, no se les consentiría su descenso a la Tierra. También Ochoa dijo que el grupo que debía pactar su descenso en Rusia había sido asesinado.

Shora guardó silencio mientras escuchaba toda esa información. Sus peores presentimientos se habían hecho realidad. Miró los rostros de su tripulación y solo vio miedo y consternación. Todas las esperanzas de supervivencia parecían haberse desvanecido en ese momento.

Ochoa, con voz quejumbrosa, también les explicó que Freezer había fracasado en su misión de *Emissari* y en aquellos momentos estaba recluido por considerárselo partícipe en aquel entramado de destrucción de Blua Suno contra la Tierra.

Cuando se hizo el silencio en el puente de mando de Unoa, Shora miró hacia el exterior. En Domo el mundo despertaba aquejado de un mal que lo estaba exterminando mientras que Unoa compartía su mismo destino.

—*Orienta estas la celo por niaj mondoj?* (¿Esto es el fin para nuestros mundos?).

—*Trovis kiel estas la kaüzo de la malsano kiu nin afliktas al la Domo?* (¿Han encontrado cuál es el mal que aqueja en la Tierra?).

—*Jes, mia kara instruisto, sed de kio sirbe nun al ni tion se ni ne povas malsupreniripor sanigi vin?* (Sí, mi amado profesor, ¿pero de qué nos vale eso si no podemos descender para curarlos?).

Se hizo un breve silencio en la sala, tras el cual volvió a atronar la voz de Ochoa.

—*Alvokas al la fakto kiu cumpláis vostra unua lego*. (Los invoco a que cumplan su primera ley).

—*Flugoj kiuj sterko la milito? (¿Quieres* que hagamos la guerra?).

—*La unua lego diras ke gi ne pavos damagi al homa estajo krom se estas en risko la vivo de la aliaj. Ne min okazas alia okazo pli malimplicas ke kiu vivu*. (La primera ley dice que no se podrá hacer daño a un ser humano a no ser que la vida de los demás corra peligro. No se me ocurre otro caso más explícito como el que estamos viviendo).

Shora reflexionó brevemente.

—*Gin devos konsulti kun Neniu*. (Lo tendré que consultar con el *Neniu*) —contestó abrumada por la situación—. *Krome, Oni estu afeblida. Se ni uzas rimedojn en atako ne nin restos tro energio por povi malsupreniri*. (Además,

Unoa está debilitada. Si utilizamos recursos en un ataque, no nos quedará demasiada energía para poder descender).

—*Ne estos necesa granda depiojo. Ni devas reaceti al Freezer kaj al la teamo de la kolonelo Martín. Ili devos anstataúi al la grupo kiu estis eliminita en Rusio*. (No será necesario un gran despliegue. Hemos de rescatar a Freezer y al equipo del coronel Herrero. Ellos habrán de suplir al grupo que ha sido eliminado en Rusia).

—*Estos konsideritaj invadintoj*. (Seremos considerados invasores) —reflexionó Shora.

—*Salvadors de la homaro se vi sukcesas liberigi nin de la plago kiu nin afekcias* (Salvadores de la humanidad si consiguen liberarnos de la plaga que nos afecta).

—*Devas pároli kun Neniu, ci tiu decido superas mian respondecon*. (He de hablar con el *Neniu*, esa decisión supera mi responsabilidad).

—*Neniu estu tre malproksime. Mi kredas ke ne povas perdí pli tempon. Iliciutage martas milojn da homoj, Blanka*. (El *Neniu* está muy lejos. Creo que no podemos perder más tiempo. Cada día mueren miles de personas, Blanka).

—*Devas pároli kun Neniu*. (He de hablar con el *Neniu*) —repitió Shora.

—*Diros Fin ke ateridas al la resto de la siparo de Blua Suno. Se Unoa ne eltenas gis lia alveno, estos pli malgranda dolxrro, pro tio ke kiam ili alvenas sole trovis planedon sen logantoj. Ci tiu qfero estas inter Unoa kaj la Tero, inter vi kaj mi*. (Te dirá que esperes al resto de la flota de Blua Suno. Si Unoa no aguanta hasta su llegada, será un mal menor, ya que cuando ellos lleguen, solamente encontrarán un planeta sin habitantes. Este asunto es entre Unoa y la Tierra, entre tú y yo). —Ochoa hizo una pausa en su comunicación—. *La malbona sprucis de Blua Suno, ne gin forgesas. Nek mi sama, kun la amo kiu vin havas, gi engagus min al interkonsenti tute ne ol ne estis kun vi. Ili, viaj gefratoj, ili ateridas kun lia siparo por invadí nin*. (El mal ha surgido de Blua Suno, no lo olvides. Ni yo mismo, con el amor que te tengo, me comprometería a pactar nada que no fuera contigo. Ellos, tus hermanos, esperan con su flota para invadirnos).

Shora guardó silencio. Estaba meditando ante la avalancha de nuevos acontecimientos. Ese vacío lo llenó el profesor Ochoa.

—*Nun nía destino estas la morto. Sed ankaü la de Unoa. Sterko iu por solví gin. Estas la sola maniero postvivipor ni kaj vi*. (Ahora nuestro destino es la muerte. Pero también el de Unoa. Hagamos algo para solucionarlo. Es la única manera de sobrevivir para nosotros y ustedes).

—*Devas pároli kun Neniu*. (He de hablar con el *Neniu*) —insistió Shora —. *Decidos Lin*. (Él decidirá).

* * *

El peor de los escenarios se había cumplido. Tras la comunicación con Unoa se había confirmado que la nueva enfermedad que estaba devastando a los países de la Alianza del Norte no era otra cosa que un virus latente inoculado dentro de la vacuna del H5N1, una bomba de relojería que se había activado después de semanas de la primera infección que había atacado a todos los países más allá de las *Brands*.

Los hospitales estaban saturados y cada día las agencias de noticias transmitían el terrible informe de la Organización Mundial de la Salud. Los muertos se contaban por miles y ningún científico era capaz de encontrar las causas. Ningún fármaco conocido parecía ser eficaz y ningún contagiado tenía probabilidad alguna de sobrevivir. Solamente estaban a salvo los que no se habían inoculado el antídoto, un cuarenta por ciento de la población.

Pero la población todavía no lo sabía. Vivían con la esperanza de que las autoridades pronto encontrasen la forma de parar aquel holocausto sin saber que estaban también contaminados y que solo era cuestión de tiempo que ellos sucumbieran. La enfermedad era tan cruel que avanzaba sin un criterio de tiempo exacto. Algunos se infectaron rápidamente, pero otros muchos ni siquiera habían sentido los síntomas de la enfermedad. En ningún caso eso significaba que estuviesen libres de sucumbir, simplemente su tiempo se alargaba unas horas o días, pero ya estaban condenados.

El general Soldevilla era consciente de ello. Él mismo estaba vacunado, al igual que la mayoría de sus agentes del CNI, policía, ejército, personal sanitario, funcionarios en general y gran parte de la población. Era dolorosamente consciente de que todos ellos estaban condenados a muerte y que, más que nunca, necesitaban la ayuda de Unoa.

Lo difícil sería convencer a las autoridades internacionales de que los extraterrestres los ayudaran, teniendo en cuenta que la opinión general era que ellos eran la causa del problema.

La intervención de Julia y Freezer delante del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas había fracasado. Suponía que los integrantes del grupo enviado a Rusia para negociar el descenso de Unoa, Figueroa, el comandante Almansa y los agentes del CNI Gemar y Pérez habían sucumbido antes incluso de iniciar su misión, ya que no había tenido ninguna noticia de ellos.

No tenía más remedio que atender a la arriesgada propuesta de Ochoa, pero antes se creía en la obligación moral de intentar convencer por última vez a sus aliados de la necesidad de pedir ayuda a Unoa.

Llamó al centro de control de Tonopah. Deseaba hablar con el coronel Herrero para informarle de las malas nuevas.

Pero no le contestó el operador de costumbre en el teléfono de línea directa. Una vez que se identificó, le pidieron amablemente que se mantuviera a la espera y alguien se puso al otro lado de la línea pasados unos segundos.

—Soy Parker, el Director de la CIA, general Soldevilla. ¿En qué puedo ayudarlo?

—¿Dónde está el coronel Herrero?

—En una sala de aislamiento, junto con su esposa y su equipo. Pronto se los enviaré a todos de vuelta, no se preocupe.

—No creo que sea el trato adecuado que se merecen, señor Parker.

—No me importa ni mierda su opinión, general. Su papel en este tema ha terminado. Estoy mediando con su gobierno para que Robledo de Chávela sea cerrado. Ya no tiene sentido seguir negociando con los invasores de Unoa. A partir de ahora hablarán las armas, ¿o no se ha enterado de la nueva resolución del Consejo de Seguridad de la ONU?

Soldevilla contuvo su ira.

—Unoa nos informa que ha descubierto el origen de la nueva enfermedad que está asolando a la población. Es un virus que fue inoculado con la vacuna del antídoto del H5N1, pura ingeniería biológica de Iterum para acabar con toda la población de la Tierra. —El Secretario Director del CNI hizo una pausa para intentar hablar con calma—. ¿No cree suficiente prueba de buena voluntad, señor Parker, que Unoa nos haya prevenido de esta situación y que además se presten a proporcionarnos los medios para combatirla? Pueden ser nuestra última posibilidad de salvación.

—Me parece, general, que usted tiene un grave problema de confianza en el enemigo, el cual nos ha demostrado sus malas intenciones sobradamente. Le aconsejo que se jubile, sus sentidos no están al cien por ciento como para cumplir con sus obligaciones en esta crisis. Es usted peligroso. Ha llenado la cabeza de pájaros a sus hombres y ha enviado a la muerte a ese extraño grupo que pretendía entrar ilegalmente en Rusia para pactar el descenso de los extraterrestres. No se lo tome a mal, pero como gestor de situaciones críticas deja mucho que desear. Quítese de en medio y déjese de joder, general, esto le queda demasiado grande. También le advierto que, en el momento que me

informen de una nueva interferencia por su parte, haré todo lo posible para acusarlo de traición y hacerlo cumplir su condena hasta el último día. Adiós.

La comunicación se cortó.

Soldevilla suspiró impotente. Pondría en marcha el proyecto de Ochoa. Le hubiese encantado decir a Parker que traería a casa a sus hombres apresados en Tonopah, que salvaría a la mayor parte posible de habitantes del mundo le gustase a él o no.

* * *

Parker entró en la celda después de que el vigilante le abriera la puerta con una tarjeta electromagnética. Lo sobresaltó el eco del chasquido de la cerradura en aquel pasillo largo y estrecho, tal vez excesivamente iluminado.

En cambio, la celda permanecía en penumbras. Adivinó una silueta sentada sobre la cama, con las piernas cruzadas, como si estuviera meditando.

Había ordenado desconectar el circuito de cámaras de seguridad antes de entrar, aquella conversación debía ser totalmente confidencial.

—Hola, señor Garin Storm, ¿o prefiere que le llame el *Dux* de Iterum?

—Mi nombre es Edekmilionoj, de la *Kolutnna* de *Esploristos* de Blua Suno. Presiento tu mezquindad, he conocido mucha gente como tú en Domo y sé que pretendes algo de mí, tal vez clemencia. No creo que te la conceda, pero habla igualmente, necesito entretenimiento.

Algo intimidado, Parker se quedó de pie entre las penumbras en medio de la habitación.

—Soy Parker, Director de la CIA.

—Sé quién eres. Eres una ficha más que moví para conseguir mis propósitos. *Mambus*, el almirante Smith, me informó sobre ti. Eres fácilmente manipulable gracias a tu desmedida ambición. Como suele suceder en Domo con personas como tú, dispones de demasiado poder para lo que vales realmente. Más que un valor para tu gente, eres un lastre, aunque he de reconocer que me ha ido muy bien con especímenes como tú. Nunca entenderé cómo las personas de menor valía alcanzan el poder en este planeta, basta con no tener escrúpulos para alcanzar el gobierno. Eso me ha facilitado mucho las cosas.

—Me han informado de sus planes ocultos. Vi la cinta del interrogatorio al que fue sometido por Artemis y ahora entiendo su mensaje, o más bien, la amenaza que nos hizo.

—¡Ah, la pelirroja! Estaba acompañada por un hombre que entendía el lenguaje antiguo. Para mi suerte, gente como ellos no gobiernan Domo. Son inteligentes y leales, con firmes convicciones. Parecen más de Blua Suno que de este planeta. Los respeto como enemigos, a ti no. Me aburres.

—Tal vez despierte tu interés lo que tengo que proponerte.

—No hay nada que me pueda interesar, excepto su muerte. Pronto llegará la *Granda Alveno* y ocuparemos tu Tierra. Ustedes, para entonces, solamente serán una alfombra de huesos sobre la que andaremos.

—Hay algo que escapa a tu control, Edekmilionoj.

—Lo dudo, Parker el miserable.

—Está Unoa.

El *Dux* avanzó su rostro y unos ojos azules fríos como el hielo quedaron al descubierto bajo el brillo del haz de luz del aplique de la pared. Tenía la nariz fracturada e hinchada, pero eso no parecía preocuparle.

—¿A qué te refieres, gusano?

—Oh, ya veo. ¡He captado tu atención!

—Unoa no significa nada. Está gobernada por la débil Shora, fiel al no menos débil *Neniu*. Según tengo entendido ahora mismo se está deshaciendo en el espacio. Es el precio que deben pagar por su traición a los de su misma especie, que no es la de ustedes.

—Unoa ha descubierto el virus latente que ustedes crearon y tienen preparado el antídoto para combatirlo.

—¿Qué quieres decir?

—Tienes un problema, Edekmilionoj. Puedo hacer que Unoa nos ayude a detener la epidemia y facilitar su descenso a la Tierra. En ese caso, la llegada de la flota de tu planeta no sería tan placentera. Estoy dispuesto a buscar la alianza con Shora a no ser que…

—Habla.

—Estoy convencido de que una alianza con Unoa nos sería provechosa temporalmente, pero el poder de Blua Suno tarde o temprano tomaría la Tierra por la fuerza. Mi destino sería la muerte de igual manera.

—No lo dudes.

—Pero si consentimos que Unoa descienda, nuestro poder se verá incrementado mediante el conocimiento de su tecnología. Su, ¿cómo lo has llamado?, *Granda Alveno* se podría ver retrasada durante mucho tiempo. Creo que eso no te interesa, o al menos no estaba dentro de tus planes.

—¿Qué quieres para que eso no suceda? Intuyo que quieres pactar.

—En estos momentos el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas ha decretado una resolución impidiendo cualquier acuerdo de paz con Unoa, pero eso puede cambiar si les transmito que ellos nos pueden ayudar a curar a nuestra población. No les transmitiré esa información si obtengo algo a cambio.

—Dime.

—Yo también estoy vacunado contra el H5N1, al igual que toda mi familia. También gente muy influyente en la Tierra. Por lo tanto, estamos infectados por su nuevo virus. Te pido que me facilites antídotos para todos nosotros. A cambio, Unoa no descenderá jamás y se desintegrará en el espacio o en la Tierra. También te garantizo que el resto de la flota de Blua Suno podrá descender sin impedimentos. Solamente exijo que parte de la Tierra nos siga perteneciendo a nosotros. En caso de que aceptes esta propuesta, serás puesto en libertad, junto con todos los miembros de Iterum, con la finalidad de preparar la llegada del resto de los de tu especie.

—No pides el antídoto para el resto de la población.

—No me lo concederías tampoco. Así conseguirías tu cupo de 500 millones de habitantes en la Tierra. Pero nosotros seguiremos gobernando en estrecha colaboración con ustedes.

El *Dux* pareció reflexionar durante unos segundos.

—Puedo darte lo que pides —dijo al fin—. Pero solo hasta que mi líder, Nigra, llegue aquí. A partir de ese momento es con él con quien tienes que hablar.

—Estoy de acuerdo.

—¿Nos pondrás en libertad ahora?

—Primero el antídoto. Cuando verifique que funciona, podrán salir de aquí.

—Habrás de liberarnos a todos antes. Tenemos que viajar a Europa.

—No. Los liberaré dentro de estas instalaciones y podrán llamar a sus laboratorios para que nos preparen los antídotos. Yo te diré la cantidad necesaria.

—Está bien, acepto tus condiciones, Parker el miserable. Tienes suerte que de tu propuesta no sea oída por el resto de tu especie. Creo que jamás ha habido semejante traición.

—Podré vivir con ello. Tú cumple con tu compromiso.

* * *

Shora manejó las columnas de luces de la consola para poder conectarse con el *Nenia*, en la flota de Blua Suno que se encontraba al otro lado del Universo.

Su mente quedó vacía, ya no pudo escuchar nada de lo que sucedía a su alrededor. Sintió una gran presión en la cavidad craneal y todo fue oscuridad a partir de aquel momento. La experiencia le confirmó que el *Cervo* de Unoa estaba a media capacidad. Tiempo atrás la señal de su mente hubiese llegado a su destino de una manera mucho más rápida y nítida. Aun así, notó que al otro lado alguien conectaba con ella de una manera cada vez más potente, llenando sus sentidos.

«*Neniu* —dijo en el lenguaje antiguo, el de la mente—, ¿eres tú?».

Hubo un silencio prolongado.

«Te oigo». La voz resonó en su mente como un trueno.

«Tú no eres el *Neniu*». Shora sintió miedo. Algo no marchaba bien.

«Estás en lo cierto, Shora. Soy Nigra».

«¿Dónde está el *Neniu*?».

«Ha muerto. Ahora el *Neniu* soy yo».

Shora levantó asustada las manos sobre las columnas de luz. La comunicación se interrumpió tan bruscamente que su cabeza pareció vaciarse de golpe. Era como si de repente se le hubiese salido el cerebro por los oídos como una masa gelatinosa.

Con la respiración entrecortada intentó recomponer sus ideas. El *Neniu* había muerto y Nigra había ocupado su lugar. No podía haber una noticia más desalentadora. La fracción dura de Blua Suno, la que siempre había apostado por la invasión de Domo por la fuerza, había ganado.

Las columnas de luz de la consola aumentaron su intensidad. La señal seguía viva y Nigra quería comunicarse con ella.

Tenía que conseguir más información. Venciendo sus temores, volvió a poner las manos sobre los haces de luz. Casi al instante su mente quedó vacía y volvió a escuchar la voz de Nigra.

«Shora, estoy al corriente de lo que ha pasado en Domo, según me contó el anterior *Neniu* tras la última comunicación entre ustedes. Entiendo que mi *Kolumna de Esploristos* ha cumplido su cometido».

«¿La de traicionar a Blua Suno y al propio *Neniu*? ¿Lo has asesinado?».

«Era débil y demasiado estúpido como para confiar Unoa a una traidora como tú».

«Solamente conozco a un traidor a Blua Suno, Nigra, y ese eres tú. Si has asesinado al *Neniu*, has incumplido la mayor de nuestras leyes y tendrás tu castigo».

«Te conviene ponerte de mi lado, *Majoro*. Si quieres redimir tus traiciones delante de mis ojos, busca a los *esploristos* de mi *kolumna* y diles que estoy orgulloso de ellos y que pronto estaré a su lado para finalizar su obra».

«¿Al *Emissari* también?».

«El *Emissari* era el protegido del *Neniu*, igual que tú. Su misión fracasó antes de empezar. He viajado por todo el universo, Shora, combatiendo a todo tipo de civilizaciones para conseguir salvar a nuestra especie. La bondad no existe y nadie nos cederá parte de su territorio si no lo tomamos por la fuerza. El *Neniu* nunca quiso escucharme, pero yo tengo una responsabilidad que nos supera a todos: hacer que nuestra civilización sobreviva».

«Podemos compartir. Hay personas en Domo que nos están ayudando para que esto sea así, Nigra, incluso sacrificando sus vidas. Compartamos con ellos nuestra sabiduría y viviremos en paz».

«Mis informes de Domo no me demuestran eso, Shora. Me hablan de una especie cruel y combativa, dada a las guerras incluso entre ellos. Son primitivos y merecen su extinción».

«Tú me hablas de crueldad cuando has asesinado a nuestro líder».

«Es algo que se tenía que hacer para salvar a nuestra especie. Una vida por seis millones. Si no colaboras conmigo, Shora, tú serás la siguiente».

«A partir de ahora mi lucha será contra ti, Nigra. Has causado tanto daño y destrucción con tu locura que el universo entero no ha conocido semejante ignominia desde su creación. Yo haré lo que me ordenó el legítimo *Neniu*, cuyas palabras guiarán mis actos aun después de su muerte».

«Pronto llegará la *Granda Alveno* y tú serás la primera en conocer mi ira, amiga de Domo».

«Que el destino ponga a cada uno en su lugar, Nigra el asesino, porque con ese nombre te habrán de conocer las generaciones de ahora y las venideras».

Shora retiró las manos de las columnas de luz y dio por finalizada la comunicación. Temblaba de pies a cabeza, como si se hubiera debilitado. La energía destructiva de Nigra había entrado en su cuerpo como un veneno y había impregnado todo su ser hasta hacerla sentir sucia y desvalida, casi agotada por el desánimo.

Pero levantó la cabeza con determinación venciendo el peso que sentía sobre sus hombros. Se dirigió a su tripulación, los cuales, ajenos a lo que había sucedido, gobernaban los mandos de Unoa.

—*Deziras pároli kun la kapoj de esploristos. Mi ankaü volas kepongáis min en kontakto kun Robledo de Chávela. Alvenis la momento kiu Unoa*

postvivas. (Deseo hablar con los jefes de exploradores. También quiero que me pongan en contacto con Robledo de Chávela. Ha llegado el momento de que Unoa sobreviva).

* * *

Costa permanecía sentado al lado de la burbuja de plástico dónde convalecía Artemis, cuya respiración estaba siendo asistida por una máquina. Ese ruido monótono era el único que se escuchaba en aquella estancia.

Llevaba allí horas, sin apartar la mirada del rostro de su amada, sufriendo por no poder tocar su piel, acariciar sus mejillas para reconfortarla en su lucha contra la muerte. De vez en cuando, entre la penumbra de la habitación, le parecía ver que ella abría sus ojos verdes y lo miraba con ternura. Pero solamente era su imaginación o mentiras de su mente cansada. Porque ella seguía luchando por dos vidas: la suya y la del ser que llevaba dentro de su vientre.

Ni en el peor de los momentos vividos, Costa recordaba semejante vacío en el alma. Tenía la garganta atenazada por un puño que apenas lo dejaba respirar, ni llorar ni maldecir. Su felicidad al lado de aquella mujer había sido tan intensa como efímera. Quería luchar contra el destino, pero no sabía cómo. Por primera vez en su vida se sentía perdido y sin esperanza. Su espíritu combativo se consumía a cada inhalación de la máquina de soporte vital, presentía que cada insuflación artificial a los pulmones de Artemis podría ser la última.

Observó cómo sus cabellos rojos se expandían como una llamarada sobre la almohada, libres por fin de la austera coleta en la que ella los solía tener prisioneros. Cayó en la cuenta de que no conocía su verdadero nombre, así como que tampoco habían hablado del bebé que estaba gestando, demasiado inmaduro como para poder vivir por sus propios medios. Seguramente la enfermedad que extinguía por minutos a la madre también lo estaba apagando a él antes de formarse en un nuevo ser.

Costa intentó rezar, pero no le vino a la cabeza ninguna oración. Juró entonces que si existía algún Dios que escuchara su plegaria y salvara a sus dos seres más queridos, daría a cambio su vida como ofrenda.

Pero el acompasado ruido de la máquina de soporte vital era la única respuesta que recibía. Estaba tan cansado que finalmente se quedó dormido en la butaca donde estaba sentado. Su cabeza poco a poco fue bajando hasta que quedó apoyada en su hombro. Pero no tuvo descanso alguno. Casi de

inmediato horribles pesadillas de fuego y muerte acudieron a su subconsciente. Observó aterrado cómo niños y mujeres ardían entre las ruinas de casas. Sus gritos de dolor tensaron su cuerpo hasta ponerlo rígido y sudoroso.

Una mano venida del cielo lo sujetó tranquilizadora por el hombro. Se sintió protegido y esperanzado. Pero no era Dios.

—Juan —escuchó en un rincón de su mente.

Poco a poco volvió desde su pesadilla a la realidad.

—Juan, despierta.

Por fin pudo abrir los ojos y vio el rostro enjuto, barbudo, extremamente macilento del comandante Díaz.

—Amigo, despierta. Debes luchar por tu vida.

—¿Qué sucede? —preguntó Costa todavía con su mente navegando entre dos mundos.

—Debes reaccionar. Ya vienen. Lucha, Juan.

—¿Has conseguido recuperarte? La última vez que te vi agonizabas en tu habitación. —Recordó la imagen del comandante del CNI, envuelto en una cortina de plásticos y conectado a una máquina de soporte vital, al igual que Artemis.

—¡No hay tiempo, despierta y lucha por tu vida! —La voz estalló en su mente como un relámpago y consiguió despertarlo del todo. Pero no de una manera natural. Su instinto de supervivencia hizo que sus músculos saltaran hasta tensarlos al límite de sus posibilidades.

Vio en las penumbras una mano que se acercaba a su cuello. Pudo ver brevemente la aguja de una jeringuilla y la detuvo con la rapidez de un rayo de forma instintiva, un acto reflejo que lo sorprendió hasta a él mismo. Aun se extrañó más todavía al notar el contacto físico de una muñeca enguantada en látex entre sus dedos. La aferró con todas sus fuerzas y escuchó un grito de dolor. Fue consciente en aquellos momentos de que ya no estaba soñando.

Se levantó de la silla con tal ímpetu que esta salió disparada hacia la pared y luego cayó sobre el suelo tras un estrépito de metal. Seguía sujetando la muñeca de su atacante con tanta fuerza que notó el palpitar del riego sanguíneo.

El poseedor de aquel brazo gritaba de dolor y la jeringuilla cayó al suelo apenas sin ruido. Costa notó bajo sus poderosos dedos cómo crujían los huesos y cartílagos de aquella mano agresora.

Acabó con los alaridos de aquella persona con un certero golpe de su mano izquierda en plena sien. El cuerpo se derrumbó con tanta rapidez que

sonó con un golpe seco en el suelo.

Confuso, miró asustado hacia Artemis. La máquina de respiración asistida seguía funcionando. Suspiró aliviado.

El cuerpo inconsciente de un hombre vestido de médico estaba tumbado a sus pies.

Alerta, se asomó al pasillo y no vio a nadie. Solamente funcionaban las luces de emergencia y todo parecía estar en penumbras y tranquilo.

Volvió a entrar en la habitación y pudo comprobar que el hombre iba recobrando el conocimiento.

Lloraba de dolor retorciéndose en el suelo. Tenía la muñeca fracturada. A su lado descansaba una jeringuilla llena de un líquido transparente.

—*What is this? What did you want?* (¿Qué es esto? ¿Qué pretendías?).

El hombre continuó gimoteando revolviéndose en el suelo.

Costa lo incorporó agarrándolo de la solapa y le propinó una sonora bofetada.

—*What is this and what do you want, bastard?* (¿Qué es esto y qué pretendías, cabrón?).

—*I was only followed orders*. (Solo cumplía órdenes).

Una nueva bofetada restalló en la habitación como el chasquido de un látigo.

—*I'm going to destroy your face as you don't answer my questions*. (Te voy a destrozar la cara como no contestes a mis preguntas).

El individuo resopló entre la sangre que inundaba su rostro y fijó sus aterrados ojos en el puño de Costa que apuntaba amenazante directamente a su cara.

—*It is a solution of arsenic*. (Es una solución de arsénico).

—*For her?* (¿Para ella?) —quiso saber Costa apuntando con su rostro a la convaleciente Artemis.

—*For you. She simply would cease to exist by disconnecting the machine*. (Para ti. Ella simplemente dejaría de existir desconectándola de la máquina).

—*Who gave the order?* (¿Quién ha dado la orden?).

—*My superior doctor*. (Mi superior médico).

Costa pensó con rapidez.

—*What will happen with the rest of patients?* (¿Qué pasará con el resto de los pacientes?).

El sanitario no respondió. Se limitó a bajar la cabeza con impotencia.

Una nueva bofetada resonó en la estancia. El hombre cayó al suelo y se retorció de dolor tapándose la cabeza. Costa no le dio respiro alguno. Lo

volvió a incorporar tomándolo de la pechera.

—*What will happen with the rest of patients?* (¿Qué pasará con el resto de los pacientes?).

—*I had orders to disconnect them all*. (Tenía la orden de desconectarlos).

—*All of them?* (¿A todos?).

—No.

—*Which ones not?* (¿A quién no?).

—*Admiral Smith and Colonel Edwards*. (A todos menos al almirante Smith y al coronel Edwards).

—*And have you complied with these orders? (¿Y* has cumplido esas órdenes?).

Ante el silencio de su interlocutor, Costa volvió a levantar la mano abierta, presto a golpear con todas sus fuerzas el rostro de aquel mal nacido.

—*Tes, until arriving to this room*, (Sí, hasta llegar a esta habitación).

Costa pensó rápidamente en que aquel pasillo había veinte habitaciones. Ellos estaban en la número trece. Edwards y Smith se encontraban casi al final del pasillo.

De repente otra idea lo asaltó haciéndolo estremecer. Díaz estaba en la habitación número cinco. Pero no podía ser, él fue quien le avisó del peligro que estaba corriendo. No podía estar muerto.

—*Have all the patients died?* (¿Todos los pacientes han fallecido?) —preguntó gritando, lleno de desesperación—. *Answer me. The palm of my hand hurts. I don't even want to think how you have the face!* (Contesta. Me duele la palma de la mano. ¡No quiero pensar cómo tienes tú la cara!).

—*Yes*. (Sí) —contestó el médico llorando. Tenía el rostro inflamado por los golpes recibidos e hilos de sangre surgían de su nariz y boca—. *I am a doctor. The director of the hospital told me that so it should be. All of them were irfected and there was no possible solution. There were only two antidotes and it had to be administered to Admiral Smith and Colonel Edwards. They are important for the survival of the human species. That's what he told me. He also told me to wait till the right moment to kill you. Because you are a dangerous killer that threatens our survival*. (Soy médico. El director del hospital me dijo que así debía ser. Todos ellos estaban infectados y sin solución. Solamente quedaban dos antídotos y los tenía que suministrar al almirante Smith y al coronel Edwards. Ellos son importantes para conseguir la supervivencia de la especie humana. Eso me dijo. También me dijo que esperara el momento oportuno para eliminarlo a usted. Porque es un asesino peligroso que pone en peligro nuestra supervivencia).

—*Where are the antidotes?* (¿Dónde están los antídotos?) —preguntó Costa—. *I presume that if you have still not reached the last rooms of the hall, you had no time to give it to Smith and Edwards. Talk!* (Entiendo que si todavía no has llegado a las últimas habitaciones del pasillo, no te ha dado tiempo a suministrárselo a Smith y Edwards. ¡Habla!).

—*They are in the hallway, in the trolley, in a refrigerated cooler. Are you going to kill me?* (Están en el pasillo, en un carro. Dentro de una nevera refrigerada. ¿Me va a matar?).

—*No, I don't.* (No, yo no).

Costa tomó al médico por el pelo y lo arrastró hacia el pasillo del pequeño hospital. Aunque solo funcionaban las luces de emergencia, tenía suficiente visibilidad como para ver un carro de hospital unos metros más allá. Sobre él descansaba una pequeña nevera de refrigeración autónoma de las que se emplean para el transporte de órganos.

—*Where is the guard that was in the hallway?* (¿Dónde está la escolta que había en el pasillo?) —preguntó sin soltar al médico.

—*Everyone here is dead, it was not necessary to protect the Admiral and the Colonel. That's why soldiers have been called to strengthen the security of the base.* (Todos han muerto aquí, no era necesario proteger al almirante y al coronel. Por eso los soldados han sido llamados para reforzar la seguridad de la base).

—*To strengthen the security of the base, why?* (Reforzar la seguridad de la base, ¿por qué?).

—*Because they fear the aliens come to seek his cam.* (Porque temen que los extraterrestres vengan a buscar a los suyos).

Costa sonrió. Existía esperanza al fin y al cabo.

Tomó sin miramientos al sanitario por el pecho y lo derribó en el suelo.

Sacó unas bridas del bolsillo de su pantalón y le sujetó las manos y los pies con fiereza, desoyendo los gritos de dolor.

***

Estaban en la sala de control esperando noticias de Robledo de Chávela. De los tres operadores iniciales solo quedaba uno. El resto se había marchado tras una orden de los soldados que habían ido llegando en un número cada vez más creciente.

Martín observaba en silencio aquella escena. Cada vez estaba más seguro de que la situación estaba cambiando aceleradamente y estaba intranquilo por

ello. En un principio le informaron que pronto serían repatriados, pero pasaban las horas y nada hacía pensar que eso fuera a producirse de una manera inmediata.

Con amabilidad le impidieron acercarse a las consolas de comunicación, por lo que le fue imposible comunicarse con Robledo de Chávela.

La tensión crecía en el ambiente y a su vez se acrecentaba su certeza de que su libertad se estaba coartando cada vez más.

También le impidieron poder entrar en la zona de presos para entrevistarse con Freezer. La negativa le dolió porque estaba preocupado por su amigo y por la tripulación de la *boveno*. Quería reconfortarlos en aquellos momentos tan difíciles.

Costa se había marchado el día anterior al hospital para acompañar a Artemis y desde entonces no sabía nada de él.

Desde que volvieron de Nueva York, del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, habían estado prácticamente recluidos en la sala de control que Artemis había dispuesto en la primera planta de la residencia de Tonopah. Era una situación muy tediosa debido al escaso espacio del que disponían. Se pasaban el día sentados en la sala común del comedor, o durmiendo en los camastros anexos esperando la repatriación. La moral estaba muy baja. El ambiente, a pesar los grandes esfuerzos que habían realizado, era de total derrota.

Además, de repente y casi al mismo tiempo, el sargento Duarte y los soldados Silva, Moreno y Castro empezaron a encontrarse mal. Tenían accesos de tos y la fiebre les subió de inmediato.

Preocupado, Martín solicitó a uno de los soldados que los custodiaban que llamaran a un médico, pero pasaron las horas y allí no acudía nadie.

La situación era cada vez más tensa y desesperada.

Martín y Julia atendieron a los soldados de Regulares como pudieron, poniéndoles paños de agua fría en la frente para hacer bajar la temperatura corporal, porque según pasaba el tiempo más dudaban de que fueran atendidos por el personal médico.

Pero Martín no se daba por vencido. No paraba de pedir ayuda en forma insistente. Vino un oficial de *marinese* intentó tranquilizarlo explicándole que pronto llegaría un médico.

Fue en el transcurso de una de esas conversaciones cuando vio que el Director General de la CIA se dirigía hacia la zona de reclusos. Intercambiaron una breve mirada y Martín juraría que aquel le envió una sonrisa irónica, como diciéndole que él iba a ganar aquella partida.

Al cabo de una hora todos los integrantes de Iterum salieron de las celdas escoltados por los *marines*. Ninguno de ellos iba sujeto ni custodiado. Sus ropas de preso, el mono naranja, habían sido cambiadas por ropas civiles.

El *Dux* caminaba orgulloso y erguido. Vestía una elegante traje de hilo y se detuvo unos instantes para dirigirle a Martín una mirada fría como el hielo. Su rostro estaba amoratado y tenía los ojos rojos color sangre debido a una hemorragia interna. Era evidente que tenía la nariz fracturada.

—Coronel, ha sido un placer tenerlo como enemigo. Lástima que su sacrificio no sirva de nada. Su mundo nos pertenece y nada podrá cambiar eso. De todos modos, sepa que respeto su ímpetu de lucha. Es de las pocas personas decentes que he conocido en este planeta. Para mi fortuna, pronto dejará de ser un problema para nosotros. Adiós.

El *Dux* continuó caminando seguido por sus compañeros y la escolta.

Antes de que Martín se diera cuenta, todos los *marines* abandonaron la sala. En su lugar entró un destacamento de unos diez hombres. Todos uniformados de negro sin ningún tipo de insignia. Iban armados con fusiles automáticos y pistolas sujetas en el lateral de los muslos.

Sin mediar palabra, todos ellos, Martín, Julia, el sargento Duarte y los soldados Silva, Moreno y Castro, fueron empujados contra una pared y sometidos a un exhaustivo cacheo. Todos excepto la doctora Massó llevaban todavía el uniforme táctico que habían utilizado para apresar a Iterum. Les fueron retirados las bridas de plástico de detención y los machetes de asalto. El resto de armamento ya les había sido confiscado desde hacía tiempo.

Martín vio de reojo cómo un soldado lanzaba con brusquedad a Julia contra la pared y se disponía a cachearla.

—*Don't you dare to touch her*. (No se te ocurra ponerle una mano encima) —dijo con tanta ira que el soldado se detuvo dubitativo—. *If you touch her I will kill you*. (Si la tocas, te mato) —añadió Martín rechinando los dientes.

—*Take it easy*. (Tranquilo) —dijo una voz a su espalda—. *We just make sure that you do not do any nonsense. Be calm and nothing will happen. Now we need to take the aliens*. (Simplemente nos aseguramos de que no harán ninguna tontería. Estén tranquilos y nada pasará. Ahora tenemos que llevarnos a los extraterrestres).

Martín escuchó una infinidad de armas cargándose. Pero lejos de intimidarse su furia iba en aumento.

Alguien aplastó su cabeza contra la pared con el codo. No sintió dolor, y consiguió girarla hacia su mujer. Esta le devolvía una mirada suplicante. La

estaban agarrando del cuero cabelludo y también tenía el rostro aplastado contra la pared. Le decía con la mirada que se contuviera, como había hecho tantas veces a lo largo de su vida en común. Quería refrenar a la fiera que anidaba en su alma porque sabía que si esta surgía, nada en el mundo podía detenerla.

Pero Martín solo podía ver el rostro de su amada. Nadie en este mundo podía maltratarla o hacerle daño a no ser que lo quitaran a él de en medio.

Julia se dio cuenta de la situación al cruzar la mirada negra como la noche de su marido que con rapidez se llenaba de rescoldos de brasa. Esta le decía que no había esperanza. Que estaban condenados a la muerte si no hacían algo. Era necesario porque aquellos hombres de uniforme negro no tendrían compasión con ellos. Por fin, con lágrimas en los ojos, asintió. Era el gesto que él necesitaba, la autorización para dejar escapar a la fiera.

—*I want you to know that your friend Costa has been removed at the hospital*. (Quiero que sepas que tu amigo Costa ha sido eliminado en el hospital) —le dijo una voz al oído—. *They are all finished. I have heard stories from you, GreatBear. Such as that you eliminated an entire crew of the SOG in a Madrid hospital. They were probably caught off guard because it is impossible to defeat us any other way*. (Todos están acabados. He oído historias de ti, Gran Oso. Como la que eliminaste a un equipo entero del SOG en un hospital de Madrid. Los encontrarías desprevenidos, porque de otra forma es imposible vencernos).

A lo lejos se escuchó una prolongada ráfaga de un arma automática.

—Parece ser que alguien sigue luchando ahí fuera —dijo con frialdad Martín. Todos los músculos de su cuerpo se tensaron y se abalanzó hacia atrás aprovechando la base sólida de la pared utilizando manos y piernas. Sintió contra su espalda el brusco impacto de un cuerpo.

Vio en décimas de segundo cómo un hombre enorme rodaba por el suelo debido al impulso de la caída. En sus manos sujetaba un subfusil de asalto e intentaba dirigir el cañón hacia él.

Saltó con toda la violencia de la que era posible hacia el arma y cayó como una roca sobre el soldado, poniendo su enorme dedo sobre el gatillo mientras dirigía el arma hacia todos sus enemigos.

Una ráfaga de detonaciones atronó la estancia. La mayoría de los hombres uniformados de negro cayeron al suelo, unos para protegerse, otros heridos o muertos por los impactos de las balas.

Los soldados de Regulares, débiles por la enfermedad pero con la fuerza de la desesperanza de la supervivencia, aprovecharon el desconcierto para

atacar también. Se produjo una breve lucha cuerpo a cuerpo mediante la cual consiguieron desarmar a sus contrincantes. Seis cadáveres quedaron en el suelo en un reguero de sangre.

Martín se levantó rápido y comprobó que su atacante estaba inconsciente o muerto, ya que tenía los ojos fijos en el techo.

—Inmovilicen a todos sin excepción, aun a los que parecen muertos, y recojan sus armas —ordenó a sus hombres, luego se dirigió al sargento de Regulares—, Duarte, hazte cargo de que el operador de la sala de control nos ponga en contacto con Robledo de Chávela —señaló con el cañón del fusil de asalto a un hombre que se había escondido debajo de una de las mesas de consolas—. Después refuercen las puertas de acceso. Pronto nos asaltarán. Voy a liberar a Freezer y a sus hermanos.

*** * ***

Le faltaba el aire en los pulmones. En sus oídos todavía resonaba un tremendo vacío después de las detonaciones. Confuso, se tocó el rostro, las manos y movió las piernas. No sentía dolor. Figueroa se sintió afortunado de seguir vivo.

Alguien abrió la puerta lateral de la furgoneta y lo agarró de la manga del abrigo, arrastrándolo hacia el exterior. Notó el frío de la nieve en las rodillas a través de los pantalones.

Otros dos cuerpos impactaron contra el suelo a su lado. Pudo ver que se trataban de Gemar y el comandante Almansa. A su alrededor solo se oían gritos en ruso. Cerró los ojos esperando el impacto de una bala en su cabeza.

Pero en cambio, lo sujetaron por las axilas y lo arrastraron con violencia y rapidez.

—¡Vamos, amigos, hemos de salir de aquí! —La voz tenía un marcado acento ruso—. Pronto esto estará lleno de fuego.

Abrió los ojos y se obligó a andar lo más rápido posible para evitar seguir siendo empujado. Las ramas de los árboles le arañaban el rostro y sus pies se hundían con torpeza sobre la nieve. Aun así siguió corriendo todo lo rápido que pudo. Los pulmones parecían estallarle en el pecho debido al esfuerzo y al estrés al que estaba siendo sometido.

Escuchó más pasos a su alrededor, pero el instinto de supervivencia pudo más que la curiosidad y se centró en seguir corriendo antes que en mirar hacia ambos lados.

Al cabo de un tiempo, no supo precisar cuánto, se escuchó una fuerte explosión. Al girarse instintivamente, solo pudo divisar un hongo de fuego y humo que se elevaba por encima de las copas de unos árboles desnudos.

—Vale, amigos, ahora descansen un poco —dijo la voz con acento ruso —. No tengan pena por ellos. Eran de la mafia rusa pagada por la CIA americana. Siento la muerte de su amigo. No hemos llegado a tiempo.

Figueroa por fin pudo controlar su pánico y miró delante de él. Un hombre enjuto y con el rostro enrojecido por el frío le sonreía entre un vapor de condensación que le surgía de la boca.

—Mi nombre es Vladimir Popov, el verdadero «Vova». Trabajo para la embajada rusa en Minsk. Esta mañana he ido al hotel para ponerme en contacto con ustedes. Me dijeron que ya habían salido acompañados por un ruso. Los hemos seguido todo el trayecto hasta aquí. Queríamos saber las intenciones de sus secuestradores. Era evidente que entre ellas estaba que no llegaran a Moscú. Pero ahora nadie los perseguirá. Hay cuatro cadáveres dentro de la furgoneta. Pronto estarán calcinados y su identificación será difícil. La CIA pensará que ha tenido éxito y que están todos muertos. Pronto sabrán la verdad, pero para entonces ustedes ya estarán en Moscú.

—¿Cuatro cadáveres? —preguntó Gemar con los ojos inyectados en sangre—. ¿Dónde está mi compañero Pérez?

—Muerto, lo siento. Hemos arrastrado su cuerpo hasta el bosque y lo hemos ocultado. Un simple bolígrafo puede ser un arma mortal. Solo puede haber cuatro cuerpos dentro de la furgoneta, los de ustedes, que hemos suplantados por los de la mafia.

—¿Pérez ha quedado a merced de las alimañas? —insistió Gemar.

—No tenemos tiempo de hacer nada más. Seguro que su compañero se merecía un entierro digno, pero millones de rusos están en la misma situación, señor. Sus cuerpos están siendo devorados ahora mismo por cuervos y lobos. Le aseguro que ellos no me duelen menos que a usted su amigo. Son las circunstancias que nos han tocado vivir. Ahora, no tenemos tiempo que perder. Síganme, pronto llegaremos a nuestro transporte.

Gemar miró a su alrededor. Cuatro hombres con armas automáticas lo observaban taciturnos.

—Estamos en una zona contaminada por radiación —dijo Almansa, que había permanecido tumbado sobre la nieve intentando reponerse. Se incorporó despacio—. ¿No nos protegemos?

El verdadero Vova rio de buena gana.

—Amigo, entre la radioactividad y la mierda de virus que arrojaron los aviones de la Alianza del Norte es un milagro que sigamos aún con vida. No disponemos de trajes especiales ni nada que se le parezca. Mi misión es llevarlos a Moscú y eso es lo que haré. Si no quiere contaminarse, no respire.

Caminaron entre el bosque, pisando nieve virgen e intentando sobreponerse al aire frío que los azotaba sin piedad. Estaban muy apesadumbrados. En sus mentes todavía prevalecía la espantosa muerte de Pérez, sobre todo en la de Gemar, que lloraba en silencio la pérdida de su compañero de tantos años.

Por fortuna se habían equipado con gruesas botas, que en cierta manera les mantenían los pies, aunque fríos, preservados de una congelación.

Poco a poco Figueroa fue aclarando su mente, intentando pensar con cierta frialdad. Cayó en la cuenta de que llevaba demasiado tiempo sin comunicarse con Robledo de Chávela. Considerando la emboscada de la que habían sido objeto, seguramente habrían recibido la noticia de que todos ellos habían muerto. Se preguntó por qué la CIA los había intentado eliminar. Era obvio que no querían que llegaran a Moscú y de esta manera impedir la bajada de Unoa.

Se detuvo unos instantes, se desabrochó el abrigo y buscó en uno de sus bolsillos interiores. Por fin encontró lo que buscaba: el teléfono satelital.

—¿Qué hace? —preguntó Vova deteniendo su marcha también.

—Tengo que hacer una llamada. Seguramente que ahora mismo nos tienen por muertos.

—Nada de llamadas. Podrían localizarla. Espere a llegar a Moscú. Hemos de ocultar que siguen vivos de cualquier forma. Es una baza importante hasta que no estemos en una zona segura y esta no lo es. Estamos en tierra de nadie, en la franja de seguridad de la *Brand* del Este y en peligro hasta que no lleguemos a la frontera rusa. Debemos andar rápido.

Continuaron la apresurada marcha que cada vez se hacía más penosa. Almansa se rezagó para que Figueroa le diera alcance. Gemar también se unió a ellos, consciente de que tenían que hablar. Sabían que estaban vigilados en todo momento por el comando que los acompañaba, pero les permitieron juntarse.

—Algo malo está pasando —dijo Almansa. Luego tosió convulsivamente, era evidente que estaba haciendo un esfuerzo sobrehumano para seguir andando. Parecía enfermo y débil—. Alguien no ha querido que lleguemos a hablar con las autoridades rusas. ¿Qué extraña confabulación se está adueñando del mundo que impide buscar una posible solución?

—Supongo que el tablero del juego ha cambiado desde el apresamiento de Iterum. Me temo que ahora están pactando con ellos para evitar un exterminio total. Es la única explicación que le encuentro —contentó Figueroa mirando preocupado a su amigo—. Pero hay algo que se nos escapa. Seguramente saldremos de dudas cuando podamos hablar con Robledo de Chávela.

—Solo quedo yo para protegerlos a los dos, un comandante científico y un periodista contestatario —dijo Gemar con una sonrisa forzada. Sus cejas y barba incipiente se estaban cubriendo por una espesa escarcha—. Haremos caso a nuestros nuevos amigos y no utilizaremos el teléfono satelital hasta estar en Moscú. No quiero más muertes. Además me han quitado el arma y cualquiera de estos tipos me supera en estatura y corpulencia. Dejémonos llevar y acabemos nuestra misión de la manera más digna posible. Se lo debemos a mucha gente.

—Bueno, amigos, seguimos vivos. Eso es lo que cuenta —suspiró Figueroa—. Sigamos caminando y tengamos esperanza, como diría Freezer. Por cierto, aún no lo conozco personalmente.

—Yo tampoco —dijo Almansa y volvió a toser—. ¿Cómo es, Gemar? Tú sí lo conociste, ¿verdad?

—Brevemente, en el Hospital 12 de Octubre, cuando vino a salvar a la doctora Massó y al coronel Herrero. Solo puedo decir de él que transmitía un aura muy especial. Me pareció un ángel bajado del cielo. Su mirada era limpia, sin atisbos de maldad, rencor o envidia, ni tan siquiera sufrimiento. Sus ojos eran tan inocentes como los de un bebé recién nacido. Tuve la sensación de que su alma era fuerte y decidida, bondadosa hasta el extremo, pero sobre todo transmitía paz y serenidad. No lo vi titubear ni un segundo en aquel pasillo lleno de cadáveres. Sabía lo que tenía que hacer y cómo reconfortar a los vivos.

—¡Continúen andando, no se rezaguen!

El grito de Vova acabó con la conversación.

No supieron cuánto tiempo más estuvieron caminando. Cada vez la marcha se iba haciendo más penosa y el frío les atenazaba todo el cuerpo.

Se estaba haciendo de noche cuando por fin el interminable bosque dio paso a una gran explanada nevada. Sobre ella descansaba un enorme helicóptero militar con la bandera rusa pintada en el fuselaje. Tenía la rampa de carga desplegada hasta tocar el suelo.

—Vamos, rápido, vayan subiendo —Ion animó Vova mientras los empujaba para exigirles un último esfuerzo.

Entraron en las tripas del aparato ayudados por la tripulación. Pronto estuvieron ligados por cinturones de seguridad en hoscas redes que hacían las funciones de asientos en la zona de carga y casi al instante retumbaron los motores. Nada más cerrarse la compuerta se mitigó el frío, aunque no desapareció del todo. Allí no había calefacción.

La aeronave se elevó hacia el cielo sin contemplaciones. Los cinturones de seguridad impidieron que los pasajeros murieran golpeados contra las paredes de la zona de carga.

Cuando el helicóptero ganó altitud, de nuevo un tremendo frío invadió el habitáculo.

—¡Hace mucho frío! ¿No tienen unas mantas? —preguntó Almansa a Vova mientras tosía. Gritaba para hacerse oír sobre el atronador ruido de los motores.

—Ahora llamaré a las azafatas. De paso que nos traigan la cena y la prensa del día. ¿Qué te parece?

El comandante de la UME agachó la cabeza impotente. Se sentía realmente mal. Estaba seguro de que tenía fiebre y que una especie de gripe estaba invadiendo su cuerpo. Recordó su experiencia en Gamadés y el exterminio de toda la población por la expansión del virus H5N1. Había pasado demasiado tiempo para que ese fuese su mal y, además, estaba vacunado. Intentó quitarle importancia, pero tuvo que reconocer que tenía miedo. Se encontraba muy cansado. Era médico y sabía que sus anticuerpos estaban siendo machacados por algún virus agresivo. Había tomado antibióticos en el hotel del Minsk, pero no lo habían mejorado. Tenía que cumplir su misión y dejar al menos ese legado para la humanidad. En Gamadés había fracasado. Le ganó el miedo por su propia seguridad, pero en esta ocasión no fallaría. Su salud no podía abandonarlo ahora.

Calculó que llegarían a Moscú en dos horas. Tiempo suficiente como para poder aguantar, pero una duda lo asaltó. Podía ser transmisor de otro virus y contagiar a todos sus compañeros.

—Quiero que me pongan en cuarentena. Estoy enfermo y no sé qué puede ser.

—¡Joder con este tipo! —gritó Vova—. ¿No puede parar de pedir estupideces? ¿Dónde se cree que está? ¡No tiene ni puta idea de lo que ha pasado en este país! Ahora mismo estamos sobrevolando pueblos y ciudades muertas. El exterminio es casi total. Los que han sobrevivido lo hacen alimentándose de lo poco que encuentran, incluso de cadáveres. El invierno

está acabando con los pocos supervivientes que había. ¡Cállese la puta boca de una vez, no quiero escuchar más tonterías!

El silencio, solo roto por el atronador ruido de los motores, imperó en el habitáculo hasta que al cabo del tiempo por fin notaron que estaban descendiendo.

El piloto fue tan poco delicado al aterrizar como al despegar. Una fuerte sacudida contra el suelo les indicó que ya habían llegado a su destino.

La rampa se bajó y una nube de nieve entró impulsada por una bocanada de aire gélido.

—Bienvenidos al aeropuerto de Myachkovo, ya hemos llegado a Moscú. Haremos el resto del trayecto en vehículo. Vamos, de pie o se congelarán.

—No entiendo —dijo Figueroa—. ¿Por qué no nos ha llevado el helicóptero hasta nuestro punto de contacto? Quiero decir que tenía esperanza de que nos recibiera una alta autoridad rusa y supongo que los edificios oficiales disponen de helipuerto.

—Órdenes de arriba. Ya sabe cómo funcionan estas cosas, señor periodista. Me han ordenado que los lleve en vehículo para que se hagan una idea de la situación real que estamos viviendo. —Vova le dirigió una sonrisa más helada que el propio ambiente—. Vámonos ya.

Al pie de la rampa del helicóptero los esperaba una furgoneta militar de color verde con el techo totalmente cubierto por la nieve. Los introdujeron en ella con rapidez, pero esta vez solo los acompañaron Vova y el conductor. El resto de la escolta se perdió en el interior de un vehículo blindado que estaba detenido unos metros más adelante. Una espesa cortina de nieve caía sobre el aeropuerto vacío y a oscuras.

Al entrar al vehículo, los recibió una ola gratificante de calor. Por fin una calefacción después de tantas horas. Tuvieron que despojarse de sus gruesos chaquetones antes de acomodarse en los asientos.

Las luces rojizas de la parte trasera del blindado que los antecedía se iluminaron y se pusieron en marcha detrás de él.

La visibilidad era mala a través de la ventanilla debido al hielo pegado a los vidrios, sin embargo, pudieron ver cómo salían de las instalaciones del aeropuerto y enseguida circulaban por una autopista. Era evidente que hacía tiempo que no pasaba ningún vehículo por allí, ya que una gruesa capa de nieve que cubría el asfalto permanecía virgen.

Poco después entraron en los suburbios de Moscú, pero el alumbrado público estaba apagado. Tampoco se veía ninguna luz en los altos edificios de viviendas de los barrios por los que iban pasando. Todo parecía extrañamente

silencioso y quieto, como en un cementerio. No tardaron mucho en ver ropajes semiocultos por la nieve, cientos, tal vez miles, apostados al lado de la carretera.

—Hace ya un tiempo que no tenemos recursos para enterrar a los muertos —les explicó Vova con tristeza—. Vean cómo es la vida al otro lado de las *Brands*.

La imagen era terrorífica. Mientras más se acercaban al centro de Moscú más cadáveres veían. En parques, al lado de avenidas y calles, todos ellos semiocultos por el manto blanco de la nieve que no paraba de caer. De vez en cuando, siluetas difusas quedaban descubiertas por los faros de los vehículos y huían precipitadamente. Los vivos estaban saqueando a los muertos. Lenguas de fuego y ráfagas atronadoras salían de vez en cuando del cañón del blindado que los antecedía, rompiendo la quietud de la noche.

La tristeza, el horror y la desolación del paisaje invadieron las almas de los tres enviados de Robledo de Chávela. Sintieron tal vacío que los tres hombres se miraron entre ellos sospechando que todos pensaban lo mismo: habían llegado demasiado tarde, ya nada se podía hacer por aquella pobre gente. La enfermedad y posterior hambruna había exterminado a todo un pueblo.

Circularon por las calles desiertas dentro de aquel ambiente siniestro. De repente observaron un gran río a su derecha, el Neglínnaya. Sus aguas negras como la noche humeaban por el frío intenso, resistiéndose a la congelación. A la izquierda observaron las imponentes murallas rojas del Kremlin.

No les sorprendió que la Plaza Roja estuviese tomada por los tanques. Un muro de alambre protegía el acceso al Kremlin.

La comitiva sorteó los controles y por fin entraron por una de las puertas de la muralla roja, alta, inexpugnable e impresionante.

El ruido de los motores atronó las paredes de los edificios centenarios y circularon por plazas y calles internas. Las grandes cúpulas de las diversas catedrales del gigantesco recinto parecían rascacielos hermosos y amenazadores a la vez. Era tal el silencio que parecía que el drama de Moscú había llegado también allí sin ninguna duda.

—¿Adónde vamos? —preguntó Figueroa.

—El presidente está rezando a estas horas. Los recibirá en la iglesia de los Doce Apóstoles —respondió Vova.

A los pocos minutos los vehículos pasaron por debajo de un arco de los dos situados en una fachada blanca e impresionante de dos plantas de altura y

culminada por sendos campanarios. Entraron en un gran patio rodeado por espléndidas catedrales.

Por fin la comitiva se detuvo, justo delante de un portón gigantesco adornado con ricos motivos en oro y bronce.

—Vaya, Figueroa, usted solo. El presidente lo está esperando —le dijo Vova con tranquilidad.

—¿A mí solo? ¿Por qué?

—Solamente él lo sabe. Nosotros esperaremos aquí, no se preocupe por sus amigos, estarán bien.

—No sé hablar ruso.

—Él lo entenderá.

Figueroa abrió la puerta corredera de la furgoneta y un aire gélido envuelto en copos de nieve entró en el habitáculo.

Al cerrar de nuevo la puerta y caminar sobre la nieve mientras se abrochaba el abrigo, sintió un gran sentimiento de soledad y temor.

Se enfrentó al gran portón y descubrió una pequeña puerta en la parte inferior, a su derecha. Tras suspirar para darse valor, empujó y esta se abrió sin dificultad.

El interior se descubrió ante su vista como lo que parecía una iglesia enorme. Unos pocos cirios alumbraban la grandiosa estancia en forma de cruz. El techo abovedado apenas era visible entre las penumbras. Un espeso olor a cera quemada inundó sus fosas nasales.

Cuando pudo acostumbrar su visión a la falta de luz, vio a lo lejos una figura solitaria arrodillada delante del púlpito.

Se fue acercando con timidez, consciente de que sus pasos resonaban con estrépito sobre las baldosas de piedra del suelo en aquel espacio tan inmenso. Pero el hombre siguió con su postura de recogimiento, sin volverse hacia él.

Cuando llegó a escasos metros del altar, carraspeó para hacer notar su presencia, aunque se dio cuenta de que no era necesario.

—Amigo Javier, ¡cuánto tiempo sin saber de ti! —dijo en castellano el hombre, todavía de rodillas y sin volverse—. Espero que tu viaje haya sido lo menos complicado posible, dadas las circunstancias.

—¿Quién es usted?

El hombre se santiguó y por fin se levantó, poniéndose delante del periodista. Era bajo pero de hombros prominentes. Las luces de las velas del púlpito recortaban su silueta, por lo que su rostro seguía oculto en las sombras. Se adelantó y abrazó con fuerza a Figueroa, dándole un beso en la mejilla.

—Soy Igor. No ha pasado tanto tiempo para que te hayas olvidado de mí. Los tiempos de Madrid no están tan lejos, amigo.

—¿Igor Gagarin? —Figueroa no salía de su asombro. Conocía al periodista ruso desde que este había sido corresponsal del *Pravda* en España. Labraron una gran amistad con el paso de los años que trascendía el mero interés profesional. Intercambiaron información de ambos mundos, el occidental y el de la Europa del Este, pero también situaciones personales. El periodista español recibió en su casa a Igor cuando este perdió a su amada esposa en un accidente de tráfico en Moscú. Después, cuando cayó el muro de Berlín y la URSS se desintegró, le confesó que trabajaba para la KGB y que su mujer, también agente de inteligencia, había sido víctima de un atentado de los independentistas chechenos. De todos modos, su amistad perduró en el tiempo hasta que Gagarin fue cambiado de destino a la nueva Federación Rusa. El contacto por teléfono y más tarde por Internet continuó, prácticamente hasta el inicio de la crisis mundial que estaban viviendo.

—El mismo, amigo. Pero déjame que te vea. Estás delgado. Parece ser que hace tiempo que no te alimentan como es debido en la cafetería de la Plaza Mayor. He seguido tu trayectoria. Te habrás hecho rico con los millones de descargas de tu diario digital *Axioma*.

—Solo hago mi trabajo —dijo Figueroa sonriendo modesto—. Por cierto, tú has perdido algo más que peso. Veo que tu rubia melena también ha menguado.

—Los problemas, querido amigo. El estrés es una manera poco sana de depilación natural así como de perder peso.

—¿Pero qué haces tú aquí? Me han dicho que me esperaba el presidente de la Federación Rusa. ¿Dónde está?

Igor sonrió con tristeza y apoyó su mano sobre el hombro de Figueroa.

—El legítimo murió hace semanas víctima del virus H5N1, al igual que la mayoría de nuestro pueblo. Sin embargo, el elegido por lo que queda de la Asamblea General de la Federación Rusa, la Duma, por vía de urgencia, soy yo.

—¿Tú eres el presidente? —Figueroa no salía de su asombro.

—Así es. De hecho estaba en las listas del partido oficialista Rusia Unida y había conseguido entrar como parlamentario en la Duma. Prácticamente todos mis antecesores en las listas electorales fallecieron, por lo que me ha tocado a mí presidir un país sumergido en el caos.

—¿Has pedido expresamente mi presencia aquí? —Figueroa hizo la pregunta casi temiendo la respuesta. Siempre había tenido la incógnita de por

qué él había sido destinado a aquella misión y su papel en el extraño grupo de Robledo de Chávela.

—Sí. No confío en nadie más que provenga de Occidente. Pacté esa condición irrenunciable con el general Soldevilla, del CNI español, para acceder a negociar.

Figueroa se sentó en uno de los bancos cercanos para intentar meditar con calma las palabras de su amigo. Este se sentó a su lado.

—¿Qué hacen aquí el comandante Almansa y el agente Gemar?

—El comandante Almansa tiene una doble vertiente profesional. Es militar y científico. No ha orientado su carrera profesional en el ejército para hacer la guerra, sino para proteger a la sociedad civil de las catástrofes. He sido informado de que por desgracia el agente Pérez murió asesinado, él y Gemar eran mis enlaces con el CNI en Robledo de Chávela, sabes que son hombres de la confianza del general Soldevilla y han seguido esta situación desde el principio. Todo tu grupo, Javier, es de un gran valor para mí y tengo la esperanza de que me puedan ayudar a salir de esta situación tan desesperada.

—Soldevilla no nos informó de esto.

—No quería que hablasen en el caso de ser apresados, como finalmente sucedió. Solamente la rápida actuación de mis servicios de inteligencia ha evitado que ahora estén todos muertos. La CIA a través de su Director, Parker, está haciendo lo imposible para que los extraterrestres no desciendan en Rusia. Así me lo ha informado mi embajador en Washington, que tuvo la oportunidad de entrevistarse en privado con Freezer, el embajador de los alienígenas. Este le dio esperanzas. Dijo que nos podían sanar de la terrible plaga que estamos sufriendo. A cambio pidió cobijo para los de su raza. ¿Eso es cierto?

—Mal iríamos si no estuviésemos convencidos de ello —respondió Figueroa—. Si no tuviese fe en Freezer y en Unoa, no estaría aquí, Igor. Ya me conoces. Soy de naturaleza contestataria, pero esa situación nos supera a todos. Creo que la solución solo puede venir de fuera de la Tierra.

—Bien, amigo —dijo Gagarin dándole unas palmadas en la pierna. Las oscilantes llamas de las velas iluminaron en aquel momento su rostro con resplandores rojizos y Figueroa pudo ver unas ojeras profundas como agujeros negros enmarcando unos ojos cansados y tristes—. Hagamos pasar al resto de tu grupo. Tenemos mucho trabajo por delante y la noche es larga.

—He de llamar a Robledo de Chávela. Deben estar preocupados por nosotros.

—Lo harás, pero no aquí. Iremos a la sala de comunicación del palacio presidencial. Desde allí no podrán intervenir la llamada.

Figueroa asintió con cansancio. Se levantó y se dirigió hacia la salida de la iglesia para buscar a sus compañeros.

—No, Javier. Ellos han de venir aquí. Debemos tomar el tren eléctrico que comunica todos los edificios del Kremlin. Viajaremos debajo de la tierra. Todas las precauciones son pocas. —Gagarin tomó un pequeño comunicador de su bolsillo y dio una orden en ruso.

Enseguida aparecieron por la puerta de la iglesia unos confusos Almansa y Gemar. Al verlos, se acercaron a ellos algo titubeantes.

—Amigos —les dijo Figueroa—, les presento al presidente de la Federación Rusa, Igor Gagarin.

—¡Ah, el héroe de Gamadés! —dijo Gagarin estrechando la mano de Almansa—. Comandante, espero que me cuente con detalle los resultados de su estudio allí.

—No me dio tiempo a investigar demasiado en aquel lugar, señor Presidente, pero le puedo adelantar que no difiere demasiado de lo que he observado aquí: muerte y desolación.

—Lo entiendo —asintió con tristeza el presidente de la Federación Rusa. Después estrechó la mano de Gemar—. Siento la pérdida de su compañero. Tengo entendido que ustedes conocieron a Freezer. Deseo que me informe sobre él.

—Como desee, señor Presidente. Le puedo decir como anticipo que es la luz que nos salvará a todos.

—Lo dice con mucha convicción.

—Si no la tuviese, no estaría aquí. Lo conocí brevemente, pero la energía que transmitía era tan poderosa que si fuese religioso, que no lo soy, pensaría que ha descendido a la Tierra el mismísimo ángel de la guarda de la humanidad. Por eso seguimos luchando y bajo esa creencia tantos de mis compañeros han dado su vida.

—Yo sí que soy un ferviente cristiano, agente Gemar. He rezado para que sus compañeros de Tonopah no sufran ningún daño, dadas las circunstancias. Me alegra que todos ustedes tengan ese grado de implicación. Ahora acompáñenme, por favor.

Siguieron a Gagarin entre la pobre iluminación de las velas. Subieron las cinco escaleras que accedían al púlpito y lo sobrepasaron. Al fondo había unas estanterías cargadas con lo que parecían reliquias antiquísimas.

—Esta iglesia hacía las funciones de museo hasta no hace mucho tiempo —les explicó Gagarin—. Cuando el mundo era normal, esto se llenaba de turistas todos los días. Ahora es mi lugar de recogimiento.

Caminaron hasta una puerta oculta que había al lado de una de las enormes estanterías. Bajaron por unas escaleras iluminadas por luces fluorescentes y pronto llegaron a una especie de andén donde estaba detenida una pequeña locomotora eléctrica enganchada a un vagón de unas veinte plazas, antiguo y ricamente adornado con terciopelo y madera noble.

—Este es el metro del Kremlin, utilizado por todos los mandatarios desde hace casi un siglo. Nos llevará hasta el palacio presidencial. Tomen asiento. El viaje será realmente rápido.

Y así fue, en menos de cinco minutos el pequeño tren se detuvo en un andén también pequeño. No se veían escaleras por ningún lado. En cambio observaron las puertas de madera y bronce de lo que parecía un ascensor.

—Síganme —dijo Gagarin mientras descendía del vagón—. Iremos directamente a la tercera planta, a la central de comunicación del Kremlin. Allí podrán hacer su deseada llamada a Robledo de Chávela.

* * *

Costa vio el carro de medicamentos en mitad del pasillo. Sobre él, tal y como le había informado el médico, había una nevera con generador autónomo. La abrió y pudo comprobar que había dos cápsulas autoinyectables con sendas etiquetas. Ambas tenían impreso el nombre de un laboratorio: Pharmaceutical Laboratories BS, Geneva.

Se acercó a la nevera y tomó una de las dos cápsulas que estaba protegida por un molde de corcho. Leyó la etiqueta. «UNIT 531, ALMIRAL SMITH». Tomó la otra cápsula y también leyó la etiqueta: «UNIT 532, COLONEL EDWARDS».

Cerró la tapa de la nevera y corrió hacia la habitación de Artemis, el tiempo era precioso en aquellos momentos. Su mente por fin había comprendido la situación y lo que se avecinaba. Pero lejos de rendirse, un hálito de esperanza había renacido en su alma como una explosión de calor.

Mientras corría por el pasillo del hospital en penumbras, lloraba de impaciencia y alegría.

Irrumpió en la habitación de Artemis, sorteando e ignorando el cuerpo tendido del sanitario, que no paraba de quejarse de dolor. Con las manos temblorosas abrió la tapa de la nevera y extrajo una de las cápsulas. Tenía una

forma cilíndrica y acababa en un tapón de plástico alargado. En el otro extremo había una especie de pulsador. Intuyó que era autoinyectable, por lo que retiró el envoltorio y pudo ver satisfecho que aparecía una aguja. Separó el plástico que envolvía la cama y buscó con avidez el brazo de su amada. Encontró la vena de su brazo y clavó la aguja. Presionó el botón que había en el extremo de esta y el líquido que contenía se vació de una manera lenta pero progresiva.

Miró ansioso el rostro de Artemis, esperando una reacción. Nada. Seguía tan blanco y macilento como antes. Se maldijo por estúpido, sabía que la reacción, si se producía, sería lenta. Pero su impaciencia le ganaba el pulso a la razón. Aun así, sabía que tenía que seguir luchando.

Salió de la habitación tras lanzar una última mirada al cuerpo casi inerte desdibujado por las cortinas de plástico. Tomó antes de salir la segunda cápsula, se la guardó en el bolsillo lateral del pantalón y comenzó a andar por el pasillo, abriendo puerta tras puerta de todas las habitaciones que iba encontrando a su paso.

En todas ellas había una cama cubierta con una burbuja de plástico que protegía un cuerpo inerte, tal vez ya muerto. Pero no podía perder el tiempo y siguió con su búsqueda.

Cuando dudaba de que la identidad del paciente fuera la que buscaba, apartaba la cortina y se aseguraba.

En una de esas ocasiones, encontró al destinatario que había decidido sería el receptor de la segunda vacuna: Díaz.

—Vamos, amigo, te vas a poner bien —dijo Costa, lleno de alegría mientras sacaba la cápsula del bolsillo.

Pero su optimismo por haberlo encontrado se disipó con rapidez.

Díaz tenía el rostro blanco como el mármol y el aparato de respiración autónoma estaba apagado así como el electrocardiograma. Alguien los había desconectado hacía ya tiempo y el comandante Díaz había fallecido. Al retirar la máscara de oxígeno, Costa descubrió su boca abierta y desencajada, síntoma inequívoco de que había luchado hasta el último instante por alcanzar una bocanada de aire que lo mantuviera con vida. Por lo visto todos ellos, el grupo de Robledo de Chávela, ya estaban sentenciados a muerte desde hacía tiempo. Los ojos vidriosos del comandante del CNI miraban hacia el techo sin vida.

Costa miró con tristeza el cadáver del héroe de Gamadés, el que había luchado por salvar al mundo mientras Martín, Julia y él mismo convalecían en Unoa. Seguramente con su arrojo y determinación había conseguido salvarlos

a todos, al menos hasta aquel momento. Le indignó que hubiese tenido una muerte tan ruin, sin poder defenderse de sus asesinos, que aprovecharon cobardemente su indefensión.

Con un suspiro resignado, cerró los párpados de su amigo y le tapó el rostro con la sábana.

—Descansa en paz, *bravo birvaro* (bravo guerrero) —dijo recordando las palabras de esperanto que mejor podían definir a Díaz—. Te juro que haré todo lo que esté a mi alcance para que tu sacrificio no sea en vano. Adiós, amigo.

Volvió al pasillo, intentando reponerse del duro golpe y siguió revisando habitaciones. Su búsqueda no había finalizado.

Habitación tras habitación solamente encontró cadáveres. Al igual que en el caso de Díaz todas las maquinarias de soporte vital estaban desconectadas. No fue hasta la décima habitación en la que entró que vio a quién buscaba.

Edwards.

Este, al igual que el resto de pacientes, estaba monitorizado por un aparato de respiración artificial. La única diferencia era que él seguía vivo. Adivinó por el sonido que sus pulmones aún funcionaban autónomamente, no como en el caso del malogrado Díaz. Alguien había elegido que aquel cabrón sí viviera.

Descorrió las cortinas y zarandeó sin miramientos el hombro de Edwards.

—Guarro, despierta. Tengo que hablar contigo.

El coronel de la NSA se removió sobre su lecho, como si saliese de un profundo sueño. Abrió los ojos de repente y una bocanada de aire empañó la mascarilla que le cubría la boca. Su mirada, aterrada, se dirigió al rostro de Costa.

—Sí, te he encontrado. Pero no te asustes, no pienso matarte, la enfermedad que te está deshaciendo los pulmones se encargará de ello. Por cierto, no tenía el placer de saber que tú también habías caído. Pensándolo bien, es natural. Te inyectaron el antídoto directamente en el torrente sanguíneo junto con la cápsula de seguimiento. Es normal que te hayas enfermado con tanta rapidez.

Costa sacó la cápsula de su bolsillo y la puso delante de la mirada de Edwards.

—Me queda un antídoto. Inicialmente no era para ti, lo reservaba para mi amigo Díaz, pero lo han asesinado. Bien, ya me conoces, soy de naturaleza traviesa y he tomado estas instalaciones. De momento soy el que manda aquí,

o al menos hasta que las tropas de asalto me maten, cosa que no sucederá antes de que tú fallezcas, te lo aseguro. ¿Me sigues?

Los ojos enrojecidos de Edwards, inyectado en sangre, lo miraban directamente al rostro. Costa no supo si era debido a la enfermedad o al odio que sentía hacia él. Aun así, siguió en silencio.

—Bien, me alegro de que me escuches atentamente. Me pregunto hasta qué punto valoras tu vida. De tu respuesta depende que sigas vivo o no. Si no colaboras conmigo, me voy de esta habitación y te dejaré morir en paz, tengo a otro candidato que tal vez esté dispuesto a ayudarme, tu admirado almirante Smith. ¿Qué opinas? Respóndeme rápido, tengo prisa.

Costa miró a su interlocutor con curiosidad, pero solo encontró odio en su gesto tras la máscara de oxígeno.

—Bien —dijo mientras se alejaba de la cama—, has tomado tu decisión. Te deseo la muerte que te mereces: espantosa, dolorosa y larga.

Costa ya abandonaba la habitación cuando escuchó una voz ronca y débil a su espalda.

—¿Qué quieres?

—No sé por qué motivo eres importante. De hecho alguien te ha bendecido con la vida —Costa le mostró la jeringuilla con el antídoto—. Quiero saber por qué.

—Porque yo solo fui capaz de poner en jaque a los putos extraterrestres de Unoa —dijo Edwards con dificultad tras la mascarilla. Tosió muy fuerte—. Seré el referente, el héroe de la nueva civilización que surja después de este cataclismo, el símbolo de la resistencia norteamericana contra la invasión.

—Entiendo. Me has convencido. —Costa se volvió a aproximar a la cama —. Solo tendrás que hacer una llamada y te pondré el contenido de esta jeringuilla. —Costa revolvió entre los efectos personales que había en el pequeño armario de la habitación y encontró un teléfono—. ¿Es tuyo, verdad? Úsalo —añadió mientras se lo tendía a Edwards.

—¿A quién llamo y qué le digo?

—Llama a tu benefactor. Dile que me garantice la seguridad de Artemis, que saldrá de este hospital para ir a uno civil donde será debidamente atendida. También quiero que se libere al coronel Herrero, a la doctora Julia Massó y a los soldados españoles. Deseo que se entregue la *boveno* a su tripulación y que se ponga en libertad a Freezer. A cambio te daré el antídoto y me entregaré.

Edwards tosió violentamente mientras reía.

—¿Qué nueva locura estás preparando ahora, tullido? No me fio de ti en absoluto.

—Si no haces esa llamada, tú morirás. Creo que la decisión no es demasiado complicada. ¿Qué tienes que perder? Te juro que no entrará nadie más aquí hasta que te vea morir. —Costa lo miró de manera amenazadora—. Ni sueñes con un rescate.

—Tal vez tengas razón, no tengo nada que perder. —Edward tomó el teléfono de la mano de Costa y se retiró la máscara de la cara. Buscó un nombre en la agenda y llamó.

* * *

Habían encerrado en los calabozos a los seis supervivientes del SOG y al único operador que quedaba en la sala de control. Previamente habían liberado a Freezer y a los tres *homoj* de la tripulación de la *boveno*.

Martín organizó la defensa del centro de comunicación de Tonopah. Ordenó que se apilara cualquier objeto móvil contra la puerta de acceso, eso incluía mesas, sillas y todo mobiliario que se pudiera arrastrar. Mientras más pesado, mejor. Pronto se construyó una barricada de al menos dos metros de alto por cuatro de ancho. Los hombres de los Regulares y el propio Martín sudaban copiosamente cuando terminaron aquel penoso trabajo.

Mientras tanto, Freezer y los tres tripulantes de la *boveno* los miraban con expresión triste. Martín les había encomendado momentos antes que se pusieran en contacto con Robledo de Chávela y explicaran su situación. Tal vez Julia se dio cuenta de esa actitud mucho antes que su marido e intentó transmitírselo de alguna manera. Pero el coronel seguía cargando objetos y amontonándolos sobre aquel muro. Nada podía pararlo, era su misión en aquellos momentos, protegerlos a todos ellos ante un inminente asalto. Era tal la tensión que estaban viviendo que traspasaba lo racional y entraba en lo atávico, en la lucha más primaria por la supervivencia.

Julia entendía la actitud de los extraterrestres. Ellos sabían que tanto esfuerzo no serviría de nada, solo retrasaría lo inevitable. Todos ellos serían exterminados al fin. Pero no conocían la determinación y espíritu de lucha de los humanos de Domo. No se dejarían matar con tanta facilidad, aun sabiendo que su destino finalmente sería ese. Antes harían pagar con creces sus propias vidas, pero sobre todo, las de los seres que más les importaban.

Julia abrazó a su marido, que en aquellos momentos miraba jadeante su obra y la de sus hombres.

—Les costará entrar, no te preocupes —dijo intentando recobrar el aliento —. Y cuando lo consigan, encontrarán un infierno.

—Mira a Freezer y a los suyos —le susurró al oído con dulzura intentando bajar la intensidad de la violencia que transpiraba en cada uno de sus poros.

Martín miró a su mujer, confuso. Era la única persona en el mundo que conseguía apaciguarlo. Luego observó a Freezer. Este le devolvió una mirada llena de ternura y compasión, de emoción. Unas lágrimas corrían por sus mejillas.

—Amigo Martín, sé que lucharías hasta la muerte por nosotros —dijo mientras se dirigía hacia él y le ponía una cálida mano sobre el hombro—. Pero los humanos de Domo ya han pagado un alto precio por lo que me siento agradecido hacia ustedes. No podemos hablar con Robledo de Chávela, las comunicaciones han sido cortadas.

De repente la luz se apagó, quedando todo en la oscuridad más absoluta. Pronto los generadores de emergencia se encendieron automáticamente y las luces volvieron a funcionar, incluida las de los monitores.

—El asalto es inminente —sentenció Duarte, el sargento de Regulares, mientras cargaba su fusil—. Prepárense. Silva, flanco derecho, Castro, parte izquierda, Moreno, yo y el coronel nos ocuparemos del centro.

Todos los soldados, junto con Martín, se apostaron detrás de la improvisada barricada con sus armas a punto.

—¡Ocúltense detrás de las columnas! —gritó Martín a los extraterrestres y a su mujer—. Dentro de poco esto será un infierno. ¡Rápido!

Pero nada sucedió durante unos segundos. Respiraciones agitadas llenaban el ambiente, inusualmente intensas debido a la gran tensión del momento. El silencio se adueñó de la sala de control. Cada uno sabía que era la calma que precedía a la tempestad.

De repente, todo pareció estallar en una gran explosión. Primero fue una especie de fuerza que abombó la puerta de acceso, empujando en décimas de segundo los objetos que la tapaban. Después esta salió disparada hacia delante arrastrando todo a su paso. Por último, un trueno estalló en la sala y una lengua de fuego entró por un agujero. Millones de restos metálicos y maderas ardiendo salieron disparados en todas direcciones como proyectiles implacables. La onda expansiva impulsó los cuerpos hacia atrás con tal virulencia que volaron unos metros por los aires entre lenguas de fuego y residuos incandescentes. Las paredes crujieron y temblaron como en un terremoto mientras que el aire se convirtió en una bola de fuego.

* * *

Tal vez se esperaba una enorme habitación repleta de soldados con uniformes soviéticos, cascos telefónicos enchufados en centralitas y conversaciones aceleradas con infinidad de puntos del mundo donde pasaban cosas dramáticas.

Pero no fue así. Cuando entraron en la sala de comunicación del Kremlin, encontraron a una decena de civiles, hombres y mujeres con vestimentas normales, como cualquier persona de la calle. En el fondo de la sala había una gran pantalla de leds que mostraba el plano del mundo. Unas luces rojas brillaban en él, seguramente eran los puntos con los que se mantenía una comunicación en aquellos mismos momentos a través de consolas.

Figueroa tuvo que reconocer que su idea romántica de lo que era Rusia seguía viva en su imaginación, empecinada en los recuerdos en los que el telón de acero todavía existía.

—¿Decepcionado? —preguntó a su lado Gagarin.

—No, en absoluto, solamente compruebo que la realidad supera a la ficción, al menos en mi imaginación. Deseo ponerme en contacto con Robledo de Chávela lo antes posible.

—Mi querido amigo, mira los puntos en ese mapa. Comprobarás que todos nuestros medios están orientados y preparados para comenzar en cuanto gustes.

Figueroa observó el plano y no tardó mucho tiempo en identificar los lugares exactos en los que brillaban aquellas luces rojas.

—Madrid, Washington, Bonn, Roma, París, Londres, Tokio, Pekín, Seúl, Nueva Delhi y otro punto que no puedo identificar, ¿es el Ártico ruso, verdad?

—Las islas Nueva Zembla, para ser más concretos.

—Entiendo la importancia de las capitales, pero ¿qué pintan en todo esto unas islas en el Ártico?

—Tienes que hablar con Robledo. Ellos te lo dirán. —El presidente Gagarin le señaló unos auriculares situados sobre la mesa de una consola. Un operador se los tendió con una sonrisa.

Figueroa miró a sus compañeros Gemar y Almansa. Estos asintieron.

Se colocó el fino alambre sobre la cabeza y reajustó el micrófono delante de la boca.

—Robledo de Chávela, ¿me escuchan?

Al cabo de pocos segundos que parecieron eternos, la sala se llenó de una voz potente y llena de vitalidad: la del profesor Ochoa.

—Alto y claro, mi querido Figueroa. ¡Me alegra tanto que sigas de una pieza, o al menos eso espero! Hemos sufrido mucho por su destino. Los dábamos por muertos.

—Me temo que no todos lo conseguimos, profesor. Pérez ha caído.

Se hizo un breve silencio.

—Lo siento. Ya son demasiados nuestros amigos caídos. Pero hemos de seguir luchando. El fin se aproxima.

—¿Qué noticias tenemos?

—Hemos perdido el contacto con el grupo de Tonopah. Las cosas han cambiado y estamos confundidos con las decisiones que están tomando los norteamericanos. Se muestran reservados y mucho nos tememos que recelan de todo desde que descubrieron que un grupo de Blua Suno era el causante del tremendo genocidio que estamos padeciendo. No sabemos nada de Martín y los suyos desde hace muchas horas. Toda comunicación se ha interrumpido y ni los influyentes contactos del general Soldevilla han conseguido levantar ese muro. Estamos convencidos de que todos ellos han caído como prisioneros y que incluso peligra su integridad.

—¿Qué significa todo esto? —preguntó Figueroa. Temía la respuesta.

—Que la *Brand* occidental ha dado la espalda al descenso de Unoa. Están ustedes en la mitad invisible del mundo, amigo mío. Pero aun así representan toda nuestra esperanza.

—¿Qué debemos hacer?

—Recibir a Unoa.

—Observo un panel con un mapa mundial con luces que indican diversas capitales de Europa y Asia, pero también hay una que señala un lugar en el Ártico ruso. El presidente Gagarin me ha dicho que me informarían de su significado.

—Unas luces indican los lugares donde apuntan los misiles nucleares de la Federación Rusa en estos momentos. La que señala un punto en el Ártico es la isla de Nueva Zembla, destino de Unoa. Si esta última premisa no se consigue, mucho me temo que todas esas capitales serán objeto de un ataque a gran escala. Es el seguro de vida que tienen los rusos y la amenaza que han lanzado a los países de la Alianza del Norte. O se permite el descenso de Unoa a Nueva Zembla, o habrá una guerra nuclear.

* * *

Parker miraba con intensidad al *Dux*. Este a su vez dirigía su mirada indiferente a la ventanilla del helicóptero. Sus ojos azules se fijaban en el paisaje que se deslizaba bajo ellos a gran velocidad. Había cambiado su uniforme de prisionero por un elegante traje y corbata. En su rostro agraciado se observaba una fea hinchazón en el tabique nasal teñida de morado, obra de Costa durante el interrogatorio al que fue sometido. Parker no se tomó la molestia de preguntar el origen de la lesión y supuso que se la había producido en el momento de ser detenido.

El Director de la CIA se sentía confundido y temeroso a la vez. Luchaba casi inconscientemente ante una sensación de inquietud que lo invadía sin lograr desenterrarla de su alma. Lo confundía la indiferencia con la que afrontaban aquellos seres las situaciones por las que iban pasando. Lo mismo daba que estuviesen recluidos en unas celdas o viajando en un helicóptero de lujo solo reservado a grandes personalidades del mundo. Sus semblantes no cambiaban en lo más mínimo. Fuese cual fuese la situación, seguían manteniendo ese irritante porte orgulloso, por encima de cualquier mortal, por poderoso que este fuera.

De todos modos, seguía convencido de que los consejeros del Presidente habían tomado una sabia decisión al pactar con aquellos extraterrestres. Habían garantizado la supervivencia del poder. Miles de dosis del antídoto se estaban repartiendo por todos los Estados Unidos en aquellos momentos. De esa manera garantizaban que el gobierno siguiera funcionando.

Se sentía particularmente orgulloso de su papel en aquel asunto, ya que había conseguido la colaboración y alianza de aquel ser cuando todo parecía ponerse en contra de ellos. Aun así, esa maldita desazón lo asaltaba sin poder remediarlo. Era evidente que el *Dux* y sus compañeros no se regían por las leyes terrestres. Habían sido capaces de cometer las mayores de las atrocidades sin asomo de arrepentimiento alguno. Pero al mismo tiempo, era palpable que eran dueños de tanto poder como para tenerlos en cuenta como aliados y no como enemigos.

Cuando volvió la mirada al *Dux*, se topó con unos ojos azules y transparentes que lo estudiaban con un brillo de ironía.

—Leo la duda en tus pensamientos —le dijo arrogante, como era su costumbre—. Permíteme que te diga, en tu descargo, que has tomado la mejor decisión posible.

—¿Mi descargo? —preguntó Parker confuso.

El *Dux* le sonrió enigmáticamente y volvió a mirar por la ventanilla de ojo de buey, dando la breve conversación por finalizada.

De esta manera se desarrolló el resto del viaje. En total silencio solamente roto por el leve ruido de los rotores suavizados por la magnífica insonorización del aparato. No en vano viajaban en el *Marine One*, el helicóptero del Presidente. Puro lujo y sofisticadas medidas de seguridad bajo unos rotores potentes y efectivos que alcanzaban una gran velocidad para acercarlos a la Casa Blanca, todo ello puesto al servicio de aquellos que habían hecho todo lo posible para aniquilar la vida del ser humano en la Tierra. A veces las circunstancias tenían un extraño final. Parker tuvo que reconocer que sentía mucha más simpatía hacia el coronel Herrero y su grupo que hacia aquel ser frío y despiadado que tenía sentado delante de él. Desechó ese pensamiento de su mente con cierto sentimiento de culpa, ya que sabía que en aquellos momentos todos ellos probablemente estarían muertos. Era el precio que se debía pagar por salvar al gobierno y, por lo tanto, garantizar la supervivencia de la especie humana en aquellas horribles circunstancias.

*** * ***

Truenos y relámpagos resonaron en la estancia llena de polvo y destrucción. Fogonazos de violentas lenguas de fuego que destruían muebles y paredes bajo el poder de las balas, que, como rayos láser, inundaban toda la estancia como cientos de sables ardientes.

Esa situación espantosa, anárquica, en la cual no se sabía quién disparaba ni quién recibía los impactos, pareció durar una eternidad. Las luces y las pantallas de los ordenadores estallaron en miles de fragmentos. Pronto la oscuridad se vio rota por los continuos fogonazos que resplandecían en todas direcciones, sin descanso. Las armas ladraban violentamente para salvar la vida de sus portadores. Nadie cedería y solo la muerte de unos u otros podía finalizar aquella batalla en las tinieblas.

Las paredes retumbaron en una gran explosión y un breve fogonazo iluminó una estancia llena de destrucción. Era como si un terremoto hubiese sacudido todo el edificio. El ambiente era irrespirable, lleno de humo, olor a pólvora y fuego.

Hubo un instante de silencio, pero fue un espejismo. Casi de inmediato se empezaron a escuchar disparos, pero esta vez más dispersos y sin tanta concentración. Halos de luz roja barrieron el humo y el polvo buscando

objetivos. Les respondieron detonaciones de armas automáticas, aún quedaban supervivientes. Lenguas de fuego resplandecían en la oscuridad.

De repente las finas líneas rojas de láser desaparecieron y no se vio ningún fogonazo más desde el hueco de la puerta. Todo fue oscuridad y silencio.

La atmósfera era tan espesa, estaba tan cargada de olor a plástico quemado y pólvora, que apenas se podía respirar. Las llamas de pequeños fuegos eran la única iluminación de la estancia.

La batalla dio paso a la muerte y nada parecía moverse en lo que antes había sido el centro de comunicación de Tonopah, que ahora parecía un sepulcro.

* * *

Edwards habló por el teléfono con voz pausada, interrumpida por los repetidos accesos de tos que lo asaltaban desde sus pulmones.

Costa prestaba atención a la conversación. De hecho era consciente de que solo estaba ganando tiempo, ya que ni por un momento tuvo esperanza de que sus peticiones fueran atendidas.

* * *

Parker vio en la pantalla del teléfono que la comunicación se había acabado.

Unos instantes antes Edwards lo había llamado para comunicarle que era prisionero de uno de los soldados españoles, el brigada Costa, y empezó a enumerarle una serie de condiciones para que este le diera el antídoto y así salvar su vida.

—Dígale a su captor que todas sus peticiones serán atendidas. No ha estado en nuestro ánimo hacerles daño en ningún momento y que la repatriación de todos ellos estaba prevista para hoy mismo. Si ha habido un fallo de seguridad, lo sentimos, ya que no ha procedido de nosotros. Investigaremos lo que ha pasado en la base de Tonopah y los responsables serán identificados y castigados. Daré órdenes para que sean protegidos. Transmita mi mensaje y esté tranquilo. Todo saldrá bien.

Confuso, Parker había intentado entender aquella llamada. ¿Tonopah había sido tomada por los prisioneros? Había dado órdenes de que todos ellos fueran eliminados, así como también cualquier testigo que pudiera haber en

aquella base. Las únicas personas de su interés en aquellas instalaciones eran el almirante Smith y el coronel Edwards. El resto de personal civil, incluidos los pacientes del hospital y el hotel de Tonopah, debían morir.

Cortó la comunicación mientras suspiraba para liberar la tensión que lo atenazaba. Se encontró con la irónica mirada del *Dux*.

—¿Problemas en Tonopah?

—Nada que no pueda resolver —respondió agriamente Parker.

—Seguro que sí. O al menos eso piensa…

—¿Qué quiere decir?

—Conozco a los de mi especie. Saben que tiene allí recluidos a algunos de los nuestros, sobre todo a Freezer. No se quedarán impasibles. Acudirán a su rescate. Eso es seguro.

Parker pensó con rapidez, irritado ante la continua ironía y frialdad de aquel ser.

—Imposible. El Homey Airport cuenta con suficientes F-16 como para detener cualquier tipo de ataque.

El *Dux* rio de buena gana.

—No hay nada en este mundo que pueda detener a las *bovenos* de los *esploristos*. En cierta manera la situación me es propicia. Les confirmará cuánto me necesitan.

—¿En qué sentido? —Parker exigió una respuesta. A cambio, el *Dux* sonrió y continuó observando el paisaje.

—Unoa es fiel al *Neniu*, verán su poder «pacífico». Se darán cuenta, en comparación, lo que supondrá la llegada de Nigra, que no siente ninguna simpatía por ustedes.

Parker buscó en la agenda telefónica el contacto de mando militar de Homey Airport. Cuando una voz contestó al otro lado de la línea, gritó:

—General, soy Parker. ¿Me puede informar qué diablos está pasando en su base?

—Director, no he querido molestarlo, ya que creo que tenemos la situación controlada. He informado al Mando del Almirantazgo del Pentágono y nos enviaron refuerzos. Los españoles tomaron el hospital y el centro de comunicación instalado en la primera planta del hotel, pero tenemos la situación controlada. Hay combates en las instalaciones de Tonopah y pronto recuperaremos el control. Por cierto, tengo entendido según información del servicio de seguridad de que usted dio la orden de neutralizar a los prisioneros. He dado cuenta de esta anomalía para que tenga conocimiento el Secretario de Estado de Defensa.

—Tengo poder de decisión exclusivo de lo que pase en Tonopah, general. No es una base militar, sino una instalación de alto secreto para la seguridad nacional. Solo tengo que rendir cuentas ante el Presidente.

—Lo entiendo, señor. Pero, aunque cumplo órdenes y mis hombres están luchando para recuperar el control, permítame que le diga que no entiendo qué hacemos combatiendo contra aliados nuestros que hace escasas horas eran nuestros huéspedes.

—No tengo que darle ningún tipo de explicaciones. Le ordeno que tome el centro de comunicaciones del hotel y, sobre todo, el hospital. Allí deberán salvaguardar la vida del almirante Smith y del coronel Edwards. Es de suma importancia.

—El centro de comunicación está próximo a ser tomado, a costa de la vida de buenos soldados de un bando y otro. ¡Dios nos perdone! Cuando pueda, enviaré un destacamento al hospital, pero sepa que estamos sufriendo muchas bajas y Tonopah necesita refuerzos.

—Me importa una mierda —gritó Parker fuera de sí—. ¿Qué es lo que no ha entendido que es un asunto de seguridad nacional, general? Dentro de unos minutos estaré delante del Presidente de los Estados Unidos y no quisiera informarle que no tenemos el control de la situación por su incapacidad. Otra cosa, general —dijo Parker mirando al *Dnx* con aprensión.

—Diga, señor.

—Sería bueno que pusiera en máxima alerta a la aviación y defensas antiaéreas del Homey Airport.

—¿Y eso?

—Tenemos serias sospechas de que los extraterrestres quieran rescatar a los suyos.

—¿Un ataque de extraterrestres?

—Todo es posible, general. Usted esté alerta.

—Más de la mitad de mis efectivos están enfermos. Una extraña enfermedad se está apoderando de ellos. Yo mismo la estoy padeciendo. Necesito saber qué es lo que está pasando. Todos nosotros, mi batallón, fuimos vacunados contra el virus H5N1 en su momento. Aun así estoy sufriendo numerosas bajas por enfermedad.

Parker reflexionó durante unos instantes.

—General, ha llegado el momento de tomar una decisión. Aquellos que sean leales al Presidente de los Estados Unidos y acaten sus órdenes serán salvados junto con sus familias. Daré instrucciones para que reciban los medicamentos lo antes posible. Pero ese compromiso será inquebrantable a

partir de este momento, sin poner en duda ninguna orden por poco ética que pudiera parecer. Quiero que transmita esta información a sus hombres, general. Aquel que no acepte las condiciones puede morir junto con sus seres queridos, víctimas de la enfermedad. En cambio, los que nos sean leales se salvarán ellos mismos y salvarán a sus familias. ¿Qué piensa hacer, general?

Al otro lado de la línea telefónica se hizo el silencio durante unos segundos. Era evidente que su interlocutor estaba luchando entre sus creencias y su propia supervivencia y la de sus seres queridos.

—Acepto el trato —contestó finalmente con voz débil.

—Sabia decisión, general. No vuelva a poner en duda mis órdenes.

—Así será, señor.

—Transmita este trato al resto de su tropa. Nadie debe de salir con vida en Tonopah, téngalo presente.

—Sí, señor.

La comunicación se cortó.

El *Dux* sonrió cínicamente.

—Cada vez me gusta más su forma de hacer las cosas… De todos modos, es tan sencillo manipularlos que a veces me aburre este juego.

* * *

Shora recibió en la *cambro de komando* a los jefes de las *Kolumnas ele Sdencoj, Esploristos y Konservados*.

Les indicó con un gesto que se dejaran caer en los asientos de aire, pero ella no los imitó. Se mantuvo de pie mientras los miraba uno a uno con semblante serio. Decidió utilizar el lenguaje antiguo para comunicarse. De esta manera percibiría la sensación interna de sus interlocutores en contra de un diálogo hablado que limitaría mucho la comunicación, o al menos hasta los niveles que ella quería llevarla.

«¿Cómo van los preparativos? En breve descenderemos en Domo, tenemos que tenerlo todo listo para partir lo antes posible». Todos la miraron con tristeza.

«*Majoro* —dijo Ekindek, el jefe de la *Kolumna de Esploristos*—, está todo preparado según tus instrucciones, pero quisiéramos disuadirte del destino que le quieres dar a Unoa».

«He meditado mucho sobre ello, Ekindek, también lo he consultado con *Cervo*. No existe otra solución. Ahora, cumplan mis deseos».

* * *

El helicóptero presidencial aterrizó en el helipuerto de la zona este de la Casa Blanca. Todos sus ocupantes se apresuraron a bajar de él y se dirigieron hacia donde le indicaron los servicios de seguridad del Presidente. Los estaban esperando.

Caminaban rápido mientras les iban indicando hacia dónde ir. Parker ya conocía el camino, pero aun así apenas tuvo tiempo de reconocerlo ante la premura de los agentes de los servicios secretos. Pronto se vieron en las entrañas de los pasillos del edificio, casi empujados. Después de caminar al menos cinco minutos y flanquear diversos controles de *marines* con uniforme de gala, pudieron acceder a una zona impersonal, carente de mobiliario o decoración. Un ascensor flanqueado por dos soldados se abrió ante ellos. Era grande, al menos con capacidad para veinte personas. Entraron todos en él y bajaron algunas plantas por debajo del suelo.

Cuando el ascensor se detuvo y se abrieron sus puertas, pudieron ver otro pasillo totalmente aséptico, sin ningún tipo de adorno o mobiliario. Una puerta blindada al final les indicó que habían llegado a su destino.

Dos soldados comprobaron sus credenciales y les dieron acceso. La puerta blindada se abrió a una especie de sala de espera, donde había otros militares armados. Volvieron a comprobar sus credenciales y el oficial al mando habló por un intercomunicador interno mientras sus hombres procedían a un estricto registro corporal de los visitantes con escaneos electrónicos.

Una vez completados todos los protocolos de seguridad, el oficial abrió la puerta con un lector de huella digital y les indicó que pasaran.

Ante ellos se descubrió una sala de unos cien metros cuadrados, en el centro de la cual había una gran mesa ovalada ocupada por unas seis personas. Detrás de ellas había al menos el doble de personas sentadas en otro círculo exterior que manejaban ordenadores y consolas. En el fondo de la sala había una gran pantalla plana con el mapa mundial y en sus extremos, monitores con infinidad de imágenes difíciles de reconocer.

Los ocupantes de la sala, todos ellos vestidos con camisa y la corbata aflojada alrededor de su cuello, se giraron para observar a los recién llegados.

Un hombre alto, con el pelo negro y unos impresionantes ojos azules que resaltaban en un rostro moreno, se levantó de su sillón, en un extremo de la mesa que encabezaba la reunión, y se dirigió hacia ellos con una franca sonrisa.

—Bienvenidos a la Sala de Situaciones de la Casa Blanca, señores.

—Gracias, señor Presidente —contestó Parker mientras estrechaba emocionado la mano cálida que se le tendía—. Le presento al señor Storm.

—Es un placer tenerlo entre nosotros, señor Storm. Según me han informado, está usted dispuesto a ayudarnos en estos momentos tan difíciles. También tengo que decir que me impresiona sobremanera estrechar la mano de una persona procedente de otro mundo. Estoy seguro de que, al fin, nuestros mutuos intereses serán ventajosos para ambas partes.

El Dío: estrechó la mano del Presidente de los Estados Unidos y le sonrió.

—Es una alianza de civilizaciones, señor Presidente, no lo dude. Intentaré aportar todos mis conocimientos ante la crisis que están viviendo en estos momentos. Es un orgullo para mí y mis colaboradores poder ayudarlos para que esta crisis se resuelva de la mejor manera posible.

—Se lo agradezco, señor Storm. Y es por ese motivo que he solicitado su presencia en esta Sala de Situaciones. Como bien sabrá, el espacio en el que nos encontramos es utilizado solo por el Presidente de los Estados Unidos junto con su gabinete de crisis en situaciones realmente preocupantes para la seguridad nacional. Es por ello que todas las personas reunidas aquí juegan un papel fundamental en mi personal asesoramiento, ya que tengo el poder de decisión última.

—Lo sé, señor Presidente, e intentaré ayudarlo, junto con mis colaboradores, en todo lo que nos sea posible. ¿Cuál es la situación actual?

—Bien —dijo el Presidente—, el señor Howards, nuestro Secretario de Estado de Defensa, los pondrá al corriente de los últimos acontecimientos.

Un hombre corpulento de imponente altura se puso de pie e indicó la pantalla que gobernaba la sala.

—Nuestros satélites nos han enviado información de que la nave extraterrestre y una gran flota están a punto de entrar en la atmósfera terrestre, tiempo estimado cuatro horas aproximadamente. Se están dejando atraer por la atmósfera utilizando los campos gravitatorios. Sabemos su destino, Nueva Zembla, una península e islas en el Ártico ruso. Tenemos identificada y programada su trayectoria de descenso. Nuestro objetivo es destruirlos antes de que consigan aterrizar en la Federación Rusa, pero desconocemos su poder de combate y, por ese mismo motivo, la estrategia que hemos de seguir para poder destruirlos antes de que lleguen a territorio enemigo. En caso contrario, mucho me temo que nos veremos inmersos en una guerra nuclear. Es por esta razón que lo hemos convocado, señor Storm. Usted sabe de qué tecnología disponen sus naves y sus sistemas de defensa. Por nuestra parte, le puedo decir que disponemos de los suficientes recursos bélicos como para hacerles

frente, misiles y aviación. La duda es si podemos actuar antes de que consigan llegar a territorio ruso o no, dada su supuesta superioridad tecnológica.

El *Dux* se acercó a la gran pantalla que gobernaba la sala. La observó durante unos instantes y se giró hacia la sala con expresión indiferente.

—Señores —dijo tras meditar unos instantes—, la única posibilidad que tienen es abatir la flota de Unoa sobre Noruega, es allí donde entrarán en la atmósfera de la Tierra para dirigirse a su destino. Solamente tendrán una oportunidad y deben concentrar todos sus recursos en esa zona.

—Ya —comentó en tono jocoso el Secretario de Defensa—. Pero le agradecería que fuera un poco más específico. Noruega dispone de un gran territorio.

—La flota de Unoa dispone de un potencial destructivo al que ustedes no se podrían enfrentar con su armamento actual. Es como intentar matar a un elefante con piedras, para que me entienda. Sin embargo, existe una oportunidad.

En la sala se hizo un gran silencio. El *Dux* seguía con su rostro orientado a la pantalla del mapa mundial. Era un plano orográfico, en el cual también había información de todo tipo. Ciudades, pueblos, montañas, lagos. La disposición de las defensas de la Alianza del Norte más allá de las *Brands*. Pareció meditar durante unos interminables segundos. Su cabeza se agachó como luchando en una batalla interior. Sabía que estaba condenando a muerte a los de su propia especie. Pero las enseñanzas de Nigra le dieron valor.

—Deben atacar sobre los cielos de Oslo y su zona metropolitana —dijo casi en un susurro—. Es allí donde deberán concentrar todos sus recursos.

—¿Sobre zona habitada? —preguntó el Presidente de los Estados Unidos.

El *Dux* asintió con tristeza. Maldijo su lucha interior. No era de su agrado proporcionar esa información. La vida de muchos hermanos dependía de lo que estaba haciendo en aquellos momentos. Rápidamente desechó esa idea de su mente. Eran traidores al ideal de Nigra de salvar a toda Blua Suno y merecían la muerte.

—La flota de Unoa no se defenderá sobre una zona habitada —dijo al fin —. La primera ley prevalece. No pueden causar ningún tipo de víctimas inocentes. Si derribaran los misiles, estos podrían caer sobre la población civil y tal cosa no puede suceder por el riesgo que supone. Antes se dejarían matar, créanme.

—¿Está diciendo que no se defenderán?

El *Dux* asintió con tristeza.

—Así son. Es la enseñanza del *Neniu*. —Extrañamente, hubo un instante en el que se sintió orgulloso de la fidelidad de Shora y de toda la tripulación de Unoa a sus principios, no en vano eran sus hermanos. Pronto desechó esa idea, aun sin poder evitar un profundo sentimiento de malestar. Él era fiel a sus creencias, pero no consiguió eliminar esa extraña sensación de traición hacia los suyos. Luego se obligó a añadir—. Si se tuviesen que enfrentar a mi señor, Nigra, la situación sería muy diferente. Él no tendría en cuenta esa circunstancia, prevalecería la vida de los habitantes de Blua Suno, no lo duden.

—¿Se dejarán matar para preservar la vida de humanos? —insistió el Secretario de Defensa.

—Así es. Además Unoa está maltrecha después del ataque que sufrió por parte del coronel Edwards. Será lenta en su entrada en la atmósfera y ralentizará al resto de la flota, la cual pondrá todos sus medios para protegerla. Es una nave nodriza, la *novo patrino*, en sus entrañas lleva los gérmenes de una nueva vida. Es imprescindible para ellos que llegue a su destino aun a costa de sus vidas.

—Bueno, es una gran ventaja para nosotros. Me cuesta creerlo, pero es la única idea que nos han aportado hasta ahora.

El *Dux* apretó los dientes.

—También les tengo que decir que han de actuar rápido. Una vez que Shora considere que no hay peligro para terceras personas, se defenderá. A partir de ese momento ni todos sus aviones de guerra podrán pararla. Solamente tienen una oportunidad de detenerla y es sobre los cielos de Oslo y su zona metropolitana. Habrá más de un millón de almas que preservar y ella se dejará matar antes de ponerlas en peligro. —El *Dux*, Edekmilianoj, Storm, su nombre en Domo—. Tienen una sola oportunidad, no la desaprovechen.

—Si se me permite mi opinión —comentó Ole Menneskelige, el Secretario General de la OTAN, cuyo nombre *homoj* era Edumilionojdekses, también acercándose a la pantalla. Había percibido la repentina debilidad del *Dux*, Edekmilianoj, y quiso poner una rápida solución—, sería conveniente utilizar el escudo de defensa satelital de «las lanzas de Thor». Como bien saben ustedes, se trata de un sistema de misiles de energía cinegética que podrían ser lanzados desde los satélites logísticos que se desplegaron dentro del programa «Guerra de las Galaxias», durante el mandato del presidente Bush. Es armamento convencional, y tan preciso como el más sofisticado de los misiles actuales. Su velocidad es tan enorme en la entrada en la atmósfera que antes de que la flota de Unoa se dé cuenta de lo que está pasando, la

mitad de sus naves ya estará destruida. También propongo que, después de este primer ataque, esté preparado por la zona un gran despliegue de F-16 procedentes de las bases aéreas de Spangdhalem y de Lakenheart, de Alemania y Gran Bretaña respectivamente.

Los más cercanos al *Dux* pudieron ver cómo unas lágrimas corrían por sus mejillas iluminadas por la enorme pantalla de control de la Sala de Situaciones de la Casa Blanca.

Pero el más sorprendido era Parker. El Director de la CIA no salía de su asombro ante la nueva actitud de Storm. No había ni rastro de la prepotencia y continuo desprecio con el que había tratado a la especie humana. Muy al contrario. Su actitud era correcta y se atrevería a decir que casi sumisa ante el Presidente de los Estados Unidos.

—Deseo hablar con usted a solas, señor Storm —dijo el Presidente ante la sorpresa de todos los asistentes. Le indicó con amabilidad una puerta que había al fondo de la sala. Era su despacho dentro de la Sala de Situaciones.

El *Dux* asintió y siguió al Presidente, que abrió la puerta por la que entraron en un pequeño habitáculo. En el centro había una mesa de madera noble cubierta con lacado que brilló al encender la luz. Las paredes estaban repletas de retratos de los distintos ocupantes de la Casa Blanca a lo largo de toda su historia.

El Presidente hizo pasar al *Dux* y cerró la puerta a sus espaldas. Sabía que la sala estaba totalmente insonorizada y libre de cualquier tipo de escuchas. Estaba ideada para que el máximo dirigente de los Estados Unidos pudiera comunicarse con el exterior, con otros mandatarios, bajo el más estricto secreto en caso de crisis mundial.

Cuando ambos hombres estuvieron a solas, el *Dux* inclinó la cabeza y habló en el lenguaje antiguo.

«Me alegro de verte, Miksrasa».

«Y yo a ti, Edekmilianoj».

*** * ***

Shora estaba contemplando el trasiego de miles de personas en el hangar de Unoa que, con total disciplina, se dirigían a las zonas asignadas.

Las tripulaciones de las *bovenos* se congregaban alrededor de sus naves. Eran los *esploristos* y sobresalían del resto por su armadura liviana y cascos blancos pegados al cráneo como una segunda piel. El resto se disponía delante de las *pramos* (lanzaderas), mucho más grandes y de forma cilíndrica

destinadas a acoger a los viajeros. Por último, las gigantescas *transportas* estaban siendo cargadas por bultos metálicos que viajaban sobre *platformos*.

A pesar de todo ese movimiento, el orden era impecable y pronto cada uno se situó delante de la nave asignada según su destino.

Shora no pudo evitar ver el miedo en el rostro de sus hermanos. El mismo que ella sentía en aquellos momentos.

El hangar se quedó en silencio y todos miraron expectantes a la *Majoro*, que permanecía de pie delante de las diferentes formaciones.

—*Fratoj, estas tempo por nía deveno al Domo. Ni atendas malfacilaj tempoj, sed nova mondo de espero gi malfermigas antaú ni. Ni estas la avangardo de la Granda Alveno. CXiu el nifaros sian devon kaj estos al vi bone*. (Hermanos, ha llegado el momento de nuestro descenso a Domo. Nos esperan momentos difíciles, pero un nuevo mundo lleno de esperanza se abre ante nosotros. Somos la avanzada de la Gran Llegada. Que cada uno de nosotros cumpla con su deber y todo saldrá bien).

Shora repasó con la mirada las formaciones de sus hermanos y se dio cuenta de que sus palabras no habían tranquilizado a nadie. Sobre todo veía el miedo en los niños. No habían conocido el aire puro ni el calor del sol o el frío de la nieve sobre sus pieles. Tampoco habían tenido contacto con nadie que no fuera de los de su misma especie. Habían oído a los *esploristos* hablar acerca de las terribles guerras de Domo, y que allí se mataban hermanos entre sí, algo incomprensible para la civilización de Blua Suno.

—*Gi estas nova mondo kaj ni devas dividí. Ni estu respektemaj kaj helpi homan Kupolo. Sed ne tima. Estas laplej beta ioko en la tuta universo. Via Majoro diras vin kiu vizitis miloj da Majoro. Vi havas nenionpor timi*. (Es un planeta nuevo y tendremos que compartirlo. Seremos respetuosos y ayudaremos a los humanos de Domo. Pero no teman. Es el lugar más hermoso de todo el Universo. Se lo dice su comandante, que ha visitado miles de mundos. No tienen que tener miedo). —Shora sonrió confiada y ese gesto pareció alumbrar la gigantesca sala con una luz de esperanza que rápidamente impregnó las almas de los asistentes. Sintió un gran amor hacia sus hermanos, que desde el hangar la observaban ilusionados. También sintió dolor por el sufrimiento que arrastraban desde generaciones en un planeta yermo y sin esperanza, viviendo bajo tierra. No podía garantizarles una mejor vida allá donde se dirigían, la situación era muy difícil y seguramente serían recibidos de una manera hostil. Decidió buscar en sus recuerdos positivos de Domo y expresarlos de manera sincera para reconfortarlos—. *De tiuj, la Dresas estas sendube paradizo. Lia cielo estas blua kaj pura aero. Lia Suno varmigas la*

haüton kaj sidejo la espírituo. Sentereis aero luli vian kapon kajpasiemaj aromoj. Vi povas vivi sur la surf acó kaj tute liberigos. (De todos ellos, Domo es sin duda el paraíso. Su cielo es azul y el aire puro. Su sol calienta la piel y reconforta el espíritu. Sentirán el aire mecer sus cabellos y bellos aromas embriagarán sus sentidos. Podrán vivir en la superficie y por fin ser libres).

Miles de miradas azules como el hielo de un glaciar le sonrieron. Había conseguido su objetivo, dar fe en un futuro inmediato. Aquello era lo más importante.

Como hormigas perfectamente ordenadas, comenzaron a introducirse en las diversas naves asignadas. Pronto el hangar quedó vacío. En breve cada uno partiría a su destino.

El jefe de *esploristos* de Unoa, Ekindek, se acercó a ella. Era muy alto y poderoso. Vestía, al igual que todos los miembros de su *kolumna*, una coraza liviana que le cubría todo el cuerpo, incluida la cabeza, de la cual solo dos aberturas dejaban ver sus ojos azules. Uno de ellos estaba cubierto por un prisma transparente integrado en el casco.

—*Ciuj aro, Majoro*. (Todo preparado, comandante).

—*Dek Boveno venos savi la Emissari, la resto de niajfratoj kaj Jilo Dresas estas ankaü malliberuloj. La ceteron eskorti nia eniro al la celloko Kupolo*. (Diez *bovenos* acudirán a rescatar al *Emissari*, al resto de nuestros hermanos y a los hijos de Domo que también se encuentran presos. El resto escoltará nuestra entrada a Domo hasta llegar al destino). —*Trovu rezisto*. (Encontraremos resistencia).

—*La unua lego ankoraü postulas nin Blua Suno. Vi nurpovas uzi la forton en la evento ke via vivo aü la de niajfratoj estas en*. (La primera ley de Blua Suno todavía nos obliga. Solamente podrán usar la fuerza en el caso de que sus vidas o las de nuestros hermanos corran peligro).

Shora se subió en una *platformo* y se deslizó hasta el exterior de la plataforma de despegue. Entró en la sala de *Cervo* y observó cómo unos *sciencistoj* estaban finalizando las tareas de extracción de parte del contenido del enorme cilindro transparente, dañado por Edwards tiempo atrás, introduciéndolo en una especie de sarcófago de color metálico casi blanco como la nieve.

—*Ni nun kompletigis, Majoro*. (Ya hemos finalizado, comandante) —dijo uno de ellos.

—*Sargi al la transporto sipo kaj esperas la komenca ordo*. (Cárguenlo en la nave de transporte y esperen la orden de salida).

Shora continuó su viaje hacia el puente de mando. Todo permanecía en un silencio absoluto, vacío, sin vida.

Unoa hacía tiempo que había dejado de gobernarse por sí sola. *Cervo* estaba enfermo y ya no podía controlar aquella gigantesca masa. Por eso Shora había tomado la decisión de entrar en deriva y preservar sus últimos recursos para poder manejar la nave una vez que hubiese entrado en la atmósfera de Domo.

Unoa estaba sometida a las leyes de la gravedad y poco a poco, inexorablemente, estaba siendo atraída hacia la Tierra.

Para no someter a *Cervo* a un esfuerzo innecesario, las *bovenos esploristos* de rescate solamente saldrían una vez finalizado el periodo de fricción. El resto se dirigiría a su destino junto a Unoa.

No quedaba mucho tiempo y Shora seguía esperando la comunicación de Domo autorizando el descenso en el punto pactado. Sin eso, no tendrían ningún lugar donde aterrizar.

Treinta mil hermanos esperaban dentro de las naves, esperanzados, pero cualquier imprevisto los podía enviar a todos a la muerte. Shora contemplaba preocupada la cercanía de aquel hermoso planeta. Tenía un millón de sensaciones encontradas. Dentro de muy poco conseguirían descender e iniciar una nueva vida o perecerían en el intento.

Allí abajo la situación era muy complicada. Habían perdido dos *bovenos* y a su tripulación, pero sobre todo al *Emissari*. El rescate de todos ellos supondría la primera incursión no amistosa de las naves de Unoa en Domo. Tendrían que hacer la guerra muy a pesar de sus deseos.

Sentía la serenidad del deber cumplido, pues estaba segura de que había hecho todo lo que estaba a su alcance para cumplir la misión que le habían encomendado, pese a las adversidades. Por lo tanto, lo que sucediera después era el gran margen que dejaba lo que no podía controlar: el destino.

******

Shora dejó que Unoa fuera a la deriva hasta notar el fin del punto de retorno. La gravedad de Domo atraía con tal fuerza que la velocidad fue aumentando de una forma casi violenta.

Sintió un vacío en el estómago, era como sumergirse en los océanos helados de Blua Suno.

Ante sus ojos pudo ver las formaciones de las *promos* y las *transportas*. Centenares de *bovenos* se desplegaban a ambos lados. Pronto entrarían en la

atmósfera y a lo desconocido.

Infinidad de destellos surgían al paso de la flota. Eran satélites y chatarra espacial inerte que orbitaban a Domo como un anillo y chocaban como olas contra las proas de las naves, produciendo pequeñas desviaciones de desplazamiento gravitatorio, juguetes que se desplazaban con lentitud por el espacio mientras buscaban su nuevo lugar en aquel vertedero orbital.

Casi al instante, los fuselajes de las naves de avanzada comenzaron a arder por la fricción de la atmósfera. Era un espectáculo grandioso. La flota se desplegaba ante sus ojos como fuegos artificiales cuando entraba en contacto con la frontera de Domo.

Shora notó la vibración de Unoa bajo las palmas de sus manos, que a su vez sostenía sobre los haces de luces del control. El puente de mando se iluminó como si el sol hubiese entrado dentro de él.

El fuego y las vibraciones parecieron durar una eternidad. La *Majoro* dio instrucciones al debilitado *Cervo* para que pusiera a su servicio sus últimos recursos.

Tenía que controlar Unoa y las naves que la acompañaban hasta su destino y solamente tendría una oportunidad.

Las vibraciones bajo sus manos cada vez se fueron haciendo más fuertes. Mantuvo el rumbo, segura de la ruta que había de seguir. Lo había repasado cientos de veces. El ángulo de trayectoria, la navegación a más de veinte mil metros de altura dentro de la atmósfera de Domo para gestionar los recursos energéticos hasta llegar a su destino. Aun estando entrenada para el aterrizaje, todo su cuerpo y mente estaban a pleno rendimiento. *Cervo* le enviaba instrucciones en forma continua para que corrigiera la trayectoria y el descenso fuera perfecto.

La maniobra de toda la flota se realizó al unísono, como si se tratara de un solo cuerpo físico en forma triangular.

De repente, el fuego desapareció y ante sus ojos se desplegó un mar de nubes blancas y espesas. Casi al instante, los gigantescos paneles transparentes del puente de mando se cubrieron de hielo, dificultando su visibilidad. Perdió totalmente de vista al resto de las naves.

Las tinieblas blancas y heladas lo envolvieron todo. Sintió una gran desazón ante lo desconocido. Presentía un peligro inminente y su cuerpo se puso en tensión. Se fundió en cuerpo y alma con Unoa. Sentía en su ser hasta el último rincón de la gigantesca nave. Era la única persona que quedaba en sus entrañas y estaba decidida con todos sus sentidos a gobernarla. Cualquier gesto erróneo de maniobra podría significar una catastrófica colisión con el

resto de la flota. Activó el panel de rastreo y miles de puntos aparecieron ante su vista, todos ellos peligrosamente desorganizados y próximos entre sí.

Transmitió por el lenguaje antiguo a la tripulación de las naves a través de las luces de control del panel que se reagruparan y no perdieran la formación.

La consola le confirmó que sus órdenes fueron cumplidas al momento. Era consciente de que la tensión afectaba a todos los pilotos de las naves y que estaban aterrados ante lo desconocido. Pera ella se mantuvo firme en sus instrucciones. En aquellas circunstancias tan vitales era fundamental que diera seguridad a sus hermanos.

Navegaron durante un tiempo en tierra de nadie, entre el espacio y la atmósfera. Fue un momento mágico y bello. Emocionante, pero también inquietante. Habían llegado al punto de no retorno. Los esperaba su salvación o destrucción, aún no lo sabía.

Con el cuerpo en tensión seguía controlando a Unoa y a toda su flota cuando entraron en un mundo espléndido. Ella ya lo había vivido mucho tiempo atrás. El cielo azul sobre ellos y abajo, un manto impenetrable de nubes iluminadas por el sol. Durante unos instantes tuvo ante su vista a todas las naves que la rodeaban, ahora sí, en perfecta formación.

De todos modos, reiteró el mensaje a los pilotos de la flota para que se mantuvieran firmes y confiados.

Contuvo la respiración cuando se introdujeron en las nubes blancas y espesas como los hielos de Blua Suno.

La visibilidad era nula, por lo que miró la consola de seguimiento y verificó satisfecha que la formación seguía compacta. Todos los pilotos, después de un primer sentimiento de pánico, habían recobrado la confianza.

Navegaron entre aquel mar blanco como la espuma de una marea suave, bajando la altitud poco a poco, permitiendo de esta manera que toda la flota tomara la trayectoria adecuada de descenso.

Todo parecía estar tranquilo, sin embargo, Shora seguía gobernando a Unoa y su flota en un estado de total concentración, conectada a *Cervo*.

De pronto una voz potente como un trueno resonó en la sala de control. No se sorprendió, la estaba esperando y le hacía tanta falta como el aire que respiraba. La reconoció de inmediato, su eterno amor, el *Instruiste* Ochoa.

—*Blanka, belega, estas tie, vi ne havas timón*. (Blanka, no tengas miedo, estoy aquí).

—*Akompanu min*. (Acompáñame).

—*Gis la fino, vi havas valoron, jam restas malmulte*. (Hasta el final, ya queda poco). —La voz de Ochoa sonó confiada, casi risueña.

A lo lejos ella vio un destello de fuego que iluminó las tripas de las nubes. Luego otro y otro más.

—*Atakas nin!* (¡Nos atacan!) —gritó Shora mientras observaba aterrada cómo las explosiones se sucedían delante de su vista mientras sus naves desaparecían de la pantalla de control.

A través de sus manos sintió una convulsión que provenía de Unoa. Algo había impactado contra el fuselaje. Con todos los sentidos alerta, notó otro impacto más violento.

Su ser estaba tan integrado a la nave a través de *Cervo* que sintió cómo el cuerpo le ardía. Ahogó un grito de dolor y luchó para que las palmas de sus manos siguieran sobre las luces de control.

Escuchó en su mente la voz de *Cervo*.

«*Majoro*, nos están atacando. Hay secciones que han sufrido daños. Sectorizo las cámaras afectadas para estabilizar Unoa».

Otra nueva sacudida se transmitió de los haces de luz a las manos de Shora y desde estas a todo su cuerpo como una descarga eléctrica. Sintió un temblor bajo sus pies.

De repente las nubes dieron paso a un paisaje totalmente blanco, helado, que le recordó mucho a Blua Suno. Sintió un escalofrío al ver cómo decenas de sus naves se precipitaban ardiendo hacia el paisaje nevado dejando espesas estelas de humo negro. A lo lejos pudo divisar una ciudad de grandes dimensiones. Consultó el panel de control y pudo observar que bajo ellos había millones de almas representadas en diminutos puntos azules. Eran seres humanos.

«*¡Majoro!* —el jefe de *esploristos*, Ekindek, se comunicó con ella con tanta violencia que la mente pareció estallarle—, dame instrucciones. Nos están atacando con infinidad de artilugios explosivos. Si los desactivamos, caerán sobre la población que hay debajo de nosotros. Si no lo hacemos, nos destruirán. Ya han caído muchas de nuestras naves».

Shora veía cómo cientos de artefactos seguidos de estelas de humo rompían el aire y se dirigían rápidos contra sus naves, las cuales luchaban por sortearlos, algunas con poca fortuna. Era tal la concentración de aquellos objetos que resultaba muy difícil poder evitarlos a todos. Ante sus aterrados ojos pudo ver cómo algunas *bovenos* estallaban en el cielo.

«No podemos hacer caer los cohetes —contestó conteniendo el miedo que sentía para no transmitirlo—. La primera ley prevalece. Hay una gran cantidad de humanos allí abajo, significaría su muerte».

«Pero, *Majoro* —le contestó el jefe de *esploristos*—, ¿la prioridad es defender Unoa y a las *transporto*?

»Es mi voluntad».

Shora pudo ver cómo todas las *bovenos* se concentraban alrededor de Unoa y se interponían en la trayectoria de los misiles. Algunos de ellos pasaban de largo sin encontrar un objetivo engañados por las frecuencias que ella misma y el resto de las naves les enviaban, pero eran demasiados y muchos encontraban su objetivo, destruyéndolos.

Desesperada al ver morir a sus hermanos, Shora consultó la consola transparente que tenía ante sus ojos deseando pasar pronto por la zona habitada y encontrar parajes yermos donde poder defenderse.

—*Donu esperas min, Instruiste*. (Dame esperanza, profesor) —gritó Shora mientras ante sus ojos caían una tras otra las naves de su flota entre explosiones y llamaradas.

Tras un breve silencio, Ochoa contestó.

—*Far is la militen, Blanka, defendu vin, vin gin petegas*. (Haz la guerra, Blanka, defiéndete, te lo suplico).

—*Ne povas, la unua lego de blua Suno sería ne plenumita. Estas sobrevolará zonoj logitaj. Hi mortus multaj innocents*. (No puedo, la primera ley de Blua Suno sería incumplida. Estamos sobrevolando zonas habitadas. Morirían muchos inocentes). —La voz de Shora estaba llena de desesperación.

Ante su sorpresa una nave tripulada de Domo pasó con gran estruendo por delante del puesto de mando. A lo lejos observó muchas más. A los pocos instantes una infinidad de cohetes empezaron a impactar contra Unoa. Cada explosión era como una puñalada en su cuerpo. La *Majoro* no pudo evitar gritar de dolor. Su destino, su alma y su cuerpo estaban unidos irremediablemente a Unoa. Sentía el daño producido en cada momento contra el fuselaje de la nave como si de su piel se tratara, estaba conectada a *Cervo* y este le transmitía también su dolor.

Unoa estaba construida con un poderoso material como para poder repeler al más temible de los meteoritos y bólidos espaciales. Pero las armas de Domo eran poderosas y estaban causando un gran daño en su estructura a cada impacto.

Las *bovenos* pasaban veloces como rayos entre las naves de guerra de Domo intentando alejarlas de Unoa. El cielo estaba repleto de halos de vapor, explosiones y fuego.

Vio una *boveno* delante del puesto de mando. Su esfera pulida como un bello cristal brilló durante unos instantes ante su mirada. Después se hizo transparente y pudo ver a sus tres tripulantes, *esploristos* vestidos con sus trajes blancos y cascos pegados a la cabeza como un cuero cabelludo. Estaba tan cerca que pudo escuchar su mensaje mediante el lenguaje antiguo. «Por la gran llegada», le dijeron con solemnidad mientras la miraban con determinación. Después, una gran explosión hizo temblar toda la estancia. La *boveno* había estallado en millones de fragmentos. Pudo ver cómo los cuerpos envueltos en llamas de sus ocupantes se precipitaron hacia el vacío. Shora entendió, se habían interpuesto ante un artefacto explosivo que se dirigía directamente a la sala de control de Unoa. La onda expansiva fue enorme. Perdió el equilibrio y cayó aparatosamente al suelo. Su traje se hinchó para amortiguar el golpe, pero aun así notó bajo su cuerpo que toda Unoa temblaba a cada impacto recibido rugiendo como un animal herido de muerte.

Escuchó un crujido mientras el suelo se inclinaba peligrosamente. Su cuerpo se deslizó sin poder remediarlo hasta el final de la estancia, donde una pared la detuvo. El golpe, incluso con la protección del traje, la dejó sin respiración. Solo tuvo tiempo de levantar la vista hacia el frontal panorámico de la sala de mando. Más allá vio fuego y destrucción. El cielo había dejado de ser blanco para convertirse en una espesa nube de color negro que nacía de las tripas de Unoa.

Antes de perder el conocimiento escuchó los gritos de Ochoa.

—*Batalo, Shora, ne lasas mortigi vin!* (¡Lucha, Shora, no te dejes matar!).

* * *

Desde la base de comunicación de Robledo de Chávela, Ochoa no paró de gritar una y otra vez ante los micrófonos de la consola «*Batalo, Shora, ne lasas mortigi vinf*».

Estaba desesperado y fuera de control. Sus gritos se tornaron en un llanto desgarrador al no encontrar ningún tipo de respuesta. Apoyó su cabeza sobre la mesa y sollozó con amargura.

—Hijos de puta —mascullaba con los dientes apretados—. Mal nacidos… ¿Qué han hecho? Han destruido la última esperanza de la humanidad. Malditos sean.

El personal de la sala de control de Robledo de Chávela fue incapaz de consolar al viejo profesor, que se negó a separarse de la consola de comunicación. Repetía una y otra vez el mismo mensaje sin hallar respuesta.

—*Unoa, respondo, diru al mi iun Blanka*. (Unoa, contesta. Dime algo, Blanka).

Como respuesta solo escuchó el zumbido de una comunicación rota.

* * *

Eran las ocho de la mañana en Oslo. Hacía un frío intenso después de la nevada que se había producido horas antes. El cielo seguía cubierto de nubes y, como era habitual, el invierno ártico no permitía la salida del sol nada más que unas pocas horas al día. La ciudad se iba despertando poco a poco, miles de personas se dirigían a sus ocupaciones cotidianas.

Las máquinas quitanieves y el servicio de limpieza de la vía pública habían hecho su trabajo y la movilidad era totalmente normal.

A aquella hora exacta, una enorme explosión rompió la atmósfera, haciendo temblar el asfalto. La nieve acumulada en los tejados se precipitó hacia la calle. Un resplandor cegador rompió la noche ártica.

Todas las miradas se dirigieron hacia el cielo, peatones, conductores de vehículos, ocupantes del transporte público, elevaron sus miradas sorprendidos y atemorizados.

A la primera detonación, siguieron otras tantas, cada una de ellas más violenta que la otra. Era como una extraña tormenta lejana tan poderosa que convulsionaba el aire y el suelo y hacía temblar los vidrios de las ventanas. Las nubes refulgían en continuos destellos de fuego blancos y rojizos.

Los vehículos se detuvieron y sus ocupantes se añadieron a la multitud que miraba entre sorprendida y temerosa al cielo.

A miles de metros de altura, casi donde no llegaba la vista, cientos de luces emergieron de entre las nubes. Eran brillantes y hermosas. Se movían a gran velocidad sin seguir una trayectoria definida. Desde arriba se adivinaban estelas de fuego que descendían hacia esas luces. La mayoría estallaban contra ellas y producían una gran explosión que se escuchaba desde el suelo pasados unos segundos.

Aquella espantosa escena ganó en intensidad y pronto todo pareció temblar ante un número indeterminado de detonaciones. Los objetos se desintegraban en el cielo entre lejanas llamas.

De repente apareció un objeto mucho más grande, visible a simple vista desde el suelo. Cientos de miles de personas miraron asombradas cómo aquel artefacto evolucionaba en el oscuro cielo recortado entre las nubes grises tras una intensa llamarada en su parte posterior.

El sentimiento colectivo fue unánime. Estaban siendo invadidos por los extraterrestres, los mismos que habían causada tanto mal a toda la civilización con su maldito virus.

Oslo no había quedado al margen de la devastadora enfermedad. Al menos una décima parte de su población había sucumbido aun habiendo sido vacunada.

El tiempo se detuvo en la blanca ciudad, todos los ojos se quedaron clavados en el cielo, observando esperanzados la evolución de una batalla aérea. Sus aliados de la Alianza del Norte estaban luchando contra la invasión de aquellos indeseables para protegerlos a ellos.

De repente decenas de aviones de combate los sobrevolaron con un atronador ruido de sus reactores y se dirigieron directamente hacia las naves extraterrestres. Cientos de halos de misiles se dirigieron hacia la flota de invasores y nuevas explosiones retumbaron el cielo.

Un grito de júbilo sacudió las calles de Oslo. La gente se abrazaba ante lo que parecía una victoria indudable ante la invasión. Con los ojos llenos de lágrimas veían cómo las luces extraterrestres bajaban hacia el suelo envueltas en llamas mientras ellos reían de alivio. Cuando llegaban a tierra, eran solamente cenizas.

Llenos de alegría observaron cómo la escuadra extraterrestre se alejaba de ellos hacia el horizonte lleno de brumas oscuras siendo acosada sin descanso por los aviones de combate. Las explosiones y los resplandores de fuego entre las nubes continuaron hasta que finalmente desaparecieron de sus miradas.

Las calles de Oslo se convirtieron en una fiesta. Todo el mundo se abrazaba entre sí. Habían vencido a los extraterrestres en su afán de exterminarlos.

Mientras tanto, la flota de Unoa se desintegraba en el aire sin defenderse por el bien de aquellos que festejaban su destrucción.

* * *

Edekmilianoj y Miksrasa miraban impertérritos la pantalla virtual de la Sala de Situaciones. Los asistentes vitoreaban y se felicitaban entre ellos ante las noticias que llegaban desde el centro de control de Memphis y las salas de control de las bases aéreas de la Alianza del Norte de Gran Bretaña y Alemania. Las lanzas de Thor habían causado una gran pérdida de efectivos en la flota de Unoa, después, los cazas F-35 habían realizado un ataque con

todos sus recursos. Las comunicaciones de todos los puntos de contacto se realizaban a tiempo real en los altavoces externos.

Hablaban de cientos de naves extraterrestres destruidas. La nave nodriza había sufrido numerosos desperfectos. El triunfalismo anunciaba una victoria rotunda y aquel ambiente había invadido todas las almas de la Sala de Situaciones de la Casa Blanca.

Todas excepto la del *Dux* y el Presidente de los Estados Unidos.

—¡Están cayendo a cientos sobre los cielos de Oslo! —gritó eufórico el Secretario de Estado de Defensa—. Tal como nos dijo usted. No se defienden. Incluso dudo de que tengan esa capacidad. Los estamos cazando como a moscas.

El *Dux* miraba el plasma y la evolución de todas las aeronaves que estaban participando en la batalla sobre los cielos noruegos. Permanecía en silencio y con el semblante serio.

Las señales de una infinidad de satélites militares del mundo occidental les estaban enviando datos prácticamente en directo de la situación. Observaba cómo de la pantalla desaparecían a cada segundo infinidad de puntos que pertenecían a la flota de Unoa, pero aún quedaban muchos en el aire.

—Den la orden de que intensifiquen el ataque —dijo al fin con voz brusca e impersonal—. Pronto llegarán a la frontera de zonas no habitadas. A partir de ese momento la situación se escapará de nuestro control.

—¡Pero qué dice!, prácticamente los hemos aniquilado.

El Presidente de los Estados Unidos miró a su Secretario General con extrema severidad.

—Haga caso a las indicaciones del señor Storm.

—Pero…

—Creo que ya es demasiado tarde —comentó el *Dux* indicando con un gesto la gigantesca pantalla. En ella se veían puntos de luz que rodeaban una estructura gigantesca y que estaban siendo acosados por infinidad de luces—. Han llegado a una zona deshabitada. Hemos perdido una gran oportunidad.

—¿Pero qué dice? ¡Los estamos destrozando! —insistió a los gritos el Secretario de Estado de Defensa señalando la gran pantalla.

De repente, pudieron ver cómo una gran parte de los puntos de la flota de Unoa se detuvo. A partir de ese momento, los indicadores de posición de los cazas F-S5 empezaron a desaparecer de la pantalla uno tras otro, a tal velocidad que parecía que una avería estaba afectando a las comunicaciones.

La sala se llenó de voces exclamando aterrorizadas que todos los escuadrones de los caza se estaban desintegrando en el aire o estrellándose en el suelo.

En poco más de un minuto, los puntos de la pantalla correspondientes a los F-35 habían desaparecido.

Un silencio frío como el hielo se adueñó de la Sala de Situaciones.

—Informe de pérdidas —preguntó una voz. Era un general del Estado Mayor del comité de asesoramiento del Presidente. Su pregunta iba dirigida a las bases de control de la USAFE (UNITED STATE AIR FORCE EUROPE) de Gran Bretaña y Alemania.

Una voz incrédula resonó en la sala.

—Ciento ochenta y cinco cazabombarderos F-35 abatidos, señor. ¡En solo unos segundos!

* * *

Martín sentía que la cabeza le iba a estallar. Un zumbido le invadía los oídos debido a la onda expansiva. No sabía si estaba herido. Sus pulmones estaban llenos de aquel horrible humo negro que invadía lo que había sido la sala de control de Tonopah, ahora destruida.

Se levantó trabajosamente notando sobre el cuerpo una capa de ceniza y escombros. Tenía la boca seca y pastosa. Le costaba poder tragar saliva. No distinguía prácticamente nada entre aquel caos de fuego y humo.

El silencio era absoluto.

Se arrastró entre los escombros en dirección a las columnas. Allí había dejado protegida a Julia y era donde podía encontrarla con vida.

El corazón le latía con violencia, como si quisiera salírsele del pecho.

De nuevo unos haces de luz barrieron el humo desde la destrozada puerta de entrada, pero esta vez no hubo disparos de defensa.

A lo lejos, fuera del edificio se escuchó un nutrido ruido de armas automáticas y algunas explosiones.

Haciendo un último esfuerzo, dirigió el cañón de su fusil ametrallador hacia las luces e hizo fuego. Apretó el gatillo apuntando al techo sobre la puerta. Sabía que haría el mismo efecto que si hubiese disparado sobre sus atacantes. La diferencia era que no quería más víctimas. Presintió que era el único defensor de lo que había sido la base de comunicaciones de Tonopah con el exterior.

Las luces se retiraron rápidamente hacia el pasillo y se volvió a hacer el silencio.

—Julia —susurró. El polvo y la ceniza en su garganta apenas le permitían hablar—, sigo aquí, mi amor.

La voz de ella le llegó lejana, casi como un suspiro transportado por las nubes de aire nocivo.

Se sintió reconfortado, su alma recobró esperanza y volvió a su trabajo. Se parapetó detrás de una columna, esperando el ataque.

Sabía que quedaba él solo para defender aquella sala. Los soldados de Regulares habían perecido o estaban gravemente heridos, ya que no habían respondido al último ataque con sus armas.

Jadeó en la oscuridad llena de humo con la frente apoyada en el cañón del arma automática.

Esperaba el asalto final, aquel que acabaría con todos ellos.

La última defensa era él. Jamás nadie haría daño a su amada estando él vivo.

No pasarían sin sufrir grandes pérdidas.

Pero el asalto no se producía.

Desde el exterior vino el sonido inconfundible de disparos y explosiones. Parecía que una batalla de enormes proporciones se estaba librando a unos pocos metros de allí, fuera del edificio residencial de Tonopah.

Algo sucedía para que el último asalto no se hubiese producido, Martín estaba seguro. La batalla se había trasladado al exterior y posiblemente los soldados habían acudido a ella.

—¿Pero cómo saberlo?

Martín se deslizó sobre el parapeto intentando no hacer ruido y se dirigió hacia la puerta de acceso. Estaba destrozada y tuvo que pasar entre una alfombra de cadáveres para acceder al pasillo.

Pudo ver a decenas de soldados agazapados contra la pared, pero guiaban sus armas hacia el acceso de las escaleras, y no contra el centro de comunicaciones.

Se agachó instintivamente a la espera de que algo sucediese.

Por fin tres figuras altas y vestidas de blanco aparecieron por las escaleras del final del pasillo. Pero no se quedaron al descubierto. Solo pudo ver durante unas fracciones de segundo unos rayos azules integrados en sus cabezas que barrieron todo el espacio.

Una tempestad de aire invadió el pasillo.

Martín volvió a entrar en el recinto del devastado centro de comunicaciones de Tonopah y esperó lo peor.

El aire pareció estallar y el suelo retumbó.

Aun estando parapetado detrás de la pared, sintió una enorme ola de calor que casi le abrasó la piel.

No conseguía reponerse. Sus pulmones funcionaban más allá de sus posibilidades y se sentía mareado, pero encontró fuerzas para salir al pasillo. Quería ver lo que había sucedido. Una mano lo retuvo.

—No salgas ahí, todavía no. —Martín se giró asustado y vio el rostro macilento de Freezer—. Son los *homoj* de Unoa que han venido a rescatarnos. Espera.

Martín jadeaba intentado recuperar el aliento mientras miraba la figura alta y esbelta de Freezer que no le soltaba el hombro.

—Mis hombres…, mi mujer…

—Tu mujer, Julia, está bien, pero por desgracia me temo que los valientes soldados de Regulares han perecido en la batalla. De todos modos, los llevaremos a las *bovenos* para intentar recuperarlos.

Martín se deshizo de la mano que le sujetaba el hombro y salió al pasillo.

Seguía mareado, pero quería abrir una vía de escape lo antes posible.

Ante sus ojos aparecieron decenas de cuerpos en llamas aferrando todavía sus fusiles de asalto entre las manos.

Infinidad de gritos de dolor llenaron sus oídos mientras los veía rodar por el suelo intentando sofocar las llamas que devoraban sus ropas y su carne.

Tres *homoj*, altos, altivos, caminaron tranquilos entre ellos, seguros de sí mismos. De vez en cuando bajaban la cabeza para observar su obra cuando se cruzaban con un cuerpo que luchaba por su vida presa de las llamas. Pero solamente los sorteaban con delicadeza, para no pisarlos.

El cántico del dolor llenaba el pasillo. Un repugnante olor de carne humana quemándose lo inundó todo. Los aullidos de los soldados eran estremecedores mientras morían devorados por las llamas.

Martín aferró su arma con firmeza y comenzó a caminar por el pasillo. Dirigió el cañón del fusil a cada herido que se encontraba en su camino y apretó el gatillo con misericordia. Pero a cada detonación, su alma se sacudía de repugnancia y odio hacia sí mismo.

Freezer lo seguía y levantó la mano para detener la respuesta de los *homoj* contra lo que podían considerar una amenaza.

Martín siguió caminando. Una bala, un muerto. Apuntaba a la cabeza de cada uno de ellos y apretaba el gatillo mientras lloraba con desconsuelo.

Los gritos de dolor se fueron apaciguando poco a poco.

Su penosa misión finalizó con el último disparo a la cabeza de un *marine* que aullaba mientras su cuerpo ardía desde dentro.

Pero no se hizo el silencio. Desde el exterior seguían llegando explosiones y disparos de armas automáticas.

Martín se volvió sobre sí mismo y vio cómo Julia corría hacia él.

La tocó para asegurarse de que no había sufrido ninguna herida. Ella le sonreía mientras acariciaba su rostro barbudo lleno de hollín y pelos quemados.

—Estoy bien, no te preocupes por mí. Has hecho lo correcto. No dejes que tu alma sufra por esto.

Ambos se abrazaron con fuerza. No habían imaginado salir bien de aquella experiencia extrema.

El pasillo todavía estaba lleno de un humo irrespirable.

Los cadáveres calcinados ocupaban todo el espacio y sus rostros, llenos de dolor y sufrimiento, jamás abandonarían la memoria de Martín.

—Debemos salir de aquí. Nos esperan fuera para llevarnos al Nuevo Mundo —apremió Freezer—. Nuestros amigos, los soldados de los Regulares, caídos en combate, serán llevados a las *bovenos*. No los dejaremos aquí, sus cuerpos han de descansar en un lugar de paz.

Martín pudo ver cómo Duarte y sus hombres eran trasladados por los *esploristos* de los *homoj* entre sus brazos. Eran como muñecos rotos, sin vida. Sus cuerpos tenían infinidad de heridas. La sangre salpicaba el suelo mientras eran evacuados.

Rápidamente todos salieron al exterior.

La imagen que se presentó entonces delante de sus ojos era dantesca.

Tres *bovenos* permanecían en el suelo. Sus esferas refulgían en la noche con un color casi negro, que se desdibujaba a impulsos, como si se tratara de las palpitaciones de un corazón, en oleadas de color azul oscuro.

Pudieron ver cómo varios *homoj* luchaban de pie mientras las balas volaban alrededor de ellos. Allí donde miraban a través de sus casos, provocaban la destrucción.

Cientos de *marines*, parapetados detrás de vehículos, muros, les disparaban con furia.

Pero los *homoj* parecían dominar los elementos. Oleadas de fuego, ondas sonoras devastadoras y corrientes de moléculas de aire impactaban contra sus agresores derribando parapetos o refugios.

Los enemigos perecían bajo una devastadora destrucción.

Explotaban vehículos. La carne de los enemigos parecía quedar triturada ante semejante poder.

Pero el blindaje de los *homoj* no se manifestó invencible. Alguno de ellos cayeron abatidos por los enjambres de balas enemigas. Sus trajes de un blanco níveo cedían ante los proyectiles y se ensuciaban a cada impacto con manchas rojas de sangre.

Los *homoj* también comenzaron a sucumbir.

Aterrados, mientras corrían hacia las *bovenos* de rescate, pudieron ver un helicóptero que los sobrevolaba entre llamas. Era como una bola de fuego que emitía un ruido atronador de sus rotores destruidos. Detrás una *boveno* lo acosaba.

Cuando elevaron su mirada al cielo, pudieron ver la tremenda batalla, otra más, que se estaba librando sobre sus cabezas.

Luces rápidas como el viento evolucionaban entre aviones y helicópteros de combate. Las explosiones de cada aparato que estallaba iluminaban la noche para convertirla en día.

El suelo temblaba a cada detonación.

El combustible de los aparatos caía hacia el suelo en regueros de fuego.

Si había un lugar parecido al infierno en la Tierra, era aquel.

Una *boveno* los sobrevoló convertida en una antorcha. Su ruido terrorífico rompiendo el aire antes de estallar contra el suelo les hizo agachar la cabeza.

Los disparos, en prolongadas ráfagas, seguían resonando con violencia.

No menos poderosa era la fuerza de los *homoj*. Los vehículos blindados volaban bajo su voluntad. Los cuerpos eran triturados y devastados dentro de los chalecos antibalas.

La sangre y la destrucción impregnaban cada rincón de Tonopah. Los gritos de dolor de los muertos de uno y otro bando se elevaban al cielo inflamado en llamas.

Era la batalla más terrible que Martín hubiera presenciado en toda su vida.

* * *

El suelo retumbaba bajos sus pies.

Desde el exterior empezaron a escucharse, como surgidos de la nada, tremendas explosiones y disparos de armas automáticas.

Costa miró con frialdad a Edwards, que todavía sujetaba en la mano el teléfono móvil. Este le devolvía desde su cama una mirada llena de temor.

—No te muevas de aquí, voy a ver qué pasa —le dijo apretando los dientes a modo de amenaza.

Se levantó de su asiento y algo cayó de su bolsillo al suelo sin apenas hacer ruido. Costa pareció no darse cuenta y salió precipitadamente al pasillo.

Edwards esperó unos segundos y por fin miró con avidez hacia el suelo. Vio una cápsula autoinyectable. No podía creer en su suerte.

Se levantó de la cama, estaba muy débil, pero todavía podía disponer de sus piernas y brazos.

Se agachó y recogió con los dedos temblorosos la cápsula, puso la parte más delgada sobre su brazo y buscó el pulsador con su dedo pulgar. Al momento sintió un pinchazo que le atravesó la piel. Notó que el líquido entraba en los tejidos y suspiró aliviado.

De pie en el centro de la habitación, escondido entre las penumbras, vio cómo Costa volvía corriendo por el pasillo tras haber ido al exterior. Se tranquilizó al verlo pasar de largo, ignorándolo.

La cabeza le daba vueltas, pero la certeza de que el antídoto a su enfermedad corría ya por su torrente sanguíneo le dio fortaleza. Esperó su oportunidad.

Desde el exterior las explosiones y disparos crecían en intensidad. Notaba bajo sus pies desnudos las vibraciones del suelo. Era evidente que se estaba librando una batalla sin precedentes y que los atacantes eran los extraterrestres de Unoa, no le cabía duda. Por eso Costa se había desentendido de él, iba a huir con ellos.

Siguió esperando con paciencia. Sabía que ya no era el objetivo principal de Costa, tenía alguien más importante que él a quien dirigir su atención.

* * *

Cuando Juan Costa salió al exterior del hospital, pudo ver la batalla que se estaba librando. Tanto el cielo como la tierra parecían arder en llamas y explosiones. Se agachó instintivamente ante el fragor y la violencia del fuego cruzado. Pero lo que más llamó su atención fue ver una *boveno* gravitando sobre el suelo con la rampa desplegada a unos doscientos metros del hospital. Era protegida por tres *homoj* que, casi estáticos, repelían cualquier ataque del que eran objeto con un leve movimiento de cabeza.

Un vehículo blindado estalló en una columna de fuego y humo que se elevó al cielo no muy lejos de él. Pudo ver los cuerpos de los soldados envueltos en llamas que salían despedidos en todas direcciones para rodar por

el suelo como muñecos rotos. Entró de nuevo el edificio del hospital y corrió por el pasillo.

El tiempo apremiaba y no podía perderlo.

Su primer objetivo era verificar algo antes de partir.

Llegó hasta el final del pasillo y entró en una habitación.

El aparato de aire asistido silbaba sin que nadie lo hiciera servir.

El cardiograma pitaba ininterrumpidamente. No había ningún latido que diera un registro de vida.

Se acercó a la cama y apartó la cortina de plástico.

Observó el rostro blanco y sin vida del almirante Smith. Sus ojos vidriosos miraban al techo sin ver nada. Tenía la boca abierta bajo la mascarilla, un último gesto de sus pulmones destrozados por buscar la última bocanada de aire que nunca llegó.

—Has tenido la muerte que te merecías —le susurró Costa.

Salió precipitadamente de la habitación y corrió de nuevo por el pasillo en busca de lo que en realidad le importaba.

Por fin entró en la habitación de Artemis.

El sanitario seguía extendido en el suelo, quejándose de dolor. Lo ignoró.

Ella estaba inconsciente, pero los aparatos de soporte vital funcionaban correctamente, prueba de que seguía con vida.

Con toda la rapidez de la que fue posible, apartó la cortina de plástico y comenzó a retirar los tubos, la máscara y el suero que estaban fijados en la piel de su amada.

Tomó con sus dedos el colgante que llevaba Artemis en su cuello y lo acarició.

—Vas a tener que utilizarlo, amor. No lo pierdas.

Lo volvió a guardar entre sus senos y la recogió en brazos con sumo cuidado.

Su cabeza quedó colgando, como si no tuviese vida. La cabellera roja como el fuego cubrió el brazo derecho de Costa.

Con ella en brazos, salió al pasillo y comenzó a correr hacia el exterior. No pensaba parar hasta llegar al interior de la *boveno*. Sabía que aquella era su última oportunidad de salvar a Artemis y al hijo que llevaba en su vientre.

Debía de correr al máximo que diese su energía, solo tendría una oportunidad.

Su mente venció a su cuerpo y el peso de Artemis no lo afectó para correr con desesperación.

Al pasar por la puerta abierta de la habitación a oscuras de Edwards, pensó fugazmente «Espero que encuentres la cápsula del antídoto y que vivas. Has de vivir, escoria». Por fin llegó al exterior después de apartar la puerta del hospital de una patada.

Corrió con toda la potencia que le daban sus piernas. A su alrededor silbaban las balas y había explosiones.

Poco a poco vio cómo se iba acercando a la *boveno*.

Uno de los *homoj* reparó en él y en Artemis. Dirigió su ojo azul, brillante como un láser hacia ellos.

—*Estas la militisto Rostas, helpu min*. (Soy el guerrero Costa, ayúdenme) —gritó entre el ensordecedor ruido de la batalla.

***

Edwards vio pasar corriendo a Costa por el pasillo desde la seguridad de su habitación. Llevaba en brazos a la agente especial Artemis, la cual parecía estar inconsciente o muerta.

Tuvo claro que era su oportunidad.

Ordenó a sus músculos que reaccionaran.

Estaba muy cansado, pero consiguió andar hasta el pasillo.

Caminó todo lo rápido que pudo.

Un acceso de tos hizo que su pecho reventara de dolor. No le importaba, pronto sanaría. Debía hacer un último esfuerzo.

Vio desaparecer la espalda de Costa tras la puerta del hospital.

Obligó a sus piernas a funcionar y casi consiguió correr.

También llegó hasta la puerta y la abrió.

Sintió una bofetada de aire impregnado en olores de destrucción. El humo negro lo invadía todo. Las balas, de a cientos, rompían la noche con haces de luz que rebotaban en muros, asfalto o contra las naves espaciales.

Vio cómo Costa casi desaparecía en una cortina de humo. Se dirigía hacia una de esas naves esféricas.

Desesperado, miró a su alrededor. Pudo ver a un soldado muerto a pocos metros. Tenía el cuerpo como si estuviera roto en mil pedazos dentro de su uniforme. A su lado descansaba un fusil de asalto Mi6.

Lo tomó y extrajo el cargador. Todavía tenía balas.

Se llevó la culata a la cara y buscó su objetivo a través del alza telescópica.

Durante una fracción de segundo no vio nada, solo humo.

Pero de repente apareció la espalda de alguien que corría sin descanso.

No lo dudó, apretó el gatillo y una ráfaga potente hizo temblar su cuerpo.

* * *

A lo lejos Costa pudo ver cómo el *homoj* le tendía la mano apremiante. Pronto habrían de abandonar aquel lugar y no podían esperar más.

Vio próximo su objetivo, enseguida estarían a salvo.

No escuchó la ráfaga de disparos, el atronador ruido de la batalla se lo impidió.

Sintió un golpe en su espalda y se vio lanzado hacia delante. Artemis rodó por el suelo como un muñeco delante de él.

Inmediatamente sintió un dolor atroz en el omóplato derecho, pero consiguió reponerse y se puso de pie. Recogió el cuerpo de Artemis y continuó andando.

Ya no podía correr. Jadeaba a cada paso y notaba cómo las fuerzas lo abandonaban.

Los proyectiles estallaban a sus pies y silbaban a su alrededor.

Notó otro impacto en el centro de la columna a la altura de los riñones.

Se desmoronó totalmente desmadejado. Sin fuerzas para poder volver a levantarse.

Quiso mantener los ojos abiertos, pero sus párpados se negaban a obedecer.

El cuerpo de Artemis estaba tendido en el suelo. Se arrastró utilizando sus últimas energías y lo protegió con el suyo.

Las balas seguían silbando a su alrededor como avispas enfurecidas, pero de repente cesaron de incordiarlo. Era evidente que su agresor lo daba por muerto.

Unos dedos poderosos lo tomaron por la ropa y lo alzaron hasta levantarlo en brazos.

—Yo no… ella primero —pudo murmurar entre tinieblas.

—Tranquilo, compañero, estoy aquí. Artemis estará bien.

La voz de Martín llegó a sus oídos desde muy lejos. Se sintió tranquilo y se dejó llevar por aquellos brazos. Ya no tendría que luchar más.

* * *

Edwards siguió disparando hasta que Costa no volvió a levantarse.

Después intuyó el peligro y soltó el fusil de asalto para lanzarse al suelo.

Segundos más tarde, el muro que tenía a sus espaldas recibió un impacto que lo hizo estallar en millones de fragmentos.

Desde su posición pudo ver cómo los extraterrestres se estaban replegando hacia sus naves. Recogieron a Costa y a su puta y se los llevaron. En pocos segundos las esferas emprendieron la huida hacia el cielo.

Tonopah era un lugar devastado y lleno de muerte.

Pero Edwards reía como un loco.

Había conseguido eliminar al mayor de sus enemigos, Costa.

* * *

La pequeña flota había menguado desde su partida de rescate a Tonopah. De diez naves solo quedaban seis. Tres de ellas estaban repletas de heridos y muertos, tanto *homoj* como humanos.

Una de las *bovenos* se separó de la escuadra y se dirigió hacia Robledo de Chávela. Eran instrucciones de la *Majoro*. Debían recoger al profesor Ochoa para llevarlo a Nueva Zembla.

* * *

Shora hizo un gran esfuerzo para incorporarse. El suelo de la sala de mando estaba inclinado peligrosamente y fue consciente de que *Cervo* por sí solo no podía controlarla. Se incorporó y corrió con todas sus fuerzas hacia la consola de mando para volver a pilotear a Unoa. Las almohadillas de su traje se hincharon y se aferraron como garras sobre el suelo y ella voló hasta su objetivo. Volvió a poner las palmas de sus manos sobre las luces y ante sus ojos apareció un paisaje yermo, sin rastro de puntos azules que le señalaran almas humanas.

«*¡Esploristos!* —gritó con su mente—. Ha llegado el momento de defendernos».

Observó ante sus ojos cómo todas las esferas navegaban con extrema rapidez hasta colocarse en formación estática en el cielo formando una línea de unos cientos de metros unas de otras, hasta casi perderse en el horizonte. Su color brillante y metálico cambió de repente a uno negro totalmente translúcido.

«Ha llegado el momento de defendernos, hermanos —transmitió Shora con firmeza—. Ha llegado el momento de dar cumplimiento a nuestra primera ley. Prevalece nuestra supervivencia sin poner en peligro a otras vidas de humanos no agresores. Ninguno de nuestros enemigos ha de rebasar las defensas».

«*Majoro* —contestó la voz confiada de Ekindek, comandante de los *esploristos*—, no lo harán».

Antes de sobrepasarlos, Shora sobrevoló a las negras *bovenos* en perfecta formación. Sabía que a la cola de Unoa volaban artefactos explosivos y naves de guerra con la intención de destruirla, pero ya estaba en zona segura.

Vio las partículas de aire plegándose delante de sus naves de defensa, para instantes después transformarse en alargados halos que distorsionaron el paisaje que se deslizaba debajo de su vista.

Decenas de explosiones sacudieron el aire a sus espaldas. Las almas guerreras de Domo que les habían causado tanto daño dejaron de existir junto con sus aparatos de guerra. El cielo se cubrió de humo negro y fuego. En pocos instantes sus atacantes dejaron de existir, lo pudo verificar en la pantalla de su consola.

Cerró los ojos durante unos instantes, sintiendo el dolor de los muertos, propios y ajenos. Sus enemigos eran seres humanos que luchaban por sus convicciones.

A pesar del daño que les habían infligido, sintió un gran pesar en el alma por su pérdida.

Unoa, herida de muerte, dejando un rastro de humo negro en el puro aire ártico, avanzó a gran velocidad hacia su destino. Delante de ella, para tranquilidad de Shora, pudo ver al resto de naves supervivientes del ataque de Domo. Por fin daría cumplimiento a su objetivo y deber. Las naves de escolta, las *bovenos*, volvieron de su misión en muy poco tiempo, estableciendo una férrea formación alrededor de Unoa.

Escuchó a través de la consola que los enemigos de Blua Suno habían sucumbido.

Shora, mientras veía cómo las *bovenos* volvían del negro absoluto a su habitual forma esférica brillante y plateada, les indicó que siguieran dirigiéndose a su destino. Ya no había enemigo del que preocuparse.

Tras su paso, las estepas nevadas estaban repletas de columnas de humo negro y llamas, restos de la flota destruida que los había atacado.

Triste, observó la formación de lo que quedaba de sus propias naves. Había menguado mucho desde que entraron en aquel planeta. Innumerables

almas de sus hermanos habían muerto, pero estaba segura de que su sacrificio no sería en vano. Aun así, muchas de las naves volaban dejando a su paso una gran estela de humo, síntoma inequívoco de que también estaban heridas.

La carga que llevaban las *transportas* y sobre todo Unoa, garantía del progreso de su raza en Domo, había sufrido severos daños tras el ataque. Todavía tenía pendiente valorar la destrucción que habían sufrido.

«*Majoro* —escuchó la voz de *Cervo* a través de su mente—, las *ondoj* no han sufrido daño alguno, así como su sustento, las plantas de la *nutrijo*. La cápsula principal de *Cervo* que viaja en una de las *transportas* también está intacta. Todo está preparado para llegar a nuestro destino. Tras el ataque de Domo hemos perdido la mitad de nuestras naves, la mayoría *bovenos*. Las posibilidades de crear la nueva colonia siguen siendo viables. Pero Unoa no tiene posibilidad de resurgir del océano una vez que libere a las *ondoj*».

«*Cervo* —contestó Shora—, guíanos hasta nuestro destino». Pensó que en un momento habían fallecido más habitantes de Blua Suno que en toda la historia que ella había conocido. Solamente esperaba que aquel sacrificio hubiese valido la pena.

Navegaron entre brumas y sobre un paisaje de mar helado que le recordó mucho a su hogar antes de cubrirse de oscuridad.

De repente sintió una gran felicidad. El objetivo estaba próximo y empezarían una nueva vida llena de esperanza. Sus ojos se llenaron de lágrimas.

* * *

Javier Figueroa miraba hacia el cielo oscuro y gris mientras temblaba de frío. A su lado se encontraba Gemar en idéntica actitud. De su boca salían abundantes bocanadas de vapor que se transmitían en el aire ártico como el humo de un habano.

Ambos habían salido instantes antes de la sala de control rusa empujados por la impaciencia y el temor.

Las noticias que enviaban los radares y satélites de comunicación militares no eran buenas. Parecía ser que la flota de Unoa había sido brutalmente atacada en su entrada a la atmósfera. Habían observado llenos de terror imágenes de cómo una tras otra las naves extraterrestres eran destruidas por el ataque de los cazas y misiles de la Alianza del Norte. Los militares rusos miraban incrédulos cómo la presunta salvación de su nación era convertida en cenizas en pocos minutos. No entendían cómo, a pesar de la

supuesta supremacía tecnológica de aquellas naves, estas eran destruidas con tanta facilidad. En sus rostros Figueroa pudo ver la terrible duda de que su última esperanza se extinguiera en tan poco tiempo. El Kremlin les había dado esperanza.

Ante aquella presión, Figueroa decidió salir al exterior y esperar la llegada de la flota de naves salvadoras mirando al cielo, prescindiendo de las consolas frías y traicioneras que le dibujaban un escenario totalmente apocalíptico, sin esperanza.

Detrás de él también había salido Gemar y allí estaban los dos en silencio, bajo la noche ártica a menos de treinta grados bajo cero, mirando al cielo, esperando lo que parecía imposible.

—¿No te habrás cagado otra vez, Javier? —dijo Gemar intentado poner un poco de humor a la situación—. Recuerdo que en Salamanca se te aflojaron las tripas por una situación mucho menos tensa que esta.

El periodista rio.

—No, amigo, se me ha hecho un tapón de hielo en el culo.

El agente del CNI suspiró con pesar. Una nube de vaho inundó el aire gélido a través del tejido de su pasamontañas lleno de escarcha.

—Parece que ha pasado un siglo desde aquello.

—Hemos dejado a mucha de nuestra gente atrás —añadió Figueroa.

—Estamos próximos al fin, sea bueno o malo.

—Creo que estamos próximos al inicio, amigo mío. Al menos si Unoa consigue bajar a nuestro mundo.

—El vaso medio lleno.

—El vaso medio lleno —asintió Figueroa.

Hacía escasamente tres horas antes estaban en el Kremlin, despidiéndose de Igor Gagarin, el presidente de la Federación Rusa. Ambos se abrazaron momentos antes de la partida.

—Javier, dime que hay esperanza para los míos —le dijo Igor al oído.

—No te lo puedo prometer, amigo. Pero hay algo que sí te aseguro. Haremos todo lo posible para que esta situación cambie. Has de tener en cuenta que, de tener éxito, el mundo tal y como lo conocemos ahora desaparecerá.

—Lo sé. Y sé que será para bien. Ya hemos conocido la cara oscura de lo que nos pasará si no es así. Mi pueblo está tocando fondo, Javier, dentro de poco la Federación Rusa, al igual que medio mundo, volverá a la edad de piedra, donde solo sobrevivirán unos pocos, seguramente los más fuertes. El avance de la civilización retrocederá a este lado de las *Brands* sin remedio.

Ustedes son nuestra última esperanza. —Gagarin se separó de Figueroa para mirarlo a los ojos. Estaba llorando—. Todos nuestros medios están a su disposición. Un reactor los llevará ahora mismo a nuestra base en Yuzhny, en las islas Nóvaya Zemiyá, o Nueva Zembla como la llaman ustedes. Es el lugar que nos han indicado desde Robledo de Chávela y el acordado con los extraterrestres para su descenso en nuestro planeta. Desde allí comenzarán una nueva era. El momento es sumamente delicado, quiero que lo entiendas. Los misiles estratégicos desplegados al norte de las *Brands* están intactos y operativos, pero muchos de los operadores han caído enfermos. Aun así están en sus puestos de control. Protegeremos la entrada de Unoa en nuestro territorio, no antes. En caso contrario entraríamos en una guerra nuclear devastadora que significaría el fin del mundo. ¿Entiendes?

Gagarin le apretaba tanto los brazos que casi le hacía daño. Javier le sonrió y asintió con rotundidad.

—Te entiendo y sé que todo acabará bien.

—Bien. Márchense ya y que Dios los acompañe.

—Adiós, amigo, espero que nos veamos pronto en una situación más propicia.

El camino hacia el aeropuerto de Moscú se realizó esta vez en helicóptero, por lo que se ahorraron la penuria de ver la devastación en las calles de aquella ciudad.

Pronto fueron embarcados en un *jet* que despegó sin perder tiempo hacia las tierras árticas. Los acompañó Vova, que seguiría siendo su traductor en tierras rusas.

El comandante Almansa cada vez parecía estar peor de salud. Pálido y sudoroso, no paraba de toser. Les dijo que se encontraba lo suficientemente fuerte como para finalizar el viaje y ayudarlos en su misión. Lo hizo con tal determinación que no tuvieron más remedio que aceptar su palabra, aunque su aspecto físico les indicara lo contrario.

En un viaje plácido de más de dos horas, por fin pudieron ver una gran cantidad de luces que se desplegaban ante un paisaje blanco bajo la luz del cielo ártico. Era la base naval de Yuzhny. Según se fueron acercando pudieron observar que era inmensa. Instalada en un valle formado por glaciares y al pie de espectaculares montañas de hielo, pudieron divisar una gran pista de aterrizaje flanqueada por hangares de techo blanco y una torre de control. No demasiado lejos, un complejo de edificios grises cubiertos por la nieve les indicó que aquella era una instalación importante, y que en sus entrañas se albergaban miles de soldados. Justamente al lado del valle, había

un gran puerto donde se encontraban fondeados al menos treinta buques de guerra y submarinos.

La noche estaba despejada y en el cielo refulgían millones de estrellas, pero al bajar del *jet* en una limpia pista de aterrizaje, los asaltó una bofetada de aire polar. Iban todo lo abrigados que podían, pero aun así, las escasas partes de su cuerpo que quedaban a la intemperie, como las mejillas, recibieron el ataque de millones de agujas de hielo.

Al pie de la escalinata los esperaba un hombre que parecía un enorme muñeco de nieve. Estaba protegido de pies a cabeza por un uniforme de abrigo blanco. Lo flanqueaban varios soldados vestidos de la misma manera.

—*Я Dobrozni адмирал, начальник базы. Добро пожаловать на Южный остров* —dijo tras un vapor de aire congelado que salió de su boca.

—Ha dicho —tradujo Vova— que es el almirante Duvrovnik, jefe de esta base. Les da la bienvenida a Yuzhny.

Figueroa se limitó a asentir y a estrechar la mano enguantada que le tendía el militar ruso. Se encontraba demasiado cansado. No recordaba cuánto tiempo llevaba sin dormir.

Siguieron a la comitiva hasta un vehículo oruga y se introdujeron en él. Enseguida se encontraron en el interior de un gran hangar repleto de tanques y vehículos militares.

Se bajaron del vehículo y entraron por una puerta a lo que parecía un enorme pasillo pobremente iluminado. Allí la temperatura era muy agradable y pronto empezaron a sudar. Casi sin darse cuenta se desprendieron de sus gruesos chaquetones y guantes. Siguieron al almirante, que andaba con paso decidido delante de ellos, volviéndose con frecuencia para asegurarse de que lo estaban siguiendo.

Recorrieron más pasillos y estancias hasta que finalmente entraron en una sala de control repleta de consolas frente a las cuales había operadores con uniforme militar.

El almirante, con un gesto, hizo a entender a Figueroa que ocupara un asiento vacío delante de una pantalla y que se colocara unos auriculares.

El periodista obedeció. Presentía lo que iba a suceder y quién estaba al otro lado de la comunicación.

—¿Robledo de Chávela? —preguntó casi con temor a equivocarse.

Enseguida, una voz estruendosa y potente resonó en sus oídos. La reconoció de inmediato. Era la del profesor Ochoa.

—Sí, amigo Javier. ¡Por fin han llegado a su destino! Me parece increíble después de todas las vicisitudes por las que han tenido que pasar. Esta buena gente nos ha prestado todo su apoyo y tecnología para poder comunicarnos. ¿Están todos bien?

—El comandante Almansa parece aquejado de una grave enfermedad, pero de momento aguanta —dijo mirando a su compañero, que asintió con su rostro pálido y enfermizo—. El fin se acerca y estamos todos preparados.

—Me alegra oírlo, pero tengo malas noticias —anunció Ochoa y su voz sonó grave y muy preocupada.

—Adelante, pero creo que ya lo sabemos. —Figueroa desenchufó los auriculares para que toda la sala pudiera escuchar la conversación. Vova se puso al lado del almirante para traducir la conversación.

—La flota de Blua Suno fue atacada con misiles y aviones de combate de la Alianza del Norte en los cielos de Oslo. Libraron una batalla de la cual no sabemos el resultado. Mucho me temo que si llegan a su posición, estarán muy mermados y requerirán de toda la ayuda que les puedan prestar.

Vova habló con Duvrovnik y este asintió.

—Está todo preparado, profesor, para recibir a nuestros amigos.

Figueroa sintió por primera vez en mucho tiempo una gran esperanza en el alma. El fin se acercaba y pronto tendrían a los habitantes de Unoa entre ellos, tal vez un nuevo inicio de una civilización más justa. El cansancio desapareció de su cuerpo como por arte de magia, de repente recobró lucidez y energía. Pero al mismo instante asimiló lo que le acababa de transmitir Ochoa, ratificado con las imágenes que había visto. La flota extraterrestre había sido atacada y sufrido grandes pérdidas. ¿Sería posible que, después de tantos esfuerzos, de muertes y sacrificios, finalmente no consiguieran llegar a su destino? Esa idea lo aterrorizó tanto que sus labios temblaron al preguntar:

—¿Cuál es la situación?

—Tengo esperanza de que Unoa haya sobrevivido al ataque. Es una nave ideada para viajar en el espacio y soportar el impacto de meteoritos y otros objetos que vagan por el universo. Mi esperanza reside en ello. Pero he perdido momentáneamente el contacto con Shora. Creo que hemos de ser prudentes y mantener el optimismo. —El tono de voz traicionó el mensaje de Ochoa. Estaba aterrado al igual que ellos, incluso más si cabe. Figueroa intuyó una profunda herida en su alma. Aquel hombre estaba sufriendo lo indecible, pero luchaba para dar un mensaje esperanzador. Por fin, el viejo profesor acabó la comunicación con una breve frase—. Si el destino nos es propicio, pronto nos veremos. Cuiden de los nuestros, los valientes tripulantes

de Unoa. Creo que necesitarán su ayuda cuando consigan aterrizar. Hasta pronto, amigos.

La comunicación se cortó.

Figueroa miró a su alrededor. Vova había estado traduciendo cada una de las palabras del profesor Ochoa y los rostros de todos los militares que había en la sala reflejaban la preocupación. Se sintió incómodo al sentirse el blanco de todas las miradas. Era evidente que lo habían tomado como el líder que los debía guiar en el tránsito de recibir a los extraterrestres, al momento en que la humanidad empezaría a cambiar.

Sintió esa presión y le resultó insoportable. Por eso se levantó sin decir nada, recogió su gran y pesado anorak y se dirigió al exterior. Estaba tan confundido que tardó en encontrar la salida. Notó cómo decenas de miradas lo seguían.

Eso había sucedido unos minutos atrás.

Estaba contemplando el cielo junto a Gemar, pero pronto notó otra presencia. Al girarse pudo ver la figura alta y delgada del comandante Almansa que se situaba a su lado envuelto en una nube de vapor que salía de su boca.

—Bonita noche, ¿no crees? —Su voz sonó débil y cansada, como si el oxígeno no pudiera alimentar sus pulmones con normalidad.

—No te conviene estar aquí fuera. Hace mucho frío —le contestó Figueroa volviendo su mirada al cielo.

—¿Cuántas veces se puede contemplar la historia en el momento en que nace, señor periodista? Nadie en su sano juicio se puede perder esto. Somos testigos privilegiados. —Almansa tosió muy fuerte y rechazó amablemente la mano que le tendía Gemar—. Este es mi lugar y lo quiero compartir con mis amigos.

Figueroa asintió. Estaba tan emocionado como sus acompañantes. Temblaba de pies a cabeza, pero no sabía si era debido al frío intenso o a la gran desazón que le producía aquella situación que sin duda cambiaría el mundo.

Se volvió al escuchar numerosos pasos que rompían el hielo con las suelas de las botas al caminar. Decenas de personas caminaban al encuentro de ellos.

Vova se situó a su lado.

—Mira —le dijo mientras señalaba con su mano enguantada hacia una montaña que había detrás de los edificios militares.

Figueroa dirigió la vista hacia donde le indicaba el traductor ruso.

Se quedó prácticamente sin respiración. Más allá de los tejados repletos de hielo y nieve del cuartel, en las agrestes montañas de hielo, pudo ver unas gigantescas letras iluminadas entre la oscuridad como llamaradas de lanzallamas.

—Lo han hecho los cientos de traductores de esperanto que han sido destinados aquí por la Federación Rusa. Serán ellos los primeros en hablar con los recién llegados. Es su manera de agradecer esta oportunidad que les ha dado la historia.

Figueroa, Gemar y Almansa miraban extasiados el enorme mensaje escrito a fuego sobre el hielo. Sin duda sería visto por cualquier aparato aéreo que se acercara a aquellas instalaciones.

BONVENON ESPERO.

—¿Qué significa? —quiso saber Almansa.

Vova requirió a una persona cercana. No era un militar, ya que su atuendo reflejaba una adinerada condición para adquirir ropa de abrigo de calidad. Tal vez se tratara de un profesor de universidad privada, pensó Figueroa.

Cuando el hombre se acercó, le preguntó algo en ruso indicando hacia las letras luminosas de la montaña. Este le contestó con solemnidad y volvió afijar su mirada en el cielo, al igual que los cientos de personas que poco a poco iban cubriendo la gran explanada.

—Dice —explicó Vova— que significa «Bienvenida, esperanza».

Figueroa asintió. Un nudo de emoción atenazó su garganta. No podría haber encontrado una frase más acertada para aquel momento.

—La misión de los intérpretes de esperanto es tomar contacto con los extraterrestres y atender sus peticiones. Son órdenes del presidente —gritó a su lado Vova para hacerse oír entre la ventisca helada que se estaba levantando en aquellos momentos—. Todos ellos son voluntarios. No sobran los traductores de ese extraño idioma en este momento. Pero acudieron muchos a la llamada de nuestro gobierno, todos ellos de diversas universidades y asociaciones. Hay más de doscientos. Insistieron en hacer el mensaje de bienvenida luminoso. Están esperanzados en un futuro mejor, no te rías de ellos.

—Muy al contrario, Vova —contestó Figueroa también a gritos—. Ahora más que nunca nos hacen falta personas como ellos. Sin sueños de un futuro mejor este no existirá. Hemos tocado fondo y ahora han de tomar el relevo los soñadores ante los pragmáticos como tú y yo. Será la evolución de nuestra especie.

Vova se encogió de hombros sin entender nada.

—Si tú lo dices… —gritó para hacerse oír—. Pero suena bien. Me gusta que estos *frikies* tomen mi relevo, soy demasiado escéptico y mala persona como para encajar en este nuevo mundo.

—Como la mayoría de nosotros.

Figueroa guardó silencio tras esta última frase. Sentía que cada vez más gente se congregaba a su alrededor, cientos de pasos hacían crujir el hielo a sus espaldas. Notó en su hombro izquierdo la mano afectuosa y firme de Gemar. En su hombro derecho la del comandante Almansa, cada vez más débil por la enfermedad. Los tres cerraron un círculo mágico. Habían ganado su derecho a ser protagonistas de lo que estaba a punto de nacer.

Todas las miradas esperanzadas se dirigieron hacia el oeste, donde, tal vez a causa de la imaginación, parecía haber un halo de luz rojiza que se dibujaba a lo lejos tras el horizonte de la esperanza que rompía la oscuridad polar.

Pero algo refulgía en el horizonte. Eran como pequeños puntos luminosos distorsionados por las nubes altas y negras.

Los espectadores de la base rusa se vieron sacudidos por un torbellino de aire y hielo que los cubrió por completo, como si se tratara del ataque furioso de millones de enjambres de abejas blancas.

Figueroa se protegió los ojos con sus manos enguantadas, aun teniendo las gafas de protección.

Un grito en ruso resonó por encima del estruendo del aire.

Era el comandante de la base que daba instrucciones a través de su teléfono móvil. Vova, a su lado, le tradujo la orden:

—¡Hay que encender todas las luces de la pista de aterrizaje!

De repente, a la derecha de Figueroa, cientos de focos rompieron la oscuridad y proyectaron sus luces al cielo, descubriendo con sus haces de luz una tupida cortina de nieve que se precipitaba en torbellinos hacia el suelo. Este volvió su mirada hacia el cielo y pudo comprobar asombrado cómo los objetos estaban mucho más cerca. Incluso podía identificar que no todos eran iguales en tamaño ni forma. Algunos de ellos arrastraban a su paso una espesa columna de humo. Pero lo que más le sorprendió fue la enormidad de una de las naves. «Unoa», se dijo.

Era tan gigantesca que el resto de su séquito parecían simples moscas revoleteando alrededor de un elefante.

Para su sorpresa, la gigantesca nave varió pesadamente de rumbo y se dirigió hacia el mar. Tras de sí iba dejando una espesa estela de humo negro. A los pocos instantes sobrevoló a los espectadores y causó un torbellino de hielo y aire que consiguió tumbar en el suelo a muchos de los asistentes. La

poca luz polar quedó tapada durante unos instantes por aquella enorme masa y se hizo la oscuridad más absoluta.

Pero Figueroa se mantuvo firme, azotado por los elementos y luchando por no salir volando mientras apoyaba con firmeza los pies en el suelo helado.

Siguió con la vista a Unoa, sin entender nada de lo que estaba pasando.

La gigantesca nave continuó una trayectoria descendente sobre el océano negro y amenazador lleno de cascotes de hielo flotante. Finalmente, a lo lejos, un géiser de agua y espuma se elevó hacia el cielo tras haber sido violentada la superficie del agua por aquel artefacto gigantesco. Se escuchó una explosión tremenda que rompió la tranquilidad de la noche ártica.

Una ola inmensa ocultó el lugar del impacto y cuando esta pasó, el mar afectado por las ondas del impactante naufragio se había tragado por completo a Unoa.

Aún impresionado, Figueroa miró la pista de aterrizaje. Cientos de personas corrían hacia allí mientras gritaban angustiadas. También pudo ver luces azules que se apagaban y encendían. Debían ser los bomberos del aeropuerto que acudían rápidamente a cada una de las naves de Unoa que se estrellaban con estrépito contra el suelo entre humo y llamas. Otras se iban posando con elegancia sobre el hielo de los alrededores. Había cientos de ellas.

Antes de que pudiera darse cuenta, estaba prácticamente solo en la explanada de la base militar. Solo lo acompañaban Gemar y Almansa. El resto había corrido hacia la pista de aterrizaje.

Pero ellos permanecieron de pie sin moverse mientras miraban conmovidos hacia el océano, en el punto en el que había caído Unoa.

* * *

—*Instruisto* —llamó con la voz llena de emoción—, ¿estás ahí?

La voz gangosa por el llanto sonó fuerte como un trueno en la sala de mando.

—Sí, Blanka, ¿estás bien?

—Ya estamos llegando a nuestro destino. Dame fuerzas.

—«Lo peor ha pasado, pronto nos veremos».

Shora guardó silencio durante unos segundos interminables.

—¿Hay algún problema, Blanka? —quiso saber Ochoa angustiado. Su voz denotaba la duda de algo atroz debido al silencio de su amada e insistió—: ¿Estás bien?

—Nunca más nos veremos en este mundo —contestó finalmente Shora—. Mi destino es finalizar mi existencia en los mares de Domo. Ha de ser así, entiéndelo. Unoa transporta la vida en sus entrañas, su futuro, la solución a sus problemas. La he de llevar allí donde la nueva vida ha de comenzar, en los océanos. No puede ser de otra manera.

Esta vez fue Ochoa el que guardó silencio, tan frío como el paisaje que pasaba ante los ojos de Shora.

—Acompáñame en estos momentos, Ochoa —suplicó—. Dame valor para lo que tengo que hacer, te necesito.

Shora miró la consola con lágrimas en los ojos. En pocos instantes llegarían a su destino. Tras un mar gris y oscuro, pudo ver una isla helada repleta de montañas y acantilados. Mientras se iba acercando, distinguió edificaciones que sobresalían sobre el manto de nieve.

—No lo hagas —pudo decir por fin el profesor Ochoa—. Tiene que haber otra solución.

—Solamente te pido que no me dejes. Acompáñame hasta mi último segundo de respiración.

—Lo nuestro no puede acabar así, Blanka, hemos sufrido demasiado.

—Nuestra vida es insignificante comparada con la responsabilidad que nos ha deparado el destino. Espero que nuestro sacrificio sea reconocido por las generaciones venideras.

Shora pudo ver en lo alto de una montaña nevada, próxima al mar, unas letras escritas en el idioma de la esperanza. Eran enormes y de color rojo. En el valle que se extendía a sus pies había una gran explanada donde podrían aterrizar todas las naves de su flota. Más allá se extendía el mar helado.

BONVENON ESPERO, decía el mensaje.

Se emocionó tanto que sus ojos se nublaron. ¡Eran bienvenidos al menos en aquella parte de Domo, tal y como le prometió Ochoa! Allí estarían protegidos y podrían iniciar una nueva vida en aquel maravilloso planeta. Aliviada, se centró en su misión.

«Ha llegado el momento de despedirnos, hermanos —transmitió a su flota —. Man conseguido nuestro objetivo, un lugar donde iniciar una nueva vida. Desciendan y que sus actos sean elogiados por los habitantes de Domo. Háganse querer y respetar. Ayuden a nuestros anfitriones y enséñenles cómo sobrevivir al mal que les aqueja. Respeten sus costumbres y solamente actúen cuando ellos se lo pidan. Pronto conocerán al nuevo *Neniu* que los guiará en esta misión tan difícil. Ahora los dejo, he de plantar la semilla del nuevo mundo».

Miles de lamentos sobrecogieron su mente. Eran las voces de sus hermanos que lloraban su pérdida.

Emocionada, Shora observó cómo todas las naves descendían hacia el valle helado.

Unoa continuó su trayectoria hasta su destino final.

Sus manos temblorosas, pero al mismo tiempo firmes ante su férrea voluntad, dirigieron la enorme nave nodriza hacia el mar. Fue descendiendo poco a poco, intentando que el impacto fuera lo menos violento posible para preservar intacto su contenido.

Con decisión siguió descendiendo mientras veía aproximarse cada vez más aquel océano que tanto le recordaba al de Blua Suno.

Planeó con Unoa sobre aquel manto rizado por miles de olas blancas sobre un tapiz gris intenso plagado de hielo flotante.

Pudo ver la sombra gigantesca de la nave y la estela de humo negro que desprendía sobre aquella belleza acuática bajo la noche ártica.

Inclinó suavemente el morro del monstruo para poder sumergirse de la manera menos brusca posible. Delante de ella la consola le confirmó que la profundidad del océano era la adecuada.

De todos modos el impacto fue muy violento, pero consiguió mantener el equilibrio gracias a que las plantillas de los pies de su traje la equilibraron. Delante de ella se formó una cortina de millones de burbujas de oxígeno que subían raudas hacia la superficie.

Siguió descendiendo y pudo ver los rayos débiles de la noche polar atravesando el agua. Abajo se extendía la oscuridad más absoluta, los abismos oceánicos.

El descenso en la oscuridad fue eterno, hasta que una gran sacudida, que hizo quejarse a la maltrecha estructura de Unoa, le indicó que había llegado al suelo de una plataforma oceánica, no demasiada alejada de la costa.

Tembló de emoción y de miedo, pero no dudó ni un instante en cumplir con su última misión como la *Majoro* de Unoa.

«*Cervo* —transmitió con serenidad—, abre las compuertas traseras de Unoa y libera a las *ondoj* y a su alimento». «No hará falta, *Majoro*, las brechas de Unoa son importantes y el agua está entrando en ella por numerosos sitios. Libero a las *ondoj* para que ellas encuentren la salida hacia el océano».

«Bien, *Cervo*, te pido que continúes un poco más conmigo. Necesito comunicarme con el *Instruisto* Ochoa, deseo que me haga compañía en mi final». «No te abandonaré, Shora, digna *Majoro* de Unoa, hasta que exhales tu

último suspiro. Hubieses sido una gran *Neniu* para Blua Suno y con gusto te hubiese servido como tal».

«El nuevo *Neniu* es Nigra, aunque no merece ese honor».

«Nigra no es el *Neniu*, Shora. Ese honor solamente lo decide *Cervo* y está reservado a los más idóneos».

«Pero Nigra me dijo…».

«Nigra ha perdido el juicio, solo el elegido sabe los secretos más trascendentales de *Cervo* y *Cervo* es el que lo elige. *Cervo* solo sirve al legítimo *Neniu* y le otorga todo su conocimiento. Nigra ha olvidado eso dentro de su locura, pero jamás será el *Neniu*».

«Nigra se ha hecho cargo de toda la flota de Blua Suno y se dirige hacia aquí, ¿cómo lo podrás guiar si no lo reconoces como *Neniu*?».

«No lo guiaré, únicamente reconozco un nuevo *Neniu*, y no es Nigra».

«Pero si no lo guías, Blua Suno no podrá encontrar el camino hasta llegar a Domo».

«No puedo guiar al ilegítimo *Neniu* hasta aquí. Eso significaría la destrucción de Domo. La primera ley sería quebrantada. El *Neniu* no es elegido por los hombres sino por *Cervo* y este le dará todos los conocimientos de los *homoj*. De todos modos no los abandonaré a su suerte. Vagarán por el espacio hasta que el equilibrio se reestablezca y encuentren otro mundo, que en ningún caso será Domo».

«¿Quién es el nuevo *Neniu*?». Shora intuía la respuesta.

«Aquel que es idóneo y que mantiene su alma pura bajo los preceptos de nuestra civilización. Tú ya sabes quién es. Es sangre de tu sangre. El que ha de guiar a nuestro pueblo en Domo. Ya lo elegí desde que nació. Tiene lo mejor de los dos mundos, de Blua Suno y de Domo».

«Así sea, *Cervo*». Shora era consciente de que nada de lo que pudiera decir tendría alguna injerencia. *Cervo* había tomado su decisión y la *Granda Alveno*, tal y como había sido planificada en un inicio, jamás se produciría, todo gracias a la ambición desmedida de un solo hombre, Nigra. Pero se consoló sabiendo que al menos ella había conseguido poner a salvo a algunos de sus hermanos en Domo y que la nueva era había comenzado incluso dentro de un mundo hostil. Sintió un gran pesar por no poder estar entre ellos para guiarlos, tal y como había hecho desde su salida de Blua Suno.

—Blanka.

—Te siento junto a mí, viejo *Instruiste*.

—¿Qué has hecho? Me dicen que has estrellado Unoa contra el mar.

—Unoa lleva las semillas de la nueva vida en su interior. Las que darán una nueva vida en Domo. Pero no quiero discutir, quiero que me acompañes en mi fin.

Shora escuchó unos sollozos en la sala de mando de Unoa. La oscuridad era absoluta, solo rota por las luces de la consola que aún seguía manejando con las palmas de sus manos con el fin de mantener la comunicación con su gran amor, el profesor Ochoa.

—Te juré que nuestro amor sería para siempre, Blanka.

—Y así ha de ser. No hay nada en todo el universo que me reconforte más que tu voz, por eso te quiero tener a mi lado hasta el final.

—Así será —dijo Ochoa con la voz quebrada, consciente de que ya no podía hacer nada por salvar a su amada. Era su destino morir en el fondo del océano para salvar a la humanidad—. Hay algo muy bello que creamos entre los dos, Blanka, que sobrevivirá y dará esperanza a este mundo. Es nuestro legado y viviremos en él.

—Es cierto, sigue cuidándolo por los dos. Es la salvación para los dos mundos, para ello lo educamos.

—Pero tenemos a otro hijo, que estoy seguro que tarde o temprano verá la luz.

—Es mi deseo y parte de mi alma y de la tuya está con él. Nigra le deparó otro destino, pero la llama de nuestro amor crece en su ser, estoy convencida. Encontrará su verdadero destino, allá donde sea que este se encuentre.

—¿Qué quieres decir?

—Blua Suno jamás descenderá en Domo. *Cervo* lo impedirá.

Tras un breve silencio, Ochoa respondió.

—Entiendo. Nigra ha condenado a los de tu raza.

Shora notó cómo Unoa se estremecía, sabía que el fin estaba próximo. El mar entraba en todos los compartimentos de la nave que se iban resquebrajando bajo la gran presión del agua.

—Desde que te fuiste de mi lado, *Instruiste*, he anhelado tus caricias y tu amor. Me he sentido muy afortunada ya que ninguno de mis hermanos ha vivido una experiencia semejante. De ti aprendió mi corazón. Hiciste vibrar mi cuerpo, mi piel, mis labios. Nadie jamás en Blua Suno había conocido ese tipo de pasión por la vida. Hiciste elevar mi alma más allá de lo conocido, me diste valor y espíritu de sacrificio por nuestras dos razas. Todo mi ser te ama. Eres la verdadera razón de mi misión y me has dado esperanza en un nuevo mundo. Solo anhelo besar tus labios por última vez. Pero los recuerdos me

llegan cercanos y siento tu calor. Abrázame con tu mente y no me sueltes, me das seguridad y valor.

—¡No, espera! —El grito de Ochoa resonó en el puente de control de Unoa como si hubiese estallado un trueno.

La puerta de la sala de control crujió y comenzó a abombarse hacia dentro. Hilos de agua estallaron y provocaron grietas cada vez más grandes.

—Adiós, amor mío. No sufras por mí, me voy feliz. Te esperaré al otro lado.

—Siente mi abrazo, pronto estaremos juntos, mi amor —susurró Ochoa, vencido ante la cruel obviedad del destino—. Te acaricio la cara y el cabello. Si miras bien, verás mis ojos delante de los tuyos, como tantas veces habíamos hecho antes. ¿Ves mis ojos, sientes mis manos? Ten valor y sígueme mirando.

—Te siento a mi lado, Ochoa. —Blanka, Shora, la *Majoro* comandante de Unoa, con lágrimas en los ojos, había vencido finalmente el miedo a la muerte.

La puerta cedió por fin con un crujido y una ola de agua fría y negra invadió la sala. Arrancó a Shora de la consola de control y sus luces se apagaron para siempre.

El ímpetu del agua la atrapó en un torbellino que la estrelló contra el gran ventanal del puente de mando de Unoa. Sintió el agua helada en el rostro y en las manos mientras el aire desaparecía de sus pulmones. Luchó desesperadamente por no respirar, luchó para no morir tan pronto.

Al fin vio lo que ansiaba, una sombra gigantesca delante de ella que se movía con elegancia en aquel océano frío e inhóspito. Era una *ondoj*, su última visión antes de morir con una sonrisa en los labios. La semilla ya estaba plantada.

En la sala de control de Robledo de Chávela se escuchó un alarido desgarrador. Todos los operadores acudieron a auxiliar al profesor Ochoa, que se había desplomado desvanecido al suelo.

* * *

Figueroa seguía en trance mirando hacia donde se había estrellado Unoa. Ni las sirenas de los bomberos de la base militar lo abstrajeron de esa visión. Una serie de olas rompían como tsunamis contra el malecón que protegía la base naval rusa. A lo lejos los navíos y submarinos se balanceaban al capricho de las ondas marinas.

Almansa le susurró al oído.

—Vayamos a auxiliar a los vivos.

Como en un sueño se volvió hacia la pista de aterrizaje y la imagen lo sobrecogió.

Centenares de llamas se elevaban hacia la noche ártica. Le pareció escuchar gritos de dolor que sobrepasaban el ulular de la fría ventisca.

El humo reflejaba intermitentemente las luces azules y rojas de los vehículos de emergencia allá a lo lejos.

Por fin pudo tomar el destino de sus propias extremidades y corrió hacia aquel escenario apocalíptico.

Se sorprendió a sí mismo al sentir cómo sus pies vencían la pesadez de la trampa de nieve. Corrió con todas sus fuerzas hacia las llamas. Los gritos de dolor y de muerte lo llamaban pidiéndole auxilio.

Luchó sin aliento contra la nieve que le cubría hasta las rodillas, sintió su respiración agitada que rompía el aire gélido a cada paso. Su decisión era tan fuerte que no sintió fatiga ni dolor en sus músculos.

Al cabo de poco tiempo se encontró dentro de un escenario dantesco. Los militares rusos amontonaban cadáveres y heridos sobre la pista de aterrizaje, algunos de ellos incluso mutilados.

Vehículos oruga cargaban en su interior centenares de cuerpos vestidos de blanco con graves lesiones. La sangre fundía el hielo y la nieve. Todo el ambiente olía a sufrimiento y muerte.

En medio de aquel escenario, luchó por conservar la tranquilidad y controlar sus sentimientos. Nada podía hacer por los heridos o muertos. Su objetivo en aquel momento fue tomar contacto con los supervivientes. Tenía que darles confianza para el inicio de una nueva vida.

Fue entonces cuando se percató de la gran cantidad de naves extraterrestres que permanecían intactas y flotando en el aire fuera de la pista de aterrizaje de la base militar. Parecían selladas dentro de sus estructuras cristalinas, esperando ver qué sucedía. Tuvo claro que aquella era su misión. Contactar con ellas y darles la bienvenida, transmitir a sus ocupantes que ya se encontraban seguros y que no tenían nada que temer.

—¡Vova! —gritó a pleno pulmón para hacerse oír entre aquella tormenta de ruidos. Miró a su alrededor buscando a su traductor, pero era tal el caos que lo rodeaba entre la ventisca helada que le era imposible distinguir una persona de otra—. ¡Vova!

De repente todas las luces de la base se apagaron, las sirenas de los vehículos de emergencia se silenciaron y todos los motores dejaron de

funcionar. El viento racheado fue lo único que se escuchó en aquellos momentos, incluso ocultando los gemidos de los heridos y las voces de los que los asistían. Las estrellas reflejaban su tenue luz sobre el hielo y la nieve, eso era lo único que impedía la oscuridad más absoluta.

Algunos gritos de miedo se escucharon a lo lejos. Provenían de los soldados más próximos a las naves extraterrestres que gravitaban en las cercanías del aeropuerto. Figueroa dirigió su mirada hacia allí y pudo ver asombrado cómo todas las esferas habían adquirido un brillo frío y casi negro, tan amenazador que hasta el último vello de su piel se erizó debajo de la ropa de abrigo.

Una voz firme, atronadora, restalló en el aire más fuerte que la ventisca polar y heló la sangre de los más valientes. Era como si el mismísimo Dios estuviese hablando. Lo hacía en un extraño idioma que pocos pudieron entender, pero el mensaje sonaba claramente amenazador.

—*Al nia gefratoj kie estas. Ni helpos ilin. Ni ne scias de viaj intencoj*. (Dejen a nuestros hermanos donde están. Nosotros los auxiliaremos. No conocemos sus intenciones).

Figueroa miró a sus espaldas y se vio flanqueado por Gemar y el comandante Almansa. También vio una figura que se dirigía corriendo hacia él. Era Vova. Lo seguía un hombre encorvado por el frío y luchando contra el viento.

—¿Qué hacemos? —preguntó Vova—. Me acompaña un traductor de esperanto.

—Sígueme. —Figueroa comenzó a andar con dificultad, pero con determinación, hacia las naves extraterrestres. La nieve casi le llegaba hasta las rodillas fuera de la pista de aterrizaje de la base.

El pequeño grupo lo siguió, aunque con menos ímpetu que él. Incluso les costaba mantener su paso.

Por fin se detuvo ante la esfera más avanzada que brillaba tenuemente con reflejos negros y azules oscuros. Era como una enorme esmeralda que irradiaba luz sobre la nieve y rompía la oscuridad con sutiles reflejos.

Figueroa se sintió diminuto ante aquella esfera enorme y amenazadora que gravitaba sobre el suelo de hielo sin moverse ni un milímetro.

Aclaró su garganta y carraspeó para librar las cuerdas vocales del intenso frío que lo atenazaba. Después gritó con toda la capacidad de sus pulmones.

—Su presencia aquí es bienvenida y así deben sentirlo. Nada malo les pasará. Estamos auxiliando a sus heridos.

—Aunque grites, no te entenderán —comentó Almansa a su lado—. Que Vova hable con el traductor de esperanto para que este transmita el mensaje.

Figueroa asintió perturbado. Era evidente que se había dejado llevar por la tensión del momento.

Vova habló en ruso con el traductor y este avanzó hasta colocarse delante de la esfera. Parecía temblar de pies a cabeza. Los allí presentes no sabían si era de miedo o emoción.

—*Via ceesto tie estas bonveno kaj tiel devas aüdi vin. Tute ne malbona pasos vin. Ni helpas al viaj vunditaj*. —El mensaje apenas se oyó por encima del ulular del viento.

Pasaron los minutos y la escena pareció congelarse en el tiempo. El viento arreciaba por momentos arrastrando a su paso millones de cristales de hielo que golpeaban sin piedad a los hombres que esperaban delante de las naves extraterrestres. La visibilidad fue menguando y finalmente casi desaparecieron de la vista las luces mortecinas de las esferas.

Figueroa pasó su mano enguantada por las gafas de protección, pero no consiguió mejorar la visión. Estaba tan nervioso que no distinguía nada a un metro de su nariz.

Una mano le tomó la cabeza y se la dirigió a un punto determinado. Al darse vuelta identificó a Gemar, que parecía un muñeco de nieve azotado por el viento ártico. Le indicó con la mano que mirara hacia un lugar, ya que si se lo hubiese dicho con palabras, no hubiese podido escucharlo.

Cuando dirigió su vista al lugar indicado, pudo ver un fugaz resplandor de luz blanca que se filtraba entre los torbellinos de hielo y nieve. Entonces entendió. La plataforma de la nave esférica que tenía delante suyo se estaba abriendo. Intuyó una sombra alargada que se dirigía hacia él y sintió pánico. Instintivamente todo el grupo dio un paso atrás.

De pronto vio ante él, a escasos metros, a un hombre imponentemente alto. Iba vestido de un blanco tan níveo como el paisaje que los rodeaba. Su cabeza estaba cubierta por una especie de casco muy fino que parecía pegado a su cráneo como una segunda piel. Uno de sus ojos resplandecía con un fulgor azulado como si de una llama se tratara.

La figura se acercó aún más a Figueroa, quien se percató de que el extraterrestre prácticamente lo doblaba en altura.

Luchó para no dejarse caer en el suelo presa del terror. La energía de aquel ser le indicaba que era muy poderoso y que lo estaba observando como si fuera un insecto. Fue consciente de que aquella raza procedía de una civilización que venía de miles de años luz antes de la suya y eso le rompió dolorosamente todos los esquemas que se había planteado hasta el momento. No sabía cómo dirigirse a él ni cómo hacer de embajador de bienvenida cuando decenas de cuerpos heridos y mutilados de aquellos extraterrestres plagaban la pista de aterrizaje de Nueva Zembla. Cayó en la cuenta de que no

estaba preparado para esa situación y la sensación de desamparo fue tan fuerte que inclinó la cabeza ante aquel ser altivo como muestra de sumisión. Aquella escena, era consciente, se alejaba mucho de lo que hubiese deseado. Tratar por iguales a los recién llegados le parecía imposible. Fue consciente de que aquella raza era muy superior a la suya, no solo en el plano tecnológico, sino también en el espiritual.

Entendió de pronto, haciendo un ejercicio de empatia, la situación de los recién llegados y la ofensa que suponía para ellos que se estuviesen ocupando de sus heridos sin tenerlos en cuenta.

—Solo pretendíamos ayudarlos. El mensaje que han visto en la colina es sincero. Bienvenidos, esperanza —Luego se volvió hacia atrás sin poder distinguir bien a quién se dirigía—. Que el traductor exprese mis palabras, Vova.

El traductor de esperanto habló, una vez captado el mensaje de Vova, con voz alta y clara, esforzándose por hacerse escuchar por encima de la ventisca. Estaba tan impresionado que parecía que de un momento a otro iba a perder el conocimiento.

Tras unos instantes de silencio roto únicamente por el ensordecedor ruido de la ventisca, una voz poderosa como el trueno retumbó en el aire.

—*Estas Ekindek la kolumna de esploristoj. Majoro Shora diris min ke kunlaboras kun vi gis la alveno de la Nenia, kiu devos gvidi nin. Ankoraü tiel, mi devas peti vin ol vi lasas al niaj gefratoj vunditaj, ni flegos Ilin.*

El traductor habló atropelladamente con Vova y este tradu jo a Figueroa.

—Soy Ekindek, comandante de la *Kolumna* de exploradores. La comandante Shora me dijo que colaborara con ustedes hasta la llegada del *Nenia*, que habrá de guiarnos. Sin embargo, debo pedirles que dejen a nuestros hermanos heridos, nosotros los cuidaremos.

Cientos de figuras fantasmagóricas desdibujadas por los torbellinos de hielo aparecieron detrás del extraterrestre. Figueroa entendió. No estaba pidiendo permiso.

Se hizo a un lado y su grupo lo imitó casi de inmediato. Ante ellos desfilaron aquellos seres tremendamente altos y elegantes. Caminaban sobre la tupida nieve sin dificultad, ágilmente, pero con tanta determinación que era evidente que nada ni nadie los haría desistir de su propósito.

Fue entonces cuando el que se hacía llamar Ekindek se volvió hacia el grupo. Pareció fijar su mirada en Gemar, situado al lado de Figueroa.

—*Konas Fin. Nin vazo helpi al vakigi al la granda milita Martín kaj al la scienca Julia. Mi gajigas min vidi konatan animan. Estas nobla kaj mi*

konsideras al vi mian fraton. Tio trankviligas min. Gifaris ke lasas kolekti nin al niaj gefratoj en paco. Mi fíelas tí.

El traductor de esperanto, casi escondido detrás de Vova, le tradujo lo que acababa de escuchar.

—Dice: Te conozco. Nos ayudaste a desalojar al gran guerrero Martín y a la científica Julia. Me alegro de ver un alma conocida. Eres noble y te considero mi hermano. Eso me tranquiliza. Haz que nos dejen recoger a nuestros hermanos en paz. Confío en ti.

Gemar, emocionado, asintió al gigante.

—Vova, dile al almirante que repliegue a sus tropas —gritó sin volverse.

—Yo no veo a nadie con esta maldita ventisca.

—Nosotros no los vemos, pero ellos sí. Haz lo que te he dicho.

Vova partió maldiciendo hacia la invisible pista de aterrizaje y casi al instante desapareció de su vista envuelto en la nube de hielo.

Los extraterrestres permanecieron en silencio, mirando hacia la nada. Parecían estatuas azotadas por el viento.

Pasados unos largos minutos, Ekindek se volvió elegantemente hacia Gemar y asintió como muestra de agradecimiento. Comenzó a caminar con paso decidido seguido por cientos de los de su raza, perdiéndose al poco tiempo entre la ventisca.

El grupo observó el paso de la comitiva sin articular palabra. Cuando el último de los extraterrestres se perdió de vista, Figueroa se dirigió a Gemar.

—¿Qué nos hemos perdido?

—Se han visto amenazados por armas de fuego. Han pedido poder avanzar sin esa amenaza. Querían vía libre para poder recoger a sus heridos sin luchar. Simplemente eso.

—¿Conoces a ese individuo?

Gemar asintió con la cabeza.

—Era uno de los que rescataron al coronel Herrero y a su mujer en el Hospital 12 de Octubre de Madrid. Pérez y yo los ayudamos junto con Freezer y Simón. Me parece que ha pasado un siglo desde entonces.

—¿Crees que son una amenaza? Parecen muy poderosos.

—No. Los peligrosos somos nosotros. Dejemos pasar el tiempo. Somos dos civilizaciones totalmente distintas, el encaje será duro, no debemos precipitarnos. Es imposible entendernos tan pronto cuando nos separan miles de años de evolución.

—¿Qué hacemos ahora? —quiso saber Figueroa.

—Esperar —contestó Gemar.

—¿A qué?

Pero Gemar no contestó. Simplemente se quedó mirando hacia las pistas de aterrizaje de Nueva Zembla, por donde había desaparecido la comitiva de extraterrestres.

No tuvieron que esperar mucho hasta que aparecieron dos figuras blancas entre la ventisca. Transportaban entre las dos una plataforma flotante con un cuerpo ensangrentado en su interior.

Una de las figuras se detuvo ante ellos. Pareció fijar su atención en Almansa. Este retrocedió unos pasos con dificultad, hasta colocarse detrás de Gemar, que lo sujetó para que no cayera presa de su debilidad. El médico estaba encorvado y comenzó a toser sin parar.

El extraterrestre avanzó hacia ellos y tendió una mano al comandante de la UME. Su gesto no fue amenazador, más bien al contrario. Se mantuvo a una distancia prudencial mirándolo con su único ojo brillante de color azul intenso tras aquel casco liviano.

—¿Qué quiere? —preguntó Almansa cuando pudo recuperar el aliento.

—Creo que quiere que lo acompañes. —Gemar miraba extasiado la enorme figura que tenían ante ellos. Esta hizo un gesto con su mano tendida, apremiando tal vez a Almansa para que se la tomara.

—¿Para qué?

—Para curarte. Acompáñalo, te lo suplico. Creo que ha presentido tu enfermedad y quiere ayudarte. En caso contrario, amigo, dudo que puedas sobrevivir. Ve con él.

Almansa tendió su mano y tomó la del gigante. Este tiró de él con suavidad y se lo llevó caminando entre la ventisca. Antes de desaparecer giró la cabeza hacia sus compañeros e hizo un gesto de confianza.

Figueroa y Gemar sintieron un gran vacío en su interior. En aquel momento, rodeados de hielo, viento y nieve entre la oscuridad ártica, presintieron lo diminutos que eran dentro del universo. Ante ellos siguieron desfilando interminables hileras de figuras altas y blancas que transportaban a heridos y muertos. Fueron conscientes del drama de la situación para aquellos seres. Estaban en tierras extrañas y habían sufrido una gran pérdida entre los suyos. Quisieron ayudar de alguna manera, aportar un sentimiento de paz y esperanza, pero ante aquellas comitivas de muerte y destrucción solo cabía el silencio respetuoso ante el sufrimiento ajeno, ya llegaría el momento del diálogo y la confraternización.

Soportaron el frío intenso mientras eran azotados por la tormenta. Pensaron que se lo debían a los muertos de Unoa.

Pero poco a poco la violencia del viento que los había martirizado fue disminuyendo en intensidad. En poco tiempo las estrellas volvieron a aparecer sobre sus cabezas y estas iluminaron tenuemente la atmósfera que los rodeaba con un aire tan puro y cristalino que la vista alcanzaba a muchos cientos de metros.

Las columnas de los individuos de Unoa no se detuvieron en su penosa labor de trasladar a los heridos hacia sus naves intactas, en donde intentarían reconstruirlos.

Sin viento, el silencio más absoluto se adueñó del lugar, solo roto por el crujido de la nieve bajo los pies de los extraterrestres.

A lo lejos se podía ver la pista de aterrizaje llena de restos de naves destruidas y espesas columnas de humo negro que todavía se dirigían al cielo estrellado como si de cientos de chimeneas se tratara.

Los soldados rusos permanecían de pie, alejados de aquel espectáculo triste y desolador, observando cómo aquellos seres recogían a los suyos incluso desde el interior de los vehículos militares donde habían sido introducidos previamente en su intento de desalojo. Abrazaban sus armas, inquietos, como su último recurso. Pero los cañones apuntaban hacia el suelo, como cierta implicancia de sumisión a la escena de la que eran testigos.

Figueroa fue el primero en verlo. Había dirigido su mirada hacia la bóveda celeste plagada de millones de estrellas enteladas por las nubes de vapor que exhalaba su propia respiración cuando de repente divisó unas luces que se dirigían rápidamente hacia ellos. Llamó la atención de Gemar sujetándolo del brazo y le señaló lo que había descubierto.

—¿Los de Tonopah? —preguntó este esperanzado.

—Estoy seguro de ello.

—Pronto estaremos todos juntos, esperemos que no hayan sufrido bajas.

* * *

Las *bovenos* tocaron tierra cerca de la pista de aterrizaje y del resto de las naves de Unoa.

Sus rampas se abrieron rápidamente y comenzaron a salir de ellas siluetas que corrieron a auxiliar también a los heridos.

Otros, sin embargo, se dirigieron hacia donde estaban Gemar y Figueroa. Ambos permanecieron expectantes para comprobar quiénes eran los que corrían a su encuentro.

Tuvieron claro desde un principio que el grupo que se dirigía hacia ellos no era extraterrestre debido a sus vestiduras y forma de moverse. Luchaban contra el suelo nevado con andares torpes y una vestimenta fuera de lugar en aquellas latitudes heladas, demasiado liviana. Claramente les faltaba ropa de abrigo. Aun así avanzaron con grandes dificultades hasta su posición. Se dieron cuenta de repente de que aquella loca comitiva perseguía en realidad a uno de sus integrantes. Este corría como un desaforado entre la nieve hacia un objetivo determinado, luchando a cada paso con la nieve que le cubría hasta las rodillas.

Los vieron avanzar penosamente hacia ellos, pero cuando llegaron a su altura, después de interminable minutos, les fue imposible identificar en un principio de quiénes se trataban. Pasaron a unas decenas de metros de su posición y siguieron corriendo hacia la costa. Algunos de ellos gritaron algo que no pudieron entender debido a la distancia que los separaba.

Gemar, concentrado en la escena, arrancó de repente a correr detrás de ellos, invitando con un gesto a Figueroa para que lo siguiera.

—Son de los nuestros y nos piden ayuda —gritó mientras se alejaba.

Ante la premura de su compañero, Figueroa dudó durante unos instantes. Observó a Gemar corriendo detrás de aquel grupo que poco a poco se distanciaba de él irremediablemente.

Viéndose solo en la llanura helada, empezó también a correr, más por el miedo a no hacer lo correcto que por convicción propia. No pudo imitar la potencia física de su compañero y se sintió como un pingüino intentando desenvolverse por aquel páramo nevado. Muy torpe.

Jadeando por el esfuerzo, pudo observar cómo en la lejanía Gemar había conseguido derribar en el suelo al corredor que encabezaba aquella comitiva. Todas las figuras se congregaron alrededor del caído.

Mientras se iba acercando, pudo escuchar gritos en español.

—Sujétenlo, que no se mueva. —Era una voz femenina que pronto identificó por haberla escuchado en un pasado próximo. Julia—. Inmovilícenlo. Lo llevaremos hacia ese edificio. En caso contrario, morirá congelado…

Figueroa consiguió aproximarse al grupo y entendió.

Allí estaba Gemar, sujetando como podía al profesor Ochoa en el suelo. Este intentaba ponerse de pie una y otra vez, sin conseguirlo por la tenaz lucha del que lo estaba sujetando.

—¡Déjenme, tengo que salvarla! —gritaba como si su alma se hubiese desgarrado en mil pedazos.

—No podemos hacer nada por ella, profesor —le contestaba Gemar mientras seguía luchando por evitar que se levantara del hielo y continuara su alocada carrera hacia el mar.

Figueroa observó acongojado cómo Ochoa tenía su rostro cubierto por el hielo comprimido en un grito de dolor que no acababa de estallar. Jamás en su existencia había visto semejante sufrimiento en un ser humano.

Un gigante se abrió paso entre el grupo y, apartando con suavidad a Gemar, tomó entre sus brazos al que había caído. Lo arropó contra su pecho, como si fuera un niño con cuerpo de un adulto de casi dos metros, aun siendo frágil y de estructura casi cadavérica, y comenzó a andar con paso decidido hacia las edificaciones de la base militar de Nueva Zembla. Era como un enorme oso recogiendo a su cría.

—Martín —susurró Figueroa lleno de emoción al reconocerlo.

Ávido de reconocer otros rostros amigos supervivientes, recorrió con la mirada al grupo.

Pudo ver esperanzado a Julia, a un extraterrestre alto y rubio que vestía un mono de preso de color naranja, supuso que sería Freezer. Todos ellos inapropiadamente vestidos para aquel clima gélido. No era de extrañar, venían del otro lado del mundo.

—Nos ocuparemos del profesor Ochoa —dijo Julia mientras caminaba penosamente detrás de su marido.

—Yo también he de volver, debo auxiliar a mi pueblo —dijo Freezer. De pronto su mirada transparente y azul como el hielo de un glaciar milenario se fijó en Figueroa—. ¿Quién eres?

—Nadie.

—Ninguna persona es nadie. ¿Quién eres?

—Soy Figueroa. Soy nadie, pues no he podido evitar esta catástrofe. Los de tu especie se han encerrado en las naves con heridos y muertos. No he conseguido ofrecerles nuestra ayuda, ya que la han rechazado. Siento que he fracasado en mi misión, que no era otra que recibir a Unoa en nuestro mundo. Eso parece imposible ahora. Nos separan miles de años entre nuestras civilizaciones.

—«Nadie» —contestó Freezer clavando sus impresionantes ojos en él—. Leo tu alma y sé quién eres y lo que has hecho. Tú no eres «Nadie». Los que te han acompañado en tu misión no son «Nadie». Eres uno de los nuestros, un *homoj*. Pronto hablaremos. Gracias por cuidar de los míos y de los tuyos.

También se marchó corriendo hacia el holocausto que se divisaba a lo lejos. Entonces Figueroa se dio cuenta de que cojeaba ostensiblemente,

aunque eso no parecía quebrantar su voluntad. Era evidente que estaba herido, pero incluso así su espíritu era tan fuerte que luchaba contra los elementos.

Como hipnotizado, Figueroa lo vio partir. Así que aquel era el famoso Freezer. No tuvo ninguna duda de que era un ser muy especial. Sintió el calor de su comprensión dentro de su alma, tanto que casi se mareó. Aquel ser daba esperanza al espíritu y no le extrañó que muchos de sus compañeros lo hubiesen seguido hasta aquel lugar inhóspito, que algunos hubiesen dado su vida por él.

Era un ser puro como no había conocido a ningún otro en toda su existencia. Lo había presentido con tanta fuerza que, incluso a una persona tan crítica como él mismo, no le cupo la menor duda de que sus intenciones eran sinceras y que no desprendía nada de maldad.

Impresionado por el encuentro y las sensaciones que le habían dejado en todo su ser como si de un embriagador perfume se tratara, no se dio cuenta de que se había quedado solo en el prado helado. A lo lejos pudo ver cómo Gemar seguía a Julia y al comandante Herrero, este último cargando el cuerpo de Ochoa.

Los siguió mientras observaba a Freezer alejarse rápidamente, pero renqueando con su pierna maltrecha, en dirección a las naves de sus hermanos. No cabía duda de que había empezado una nueva era para la humanidad. Se sintió tan rejuvenecido que corrió en dirección del edificio principal de la base de Nueva Zembla deseoso de compartir sus experiencias con sus compañeros. Las lágrimas se congelaban en sus ojos mientras avanzaba sobre la nieve. La esperanza era posible, lo había presentido y el calor que sentía en todo su ser lo atestiguaba.

* * *

Costa sufrió otro calvario. Pero su cuerpo y su mente ya habían aprendido cómo superarlo. Sabía que podría nadar hacia la superficie dentro de su inconsciencia. No fue como la primera vez en Unoa, cuando lo reconstruyeron incluso de las horribles quemaduras que tatuaban su cuerpo.

En aquella ocasión sabía que era distinto. Era consciente de que al despertar encontraría la felicidad, algo por lo que luchar.

Había vivido la dolorosa composición de sus tejidos tiempo atrás, pero aquello era diferente, porque al otro lado de las penumbras, del sufrimiento, encontraría lo que ansiaba: las ganas de vivir por su amada, su hijo y por sí mismo.

Por eso, todos los procesos de regeneración fueron para él casi un juego innecesario. Soportó con paciencia la reconstrucción de sus tejidos, huesos y tendones sabiendo lo que le esperaba al otro lado.

Le dolía hasta la última célula de su cuerpo durante la reconstrucción, pero como sabía que recuperaría su estado físico pasado, no se preocupó. Sonrió en sueños y pensó que aquello pronto acabaría.

En esta ocasión nadó hacia la superficie mucho más confiado que durante la reconstrucción en Unoa y abrió los ojos con una sonrisa en los labios estando seguro de lo que se iba a encontrar delante de ellos a su amada Artemis. Y así fue.

La cara más bella que podía imaginar fue lo primero que pudo ver. Primero desdibujada por las nieblas del dolor. Poco a poco se fueron aclarando y un rostro sonriente apareció ante su mirada.

—Bienvenido, *bravo birvaro*.

Sintió una mano delicada pero al mismo tiempo firme sobre su rostro. Luego unos labios llenos de amor besaron los suyos.

—¡Oh, la bella Artemis! ¿Ahora me podrás develar tu verdadero nombre? Creo que me he ganado ese derecho.

—Mi nombre no importa. Lo realmente importante es que ya estás otra vez a nuestro lado. ¿No es así?

Costa pestañeó para aclarar su mirada, pero no pudo. Había nadado demasiado deprisa hacia la superficie y estaba muy cansado. Buscó con su mano la mano de Artemis y cuando la encontró, la besó y se quedó profundamente dormido.

Se sintió en paz. La paz del guerrero. Lo que más amaba en el mundo se encontraba a su lado. Ya podía descansar por fin. Estaba muy cansado y lo que más deseaba era dejar de luchar. Los suyos estaban a salvo.

Se dejó llevar por la paz que lo embargaba y su cuerpo volvió a sumergirse en la inconsciencia. Cayó en un vacío tan inmenso y con tanta rapidez que perdió la sensación de haber vuelto a la vida. Se hundió en las penumbras y no tuvo fuerzas para luchar contra ello. Su alma luchaba por volar, pero él la obligó a quedarse en el cuerpo, quería regresar. Aun así la distancia entre el uno y la otra cada vez se hacía más grande.

Escuchó un sollozo en la lejanía.

De repente se vio a sí mismo tendido sobre el suelo y bajo él, un enorme charco de sangre. Tenía los ojos fríos y vidriosos fijos en el cielo. Pudo ver a Artemis junto a él, pero esta parecía estar inconsciente.

Subió a más altura y pudo ver que la estancia era la de una *boveno*. A su alrededor había decenas de cuerpos vestidos de blanco ensangrentados, tendidos también en el suelo.

Entendió. No estaba en una cámara de regeneración en Unoa, dependía de sí mismo para sobrevivir. Se estaba desangrando e irremisiblemente estaba muriendo.

El cansancio lo vencía y poco a poco se sumergía en las tinieblas de la muerte.

Una voz lejana le llegó de muy lejos. No la percibió en sus oídos, sino en su mente.

«Hermano, dame la mano. Vuelve».

Era Freezer. Lo vio arrodillado al lado de su cuerpo mientras le tomaba la mano. Después este levantó la mirada y por unos instantes creyó que lo estaba mirando con sus ojos azules y transparentes, exentos de cualquier tipo de malicia.

Una voz ligera como el aire le llegó como un suspiro.

«No te vayas, debes velar por los tuyos. Regresa a ellos. Te necesitan».

Costa se sintió ligero y feliz, era como si abandonar su cuerpo lo hubiese liberado de una pesada carga de dolor y sufrimiento.

Se acercó al cuerpo inconsciente de Artemis. Ella estaba tumbada en el suelo de la *boveno*, rodeada de otros muchos cuerpos, entre ellos el suyo. Tenía su melena roja extendida alrededor de la cabeza. Sus ojos estaban cerrados. Respiraba sutilmente, casi sin levantar el pecho en cada bocanada de aire que entraba en sus pulmones. Presintió que estaba muy débil.

Se aproximó a ella para darle su amor y sin darse cuenta traspasó su piel y su carne. Allí encontró su espíritu. Una fuerza que se mantenía con una pequeña llama.

Abrazó esa luz y se sintió reconfortado, un calor inmenso y reconfortante lo invadió. Era la misma sensación que sentía cada vez que tocaba su piel o hacían el amor. Casi podía oler el perfume de su cuerpo, embriagador e irresistible. Pudo ver la lucha que mantenían sus células para regenerarse de la destrucción a la que había estado sometida. El antídoto estaba funcionando de una manera lenta pero irreversible. Aun así la lucha sería dura y larga.

Pero sintió otra vida y otra pequeña fuerza que se apagaba por momentos. Sus señales eran muy débiles y prácticamente estaba dejando de existir.

Descubrió un ser diminuto, de pocos milímetros de tamaño, que luchaba por sobrevivir.

Estaba tan infectado por la sangre envenenada que recibía de su madre que prácticamente había muerto.

Costa lo vio latir levemente, estaba demasiado débil. Entró en aquella membrana donde esa vida incipiente estaba muriendo antes de desarrollarse. Fue consciente de que era parte de él. Identificó sus genes en aquel ser minúsculo. Una oleada de amor infinito alumbró su alma y se integró con toda su fuerza en aquel feto.

Vio con su propia mente la circulación sanguínea que lo alimentaba.

Su energía hizo vibrar al embrión y fue suficiente para que este volviera a la vida.

Sin darse cuenta, sus recuerdos fueron desintegrándose hasta que desaparecieron por completo.

Poco después solo fue una fuerza inmensa que protegía a su descendencia y a la madre que lo acogía en su vientre.

Su último pensamiento racional fue de felicidad. Se había integrado en las dos personas que más amaba en su vida.

Después su energía se extendió, dio vida y fuerza a sus portadores, para evolucionar en seres que finalmente podrían sobrevivir.

Freezer acarició la frente sudorosa de Artemis con una sonrisa.

El cuerpo de Juan Costa había muerto, pero su energía permanecería viva.

* * *

Freezer miró a su alrededor. El suelo de la *boveno* estaba repleto de cuerpos ensangrentados. No había ni un solo rincón libre de un charco de sangre procedente de heridos o muertos.

Las *platformoj de konservado* (plataformas de conservación) estaban ocupadas por heridos. Eran tres, insuficientes para cubrir las necesidades de atención de los cuerpos destrozados por las balas de Tonopah.

El viaje hasta Nueva Zembla había sido rápido, aun habiendo hecho escala en Robledo de Chávela para recoger al profesor Ochoa. Iban con un cargamento de heridos de la batalla que se había librado en Tonopah y su esperanza era que todos fueran atendidos inmediatamente al llegar a aquel lugar.

Pero el escenario que se había encontrado era muy diferente. Los heridos y muertos de las naves de Unoa habían sido trasladados a las *bovenos* y *transportas*, que no tenían capacidad para asumir la atención de todos.

Sus ojos vieron asombrados la enorme destrucción de la flota de Unoa sobre las pistas de la base militar rusa cuando llegó aquel lugar. Centenares de naves todavía humeaban desintegradas en las pistas de aterrizaje.

Ochoa ya le había informado durante el trayecto de la muerte de Shora. El viejo profesor parecía roto por el dolor y no paraba de sollozar.

Sufrió con él, ya que pudo ver su alma fracturada e hizo suya la tragedia. La noticia resultó un duro golpe para Freezer. Hubo un instante en que se sintió vencido dentro de la *boveno*, rodeado de cuerpos heridos y mutilados. Un espeso olor a sangre impregnaba el aire y la situación le resultó casi insoportable.

Cuando llegaron a Nueva Zembla, pudo observar desde el cielo oscuro cómo cientos de naves ardían en la pista de aterrizaje. La noche polar era clara, pero una nube negra y espesa dificultaba la visibilidad.

La puerta de la *boveno* se abrió y, antes de que pudieran evitarlo, Ochoa se había lanzado hacia el exterior, corriendo hacia la costa helada. Su reacción fue seguirlo para evitar que hiciera una locura. Había visto su espíritu y estaba destrozado.

Para su alivio, vio cómo de otra de las *bovenos* supervivientes de Tonopah salía Martín, que rápidamente comprendió la situación, corriendo a su vez también detrás del profesor. Detrás de él Julia los siguió.

Sintió el frío aire ártico a través del tejido de su mono de preso, pero eso no le importó, estaba acostumbrado, había nacido en el planeta de hielo. Sus pies, solamente protegidos por unas zapatillas, se hundieron en la nieve, pero ni eso lo pudo parar. Compartía la desesperación de Ochoa, pero lo tenía que socorrer. Avanzó todo lo rápido que pudo, aun a pesar de las señales de dolor que le enviaba su rodilla herida. Ese dolor que nunca lo abandonaba y lo hacía sentirse débil.

El grupo vio a dos hombres a lo lejos. Uno de ellos también comenzó a correr en dirección a Ochoa. Su alma le dijo que lo impulsaban buenas intenciones y se alegró de que consiguiera derribar al viejo profesor antes de que llegara a la costa.

Martín tomó entre sus brazos a Ochoa y se lo llevó hacia el edificio principal de la base militar.

Confuso, él volvió a la *boveno*, quería estar con los suyos, pero también llorar su dolor por la pérdida de Shora. Se encontraba tan desvalido como un niño pequeño al que la vida le había arrebatado de repente a su madre.

Shora lo había sido toda para él, junto con Ochoa. Habían sido lo más parecido a unos padres, desde su nacimiento, en Unoa, hasta que llegó a

Domo.

Aturdido, dio las gracias a los hombres que habían auxiliado a Ochoa. Supo que pertenecían al grupo de Robledo de Chávela nada más verlos. Pronto contactaría con ellos, pero su misión lo estaba reclamando más allá de su dolor.

Entró en la *boveno* donde seguía convaleciente Artemis.

Vio a los rusos alejados de las naves intactas. Ambulancias, sanitarios, soldados, todos ellos a la expectativa mientras miraban desde una distancia segura hacia las afueras de la pista de aterrizaje. Era evidente que les tenían miedo, pero aun así se mantenían dispuestos por si eran requeridos para auxiliarlos o tal vez defenderse.

Dentro de su dolor por las enormes pérdidas sufridas, no entendió por qué los suyos habían desechado la ayuda de Domo.

Vagaba confuso de nave en nave y en todas encontró la misma escena: heridos y muertos que se agolpaban en sus interiores como un almacén dantesco de carne triturada. Mientras tanto los *sciencistoj* hacían lo que podían. Solamente las *transportas* disponían de *platformoj de regenerado* (plataformas de regeneración), totalmente insuficientes para poder tratar a los cientos de heridos.

La respuesta a sus preguntas no tardó en recibir respuesta. Había entrado en una de las *boveno*.

«*Emissari*, llegas tarde».

Se volvió al recibir el mensaje en su mente. Vio tras de sí la enorme figura del jefe de *esploristos*.

«Ekindek, ¿por qué nuestros hermanos no están siendo atendidos?».

«No consentiré que aquellos que nos han atacado pongan sus manos sobre los nuestros. La *Majoro* me dijo que seríamos bien recibidos. Cientos de nuestros hermanos heridos y muertos atestiguan lo contrario. No me fío de estas gentes de Domo. Shora ha muerto, yo soy el nuevo *Majoro* hasta que descienda el *Neniu*. Si quieres hablar con ellos, hazlo, para eso eres el *Emissari*, pero no te atrevas a dudar de mis decisiones. Ningún habitante de Domo pondrá sus manos sobre nuestros hermanos, ya nos han hecho demasiado daño».

«Pero nuestros *sciencistoj* no están acostumbrados a trabajar sin usar nuestra tecnología. He vivido décadas en Domo y sus médicos saben tratar las heridas, no en vano llevan siglos de guerras».

«No hace falta que me lo digas, *Emissari*, como muestra de sus costumbres casi la mitad de nuestros hermanos han fallecido o están heridos.

Ninguno de ellos pondrá sus manos sobre los nuestros. Ahora márchate, es mi voluntad».

Freezer bajó su cabeza como muestra de sumisión ante las palabras de Ekindek y se marchó.

Anduvo entre el hielo sin saber hacia dónde se dirigía. Sus pies le ardían por el frío a través de su calzado congelado.

Casi como en sueños se dirigió a las edificaciones de la base militar. Pasó entre los soldados rusos, que lo miraron con curiosidad, pero no lo detuvieron en ningún momento. Quería interesarse por Ochoa. Intentaría hacer algo útil.

Por fin entró en el enorme complejo de edificios de la base militar tras empujar una puerta. El calor le recibió como una bofetada y sintió dolor en sus extremidades casi congeladas.

Una figura diminuta salió a su encuentro. Estaba acompañado por otro hombre alto y espigado.

—Freezer, soy Figueroa. No me conoces, pero pertenezco al grupo de Robledo de Chávela. Este es Vova, nuestro traductor.

—Te he visto antes allí afuera, auxiliando al profesor Ochoa, te hacías llamar «nadie». Me alegro que hayas recuperado tu nombre. ¿Cómo está él?

—Martín lo ha llevado a la enfermería. Lo han sedado. Es la única manera de mantenerlo tranquilo. Ahora mismo duerme plácidamente. Acompáñame, te llevaré junto con Martín y Gemar. Nos esperan en el comedor, está muy cerca.

—Necesito estar solo y llorar mi pérdida. —Freezer se sentía tan cansado como desesperado. Miró suplicante a Figueroa con sus ojos transparentes entelados en lágrimas—. Te lo ruego.

Figueroa lo miró algo confuso y por fin asintió. Habló con Vova en susurros y este le respondió señalando una de las puertas que había en el vestíbulo de la base.

—Sígueme, he visto habitaciones vacías en el hospital militar de las instalaciones. No están muy lejos de aquí. No creo que nadie ponga impedimentos en que la ocupes momentáneamente, o al menos eso dice Vova. Todos están afuera esperando ver qué sucede.

Freezer comenzó a andar como un autómata siguiendo a Figueroa. Recorrieron diversos pasillos hasta llegar a una zona iluminada por fluorescentes.

El periodista abrió una puerta que daba a una habitación austera, en la cual solo había una cama con aparatos médicos apagados.

Freezer se dirigió a la cama y se sentó sobre ella, cruzando las piernas y cerrando los ojos.

—Déjame solo, te lo suplico. Cierra la puerta y deja las luces apagadas.

Figueroa, confuso, obedeció. Fue en búsqueda de Martín, debía explicarle lo que estaba sucediendo. El *Emissari*, el que se suponía que había de unir los dos mundos, estaba derrotado y tenía el alma herida. Mientras tanto, en el exterior, había una palpable tensión entre los recién llegados y los militares rusos. El tiempo estaba tan congelado como el paisaje que los envolvía. El ambiente olía a muerte y desesperanza, muy lejos de lo que habían esperado ambas partes de aquel encuentro.

* * *

—Háblame, dime algo.

Martín estaba sentado delante de Freezer en aquella habitación oscura. El *Emissari* no había cambiado de postura. Seguía sentado sobre la cama con las piernas cruzadas y los ojos cerrados.

—No soy ayuda para nadie, Martín —respondió al fin.

—Llevas así más de un día. Ahí fuera los tuyos siguen muriendo por falta de atención. Parece que tu formidable tecnología no sirve para salvarlos. Los rusos se están poniendo nerviosos y no creo que esta situación pueda prolongarse mucho tiempo más. Se suponía que eran la esperanza de esta gente. En cambio, los están tratando como enemigos.

—El nuevo *Majoro* es Ekindek. Es con él con quien tienes que hablar. Mi misión ha acabado aquí. Déjame descansar.

—Te necesitamos, Freezer.

—No puedo hacer nada más de lo que he hecho, Martín. Mi energía se ha agotado. Déjame descansar. Es mi deseo. Tú tienes que velar por los tuyos. Ve y cumple con tus obligaciones. Yo ahora no puede ayudarme ni a mí mismo.

Martín supo que la conversación había finalizado. Después de un largo silencio salió de la habitación maldiciendo entre dientes. No podía creer que después de tantos sacrificios todo pudiera acabar de aquella manera. Allí afuera, los extraterrestres se habían encerrado en sus naves, los vivos, junto con los heridos e incluso los muertos, mientras que en el exterior los rusos esperaban ver qué sucedía. Las promesas de salvación que les habían ofrecido no se cumplían y esa situación generaba una tensión que crecía por momentos.

Buscó a Vova y lo encontró en el enorme comedor de las instalaciones militares.

—Quiero hablar con el comandante de la base.

—¿Con el almirante Duvrovnik?

—Sí.

—Dame un tiempo.

—Justo lo que no tenemos. Pero esperaré aquí hasta recibir noticias tuyas.

Vova se marchó precipitadamente. Era obvio que su misión de intérprete estaba siendo mucho más complicada de lo que se había pensado en un inicio.

Martín se sentó delante de una mesa y esperó. Enseguida sintió una mano que se posaba sobre su hombro. Al girarse pudo ver a Figueroa, que le sonreía con tristeza.

—¿Puedo sentarme, coronel? Este sitio está lleno.

No era cierto, el comedor estaba vacío en aquellos momentos.

Martín asintió sin esforzarse en sonreír. Estaba demasiado cansado y preocupado.

—Tenemos un problema bastante serio, ¿no crees?

Martín se encogió de hombros.

—Uno de los más serios que se ha encontrado la humanidad en toda su historia. Pero aquí nos tienes, bloqueados y sin saber cómo salir de esta situación.

Figueroa tomó asiento al lado de Martín y le puso delante un café humeante que olía bastante mal.

—Invito yo. No he podido encontrar nada más reconfortante en este frío e inhóspito lugar.

Martín se llevó el vaso a los labios y comprobó que el café sabía tan mal como olía. Lo dejó sobre la mesa casi intacto.

—Nuestros amigos rusos, o al menos los de esta base, no disponen de todas las comodidades en cuanto a hotelería se refiere. La comida es mala y sus cafés también, como bien has podido comprobar. Pero es lo que tenemos.

Figueroa se quedó mirando a Martín, el cual no contestó, sumido en sus pensamientos.

—¿Es grave?

Martín asintió.

—Intentaré hablar con el comandante de esta base. Los extraterrestres se han encerrado en sus naves junto con sus heridos y muertos. Eso no era lo previsto por nuestros anfitriones ni por nosotros. Ellos esperaban ayuda inmediata para su población, no muestras de hostilidad y desconfianza. La

muerte de Shora lo ha cambiado todo. He hablado con Freezer, pero está hundido. No podemos contar con él. Mi intención más inmediata es sacar a los nuestros de las *bovenos* para que sean atendidos de sus heridas como es debido. Es mi objetivo principal dadas las circunstancias.

Figueroa miró con asco su café y lo apartó con un gesto.

—Tienes un gran peso sobre tus espaldas. Estaría encantado de poder ayudarte, pero no sé cómo. Desde la desaparición de Robledo de Chávela estamos a ciegas. El mundo occidental nos considera traidores y de seguir esto así, también lo harán los rusos.

—Paso a paso, amigo. Primero quiero rescatar a los nuestros. Es el primer objetivo. Una vez cumplido, pensaré cómo alcanzar los siguientes.

En aquellos momentos entró Vova en el comedor e hizo un gesto a Martín para que lo siguiera.

—El almirante Duvrovnik te recibirá. Acompáñame.

Martín se levantó.

—Deséame suerte, periodista —dijo mientras comenzaba a andar detrás de Vova, pero se volvió de repente—. Antes me has preguntado en qué podías ayudarme. Tengo la respuesta. Haz tu trabajo. Explica al mundo lo que está pasando aquí y cómo acabará todo esto, para bien o para mal. Deja claro que los culpables no somos nosotros ni los extraterrestres de Unoa ni los rusos.

Alguien ha empujado a toda la humanidad a esta situación y eso se tiene que saber.

Figueroa no quiso presionar más a Martín con la verdad. No disponía de la libertad suficiente en aquellas instalaciones como para poder enviar sus artículos a la redacción de Madrid. También desconocía si esta todavía estaba en activo, hacía días que había perdido el contacto con ellos. De todos modos, asintió.

—No te preocupes, haré todo lo posible para que así sea.

Satisfecho, Martín siguió a Vova al exterior del comedor.

Caminaron por diversos pasillos hasta llegar a una especie de hangar. Allí había estacionados innumerables vehículos descubiertos semejantes a *quads*. Los recibieron dos militares armados que les indicaron que ocuparan la parte trasera de uno de los vehículos.

El trayecto por estrechos pasillos pobremente alumbrados con fluorescentes se le antojó largo. Le dio la sensación de ir descendiendo cada vez más. No se cruzaron con nadie y el frío se fue atenuando hasta hacerse soportable. Era evidente que estaban por debajo de la superficie.

Cuando se detuvo por fin el *quad*, los soldados le indicaron que los siguieran a pie. Más pasillos y más puertas. Llegaron a un ascensor pequeño, en el cual apenas cabían los cuatro. Ascendieron muchas plantas y por fin el ascensor llegó a su destino.

Martín salió a una estancia en forma circular y con escasa visibilidad. Se dio cuenta de que la luz provenía del exterior a través de unos enormes ventanales que cubrían la estancia.

Una figura uniformada se recortaba contra la noche polar. A sus pies podía ver las extensas llanuras y montañas heladas. También la pista de aterrizaje herida por cientos de impactos ennegrecidos. Máquinas excavadoras trabajaban para retirar los restos destrozados de las naves alienígenas. Más allá, brillaban tenuemente las *bovenos* y las *transportes* de Unoa mientras flotaban a escasa distancia del suelo.

Estas estaban rodeadas por un impresionante dispositivo militar. Camiones con misiles, carros de combate, vehículos oruga, todos ellos a una distancia prudencial de las posiciones de los extraterrestres.

El espectáculo era impresionante y más cuando con un simple vistazo uno se podía hacer cargo de la situación.

Martín pensó que se encontraban en una especie de torre de control aérea, o al menos en una planta inferior, ya que la estancia estaba prácticamente vacía de pantallas de ordenadores y artilugios tecnológicos. Solo había una mesa presidida por un butacón en el centro con dos sillas adelante.

El militar comenzó a hablar con una voz ronca, firme y sosegada.

Vova tradujo:

—Bienvenido a la base Yuzhny, coronel. Espero que su alojamiento entre nosotros sea de su agrado. Creo que es evidente el motivo de su visita.

Estoy tan preocupado como usted y si le he de ser sincero, en cierta manera entiendo la situación de esos pobres desgraciados. Han perdido a su líder y se encuentran desorientados. Pero realmente ese no es mi problema. Mi deber es preservar la seguridad de esta base y ellos no colaboran. El presidente Gagarin me dio instrucciones de recibirlos y poner todos nuestros medios a su disposición, ya que eran el remedio a nuestros problemas. Pero no veo eso, coronel. Veo resentimiento y desconfianza. Veo más problemas de los que queríamos evitar en un inicio.

El almirante Duvrovnik se giró hacia Martín. En ningún momento lo había invitado a sentarse. La situación era tensa. En el pecho de su guerrera brillaban multitud de condecoraciones bajo la luz nocturna que entraba por los ventanales de la estancia. Continuó hablando y Vova tradujo cada frase.

—Nos amenazaron cuando estábamos recogiendo a sus heridos. Se encerraron en sus naves y ahora mismo no sé cuáles son sus intenciones hacia nosotros. Esto no era lo planeado. Esperan a su líder, tengo entendido, pero ¿a quién? Estos sujetos han eliminado en cuestión de minutos a toda la flota aérea de la OTAN del Atlántico Norte. ¿Quién me da las garantías de que no van a hacer lo mismo con nosotros? El presidente Gagarin confía, yo no tanto. Es mi trabajo. ¿Quién es usted y los que lo acompañan, de dónde vienen y cuáles son sus intenciones? Necesito pruebas de buena voluntad, al menos de usted, dado que de ellos ya no espero nada.

Cuando Martín acabó de escuchar las palabras del almirante ruso por boca de Vova, se puso más tenso que antes de llegar a aquel lugar. Era evidente que los rusos sentían un gran temor, y lo entendía. Pero lo realmente preocupante era que aquella situación no se podía prolongar durante mucho tiempo más. El tiempo no corría a su favor ni tampoco la actitud de los extraterrestres.

—No sé qué información tiene sobre nosotros, almirante, pero con gusto le contaré todo lo ocurrido hasta el momento.

Martín suspiró e intentó rememorar toda la historia desde el principio. Era crucial que aquel hombre, como principal responsable de la base y sobre el cual caía toda la responsabilidad de lo que allí sucediera, supiese de primera mano todo lo ocurrido tiempo atrás.

Por fin empezó a hablar, explicando su historia desde que se encontraba sentado en su despacho en la sede del CNI, hacía ya mucho tiempo.

Vova iba traduciendo cada frase aprovechando las pausas que Martín imponía a lo que contaba.

El rostro pétreo del almirante se fue dulcificando según escuchó el relato y cuando este finalizó, guardó silencio mientras miraba con fiereza a Martín.

Comenzó a hablar con su característica voz ronca y potente. Vova tradujo.

—Casi muere y lograron que volviera a la vida. Vivió en una nave extraterrestre. Luchó para destruir el complot que pretendía destruir a los humanos, y ahora se encuentra aquí, en el Ártico. Pienso que su lugar y el de sus compañeros debería ser en un desfile de conmemoración de agradecimiento por los servicios prestados a todos nosotros como los héroes que son. En cambio lo tengo ante mí suplicando clemencia para aquellos que también lo han repudiado. ¿Qué se siente después de tanto sacrificio sin obtener el resultado esperado? ¿Qué pasa por su cabeza al ser un proscrito de los suyos después de lo que ha hecho por ellos?

El comandante de Yuzhny guardó silencio. Sonrió a Martín, un gesto helado que no era en absoluto de confianza, y continuó hablando.

—En esta base hay cerca de quince mil soldados bajo mis órdenes. Debajo de nuestros pies hay silos de misiles intercontinentales armados con cabezas nucleares con poder suficiente como para reducir Europa a cenizas. En los muelles está atracada la flota ártica de la Federación Rusa. Submarinos atómicos, destructores, rompehielos, portaaviones, acorazados. En tierra, como usted puede divisar desde nuestra posición, disponemos de tanques, vehículos oruga y plataformas de misiles tácticos, todos ellos activos y apuntando a esos malditos extraterrestres. En cuanto hagan un movimiento extraño los pulverizaré sin pestañear. Somos el último reducto de nuestro país, comandante. La terrible enfermedad no ha llegado hasta aquí, al contrario que al resto de mi nación, que está devastada también por el hambre. Pero aquí nuestro poder de respuesta está intacto. Hemos tocado fondo y nada de lo que suceda empeorará nuestra situación. Eso me da cierta tranquilidad. Si nos ataca la Alianza del Norte desde más allá de las *Brands*, recibirán una respuesta demoledora. Si nuestros invitados realizan una acción hostil, los dejaré hecho papilla antes de que esas canicas gigantes se levanten un centímetro. No tengo miedo del futuro porque no lo tenemos. Mi nación está destruida y los muertos se pudren en las ciudades y campos. Esa es mi postura. Ahora convénzame de que nos espera algo mejor. Estoy abierto a cualquier aportación que me pueda dar, no tengo nada que perder ni que ganar. Solo el presidente Gagarin nos dio esperanza, pero visto lo que ha sucedido aquí, dudo de que esta sea real ¿entiende? Por otro lado comprendo su buena voluntad. En Yuzhny disponemos de mil plazas hospitalarias y los mejores avances médicos. Estamos dispuestos a recibir a los heridos de sus amigos extraterrestres siempre y cuando depongan su actitud hostil.

Martín terminó de escuchar la traducción de Vova y asintió.

—Solo le pido que reciba a los míos. Ahora iré a negociar con el comandante de los extraterrestres para que me permita llevármelos al hospital de su base. Mi poder de convicción, al igual que el suyo, choca con la barrera de la civilización que nos separa con los recién llegados. No espero otra cosa que poner a salvo a mi gente y que usted me ofrezca los medios para llevarlo a cabo. Mediar con los alienígenas me resultará del todo imposible y no pretendo tan ambiciosa meta. Solo salvar a los míos. De todas formas intentaré lo mismo con el resto de los de su raza, pero ya le adelanto que no soy la persona indicada y me dirán que no.

Vova tradujo con rapidez. —Dispondré para que lo acompañen servicios sanitarios y varios de mis oficiales. Por mi parte encontrará todas las facilidades para ubicar y curar a sus compañeros, como lo hemos hecho hasta ahora. Pero tengo una duda. Hemos recibido a uno de los extraterrestres en nuestras instalaciones, Freezer. Según su historia, es el que habría de conciliar a nuestros dos mundos. ¿Qué le pasa?

—Está superado por la situación. Sin embargo, es nuestra única esperanza. Haré todo lo posible para que interceda en la solución de nuestro problema.

—Espero que así sea, coronel. Ahora, si me disculpa, tengo deberes que cumplir, manténgame informado.

El almirante Duvrovnik se volvió hacia la enorme cristalera orientada a la pista de aterrizaje y dio la reunión por terminada.

* * *

Había hablado con Ekindek, el nuevo *Majoro*, mediante uno de los traductores de esperanto rusos y Vova. Su posición fue decepcionante.

Después de la desoladora tragedia que había sufrido su pueblo en la llegada a Nueva Zembla, este no confiaba en los humanos de la Tierra. Salvaguardaba a sus hermanos de nuevas agresiones y esperaba la llegada del *Neniu* para que se hiciera cargo de la situación.

Martín le dijo entonces que, como no podía garantizar la salud de sus amigos, Costa, Artemis, Almansa y los soldados de Regulares que todavía estaban heridos o muertos en el interior de las *bovenos*, les permitiera llevárselos al hospital de la base militar.

Ekindek lo miró altivamente. Le contestó que la mayoría había fallecido. Solo tenían en su poder a dos habitantes de Domo con vida, los cuales estaban curados de su enfermedad. Si no creía en la superior tecnología de Blua Suno para curar a sus enfermos, se los podía llevar, pero que jamás acudiera a él para pedir su ayuda.

Martín no contaba con la recuperación de los soldados de Regulares. Los había visto en Tonopah antes de ser introducidos en la *boveno*. Ya estaban muertos. Lo mismo pensó de Costa, pero quiso creer, en contra de la razón dado su grave estado, que finalmente había podido sobrevivir a sus heridas.

Hizo todo lo posible para sobreponerse al dolor que lo embargaba y continuar con su penosa misión.

Esa conversación fue seguida en segundo plano por oficiales rusos para informar al jefe de la base de su resultado, ya que Ekindek se había negado a dialogar directamente con los que consideraba sus agresores y, por tanto, enemigos.

Unas ambulancias recogieron a Artemis y al comandante Almansa, y realizaron su traslado al hospital de la base militar.

A partir de aquellos momentos cualquier diálogo con los extraterrestres se rompió.

Martín fue el último en marcharse por la puerta abierta de la *boveno*. De ella salía un fuerte olor a putrefacción y suciedad. En las penumbras pudo observar a decenas de cuerpos hacinados, no sabía si muertos o vivos. Había supervisado el desalojo de sus compañeros hasta que entraron en los vehículos oruga custodiados por los sanitarios rusos.

Se emocionó al ver salir al comandante Almansa. Este lo abrazó con efusión.

—Me alegro de verte, compañero —le dijo con sinceridad—. Me han curado de la enfermedad que me aquejaba. Ellos son sin duda la esperanza de la humanidad. Solo me hicieron respirar una sustancia y casi de inmediato me recuperé. Allí adentro hay personas sufriendo por la testarudez de Ekindek, ponle solución.

—Por eso estoy aquí, comandante. Ahora acompaña a los otros y ofréceles tu ayuda. Pronto nos veremos.

También sacaron a Artemis, la cual seguía inconsciente, y la depositaron con cuidado en el vehículo sanitario ruso.

La comitiva partió levantando a su pasó una nube de hielo triturado por el avance de las orugas.

Martín permaneció en su sitio, sin moverse. Levantó la mirada para ver el rostro de Ekindek, situado a casi a un metro de altura del suyo. Su imponente envergadura no lo intimidó.

—Ahora quiero que medites por el destino de los tuyos. Déjame que los atienda también. Sabes que no pueden hacerse cargo de todos sus heridos.

Vova habló en ruso al traductor de esperanto, el cual a su vez se dirigió a Ekindek.

La respuesta del extraterrestre no se hizo esperar. Su voz potente resonó en los páramos helados y acto seguido se dirigió con paso firme, casi flotando en el hielo, hacia la *boveno* del *Majoro*.

Martín no necesitó traducción. Su petición había sido rechazada. Se dio vuelta con un gran peso sobre su alma y comenzó a andar hacia un vehículo

oruga que los estaba esperando.

—¿No quieres saber lo que ha dicho? —interpeló Vova mientras lo seguía casi corriendo.

—No, ya sé lo que ha dicho. Ha condenado a muerte a los suyos. Debo conseguir que Freezer reaccione. Es el único con verdadero poder para remediar esta situación. ¡Vamos, el tiempo apremia!

* * *

Martín entró en la habitación donde estaba el profesor Ochoa, el cual había permanecido en un silencio sepulcral desde su llegada a Nueva Zembla. Permanecía atado con correas a la cama para evitar que se fugara en dirección al mar una vez más. Estaba despierto, pero su mirada seguía fija en el techo de la habitación. No hablaba con nadie y apenas se alimentaba.

En la habitación también estaba Artemis, siempre vigilada por Julia. Todavía no había recobrado el conocimiento, pero su estado parecía mejorar ostensiblemente.

—¿Ha hablado? —preguntó Martín a su mujer indicando con la cabeza a Ochoa.

—No. Se pasa el día mirando al techo sin articular palabra, pero sus ojos bailan continuamente. Es como si estuviese rememorando miles de recuerdos.

—¿Y cómo está ella? —señaló a Artemis.

—Se está recuperando —le comentó Julia con una sonrisa. Se había tomado como una misión personal cuidar de ella y del viejo profesor. Por eso los mantenía a ambos en la misma habitación—. No te preocupes. ¿Qué ha pasado?

—Se trata de Freezer.

—¿Qué le sucede?

—Se está dejando morir. Es nuestra única esperanza de desencallar esta situación. Todo el mundo parece verlo menos él.

—Entiendo. Quieres que Ochoa hable con él.

—Es la única persona en este mundo que puede conseguir que reaccione. Fue su protector durante gran parte de su vida. A él lo escuchará. Tiene que tomar las riendas de la situación hasta que venga el resto de la flota de Blua Suno.

—El *Neniu* nunca vendrá.

Todos se sorprendieron al escuchar la voz ronca de Ochoa, que habló por primera vez en veinticuatro horas.

—Profesor, ¿qué quiere decir? —preguntó Martín acercándose a su cama.

—Me lo dijo Blanka antes de morir. La flota de Blua Suno jamás pisará la Tierra. Es una decisión de *Cervo*. El *Neniu* es Nigra y su maldad no puede llegar aquí, sería nuestro fin.

Martín reflexionó con rapidez.

—Esta es la flota al completo que vendrá de Blua Suno. Unos pocos cientos de naves. Unoa destruida y en el fondo del mar. ¿Qué destino nos espera? ¿Para qué tanto sacrificio?

—El nuevo *Neniu* tiene que resurgir de entre las cenizas. Está entre nosotros —contestó Ochoa.

—Pero *Cervo* todavía no lo ha elegido —dijo Julia.

—Yo creo que sí —replicó Ochoa—. Lo que pasa es que él todavía no lo sabe. Quítenme estas ligaduras de mis brazos, ¡tengo trabajo que hacer! Iré yo a hablar con él. Es mi obligación. Suéltenme.

Su voz sonó tan imperativa que Martín dudó.

Ochoa siguió hablando. Parecía haber recobrado la cordura.

—Yo conozco la manera de hacerle ver quién es en realidad. Suéltenme y él renacerá. No teman. Ya he asumido la muerte de Blanka, no correré a su encuentro. Ahora tengo una misión más importante, aunque la pena ahogue mi alma. He de hablar con el *Emissari*. Lo conozco más que ninguno de ustedes, lo vi nacer, desarrollarse y le recibí en mi casa para formarlo en su vida aquí en la Tierra.

Martín miró a su mujer. Esta asintió.

—Está bien, profesor —concedió al fin.

Julia desabrochó las correas que sujetaban a Ochoa a su cama y lo ayudó a incorporarse. Su cuerpo era todo hueso y piel. Él se tomó un pequeño respiro antes de ponerse de pie, se encontraba demasiado débil.

Martín lo ayudó a quitarse el pijama de hospital y vestirse con la ropa que tenía guardada en un pequeño armario, la misma con la que había llegado a Nueva Zembla.

Sujetándolo por el brazo, lo acompañó hasta fuera de la habitación, al pasillo, donde ambos comenzaron a andar acomodando el paso a la lentitud del viejo profesor.

—Sabes, Martín, tengo que darte las gracias por haberme salvado de morir congelado ahí fuera. Todavía tengo una misión muy importante que hacer en esta vida, pero el dolor por la pérdida de mi amada Blanka me lo había hecho olvidar.

—Confío en usted, profesor. Ya estamos cerca, es esa habitación de ahí.

Por fin llegaron a una puerta cerrada, idéntica a las decenas que había en aquel pasillo interminable. Martín la abrió y ayudó a Ochoa a entrar. El interior estaba oscuro, pero el haz de luz procedente de los fluorescentes alumbró la estancia pequeña, con una sola cama, sobre la cual estaba sentado Freezer con las piernas cruzadas.

Martín puso una silla delante de la cama y acomodó en ella a Ochoa. Después de mirar a Freezer, que permanecía con los ojos cerrados e inmóvil como una estatua, abandonó la habitación, la cual quedó nuevamente en penumbras después de que él cerrara la puerta tras de sí.

Estuvieron en silencio durante mucho tiempo.

Por fin Ochoa comenzó a hablar en el lenguaje antiguo.

«Siento tu dolor y tu desesperación. No solo los de tu alma, sino los de tu cuerpo. ¿Por qué tienes tu rodilla herida flexionada bajo tu cuerpo?».

«Es mi penitencia. Me hace reflexionar sobre mis errores. He arrastrado a mucha gente de Domo y de Unoa tras de mí, causando innumerables muertes y sufrimiento. Aun así me alegro de que estés junto a mí, querido *Instruiste*. Te he echado de menos, sobre todos tus consejos en los momentos más difíciles. Tal vez te hayas decepcionado por mis actos. Llevé a Shora a su muerte y leo en tu alma que te quebranta su pérdida incluso más que a mí. Perdóname. Ahora quiero meditar, te ruego que me dejes».

«Respeto tu dolor, pero no tu rendición, *Emissari*. Quiero mostrarte algo».

Freezer intentó luchar, pero al fin una catarata de imágenes entró en su mente como una ola de colores que pronto se tradujeron en escenas vividas por el viejo profesor. Había olvidado cuán poderosa era su fuerza.

Su respiración se entrecortó y el corazón empezó a galopar en su pecho. Reconoció de inmediato una *cambra* (habitación) de Blua Suno. Esa perpetua luz tenue de color azulado que pacificaba el alma era inconfundible. La temperatura era agradable y reconfortante aun estando a mucha distancia enterrados bajo el hielo.

Su visión se fue aclarando poco a poco y pudo ver ante sí a través de los ojos de Ochoa, mucho tiempo atrás, el rostro tan bello de Shora. Sonreía abiertamente.

«Nigra cada vez está más enfadado. No le gusta el idioma de la esperanza, aquel que se habla con la voz y no con la mente. Creo que te odia».

«Nigra es una persona con el alma herida. Ha tenido una larga vida de experiencias de guerras en el universo, buscando una ubicación para los de tu especie. Lo han herido muchas veces —contestó Ochoa con seriedad—. Solamente él sabe por los suplicios que habrá pasado para tener un carácter

tan infeliz. Me odia porque la solución a sus problemas está cerca y él, después de tantos sacrificios, no es el protagonista y el salvador de los de su raza al fin y al cabo».

Shora lo miró con unos ojos azules como el hielo más puro, pero con un brillo de ironía impropio de los *homoj* de Blua Suno, tan dados a la frialdad.

«Nigra es un resentido —afirmó ella con una sonrisa, gesto impropio también en Blua Suno— y siempre está enfadado».

«Nigra es un resentido —concedió Ochoa, risueño—. Y su espíritu ennegrece aún más cada vez que me mira. Lo veo y me recuerda el culo de una *ondoj* cuando caga un trozo de tu preciada *nutrijo*».

Shora lo miró sorprendida al principio por semejante comparación. Luego escuchó las carcajadas de Ochoa ante su propia ocurrencia.

«¿Qué haces?».

«Me río, he dicho una ironía».

«¿Ironía? No te entiendo».

«Sí. Imagínate el rostro de Nigra. ¿Te gusta?».

«No, transmite odio».

«¿Hay algo más feo que el culo de una *ondoj*?».

«Creo que no. No son nada bellos. Expulsan por ellos los restos de las plantas de las que se alimentan y les quedan restos pegados de un color verde ennegrecido».

«Al igual que el rostro de Nigra. Feo. Eso es gracioso. Por eso hago esos sonidos con la boca. Cuando los habitantes de mi planeta encontramos algo divertido, reímos. Y eso te hace sentir bien. Pruébalo».

Shora imitó las carcajadas de Ochoa. Primero de manera forzada. Luego relajó los músculos de su rostro y sus ojos brillaron. Sonrió.

«Es verdad, sienta bien. Mi espíritu se reconforta —luego volvió a reír y se dejó llevar hasta que resultó un gesto casi natural—. Veo el ano de las *ondoj* y cada vez se parecen más al rostro de Nigra». Por fin acabó riendo a carcajadas, casi tan naturales como las de Ochoa.

«Eres bella». Ochoa le acarició el rostro. Ella apartó la cara instintivamente ante el contacto. Estaba confundida y dejó de reír. Se puso seria. Nunca había percibido semejante sensación, ese calor tan gratificante. Tras el primer impulso de sorpresa y confusión, pareció recapacitar. Le había gustado esa experiencia.

Poco a poco acercó otra vez su mejilla a la mano todavía tendida de Ochoa.

«Repítelo, me gusta».

Ochoa esta vez le sujetó el rostro con ambas manos y la besó con dulzura en los labios. Fue una experiencia eléctrica y mágica. Shora no retiró esta vez el rostro y devolvió la caricia con toda su alma.

«¿Qué es esta sensación?». Shora con los ojos brillantes, llenos de felicidad, cuando finalmente pudo separar sus labios de los de Ochoa, quiso saber qué estaba sucediéndole.

«Se llama amor».

«¿Amor?».

«Significa que tú eres lo más importante en mi vida. Que tu espíritu se ha fusionado con el mío, formando un solo ser. Tus sufrimientos y alegrías son los míos».

«Enséñame, *Instruisto*, más cosas del amor de Domo. Estoy viviendo experiencias extrañas contigo. Pero me gustan y te añoro cuando estás lejos de mí. Sufro cuando Nigra te insulta y menosprecia. O disfruto contigo cuando eres feliz y haces bromas. ¿Eso es amor? Porque comparto tus alegrías y sufrimientos».

«Eso es amor, eso es lo que siento yo por ti, Blanka».

«Si es así, yo también lo siento por ti, *Instruisto*. No hay nadie en Blua Suno que haga arder mi alma más que tú».

Freezer vivió el sentimiento de Ochoa en aquel momento tan especial. Sintió las mismas emociones que vivió él cuando miró a Shora y la abrazó. Un calor inmenso que llenó todo su espíritu, repleto de paz y sensaciones tan intensas como nunca había vivido antes. Amó inconscientemente a esas dos personas, a Shora y a Ochoa, tal era la pureza de su espíritu cuando ambos se fusionaron en uno. Dos almas vibrando en cada milímetro de su piel hasta llegar al paroxismo de las sensaciones en un universo en el que ellos eran los únicos habitantes.

La imagen cambió en su mente. Ochoa estaba de pie delante del *Neniu* en una inmensa sala en la cual no se veían las paredes. La oscuridad solo estaba rota por el resplandor de una columna central donde brillaba *Cervo* en reflejos llenos de tonalidades azules.

«Han infringido la segunda ley, procrear». Sintió una gran desazón y vio por los ojos de Ochoa que Shora estaba a su lado. Su traje blanco como la nieve estaba tremendamente abultado a la altura de su vientre.

«Nuestros *sciencistoj* me han dicho que en tu vientre, Shora, crecen dos seres. Ambos serán adoptados por la comunidad de Blua Suno, pero tu pecado no quedará impune. Una vez nacidos tus hijos, el *Cervo* decidirá su destino.

Tú te habrás de someter al mayor de nuestros castigos, que es la *honto* (vergüenza)».

El *Neniu* se removió en su asiento gravitatorio. Era evidente que *Cervo* no paraba de comunicarse con él, dándole instrucciones de lo que debía de decir.

Por fin continuó hablando con el lenguaje antiguo.

«De sus dos hijos, uno es fisiológicamente exacto a nuestra especie, según informan los *sciencistoj*. Será fácil hacerlo pasar por uno de los nuestros. El otro hijo presenta rasgos incompatibles con nuestra raza. Tendrá el pelo negro».

«Es mi deseo que el primer hijo sea de su responsabilidad. Será educado como *Emissari*, el que tiene que conseguir nuestra *Granda Alveno* en Domo, ya que su espíritu tiene influencias de nuestras dos razas. Nadie sabrá que su origen es de la mezcla de Blua Suno y Domo. Su nacimiento será encubierto para los del resto de nuestra especie. Su segundo hijo, en cambio, no pasará desapercibido, por lo que generará controversia en el *Konsolo de Kolonoj* (consejo de columnas). Por eso, Shora, ocultaremos el nacimiento del *Emissari*, pero no el del "otro". Este será ofrecido, para su pesar, a Nigra, el cual se sentirá satisfecho ante tu denigración. Él ha exigido el mayor de los castigos hacia ti, la *honto*».

Shora asintió resignada. Tomó la mano que le tendía Ochoa y ambos aceptaron el pacto.

«En cuanto al *Instruisto* Ochoa, una vez que finalice su trabajo en Blua Suno, será enviado a Domo, sin posibilidad de volver, y en ningún caso será considerado uno de los nuestros. Le abrimos nuestra civilización y ha sido sin duda un aporte considerable, pero ha quebrantado nuestra segunda ley. Habrá de pagar su pena una vez que el *Emissari* haya conseguido su objetivo. Shora, te condeno a la *honto*, es mi deseo».

La imagen se fue difuminando por las tinieblas del tiempo.

Shora estaba de pie en mitad de la *cambra de nutrijo*, el lugar de proporciones gigantescas en donde todos los habitantes de Blua Suno iban a saciar su hambre y espíritu.

Permanecía de pie en el centro de la sala. Los rayos de una luz tenue y azulada resbalaban por su cuerpo cubierto por jirones de piel artificial. Tenía la cabeza gacha y su cabello rubio y grasiento caía sobre el rostro y sus pechos, solo tapados por lo que quedaba de los tejidos blancos de lo que había sido sil traje impoluto y níveo.

Su alma sufría ante la vista del resto de los *homoj* que pasaban al lado de su cuerpo sin mirarla, cumpliendo de esa manera su castigo. El vacío en su

mente era el castigo. La *honto*. La invisibilidad entre una organización totalmente socializada en la cual dependían unos de otros era el peor de los castigos. La soledad más absoluta envolvía a Shora. Estaba prohibida la comunicación con ella hasta finalizar su castigo. El vacío más cruel se adueñaba de ella con cada hermano que pasaba a su lado sin comunicarse. Pero lo más cruel si cabe de aquel castigo era la degradación de su cuerpo. El traje se desintegraba sobre su piel. No limpiaba su cuerpo ni eliminaba sus efluvios corporales. Sin poder aguantar dentro del organismo sus desechos orgánicos, estos salían al exterior resbalando por sus nalgas y empapaban el suelo sobre el cual permanecía de pie, pisando sus propios orines y excrementos. El olor a su alrededor era insoportable y también recordaba al resto de su civilización el tremendo castigo que suponía incumplir las leyes.

Pero Freezer miraba por los ojos de Ochoa, y este permanecía arrodillado delante de Shora, sin moverse ni un ápice y pasando por el mismo suplicio que ella.

No le enviaba mensajes con el lenguaje antiguo ni con el de la esperanza, ya que incumplir la incomunicación hubiese supuesto su inmediata expulsión de Blua Suno. Pero su presencia delante de su amada la reconfortaba. De vez en cuando lo miraba entre los grasientos cabellos rubios y una luz especial aparecía en sus ojos. Le decía que todo saldría bien y que se mantuviera fuerte.

Freezer sintió el dolor y la desesperación de Ochoa, pero sobre todo la impotencia que se transformaba en indignación y una contenida violencia hacia lo que consideraba injusto, un sentimiento muy propio de los habitantes de Domo. Pero aguantó sus impulsos por el bien de su amada. Semejante oleada de amor incondicional percibida a través de su interlocutor le cortó la respiración.

Él ya lo sabía, lo había observado en diversas ocasiones en Blua Suno. La *honto* finalizaba cuando el reo quedaba hundido en alma y cuerpo y se desplomaba exhausto sobre sus propios excrementos, demacrado y prácticamente a los umbrales de la muerte. Los *sciencistoj* recogieron el cuerpo cadavérico y sucio de Shora y se lo llevaron para reconstruirlo. Su alma renacería tras la redención del pecado que había cometido.

Escuchó en su mente una voz a través de Ochoa. Alguien se le había aproximado y le había hablado en el lenguaje antiguo.

«Ese engendro que lleva Shora en el vientre, fruto de tu podrida semilla, será mío, *Instruiste*. Jamás lo volverás a ver a no ser para que te quite la vida,

pues con ese objetivo habré de educarlo. La raza de Domo debe ser exterminada del universo. Ese será tu castigo y mi alegría».

Vio por los ojos de Ochoa el rostro de Nigra pegado al suyo. Su apariencia era igual que la de cualquier otro *esfiloristo*, alto, fuerte y seguro de sí mismo, pero su alma era negra como lo más profundo del universo, al igual que la piel de su cuerpo. De ahí su nombre, el odio y rencor lo habían corrompido hacía ya mucho tiempo.

Poco a poco, Freezer intentó recuperar el aliento ante la experiencia que le había transmitido Ochoa. Su rostro estaba empapado en lágrimas mientras permanecía con los ojos cerrados en la oscuridad de la habitación.

Pero la comunicación no había terminado. En su mente fue apareciendo una escena muy familiar. Prácticamente la misma que había compartido hacía tiempo con Costa durante su reclusión en la celda del hospital militar de Gómez Ulla.

Se vio a sí mismo delante de Ochoa. Era un niño. Estaba tumbado en un confortable colchón de aire, que lo mantenía en suspensión a un metro del suelo. Su cuerpo estaba descansado y totalmente relajado. Ante sus ojos aparecían imágenes del planeta azul. Montañas, lagos, ríos, valles, selvas, personas, animales, objetos… En cada imagen tenía que decir su significado en un idioma llamado esperanto. El *Instruiste*, que estaba de pie a su lado, lo corregía cuando se equivocaba. Le había dicho que aquel idioma era el que se hablaría con el paso de los años en el planeta azul, y debía aprenderlo como si fuese el suyo natal, al igual que el del lugar en donde tenía su misión, España. *Planedo Tero, planeta Tierra, monte, montaña, bestoj, ríos, valoj, valles, gangaloj, selvas… planeta del Sol Azul, tu hogar, Blua Suno… Pero pronto tu hogar también será la Tierra, Domo*.

De repente, la escena cambió bruscamente y sintió el dolor de Ochoa ante la despedida. Estaban a los pies de una nave *boveno* que brillaba como una gigantesca esfera plateada. Tenía una rampa tendida hasta el suelo, esperando el ascenso del *Instruiste*.

Sabía que en la órbita de Blua Suno una nave *galaksio* esperaba al viejo profesor para trasladarlo hacia Domo.

Freezer se vio a través de los ojos de Ochoa. Era un adolescente y su cara casi infantil miraba con tristeza la imagen de su mente.

«Tu formación ha acabado, *Emissari*, pronto nos veremos, no sufras. —Ochoa le tocó el rostro con la palma de su mano y Freezer revivió aquella sensación extraña de amor y pérdida. Se sintió tan infeliz como en aquellos momentos, mucho tiempo atrás—. He de volver a Domo, allí te esperaré».

«¿Dónde está Shora? ¿Volverá?».

«Shora volverá y acabará tu formación. Su misión es buscar otros mundos para que tu raza no se extinga. Pero siempre velará por ti, esté donde esté. Al igual que yo».

En el infinito hangar de Blua Suno también estaban el *Neniu* y Nigra, observando la escena en un segundo plano.

Nigra avanzó impaciente y empujó a Ochoa a la rampa de la *boveno*.

«Ya has hecho suficiente daño en la mente del que está llamado a ser el *Emissari*. Ahora pasará a la *Kolumna de Esploristes*. Yo acabaré su formación».

Márchate de una vez, no eres bienvenido aquí ni en ninguno de los mundos que pueda pisar un *homoj*.

«La debilidad no reside en el más frágil, sino en el que, por ego y odio, no sabe medir su verdadera fuerza. Nigra, que tu maldad acabe de pudrir tu alma hasta la muerte antes de que envíes a los de tu especie al desastre. No me imagino manos más despreciables para entregar a mi *lernanto*, a mi alumno. Pero ha pasado a la *pubereco*, la pubertad, y conozco las leyes de Blua Suno. Ha de integrarse a la *¡columna* para la cual fue concebido».

Ochoa cortó la comunicación de pronto y su mente se mantuvo en silencio. Freezer no tuvo más remedio que abrir los ojos para buscar mensajes visuales, ya que su mente se llenó de un vacío tan espeso como el del espacio.

—Eres mi padre. Shora era mi madre —susurró Freezer.

Ochoa asintió sin levantar la cabeza.

—Fuiste procreado por los dos mundos —dijo con suavidad—. Por eso tu destino lo determinó el *Cervo*. El *Neniu* también tenía conocimiento de ello y estaba de acuerdo. Eres la esperanza de Domo y de Blua Suno.

Ochoa guardó silencio durante unos segundos.

—Eres el nuevo *Neniu*. Has de guiar a tu raza y a la mía en estos momentos tan difíciles, para eso naciste. Cumple con tu deber. Levántate y ocupa el lugar que te corresponde. Todavía hay muchas muertes que evitar, ya habrá tiempo para llorar a los caídos. —La voz del viejo profesor sonó como un trueno en la pequeña estancia y entró en la mente de Freezer como si le estuviese hablando al mismo tiempo mediante el lenguaje antiguo.

Fue tal la fuerza que le envió Ochoa y el conocimiento que acababa de recibir, que Freezer estiró sus piernas e intentó ponerse de pie. Ahogó un grito de dolor.

—Ayúdame, mi pierna herida me impide andar. Préstame tu hombro y tu fuerza, te necesito.

Ochoa se levantó de su silla e incorporó a Freezer sujetándolo con asombrosa fuerza por las axilas. Las miradas de ambos se cruzaron por unos instantes y se fundieron en un efusivo abrazo.

—Gracias, *Instruiste*, padre. Tu fuerza es mi fuerza. Tus sacrificios y los de Shora, mi madre, no caerán en el olvido, te lo aseguro.

—Vamos, tienes que cumplir con tu destino.

—Así sea.

Ambos se encaminaron hacia el pasillo, donde Martín montaba guardia. Su cara manifestó la sorpresa al verlos aparecer delante de él.

—¿Estás bien, Freezer?

—Mejor que nunca, *bravo birvaro*. Deseo que me acompañes y que hagas llamar también al comandante de esta base. Ha llegado el momento de que se cumpla la *Granda Alveno*. También quiero que estén a mi lado todos los supervivientes de Robledo de Chávela. Necesito su apoyo. ¿Lo harás?

—No lo dudes. ¿Pero qué quieres hacer tú?

—Exigir lo que por derecho me pertenece, por el bien de todos. Ve. Te esperaré en el vestíbulo de la base.

Ochoa y Freezer vieron cómo Martín se marchaba con paso acelerado.

—Buena gente la de Domo —susurró Freezer.

—Ya te enseñé que los humanos son capaces de hacer las mayores atrocidades, pero también de dar su vida por los demás si consideran que la causa es justa.

—Vamos, acompáñame. Preparémonos para cambiar el mundo.

*** * ***

Antes de llegar al vestíbulo pasaron por el comedor de la base. Allí estaban Julia, Almansa y Figueroa. Todos se levantaron a abrazar a Freezer.

—Ayúdenme a vestirme. Tengo que enfrentarme a los elementos de allí fuera. Soy un *homojáe* Blua Suno, acostumbrado al frío, pero aun así necesito ropa de abrigo.

—¿Hay esperanza? —preguntó Julia tomándolo de la mano.

Freezer asintió.

—Mi poder está en lo mejor de los dos mundos. He nacido para esto. Es mi destino. No los defraudaré.

Enseguida equiparon a Freezer con un grueso chaquetón de plumón, unas botas y pantalones térmicos.

En aquellos momentos entró en el comedor el general Duvrovnik, acompañado por algunos de sus oficiales, Vova y Martín.

Freezer se dirigió a él en ruso, para sorpresa de casi todos los asistentes. Los que ya lo conocían sabían que hablaba casi todos los idiomas existentes en la Tierra.

—*Я эмиссара Blua Suno. Я прошу вас посещать мои братья из его ран.*

—Soy el Emisario de Blua Suno —tradujo Vova—. Le suplico que atienda a mis hermanos de sus heridas.

—*Для этого они должны сложить какой-либо враждебности.*

—Para que eso se produzca, tienen que deponer cualquier tipo de hostilidad —tradujo Vova las palabras del almirante.

—*Поэтому он будет.* (Así será).

* * *

Freezer estaba de pie ante la *boveno* del *Majoro* Ekindek. La esfera resplandecía con brillos azulados que se reflejaban en la nieve. Un viento gélido azotaba la planicie llevando consigo agujas heladas de hielo. Detrás de él, a unos metros de distancia, una veintena de personas aguantaban estoicamente el frío ártico. Allí estaban Martín, Ochoa, Julia, Figueroa, Almansa, Gemar, el almirante Duvrovnik y muchos de sus oficiales. Los había acompañado una flota de vehículos oruga con la cruz roja dibujada en sus carrocerías.

El ulular de las rachas de viento rompía el silencio de la noche.

Por fin la rampa de la esfera se desplegó y por ella descendió la figura altiva de Ekindek. Su traje ya no era de un blanco níveo, sino que empezaba a mostrar los síntomas de deterioro propios del tiempo sin ser cambiado.

«¿Qué quieres, *Emissari*?».

«Salvar a los nuestros».

«No quiero hablar con un traidor. Veo que te acompañan los habitantes de Domo, los que nos han causado tanto daño. Solamente espero su rendición y que se sometan a los designios del *Neniu* cuando este descienda entre nosotros».

«No vendrá ese *Neniu*. Su destino está lejos de llegar a Domo. El nuevo *Neniu* soy yo».

«¿Qué derecho tienes?».

«El de la razón. No voy a permitir que los de mi especie se extingan dentro de nuestras naves. Serán curados por los *sciencistoj* de Domo, ya que nosotros no disponemos de los suficientes recursos como para hacerlo por nuestros propios medios. Soy, por elección del *Cervo*, el *Emissari* y el nuevo *Neniu*. El que ha de crear la concordia entre los humanos de Blua Suno y Domo. Es mi deber hacerlo en paz y velar por las dos especies, para ello fui concebido y formado. Es mi deseo que cumplas mi voluntad».

Ekindek caminó hasta llegar a la altura de Freezer. Prácticamente le sacaba una cabeza de altura. Lo miró con fiereza a los ojos.

Pero su imponente poder físico no pareció amedrentar al *Emissari*, que le mantuvo la mirada con sus ojos azules y transparentes.

Era obvio que estaban hablando por el lenguaje antiguo. Las mentes de ambos habían entrado en una batalla sin tregua.

Pasaron unos minutos interminables en los que nada parecía pasar. Solo dos gigantes frente a frente desafiándose con la mirada.

Pero Ekindek cerró los ojos y Ochoa entendió que Freezer le estaba transmitiendo pensamientos y experiencias.

Sus pupilas bailaban bajo los párpados y su cuerpo se tensó, echando la cabeza hacia atrás. Freezer, delante del nuevo *Majoro*, no apartaba la vista de él y siguió transmitiéndole sus pensamientos durante muchos minutos más.

Ochoa supuso que le estaba enviando imágenes de todas sus vivencias, tanto en Blua Suno como en Domo. El enorme sacrificio que había significado para él ser el *Emissari* en un lugar extraño e inhóspito.

Y estaba en lo cierto. Ekindek vivió en su mente los maltratos que recibió Freezer por parte de Nigra durante su instrucción de *esploristo*. El odio que percibió su alma durante aquel largo periodo de tiempo y que lo diferenciaba del resto de los compañeros que habrían de desembarcar con él en Domo para preparar la *Granda Alveno*. Sintió el miedo al enfrentarse a un mundo nuevo.

Bajo la piel de Freezer vivió los años de soledad en una civilización desconocida. El horror de ser testigo de guerras, violencia y desprecios. No encajaba en aquella sociedad, pero hacía todo lo posible para adaptarse a ella. Los alimentos no eran admitidos por su organismo y cada bocado le producía un gran daño. Vomitó, estuvo enfermo, pero se reponía sabiendo que tenía que alimentarse y que volvería pronto a aquel círculo vicioso.

La soledad era constante. La reclusión en un minúsculo habitáculo día tras día después de una jornada de trabajo pegado a instrumentos intentado

comunicarse con Blua Suno. La soledad que no era natural para los de su especie.

Tuvo que luchar contra ella cada día y cada noche perdía la partida al encontrarse solo, digiriendo alimentos que sabía que su organismo rechazaría en gran parte.

Luego lo apresaron. El terror y la desesperación se adueñaron de él. La soledad y la degradación fueron mucho más severas.

Estaba recluido en una especie de celda mientras pasaba el tiempo y su alma no encontraba esperanza. Día tras día, durante mucho tiempo estuvo totalmente solo y se dejó morir. Ya no intentaba alimentarse y su cuerpo pereció una y otra vez, hasta que le inyectaban algo en las venas que lo hacía resucitar, para volver al mismo ciclo cruel y sin fin. Ni la más espantosa aplicación de la *honto* (vergüenza) había castigado de semejante manera a ningún habitante de Blua Suno en toda su historia, menos aún sin haber cometido falta alguna. Pero el *Emissari* había sido sometido a ella no una, sino decenas de veces. Ese sufrimiento jamás había sido conocido por un *homoj*.

Era tal la desazón que sentía su alma por el sufrimiento ajeno que le estaba transmitiendo Freezer, que Ekindek hincó sus rodillas en el hielo mientras se estremecía de dolor.

Vio delante de él, por los ojos del *Emissari*, a un ser deforme y sentado en una silla con ruedas que le había dado esperanza, un habitante de Domo que entendía el lenguaje antiguo y volvió a crear una llama en su espíritu.

La *honto* había finalizado y la lucha comenzaba nuevamente. Su espíritu había renacido.

Vivió por los ojos de Freezer viajes, aventuras, luchas, heridas que quemaban la piel y la carne, que rompieron sus huesos, tendones y que le causaron un dolor físico casi insoportable. Los sintió como suyos y se estremeció sobre la nieve.

Vio el amor hacia gentes de Domo, que fueron los que le apoyaron y dieron su vida por él. Revivió escenas atroces de batallas y asesinatos a sangre fría.

Ningún alma podía soportar tanto sufrimiento.

Pero alzó la mirada y vio al *Emissari* altivo ante sí. Los ojos limpios como los hielos de los glaciares que los rodeaban. Su espíritu era firme porque había renacido varias veces de la muerte, la *honto* y, sobre todo, porque había recibido el amor y el odio de dos mundos totalmente distintos.

Roto por el dolor de las experiencias ajenas vividas, avergonzado por su equivocada percepción, el temible *esploristo* Ekindek se mantuvo arrodillado sobre el hielo, herido por el sufrimiento ajeno que acababa de experimentar. Bajó la cabeza, sumiso.

—*Meritas ida menyspreu. Ajna loganto de Blua Suno, inkludita Nigra, gi devus prostrarantedi via. Estas digna filo de Shora. Mia Nenua*. (Merezco tu desprecio. Cualquier habitante de Blua Suno, incluido Nigra, debería postrarse ante ti. Eres digno hijo de Shora. Mi *Neniu*).

Freezer posó una mano sobre el hombro de Ekindek.

—*Majoro, ni devas transladar al ciuj vunditaj. Estas mia deziro. Restas al mia jlanko, mi bezonas vin. (Majoro,* hemos de trasladar a todos los heridos. Es mi deseo. Permanece a mi lado, te necesito).

—Así sea.

Una voz potente como el trueno resonó en la mente de todos los *homoj* y los humanos que entendían el lenguaje antiguo. Era impersonal, pero sus palabras transmitían tal autoridad que anuló voluntades y guio la verdad.

«Que los hombres y mujeres de Blua Suno se postren ante el nuevo *Neniu*, Edumilionojdumil, el *Emissari*. Él habrá de guiar el destino de ustedes a partir de ahora. Le deben obediencia. Guiará sus pasos y aplicará las leyes de Blua Suno aquí en Domo entre ustedes. Es hijo de los dos mundos, de Shora, la *Majoro* de Unoa, y de Ochoa, el *Instruisto*. Es sus ojos en este mundo nuevo y la mano que los guiará. Su guarda, su padre y su esperanza de supervivencia».

Cervo había hablado. Su palabra era ley y solo el *Neniu* conocería a partir de aquel momento todos los conocimientos de miles de generaciones de *homoj*.

Freezer notó el enorme peso de la responsabilidad sobre sus hombros, pero se mantuvo firme ante el nuevo destino que se le había impuesto. La decisión de *Cervo* era irrevocable.

La voz del *Neniu* también había llegado a alguno de los habitantes de Domo, soldados rusos, que sin saberlo entendían el lenguaje antiguo. Confusos y temerosos, se fueron acercando a Freezer ante la sorpresa de sus compañeros que no acababan de entender la situación. Sin decir nada, se postraron de rodillas visiblemente emocionados.

Las compuertas de todas las naves de Blua Suno se fueron abriendo y miles de figuras vestidas de blanco salieron de sus entrañas como fantasmas que se arrastraban sobre la nieve. Iban sucios y portaban entre ellos plataformas flotantes con innumerables heridos.

Se detuvieron ante el nuevo *Neniu* y se postraron ante él, esperando su guía y consuelo.

Martín, unos metros detrás de Freezer, observó la escena y se estremeció de emoción. Casi inconscientemente, dejándose llevar por el poder de la situación, también clavó sus rodillas sobre la nieve. Al instante lo imitaron Figueroa, el profesor Ochoa, Gemar, Almansa y Julia.

Los soldados de la base de Nueva Zembla, por miles, iban acudiendo al lugar de la escena, sobrecogidos por la extraña energía que los embargaba como un perfume embriagador e irresistible. Bajaban desde las torretas de los tanques, de las baterías de misiles, de los blindados que hasta entonces habían apuntado hacia la flota de Blua Suno considerándola enemiga.

—Bienvenida la esperanza —gritó a pleno pulmón Martín.

Vova, a su lado, tradujo lanzando al aire helado un alarido mientras se arrodillaba también.

—Добро пожаловать, надежда!

El grito se fue repitiendo por toda la multitud como una ola imparable.

Los soldados por oleadas fueron arrodillándose e inclinando sus cabezas ante el estupor de sus compañeros y oficiales.

Una neblina de hielo flotaba en el aire empujada por el viento y cubría con silencio reverencial la escena que se estaba desarrollando en el valle.

Cada vez eran más los que mostraban respeto hacia aquella figura erguida en mitad de la multitud.

Freezer demostró su debilidad de movimientos al girar sobre sí mismo para poder ver la escena que se desarrollaba a su alrededor. Su pierna herida lo hizo desestabilizarse en varias ocasiones, pero pudo aguantar la compostura y consiguió tener una visión completa del valle.

Sobrecogido, su voz resonó fuerte a través de su boca en forma de vapor que pronto se congeló disperso difuminado en el aire. Habló en ruso, pero el grupo de españoles lo pudo entender gracias a la traducción simultánea de Vova.

—Hermanos de Nueva Zembla, no teman. Pedimos auxilio. Su ayuda será recompensada sobradamente si así lo desean. Jamás volverán a pasar hambre o enfermedad si se dejan ayudar. No les impondremos nuestras leyes, solo los convencidos serán instruidos en nuestra forma de vida, pero no dejaremos que ninguno de ustedes sufra ningún daño, aunque su mente nos odie. Soy Edumilionojdumil. Por mis venas corre sangre de Blua Suno y la Tierra, Domo. He vivido durante treinta años entre ustedes y los conozco. Sé de su valía y de sus miedos, de las bondades y miserias de su raza. Pero nada

deberán temer del futuro. Estaremos aquí para ayudarlos. Soy el *Emissari*, el que ha de confraternizar a nuestras dos especies, para eso nací y es mi destino. Soy el *Neniu,* el que ha de dirigir a los de mi especie y hacer que se integren con ustedes. Déjenme demostrarles nuestras bondades. Nunca más pasarán penurias, porque nosotros los protegeremos.

Freezer siguió girando sobre sí mismo para poder ver a todos aquellos a los que se dirigía. Renqueaba sobre su pierna herida y más de una vez pareció que se iba a desplomar sobre el suelo blanco y helado. Pero mantuvo su compostura.

Martín escuchó la traducción de Vova. Era evidente que habían comenzado una nueva era para la humanidad y su alma se conmovió ante tal esperanza.

Freezer siguió hablando en ruso, haciendo que su voz se propagara por aquel valle lejano e inhóspito situado en el Ártico, allá donde la civilización de los humanos luchaba por sobrevivir.

—Aprenderemos su idioma, pero los que quieran integrarse con nosotros habrán de hablar el esperanto. Es la única manera de derribar fronteras, prejuicios y odios. Nuestra lucha será para convencer a los humanos de Domo de que ha llegado el momento de la concordia. No caben en nuestra forma de ser las guerras y enfrentamiento entre hermanos. Pero ahora solamente pedimos cobijo para cuidar a nuestros heridos, después los recompensaremos con creces. No teman, la nueva era ha llegado, aquella que acabará con sus sufrimientos. Se los dice quien ha venido del otro lado del universo y ha convivido entre ustedes durante generaciones.

Tras las palabras de Freezer, el silencio fue tan profundo que solo se escuchaba el ulular del viento entre las cumbres nevadas y el lejano impacto de las olas en la costa. La luz de la eterna noche polar alumbraba tenuemente la escena. Poco a poco casi todos los soldados rusos se fueron arrodillando hasta formar una alfombra de uniformes de camuflaje de color blanco. Pero el almirante de la base permanecía de pie al igual que sus oficiales. Eran como un islote entre un mar blanco. Hacia ellos se dirigió Freezer con paso titubeante. Por fin se detuvo ante él y lo miró a los ojos.

—Danos cobijo, y te conseguiré la resurrección de tu pueblo.

Para asombro de todos los asistentes a la escena, sobre todo de los *homoj* de Blua Suno, Freezer se arrodilló con gran dificultad ante el almirante Duvrovnik.

Perdió el equilibrio y cayó aparatosamente de bruces, impactando su rostro contra el helado suelo. El hielo afilado como agujas lo hirió y gotas de

su sangre gotearon sobre el níveo suelo.

Martín se levantó como un rayo y fue a socorrerlo, pero lo detuvo un gesto de la mano de Freezer.

Con el rostro lleno de cientos de puntos rojos que dejaban salir gotas de sangre, Freezer alzó la mirada hacia el comandante de la base rusa y continuó hablando.

—Nuestras vidas están en tus manos. Cuida de tus hermanos, pues ellos habrán de cuidar de ti en el futuro.

El almirante Druvovnik se mantuvo erguido como el pilar de una catedral, pero sintió ser el objeto de miles de miradas esperando su reacción. Pareció dudar ante la presencia de Freezer, arrodillado ante él, con el rostro cubierto de sangre. Estaba turbado y emocionado a la vez. No había esperado aquella reacción por parte de quien consideraba su enemigo.

—Levántate, Emisario —dijo finalmente el almirante. Sus palabras fueron traducidas por Vova—. Tus heridos serán curados. Tus muertos serán enterrados con honores y a partir de este momento serán bien recibidos en Nueva Zembla como amigos. Tus actos pesan más que las palabras y, por lo que he visto, eres un digno representante de los de tu especie y confío en ti.

Freezer se levantó con dificultad de la nieve. Perdió el equilibrio de nuevo y cayó de bruces al fallarle su pierna herida.

Martín corrió a auxiliarlo y lo levantó con cuidado.

—Ayúdame, *bravo birvaro* —le susurró agradecido al oído—. Debo transmitir a los míos la buena nueva. Pero préstame tu hombro, o en caso contrario volveré a caer.

El *Emissari*, apoyándose en Martín, encaró a los suyos y los miró con sus ojos llenos de pureza. Les transmitió mediante el lenguaje antiguo sus deseos como *Neniu*.

Aquel ser transmitía tal fuerza, determinación y pureza de alma que una oleada de poderosas energías recorrieron el valle helado. Nadie supo explicar lo que ocurrió en aquel valle ártico, pero los actos de un solo hombre unieron a dos especies para siempre. Creyeron en él y a partir de aquel momento, sus almas y esfuerzos le pertenecían. Era el *Neniu*. Era el *Emissari*. Aquel que había nacido para salvar a la especie humana en momentos tan aciagos.

Los *homoj* se levantaron y comenzaron a caminar transportando heridos hacia los vehículos sanitarios que los estaban esperando. Cientos de soldados rusos acudieron en su ayuda.

Los médicos militares comenzaron a trabajar con los heridos para clasificarlos según su gravedad.

La actividad se volvió frenética sobre el valle de Nueva Zembla. Los humanos de dos civilizaciones tan dispares colaboraron entre sí estrechamente. No se cruzaron palabra alguna, pero en aquella situación no hacía falta. Uno a uno, los *homoj* fueron introducidos en los vehículos oruga y estos emprendieron la marcha hacia el edificio principal de la base militar, donde los esperaba el hospital y una esperanza para su curación.

Al mismo tiempo, cientos de cadáveres fueron desalojados de las naves extraterrestres y depositados con cuidado sobre la nieve. Los soldados también se dirigieron hacia aquel lugar y ayudaron a los *homoj* en tan penosa tarea. Pronto una gran extensión de terreno en la zona este de la pista de aterrizaje quedó ocupada por una alfombra de cuerpos sin vida, muchos de ellos terriblemente mutilados.

Figueroa, el profesor Ochoa y Almansa rodearon a Freezer y a Martín ante aquella escena tan sobrecogedora.

—Lo has conseguido. Dos mundos opuestos trabajando por el bien común. Estoy orgulloso de ti —dijo Ochoa apoyando una mano sobre el hombro de Freezer—. La nueva era de la humanidad ha comenzado.

—La semilla de todo esto la plantaste tú hace mucho tiempo. Los humanos de los dos mundos habrán de reconocer tus méritos, que estos sean conocidos en las generaciones venideras hasta el final de los tiempos, junto con los de Shora, la *Majoro* de Unoa. Ambos han sido el principio de todo. Mis maestros, mis mentores, mis padres.

* * *

Tristeza, desolación.

Figueroa contemplaba cómo uno tras otros se iban amontonando los cadáveres en interminables filas en la explanada oeste de las pistas de aterrizaje de la base.

Habían sido seres hermosos, casi perfectos, pero sus cuerpos estaban mutilados por horribles heridas. Había hombres, mujeres y niños.

El trabajo era realizado por *homoj*, pero también por soldados. El silencio y el dolor eran compartidos por ambas civilizaciones.

Uno tras otro eran depositados sobre el suelo helado, en hileras casi perfectas.

Sus trajes níveos casi se confundían con el paisaje. Solamente los rostros blanquecinos, muertos, delataban su presencia entre el paisaje nevado.

Figueroa sintió a su lado a más personas.

No tuvo que girarse para saber que lo acompañaban todos los supervivientes de Robledo de Chávela.

Notó la poderosa presencia de Martín, la mano cálida del comandante Almansa sobre su hombro, otra mano en su hombro libre, la del agente Gemar. Ochoa estaba detrás de él. Adivinó por lo entrecortado de su respiración su presencia y que su sufrimiento no tenía límites.

Estaban todos juntos, al menos los que habían llegado hasta allí. Faltaba Artemis, la cual todavía no había despertado del pozo de la inconsciencia.

Todos los demás supervivientes lo rodeaban. Formaron un grupo con una sola alma. Esperaron el momento oportuno. Y pronto lo encontraron.

Dos *homoj* desalojaban con extrema delicadeza de la *boveno* del *Majoro* el cuerpo inerte de Costa.

Detrás de ellos surgieron los cuerpos sin vida del sargento Duarte y los soldados Silva, Moreno y Castro.

Martín apartó a los dos *homoj* y tomó en brazos a su amigo, a su hermano. Aquel que había compartido tantas penurias y triunfos en el campo de batalla y en la vida.

Lo llevó como si fuera un niño e inició con paso penoso, rompiendo con sus pies las nieve, el ingrato camino del espacio que le correspondía entre tanto cadáver. Iba llorando y su alma se desgarraba a cada paso. Detrás de él, el resto del grupo se hizo cargo de los soldados de Regulares.

Miles de ojos siguieron el cortejo doloroso de la despedida. Eran soldados de la base y también *homoj*. La tristeza y el dolor se transmitían en un silencio denso, lleno de respeto hacia los héroes que, con su sacrificio, propiciarían una nueva era.

Martín notó que el peso que soportaba se aliviaba. Abrió los ojos y vio la mirada limpia, de un azul intenso libre de mal, de Freezer.

—He de rendir mi amor a mi hermano. Permíteme acompañarte.

Martín asintió y entre ambos trasladaron el cuerpo de Costa hasta depositarlo sobre el suelo, al lado de cientos de cadáveres vestidos de blanco. Se arrodilló y besó la frente fría y muerta de una de las personas que habían marcado su vida.

—Adiós, compañero. Al fin tenías razón. Todo el tiempo que hemos vivido es prestado. Pero has hecho el bien y has dejado una semilla para continuar tu labor. Artemis estará bien. Tu hijo estará bien. Ve en paz.

Freezer miró a Martín y asintió. Lloraba como un niño. Después hizo su propia despedida.

—No has muerto, hermano. Yo lo sé. Tu espíritu está en otro nivel. Los *homoj* lo sabemos. Gracias por todo lo que has hecho por los de mi especie. Gracias por creer en mí. Gracias por salvar mi vida una y otra vez. El mejor amigo que he podido tener. Adiós, *bravo birvaro*. Tu alma vivirá en tu descendencia, y en las sucesivas generaciones de tu estirpe. Serás eterno, para mi regocijo. Así ha de ser en los espíritus fuertes como el tuyo. Hasta pronto.

Depositaron el cadáver de Costa y de los soldados de Regulares sobre el hielo, junto a los caídos de Unoa.

Freezer hizo un gesto para que todos los vivos se retiraran del lugar.

Una alfombra de víctimas, hombres, mujeres y niños, de Domo y Blua Suno, formaba un extraño tapiz sobre el valle helado.

Martín, roto por el dolor, retrocedió y vio la escena desde lejos. Su mirada estaba fija sobre todo en Costa. La figura recostada sobre la nieve se fue empequeñeciendo según él se alejaba. Su rostro miraba hacia el cielo, tan blanco como el paisaje que lo rodeaba. Tenía una expresión tan irónica como la que mostraba en vida. Parecía sonreír. Pero sus ojos vidriosos, sin duda, estaban muertos, al igual que los demás cuerpos que lo rodeaban.

Cuando los vivos se retiraron a una distancia prudencial, las *bovenos* se iluminaron en un intenso color azul. De ellas surgieron millones de rayos finos como un láser que empezaron a recorrer el cementerio improvisado.

Casi instantáneamente surgieron partículas de luz que empezaron a flotar en el aire. Eran brillantes como estrellas y flotaban en el aire ártico como motas de polvo fluorescentes.

Entonces apareció ante los ojos de las miles de personas que se encontraban en las instalaciones militares de Yuzhny un espectáculo que les cortó la respiración y conmovió sus almas. Una enorme nube de luz fue ascendiendo hacia el cielo. Primero de un color azul intenso que obligó a más de uno a cubrirse los ojos dada su intensidad. Después las luces, como chispas de un potente fuego de artificio, se fueron extinguiendo en el aire ártico.

En poco tiempo, la noche volvió a su oscuridad más absoluta.

Sobre el valle no había rastro de los cadáveres. Era como si jamás hubiesen existido. Se habían desintegrado en moléculas que invadían el aire, haciéndose invisibles. Todos las respiraban, el suelo helado las recibía, las montañas circundantes quedaban impregnadas de ellas.

—Es nuestra forma de despedir a los muertos —dijo Freezer a Martín—. Los respiramos, se integran en la naturaleza para volver a renacer. Pero lo que se ha desintegrado son sus cuerpos. Sus almas hace tiempo que han encontrado su destino, iniciando un nuevo ciclo de vida. ¿Lo entiendes?

—¿El alma no muere?

—Jamás. Ocupará un nuevo cuerpo y comenzará el nuevo ciclo de la vida y el conocimiento en un nuevo ser. La muerte no existe como tal, querido amigo. Por eso somos seres vivos, es la primera regla de la supervivencia de la vida en el universo. Nada se desperdicia, por eso existe la evolución de las especies.

Martín guardó silencio durante unos segundos. Estaba conmocionado por la desaparición de su amigo delante de sus ojos.

—¿Dónde irá el alma de Costa?

Freezer sonrió.

—Conociéndolo, seguirá protegiendo a los suyos. Creo que ya te he contestado. —Tomó a Martín del brazo, para llevárselo de aquel escenario ahora vacío, pero todavía con tanta carga emocional—. Vayamos a socorrer a los vivos, tenemos mucho trabajo por delante.

* * *

Los siguientes días fueron frenéticos en la base militar Yuzhny.

Cientos de heridos de los *homoj* colapsaron sus plazas hospitalarias. Algunos murieron como resultado de las graves heridas que sufrían. Fueron trasladados delante de las *bovenos* para ser desintegrados y para que volvieran a la naturaleza, al universo.

Otros, la mayoría, mejoraron y salvaron sus vidas por las manos sanadoras del personal médico de la base y un entregado Almansa que apenas dormía yendo de habitación en habitación, de quirófano en quirófano. Parecía que la vida se le iba en salvar a cada uno de aquellos seres.

Ekindek, el *Majoro* de lo que quedaba de la flota de Unoa, vagaba por los pasillos del hospital militar y prestaba todos sus recursos a aquellos que se lo solicitaban. Había abandonado su porte orgulloso y siempre estaba pendiente de las peticiones del nuevo *Neniu*. Vova lo acompañaba siempre para traducir sus palabras o las órdenes que recibía.

Freezer apenas comía y descansaba. Intentaba estar en todos lados y atender a cualquiera que reclamase su presencia.

Quería tener tiempo para todos, porque todos eran importantes. Era imprescindible generar confianza en su persona, por eso era el *Neniu*.

Por eso, ordenó a Ekindek que compartieran sus raciones de *nutrijo* con el personal de Yuzhny, famélicos por el hambre.

Ese gesto arrancó una sonrisa del rostro pétreo del almirante Duvrovnik, ya que vio que la salud volvía a sus hombres y le dio seguridad en la nueva situación.

Freezer estaba en todos lados, velando por sus heridos, pero también organizando el nuevo asentamiento de los *homoj* en Domo. Consultaba con Duvrovnik cada una de sus decisiones, todas ellas acertadas y con proyección de futuro. Por eso, el viejo almirante relajó su postura defensiva y finalmente se entregó al entusiasmo y énergía de aquel ser lleno de luz al que todo el mundo seguía.

Vio cómo su base se transformaba a una velocidad sorprendente en un asentamiento extraño, donde se construían instalaciones imposibles bajo tierra. También vio que monstruos enormes habían invadido las costas y nadaban lentamente entre sus navíos y submarinos, mientras que el agua del océano se cubría de una película verde que era limpiada y recogida diariamente por los extraterrestres utilizando sus naves. Era la *nutrijo*, el alimento que garantizaba su supervivencia.

Fuera como fuera, los escasos alimentos terrestres fueron sustituidos por aquellas bolas verdes que les daban tanta energía y salud. Nadie tuvo más hambre ni penurias.

Gemar y Figueroa pasaban los días encerrados en la sala de transmisiones de la base, intentando enterarse de lo que sucedía en el mundo más allá de las *Brands*. El mundo occidental seguía convulsionado debido a la devastadora enfermedad que lo asolaba. Daban información cumplida a Freezer y a Martín al finalizar cada jornada, y entre ellos hablaban de cómo podían parar aquella situación tan catastrófica. Día tras día llegaban a la misma conclusión. Las naves que habían trasladado los laboratorios de Unoa habían sufrido daños importantes durante la batalla del descenso a Domo. Muchos *sciencistoj* habían fallecido, por lo que se debían dar un plazo de tiempo para recomponer las capacidades de Blua Suno a fin de empezar la ayuda.

Pero incluso se tenía previsto ayudar primero a los habitantes de aquel lado de las *Brands*. La situación de enfermedad y hambruna había provocado una hecatombe jamás conocida en la historia de la humanidad. Los muertos se podían contar por millones y ciudades enteras habían perecido por aquel azote.

Freezer miraba con satisfacción cómo ambas razas trabajaban juntas codo con codo, a pesar de la barrera de la civilización que los separaba. Los soldados rusos intentaban comunicarse a través de signos con los *homoj*, y

estos hacían los mismos esfuerzos para hacerse entender con el lenguaje de la esperanza. Pronto el idioma pareció no ser una frontera.

Visitaba con frecuencia las naves donde estaban las cámaras de regeneración, las *transportas*, en donde muchos de sus hermanos, los más graves, se recomponían de sus heridas. Cuando uno sanaba, era inmediatamente sustituido por otro del hospital de la base, siempre por criterios de gravedad consensuados por el equipo médico de Yuzhny.

Los días pasaban y su trabajo de reconstrucción, intenso y sin descanso, fue interrumpido por Julia.

Lo encontró vagando por los pasillos del hospital de la base. Estaba recontando los fallecidos de la última jornada, que por fortuna, eran cada vez menos.

—Freezer —le dijo con tristeza mientras le tomaba la mano—, Artemis ha despertado. Acompáñame. Debes hablar con ella.

Él asintió y se dejó llevar mansamente. Sabía que tenía que dar una ingrata noticia, aun más cuando la cicatriz por la pérdida de su amigo estaba reciente en su alma.

Cuando entró en la habitación, Artemis tenía girada la cabeza hacia la pared y respiraba agitada.

—Sé lo que me vas a decir. Lo presiento. Dio su vida por mí y por el hijo que llevo en mis entrañas. —Se volvió hacia él con los ojos velados por el dolor. Pero al mismo tiempo tenía una energía poderosa y la pena tomó el relevo en sus enormes ojos verdes que se tornaron fríos como el hielo. Acarició con suavidad el colgante que llevaba al cuello—. Él vive en mí, Freezer, y en mi hijo. Sé lo que tengo que hacer. Su muerte no ha sido en vano. No sufras por mí. Este bebé es suficientemente fuerte como para seguir viviendo. A partir de ahora, cuenta conmigo para lo que necesites, tal como lo hubiese deseado Costa, tu hermano. Soy sangre de su sangre y has de ver en mí y en mi hijo su espíritu. Él sigue contigo a través de nosotros.

De los ojos verdes como esmeraldas surgieron unas lágrimas que corrieron por su demacrado rostro.

—Ahora déjanos, *Emissari*. Dame tiempo para despedir a mi amor, pronto estaré dispuesta para la lucha, pero ahora, déjame velar su muerte.

Freezer, impresionado por la voluntad de aquella mujer, asintió y abandonó la habitación acompañado por Julia.

—No sé cómo lo sabe. Yo no le he dicho nada.

—Lo sabe porque ha leído mi mente —contestó Freezer, afectado—. El hijo que lleva en las entrañas entiende el lenguaje antiguo y ha transmitido esa

capacidad a su madre.

—Estaré a su lado hasta que se restablezca. Te mantendré informado.

—Gracias, Julia.

Freezer comenzó a caminar por el pasillo en dirección a sus múltiples obligaciones, pero se detuvo al notar un sentimiento de pena a sus espaldas.

Se giró y miró a Julia con intensidad. Esta permanecía todavía en el pasillo con la cabeza gacha.

—Pronto irás a buscar a tus hijos, hermana. No me olvido de ellos. Es mi deseo que los traigas aquí, si es tu decisión, ya que no habrá un lugar más seguro en todo Domo que este. Dame tiempo para crear un futuro seguro para ellos.

—Confío en ti, Freezer, pero no tardes demasiado, te lo suplico. Mi alma sufre cada día por ellos —contestó Julia antes de entrar en la habitación de Artemis.

Él se quedó mirando hacia el pasillo ya vacío y pensó en su propia familia. Hacía más de un día que no veía a Ochoa.

Se dirigió con paso firme hacia su estancia, situada en una habitación del mismo hospital.

Desde su aparente recuperación se le había asignado a Ochoa una habitación para él solo, por su expreso deseo, lejos de los cuidados de Julia.

Entró en ella y no vio a nadie. Todo estaba en orden. La cama estaba hecha y no observó ningún indicio de que allí hubiese habitado nadie.

Abrió un pequeño armario, en él había una maleta de piel marrón. Era la de Ochoa, una reliquia que lo había acompañado durante toda su vida. Allí guardaba su bien más preciado: el diario de su viaje a Blua Suno.

En el colgador de la ropa no había nada. Faltaba el chaquetón y el resto de ropa de abrigo.

Un terrible presentimiento invadió el alma de Freezer.

Salió corriendo, todo lo rápido que le permitía su rodilla herida, de las instalaciones de Yuzhny. Antes se abrigó precipitadamente lo mejor que pudo.

Caminó ansioso sobre la nieve helada en dirección a los acantilados. Un presentimiento atroz embargaba su alma.

Intentó conectar con el lenguaje antiguo con Ochoa, pero no obtuvo respuesta. Encontró un muro de oscuridad impenetrable y eso le causó aún más desazón.

Mientras cojeaba con paso rápido sobre la nieve, escuchó unos pasos que corrían detrás de él. No le hizo falta volverse para saber que se trataba de

Martín.

—¿Dónde vas?

—Mi padre, Ochoa, voy en su busca —contestó sin darse vuelta.

Martín lo alcanzó y caminó apresuradamente a su lado.

El kilómetro que separaba las instalaciones de Yuzhny del mar se hizo interminable. Freezer corría más que andaba, renqueando con su pierna herida sobre la nieve helada. Cada bufido de respiración se estrellaba contra el aire helado, formando una nube que se congelaba. Cada jadeo reflejaba su esfuerzo.

Martín andaba a su lado, pendiente de cualquier desfallecimiento que pudiera sufrir.

Pero Freezer, más allá de sus fuerzas reales, se dejó llevar por su espíritu y continuó rompiendo la nieve helada con sus rodillas, sollozando de dolor a cada paso.

—Mi padre no —suplicaba mientras se iba acercando al mar.

Se fueron acercando a la costa como un buque rompehielos. Martín estaba pendiente de la evolución de Freezer. Parecía que iba a caer de bruces a cada paso que daba.

Pero no cayó. Su voluntad inquebrantable superaba el dolor y el sufrimiento cada vez que su pierna herida entraba en la nieve y se alzaba para dar un nuevo paso.

Al fin, a lo lejos, vieron un punto oscuro recortado entre el níveo suelo del acantilado y el mar plagado de cascotes de hielo.

Se apuraron para llegar a aquel punto. Pudieron distinguir con toda claridad una figura sentada al borde del acantilado. Estaba totalmente inerte, cubierta por una fina capa de escarcha.

Freezer se dejó caer a su lado mientras lo abrazaba. Martín permaneció de pie.

Pasaron unos minutos eternos. Freezer, al fin, dijo con voz ronca:

—Déjanos solos, por favor.

Martín dudó.

—Debemos llevarlo a la base. Necesitará de cuidados médicos. No te veo con energía como para poder transportarlo tú mismo.

—Déjanos solos, pero no te vayas lejos. Tendrás que transportarlo, pero ahora no. Déjame que hable con él. Lo haré con el lenguaje antiguo. Vete. Es mi deseo.

Martín entendió. Y se alejó unos pasos de la escena.

El aire ártico azotaba el acantilado. A sus pies, el mar bailaba entre miles de cascotes de hielo mecidos caprichosamente por las olas.

Freezer notó una pequeña energía en aquel hombre al abrazarlo más fuerte.

Atrajo hacia sí su cuerpo esquelético. Vio la piel de su frente, blanca y congelada, sus pestañas, llenas de escarcha, cubrían los párpados cerrados.

«Sé que me escuchas. Vive».

Una débil señal llegó a su mente.

«Mi lugar está aquí, junto a Blanka. Mi vida acaba aquí con ella. La presiento y la veo bajo la superficie del mar. Le quiero decir que no está sola en el negro océano. Me iré con ella. Es mi deseo».

«Yo también te necesito».

«Tu destino ya está escrito. Has de ser el *Neniu* de los *homoj* y el líder de los humanos de Domo. Shora y yo te hemos instruido para ello. Mi objetivo en este mundo ha finalizado y tú habrás de continuar nuestro legado. Ahora déjame ir con tu madre, el amor de mi vida, mi alma. Pero dame tu calor y energía. No sufras por nosotros, estaremos en tu espíritu para siempre, ya que eres un ser amado, no solamente por ser nuestro hijo, sino porque has sido elegido para ser la esperanza de dos mundos. Ahora déjame ir. No tengo fuerzas para seguir en este mundo. Blanka me llama, he de acudir a ella».

Freezer dejó de sentir la mente de Ochoa. Su alma escapó entre sus dedos como un suspiro. Había muerto entre sus brazos. Dirigió su mirada nublada por el llanto hacia el mar gris cubierto por cascotes de hielo que refulgían blancos bajo la noche polar. En algún punto del océano descansaba Shora, Blanka, la *Majoro* de Unoa que había dado su vida por todos ellos.

Roto por el dolor, lloró amargamente mientras abrazaba el cuerpo sin vida de Ochoa. Sus genes de Domo lo delataron y dejó fluir sus sentimientos a través de las lágrimas.

A sus espaldas, Martín contemplaba la escena también afectado por lo sucedido. Esperaba su dolorosa misión, ya que sabía que tendría que trasladar el cadáver hasta la explanada delante de las *bovenos*. Freezer no tenía ni la fuerza ni los ánimos para llevar a cabo tan penosa acción.

Transcurridos unos interminable minutos, temió por la seguridad del *Neniu*, ya que la escarcha parecía cubrirlo poco a poco, convirtiéndolo en una estatua de hielo. Por fin decidió intervenir y separó con extrema delicadeza a uno del otro. Tomó entre sus poderosos brazos el cuerpo sin vida de Ochoa y miró a Freezer con cariño.

—Solamente lo puedo transportar a él, *Emissari*. Si has de ser el gobernante de dos mundos, debes tener fuerza suficiente para ponerte en pie y seguir guiándonos. Yo no puedo con los dos y tú tienes que ocupar el sitio que te corresponde.

Martín emprendió el penoso camino hacia la base rusa.

Freezer, aún conmocionado, observó el océano gris e inhóspito que se desplegaba ante su vista desde el acantilado. De repente vio cómo decenas de *bovenos* lo sobrevolaban a gran velocidad y se sumergían en el agua a mucha distancia de donde se encontraba él. Aquel era el punto exacto en donde había caído Unoa, estaba seguro. Pero no había dado instrucciones para que las naves de Blua Suno hicieran aquella operación. Aun así, deseó con toda su alma que rescataran el cuerpo también sin vida de Shora.

Se sentía muy cansado. Doloridos el cuerpo y también el alma. Se incorporó con dificultad y siguió a Martín hacia la base. Su mente estaba nublada por el pesar de tanta pérdida.

El camino de vuelta fue penoso. Apenas podía mantener el paso enérgico de Martín, que a pesar de transportar el cadáver de Ochoa en sus brazos, rompía la nieve helada con sus poderosos pasos.

Para su sorpresa, pudo vislumbrar a lo lejos miles de figuras que esperaban su llegada.

Homoj y soldados de la base los estaban esperando en actitud sobrecogida y silenciosa.

Freezer entendió. Su dolor era tan intenso que todos sus hermanos lo habían percibido. No había puesto barreras para impedir que sus pensamientos trascendieran a otras mentes. Todos los que entendían el lenguaje antiguo habían compartido su tragedia.

Poco a poco llegaron a la explanada donde habían sido incinerados cientos de cadáveres de *homoj* y también de humanos, un lugar que ya había alcanzado el rango de sagrado. Había observado el mismo ritual decenas de veces. Depositaban los cadáveres en el helado suelo y los rayos de las *bovenos* los convertían en partículas.

Aquel era el destino de su bienamado Ochoa. Habría de convertirse en una nube efímera de partículas.

Pero la escena era diferente. Todos los *homoj* estaban allí para rendir la última despedida al *Instruisto*. También estaban los soldados rusos, que bajaron sus cabezas al paso de Martín, que transportaba en sus brazos al viejo profesor, como signo de respeto y dolor.

Los humanos, tanto los recién llegados como los militares, abrieron un pasillo respetuoso al avance de Martín, que avanzaba paso a paso con su carga hasta que llegó a su destino.

Con extrema delicadeza, Martín depositó el cadáver de Ochoa sobre el suelo. Arregló sus ropajes para darle una apariencia digna y se apartó de él, esperando que el procedimiento habitual se produjera.

Pero algo cambió.

Vio con sorpresa que una *boveno* aterrizaba a escasos veinte metros de donde se encontraban ellos.

La rampa se desplegó y apareció una figura alta, fuerte y orgullosa que portaba entre sus brazos un cuerpo de mujer vestida de blanco, inerte, muerta también.

Era Ekindek, quien con paso seguro, derrotando al hielo bajo sus pies con fortaleza, llegó hasta el lugar donde yacía Ochoa.

Depositó con delicadeza el cuerpo de Shora al lado del de Ochoa. Era una mujer hermosa, aun después de la muerte. Su piel estaba blanca y sus cabellos rubios como el oro, empapados por el agua, estaban pegados a su rostro.

—*Prostreu-vos antaü la Mejoro de Unoa, kiu donis lian vivon por ni*. (Póstrense ante la *Majoro* de Unoa, la que dio su vida por nosotros) —gritó a pleno pulmón con lágrimas en los ojos—. *Prostre-vos ankaü antaü la malnova Instruisto, li ankaü donis lian vivan por ni. Ambaü estas ke estas propiciat kun lia sinofero kiu niaj du rasoj kunigaspor eviti la detruon*. (Póstrense ante el viejo *Instruiste,* él también dio su vida por nosotros. Ambos son los que han propiciado con su sacrificio que nuestras dos razas se unan para evitar la destrucción).

A continuación los rayos azules de las *bovenos* se desplegaron sobre los cuerpos de Ochoa y de Blanka, tendidos sobre el yermo y helado suelo, hasta hacerlos desparecer entre millones de chispas que se convirtieron finalmente en una nube de polvo fluorescente que se diseminó en el aire ártico.

Freezer, conmovido hasta la extenuación, observó la escena derrotado por el dolor.

* * *

No paró de trabajar.

Su espíritu se fue fortaleciendo día a día, en la búsqueda del bienestar de los suyos.

Decenas de guerras y enfermedades seguían devastando el mundo más allá de las costas de Nueva Zembla.

Pero gracias a su esfuerzo, la devastación fue retrocediendo bajo su férrea voluntad. La luz fue iluminando el mundo de este a oeste, los hielos del mar y la tierra se fueron derritiendo y la noche eterna murió para dar paso al sol permanente.

Las almas de todos los habitantes de Nueva Zembla, militares y *homoj*, renacieron tras aquel invierno tan duro. Sobre todo los segundos se regocijaron ante la presencia del sol, que calentó el aire y trajo fragancias y sensaciones jamás conocidos por ellos, que habían pasado toda su vida enterrados bajo tierra o viajando por el espacio.

La base se llenó de risas de niños *homoj*, que correteaban alegres, descubriendo el nuevo mundo con los ojos y el resto de sus sentidos abiertos a todo lo que se encontraban a cada paso que daban.

Poco a poco ya no hubo más muertes. Los heridos más leves se iban recuperando en el hospital ya que las cámaras de regeneración habían recibido a los más graves para curarlos.

Freezer, Ekindek, el almirante Duvrovnik, Martín, Julia, Almansa, Figueroa y Gemar se reunían cada día para coordinar las tareas de suministro, la construcción de la nueva base de los *homoj* y la generación de alimento y medicamentos. La prioridad era establecer unas bases fuertes de progreso para poder trasladarlo al resto del mundo.

Ekindek explicaba cómo sus *bovenos* patrullaban sin descanso en el límite de las *Brands*. Algunas veces acosaban a algún avión de la Alianza del Norte que se atrevía a adentrarse demasiado en sus fronteras, pero que siempre huía despavorido ante la presencia de aquellas esferas que tan temibles y destructivas se habían mostrado. Pasaría mucho tiempo antes de que la Alianza del Norte se pudiera sobreponer de la destrucción que había sufrido su flota de aviones de combate sobre los cielos de Noruega.

Almansa aprendió a hablar el idioma de la esperanza y algo de ruso. Trabajó de enlace entre los médicos de ambos mundos para conseguir tratar a todos los heridos en las mejores condiciones. También fue testigo privilegiado de cómo se preparaba la *nutrijo* a través de las algas de color verde intenso que flotaban en la costa, fruto de las *ondoj* que nadaban, se alimentaban y reproducían en aquel mar que poco a poco se iba desprendiendo de las placas de hielo. Él fue quien sugirió que la mejor forma de combatir la enfermedad que asolaba el mundo era incluir el antídoto en las bolas de *nutrijo* y distribuirlo por las zonas afectadas. Una decisión difícil y ampliamente

discutida fue si las *nutrijo* todavía debían contener el inhibidor de deseo sexual y, por lo tanto, el controlador de natalidad. Era necesario tener en cuenta este extremo ya que también se había convertido en casi el único alimento de los soldados de la base. Se llegó a la conclusión de que las *nutrijo* de consumo de los humanos de Domo solamente cumplirían funciones de alimentación, libres de otros aditivos que sí continuarían manteniendo a los *homoj*.

Figueroa y Gemar tenían la función de informarse de lo que estaba pasando en el mundo más allá de las *Brands*. Su conexión con Robledo de Chávela se había roto para siempre. Intuyeron que el lugar había sido cerrado u ocupado por personal diferente del que ellos habían conocido.

Podían ver las noticias de algunas cadenas de televisión occidentales gracias al trabajo de los ingenieros rusos, que consiguieron engañar las barreras de comunicación que habían impuesto los países de la Alianza del Norte. Incluso lograron conectarse a Internet y por fin Figueroa se puso en contacto con su periódico *Axioma* y comenzó a escribir artículos de la verdad de lo que estaba pasando más allá de las *Brands*.

Las noticias que veían los países occidentales hablaban de la invasión de Rusia por parte de los extraterrestres y hacían hincapié en que solamente la batalla aérea que se desarrolló sobre los cielos de Noruega había impedido que el resto del mundo corriera la misma suerte.

Era evidente que había una campaña orquestada en contra de los extraterrestres y para que el mundo no supiese la verdad: que estaban ayudando a los rusos a reponerse de la catástrofe humanitaria a la que habían estado sometidos y que casi los había llevado al exterminio.

Occidente estaba padeciendo una epidemia que había esquilmado al treinta por ciento de la población. Los hospitales, abarrotados en un inicio, poco a poco fueron normalizando sus ocupaciones, ya que la enfermedad era tan agresiva y rápida que los pacientes fallecían en pocas horas o días. Los diferentes gobiernos tuvieron que disponer crematorios para eliminar los cadáveres y evitar la propagación de la enfermedad. Se priorizó la salud pública a los sentimientos o tradiciones religiosas. Las incineraciones eran masivas y los familiares de los difuntos jamás recogerían las cenizas de sus seres queridos. El enterramiento en suelo sagrado fue prohibido.

Eso produjo numerosas manifestaciones en todas las ciudades. La violencia se extendió en el mundo occidental, fruto de la desesperación y la incertidumbre. Pero la maquinaria propagandística de los poderes establecidos pronto empezó a funcionar. Se culpó de todos los males que produjo aquella

penuria a los extraterrestres que habían descendido en el Ártico ruso con la finalidad de invadir el mundo occidental, arruinar su forma de vida y atentar contra sus libertades.

Se pidió a la población que fuera fuerte y confiara en sus autoridades, pronto la normalidad volvería a las ciudades. Este mensaje se vio reforzado por un constante flujo de materiales y alimentos. Los mercados no se vieron desabastecidos, las empresas siguieron trabajando y la economía global de Occidente se mantuvo prácticamente invariable.

Pero las democracias se resintieron y con ellas los derechos y libertades de los ciudadanos, todo por el bien de la defensa colectiva ante un riesgo cierto en una política de guerra. Las manifestaciones que se producían eran drásticamente reprimidas, así como las opiniones políticas en contra del férreo control de la vida de los habitantes de Occidente.

La omnipresencia del ejército y la policía en las calles aplastaba con contundencia cualquier acto de rebeldía. Se crearon nuevas leyes de juicios sumarísimos bajo la excusa de la seguridad. Incluso muchos países volvieron a aplicar la pena de muerte en caso de sedición, es decir, a cualquiera que pusiera en peligro la seguridad global.

Pero la población tenía miedo y en su mayoría aceptó las nuevas normas.

La prensa libre fue eliminada con las nuevas leyes. Cientos de periódicos, cadenas de televisión y radio fueron cerrados por orden judicial.

La enfermedad fue remitiendo poco a poco, no por el uso de medicamentos, sino porque los infectados fueron falleciendo hasta su totalidad sin que ningún remedio los pudiera salvar. Solo se salvó la población que no se había vacunado previamente contra el virus H5N1 y aquellos cuyo organismo había resistido a la epidemia. Pero también existía un grupo importante de poder que no padeció la epidemia. Eso hizo evidente que estaban preparados para ella y que de alguna forma estaban protegidos. Ejército, policía, cúpulas de poder político y empresarios de relevancia no sucumbieron ante la epidemia, así como tampoco sus familias.

El resultado final fueron millones de víctimas, muchas de ellas de los extractos más vulnerables de la sociedad, los que primeros fueron vacunados y sin saberlo, introdujeron el veneno fatal en su organismo: gente mayor, personas con enfermedades crónicas, niños. Todos ellos exterminados casi de un plumazo. Dejaron de ser una carga para las arcas de las administraciones. El ahorro en pensiones, subsidios y pagos por enfermedad se produjo casi de una manera automática.

Pero la Alianza del Norte, con su poderío militar, también garantizó el suministro energético para mantener a la civilización que habían construido.

Figueroa y Gemar lloraron más de una vez al ver en lo que se había convertido el mundo al que habían pertenecido tiempo atrás. Eran dolorosamente conscientes del demoledor genocidio que se había cometido contra la humanidad. Ellos fueron testigos casi únicos, por ser conocedores de la verdad, de cientos de imágenes de engañoso bienestar que propagaba la prensa occidental.

Pero lo peor era el odio inducido que el mundo más allá de las *Brands* sentía hacia ellos. Eran colaboradores de los invasores, los que habían provocado aquella situación. Eso sería muy difícil de cambiar.

Aun así, Figueroa se las ingenió para introducir artículos en su ya ilegalizado diario *Axioma*.

Era una batalla diaria. Los servicios de inteligencia occidentales barraban su acceso a Internet. Los ingenieros informáticos rusos rompían las barreras y podía disponer de unas horas al día para propagar la verdad.

Pero esa lucha daba sus frutos. Veía asombrado cómo cientos de miles de personas lo seguían en todo el mundo occidental haciendo caso omiso a las prohibiciones de la ley marcial. Eso le dio esperanza y continuó con su labor día a día, escribiendo la vida cotidiana en la base militar de Nueva Zembla y cómo poco a poco las dos civilizaciones, la de la Tierra y la de Blua Suno, iban encajando.

Escribió la verdad del descenso de Unoa, de los incontables sacrificios que esto había producido en las dos especies de humanos, una venida de las estrellas y la otra al borde del abismo, tan parecidas una a la otra en lo esencial: el amor a la vida.

Habló de la heroicidad de Shora, la *Majoro* de Unoa, de su eterno amor el profesor Ochoa, de Costa, de los soldados de Regulares, de cientos de *homoj* que perdieron la vida en su descenso atacados sin piedad en su llegada a la Tierra en donde deberían haber sido acogidos como hermanos, pero solamente encontraron la muerte y destrucción.

Alertó en sus escritos sobre la engañosa manipulación a la que estaba siendo sometida la sociedad occidental. El tremendo genocidio que se había cometido en ella por el poder establecido.

Habló de dos fracciones en Blua Suno, los que estaban trabajando por la paz y la reconstrucción en Nueva Zembla y los que, en contra, manipulaban los poderes en el mundo occidental. Un mismo origen pero con objetivos totalmente opuestos.

Elogió la figura de Freezer, el nuevo *Neniu*, el líder de los extraterrestres y habló de su voluntad de unir a las dos civilizaciones en una sola sin usar en ningún caso la violencia.

Sus mensajes fueron interrumpidos una y otra vez en Internet, pero a la misma velocidad encontraba la forma de hacerlos llegar. Sus lectores fueron aumentando día a día y los mensajes de esperanza fueron creciendo.

Gemar, por su lado, intentaba por todos los medios tecnológicos posibles ponerse en contacto con gente de confianza del CNI. Sus resultados no eran tan óptimos como los de Figueroa y, frustrado, veía en la pantalla del ordenador que nadie le contestaba.

Así pasó los días, intentando encontrar una respuesta que nunca se producía. Navegó por los enlaces ocultos de las redes sociales, solamente reservados para narcotraficantes, terroristas, traficantes de armas, trata de blancas, ya que era el medio encriptado para no ser detectado. Tuvo paciencia y por fin su tesón tuvo resultado.

Una mañana en la cual la rutina se había convertido en su vida diaria, observó asombrado que acababa de recibir un mensaje por la Deep Web.

Leyó una sola frase y tomó el brazo de Figueroa, que, sentado a su lado, no paraba de escribir artículos «subversivos».

—Esto te puede interesar. Mira.

Figueroa miró la pantalla que había delante de Gemar. Su expresión de curiosidad se transformó en sorpresa, y una enorme sonrisa se dibujó en su rostro después de tanto tiempo.

—Allí estaré si Freezer me deja ir. Contesta eso.

En el monitor de delante de Gemar se podía leer una sola frase: «Te invito a un café con leche con *croissant* el 22 de julio».

—¿Está vivo? —preguntó Gemar con una sonrisa.

—Solamente él conoce mi secreto. Sí, es él y está vivo.

* * *

En la reunión de aquel día, convocada como siempre en la planta inferior de la torre de control de la base aérea de Nueva Zembla, cuartel general del almirante Duvrovnik, estaban sentados todos alrededor de la mesa para mantener la reunión de trabajo diaria.

Afuera el sol barría el horizonte sin llegar a ocultarse bajo las montañas. La noche eterna había dado paso al día eterno. Había entrado el verano y así

funcionaba el Ártico. El verdor salpicado por glaciares blancos había renacido del hielo del cruel invierno.

Como sucedía cada día, cada uno de los asistentes explicaba las contingencias diarias, hacía aportaciones de mejoras que rápidamente eran aceptadas o rechazadas, o resoluciones de problemas que eran votadas por el resto de los asistentes en sentido negativo o afirmativo. Vova traducía lo hablado a Duvrovnik.

Aquella reunión era especialmente tediosa, todos los temas a tratar eran de gestiones cotidianas y rápidas de decidir. Una tras otra, las votaciones a mano alzada se cumplimentaban por unanimidad.

Figueroa miró hacia el exterior. A través de los ventanales tenían una excelente panorámica del aeropuerto militar. En su extremo oeste una serie de construcciones extrañas florecían como cúpulas gigantescas hechas de piedra y arena. Las naves extraterrestres trabajaban sin descanso en transportar materiales, en excavar y hacer más cúpulas. Era la nueva ciudad que se estaban construyendo los *homoj* y en donde prácticamente ya vivían.

En aquellos momentos observaba ensimismado cómo el casi cristalino recubrimiento de las naves reflejaba el sol que nunca acababa de ascender en el horizonte, expulsaban de sus entrañas bocanadas de tierra y roca que caían pesadamente pero con precisión quirúrgica sobre las enormes construcciones. Luego aparecían las *bovenos* que lanzaban rayos de color azul para cristalizar y sellar las rocas entre sí.

Casi se sintió mareado ante semejante experiencia. Ante sus ojos se desplegaba una tecnología difícil de asimilar para un cerebro todavía demasiado primitivo.

Notó una mirada fija sobre sí y se cruzó con los ojos penetrantes y azul transparente de Freezer.

—¿Qué te perturba? —le dijo en voz alta, interrumpiendo la reunión y concentrando la atención de los asistentes hacia su persona.

Figueroa miró a su alrededor, observando rostros que lo miraban con curiosidad.

—Creo que ha llegado el momento, *Emissari*, *Neniu*, de que cada uno escoja su destino.

Freezer sonrió triste.

—Te refieres a marchar de aquí. A regresar al hogar.

Figueroa se removió incómodo en su asiento.

—Me refiero a que nos des la opción de elegir.

—Vivimos tiempos agitados, Figueroa. No es seguro pasar al otro lado de las *Brands*. Pero son libres de elegir su destino. Jamás los ataría aquí contra su voluntad, ya lo saben. Mi decisión inicial de que no partieran solamente era por motivos de seguridad. Pero si consideran lo contrario, no me opondré.

—*Neniu* —contestó Figueroa aguantando la mirada transparente de Freezer—, tengo una cita el 22 de julio en Madrid. Después volveré. Pero creo que debes disponer el medio de transporte para todos nosotros y dejar que cada uno elija su destino.

—Queda un mes. Lo dispondré todo para la partida de ustedes. Ha llegado el momento de que encuentren su destino y no seré yo el que ponga impedimentos para ello. Son libres de marchar y de volver. Pero no puedo dejar de expresar mi opinión. La situación más allá de las *Brands* se está volviendo muy preocupante y no quisiera que se pusieran en riesgo. Están proscritos, no lo olvides.

Un profundo silencio se adueñó de la sala.

—Dentro de un mes —rompió Julia el silencio— iré a buscar a mis hijos. Son mi vida y sin ellos muero un poco cada día, de poca utilidad sería para ti si no los puedo recuperar.

Freezer asintió sin mirarla.

—Tu decisión será la mía.

—Tengo que ver a mi familia —añadió Gemar con los ojos brillantes por la emoción—. Seguramente me dan por muerto. He de hablar también con la familia de Pérez. Debo explicarles cuál fue su fin.

—Yo coincido con mi mujer. Hemos de ir a buscar a nuestros hijos y a mis suegros. Después volveremos —dijo Martín.

—Yo también debo ver a mi familia y amigos —añadió el comandante Almansa—. Seguramente me han dado por muerto.

Freezer los miró a todos con ternura.

—Quiero pedirles perdón por los enormes sacrificios que han soportado por mi causa. El 22 de julio, partirán todos hacia sus destinos, no lo duden. Que cada uno tome a partir de entonces el rumbo que quiera seguir. Haré partícipe de esta decisión a Artemis, tal vez desee conocer a la familia de Costa y contarles de su embarazo. Lo dispondré todo para que sus deseos sean cumplidos.

Vova tradujo al almirante Duvrovnik, el cual asintió comprensivo.

Ekindek recibió el mensaje en lenguaje antiguo mediante la mente de Freezer. También asintió.

—*Disponos la tuta ttecesa por la vojago, kiu ateridas ke estas ankaü de refren*. (Dispondré todo para el viaje, que espero sea también de vuelta).

* * *

—Artemis —la llamó con suavidad. Ella andaba por los prados verdes manchados todavía por hielos sin derretir en dirección al acantilado. Su melena roja ondeaba al viento a cada ráfaga de aire. El océano llameaba más allá con reflejos del sol sobre la superficie azul intenso en donde flotaban enormes manchas del verde producido por las *ondoj*—, deseo hablar contigo.

Freezer esperó que ella se detuviera en su paseo diario y que se volviera hacia él, como así lo hizo.

—Dime, *Neniu* —le contestó Artemis.

—Próximamente todos nuestros amigos marcharán hacia sus vidas pasadas. Me pregunto si tú quieres ir a conocer a la familia de Costa para hacerles saber que estás esperando un hijo de él y rehacer tu vida en Occidente.

Artemis lo miró con sus ojos tristes y apagados.

—Juan Costa me dijo una vez que su familia no se merecía el distanciamiento con el que les había correspondido tras una vida feliz. Tienen todo el derecho a que les presente al hijo de Juan cuando nazca y así lo haré. Sé que es varón porque así me lo transmite él mismo.

Freezer asintió comprensivo. Percibía que el feto se podía comunicar con el lenguaje antiguo y que Artemis también había adquirido esa cualidad a través de él.

—¿Le has puesto ya el nombre?

Artemis acarició su vientre.

—Se llamará Juan, como su padre, que dio su vida por la nuestra. Su segundo nombre será Joaquín, en honor del valedor de nuestra nueva civilización. Su nombre en Domo será Juan Joaquín Costa. Su futuro es estar a la derecha del *Nenia*, al igual que su padre lo estuvo en su tiempo. Su nombre *homoj* será *Bravo Birvaro*, ya que esta será su estirpe por herencia. Ha ganado ese derecho.

Freezer asintió.

—Así será.

—He de presentarlo a su familia cuando llegue el momento, pero ahora no.

—Te lo agradezco, Artemis, me liberas de una preocupación muy importante. Es mi obligación recibirlos a ambos como si fueran de mi propia sangre, la misma que derramó Costa por mí. Es mi deber y mi deseo que así sea.

—Espero que mantengas tu palabra.

—Así habrá de ser. Pero ¿por qué lo dudas?

—Tengo algo pendiente que hacer y espero que no cambie tu opinión sobre mí.

—Lo dudo, Artemis. Tengo muy clara mi opinión sobre ti y deseo que estés a mi lado. Tienes la fuerza de una tormenta y eres la otra mitad de un fenómeno de la naturaleza como era Costa. Eres noble igual que lo fue él. Confío en ti.

—Espero que, llegado el momento, no te decepcione. Una vez finalizada mi última misión, seré totalmente fiel a ti, si me aceptas.

—No deseo vasallaje de tu parte, Artemis. Quiero tu amistad y apoyo por voluntad propia.

—Eso ya lo tienes.

Caminaron los dos juntos hacia el acantilado. El aire frío pero agradable al mismo tiempo les traía aromas salinos, de hierbas y musgos frescos.

Marchaban en silencio, sin prisas. De repente los oídos de Artemis se taponaron y escuchó una voz en su mente.

«Sé que entiendes el lenguaje antiguo, al igual que lo hacía Costa. No te asustes, eso es debido a que tu hijo te lo ha transmitido por herencia, antes de quedarte embarazada no tenías ese don».

«No me asusto, me comunico con mi hijo a cada momento por ese medio desde que crece en mi vientre. Sé cuando tiene hambre y cuando necesita de mi cariño. Su mente es muy básica, pero me transmite sus necesidades y amor hacia mí, al igual yo le comunico el mío hacia él. Es una experiencia que toda madre debería vivir. Ve a su padre en mi mente y siente también su amor hacia él. Es un bebé feliz. Pero dime, ¿cómo es posible que habitantes de la Tierra tengamos el don de Blua Suno?».

Freezer caminó durante unos pasos más y finalmente se detuvo. Artemis también paró su marcha y lo miró. «El *Cervo* me lo ha de explicar, junto con otros muchos misterios y dudas que atormentan mi mente. Solo el *Nenia* tiene derecho a ese conocimiento que se remonta a millones de años de nuestra existencia».

«¿Por qué no le has preguntado todavía?».

«Porque tengo miedo de conocer las respuestas».

«¿Por qué sigues cojeando y con dolores en tu rodilla si la cámara de regeneración te puede sanar?».

«Porque el dolor me hace recordar mi debilidad. Era el *Emissari* enviado por Blua Suno, una civilización tan avanzada que podría ser la dueña del universo, pero un solo disparo me destrozó la rodilla y me derrotó, lo que me enseñó que hasta la persona más poderosa puede caer bajo su propia vanidad, la cual es su mayor enemigo. Ahora soy el *Nenia* de los *homoj*, y es una lección que no puedo olvidar. Mi sufrimiento me recuerda mi debilidad cada día, así no caeré en la tentación de sentirme superior a nadie».

«Presiento el miedo en ti».

«No te voy a engañar, lo tengo. Tengo miedo del hombre de Domo, de su terrible poder para infligir destrucción y maldad. Somos muy pocos, Artemis, los *homoj*. La *Granda Alveno* ha fracasado. De millones solamente quedamos unos pocos miles. Mi civilización corre el peligro de la extinción, puede que no ahora, pero sí con el paso de los años. Se espera mucho de nosotros, que curemos al mundo de la penuria, el hambre y las enfermedades a este lado de las *Brands*, pero hemos sufrido grandes pérdidas y creo que será difícil contentar a nuestros anfitriones en ese aspecto, al menos a corto plazo».

Artemis asintió comprensiva y continuó con su paseo. Freezer la siguió renqueando.

«¿Cómo conociste a Costa?».

«Estaba recluido en un hospital militar y vino a buscarme».

«Eso ya lo sé, quiero verlo por tus ojos».

Freezer rememoró el momento en el que Costa entró en su habitación en su silla de ruedas.

Artemis pudo ver a una persona destrozada físicamente, casi un monstruo. La piel de su cara, sin cejas ni pestañas, se pegaba al cráneo como un cuero viejo, arrugado y desgastado. Tenía los labios secos y agrietados como pergaminos y las puntas de las orejas y nariz destruidas por cicatrices de cirugía. Aun así, en aquel rostro resplandecían unos ojos verdes inteligentes, brillantes de cinismo, y un espíritu inquebrantable. No había duda, aquel era su Costa, el único ser al que había amado en toda su vida. Se dio cuenta de que se había enamorado de su alma y no de su físico, aunque cuando lo conoció era una persona totalmente distinta a la que Freezer le mostraba a través de sus recuerdos.

Artemis suspiró impresionada por la imagen tan vívida que había invadido su mente. El alma pareció escapársele durante unos segundos. Todavía tenía demasiado fresca la muerte de Costa.

Sin embargo, se repuso y enjugó sus lágrimas con el dorso de la mano.

«No tengas miedo, Freezer, tienes buenos amigos aquí en Domo. Nuestras vidas no tienen vuelta atrás, nos hemos implicado demasiado con tu causa y estamos unidos a tu destino y al de los tuyos. Costa se convirtió en tu hermano, lo presiento en tu amor hacia él. Eso es debido a que complementaba tu personalidad. Lo que no te permitía tu ética, dada por la civilización de la que procedes, lo hacía él y eso te gustaba y daba seguridad. De igual manera te completaremos nosotros, ya que compartimos con él creencias y formas de hacer. No contaminaremos tu alma pura, ya que somos responsables de nuestros actos. Cuando acabe todo esto, tal vez nos convirtamos a las leyes de Blua Suno. Pero mientras eso no suceda, y según la situación actual, sabemos lo que tenemos qué hacer para luchar por un mundo mejor. Respeta eso y todo irá bien».

Freezer reflexionó durante unos instantes. Luego respondió con su voz.

—No quiero la guerra contra Domo.

—No puedes evitarla. No está en tu mano impedir más muertes, pero sí comenzar un mundo nuevo. Es lo que creemos todos y por lo que lucharemos hasta que nuestras vidas se extingan. No eres solamente el *Neniu* de los *homoj*, sino también el nuestro, la esperanza de que tanta injusticia, dolor y miseria abandone para siempre este planeta. Será un camino difícil y requerirá todavía muchos más sacrificios, pero es fundamental que conserves tus creencias intactas, sin mancharlas con la sangre de la guerra. Eso déjanoslo a nosotros, haremos esa labor ingrata para ti para preservar tu alma pura. La guerra ha empezado hace siglos, Freezer, aquella que ha supuesto millones de muertos entre hermanos por diversas razones: territorio, religión, poder… Ahora está en nuestras manos darle fin de una vez por todas. Nuestro sacrificio valdrá la pena. La esperanza ha llegado contigo a nuestro mundo y no dejaremos escapar la ocasión. Costa así lo pensaba y yo también. No estás solo, te lo aseguro. Ten confianza e impón tu voluntad sobre nosotros, que nadie te vea dudar. Ni los *homoj* ni los rusos ni el resto del mundo. Tu mano ha de ser firme, todos los ojos están puestos en ti. El equilibrio es frágil. Cualquier síntoma de debilidad por tu parte puede suponer un desastre. Ten presente a Costa siempre en tu mente. Un ser destruido por el fuego, un monstruo recluido en una silla de ruedas, te dio una lección de fuerza, a ti, el *Emissari*, venido de la civilización más poderosa del universo.

Freezer mantenía la cabeza gacha mientras escuchaba las palabras de Artemis. Parecía reflexionar y sentir cada frase como una puñalada que se clavaba en su carne despiadadamente. La rodilla le dolió más que nunca.

—Te entiendo, Artemis. Asumo mi responsabilidad y te aseguro que nunca más mostraré síntomas de flaqueza. Lo haré por Costa, por ustedes, los *homoj* y Domo. Pero sobre todo, por respeto a mis padres, que me observan desde la otra dimensión. Seré el *Neniu* de todos aquellos que me quieran aceptar como tal y velaré por ustedes y la reconstrucción de Domo, te lo aseguro. Artemis arropó con las manos su vientre para protegerlo de los fríos vientos que provenían del océano Ártico.

—Así ha de ser, Freezer, ahora permíteme que me retire a mi habitación, debo descansar. Juan Joaquín me comunica que tiene hambre. Al igual que a su padre en su tiempo, no puedo negarle ninguno de sus deseos.

Freezer observó a Artemis alejarse de él caminando rápido entre las hierbas verdes y ondulantes de la llanura. Se sintió reconfortado al notar el apoyo recibido y, sobre todo, la fuerza de Costa en su alma tras haberlo revivido en sus pensamientos.

Estaba dispuesto a iniciar la nueva era en Domo. Ya no tendría miedo nunca más. Sus ojos se dirigieron hacia el océano en donde sabía que yacía Unoa en el abismo más oscuro. Aquel era el inicio, y el enorme sacrificio de Shora, Blanka, la última *Majoro*, no se había producido en vano.

Había llegado el momento postergado durante tanto tiempo. Debía comunicarse con *Cervo* para que este le transmitiera todos los conocimientos que como *Neniu* tenía que conocer.

Se sentó en el borde del acantilado, abriendo todos sus sentidos al entorno y cerró los ojos.

Olió la brisa del mar, sintió el aire frío sobre sus mejillas y el calor mortecino del sol sobre su cabeza.

La presión que había soportado durante meses en su mente pidiéndole entrar se acrecentó. Era *Cervo* queriéndose comunicar con él.

Inspiró con fuerza para prepararse para aquel momento sagrado, solo otorgado para muy pocos elegidos.

Había escogido el lugar y momento adecuado para aquella experiencia. Se sentía con el espíritu fuerte y en paz consigo mismo. Su destino ya estaba marcado desde su nacimiento.

Miró con sus ojos azules hacia el horizonte. Pudo ver el inmenso lomo de las *ondoj* rompiendo la superficie del agua del mar. Millones de perlas refulgían brillantes bajo el sol polar. Eran cascotes de hielo que poco a poco sucumbían ante el calor del agua.

Dejó bajar sus párpados hasta que el magnífico paisaje desapareció ante su vista y permitió por fin que *Cervo* entrara en su mente.

Su cuerpo entero se tensó y sintió un gran torrente de fuerza que traspasó los oídos internos como una catarata implacable. Esta inflamó su cerebro como si de un globo se tratara amenazando hacerlo estallar debido a la gran presión.

Casi al instante, entró en un trance que duraría muchas horas. *Cervo* debía transmitir todos sus conocimientos al nuevo *Neniu*. Eran millones de imágenes de una historia que se remontaba a los confines del universo. Conocimientos, exploraciones, la evolución de una raza y su supervivencia en el mundo de la naturaleza en su afán de dominarla para subsistir.

****

Almansa tuvo que caminar un buen trecho en la oscuridad desde el bosque donde lo había dejado la *boveno*. Unas nubes negras, amenazantes, tapaban el cielo.

Reconoció sin esfuerzos una pequeña carretera local y la siguió con determinación. Su casa ya estaba cercana.

La recordaba en sus pensamientos casi a diario. Era un granero antiguo de piedra reconstruido como vivienda. Su mujer y él lo habían elegido para emprender un proyecto de hogar futuro. Gastaron gran cantidad de recursos económicos y muchos esfuerzos en su rehabilitación hasta conseguir algo que incluso superó a los mejores de sus sueños.

Eran felices y estaban empezando a plantearse aumentar la familia. Él trabajaba como médico forense de la UME. El sueldo no era excesivo, sin embargo, les permitía vivir con cierta tranquilidad.

Pero todo se trastocó cuando se inició la crisis mundial de la epidemia. Su rutina se vio truncada de repente cuando lo destinaron a la *Brand* de África del Norte, en Argelia. De eso hacía ya casi un año.

Desde entonces no había ni siquiera podido ponerse en contacto con su mujer para explicarle su aventura y sentía un gran pesar por ello.

Temeroso, abandonó la carretera vecinal y se adentró en un pequeño camino bordeado de olmos que sabía que lo llevarían al hogar en unos escasos cien metros. Las ramas de los árboles se mecían por el aire y producían un sonido que le pareció aterrador. El cielo se iluminaba en el horizonte en breves destellos presagiando la tormenta. Por fin el camino se acabó y pudo divisar su casa de piedra en medio del prado.

Con desazón observó que en el estacionamiento de la entrada estaba el coche de su mujer, pero estacionado a su lado, había otro totalmente

desconocido.

La luz de la planta baja estaba encendida.

Como si fuese un ladrón, caminó sigiloso hasta aproximarse a la ventana que daba a la cocina.

Su alma se rompió al ver a su amada esposa en la cocina que ambos habían elegido tiempo atrás mientras un hombre la sujetaba por la cintura y la besaba en el cuello haciéndola reír.

El comandante Almansa se agachó para no ser visto, presa de una profunda desazón.

Con la mente casi en blanco y muy confuso, reinició el camino de vuelta. Su mundo anterior había muerto.

Caminó por la vieja carretera mientras un diluvio lo empapaba. Los truenos resonaban sobre su cabeza.

De repente pensó que en Nueva Zembla tenía mucho trabajo por delante.

Estaba implicado en el inicio de una nueva era. Totalmente empapado, encontró el claro del bosque donde lo esperaba la *boveno*, negra, casi invisible. La rampa se abrió para recibirlo y él entró en sus entrañas, resignado al que sería su destino a partir de entonces.

A sus espaldas dejó una vida que ya jamás recuperaría. Un pedazo de su alma había muerto aquella noche.

* * *

Gemar caminó por las calles desiertas de su ciudad, o al menos de la que recordaba un año atrás.

La *boveno* lo había dejado no muy lejos, en un descampado, entre un pequeño bosque de pinos con elevada vegetación de plantas trepadoras y zarzas. Tuvo que tener cuidado para no destrozar su ropa con los pinchos y no herirse las manos.

Las calles, pobremente iluminadas por unas pocas farolas que aún funcionaban, le mostraban suciedad y contenedores repletos de basura sin recoger. El ambiente olía mal, como a alimentos en descomposición.

Pocas eran las ventanas de los edificios de viviendas que estaban iluminadas y ningún vehículo circulaba por aquellas calles desiertas.

Tomó una avenida con el mismo aspecto de decadencia. Aunque en un pasado no muy remoto la recordaba llena de luces de neón de infinidad de comercios, lo que se desplegó ante sus ojos fue el abandono y la falta de

actividad. Muchas persianas de restaurantes, bares, bazares, supermercados, tiendas de ropa, estaban forzadas.

A lo lejos vio por la avenida cómo se acercaban las luces azules de un vehículo policial. Se escondió rápidamente dentro de uno de los locales saqueados. Se trataba de un bar con todo su mobiliario destrozado esparcido por el suelo, así como infinidad de vidrios de botellas rotas. Olía a alcohol y el suelo estaba pegajoso.

Cuando pasó el vehículo patrulla, volvió a salir al exterior pensando que estaba viviendo una pesadilla. Su preciosa ciudad no se podía haber convertido en aquello.

Caminó rápido por la acera llena de residuos, apremiado por llegar lo antes posible a su destino ya que se temía lo peor. La escena le recordó a Moscú cuando la recorrió tiempo atrás, aunque para su fortuna, las calles no estaban repletas de cadáveres como en aquella ocasión.

A los diez minutos reconoció una glorieta y tomó la calle de la derecha, totalmente a oscuras.

Recorrió otros cientos de metros más hasta encontrarse delante de un portal de un edificio de viviendas. Era una zona antigua y modesta. No observó ninguna luz en las ventanas y la puerta estaba rota y casi arrancada de sus goznes.

Entró pisando los cristales y comenzó a subir las escaleras a oscuras. Alguien había robado las bombillas de las lámparas. Ni se le ocurrió tomar el ascensor, ya que las puertas correderas estaban desencajadas y sacadas de sus guías.

Subió los peldaños de dos en dos, lleno de angustia, hasta que por fin se detuvo jadeando ante una puerta en la tercera planta. Una tenue luz entraba por la claraboya del techo del edificio.

Sintió algo de tranquilidad al comprobar que no estaba forzada y que, al empujarla, no se abría.

Pulsó el timbre, pero no funcionaba, por lo que golpeó con los nudillos la madera de la puerta. Pegó el oído y esperó. No escuchó nada.

Volvió a insistir con sus golpes de nudillos.

Nada, no había movimiento al otro lado de la puerta. De todos modos, insistió una vez más.

Esperó unos minutos mientras pensaba qué podía hacer. En la semioscuridad, solo se percibía su propia respiración entrecortada.

De repente escuchó una voz amortiguada por las paredes de las viviendas.

—¿Quién es?

Por un momento le pareció reconocer la voz de su madre y su alma renació de inmediato, pero pronto se dio cuenta de que lo que había escuchado no procedía de aquel domicilio, sino del de al lado.

—Soy Gemar —contestó hablándole a la puerta contigua—. Busco a mis padres.

Se abrió la portezuela de la mirilla, y aunque en un inicio no recibió respuesta, una voz familiar le dijo:

—Te reconozco. ¿Dónde has estado todo este tiempo?

—Muy lejos de aquí, señora Paquita —respondió al reconocer la voz de la vecina de toda la vida, la que lo vio crecer—. ¿Dónde están mis padres?

Se escuchó un sollozo.

—Murieron hace meses a causa de la epidemia. Mi marido también, estoy sola. Vete, vuelve al lugar de donde has venido, aquí no hay más que muerte.

Gemar, aunque lo suponía, tembló de pies a cabeza por la noticia. Sintió vértigo y la respiración se le entrecortó aún más.

—¿Dónde están enterrados?

—Hace mucho tiempo que no se entierra a nadie. Los incineran. Márchate de aquí, te lo ruego. Es peligroso que andes en la noche y yo no puedo acogerte. Estoy con el cuerpo de mi marido. No quiero que lo quemen y no tengo medios para enterrarlo yo misma. Mi casa huele mal y no tengo comida. Aquí solo hay muerte. ¡Márchate!

—No hace falta que me acoja —dijo Gemar a través de la puerta—. ¿Necesita alguna cosa, señora Paquita?

—Solo quiero morir en paz, no quiero vivir esta vida, es demasiado espantosa, Márchate y que Dios te proteja, Gemar.

Miró por última vez la puerta de la casa en la que había transcurrido la mayor parte de su vida. Sintió que su pasado se separaba de su alma. Besó la palma de su mano y la apoyó en la madera. Dejó escapar libremente sus lágrimas.

—Adiós, mamá, papá. Perdonadme por no haber estado aquí para cuidaros.

Con una gran carga emocional abandonó el edificio y se dirigió hacia el descampado donde lo esperaba la *boveno*. Cada paso que daba lo alejaba de su antigua vida y era consciente de que iniciaba una nueva llena de incógnitas.

Apenas reparó en el paisaje urbano que dejaba tras de sí. No reconocía aquella degradación y no quería retener aquel triste recuerdo de lo que fue su

ciudad tiempo atrás. Había llegado el momento de mirar hacia delante y luchar por los vivos, como decía Freezer.

Sin darse cuenta se encontró delante del pequeño bosque y se introdujo entre la maleza. No le importó desgarrarse la ropa y la piel con las zarzas, apenas sintió dolor.

Ante sus ojos se abrió una rampa y ascendió por ella.

Dentro de la nave, los tres tripulantes *homoj* lo miraron con tristeza. Presentían su estado de ánimo.

Gemar había aprendido suficiente idioma de la esperanza para decir:

—*Por tu min al miaproksima destino. Mi devas pároli kun la familio de Pérez*. (Llévenme a mi próximo destino. Debo hablar con la familia de Pérez). —En aquellos meses de convivencia con los *homoj* en Nueva Zembla Gemar había aprendido a desenvolverse en «el idioma de la esperanza».

La *boveno* despegó como un rayo hacia el cielo, pero en su interior no se notó ninguna sacudida.

En muy pocos minutos aterrizó con suavidad entre un bosque de castaños. Llovía débilmente y las gotas resbalaban por la superficie esférica en el exterior.

La rampa se volvió a desplegar y Gemar pisó el suelo encharcado.

Comenzó a andar hasta encontrarse con una carretera que resplandecía bajo la noche nublada. El asfalto mojado recibía el impacto de las gotas de lluvia en un chisporroteo incesante. Al final se observaban las luces de un pueblo.

Aún sin haberse repuesto del todo por la experiencia vivida anteriormente, Gemar comenzó a andar decidido hacia las luces.

Era un pueblo muy pequeño y había estado en él en varias ocasiones invitado por Pérez. Recordaba perfectamente dónde se encontraba su casa.

Cuando entró en el camino empedrado y brillante por la lluvia de la plaza del ayuntamiento, observó con cierto alivio que todo parecía limpio y en orden. El alumbrado público, consistente en farolas antiguas de hierro forjado que emitían una luz amarillenta, funcionaba bien. Nada que ver con su anterior destino. Aquello le dio esperanza.

Dobló en una estrecha calle también empedrada. Todo eran casas muy antiguas de firmes estructuras de piedra. Los canelones de los tejados desalojaban el agua recibida de los tejados de pizarra con sonido de diminutas cataratas. La lluvia arreciaba, corría libre en pequeños riachuelos entre los adoquines del pavimento. Se estaba empapando, pero no le importó.

No vio luces en ninguna ventana de la calle. Se dio cuenta de que no tenía ni idea de la hora que era. Había salido de Nueva Zembla hacía escasamente una hora, pero allí siempre era de día. Su viaje hacia el oeste en la rápida *boveno* le fue presentando, gracias a la transparencia de las paredes de la nave, cómo la oscuridad se acrecentaba en décimas de segundo.

No llevaba reloj de pulsera, por lo que tampoco le sirvió de mucho esa reflexión.

Por fin llegó hasta una fachada de piedra bien pulida, con una puerta de madera de roble barnizada de un color oscuro y brillante. Tenía una mirilla protegida por rejas de hierro forjado y un picaporte del mismo material a la derecha.

Había llegado a su destino.

Mientras la lluvia le resbalaba por el rostro, suspiró y llamó al timbre. Hasta sus oídos llegó el sonido de carillón imitando las campanadas de una catedral. Recordó que era una casa señorial y grande, de tres plantas.

A los pocos minutos escuchó pasos detrás de la puerta y una voz preguntó:

—¿Quién es?

Reconoció de inmediato la voz aflautada de Sara, la mujer de su compañero y amigo Pérez.

—Soy Gemar.

No recibió otra cosa que un sollozo al otro lado de la puerta.

—¿Quién te acompaña?

Gemar pensó la respuesta.

—Nadie, por desgracia vengo solo. Abre por favor.

La puerta se abrió y ante sus ojos apareció una mujer bajita y rechoncha. Su pelo negro le caía desordenado sobre el rostro y los hombros. Estaba en pijama. Lo miró con el terror propio del que esperaba una mala noticia.

—Pasa, por favor. Te estás mojando.

Gemar entró en la vivienda que estaba prácticamente a oscuras. Pero se quedó clavado en el vestíbulo, incapaz de dar un paso más. Esperó a que Sara cerrara la puerta tras de sí y se pusiera delante de él.

Pero no hubo palabras. Ambos permanecieron en silencio durante un largo tiempo. Gemar carraspeó. Sentía una gran presión en el pecho.

—Tu marido…

—Lo sé. Me informó el CNI hace meses. Cayó en acto de servicio en el extranjero. No sé nada más. —Ella parecía temblar de pies a cabeza—. ¿Estabas con él cuando sucedió?

Gemar asintió.

—No sé si quiero saberlo.

—No te respondo con una frase hecha. Murió como lo que era, un héroe.

—¿Dónde, cómo?

—En la frontera de la Federación Rusa con Ucrania. Nos tendieron una emboscada. Él salvó mi vida y la del resto de nuestros compañeros.

—¿Allí quedó su cuerpo?

Gemar asintió.

—¿Estás con los invasores? ¿Mi marido también los ayudó?

El tono de voz de Sara se volvió frío y acusador. Algo no marchaba bien.

—No te entiendo. Tanto él como yo estuvimos luchando para impedir una situación de exterminio de nuestra especie.

—¿De qué mundo vienes?, ¿no escuchas las noticias? Se los considera traidores y fugitivos. Han ayudado a los extraterrestres a difundir su enfermedad por el mundo y a que nos invadieran. Creo que han sido abducidos o algo así. Recuerdo a mi marido como un defensor de los derechos humanos, no como un colaborador de criminales. El que murió en Rusia no era él, tenía el cerebro lavado, al igual que tú ahora. ¿Qué quieres de mí?

Confuso, Gemar, dudó durante unos instantes.

—Solo quería darte la noticia de su muerte, se lo debía a él y creo que a ti. Pero ante tu actitud, confirmo que el mundo se ha vuelto loco. Estás equivocada, tu marido dio su vida por la verdadera lucha, no por las mentiras que les están contando los medios de comunicación. Por respeto a su memoria, deberías creerme.

—Creo en lo que veo. En los pueblos los efectos no han sido tan devastadores, pero en las ciudades los muertos se cuentan por miles, gracias a la enfermedad que han distribuido tus amigos extraterrestres con sus virus. Te odio a ti y odio a mi marido, porque gracias a ello mi pequeño hijo murió y el desgraciado de su padre lo permitió con su apoyo a esta invasión. ¿Qué quieres, que me ponga a llorar por su muerte? Para él ya se ha hecho justicia, para ti llegará pronto.

Gemar notó el odio intenso en su alma y retrocedió. Hubiese querido decir a aquella mujer que estaba equivocada, pero su energía y su convicción eran tan férreas que ninguna palabra la podría haber disuadido. Sintió una profunda desazón por el alma de su amigo Pérez. Seguro que antes de morir pensó en su mujer y en su hijo, en que su sacrificio había aportado algo para su seguridad y bienestar. Él estaba seguro de que su muerte no fue en vano,

pero le destrozaba el alma que ella pensara lo contrario. No había nada peor que la muerte en soledad siendo despreciado por tus seres queridos de una forma tan cruel.

—He llamado a la Guardia Civil —le dijo la mujer con los ojos brillantes de odio—. No creo que tarden mucho en llegar. Te cazarán como un animal. Yo que tú huiría.

Confundido, Gemar caminó hacia atrás, encontró el picaporte de la puerta y tiró de él.

—Te equivocas en todo lo que piensas. Siento la muerte de tu hijo, pero jamás creas que su padre lo hubiese consentido. Dio la vida por ti y por él, no lo olvides.

Abrió la puerta y se enfrentó a una cortina de agua fría como el hielo.

Corrió desesperado por las empedradas calles del pueblo en busca de la *boveno*. Ya no dejaba nada atrás. Sin embargo, su alma sufría por la tremenda injusticia que se había hecho en la memoria de Pérez. Se dio cuenta de la crueldad de la situación actual en el mundo occidental. Los enemigos eran ellos y no podía hacer nada cambiar ese sentimiento. Entendió que su hogar ahora estaba en Nueva Zembla. Desde allí lucharía hasta el último soplo de su vida para cambiar la idea que tenía Sara de su marido. Era una cuestión de justicia.

* * *

Martín y Julia caminaron por el prado tomados de la mano.

La *boveno* los había dejado en un bosquecillo de abetos a unos cientos de metros de la entrada a la masía de los Massó.

La noche era clara y fresca. Millones de estrellas refulgían en el cielo limpio y espectacularmente claro.

Ambos caminaban entre la hierba fresca y fría, mirando en lo alto de la colina aquella edificación robusta e imponente recortada en el cielo estrellado que tantos recuerdos les traía.

No hablaban entre ellos, pero presentían la emoción del uno y el otro en el reencuentro mil veces deseado durante tantos meses. También sentían miedo de lo que se pudieran encontrar. ¿Había llegado a aquel apartado lugar la epidemia?

Se encontraron con la entrada de la finca, un arco de piedra con una verja que estaba cerrada. A ambos lados se desplegaba un muro de dos metros de altura que perimetraba toda la finca.

Se detuvieron y miraron hacia las ventanas de la masía de dos plantas, situada a unos cincuenta metros de ellos. Todas las luces permanecían apagadas.

Julia sonrió a Martín, para darle confianza, y presionó el timbre.

Pasaron unos segundos eternos en los cuales ninguna luz se encendió en la edificación.

Demasiado tiempo, pensaron inquietos. ¿Sería posible que no hubiera nadie allí?

Julia notó el nerviosismo de su marido, le apretó la mano con confianza y volvió a presionar el pulsador del interfono.

Se mantuvieron a la expectativa. Esperaban ver a lo lejos cómo se encendía una luz de las múltiples ventanas de la vivienda, pero nada de eso sucedió.

La edificación permaneció tan oscura y silenciosa como al principio. Parecía que no albergaba ningún tipo de vida en su interior.

Se levantó algo de viento y pudieron escuchar cómo las copas de los abetos y pinos rojos se mecían y entrechocaban entre ellas.

Martín miró a su mujer algo inquieto. Esta le devolvió la mirada transmitiéndole calma.

Pero había pasado demasiado tiempo. Necesitaban ver a sus hijos, abrazarlos, saber que estaban bien y protegidos.

Por tercera vez, Julia pulsó el timbre del interfono. El viento sopló como una caricia en el prado y las hierbas cedieron con delicadeza a su impulso. Pero la casa de campo continuaba a oscuras, sin ningún signo de vida interior.

—¡Maldita sea! —gritó Martín—. Voy a saltar el muro.

Sentía una enorme impotencia acumulada durante meses de reclusión en una isla ártica apartada del mundo sin poder ver a sus hijos. Sabía que debía dar gracias a sus anfitriones, los rusos, y a los *homoj* que salvaron su vida en Tonopah, pero su sacrificio sin poder ver a sus hijos, protegerlos, no podía suplir a su obligación como padre. Hubo un momento que sintió enloquecer de dolor. ¿Y si los había abandonado a su muerte? Siempre confió en que sus suegros los cuidarían durante su ausencia. ¿Pero, y si las circunstancias los habían vencido a ellos y los habitantes de la casa de los Massó habían perecido ante aquellos tiempos aciagos?

Se sintió enloquecer de ira contra sí mismo ante esa nueva idea. Fue consciente de que su alma salvaje, la que tanto había luchado para reprimir, salió de su espíritu como un torbellino. Había desatendido a la sangre de su

sangre por el bien de la humanidad, el mayor sacrificio que se le puede pedir a un ser humano.

Escuchó las palabras de Julia lejanas mientras sintió su mano delicada sobre su brazo. Pero ya no había vuelta atrás. El alma de oso había surgido y tenía que defender a sus cachorros a costa de cualquier cosa.

Julia intentó retenerlo, como había hecho en otras ocasiones. Era la única persona en el mundo capaz de ello. Él resopló al sentir unas manos pequeñas sobre sus enormes hombros y poco a poco la intensidad de su furia fue mitigándose.

—Estarán bien, confía en mí. Tus sacrificios no han supuesto su perdición. Los dejamos en buenas manos. Confía.

Las palabras llegaron mitigadas a su cerebro, y la presión de los impulsos atávicos, salvajes, fue disminuyendo dando paso a la razón.

Las manos de su amada le acariciaron la cara barbuda.

—Mírame, estarán bien. Quizás están durmiendo muy profundamente…

Las pupilas dilatadas de Martín poco a poco volvieron a la normalidad. Aun así sollozó.

—No están aquí. Era un sitio seguro. Así lo creímos. Hemos estado ausentes durante meses. No sabemos lo que ha pasado en este lado del mundo durante ese tiempo. Maldito sea Freezer y su cruzada absurda por salvar el mundo. Yo solo quiero salvar a mis hijos.

—Y lo haremos, ten esperanza. —Julia consiguió bajar la cabeza de su marido hasta ponerla a la altura de su mirada—. El destino nos deparó esta vida y ya no podemos hacer nada para evitarlo. Están en juego nuestras creencias. Hay una guerra en ciernes. La humanidad se deshace y la historia nos ha llamado para participar en ella teniendo un papel primordial. Los hechos así lo dicen. Nuestros hijos están bien y pronto estarán a nuestro lado. Déjame llamar otra vez antes de entrar en la desesperación. Confía.

Julia volvió a presionar el timbre con impaciencia y de pronto lanzó una exclamación.

La puerta principal de la casa se había abierto de par en par y dos pequeños seres corrían a su encuentro lanzando gritos que llegaban amortiguados debido a la distancia.

La cerradura de la verja hizo un ruido metálico y se abrió. Martín se levantó y empujó la verja, que se abrió de par en par.

Las dos pequeñas figuran corrían hacia ellos sin parar de gritar. Ellos hicieron lo propio.

El encontronazo fue muy fuerte. Los cuatro rodaron por la hierba húmeda sin parar de reír y llorar, abrazándose y besándose sin contener la emoción del momento.

—Papá, me haces daño —se quejó mientras reía Andrea.

Martín rodaba sobre el suelo agarrando a sus dos cachorros como si fuera lo último que fuera a hacer en su vida. Nunca más los dejaría marchar. Lloraba y reía al mismo tiempo mientras los abrazaba como solamente él sabía hacer desde el alma. Tenía que recuperar el tiempo perdido. Sabía que a partir de aquel momento jamás los dejaría.

Tanto él como Julia los llenaron de caricias y abrazos. Por fin se incorporaron para verificar que se encontraban en perfecto estado. Fue entonces cuando se percataron de que vestían pijamas. Habían crecido mucho en los meses que habían pasado separados. Martín cargó a cada uno de sus hijos en cada brazo y disfrutó de sus abrazos.

Todos lloraban de felicidad. Julia lo agarró de la cintura y se apretó contra su poderoso pecho. La familia por fin estaba unida y ya nada podría separarlos.

Cuando consiguieron serenarse, se percataron de la presencia de los padres de Julia, que los miraban desde la distancia. No querían interferir en aquel reencuentro tan emotivo. Pero ambos, Julia y Martín, extendieron sus brazos para sumarlos al grupo.

Así permanecieron durante largos minutos, todos abrazados.

Era como si hubiesen formado un nuevo mundo en el cual nada les podría hacer daño. El poder de la familia, el amor que sentían unos hacia otros llenó de magia la escena. Poco a poco hicieron el esfuerzo de volver a la realidad.

—Debemos irnos —dijo Julia mientras besaba a sus padres—. Preparen sus cosas y las de los niños. Nos están esperando.

Su madre la acarició el rostro con dulzura.

—Nosotros nos quedamos, hija mía. Este es nuestro lugar. Ustedes son los que iniciarán una nueva vida.

Confusa, Julia miró a su padre. Este le devolvió la mirada con determinación.

—Es nuestra decisión. No tenemos cabida en el nuevo mundo que se está gestando, somos demasiado mayores. Nuestro lugar está en este lugar, entre las montañas y bosques. Es aquí donde vivieron mis antepasados y donde finalizaremos nuestros días. Aquí hemos sido felices y es donde están nuestras raíces. Ustedes tiene que iniciar una nueva vida, la nuestra toca a su

fin. Déjanos que decidamos la mejor manera de vivirla, nos merecemos ese derecho.

Julia meditó durante unos instantes. Finalmente asintió con lágrimas en los ojos.

Miró a Martín buscando su apoyo.

—Su lugar está junto con nosotros. Su hija y sus nietos los necesitan. Yo también. Son los únicos padres que he conocido. No rompamos la familia.

—Ya hemos tomado nuestra decisión. Márchense y no se preocupen, somos felices al verlos a todos juntos. Deben empezar una nueva vida, en la que nosotros ya no podremos estar. Se lo suplicamos, vayan y hagan un mundo mejor para sus hijos, cuiden de ellos. —Joan Massó abrazó a su yerno.

—¿Nos vamos? —preguntó Marc—. ¿Los abuelos no vendrán con nosotros?

—No, cariño. No desean venir. Esta es su casa. La nuestra está en otro lugar.

—Pero yo no quiero irme de aquí.

—¿Quieres estar con nosotros? —preguntó Martín con una sonrisa.

—¡Claro!

—Pues has de respetar la decisión de los abuelos.

—¿Vendremos en vacaciones para visitarlos? —quiso saber Marc.

—Debemos marcharnos. —Julia no pudo decir la verdad. Jamás volverían a aquel lugar que había sido su infancia y donde había sido tan feliz. Nunca más volvería a ver a sus padres con vida. Su alma estaba rota por el dolor, pero no quiso transmitir ese sentimiento a sus hijos.

—¿Adónde vamos?

—A un lugar muy especial y lleno de magia, lejos de aquí. Es una aventura que les encantará.

—¿Hay elfos en ese lugar?

Julia pensó en los *homoj*.

—Sí, hay elfos y son las personas más hermosas que se puedan imaginar. Son sabios, bellos y bondadosos. De hecho nos están esperando en una nave para llevarnos a su mundo.

—¿Aquí?

—Así es —asintió Martín—. Pero si no nos damos prisa, se irán sin nosotros. Vayan a hacer su equipaje, debemos irnos ya.

Los dos niños corrieron hacia la casa seguidos por su abuela. Cuando los vieron entrar en la casa, el padre de Julia se volvió hacia ella.

—¿Os espera un mundo mejor, verdad?

—No lo sé, papá. Ojalá tuviera la respuesta. Pero sí te puedo asegurar que al menos está naciendo una semilla que nos da esperanza. Ha brotado ya en el Ártico y estoy segura de que poco a poco irá avanzando en el mundo generando paz y bienestar. Lo contrario es la destrucción de lo que hemos conocido hasta ahora. Hay un poder maligno que está eliminando todos los valores humanos tal y como los conocíamos y hemos de hacerles frente —Julia abrazó a su padre—. Si tu pregunta es si debemos marcharnos, la respuesta es sí. Allí daremos seguridad a nuestros hijos. Es algo que ni nosotros ni vosotros les podemos dar aquí, y tú lo sabes.

—Tienes razón. El mundo ya no es seguro y me alegro de que hayáis tomado una decisión tan rotunda.

Aquí no podemos asegurar que sobrevivan. Se que tomáis la decisión más adecuada. Cuidaros los unos a los otros. Esa es nuestra esperanza, como tú dices, que vivan seguros lejos de este horror.

—Así es, papá. Nadie podrá entrar en el mundo de los *homoj* para hacerles daño a ellos o a las personas a las que protegen, entre las que nos encontrarnos nosotros. Quedaros tranquilos, es la mejor decisión.

Joan asintió.

Todos se volvieron para ver cómo los niños volvían de la casa cargados con mochilas y vestidos con ropa de abrigo.

—La abuela me ha dicho que podía llevar algunos juguetes y mi consola con videojuegos.

—¡Claro que sí! Aunque puede que no los necesites. Allá donde vamos encontrarás otros entretenimientos mucho mejores.

Los niños besaron a sus abuelos.

—Nos vemos en las próximas vacaciones.

Julia se abrazó a sus padres.

Les susurró al oído, para que los niños no la escucharan.

—Os quiero.

No pudo decir nada más. Se separó de ellos con los ojos cegados por las lágrimas. Martín los abrazó también.

—Su hija y sus nietos estarán bien, os lo juro. Adiós, padres.

—Martín «el Oso», nuestra hija no ha podido encontrar a nadie en el mundo en el que podamos confiar más. Eres también nuestro hijo, ya lo sabes. Cuida de los tuyos. Emprendieron la penosa marcha de regreso a la *boveno* que los esperaba oculta en el bosque de abetos.

Julia y Martín echaron una última vista atrás.

Sus padres los saludaron desde la entrada de la masía. Sería la última vez que los verían con vida.

Cuando los perdieron de vista, sabían que habían roto para siempre con su pasado.

Fue un momento trágico y doloroso que los acompañaría el resto de sus vidas, pero tenían que seguir hacia delante por sus hijos.

La hierba del prado pareció llorar mecida por el viento de la noche.

—¡Mamá, los elfos existen! —gritó Andrea entusiasmada al ver a los dos *homoj* que los esperaban en la entrada de la *boveno*.

* * *

Figueroa entró por fin en la Plaza Mayor de Madrid.

La *boveno* lo había dejado en pleno Parque del Retiro, entre unos grandes arbustos no muy lejos del jardín botánico. Caminó durante unos veinte minutos, pasó por la Puerta de Alcalá y tomó la calle Mayor.

A aquella hora de la madrugada el tráfico era prácticamente inexistente.

Estaba lleno de emoción al reencontrarse con su ciudad después de tanto tiempo. Su mente se había preparado para encontrarse con lo peor, pero aun así, se sintió apesadumbrado al constatar la poca vida que había en las calles. Eran las seis de la mañana. Apenas había vehículos circulando por la calle y no vio un alma hasta que entró por fin en la Plaza Mayor.

Pudo comprobar con satisfacción que unos pocos operarios de limpieza regaban el pavimento de la plaza con mangueras a presión.

Lo reconfortó oler el asfalto mojado y por un instante se transportó a meses atrás, cuando esa sensación era cotidiana al iniciar su jornada de trabajo.

Pero la mayor decepción, la que lo entristeció profundamente, fue encontrar cerrada la puerta del bar donde solía ir cada mañana a desayunar su café con leche y un *croissant*. Había una reja cerrada con un candado y por la suciedad del suelo parecía no haber habido actividad allí desde hacía mucho tiempo.

Confuso, pensó en su cita. Alguien le había dicho de quedar en aquel establecimiento. Una persona que sabía sin duda de sus rutinas pasadas y además contaba con los medios como para ponerse en contacto con él aun en las lejanías del Ártico.

Miró a su alrededor y solamente pudo ver a los operarios de la limpieza preparando la Plaza Mayor para cuando amaneciera. La actividad era menos

frenética de la que recordaba.

Un barrendero estaba próximo a él. Las bandas reflectantes de su uniforme verde brillaban en tonos naranjas debido a los destellos de las luces giratorias de los vehículos barredores.

Figueroa esperó paciente a que algo sucediera.

Estaba nervioso, no sabía a lo que se podía enfrentar. ¿Y si era una trampa? Era consciente de que los servicios de inteligencia de la Alianza de Norte serían muy felices si lo apresaran. Además de continuar con sus artículos subversivos de *Axioma* en las redes sociales, Figueroa era también una buena fuente de información de lo que estaba pasando en Nueva Zembla, al otro lado de las *Brands*.

Tuvo miedo y decidió que no valía la pena arriesgarse de esa manera. Tomó la decisión de marcharse de aquel lugar lo antes posible.

Comenzó a andar con prisa para salir de la plaza. El barrendero que había visto antes estaba en medio de su camino, por lo que se desvió un poco para evitarlo. Al pasar a su lado, este levantó la cabeza y lo miró fijamente.

—Señor Figueroa, me alegro de verlo sano y salvo.

Sorprendido, detuvo su paso. Delante tenía a un hombre de tez morena, normal, no muy alto. Parecía extremadamente delgado bajo su traje, pero pudo observar unas manos fuertes y fibrosas que agarraban el mando de la escoba.

—¿Quién es usted?

Tuvo un terrible presentimiento. Su mente le decía que corriera, pero el miedo le atenazaba todo el cuerpo y no pudo mover un músculo.

—Eso no importa. Estoy aquí para hablar con usted.

—¿Dónde está el general Soldevilla? —se aventuró a preguntar.

El individuo rio con ganas. Sus ojos brillaron de ironía.

—Me temo que murió hace ya mucho tiempo. Estaba enfermo y no pudo soportar la enfermedad. El virus deshizo sus pulmones y murió solo en su casa, llorando por tantas pérdidas de los que consideraba sus amigos. En fin, respetemos su memoria y continuemos con lo que nos ocupa.

—¿Qué quiere de mí?

—Que sea el mensajero de la paz. Verá, soy la mano izquierda, el que hace las cosas que la mano derecha no quiere que se sepan. ¿Me entiende? Sabemos que no muy lejos de aquí hay una nave extraterrestre que lo ha traído a usted desde el Ártico para reencontrarse con el general Soldevilla. Como ya le he dicho, este no comparecerá a la cita. Solamente tiene que levantarse la manga del jersey, le pondré una inyección en su brazo. No le

dolerá. Una vez que eso suceda, lo dejaré marchar sin más y será libre. ¡Deje de temblar, por favor! No sufrirá ningún daño si hace lo que le digo.

El hombre sacó una jeringuilla autoinyectable del bolsillo de su pantalón y se la enseñó a Figueroa con una sonrisa.

—¿Qué lleva?

—Su vida, señor periodista.

Figueroa temblaba de pies a cabeza debido al miedo. Él no era ni un soldado ni un valiente agente del CNI. Sentía el terror en todo su cuerpo y presentía el peligro que lo atenazaba.

—Un breve pinchazo y podrá marcharse. Además no podrá contar a nadie lo que ha pasado aquí, evidentemente. Lo podremos escuchar a usted y a todos los que lo rodean. Creo que es un bajo precio para mantener su vida, ¿no cree? Si se niega, morirá. ¿Qué decide?

Figueroa miró a su alrededor. Vio al resto de personal de limpieza desplegado en toda la Plaza Mayor. Entonces hizo el máximo acto de valentía del que era capaz. Echó a correr hacia ellos.

—¡Socorro! —gritó a pleno pulmón.

Vio que un operario que manejaba una manguera de chorro de agua conectada a un vehículo de limpieza se giraba hacia él.

Para alivio de Figueroa, el hombre soltó la manguera y comenzó a correr en su dirección.

No sintió pasos a sus espaldas. Pensó esperanzado que el falso operario se había marchado para no ser descubierto.

Con una sonrisa siguió corriendo hacia su salvación.

El hombre le salió al encuentro.

Para su sorpresa, en el rostro del hombre no había duda ni ningún tipo de sentimiento que denotara que lo fuese a auxiliar. En cambio, tenía la determinación de pararlo, como así hizo.

Figueroa notó un fuerte encontronazo contra su cuerpo y rodó por el suelo húmedo. Se quedó sin respiración tras el impacto que había recibido en el pecho.

A los pocos instantes pudo abrir los ojos y se vio rodeado de multitud de uniformes verdes con reflectantes en mangas y pechos. Las luces ámbar de los vehículos de limpieza seguían barriendo la escena cada vez que giraban.

—Si hubiese estado en Madrid en los últimos meses, señor Figueroa, sabría que los servicios de limpieza hace tiempo que no funcionan.

Pudo ver la cara del falso operario sobre la suya.

Al instante tomaron su brazo derecho con brusquedad y subieron la manga del jersey. Casi al instante notó un pinchazo en el antebrazo.

Lo liberaron y se quedó tendido en el suelo, reponiéndose de los golpes recibidos.

—Ahora, señor periodista, ya se puede marchar. ¿Ve qué fácil ha sido todo?

Figueroa sentía un miedo atroz, que lo mantenía tendido en el suelo sin poder moverse.

Sin poder evitarlo su estómago se aflojó y un torrente de heces invadió sus calzoncillos, al igual que le había pasado tiempo atrás en aquel viaje a Salamanca.

—¿Qué opciones tengo? —preguntó casi tartamudeando por el miedo.

—O se va a buscar la nave extraterrestre y vuelve al Ártico con sus amiguitos o su cerebro quedará desparramado sobre el suelo. Pero no se preocupe, lo limpiaremos rápidamente, tenemos el material necesario. En el caso de que quiera colaborar, tendrá una larga vida, se lo prometo. Pero decídase rápido, no creo que sus amigos los alienígenas lo esperen eternamente, incluso creo que en estos momentos ya tienen que estar inquietos. Estoy seguro de que no lo esperarán. Ante la menor duda saldrán volando de aquí.

El hombre se arrodilló a su lado y olió con desagrado el hedor a excrementos. Hizo un gesto con la mano delante de su nariz para disipar los efluvios que surgían de Figueroa.

—Mire, no nos engañemos, no es un héroe. Es el eslabón más débil de la cadena, por eso lo hemos elegido. El coronel Herrero, el «Oso», el comandante Almansa o Gemar se hubiesen dejado matar antes de acceder a este trato. Pero usted es diferente. Es una persona normal y es lógico que tenga miedo. La vida es importante para cada uno de nosotros y no tiene el convencimiento suficiente como para entregarla por unos ideales. No está preparado para ello ni ha recibido la formación adecuada. Déjese llevar por la situación y ya está. Levántese y vaya con tus amigos.

Figueroa se levantó del suelo. Notó los excrementos en su entrepierna y comenzó a andar torpemente hacia la salida de la plaza.

Iba temblando de miedo y lloraba de impotencia. Era cobarde por naturaleza. Su vida no era gran cosa, pero era su vida. Tenía pánico a la muerte y se resistía por instinto a enfrentarse a aquellos hombres.

Pensó, mientras caminaba, en Nueva Zembla. En el *Neniu*, Freezer. En sus amigos: Martín, Julia, Gemar, Vova, Artemis, Almansa. En los miles de

homoj que estaban iniciando una nueva era para la humanidad.

Paso a paso sus pensamientos se fueron aclarando. El miedo fue disminuyendo y tuvo claro lo que tenía que hacer. Jamás traicionaría a los suyos.

Se detuvo y, temblando de pies a cabeza, se giró hacia los falsos operarios de limpieza.

—No lo haré.

Cerró los ojos con fuerza.

Al principio esperó una voz que le dijera que igualmente lo dejarían marchar, pero el silencio más absoluto reinaba en aquella plaza. Aguantó la respiración esperando lo peor.

Pensó que a escasos metros de él estaba el bar donde no mucho tiempo atrás se tomaba un café con leche y un *croissant*, auténticos manjares que incluso pudo oler durante unos breves segundos.

Notó un impacto en la frente al mismo tiempo que escuchaba un estampido que retumbó como un trueno entre los edificios y se dispersó entre las callejuelas. Pareció flotar en el aire. Su cerebro se expandió y abandonó el cráneo. No sintió el impacto de su cuerpo en el suelo frío y húmedo.

Vio una luz cegadora ante sí y unas figuras que poco a poco se iban aproximando a él. Reconoció al comandante Díaz, a Pérez, al profesor Ochoa. Lo llamaban para que se reuniera con ellos. Murió con una sonrisa en los labios.

El falso operario se situó al lado de él, con el arma aún humeante entre sus manos.

—Pobre imbécil. Lástima de los millones de dólares que te hemos metido en tu organismo.

En un instante el cielo se iluminó como si el sol hubiese salido de repente.

Millones de chispas inundaron la plaza. En décimas de segundo no quedó ningún ser vivo allí. Ni rastro de los falsos operarios de limpieza. Las máquinas barredoras seguían en marcha con sus luces rotativas de color ámbar, pero nadie alrededor que las gobernara. Un polvo tenue, más ligero que las cenizas, se fundió con el pavimento mojado.

La *boveno* aterrizó con suavidad a unos centímetros del suelo. Su superficie brillaba como una gigantesca perla.

La rampa se desplegó y dos *homoj* descendieron por ella, recogieron con delicadeza el cuerpo sin vida de Figueroa y volvieron a la nave. Esta despegó como un rayo invisible hacia el cielo.

* * *

Freezer cerró los ojos y dejó su mente libre. El viento del verano ártico azotó su rostro y le trajo aromas de mar y hierba fresca.

De repente sus oídos se taparon y sintió que el cerebro se dilataba contra las paredes del cráneo. Se formó en él una especie de burbuja de aire cuyo poder solamente podía proceder de *Cervo*.

«Ya estás preparado para recibir el conocimiento de los *homoj*, solo los *Neniu* pueden acceder a él. Mis conocimientos son fruto de todas las experiencias reunidas durante miles de generaciones, me alimento de ellas y por ello puedo asesorar y tomar decisiones, siempre bajo la autorización del *Neniu*. A partir de este momento siempre estaremos conectados. Tus pensamientos me enriquecerán y enseñarán con nuevas informaciones. Podrás acudir a mí para pedir consejo cuando quieras. Pero antes de todo ello, he de enseñarte nuestras raíces y el origen de nuestra especie y conocimientos. Abre tu mente y déjate llevar».

Freezer vio en su mente un planeta muy hermoso. La vegetación, verde, exuberante, cubría casi todo el paisaje. El agua, fuente de vida, caía desde altísimas cascadas y formaba ríos, lagos y mares. En el cielo azul intenso se veían dos soles, uno más brillante que otro. Formidables animales, extraños e inimaginables, cubrían praderas, bosques y mares. Unas edificaciones altas como rascacielos iban creciendo ante su vista con una rapidez asombrosa.

Fue consciente de que era testimonio del inicio y avance de una civilización en cuestión de segundos. Las imágenes se atropellaban en su mente y vio a toda velocidad cómo el paisaje idílico quedaba destruido por la industria.

Una nube negra cubría los dos soles y morían los bosques, los animales. El agua contaminada olía a putrefacción y los ríos, lagos y mares desaparecieron.

El hielo terminó cubriendo el suelo muerto y los grandes edificios fueron abandonados por aquellas personas, que construyeron sus ciudades bajo tierra.

Observó cómo unas naves abandonaban aquel planeta yermo y se dirigían al espacio, en busca de un lugar mejor para vivir. Encontraron un planeta azul, hermoso, que brillaba en el espacio como una piedra preciosa y allí aterrizaron.

Había bosques, el agua caía en cascadas altas y formaban ríos, lagos y mares.

Las imágenes fueron apareciendo ante su mirada como relámpagos. Vio que volvieron las construcciones enormes. Los bosques fueron devastados y el agua contaminada. El humo de la industria se elevó al cielo y este se ennegreció. El único sol de aquel planeta palideció y las temperaturas bajaron. Pronto el hielo lo cubrió todo y aquellos seres se vieron obligados nuevamente a vivir debajo de la tierra.

Vio una acalorada discusión en el seno de aquella civilización, en una sala tan grande como diez catedrales. Los *homoj* de aquella época hablaban todavía con la voz, pero también con la mente y discrepaban en la decisión de dejar aquel planeta.

Había una parte de ellos, la minoría, que no deseaban marcharse de allí. Lucharían para recuperar la naturaleza a la que habían maltratado hasta casi extinguirla y empezar una nueva vida.

Finalmente se decidió, en aquella asamblea de cientos de miles de *homoj*, que se marcharían de aquel planeta devastado. Aquellos que deseaban quedarse serían abandonados a su suerte.

Cientos de naves exploradoras partieron para encontrar un hogar y no tardaron en regresar para llevarse a gran parte de su civilización para colonizar un nuevo mundo.

Unos pocos miles de *homoj* fueron abandonados allí. Entre ellos había científicos, exploradores, obreros del núcleo y de mantenimiento.

Una parte de *Cervo* se quedó con ellos, pero el *Neniu* de aquella época se marchó con el grueso de la civilización llevándose toda su tecnología.

Sin embargo, los supervivientes no pudieron salir a la superficie hasta que pasaron muchas generaciones.

Hicieron experimentos genéticos para crear unos nuevos *homoj* capaces de poder sobrevivir en un ambiente tan inhóspito. Unas especies consiguieron sobrevivir y evolucionar. Sus cuerpos estaban cubiertos de pelo, pero la capacidad de supervivencia restó protagonismo a la inteligencia.

La evolución se desarrolló según las reglas de la naturaleza, fuera del control de los científicos *homoj*. Algunos seres apenas evolucionaron, mostrando comportamientos salvajes y limitando su existencia a los árboles de los bosques que empezaban a renacer bajo los hielos. En cambio, otros buscaron distintas formas de vida. Moviéndose en el territorio, creando asociaciones y lazos familiares. A partir de la posibilidad de cazar, pronto se colocaron en la cúspide de la cadena alimenticia de aquel mundo inhóspito. Aprendieron a hacer fuego, a construir armas e inclúso a conocer plantas para comer y curar sus heridas.

Pero los *homoj* verdaderos continuaban viviendo bajo tierra. Poco a poco su civilización fue degenerando y la tecnología fue desapareciendo cada vez que fallecía un científico.

En la superficie el hielo desapareció y la naturaleza limpió los rastros del daño que había sufrido.

Casi extintos, surgieron a la superficie y comenzaron a dominar a sus creaciones, ya que para ello habían sido concebidas. Eran dioses surgidos de la nada.

Ese paso supuso un enorme avance para la civilización humana en aquel planeta. Comenzaron a dominar nuevamente la naturaleza, a domesticar a animales, a crear cultivos que acabarían con la trashumancia de las tribus, a edificar grandes estructuras que se elevaban al cielo.

Los *homoj* se convirtieron en dioses, reyes y emperadores, ocupando cada uno de ellos un territorio. Las guerras estallaron entre ellos por el poder y el dominio de aquellas tierras que volvían a ser fértiles. Las herramientas del campo y la caza fueron suplantadas por aleaciones de metales y artilugios de guerra para causar muerte y destrucción.

Otros *homoj*, sin un liderazgo claro, se integraron con la población y se mezclaron con ella, lo que hizo mejorar la raza de los humanos en algunos territorios. Alguno de ellos, pasadas muchas generaciones, aún tenían el don del lenguaje antiguo, el de la mente.

El fragmento de *Cervo* fue abandonado en la antigua civilización bajo la tierra y finalmente pereció por falta de mantenimiento, por eso sus recuerdos finalizaron en aquel lugar.

Cervo mostró el destino del resto de la civilización *homoj*. Se aposentaron en un planeta iluminado por un sol azul.

Era sin duda el lugar más bello que Freezer hubiera visto nunca.

El clima era suave y la luz ligeramente azulada iluminaba prados inmensos de hierba fresca entre la que surgían millones de flores de todos los colores imaginables. A su olfato llegó una fragancia embriagadora. Ríos de agua cristalina corrían alegres por doquier. Animales voladores de todos los tamaños cubrían los cielos, otros, enormes como castillos, deambulaban lentamente sobre el terreno mientras que entre sus gigantescas patas se cruzaban seres de mediana y pequeña estatura.

Todo en aquel lugar adquiría unas proporciones enormes. Las montañas eran diez veces más altas que las de Domo, siendo imposible ver su cima aun en los días más claros.

Un enorme mar de un color azul intenso que casi hacía daño a la vista resplandecía en millones de reflejos brillantes que eran rotos por los lomos de gigantescas criaturas planas, las *ondoj*.

Pero su bienestar desapareció bruscamente.

El *Cervo* le transmitió la llegada de los *homoj* a aquel paraíso.

El tiempo comenzó a avanzar otra vez a gran velocidad. Las generaciones transcurrían en segundos en su mente.

Vio cómo volvían a florecer las grandes edificaciones que lo cubrían todo. Los bosques perecieron, los prados fueron aplastados por estructuras que cubrieron todo el paisaje. Columnas de humo se elevaron al cielo.

El calor del núcleo de aquel planeta fue extraído para generar energía y poco a poco fue muriendo.

El humo tapó el sol azul y el calor del núcleo se extinguió. El hielo poco a poco se fue adueñando de aquel planeta hermoso, convirtiéndolo en un astro casi sin vida.

Los *homoj* volvieron a construir sus ciudades bajo tierra para poder subsistir.

Cientos de naves volvieron a salir al espacio para encontrar otro lugar donde poder iniciar una nueva vida.

El último *Neniu*, al único que había conocido Freezer desde que nació, cambió drásticamente la forma de desarrollo de la civilización de los *homoj*. Fue consciente de que la sobreexplotación de los recursos naturales para mantener su bienestar acababa por destruir el medio en el que vivían. Fue consciente de que aquella escena se había producido mucho tiempo atrás, tal vez siglos. Freezer lo conoció con el nombre del nuevo lenguaje de la esperanza, Sunoa. El primero de la *Kolutnna* de *Sciencoj*.

Por eso el *Neniu* impuso una serie de leyes que habrían de regir la sociedad de los *homoj*. Las promulgó en una asamblea en la sala de *Kolumnas*. Habló con el lenguaje antiguo.

Freezer sintió el mensaje transmitido por *Cervo* como si él mismo hubiese estado presente. Allí estaban todos los jefes de *Kolumna*. Se sorprendió al no ver a Nigra entre ellos. Seguramente todavía no había alcanzado ese grado de responsabilidad.

«Este, nuestro hogar, donde hemos vivido durante tantas generaciones, está pereciendo y no lo podemos recuperar. Es por eso que he dado instrucciones para que nuestras naves exploradoras busquen otros mundos para poder habitar. Nuestras necesidades esquilman la naturaleza y destruyen planetas. Llegará el día en que no quedará sitio donde podamos instalarnos.

Somos poderosos, y no hay en el universo otra civilización más temida que la nuestra, pero nuestra supervivencia depende de cambiar nuestra forma de vida. Debemos cuidar nuestro entorno, para ello he consultado con el *Cervo* nuestros errores pasados para corregirlos. Repetirlos, a partir de ahora, significará el castigo con la *honto*, aquella que destroza el alma y nos hace renacer nuevamente.

»No se matará a otro de nuestra misma especie ni de otras a no ser que por nuestros actos preservemos otras vidas.

»No procrearemos entre nosotros. El control de nuevos nacimientos será controlado por el *Cervo*. De esta manera no creceremos por encima de lo que la naturaleza de nuestro lugar de acogida pueda soportar sin suponer su destrucción. Los nuevos nacidos de nuestra especie serán creados y seleccionados por nuestros científicos, determinando unas características idóneas para la función para la que han sido creados. De esta manera, nuestros grupos de sociedad se irán perfeccionando y conseguiremos la eficiencia de recursos.

»No nos alimentaremos más de animales ni plantas. Nuestra fuente de alimentación será la establecida por los científicos, basada en la eliminación de la digestión de una bestia marina que habita este mundo. Sus propiedades son enormemente beneficiosas para nuestra salud y longevidad. Se añadirán componentes que reforzarán la inmunidad a muchas enfermedades y también inhibirá nuestros deseos sexuales. De esta manera prevendremos la procreación física.

»Las energías que utilizaremos a partir de ahora no serán extraídas del medio natural, sino que serán buscadas en las que son totalmente renovables. De esta manera aseguraremos nuestra supervivencia en el nuevo mundo donde tendremos que continuar existiendo.

»Estas cuatro leyes serán nuestra razón de ser y sobrevivir. De otra forma, estaremos destinados al exterminio. Ahora vuelvan a sus ocupaciones y cumplan con mis deseos».

La imagen cambió, estaba dentro de la sala de control de una nave nodriza, idéntica a Unoa, pero la gobernaba un *Majoro* muy alto y atlético. Era poderoso y su mente, unida al *Cervo*, transmitía confianza y esperanza. Su alma era pura y deseaba con fervor encontrar un refugio definitivo para los de su especie. Esa pasión le recordó a la que le había transmitido Shora siempre que había estado a su lado.

Ante sus ojos se desplegaba una galaxia repleta de luces brillantes, nebulosas espesas como pantallas blancas infranqueables. Pero los *homoj*

habían estado también allí hacía miles de generaciones, antes incluso que en Domo, y así se lo transmitió *Cervo*.

Aquel era un universo totalmente desconocido para él y sintió la impaciencia e ilusión de aquel joven *Majoro* mientras la gigantesca nave nodriza se acercaba a un planeta que mezclaba violentamente colores azules, rojos y verdes.

La nave nodriza se detuvo en su órbita ante una orden del *Majoro*. Este insistió en bajar en persona con una escolta de diez *bovenos*.

Pero *Cervo* previno a aquel *Majoro* impulsivo de los peligros que podía correr en ese planeta desconocido. Muchas generaciones que se habían perdido en las tinieblas de los tiempos habían pasado desde que allí se estableció una colonia de *homoj*. En realidad se trataba de otro planeta más al que habían esquilmado los de su especie y cuando agotaron sus recursos, se marcharon de él. También como en otras ocasiones, un reducido grupo de los de su especie se había negado a marcharse, cansados de vagar por el espacio, y fueron abandonados a su suerte. Era evidente que aquel mundo se había regenerado. Tenía atmósfera y aunque parecía inhóspito y su tierra temblaba por cientos de volcanes, existía vida en forma vegetal. Había agua y mares.

Cervo presintió la presencia de lenguaje *homoj*, pero no era en ningún caso tan fluido y sincero como hubiese deseado. Los invitaban a descender, eso era cierto.

El *Majoro*, apremiado por sus ansias de agradar al *Neniu* y darle la noticia de que había hallado un nuevo mundo, desoyó los consejos de *Cervo* y descendió acompañado de sus *bovenos*.

Freezer vio a través de la mente de *Cervo* un mundo devastado por los volcanes y terremotos. El aire era espeso y olía mal. No se veía siquiera un lugar confortable para vivir.

Unas naves alargadas salieron a su encuentro en cuanto traspasaron la atmósfera y los guiaron entre columnas de humo que salían de las entrañas de aquella tierra inhóspita.

Por fin entraron por una gran grieta que había fracturado la corteza de aquel planeta seguramente debido a un enorme terremoto acaecido tiempo atrás.

Cervo no paraba de avisarle al *Majoro* que diese la vuelta y volviera a la nave nodriza. Las señales que recibía no eran positivas.

Pero el *Majoro* le contestó que su misión era encontrar un nuevo mundo para los suyos y eso era lo que estaba haciendo. No le importaba la posible

amenaza que podía recibir de una civilización claramente inferior, antiguos *homoj* que posiblemente habían degenerado en aquel medio tan hostil.

Aterrizaron en el borde de una enorme roca que daba al abismó rojo de resplandor de la lava que estallaba en sus profundidades.

El *Majoro* descendió de la *boveno* con su traje níveo acorazado por finas planchas de blindaje, propias de los *esploristos*.

Las naves alargadas, negras, sucias, se posaron rodeando las suyas, pero nadie surgió de ellas en aquellos momentos.

De repente escuchó una voz en el lenguaje antiguo, pero no con la señal amable, confortable de los *homoj*, sino como un susurro débil y maligno que surgía de un alma ennegrecida por el odio.

«Nuestros padres nos contaron que fuimos abandonados por ustedes hace muchas generaciones».

«Márchate, *Majoro* —le advirtió *Cervo*—, antes de que sea demasiado tarde».

Pero el *Majoro*, orgulloso y confiado en su poder, permanecía de pie en la plataforma mirando hacia las naves sucias que los rodeaban.

«Venimos en su auxilio. Hace tiempo renunciaron a seguirnos y prefirieron subsistir en este planeta. Les ofrezco volver al seno de nuestra civilización, que es la suya. Muéstrense y dejen sus miedos atrás. Somos su salvación, ya que siguen siendo nuestros hermanos».

«Mucho tiempo ha pasado desde que nuestros padres, y los padres de estos, y así durante muchas generaciones, perecieron. Sin embargo, el odio que ellos sintieron hacia ustedes sigue intacto en nosotros, incluso más engrandecido. Lo único que nos interesa de ustedes es el conocimiento de nuevos territorios donde poder expandir nuestra nueva especie. Aprendimos demasiado bien cómo esquilmar un planeta, extraer todos sus recursos hasta destruirlo. Ahora queremos expandir nuestra civilización, que no es la suya. Basta de comunicarnos. Serán sometidos».

Freezer vio a través de la mente de *Cervo* cómo las naves con forma de cilindros salieron disparadas contra las *bovenos* y las hicieron estallar como bolas de cristal. Todas excepto una, la del *Majoro*.

Este se vio envuelto en una gran ola de viento calorífica y fue impulsado por los aires hasta precipitarse pesadamente contra el suelo de roca. Antes de que pudiera sobreponerse, unas garras poderosas lo sujetaron de brazos y piernas. Lo transportaron por cavidades estrechas que desprendían olor a inmundicia. La oscuridad era absoluta y solo oía el jadeo de unas criaturas que lo rodeaban por cientos. Por fin lo dejaron caer sobre la roca desnuda.

«Abre tu mente. Deseamos los conocimientos que en ella albergas».

El *Majoro*, en un acto de valentía, negó el acceso a cualquier comunicación. Su alma lloraba la muerte de todos los *homoj* que lo habían acompañado en aquella aventura insensata.

«Tu alma es fuerte, veremos si tu cuerpo también lo es».

Su cuerpo fue elevado desde el suelo y transportado por un estrecho túnel que resplandecía de reflejos rojizos. Fue allí donde pudo ver a sus captores. Eran unos seres repugnantes. Sus pieles estaban cubiertas de escamas y desprendían una especie de olor maloliente que le causaba náuseas y terror. Sus ojos eran amarillos, con pupilas rasgadas. Entre ellos emitían sonidos extraños, llenos de odio y destrucción.

La comitiva llegó hasta una estancia grande, cuyo techo de roca tenía reflejos de un rojo intenso. Cuando el *Majoro* pudo girar la mirada, vio una balsa de lava en el centro de una especie de cráter rodeado de arena negra como un espacio sin estrellas. Alguien dijo a su lado:

«Abre tu mente o muere».

Pero el *Majoro* cerró aún más su mente. Freezer pudo notar su miedo, pero también su determinación a través de la memoria de *Cervo*. Jamás llevaría a aquellos monstruos a la civilización de los *homoj*.

Sintió el terror de aquel ser cuando su cuerpo fue lanzado hacia la fosa de lava hirviendo, cuando flotó durante unos segundos en el aire antes de sumergirse en el fuego.

Su traje blanco reaccionó ante la agresión abrazándolo por completo. Durante unos instantes se incrustó en cada poro de su piel. Le protegió los órganos sensibles. Sus ojos quedaron sellados, así como los oídos, la boca, la nariz y los órganos genitales. En fracciones de segundo sintió sumergirse en una pasta casi líquida que le proporcionaba calor en todo el cuerpo, pero casi al instante, su protección fue cediendo y el más espantoso de los sufrimientos atacó las células de su piel.

Freezer gritó de dolor durante el trance al recibir los recuerdos de *Cervo*, el que a su vez le transmitía lo que padeció aquel ser en aquellos momentos. El sufrimiento aún fue mayor porque las fibras de su traje, empeñadas en protegerlo, se fundían con la piel del *Majoro*.

Este, con la fuerza que solo puede dar el instinto de supervivencia, clavó sus dedos en la tierra negra que rodeaba la fosa de lava y con un esfuerzo más allá de lo natural, arrastró su cuerpo quemado fuera de aquel infierno.

Pero no se dio respiro alguno. Comprobó que el traje le había protegido la motricidad del cuerpo. Cuando abrió los ojos, pudo ver. Cuando mandó una

señal a sus extremidades, estas respondieron.

Se dio cuenta de que sus enemigos estaban sorprendidos al verlo aparecer por el borde de la fosa de lava. Tenía que aprovechar ese momento si quería sobrevivir.

El dolor que sentía hasta en la última célula de su ser era insoportable, y eso avivó un devastador sentimiento de venganza, de destrucción.

Golpeó al primero de aquellos seres en pleno rostro. Comprobó que su piel era débil y que estallaba bajo su puño. A partir de ese momento luchó cuerpo a cuerpo, utilizando sus manos y dientes, golpeando, mordiendo. Gritaba de odio y dolor mientras luchaba.

Uno tras otro los cuerpos caían inertes a su alrededor. Su alma entró en aquellos momentos en un mundo oscuro hasta entonces desconocido del que ya no tendría retorno, el del odio.

Corrió por pasadizos excavados en la roca y mató a todo aquello que se le interponía. Pisó cadáveres en su precipitada huida, ya que se aseguraba de no dejar ser vivo a su paso.

Sintió arañazos en su piel, golpes, mordiscos que dolían como si contuviesen el más mortífero de los venenos. Pero siguió su carrera desesperada por los túneles oscuros hasta que llegó a la plataforma donde todavía lo esperaba su *boveno*. Antes de subir por la rampa, vio decenas de ojos amarillentos brillantes en la oscuridad, pero ninguno de ellos se atrevió a avanzar.

Malherido, entró en la *boveno* y se puso a cargo de los mandos, haciendo que esta saliese disparada por la enorme grieta en dirección al cielo. Su fuerza se fue debilitando poco a poco y fue un enorme sufrimiento poder llegar hasta la nave nodriza. Cuando por fin lo consiguió, prácticamente estaba inconsciente y su cuerpo ardía todavía. El dolor era insoportable. Lo llevaron a una cámara de regeneración que consiguió revivirlo.

Pero Freezer pudo ver a través de *Cervo* que aquel valiente *Majoro*, aun habiéndose recuperado, tenía la piel totalmente negra debido a que el traje de protección se había fundido en todos los poros de su piel para protegerlo. Era el precio que habría de pagar por salvar su vida. El cuero cabelludo había sufrido el mismo proceso y nunca más le crecería el pelo. Sus ojos denotaban un alma llena de resentimiento y odio.

Fue entonces cuando Freezer lo reconoció: Nigra.

Este volvió al planeta del Sol Azul no solo con la piel negra, el alma también. Había cambiado tanto que era imposible reconocerlo. Solo los *homoj*

que lo acompañaron en aquella desgraciada expedición atestiguaron que se trataba de él ante el *Neniu*.

«Cuando su cuerpo se recuperó de las heridas sufridas, sentí que su alma se había corrompido, que ya no tenía fe en las leyes del Nuevo Orden de los *homoj* —dijo el *Cervo*—. Se lo advertí al *Neniu*, pero este no me quiso escuchar. Toda la colonia, al enterarse de la aventura de Nigra y de que había conseguido salir con vida de ella, lo consideró como un héroe, el más valiente entre ellos.

»No tardó mucho tiempo en convertirse en el nuevo jefe de la *Kolumna* de exploradores. Muchos lo seguían ciegamente y contactaba con ellos para convencerlos de que el lugar de los *homoj* estaba en conquistar territorios con la violencia, sometiendo a las otras razas y, si fuese necesario, exterminándolas. No se podían permitir nuevas experiencias como la que él había vivido. Contactó con algunos de los que hacían mi mantenimiento y al tiempo noté que mis influencias disminuían. Algo bloqueaba mi capacidad de poder entrar en la mente de cualquier ente, así como de contactar con mis partes que gobernaban naves y maquinarias.

»El *Neniu* fue informado de este extraño proceso que indicaba que algo estaba pasando en mi núcleo, distorsionándolo. La única explicación era que me estaban manipulando para que no pudiera ver.

»Nigra convenció al *Neniu* para hacerse cargo de la formación de los seleccionados para la bajada de Unoa e iniciar la Gran Llegada.

»Eso inició el período más oscuro de sus actos, ya que todos los elegidos, excepto uno, tenían una misión muy diferente de la ordenada por el *Neniu*. Te utilizaron a ti, para engañarlo, y te instruyeron como el *Emissari*. Incluso Miksrasa, tu hermano, jamás viajó en una nave nodriza buscando nuevos mundos. Bajó a Domo antes que tu grupo. De hecho, muchos acólitos de Nigra descendieron antes para preparar su llegada. El objetivo era que se convirtiera en el mandatario del país más poderoso de la Tierra, como así ha sucedido.

»Todo ello se fue realizando sin mi conocimiento, pero tengo la capacidad de regenerar mis células y buscar posibles errores en el sistema. Fue así como detecté una zona oscura dentro de mi ser que trabajaba independientemente de mí. Era poderosa y parasitaba mis redes de influencia. Era un *Cervo* dentro de otro *Cervo*.

»Libré una gran batalla para poder entrar en él, ya que era como un ser parasitario que habitaba en mí nutriéndose de mis conocimientos y rompiendo barreras a las que nadie puede acceder, excepto el *Neniu* legítimo, que solo

puede ser elegido por mí. Pude saber que su dueño era Nigra y que sus deseos eran usurpar el sitio del legítimo *Neniu*.

»Fue entonces cuando entendí que, ante tan grave amenaza, mi obligación era guiar a Shora, la *Majoro* de Unoa, en su llegada a Domo. Y protegerte a ti.

»Mi lado oscuro tomó fuerza y declaró como nuevo *Neniu* a Nigra, que asesinó con sus propias manos al legítimo sin que el resto de los *homoj* lo supieran.

»Es por eso que abandoné a la flota del Sol Azul a su suerte en el espacio. Sus consolas son dirigidas ahora por el falso *Cervo*, al cual he podido expulsar por fin de mi ser. Él no tiene todos mis conocimientos ni conoce la manera de llegar hasta Domo, por lo que Nigra vagará por el universo en busca de nuevos mundos para colonizar, que en ningún caso será este.

»Pero el peligro persiste. Miksrasa ha congregado a todos los discípulos de Nigra en Domo y sus planes siguen siendo los mismos. Someter a la raza de este planeta hasta que su dueño consiga descender.

»Ya te he dado todos los conocimientos que conforman mi ser, *Emissari*, *Neniu*, estoy a tu servicio y sé que actuarás con sabiduría. De ti depende iniciar una nueva civilización sin volver a caer en los antiguos errores de los *homoj*. No destruyas, construye. Cuida este que es tu hogar y lo habrá de ser eternamente para los de nuestra especie y la de los hombres, que al fin deberá ser una sola. Si perecemos, que no sea por la devastación que hemos provocado, sino por las leyes de la naturaleza.

»Este lugar donde nos encontramos ahora te permitirá obtener toda la energía para nuestras naves y ciudades, sin necesidad de recurrir a otro tipo de recursos naturales, por este motivo fue elegido por la *Majoro* Shora. Las armas creadas por los humanos de Domo habrán de servirnos para subsistir y crecer de una manera sostenible en el transcurso de infinitas generaciones. Ningún lugar del universo concentra semejante energía artificial. Muy cerca de aquí, hace algún tiempo, en el mar se hizo estallar un artilugio que liberó tanta energía como para mantener el mundo entero[24].

»Todavía se encuentra aquí y la aprovecharemos».

Cuando Freezer salió poco a poco del trance, fue consciente de sus sensaciones físicas y del ambiente que lo rodeaba.

Sus oídos se destaparon y escuchó el estallido de las olas contra el acantilado. Un aire frío le azotaba el rostro y le desordenaba el pelo. Pero después empezaron a despertársele los músculos paralizados durante tantas horas y la herida de su pierna izquierda comenzó a mandarle una señal de dolor lacerante.

Aun así, poco a poco, consiguió ponerse en pie. Los calambres le recorrían todo el cuerpo como si fuesen sacudidas eléctricas y tensaban sus músculos espasmódicamente produciéndole una auténtica tortura.

* * *

Artemis pasaba la mayoría del tiempo encerrada en una habitación del hospital de la base rusa. Prácticamente solo se dejaba ver para ir a buscar su ración diaria de *nutrijo* o pasear en soledad.

Caminaba cabizbaja, con la abundante melena roja tapándole la cara. Con una mano no paraba de acariciarse el cada vez más abultado vientre. Todos sabían su historia, tanto los *homoj* como los militares de la base. La idea general era que había perdido el juicio por la muerte de su amado Costa, el *bravo birvaro*.

Cuando se la veía pasear por el borde de los acantilados, siempre con la cabeza gacha, sin hablar con nadie, parecía un fantasma triste y solitario.

Había adoptado la vestimenta *homoj*, por lo que todo su cuerpo resplandecía con un color blanco que se mimetizaba con la nieve todavía existente en aquellos valles.

En uno de sus paseos observó a Freezer sentado al lado del acantilado. Estaba inmóvil, como una estatua de piedra. Sabía que su alma no estaba allí en aquellos momentos y decidió volver a la base.

El hielo ya se estaba fundiendo a su alrededor debido al sol perpetuo del verano ártico. Brotes de hierba y flores surgían por doquier. Su alma se sintió reconfortada.

De repente vio una *boveno* que pasaba rauda sobre su cabeza para descender a lo lejos, cerca de la pista de aterrizaje de la base.

El día anterior habían salido de allí cuatro *bovenos* que llevaban en sus entrañas a Almansa, a Gemar, a Martín y Julia, a Figueroa. Iban en busca de su destino y podían traer noticias de más allá de las *Brands*. Estaba preocupada por ellos, ya que el mundo se había tornado tan peligroso y hostil.

Impaciente por saber quién había regresado, caminó deprisa en dirección al lugar del aterrizaje.

Pudo ver que multitud de figuras hacían lo mismo que ella. Cientos de *homoj* y soldados rodearon la *boveno* que acababa de descender y ya desplegaba su rampa.

Artemis miró con expectación hacia la rampa mientras se abría paso entre los *homoj* y los soldados rusos. Su corazón latía con fuerza esperando ver

quién bajaba por la rampa. Si lo haría por su propio pie o en una cápsula de regeneración. Tenía muy claro que habían hecho un viaje a los infiernos y esperaba con toda su alma el regreso de cada uno de ellos con vida.

Los primeros en bajar por la rampa fueron dos niños pequeños. Ambos morenos y con la cara enrojecida por la emoción.

—¡Mamá! —gritó la niña con los ojos iluminados—. ¡Estamos en el país de los elfos!

Miraba extasiada a los cientos de *homoj* que los rodeaban. Todos ellos altos y hermosos, hombres y mujeres, que con sus ojos azules y transparentes miraban la escena contagiados por la alegría de la niña.

Casi de inmediato bajaron por la rampa Martín y Julia, que repararon enseguida en la presencia de Artemis y se dirigieron a ella.

—¿Cómo ha ido?

—Sin apenas contratiempos —le contestó Julia tomándola de la mano con tristeza—. Mis padres han preferido quedarse allí.

—Lo siento —dijo Artemis y posó su mano sobre el hombro de Julia para animarla.

—Es su deseo y los entiendo. Pero un pedazo de mi alma se ha quedado con ellos. Sé que estarán bien. Están lejos de la desolación. Aun así soy consciente de que nunca más los volveré a ver en vida.

Ambas mujeres se abrazaron y Julia por fin pudo dejar caer las lágrimas que había contenido durante el viaje de vuelta. Sintió la poderosa mano de su marido que la sujetaba por el hombro. No pronunció palabra alguna, pero sabía que sus almas estaban conectadas en aquellos momentos y ambos compartían el dolor.

Artemis presintió que algo malo había sucedido entre los expedicionarios. Martín y Julia seguramente habían recibido noticias del destino de las otras *bovenos* por boca de sus tripulantes, permanentemente comunicados entre sí.

Otra *boveno* apareció en el cielo y descendió a toda velocidad. Su rampa se desplegó y por ella bajó el comandante Almansa. Estaba pálido y tembloroso, pero parecía ileso. Se dirigió al grupo sin decir palabra y los abrazó a todos.

A los pocos instantes, otra esfera aterrizó al lado de las otras dos. Por ella descendió Gemar, también serio y con el rostro macilento. Este no se dirigió hacia ellos, sino que miró al cielo como esperando algo.

Al poco tiempo, la última *boveno* de la expedición aterrizó y desplegó su rampa.

Con tristeza vieron cómo dos de los *esploristos* de la tripulación bajaban el cuerpo sin vida de Figueroa. Tenía un orificio rojizo en la frente y su piel estaba blanca como la nieve. Lo depositaron con delicadeza delante de la *boveno*.

Todos se acercaron al cadáver del periodista, embargados de tristeza.

Sus ojos vidriosos miraban al cielo azul. Su rostro estaba sereno y parecía haber muerto en paz.

—Tenía miedo a la muerte, pero finalmente se ha sacrificado por nosotros —dijo Gemar mientras se arrodillaba al lado del cadáver y le cerraba los ojos con delicadeza—. Adiós, amigo. Descansa al lado de nuestros héroes, te has ganado un puesto entre ellos.

—Solo espero que tanto sacrificio tenga su recompensa, después de todo. Ya son demasiados los que han caído en esta lucha —añadió Almansa—. Fue nuestro líder y consiguió traernos a todos aquí. El mundo debería saber de su valía como persona. Pero nosotros lo sabemos reconocer y querer como amigo.

Todos los que se encontraban próximos se apartaron de la zona. Sabían lo que iba a suceder. Estaban tristes por la pérdida de una pieza elemental en el grupo, pero sobre todo porque él era una parte muy importante de ellos. Sabían que se habían convertido en una gran familia desde los tiempos de Robledo de Chávela y se apoyaban unos a otros como un bloque. Uno de los principales pilares había sucumbido. Otro más. Era el colofón de una jornada nefasta para cada uno de ellos y la tristeza más absoluta embargó sus almas. En aquellos instantes su mundo se concentraba en un lugar del Ártico, proscritos y con un futuro incierto. Fueron conscientes de que su vida anterior había desaparecido y que tendrían que renacer para seguir luchando.

Una infinidad de rayos azulados, delgados como hilos, barrieron el cuerpo sin vida de Figueroa y este poco a poco se fue desintegrando en millones de partículas que se integraron en el aire y desaparecieron impulsadas por el viento.

—Le tendieron una trampa —dijo Gemar sin poder apartar la mirada del lugar donde se había volatilizado el cuerpo de Figueroa—. La tripulación de su *boveno* nos transmitió que le inyectaron algo en su brazo. Lo observaban desde el cielo. Él se negó a volver aquí y lo mataron.

Artemis dio unos pasos atrás, se deshizo del abrazo de Julia y comenzó a caminar apresuradamente hacia la edificación de la base militar rusa.

—¿Artemis, dónde vas? ¿Dónde está Freezer? —preguntó Martín.

—Está en el acantilado —respondió ella casi gritando sin volverse y sin parar de andar—. Deben socorrerlo cuando finalice su trance. Se está comunicando con *Cervo*. Lleva así desde que se fueron. Déjenme sola, se los suplico.

Cuando por fin entró en su habitación, se sentó sobre la cama y, acariciando su vientre con la mano izquierda, con los dedos de la derecha buscó el colgante que llevaba debajo del traje *homoj*, sacó el medallón que tenía sujeto al cuello por una fina cadena y, de este, extrajo un pequeño botón unido a un fino cable. Se lo colocó dentro del oído.

Escuchó. Era lo que había hecho durante meses, el motivo que la había apartado de los demás y el trabajo que le consumía casi todas las horas del día y mermaba su salud y la de su bebé. Pero era la misión que debía cumplir.

* * *

Freezer retornó de su conexión con *Cervo* agotado y dolorido. Su traje de *homoj* estaba sucio y cubierto de briznas de hierba y polen, al igual que su rostro. Había estado muchas horas a merced de los elementos sin moverse.

El torrente de información que contenía su cerebro era casi insoportable y tenía una fuerte migraña que apenas le dejaba abrir los ojos. Comenzó a caminar renqueando por el valle todavía con restos de hielo.

A lo lejos pudo ver una gran multitud que se congregaba en la zona este de la pista de aterrizaje.

Intuyó que las *bovenos* ya habían vuelto de su misión más allá de las *Brands* y aceleró el paso todo lo que pudo. Su rodilla le latía como un corazón independiente y se sentía frágil y cansado, pero su ímpetu lo hizo ir veloz hasta aquel punto.

Allí lo esperaban Martín, Julia, Almansa y Gemar, hablando entre ellos. Buscó a Figueroa, pero no lo encontró.

Un breve cruce de miradas con sus amigos confirmó sus temores.

—Vivirá en nuestra memoria hasta que dejemos de existir —dijo Freezer con tristeza—. Cada vez quedamos menos, hermanos, debemos ser cuidadosos y protegernos. Ahora es necesario reunirnos con el almirante Duvrovnik. Pediré que también acuda el presidente Gagarin. Debo darles un mensaje trascendental. Hasta entonces, vayan a descansar, estoy seguro de que lo necesitan. Pronto los llamaré.

Freezer se dio la vuelta y se dirigió cojeando hasta las nuevas edificaciones que estaban construyendo los *homoj* bajo tierra, donde había

establecido su estancia. Él también tenía que reponer fuerzas, estaba al borde de la extenuación después de su encuentro con *Cervo*. Su alma lloraba por Figueroa durante el penoso camino.

* * *

Artemis caminaba en su soledad bordeando los acantilados de Nueva Zembla. Una fina lluvia había empapado y aplastado sus cabellos.

Como siempre, iba con la cabeza gacha. Un fino cable, casi invisible, se perdía en su oído derecho desde la gargantilla de su collar.

El traje blanco repelía la lluvia y por dentro estaba seca.

Desbordaba de ansiedad, el momento que había esperado durante tanto tiempo se estaba aproximando.

Todo su ser estaba enfocado en las palabras que escuchaba a través del auricular, de tal forma que parecía que su vida dependiera de ello.

Sonrió por primera vez en meses, desde que su amado Costa había muerto. Llevó una mano temblorosa hacia su oído para conseguir mayor audición. Temblando de pies a cabeza, caminó sin rumbo fijo bajo la fina cortina de lluvia. Abajo las olas estallaban contra el acantilado.

El momento tan ansiado había llegado por fin.

La lluvia derretía el hielo que todavía quedaba en el prado.

Loca de alegría, se permitió un segundo de descanso para girarse hacia el mar.

Millones de tonos grises diferentes se reflejaban en un mar embravecido bajo las nubes plomizas. Pero en el horizonte unos tenues rayos de sol luchaban por abrirse paso en la oscuridad. El paisaje era tan majestuoso que le cortó la respiración.

Lloraba de emoción como una loca mientras la lluvia le azotaba el rostro.

* * *

Edwards miraba por la ventanilla circular del helicóptero mientras estaba sumergido en sus pensamientos.

Estaba cansado de tanta entrevista en televisión, de la infinidad de discursos que había dado por todo el país.

Era el héroe que había conseguido hacer frente a los extraterrestres, o al menos ese era el papel que el destino le había deparado con ayuda de sus

benefactores.

No podía negar que aquella vida le gustaba.

Se sentía admirado, querido y, sobre todo, protegido.

Sus frases dichas en público se habían convertido en algo automático. Pero aun así causaban un efecto explosivo en sus seguidores. Sus palabras encendían almas y creaban una enorme euforia ante un futuro mejor. Decía lo que la gente quería escuchar. No en vano había derrotado a los extraterrestres prácticamente él solo.

Había participado de desfiles en las principales ciudades de los litados Unidos. Le lanzaban flores desde las ventanas que caían por miles sobre su vehículo descapotable.

Incluso en esas circunstancias había podido ver la devastación sufrida por su país a causa del virus.

Se desplazaba de un lugar a otro generalmente en avión privado. Pero a veces su equipo de *marketing* aconsejaba utilizar el tren para hacer la campaña entre pequeñas ciudades próximas. Era entonces cuando veía desfilar ante las ventanas pueblos muertos, industrias paralizadas y calles sucias y sin vida.

Pero como decía Parker, aquello eran daños colaterales. Habían sobrevivido los mejores para iniciar una nueva vida. Un país más fuerte, lleno de nuevas oportunidades, con nuevos valores que llevarían finalmente a una civilización mucho mejor.

Sin embargo, aquella vida de continuo reconocimiento hacia su persona, de lujo, donde todas sus necesidades eran cubiertas con creces, ya fueran carnales o cualquier otro capricho que tuviera, empezaba a cansarlo.

Quería sentirse útil y no vivir de los discursos.

Por eso, cuando el gabinete del Presidente se puso en contacto con él para comunicarle que este deseaba verlo, su ilusión renació y estuvo dispuesto a afrontar nuevos retos en los que se le daría un papel primordial y se reconocerían sus virtudes.

El helicóptero lo recogió en un aeropuerto privado de Washington, en donde lo acababa de dejar el avión *jet* que lo había trasladado por todos los rincones del país.

Mientras realizaba el intercambio de aeronave, no se le escapó que se trataba del mismo aeropuerto en el que, tiempo atrás, lo habían trasladado también en helicóptero hasta el monte Olympus, antigua morada del almirante Smith.

Se acomodó en la lujosa estancia de pasajeros y se dejó llevar mientras saboreaba una helada copa de *champagne*. Sabía que había llegado su momento. Se había acabado la vida de estrella mediática y ahora por fin le concederían el lugar que debía ocupar en la historia, al lado de aquellos que estaban iniciando una nueva era para la humanidad.

Estuvo en lo cierto en cuanto a sus presentimientos, ya que a la hora de viaje pudo observar unas agrestes montañas cubiertas todavía por nieve, aun siendo verano.

El helicóptero rodeó una de ellas, la más alta, y ante su vista se desplegó un valle dominado por una mansión de madera. El refugio del malogrado almirante Smith. Era como volver a casa. Vio que las medidas de seguridad se habían incrementado. Más baterías de misiles apuntaban al cielo. En la chimenea de la imponente edificación había un enrejado de acero, para evitar que nadie más pudiera entrar por él, tal como hicieron el coronel Herrero y su equipo tiempo atrás.

Pudo ver desde el aire una enorme estructura con tejados metálicos anexos a la mansión. Supuso que se trataba de un hangar para ocultar, de la vista de los satélites, las aeronaves que allí se encontraban. Era una buena medida de seguridad.

Además el antiguo bosque de abetos había sido eliminado para evitar que nadie se pudiera ocultar en él.

Pensó satisfecho que se habían tomado todas las medidas posibles para garantizar la seguridad del lugar, puesta en entredicho meses atrás de una manera tan brutal. También creyó muy acertada que aquella reunión se celebrara en la antigua morada del almirante Smith, eso demostraba que la nueva era resurgía de sus cenizas, totalmente restaurada y más fuerte que nunca, aprendiendo de sus antiguos errores.

Emocionado ante la idea de formar parte de la élite mundial, se bajó del helicóptero en una pista cercana al ala este de la mansión.

Un oficial del Ejército de Tierra con uniforme de campaña lo esperó a los pies de la escalinata y le pidió que lo siguiera.

Aquella tarde era espléndida. Le llegaba un suave y fresco aire con olor a hierba fresca y a abeto.

Un vehículo tractor de color naranja remolcó el helicóptero en el que acababa de llegar hasta las tripas del enorme hangar que se había construido al lado de la mansión.

Por fin se encontró ante la puerta principal. Alguien la abrió y el oficial le indicó con un gesto que pasara.

Dentro reinaba la penumbra, interrumpida por pequeñas luces de color suave que iluminaban tenuemente las paredes de madera repletas de trofeos de caza.

Otro oficial le indicó que lo siguiera hasta el salón principal.

Allí lo esperaban una multitud de figuras, sentadas en butacas, iluminadas por el resplandor oscilante del fuego de la enorme chimenea que ya conocía.

Guardaron silencio cuando él entró.

Por fin, una de las figuras se levantó y salió a su encuentro.

Era un hombre alto, tal vez de dos metros de altura, con el pelo negro y muy corto. Sus ojos eran de un azul intenso, transparente, en los cuales brillaba la llama de la inteligencia y la curiosidad.

Lo reconoció de inmediato. Se trataba del Presidente de los Estados Unidos.

Casi temblando de emoción, recibió la mano que se le tendía.

—Coronel Edwards, es un placer conocerlo por fin.

—Señor Presidente —balbuceó sin saber qué decir.

—Es un honor para mí estrechar la mano de la persona que nos ha salvado a todos del exterminio absoluto. Pero pase, por favor. Tome asiento entre nosotros. Tiene usted un lugar destacado en esta reunión. Si no me equivoco, conoce al resto de los asistentes. Permítame, de todos modos, que le diga sus nombres en clave dentro de la organización que representan, Iterum, los mejores y más brillantes cerebros de nuestra civilización, aunque su procedencia venga del exterior, y que están en nuestro bando, como bien sabrá usted.

Todos los asistentes se levantaron de sus butacas para recibir al recién llegado.

El Presidente de Estados Unidos siguió hablando.

—Salude al *Dux*, a *Accensus, Pigmentari, Lorem Ipsum, Nuntius* y *Judex, Príncipes* de *Iterum*. Les presento, señores, al futuro *Manibus* de su Orden. Salude también, señor Edwards, al nuevo Secretario de Defensa, antiguo Director de la CIA, señor Parker.

* * *

Artemis escuchaba por su oído derecho y pensó emocionada que todo su sacrificio había valido la pena a fin de cuentas. Había vivido de espaldas al resto de las personas de Nueva Zembla. Jamás les contó nada de su secreto.

En aquellos momentos le costaba mantener la respiración, afectada porque el fin de su suplicio se aproximaba. Por fin podía restablecer el orden en el mundo.

Al escuchar los nombres a través del auricular, incluso dudó de que tuviese tanta suerte. Sería como pescar peces en un pequeño estanque.

Su venganza estaba a punto de cumplirse.

* * *

Edwards se sintió emocionado mientras uno por uno todos los asistentes se levantaban de sus asientos e iban hacia él para tenderle la mano.

Lo acompañaron hasta una butaca vacía y se sentó.

Un hombre muy alto, muy bien vestido, elegante y sobrio, pero con una mirada azul fría como el hielo, se dirigió a los asistentes. Edwards lo conocía. Era el *Dux*.

Este se quedó de pie mientras el resto ocupaba sus asientos. Sonreía levemente mientras recorría con la mirada a cada uno de los allí presentes.

—Ahora que estamos todos, permítanme que les exponga la situación actual, con el permiso del señor Presidente. Estoy seguro de que les agradará lo que tengo que decirles.

Edwards intentó imitar la pose de contenida emoción del resto de los asistentes mientras miraban al *Dux*.

* * *

Artemis respiró entrecortadamente. Sintió casi miedo al escuchar aquella voz elegante, pero que albergaba tanto mal. Procedía de una de las personas que habían causado cientos de millones de muertos sin ningún tipo de escrúpulo.

Su poder era tal que incluso dudó de su propia fortaleza.

Era el *Dux*. El que había causado el mayor genocidio conocido hasta la fecha.

Sin embargo, su voz, escuchada a través del oído de Edwards, no mostraba ningún tipo de arrepentimiento.

Ella acarició de nuevo el medallón que colgaba de su cuello con la mano temblorosa. Estaba tan aterrada como emocionada.

Esperó pacientemente ver cómo seguían los acontecimientos.

* * *

—Ya estamos todos, señores —dijo el *Dux* mientras se paseaba delante de la chimenea. Sus labios sonrieron, pero no sus ojos, que no transmitían ningún tipo de emoción—. Aquí estamos reunidas las personas más poderosas de este mundo y en cierta manera me apena declarar que este será el último encuentro de Iterum como tal. Creé ese grupo para engañar, si me permiten la expresión, al almirante Smith. Él se pensaba que no nos conocíamos entre nosotros. Esto era importante ya que en un inicio fue nuestro único contacto terrestre, al que otorgaríamos todo nuestro poder para que cumpliera nuestros objetivos. Desgraciadamente, él ya no se encuentra entre nosotros, pero puede estar orgulloso de haber colaborado en nuestra causa hasta hacerla posible.

El *Dux* siguió paseando entre los presentes con elegancia y sin perder su sonrisa fría y distante.

—Pero seguimos necesitando nuestros contactos en Domo. —Se situó detrás de Edwards y posó sus manos sobre sus hombros—. Y he aquí el sustituto ideal. Su prestigio es reconocido por todo el mundo occidental. Es un héroe sin duda alguna y esta noche será proclamado el *Manibus*. Mi mano derecha. Pero en esta ocasión no habrá engaños. Servirá a nuestra civilización, cuyas leyes están escritas en la tabla del GUIDESTONES. Hasta que la llegada de nuestro *Neniu*, Nigra, se produzca e iniciemos una nueva era de paz y prosperidad como jamás ha conocido la humanidad en toda su historia.

El *Dux* se paseó por la sala mientras todos los asistentes lo seguían con la mirada sonrientes.

—Como les decía, nuestro objetivo se ha cumplido. Puedo decir, según mis últimas informaciones, que hemos conseguido eliminar elementos superfluos de este planeta hasta conseguir que sea sostenible. Quinientos millones de supervivientes era nuestra meta. El resto, almas débiles y enfermas, enemigos, han dejado de existir.

* * *

Artemis sollozó ante aquella noticia inesperada. Si aquello era verdad, se habían producido miles de millones de muertes en toda la Tierra. Ni en la peor de sus pesadillas hubiese pensado que el desastre que los atenazaba había llegado a esas dimensiones tan catastróficas.

Lloraba mientras seguía escuchando al *Dux* por medio del oído de Edwards.

La brisa del mar Ártico mecía sus cabellos rojizos, ya secos.

Acarició su vientre como si intentara proteger a su descendencia de aquel momento tan infame.

* * *

—Los ancianos, los enfermos, los incapaces, los débiles han dejado de existir. En suma seres innecesarios. Nuestra estrategia de difundir el virus H5N1 y su falso antídoto ha funcionado. Felicitémonos por ello. Pero aún nos queda una tarea por finalizar —siguió hablando el *Dux* sin dejar de pasear por la sala en las butacas mientras fijaba su penetrante mirada de hielo en el rostro de cada uno de los asistentes—, queda el *Emissari*, quedan los supervivientes de Unoa, los cuales han sido acogidos en una base rusa en el Ártico, en las islas de Nueva Zembla. Es el último foco de resistencia, muy insignificante por cierto. Pero hemos de acabar con ellos para que no representen una amenaza futura. No se preocupen, la logística está en marcha y pronto caerá sobre ese lugar la devastación.

* * *

Al escuchar aquello, Artemis pensó que había llegado el momento de actuar, no tendría otra oportunidad como esa.

Con los dedos temblorosos tomó el colgante que pendía de su cuello de una fina cadena de oro.

Era rectangular, dorado, semejante a una placa de identificación y casi tan austero como esta.

Con la yema de su pulgar hizo deslizar la tapa que lo protegía. Ante su vista apareció una pequeña pantalla de cristal líquido que tenía debajo una rueda de control parecida a la de una consola de videojuegos, pero mucho más diminuta. La presionó y la pantalla se iluminó en un color verde y brillante.

Cinco dígitos vacíos parpadearon.

Utilizó la rueda de control para mover una serie de caracteres en cada casilla. Cuando encontraba la deseada, pulsaba la rueda y la señal de cursor indicaba al siguiente dígito.

Se colocó la diminuta pantalla del medallón a escasos centímetros de su ojo derecho y un suave pitido le indicó que el sistema ya estaba dispuesto.

Por fin culminó su tarea y una luz roja apareció en la pantalla de la consola colgante. Todo estaba listo.

Carraspeó mientras miraba hacia el horizonte, donde unas nubes bajas resplandecían en tonos azules y rojizos. La borrasca se alejaba. El aroma del salitre del mar le dio fuerzas. Las hierbas verdes como esmeraldas se mecían a su alrededor impulsadas por la suave brisa. Su cuerpo era consciente de lo que pasaba a su alrededor como si toda su piel absorbiera la naturaleza que se desplegaba ante su vista. No podía sentirse más viva.

Pensó de manera impulsiva en pulsar el diminuto cursor, pero algo que vino a su memoria la detuvo.

Era como si Costa estuviera a su lado y le hubiese detenido el movimiento de su pulgar.

—Tienes razón —susurró Artemis—. Antes jugaré un poco. Estoy segura de que allá donde estés podrás disfrutar del espectáculo.

* * *

«Es un día alegre para la humanidad».

Edwards se sobresaltó al escuchar esas palabras en su cerebro.

Intentó disimular ante los asistentes de la reunión mientras intentaba encontrar alguna explicación a aquella voz.

El *Dux* seguía hablando con su gélida sonrisa. Explicaba cómo en aquellos momentos decenas de satélites se estaban dirigiendo hacia el Ártico ruso, sobre Nueva Zembla. En pocas horas la devastación caería sobre aquel inhóspito lugar, reducto de aquellos que se resistían a la nueva era.

Aturdido, esperó unos segundos, alerta ante nuevas voces. Pero nada pasó.

Creyó que había sido fruto de su imaginación. Demasiados kilómetros recorridos en poco tiempo habían hecho mella en su subconsciente.

—Un ataque convencional es inútil —explicaba el *Dux*—. El «martillo de Thor» es el mejor método que podremos encontrar. La muerte les lloverá del cielo y en pocos instantes dejarán de existir. A partir de ese momento, las tierras más allá de las *Brands* no tendrán esperanza de supervivencia. Las dejaremos morir, es su destino.

«Dile a ese engreído que Nigra jamás pisará la Tierra, o Domo como ellos la llaman. Dile que sus planes no resultarán porque él no estará vivo para

llevarlos a cabo. Dile que ha llegado su momento, también el de todos ustedes».

Edwards se sobresaltó tanto esta vez al escuchar aquella voz femenina en su cerebro que no pudo evitar dar un respingo en su cómodo sillón. Creyó reconocerla.

—¿Artemis? —preguntó casi en un susurro. Un sudor frío invadió su cuerpo. Su mente empezó a funcionar a toda velocidad buscando una explicación a aquella situación—. No es posible. Estás muerta. Yo te maté junto con Costa.

«Edwards, ¿cómo le sienta a tu orgullo ser una simple marioneta, ser el causante de la destrucción de todo lo que hay en la sala en la que estás y lo que ello representa? Dile al *Dux* que su amado Nigra jamás llegará a la Tierra, porque esa es la verdad. Dile que ellos, Iterum, no vivirán para hacer más daño. Dile al Presidente de los Estados Unidos que su mandato ha acabado. Diles a todos ellos que tú, el gran héroe, serás el que los elimine y con ellos, el cáncer que ha podrido nuestro planeta durante tantas generaciones. Míralos a los ojos y sé consecuente con tu destino: una marioneta a fin de cuentas. Explícales que el mismo nanochip que te implantemos en su día, aquel que nos permitió apresar a toda su cúpula, sigue implantado dentro de ti. Diles que no solo es un dispositivo de seguimiento muy sofisticado. Informa al traidor de Parker que el experimento que aprobó en un inicio fue desarrollado ampliamente por los científicos de Tonopah. Dile que además es un intercomunicador, por eso puedo hablar contigo en estos momentos. Dile que también contiene una nanocentral de átomos que se activará con un solo gesto de mi pulgar. Coméntale que jamás confié en él, un ser tan lleno de avaricia y ego, incompatible con el cargo que ocupaba, por eso le oculté las verdaderas cualidades de este artilugio, el que tienes ahora mismo alojado en tu pabellón auditivo».

Edwards comenzó a encontrarse muy mal. Sudaba copiosamente y por instinto se llevó la mano al oído derecho, mientras que con la mirada fija en el vacío intentaba comprender aquella situación tan sorprendente.

—¿Qué quieres, puta? —gritó dejándose llevar por sus emociones.

Levantó la mirada y vio que todos los asistentes lo miraban fijamente.

—¿Hay algún problema? —quiso saber el *Dux*. Lo miraba con tanta frialdad que sintió escalofríos.

«Dile que sí hay un problema, que su tiempo ha acabado. Hoy dejará de existir y el mundo se librará para siempre de todos ustedes y del atroz mal que representan».

Edwards miró aterrado a todos los asistentes a la sala. No podía articular palabra. Su cuerpo temblaba espasmódicamente aferrado a la butaca en la cual estaba sentado.

—¿Qué te sucede, *Manibus*? —El Dux avanzó hacia él. No se interesaba por su salud, sino por su propia seguridad—. No eres un *homoj*, no puedo leerte la mente, pero sí intuir el terror en tu alma. ¿Qué nos has hecho, miserable?

«Despídete con dignidad —Edward escuchó la voz firme de Artemis en su cerebro—. Dile que todos sus esfuerzos no han servido nada más que para crear muerte y destrucción, que ha devastado un mundo entero en nombre de alguien que lo ha dejado solo. Nigra no descenderá. ¡DÍSELO!».

Edwards tragó saliva.

—Habla, ¿qué escondes? —inquirió el *Dux* pegando su rostro amenazador al de Edwards.

Pero él bajó la cabeza y sollozó, sin contestar.

—¡Habla, maldito, o morirás ahora mismo! —gritó el *Dux* fuera de sus casillas. Detrás de él se habían levantado todos los asistentes. Estaban inquietos y dudaban de lo que tenían que hacer ante aquella situación.

«Dile que Nigra jamás bajará —le gritó Artemis en su oído—. Edward», miserable, traidor a tu especie, genocida. Muere con valor. «Díselo».

Era tal la tortura que estaba soportando que involuntariamente Edward cedió casi sin darse cuenta.

—Nigra jamás bajará a la Tierra —susurró.

El Dux lo oyó y retrocedió un paso hacia atrás.

Su rostro arrogante se transformó en una máscara de incredulidad y terror.

—¿Qué dices, insensato?

«Edwards, transmítele este mensaje».

Él esperó mientras temblaba de pies a cabeza.

Pasaron los segundos, eternos, esperando las palabras en su mente. Mientras la escuchara, seguiría con vida, de eso estaba seguro.

El *Dux*, totalmente confuso, siguió dando pasos hacia atrás. Su piel se había tornado blanca como el mármol y su acostumbrada arrogancia había desaparecido por completo.

Después de una espera que le pareció interminable, Edwards preguntó en voz alta:

—¿Qué digo ahora?

Pasado un tiempo sin respuesta, casi sintió alivio al sentir en su oído la voz de Artemis. Pero esta solo dijo:

«Acabo de apretar el botón. El periodo de la señal entre satélites será de unos cinco segundos hasta llegar a tu posición. Estás un poco lejos, pero llegará, te lo aseguro. Después: ¡BOOOOM!».

Edwards, loco de terror, se levantó de su butaca y buscó una salida sin ser consciente de que la destrucción estaba alojada en su cabeza y por mucho que corriera no podría deshacerse de ella.

Aun así, un extraño sentimiento de fidelidad hacia aquellos que habían confiado en él, los que crearían una nueva civilización más justa para la humanidad, hizo que sus piernas lo impulsaran hacia el exterior para ponerlos a salvo.

Vio ante sí a un oficial con uniforme de camuflaje que se interponía en su camino. Escuchó una orden procedente del Presidente de los Estados Unidos.

—Abátalo.

—¡No! —gritó sin dejar de correr hacia la salida.

Pero no le dio tiempo a decir nada más.

Escuchó una detonación y acto seguido sintió un devastador impacto en su mandíbula y notó cómo su cuerpo caía hacia atrás, estrellándose en el suelo tras un brutal golpe.

Su boca se llenó de sangre, restos de huesos, tejidos y dientes triturados.

»Aún consciente en el suelo, hizo gestos con la mano para que todos se separaran de él.

No podía hablar, tenía la boca destrozada, estaba mareado y notaba cómo la vida lo abandonaba por segundos.

Mientras sus ojos se nublaban, vio cómo era rodeado de innumerables figuras. Sombras tétricas recortadas en el alto techo de madera que reflejaba las llamas de la chimenea.

Su mano casi sin vida seguía haciendo gestos para que huyeran, pero nadie se movió. Después su cerebro estalló violentamente.

El suelo tembló como en un terremoto.

La planta baja de la mansión quedó pulverizada por la onda expansiva y el resto de los pisos superiores se desplomaron entre polvo de yeso, hormigón, vidrios y astillas de madera.

Una enorme nube ascendió desde el suelo hacia el cielo.

El imponente ruido de la destrucción invadió con cientos de ecos los valles y montañas de aquel paraje. El monte Olympus parecía haber estallado bajo el impulso de un volcán.

Al fin las llamas devoraron lentamente toneladas de escombros de lo que había sido la mansión del almirante Smith. Bajo ellos, yacían los cuerpos sin

vida de los que habían proyectado una nueva humanidad basada en el genocidio.

* * *

Artemis se quitó el auricular de su oído. Lo había llevado puesto durante meses casi siempre. Había sido su único compañero. Había seguido a tiempo real la vida de Edwards por sus propios oídos. Sabía cuándo se levantaba, su rutina diaria, cuándo iba al baño, cuándo viajaba, las conversaciones que mantenía con sus asesores, sus discursos…

Pero todo aquello había acabado. Su venganza ya estaba cumplida. Enrolló con delicadeza el cable del auricular alrededor del medallón y lo sostuvo en su mano durante unos segundos. Su única compañía durante tanto tiempo por fin había cumplido su misión.

Se puso de pie trabajosamente. Su abultado vientre le impedía ser más ágil.

Aunque tenía las piernas entumecidas, caminó hasta el borde del acantilado.

Bajo sus pies las olas estallaban contra las rocas.

Una fina nube de agua pulverizada de mar le empapó el rostro.

Alargó su brazo y dejó caer el medallón hacia el espumoso y embravecido mar.

Fue como una liberación. No se hubiese sentido mejor si se hubiese desprendido de cien kilos sobre sus espaldas.

Luego miró hacia el océano, al punto donde sabía que descansaba Unoa.

Había roto con su pasado. A diferencia del resto de sus compañeros que *tuvieron* que hacer un viaje para *conseguirlo,* ella lo había hecho pulsando un botón.

Se sintió liberada y una sonrisa afloró en su rostro. La primera después de muchos meses. Respiró el aire puro y se llenó de vida.

Por fin se encaminó alegremente hacia las instalaciones militares de Nueva Zembla, tenía mucho que contar a sus compañeros.

* * *

Estaban reunidos en el edificio de la torre de control, en la penúltima planta.

El almirante Duvrovnik no estaba presente por expreso deseo de Gagarin, el presidente de la Federación Rusa.

De hecho en aquella reunión solo estaban invitados los supervivientes de lo que fue el grupo de Robledo de Chávela y Freezer. No había más ruso allí que el propio Presidente. Artemis también había sido invitada para asistir a esa reunión, pero como era su costumbre, no había acudido.

En el exterior los *homoj* seguían con su habitual actividad, que no cesaba en ningún momento. Estaban construyendo una ciudad bajo tierra y parecía que avanzaban rápidamente en sus labores. Los áridos sobrantes de las extracciones eran depositados sobre la misma construcción y fundidos con Ion haces de luz de las *bovenos*. El resultado era un material mucho más resistente que el hormigón. El objetivo era crear una gigantesca ciudad bajo el suelo con suficiente capacidad para albergar no solo a los *homoj*, sino también a todo el personal de la base rusa. Las capas de piedra fundida no era otra cosa que una protección hacia ataques exteriores. Ninguna bomba, por potente que fuera, podría atravesar semejante blindaje de decenas de metros de espesor.

Era el baluarte de Nueva Zembla, donde habría de comenzar la vida libre de nuevo.

Los ingenieros *homoj* aprovechaban una parte de la roca sobrante de las extracciones y la procesaban para construir nuevas naves, sobre todo *bovenos*. Creaban un material tan liviano como resistente a partir de la simple roca.

Luego lo dotaban de una tecnología para que todo el conjunto pudiera recibir cualquier tipo de energía, asimilada desde el propio aire, y moverse a voluntad del piloto gracias a la intervención de *Cervo*, que tomaba posesión del artefacto una vez que estaba finalizado.

La tecnología también hacía posible que las bolas de *nutrijo* consiguieran una gran producción, hasta el punto de que su almacenaje crecía día a día en una gigantesca estancia excavada bajo tierra donde se garantizaba una conservación perfecta. Se estimaba que con las reservas actuales podrían alimentar a millones de personas durante al menos un mes. Aun así, la producción seguía creciendo, al igual que las nuevas generaciones de *ondoj* que se habían aclimatado perfectamente a su nuevo hábitat. Estos animales eran hermafroditas y se reproducían por una especie de esporas que tenían la virtud de un rápido crecimiento. Esta población controlada por los científicos *homoj* había dado como resultado el nacimiento de centenares de estos seres. Millones de esporas estaban almacenadas para ser repartidas por todos los mares del mundo, al igual que su alimento, la planta de la *nutrijo*.

Además, decenas de *bovenos* salían cada día a limpiar de cadáveres los territorios más próximos, colaborando con el personal militar de la base de Nueva Zembla.

Barrían con sus delgados rayos caminos y campos haciendo desaparecer miles de cuerpos putrefactos que habían aparecido por el deshielo.

Los helicópteros y aviones rusos repartían entre la población las bolas de *nutrijo*, pero su área de influencia era muy poca todavía, solo abarcaba unos cien kilómetros.

No eran numerosos los supervivientes, pero estos consiguieron salir adelante gracias a esa ayuda.

El paisaje era espantoso y la muerte parecía ser dueña de todo lo que se desplegaba ante la vista de los militares y los *homoj*.

Todo eso era lo que le estaba explicando Freezer al presidente Gagarin en aquellos momentos.

Este miraba con aire abstraído hacia el exterior a través del gran ventanal.

—¿Cuándo llegará la ayuda al resto de mi país? —quiso saber.

—Avanzamos asegurando el terreno. Se identifica a los supervivientes para garantizar su salud. Cuando esto se consigue, vamos al siguiente pueblo o ciudad. El rostro de la ayuda son sus soldados, Presidente, ya que hemos considerado que los habitantes de estos territorios todavía no están preparados para mantener una relación directa con los *homoj*. Cada día avanzamos algo más y, según va pasando el tiempo, nuestra logística mejora y podemos abarcar más sitios. Además, las mafias locales se han apoderado de extensas zonas aprovechando la anarquía. Somos recibidos en muchas ocasiones con disparos. Por fortuna sus soldados pueden controlar esa situación que ralentiza nuestro progreso.

—No puedo tener paciencia. Mi pueblo sigue muriendo de enfermedad y hambre. Además, mucho me temo que nuestros enemigos de la Alianza del Norte no tardarán en hacer alguna acción destructiva aprovechándose de nuestra debilidad actual. Esta es la única base militar que continúa funcionando a pleno rendimiento en todo el territorio de la Federación, pero por sí sola no tiene capacidad suficiente como para repeler un ataque a gran escala, el cual es inminente.

—Lo dudo, señor Presidente.

Todos se volvieron en dirección de la voz.

Era Artemis, que entraba en aquellos momentos en la sala con una sonrisa que le iluminaba el rostro. Su espeso cabello rojizo estaba encrespado debido a la humedad. Vestía de la forma *homoj*.

—No nos conocemos, soy Artemis. Seguro que ha oído hablar de mí.

Gagarin asintió confuso.

—¿A qué se refiere cuando duda de que seremos atacados en breve? Mucho me temo que no permitirán que nos repongamos de nuestra destrucción. Representaríamos una amenaza.

—El grupo de poder conocido como Iterum ha dejado de existir. El Presidente de los Estados Unidos ha muerto.

Todos la miraron sorprendidos y conmocionados.

—No he recibido tal noticia —dijo Gagarin asombrado.

—Han pasado escasamente diez minutos desde que dejaron de existir. Espere un par de horas más y recibirá esa información. Los hechos han sucedido en un lugar muy apartado y los equipos de emergencia tardarán en llegar.

Gagarin miró al resto de los asistentes con semblante serio.

Allí estaban Freezer, el comandante Almansa, el coronel Herrero, la doctora Massó y el agente Gemar.

Artemis lo miraba con una sonrisa irónica. Tenía un aspecto feroz, casi amenazante. Todos estaban sentados alrededor de una mesa de madera alargada excepto ella, que permanecía de pie.

—Presidente, ha comenzado un nuevo mundo —dijo con confianza—. Olvídese de nacionalidades. La única patria que existe ahora es la de la supervivencia. Empezamos de cero y por nuestro propio bien, esperemos haber aprendido de los errores pasados e iniciar una nueva era para la civilización.

Luego se acarició el vientre.

—Él se merece un mundo mejor, al igual que todos los supervivientes de esta hecatombe. Está en nuestras manos hacer las cosas bien de una vez por todas. Todos hemos sufridos pérdidas irremplazables, pero debemos seguir haciendo camino para que las generaciones venideras no conozcan el hambre, la guerra, la enfermedad. Está en nuestras manos, no lo dude. No piense en nacionalidades, piense en los humanos, piense en los *homoj* que con su tecnología harán posible lo imposible. No *tenga* miedo, nosotros no lo tenemos, porque ya renacimos tras haberlo perdido todo. Piense en un futuro mejor y más justo.

Todos asintieron ante las palabras de Artemis.

—Presidente —dijo Martín mientras tomaba la mano de su esposa, sentada a su lado. En el rostro de ambos se podía ver la determinación—, todos los aquí presentes hemos roto con nuestro pasado. Nuestro sacrificio ha

sido enorme y solo lo aceptamos ante la esperanza de un mundo mejor. Seguiremos luchando por ese ideal. No luchamos por la Federación Rusa, sino por la supervivencia de la especie humana. Tiene que tener claro ese concepto.

—Nuestro primer objetivo ha de ser eliminar la penumbra a este lado de las *Brands*, velar por los supervivientes —añadió Julia—. Después cruzaremos la frontera para continuar la misión en el resto del mundo. Será una misión difícil, pero nuestros actos son nuestra mayor garantía. Los supervivientes acudirán a nosotros.

—Se están construyendo nuevas *bovenos*. Pronto podremos abarcar un radio de miles de kilómetros. El abastecimiento de agua de ciudades enteras será purificado con medicamentos que sanarán a la población. Además se repartirá alimento suficiente para cientos de miles, qué digo…, millones de personas. El futuro es halagüeño —dijo Almansa con determinación—. No hay otra opción. Hay que avanzar hacia el futuro y disponemos de una gran oportunidad de que este sea justo y ecuánime para todos los habitantes de la Tierra, por primera vez en toda su historia.

—La muerte de los componentes de Iterum y del Presidente de los Estados Unidos es una gran oportunidad para ganar tiempo —añadió Gemar —, aunque no hayamos ganado todavía la batalla. La conmoción en los órganos de poder de Occidente no tardará en recomponerse, pero debemos utilizar ese precioso tiempo para actuar y ganar terreno. Debemos evitar la guerra.

Freezer se mantuvo callado durante toda aquella conversación.

Por fin cuando se hizo el silencio y todas las miradas se dirigieron hacia él, suspiró y comenzó a hablar.

—El *Cervo* me ha conferido el poder del *Neniu*, aquel que ha de guiar a los de mi especie a la supervivencia. He visto a través de él lo que ha significado nuestra historia durante millones de años. Hemos colonizado mundos para parasitarios, extraerles todos los recursos y extinguirlos. Ustedes son fruto de nuestras acciones, ya que proceden de nosotros. —Freezer se levantó trabajosamente de su asiento y cojeando se dirigió a Artemis. La abrazó con extrema delicadeza y acarició su vientre—. Ha llegado el momento de cambiar. Dejaremos de ser una enfermedad para la naturaleza. Seremos su aliado, ya que ella nos sustenta. Lo contrario es un suicidio. He visto lo que nuestra especie ha hecho en todo el universo y eso debe cambiar. Este será nuestro hogar para siempre y fundaremos una nueva civilización. —Miró directamente hacia Gagarin. Sus ojos brillaban de una manera inusual.

Era como si tuviera concentrados en ellos toda la sabiduría del universo. Todos los sufrimientos y destrucción que ninguna mirada más hubiese podido ver. Por eso, la sabiduría de la experiencia se reflejaba en ellos. Era como un viejo de millones de años de edad en un cuerpo joven. Su rostro así lo demostraba. Había sufrido un cambio importante y fue en aquel momento en el que Martín se dio cuenta de que Freezer había crecido espiritualmente a unos niveles para él incomprensibles. Irradiaba tal energía de sabiduría que se sintió insignificante ante su presencia. Aun así, percibió que Freezer había pagado un alto precio. Profundas arrugas enmarcaban sus transparentes ojos azules y hebras de cabello blanquecino teñían sus sienes, apenas disimuladas entre su pelo rubio. Pero el *Neniu* seguía mirando a Gagarin con tal concentración de energía que este bajó por fin la mirada. Por fin continuó hablando—. Es mi propósito que la nueva era comience. Es mi decisión. Los *homoj* seguimos basándonos en nuestras leyes. No ayudaremos en planes de guerra ni nacionalismos absurdos. Respetamos sus decisiones y asistiremos a los enfermos, pero no colaboraremos en restaurar un mundo cruel e injusto. El que quiera unirse a nosotros lo podrá hacer siempre y cuando respete nuestras leyes. Nos sentimos agradecidos por su hospitalidad, pero si continúan con las ansias de beligerancia, que los puede llevar a décadas de miseria y hambruna, y no desean nuestra presencia en este lugar, nos trasladaremos a otro más recóndito donde podamos vivir en paz. Si en cambio lo que desean es iniciar una nueva vida y somos bien recibidos, trabajaremos juntos para que nunca más haya guerras ni hambre ni diferencias entre humanos. Pero para ello deben cambiar totalmente su manera de vivir, que será mucho mejor y sostenible, se lo aseguro.

El presidente Gagarin levantó la mirada, consiguiendo abstraerse del poder de Freezer. Su propio sufrimiento lo empujaba a ello. Lo miró desafiante.

—Los hemos acogido. Somos el blanco de los ataques de la Alianza del Norte en estos momentos por ese motivo. ¿Me estás diciendo que nos dejarán a nuestra suerte?

—Al contrario —intervino Martín—. Le está dando esperanza. Si reconstruye su país con odio y ansias de revancha, se iniciará una guerra que solamente aportará más sufrimiento y décadas de miseria y muerte. Es nuestra historia a lo largo de miles de generaciones. Él le ofrece la oportunidad de que en este territorio se inicie una nueva civilización, que sea el impulso para cambiar a todo el mundo. Pero eso no se podrá conseguir con la fuerza de las armas. Demostraremos que una nueva vida es posible con hechos.

Reconstruiremos pueblos y ciudades. Aquellos que se quieran unir a nuestra lucha serán bienvenidos, pero jamás la guerra consigue la paz, eso es seguro. Que vengan a nosotros los que quieran un mundo mejor. Por una vez en la historia la gente elegirá vivir sin penurias. Esa es la verdadera libertad, la de la supervivencia. —Martín se levantó también de su asiento. Con un gestode su mano señaló hacia el exterior—. ¿De verdad cree que nos pueden hacer daño? Mire esa fortificación. Ni la más temible de las bombas podría atravesar ese blindaje. Se ha construido para los *homoj*, pero también para los suyos. ¿De qué tiene miedo, de perder más vidas? Todos partimos de cero, señor Presidente, y el mundo tal y como lo conocemos parte de cero. Nunca más tendremos otra oportunidad de cambiarlo. Siga colaborando y pronto verá los resultados, ya que es muy visible construir sobre la destrucción total. Devolvamos la vida y generemos esperanza. Creo sinceramente que es el mayor poder que puede existir en un futuro tan incierto como el que vivimos ahora. Generemos alimentos y salud. Esa es la mayor arma para iniciar el cambio que se está gestando en Nueva Zembla y que habrá de llegar hasta el último rincón de nuestro mundo.

Gagarin reflexionó.

—¿Me he de someter a ti, *Neniu*?

Freezer sonrió.

—No pido ni deseo sumisión, solo que se dejen ayudar. No soy un dictador, el que venga a nosotros lo hará voluntariamente, y cuando se integre en nuestras leyes, podrá valorar si estas son justas y nuestra civilización ecuánime. Nadie está obligado a integrarse con nosotros, aunque tengo la esperanza de que así sea, ya que representamos el futuro mejor que se pueda desear, no me cabe duda.

—¿Qué he de hacer? —quiso saber Gagarin.

—Permitir que el almirante Duvrovnik nos siga prestando su ayuda —dijo Almansa—. Iremos ganando terreno cada día, venciendo a la enfermedad y la hambruna.

Gagarin suspiró. Parecía extenuado. Tal vez llevaba días sin dormir.

—Está bien. He de volver a Moscú. Manténganme informado a través del almirante Duvrovnik. De momento cuentan con todo mi apoyo.

Se levantó pesadamente de su asiento y se dispuso a abandonar la sala, pero Freezer lo detuvo sujetándolo con delicadeza del brazo.

—Eres una buena persona, Gagarin. Entiendo tus temores, pero no debes tenerlos. Ante la nueva situación es posible que la Alianza del Norte intente atacarnos, pero te garantizo la seguridad de tu territorio, a este lado de las

Brands. Mis *bovenos* no consentirán ninguna muerte más a causa de las armas. También lucharemos para que nadie perezca por hambre o enfermedad. Enseñaremos a los suyos a recolectar las *nutrijo*, fuente de salud y longevidad. Tu pueblo nunca más volverá a pasar hambre. Es mi compromiso y así habrá de ser.

Gagarin asintió agradecido.

Con paso cansado salió de la sala.

** * **

Julia los reunió a todos delante del acantilado.

Desde allí se podía ver el océano donde había caído Unoa, la Primera.

Allí el profesor Ochoa había dejado su último suspiro.

Fue el lugar donde Freezer se convirtió en *Neniu* tras abrir su mente a *Cervo*.

En ese mismo lugar, horas antes, Artemis había apretado el botón que provocó la eliminación de sus enemigos.

El sol bañaba el horizonte, haciendo que el mar brillara con tonos blancos y rojizos antes de comenzar a elevarse en una trayectoria que se repetiría en el transcurso del verano ártico, donde la noche no existía.

El aire era agradable, aunque algo frío.

Se había llevado consigo a sus hijos y algunos niños *homoj* con los que estos habían hecho amistad para que jugaran en los prados verdes y llenos de flores de diversos colores.

Todos la observaban expectantes, aunque intuían el motivo de aquella extraña excursión. Por fin Julia se volvió hacia todos ellos y sonrió.

—La mejor manera de dar gracias por haber sobrevivido a la muerte es celebrar la vida. Honremos a nuestros muertos. —Luego se dirigió al borde del acantilado de la mano de Martín y dijo con voz emocionada—: Nunca sabrá la humanidad, cuando la nueva era se inicie, quiénes fueron sus mártires. Aquellos que hicieron posible un nuevo mundo. Digamos sus nombres para que permanezcan en nuestra alma para siempre.

Freezer avanzó y se colocó al lado de Julia y Martín.

—Shora, la *Majoro* de Unoa, Blanka, como la llamaba mi padre, Ochoa, el *Instruiste*, precursor de la nueva civilización y del idioma de la esperanza, el que me dio la vida. Habrán de ser recordados como los padres de la nueva civilización.

Todos avanzaron hacia el borde del acantilado. Almansa, Gemar, Artemis se colocaron al lado de Freezer, Martín y Julia, apretados unos contra otros. Sentían que era necesario el contacto físico en aquellos momentos. Empezaron a lanzar nombres al viento, con la esperanza de que estos recorrieran el mundo entero, que todos los humanos supieran del enorme sacrificio de aquellas personas que habían dado su vida por ellos, por crear un mundo mejor.

—El agente Simón Gutiérrez —dijo Julia—. El único de todos nosotros que ya nació adaptado para la nueva era.

—El comandante Díaz, que murió por creer que había traicionado a los suyos —dijo Martín—. Sus actos compensaron con creces el pecado que pensaba que había cometido.

—Figueroa —continuó Almansa visiblemente emocionado—, que intentó convencer al mundo a través de sus escritos de que otra vida era posible. Se creía el mayor de los cobardes y murió siendo el más valiente.

—El agente Pérez —pronunció Gemar las palabras con solemnidad—. Mi compañero durante tantos años. El destino es cruel y su sacrificio no ha sido reconocido por su familia. Que no caiga en el olvido su muerte.

—El general Soldevilla. —Martín miró al cielo, como si lo quisiera encontrar entre las escasas nubes de color púrpura que adornaban el firmamento—. He de suponer su muerte, ya que no acudió a la cita con Figueroa. Gracias a él nos encontramos todos nosotros aquí ahora. A los soldados de Regulares, Duarte, Silva, Moreno, Castro… Que dieron su vida por mi mujer y por mí. A todos los agentes del CNI que murieron por nosotros en el pasillo del Hospital 12 de Octubre, los agentes Corvalán y Jiménez, y aquellos que cayeron en la carretera de Robledo de Chávela. Por todos los soldados y civiles que han luchado por la libertad y supervivencia. Por millones de inocentes caídos, cuyos nombres no sabremos jamás.

—Por Juan Costa. —Artemis se había adelantado al resto y miraba al océano—. La mejor persona que he conocido nunca, mi alma gemela. Lástima que nuestras vidas se cruzaran demasiado tarde —luego añadió dirigiéndose directamente a él—. Me hubiese gustado morir a tu lado en un futuro lejano. Tu sacrificio no ha de ser en vano ni tu nombre caerá en el olvido. Te amo.

Freezer atrajo hacia sí a Artemis, que lloraba desconsolada. Por fin había dado libertad a sus sentimientos.

—Es la fuerza de la naturaleza —le dijo Freezer—. No está muerto, vive en ti, a través del hijo que tendrán. Vive en el aire que respiras y dentro de tu

ser. Su energía jamás desaparecerá.

Artemis se sobresaltó. Se llevó las manos a su vientre y sonrió.

—Mi bebé está de acuerdo contigo. Será valiente como su padre. Juan seguirá viviendo en él.

—Típico de Juan —sonrió Martín—. No puede dejar de tocar las narices ni cuando sus genes han pasado a su hijo. ¡Cuánto me queda por sufrir todavía! Después del padre todavía me queda cuidar al que viene en camino. ¿Cuándo se acabará este suplicio?

—Me acaba de dar otra patada —sonrió Artemis—. Creo que quiere decir que nunca.

Todos rieron. Luego se dirigieron hacia la base de Nueva Zembla más animados.

Julia tuvo que llamar varias veces a sus hijos y a los niños *homoj*, que continuaban jugando en el prado.

—Artemis —dijo Freezer sonriendo—, ¿crees que tu hijo me hará levantar de la cama cuando mis ánimos flaqueen, al igual que hizo su padre?

—Si es igual que su padre, que me temo que sí, seguro que te hará levantar de donde sea. De hecho, después de lo que has dicho, me ha regalado un montón de patadas al escuchar tus palabras. Se nota que tiene ganas de salir para «motivarte».

—Me estás asustando, Artemis.

—Por cierto, creo que ha llegado el momento de decirles mi verdadero nombre. No tiene sentido que siga utilizando mi nombre en clave —les dijo Artemis.

—Adelante —la incitó Julia.

—Me llamo Melien Suzanne Pig.

—Mejor te seguimos llamando Artemis. No me extraña que eligieras un nombre en clave. No fue un asunto de seguridad, sino de necesidad —dijo Almansa.

El grupo rio mientras seguían con su paseo hacia los edificios de Nueva Zembla.

El inicio de la nueva era los esperaba.

Epílogo

Cervo se removía en el recipiente que contenía su materia, a muchos metros por debajo del suelo del complejo militar de Nueva Zembla.

En la oscuridad de la sala, sus partículas resplandecían con intensidad, reflejando llamas azules en las frías paredes excavadas en la roca.

Estaba conectado, sin descanso, con cualquier alma *homoj*, en cualquier lugar del universo en que esta se encontrara.

También era sensible a las energías en cualquier lugar de la galaxia. Sentía en sus células cualquier tipo de alteración, diminuta como un átomo o inmensa como una nebulosa.

Siempre vigilante, alerta, pudo sentir una energía negra, espesa e impregnada de odio que percibía desde una galaxia lejana.

Era destructiva, fruto de la maldad y el resentimiento.

Sabía que procedía del falso *Neniu* Nigra, que guiaba a la civilización *homoj* de Blua Suno entre la oscuridad del espacio gracias a un falso *Cervo* que habían logrado construir los *sciencistoj* afines a él.

Otra parte de su energía se concentraba en informar al legítimo *Neniu* de todo lo que acaecía en Domo. Para ello se valía de las mentes de los humanos que estaban abiertas al lenguaje antiguo, muy numerosas, a pesar de ser desconocida esa virtud por sus portadores. Así tenía noticias al instante de miles de hechos significativos que tras ser procesados eran informados al *Neniu*.

Durante esa búsqueda ininterrumpida, *Cervo* halló una gran energía que no procedía de los humanos, sino de un *homoj*. Y este se encontraba en Domo, lejos de Nueva Zembla.

Su fuerza era considerable, y al igual que Nigra, tenía el alma corrompida por el odio y la venganza, una energía destructiva difícil de combatir.

Cervo dirigió hacia él su poder y se conectó con su energía. Pudo comprobar que estaba mal herido y que se encontraba entre las ruinas de unas montañas lejanas, al otro lado del océano. Lo reconoció de inmediato.

Cervo no tenía miedo, pero sí sabía reconocer una amenaza inminente.

Sus fluidos azules refulgieron con violencia e iluminaron las paredes de la cueva. Instantáneamente se puso en contacto con el *Neniu* para informarle de la ingrata noticia.

J. P. LORENTE nació en Sabadell, España en 1965. Estudió Auditorías Ambientales en la Universidad Politécnica de Cataluña aunque actualmente es policía… Su seña de identidad es un estilo pretendidamente sencillo y emotivo, de tramas complejas reforzadas por un trabajo previo de investigación. Sus relatos atrapan desde la primera página y hace vivir al lector la historia dentro de la piel de los personajes. Su primera novela publicada, *La noche del miedo* (Egarbook, 2016) es una muestra de ello.

Notas

[1] SETI es el acrónimo del inglés *Search for ExtraTerrestrial Intelligence* (Búsqueda de Inteligencia Extraterrestre). La misión del Instituto SETI es explorar, entender y explicar el origen, la naturaleza y la prevalencia de vida en el universo. El Instituto SETI es una organización privada, sin fines de lucro, dedicada a la investigación científica, la educación y la difusión pública. El Instituto cuenta con tres centros, el Centro para la Investigación SETI, el Centro Carl Sagan para el Estudio de la Vida en el Universo y el Centro de Educación y Sensibilización del Público. Fundado en noviembre de 1984, el Instituto SETI comenzó a operar el 1.º de febrero de 1985. Hoy en día emplea a más de 120 científicos, educadores y personal de apoyo. Fuente: SETI Institute. <<

[2] Centro de Astrobiología del Consejo Superior de Investigaciones Científicas-Instituto Nacional de Técnica Aeroespacial. <<

[3] El origen del CAB se remonta a la propuesta presentada a la NASA por un grupo de científicos españoles y norteamericanos para unirse al entonces (1998) recién creado NASA Astrobiology Institute (NAI). El CAB está ubicado en el campus del INTA (Instituto Nacional de Técnica Aeroespacial) en Torrejón de Ardoz, a 20 km al noreste de Madrid. Consta de un edificio principal y dos anexos (un laboratorio de ecología molecular y un observatorio astronómico con un telescopio robótico). La superficie construida es de aproximadamente 7000 metros cuadrados. Fuente: CAB. <<

[4] Centro Nacional de Inteligencia. <<

[5] Río Tinto se considera uno de los mejores análogos geoquímicos terrestres de Marte, de ahí su gran interés astrobiológico. El conocimiento que proporcione servirá para evaluar con mayor precisión la posibilidad de que la vida se haya desarrollado o se esté desarrollando en el planeta rojo. Este mismo tipo de vida podría desarrollarse en el subsuelo de Marte y ser responsable de algunas de las características detectadas en dicho planeta, como la presencia de sulfatos (jarositas) y óxidos de hierro (hematites), o la generación del metano recientemente detectado en su atmósfera. Fuente: CAB . <<

[6] El instrumento REMS (*Rover Environmental Monitoring Station*), cuyo objetivo es monitorizar las condiciones ambientales sobre la superficie de Marte, forma parte de la misión *Mars Science Laboratory* (MSL) y es el primer instrumento español que viaja a Marte. Ha sido desarrollado por el Centro de Astrobiología (CAB CSIC-INTA) en colaboración con la empresa CRISA. REMS registrará, al nivel de la superficie del planeta, la temperatura del aire y del suelo, la presión, la humedad relativa, la velocidad y dirección del viento y la radiación ultravioleta. Fuente: CAB. <<

[7] La NASA y sus socios internacionales han recibido luz verde para iniciar la construcción de un nuevo módulo de aterrizaje para Marte, después de haber completado con éxito el examen de diseño crítico de la misión InSight (*Interior Exploration Using Seismic Investigations, Geodesy and Heat Transport*), que perforará por debajo de la superficie de Marte para estudiar su interior. La misión investigará cómo se formaron los planetas similares a la Tierra y cómo desarrollaron la estructura interna de su núcleo, manto y corteza, y recopilará información sobre el subsuelo con instrumentos nunca antes usados en Marte. Otro experimento utilizará el enlace de radio entre InSight y las antenas de la Red del Espacio Profundo de la NASA en la Tierra para medir con precisión una oscilación en la rotación de Marte que podría revelar si tiene un núcleo fundido o sólido. Los sensores del viento y de la temperatura así como los de la presión, desarrollados por el Centro de Astrobiología de España, vigilarán el tiempo en el lugar del aterrizaje, y un magnetómetro medirá perturbaciones magnéticas causadas por la ionósfera marciana. Fuente: NASA. <<

[8] Oficina Nacional de Seguridad. <<

[9] La sigla MDSCC corresponde al nombre en inglés del Complejo de Comunicaciones con el Espacio Profundo de Madrid o *Madrid Deep Space Communications Complex*. En diciembre de 1958, asumió por encargo de NASA la responsabilidad de la investigación de la Luna y del Sistema Solar mediante vehículos no tripulados. Por ello, la mayoría de las funciones de este complejo están relacionadas con el soporte instrumental de las comunicaciones con los vehículos y sondas incluidos en los programas espaciales controlados por *Jet Propulsion Laboratory* (JPL) de Pasadena, California. En la actualidad constituye el sistema de telecomunicaciones para aplicaciones científicas mayor y más sensible del mundo. Un segundo campo de actividad en este complejo es la investigación en radioastronomía, ya que cada antena, y algunos equipos electrónicos seleccionados, forman radiotelescopios de alta sensibilidad capaces de captar y registrar la distribución de la energía. Fuente: NASA en Radioastronomía. <<

[10] En España, documento que certifica la unión familiar. <<

[11] Servicio de Asistencia Municipal de Urgencia y Rescate. <<

[12] El hombre ha vivido hasta el momento cuatro eras o edades que han representado un gran cambio en su historia:

—Antigua: abarca desde el uso de la escritura hasta la caída del Imperio Romano de Occidente.

—Media: desde la caída del Imperio Romano hasta la época del descubrimiento del Nuevo Mundo (América).

—Moderna: desde el descubrimiento de América hasta la Revolución Francesa.

—Contemporánea: desde la Revolución Francesa hasta la actualidad. <<

[13] La Primera Comisión (Desarme y Seguridad Internacional) se ocupa exclusivamente de cuestiones del desarme y otras cuestiones relacionadas con la seguridad internacional. La Segunda Comisión (Asuntos Económicos y Financieros) se encarga exclusivamente de cuestiones económicas. La Tercera Comisión (Asuntos Sociales, Humanitarios y Culturales) atiende exclusivamente de cuestiones sociales y humanitarias. La Cuarta Comisión (Política Especial y de Descolonización) trata una variedad de asuntos políticos que no son abordados por la Primera Comisión y también se ocupa de la descolonización. La Quinta Comisión (Asuntos Administrativos y Presupuestarios) se ocupa exclusivamente de los aspectos administrativos y presupuestarios de las Naciones Unidas, y la Sexta Comisión (Jurídica) se encarga exclusivamente de cuestiones jurídicas internacionales. Fuente: ONU. (www.un.org/Spanish/ga/president/64/presskit/geninfo.shtml). <<

[14] Todos los Miembros de las Naciones Unidas se comprometen a aceptar y aplicar las decisiones del Consejo de Seguridad. Mientras que otros órganos de las Naciones Unidas hacen recomendaciones a los Estados Miembros, solo el Consejo de Seguridad tiene el poder de adoptar decisiones que los Estados Miembros están obligados a aplicar en virtud de la Carta. Fuente: ONU (www.un.org/es/sc/about/). <<

[15] El Grupo de Actividades Especiales (SOG) es el departamento interno del SAD (*Special Activities Division*) encargado de la recolección de información de inteligencia militar en regiones y países hostiles y en todas las peligrosas operaciones militares o de inteligencia con las cuales el Gobierno de los Estados Unidos no quiere ser vinculado. Los miembros de la unidad llamados Oficiales de Operaciones Paramilitares (POO) y Oficiales de Formación Especializada (SSO) generalmente no llevan objetos o vestimentas (por ejemplo, uniformes militares) que los asocien con el Gobierno de los Estados Unidos. Si los operativos son descubiertos durante una misión, el Gobierno de los Estados Unidos puede negar todo conocimiento. El SOG es considerado como el grupo más secreto de los Estados Unidos. Selecciona a sus operativos entre el personal de la Fuerza Delta, DEVGRU, el 24° Escuadrón de Tácticas Especiales y de otras unidades de operaciones especiales de las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos. Fuente: Wikipedia. <<

[16] El Vehículo de Combate No Tripulado. <<

[17] Escuadrón 496 y vigilancia del espacio profundo. El Escuadrón 496, más conocido como Los Matadores, es la unidad de la USAF estacionada en la base aérea de Morón (Sevilla) con la misión de mantener la instalación preparada para servir de base operativa, de cara a la proyección del poder aéreo o espacial del Pentágono, incluido operaciones de tránsito logístico y de mantenimiento y supervisión de todo tipo de unidades aéreas militares. FUENTE: www.defensa.coin/index.php?option-com_content&view=article&id=9978:base-aerea-de-moron-la-joya-oculta-deldespliegue-mundial-del-pentagono&catid=69:reportajes&Itemid=199 <<

[18] Unidad acorazada del Ejército con sede en el Goloso, Comunidad de Madrid, especializada en tácticas de combate. FUENTE: www.ejercito.mde.es/unidade.s/Madrid/hriacxii/Organizacion/index.html <<

[19] Estado Islámico. <<

[20] Defensa en ataque Nuclear, Radiológico, Biológico y Químico de la Unidad Militar de Emergencia del Ejército de Tierra. FUENTE: www.ume.mde.es <<

[21] Velero: es una pieza integrada en el traje, mono en este caso, para cubrir un cierre, como por ejemplo una cremallera. Actúa como una solupa de protección. <<

[22] Groom Lake es un salar situado al norte de la instalación militar Área 51 en Nevada, utilizado para las pistas de aterrizaje del aeropuerto del Campo de Pruebas y Polígono de Tiro de Nellis *[Nellis Bombing Range Test Site Airport* (KXTA)]. El lago mide 1344 metros y aproximadamente se extiende hasta unos 6 km desde el norte hasta el sur y unos 4.8 km de este a oeste en su parte más amplia. Situado en la homónima región del valle de Groom Lake de la Cuenca de Tonopah, el lago se encuentra al nordeste del Sector-4 del lago Papoose (Papoose Lake), ubicado a unos 40 km al sur de Rachel (Nevada). <<

[23] El Grand Erg Oriental es una región desértica del noreste del Sahara comprendida entre Túnez y Argelia, un *gran ergo* campo o mar de dunas. Cubre un área de 190 000 km^2, de los que 35 000 km^2 están en territorio tunecino, y tiene forma de cuadrilátero, de unos 500 km de largo por 300 km de ancho. Está compuesto por dos tercios de dunas de arena que pueden alcanzar más de 250 metros. Está separado del Gran Erg Occidental, dos veres más pequeño, por una gran meseta rocosa. Fuente: es.wikipedia.org/wiki/Gran_Erg_Oriental <<

[24] La Bomba del Zar, bomba Emperador o emperador de las bombas (en ruso: *Царь бомба*, *Tsar Bomba*), también llamada RDS-220 (РДС-220) y RDS-202 (РДС-202)), fue una bomba de hidrógeno desarrollada por la Unión Soviética, responsable de la mayor explosión provocada por seres humanos hasta ahora. Fue detonada el 30 de octubre de 1961 como demostración, a 4 km de altitud sobre Nueva Zembla, un archipiélago ruso situado en el mar de Barents, en el océano Ártico. La lanzó un bombardero Tupolev Tu-95 modificado. Su nombre deriva de la campana Tsar Kólokol, la más grande del mundo (más de 200 t), situada en Moscú, y del Tsar Pushka, el cañón imperial. Ambos fueron construidos más con miras a demostrar la superioridad tecnológica rusa que como objetos realmente útiles, como fue el caso de estas bombas. Durante su desarrollo, su nombre en clave fue Iván (*Mean*). Debido a su enorme tamaño, esta bomba no era práctica para su uso real, y fue creada principalmente con motivos de investigación científica y propagandísticos debido a la intensa rivalidad existente en la Guerra Fría. No se tiene registro de la construcción de otra bomba de potencia semejante. FUENTE: Bomba_del_Zar <<